



MEMORIAS DEL

# PRINCIPE

PERFECTO

PHAVY PRIETO

Memorias del  
**PRINCIPE PERFECTO**  
por Bohdan Vasylyk I

Phavy Prieto

*A Aaron Brückner.*

*Gracias por ser el príncipe perfecto de todas nosotras.*



El príncipe y futuro heredero al trono de Liechtenstein está en apuros. Su propia madre le presiona para casarse con su prima Annabelle, una mujer a la que él sin duda alguna no ama y sabe perfectamente que jamás lo hará, pero un matrimonio por conveniencia no es algo nuevo en la monarquía de su país.

Por una noche decidirá anteponer sus propios deseos a su deber hacia la corona que pronto ostentará, no creyendo que su vida tal y como la conocía hasta el momento cambiaría para siempre por una mujer cuyos ojos eran de color celeste.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Febrero 2020

[www.phavyprieto.com](http://www.phavyprieto.com)

**Diseño de Cubierta:** Mireya Murillo Menéndez

**ISBN:** 9798614415686

**Sello:** Independently published

## RELACIONADO CON ESTA OBRA



Celeste Abrantes es una joven escritora alegre y divertida de veintiocho años que organiza para su grupo de cinco amigas la despedida de soltera de una de ellas. Mediante un sorteo sobre la elección del destino, viajarán a las Vegas en Nevada para pasar un fin de semana donde cometerá la mayor locura de su vida si tan siquiera ser consciente de ello.

Bohdan Vasylyk I, príncipe de Liechtenstein y futuro soberano de su país, se encuentra en California por asuntos de Estado. Tras recibir una llamada de sus viejos amigos de universidad que se encuentran en las Vegas, no duda en escaparse de incógnito para pasar una noche frenética, quizá la última antes de coronarse como rey. Lo que no esperaba era encontrarse con una joven de ojos celestes que podría convertir su prometedor velada en el mayor desastre de toda su carrera como monarca, o no.

¿Tenía solución? Desafortunadamente para ellos, no.



---

---

# UNO

---

---



**H**ace catorce años nadie hubiera previsto lo que el destino tenía previsto, aún podía recordar aquel momento, ese instante en el que quizá pude haberlo cambiado todo...

La tensión recorría mi cuerpo al mismo tiempo que la adrenalina tensaba mis músculos. No estaba acostumbrado a realizar cosas de ese tipo a pesar de que acabase de cumplir dieciocho años y el temblor por ser descubierto paralizaba mi buen juicio.

—¡Bohdan vamos!, ¿O me vas a decir que te da miedo? —exclamó la voz de mi hermano mayor mientras le veía adentrarse en el bosque.

No era la primera vez que él lo hacía, pero en cambio sí era la primera en la que yo le acompañaba para escapar sin que nadie nos viera.

—¡Claro que no me da miedo! —Mentí descaradamente mientras miraba la oscuridad que se cernía en aquel bosque. Ni tan siquiera íbamos a caballo porque no podíamos correr el riesgo de que alguien los escuchara.

Aún podía recordar las historias de terror que de pequeño contaba nuestra niñera para evitar que saliéramos de palacio y nos adentráramos en aquel bosque. Es cierto que desde aquello habían pasado ya más de diez años, pero aún así, aquel lugar podía causarme cierto respeto con su oscuridad acechante.

—¡Venga hermanito! No van a estar esperándonos eternamente. Si vas a ser un cobarde, puedes dar media vuelta y quedarte en casa para siempre.

Observé como Adolph se adentraba poco a poco en aquel bosque y miré por última vez los bastiones de piedra que conformaban el palacio. Estaban levemente iluminados por la luna menguante, aun así, lucían de un modo impresionante. Era la primera vez que me escapaba de casa, mi primera salida nocturna a escondidas sin que nadie lo supiera y aunque volveríamos antes del amanecer para que nadie se diera cuenta, no podía dejar de sentir la adrenalina recorriendo mis venas.

—¡Espera! —exclamé comenzando a correr adentrándome en aquel bosque—. Iré contigo —dije llegando hasta donde él se encontraba y sentí como me echaba el brazo por el hombro mientras que con la otra mano me despeinaba.

—Así me gusta pequeñajo... ¡Hoy vas a saber a qué sabe la libertad! —gritó sonriente.

Aquel fin de semana había vuelto a casa del internado donde estaba finalizando mis estudios y

próximamente iría a la Universidad fuera del país, lo suficientemente lejos de casa para no regresar asiduamente. Era consciente de que me quedaba poco tiempo que compartir con mi hermano antes de marcharme y que Adolph envidiaba precisamente eso, lo único que probablemente no podría tener; *libertad para hacer lo que quisiera.*, aunque tenía más suerte que yo en otros sentidos. Él era dos años mayor, el heredero a la corona de Liechtenstein y futuro rey, por lo que tenía una estricta educación universitaria en leyes sin poder abandonar el país, algo que, él estaba deseando hacer y por eso recalca constantemente mi suerte. Por otro lado, yo siempre me había conformado con ser el segundón, siempre había tenido claro que sería Adolph quien gobernaría después de nuestro padre y no envidaba en absoluto la carga que suponía ser el príncipe de Liechtenstein y la formación exigente que implicaba serlo.

En cuanto salimos de aquel bosque, un vehículo deportivo nos estaba aguardando y escuché como Adolph saludaba a dos chicos que parecían ser sus amigos pese a que yo no los conocía. Si había algo que envidaba de mi hermano mayor, era la facilidad que tenía para conocer gente. Lograba aparentar una seriedad intachable frente a nuestros padres y luego se escabullía de palacio por las noches a escondidas para hacer fechorías.

Hacía semanas que insistía en que le acompañara porque quería enseñarme algo que le entusiasmaba y deseaba compartirlo conmigo. No tenía ni idea de que podía ser, pero dudaba que fuese algo bueno cuando debíamos hacerlo en plena madrugada y a escondidas.

Llegamos hasta una ladera de la montaña bastante lejana, donde se veían a lo lejos luces de vehículos aparcados y del que provenía una música bastante elevada. ¿Qué significaba aquello? Con los años había aprendido que era mejor no preguntar, sino escuchar, esperar y valorar la situación antes de juzgar, o al menos así me lo habían inculcado.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó uno de ellos.

—¡Esto va a ser emocionante hermanito! —exclamó Adolph frotándose las manos con una sonrisa demasiado extensa.

—¿De qué va todo esto Adolph? —pregunté confuso—. ¿Qué hace toda esta gente aquí? —insistí.

—¿No se lo has dicho? —preguntó el que hacía de chofer.

—Si se lo hubiera dicho probablemente no habría venido —contestó medio en broma el otro que les acompañaba.

—Son carreras ilegales —mencionó entonces Adolph.

En aquel momento paseé la mirada desde mi hermano hacia la gente que se encontraba fuera como si no supiera qué decir.

—Y tu hermano es uno de los pilotos —dijo uno de sus colegas.

¿Qué?, ¿Aquello era en serio?

—¿Me estás diciendo participas en carreras ilegales? —exclamé atónito—. ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Es lo más emocionante del mundo! —Su voz parecía tan vibrante y alegre que verdaderamente supe cuánto debía fascinarle aquello. Vi como salía del vehículo y le imité para seguirle el paso.

—¡Eres el heredero a la corona Adolph!, ¡Eso es demasiado arriesgado hasta para ti! —grité alterado tratando de hacerle entrar en razón.

Después de probar paracaidismo, windsurf y no se cuantos deportes arriesgados siempre a escondidas de mis padres; ahora venía con uno en el que verdaderamente su vida pendía de un hilo.



—La vida no merece la pena si no hay riesgo. Además, la corona te tiene a ti en el caso de que me pasara algo, ¿no? —contestó encogiéndose de hombros.

—Pero ¡Qué estupideces dices! —insistí—. No puedes hacer esto, como padre se entere...

—Ésta es la única forma de conseguir sentirme libre, Bohdan —susurró lo suficientemente cerca para que nadie más nos escuchara—. Y me gustaría que como hermano me apoyaras.

—No creo que deba ser yo precisamente quien...

—No me va a pasar nada hermanito —discutió no dejándome terminar aquella frase y me dio una palmada en la mejilla—. Y en el susodicho caso de que me ocurriera, creo que tu serías mucho mejor heredero a la corona que yo. No hay más que verte... —añadió sonriente.

—Nunca sería mejor que tu Adolph. Nadie lo sería —contesté con una vaga sonrisa—. Eres capaz de convencer a una vaca para que coma carne.

Las risas de Adolph me contagiaron y pronto nos acercamos a un grupo de personas donde pude reconocer claramente a mi primo Dietrich entre ellos. No sabía que hacía él exactamente allí, aunque era evidente. Siempre trataba de rivalizar con Adolph en todo lo que mi hermano hacía, como si de algún modo intentase demostrar que era superior.

—¿Él también compite? —pregunté señalándole con un gesto disimulado.

—No —mencionó Adolph mientras me rodeaba el brazo con el hombro y nos acercábamos hacia la zona de vehículos estacionados que competían—, pero ya sabes como es nuestro primo, no dudo que tarde en hacerlo solo por querer fastidiarme.

En el momento que vi como Adolph se metía en uno de esos coches deportivos, sentía la adrenalina a mil por hora. Podía percibir el riesgo que había en todo aquello e incluso la posibilidad de que esa fuera la última vez que le viera con vida. Aquella noche mi hermano ganó esa carrera e incluso celebramos hasta altas horas de la madrugada la victoria, pero lo que jamás sabría es que ese sería el principio del fin y que cuatro años después, precisamente una de esas carreras le mataría provocando que yo tuviera que ostentar su lugar. Su muerte me convirtió en el príncipe heredero a la corona y futuro soberano de Liechtenstein.

Aún podía sentir esa falta a pesar de que hubieran transcurrido diez años desde su muerte. A pesar de que me hubiera marchado de la ciudad para realizar mis estudios universitarios y que la distancia me hubiera obligado a estar más tiempo separado de mi hermano mayor, siempre habíamos estado lo suficientemente unidos para apreciar esa falta, esa carencia que ahora sentía sobre todo porque ocupaba su lugar. Un lugar que le correspondía a él, un sitio que había sido predestinado para el primogénito y una corona que no debía llevar mi nombre, sino el suyo.

Todo había cambiado tras su muerte y nada volvería a ser lo mismo tras la tragedia. Un silencio prolongado y sombrío se había cernido sobre palacio tras su fallecimiento. Mi padre seguía gobernando mientras aparentaba normalidad, como si la muerte de su primogénito no fuera un yugo que llevar sobre sus hombros y su conciencia por sentirse culpable de la muerte de su hijo. Mi madre en cambio no había ocultado ni tratado de aparentar normalidad alguna, durante todo un año se mantuvo casi recluida en sus aposentos, como si el resto del mundo no existiera, cuando comenzó a salir de aquel prolongado luto, todos nos dimos cuenta de que no volvería a ser la misma y que aquella mujer amable, generosa e incluso divertida, jamás regresaría. Nadie osaba decirle nada al respecto porque todos entendíamos el dolor que padecía, pero conforme fue pasando el tiempo aquel carácter se agravó hasta convertirse en lo que hoy día era; una pesadilla para mi.

El sonido de la puerta de mi despacho me devolvió a la realidad sacándome temporalmente de aquel trance lleno de emotivos recuerdos.

—¿Si? Adelante —pronuncié en un tono de voz lo suficientemente firme para que me escuchara la persona que estuviera tras la puerta.

—Buenos días, querido. —La voz de mi madre inundó aquel despacho que se había convertido en mío en el momento de mi juramento como heredero al trono. Cuando era pequeño solía entrar en esta misma habitación pensando que un día sería de mi hermano y deseando poder tener yo mismo mi propio despacho. Quien me diría en ese momento las vueltas que iba a dar la vida y que yo terminaría siendo quien me sentara tras aquella mesa de madera robusta en la que ahora me encontraba.

—Buenos días, madre, ¿En qué puedo ayudarla? —respondí en el mismo tono cordial de ella y bajé la mirada hacia los correspondientes informes que tenía a la vista y que debía firmar inmediatamente.

—Verás... —comenzó a decir un tanto dudosa y dubitativa. Sabía que eso era malo, malo de verdad, porque volvería a insistir de nuevo en que debía casarme y no con cualquier chica de buena familia y posición, sino con una en concreto que estaba muy lejos de ser la mujer que yo elegiría para pasar el resto el resto de mi vida—. Próximamente será tu trigésimo tercer cumpleaños y tanto tu padre como yo hemos hablado que va siendo hora de que sientes la cabeza. A tu edad, él ya llevaba siete años casado y a punto de ser coronado rey.

—Madre —La interrumpí apartando la mirada momentáneamente de aquellos papeles y alzando el mentón—. Creo que aún soy lo suficientemente joven para casarme y no veo que padre esté demasiado débil para cumplir sus funciones. Entiendo su preocupación, pero no es necesario.

—¡Lo es! —exclamó como si tuviera que tener la razón por algún motivo.

Si había algo que destacar en la reina Margoret era su tenacidad, cuando algo se le metía entre ceja y ceja no había forma humana de hacerle ver lo contrario y ahora parecía especialmente empeñada en casarme con su sobrina Annabelle, cuando por más que había intentado forzar las cosas con mi prima lejana, era imposible que pudiera sentir algo más que un leve cariño familiar hacia ella. No deseaba una mujer superficial en mi vida, que por muy bella que fuera estéticamente, por dentro no había nada apreciable a destacar. No iba a pasar el resto de mi vida al lado de alguien a quien no admirase, a quien ni tan siquiera respetase y a quien mucho menos amase. Entre aquella mujer y yo no existía ningún tipo de conexión.

—Solo porque a usted se lo parece... —insistí.

—Annabelle es perfecta para ser tu esposa y la futura reina de Liechtenstein. No encontrarás a ninguna mujer mejor preparada que ella para lo que se espera de tu consorte y sé que eres tan consciente de eso como yo. Por eso he pensado que quizás sería una buena idea anunciar vuestro matrimonio en el baile del bicentenario —soltó así sin más.

—Eso será dentro de unos meses... —susurré y sentí que mi futuro se volvía oscuro y aterrador. Sabía que, si ella se empeñaba, si de verdad se le metía en la cabeza que anunciase aquel compromiso, finalmente lo haría y mi vida se convertiría en un completo infierno del que jamás escaparía.

Notaba como mi garganta se reseca, mi respiración casi era inexistente y mis manos comenzaban a exudar. Probablemente me había quedado estático y sin saber qué decir, pero me negaba a ese matrimonio, me negaba rotundamente.

—No estoy seguro de que Annabelle sea la mujer indicada, madre. Se lo he dicho varias veces y usted parece no escucharme —insistí.

—Tonterías... —susurró—. Ella es perfecta y punto. Será tu esposa Bohdan, una madre conoce a su hijo lo suficiente para saber que le conviene, yo sé lo que te conviene y es Annabelle.

Sabía que nada le haría cambiar, era consciente de que ninguna excusa sería válida para ella y en cuanto salió por aquella puerta me dejé caer sobre la silla soltando la pluma estilográfica con la que estaba firmando aquellos documentos.

«Antes prefiero morirme que casarme con esa arrogante mimada y consentida» musité mentalmente mientras miraba hacia el techo que estaba impecablemente blanco.

No tenía ni idea de que iba a hacer, ni tampoco que iba a inventarme para eludir ese matrimonio, pero como que me llamaba Bohdan Vasylyk I que no me casaría con la superficial de Annabelle así tuviera que hacer un pacto con el diablo.



---

---

DOS

---

---



**R**ecorrí los pasillos de palacio hasta llegar al ala privada que ocupaba el monarca de Liechtenstein. Cada vez que realizaba aquel recorrido evitaba pensar que algún día yo ocuparía precisamente esa área de palacio.

—Padre, ¿Me ha mandado llamar? —pregunté llamando a su despacho y esperando una respuesta.

Sabía que mi padre el rey Maximilian era alguien demasiado ocupado, habitualmente casi todos los asuntos que tratábamos últimamente se excedían únicamente a temas de estado.

—Sí, sí —afirmó instantáneamente—. Pasa Bohdan, tengo algo que comentarte.

Entré en aquel despacho de enormes dimensiones y cerré la doble puerta. Siempre me había parecido que aquella estancia era sumamente elegante, por no decir que le guardaba un respeto prudencial. Al fin y al cabo, se trataba del despacho del mismísimo rey y aún podía recordar cuando Adolph y yo nos colamos en una ocasión por el pasadizo que había desde la biblioteca personal solo para hacer una de las tantas trastadas que se le ocurrían a mi hermano mayor y que finalmente terminaba pagando yo el castigo porque confesaba antes que él.

En aquella ocasión habíamos entrado en aquel despacho porque ambos queríamos acudir al tour de élite de deportistas en snowboard que competiría cerca de allí y sabíamos que no nos dejarían ir porque debíamos asistir a clase. Adolph encima tendría un examen, así que a mi hermano se le ocurrió la brillante idea de colarnos en aquel despacho para emitir un comunicado oficial con el sello real que indicara que ese día no habría actividades lectivas en todo el país. Para nuestra desgracia nos pillaron y no solo no fuimos a ver esa competición, sino que tampoco nos dejaron verla por televisión.

Habían transcurrido veinte largos años desde aquel suceso y lo recordaba como si hubiera sido ayer. Aún podía escuchar las risas de mi hermano en aquel pasillo oscuro, o como se concentraba en imitar la firma de mi padre para falsificar aquel decreto. Lo echaba de menos. Echaba en falta su ausencia y el enorme vacío que dejó en todos nosotros desde que se había marchado.

—Usted dirá, padre —dije acercándome hasta él. Se encontraba sentado en aquella enorme mesa llena de objetos, informes, correspondencia y otros enseres a los que le tenía una gran estima.

—Te he mandado llamar por varias razones, aunque la principal y de mayor relevancia es que debes acudir en representación de Liechtenstein a California en los próximos días.

—¿California? —exclamé extrañado. Hacía tiempo que no viajaba tan lejos por asuntos de Estado y dicho viaje no estaba en la programación de mi agenda.

—Sí. Se trata de algo repentino y puntual. Al parecer hay una importante empresa que está interesada en trasladar su sede principal a Europa y están valorando hacerlo aquí, en Liechtenstein. He podido estudiar sus cifras y el balance de repercusión que tendría para nosotros si así fuera, por lo que es muy conveniente sellar el acuerdo —contestó mi padre pasándome una carpeta donde supuse que vendría todo lo referente a esa empresa y las cifras de las que me hablaba—. Es de vital importancia despejar cualquier duda que puedan tener sobre las infraestructuras del país y por eso debes ir personalmente como mi representante.

—Echaré un vistazo a los informes y si es así, no creo que tenga problema en convencerles de que será la mejor decisión que puedan tomar. Seguro que llegaremos a un acuerdo y les convenceré para que así sea —afirmé abriendo la carpeta y viendo por encima a que se dedicaba dicha empresa, parecía algo tecnológico y no me extrañó el interés en mi padre en ello ya que era un visionario en ese sentido—. ¿Cuándo será? —pregunté sin aparente interés, porque en el fondo no me importaba demasiado cambiar mi agenda.

—La reunión está programada para el próximo viernes. Ya he solicitado que reestructuren tu agenda y dejen programado el tiempo suficiente por si se prolongara todo el fin de semana.

—Está bien. No habrá problema, ¿Qué otro asunto quería tratar, padre? —pregunté dando por finalizada la conversación referente a mi viaje a California.

—Tu madre ha estado hablando sobre tu relación con Annabelle y la importancia que tendría anunciar vuestro compromiso en el baile del bicentenario. —Por alguna razón el tono de voz de mi padre no parecía de entusiasmo, de hecho, hasta el momento no se había pronunciado respecto a ese tema.

—Ya le he dicho a madre que no tengo ninguna relación con Annabelle. El hecho de que haya accedido a invitarla cenar en un par de ocasiones no supone que tenga una relación con ella, mucho menos que pretenda casarme y formar una familia a su lado.

—Sabes lo que ocurre cuando tu madre se empeña en algo y se le mete entre ceja y ceja —advirtió mi padre.

—Sí —afirmé—. Que no parará hasta conseguirlo.

—Tienes dos opciones, Bohdan —mencionó mi padre captando mi atención y alcé el mentón para mirarlo fijamente—. Casarte con Annabelle y ser infeliz el resto de tu vida, o encontrar a una esposa digna de ser reina.

Ya. Como si eso fuera tan fácil y lo consiguiera en los dos meses que faltaban para ese maldito baile.

—¿No le puede decir que no deseo a Annabelle y que por más que insista o crea que seré feliz junto a ella, es técnicamente imposible? —ironicé confesando por primera vez lo que sentía respecto a esa supuesta relación.

—Si quieres mi opinión al respecto, te diré que no escuchará mi opinión y solo haré que se vuelva aún más en mi contra —confesó serio—. Probablemente lo único que pretende con todo esto es que tu esposa sea alguien de su confianza, una mujer a la que puede manipular a su modo y semejanza. Tal vez tiene el concepto de que cualquier otra en su lugar, te puede apartar de su lado y perder a otro hijo.

—¡Eso es completamente absurdo! —exclamé levantándome de la silla.

—Ambos sabemos que tu madre no razona como lo hacía antes —mencionó cruzándose de brazos—. Te he dicho cuáles son tus opciones, ella no escuchará a nadie y la prensa tiene información confidencial de que pronto anunciarás tu compromiso oficial.

¿Qué? No. No puede ser posible, ¡No puede ser verdad!

—Encontrar una esposa digna de ser reina... —susurré recitando las palabras de mi padre.

Dudaba que encontrara a alguien así en cuestión de semanas, o mejor dicho días. Todas las chicas con las que había estado hasta la fecha me habían demostrado más tarde o más temprano que solo habían estado conmigo por puro interés. Incluso la propia Annabelle que era mi prima lejana me quería por interés; saltaba a la vista que deseaba convertirse en princesa y futura reina de Liechtenstein.

No. Una mujer así no existía y si existiera definitivamente estaba escondida. Probablemente ganaría algo de tiempo si salía con alguna chica oficialmente en lugar de ocultarlo como lo había hecho en otras ocasiones. Aunque tenía la corazonada de que eso no amilanaría los planes de madre y de que probablemente insistiría con mayor fervor en que la chica en cuestión no era comparable con su pupila.

—Si en algún momento la encuentras, no lo dudes hijo. Ese tren solo pasa una vez en la vida —afirmó padre guiñándome un ojo en complicidad y en ese instante sentí que al menos tenía su apoyo respecto a la elección de mi futura esposa. Era liberador saber que me ofrecía en bandeja elegir a la mujer que yo quisiera independientemente de quien fuera ésta.

Afirmé con un gesto de cabeza mientras pensaba en sus palabras y salía de aquel despacho con los informes sobre aquella empresa de California bajo mi brazo.

No tenía ni idea de cómo iba a solventar el asunto de Annabelle, pero si no lo erradicaba de una vez, estaba seguro de que me vería obligado por mi posición y deber hacia la corona, hacia algo que sería definitivamente mi condena.

«Quizá solamente necesite una noche de fiesta y un par de copas para aclarar mis ideas sobre lo que realmente tenía que hacer» sopesé mientras me dejaba caer sobre el sillón de mi propio despacho.

Hacía demasiado tiempo que no pensaba en mi mismo. Toda mi vida giraba en torno a asuntos de estado, reuniones y deber hacia la corona. Había olvidado lo que era gozar de un fragmento de libertad, tratar de huir de toda aquella presión y ser yo mismo por una fracción de segundo hasta el punto de anteponer mi propia voluntad a la de los demás.

Solo faltaba un día para mi viaje a California, así que debía apresurarme y dejar terminado los asuntos más urgentes antes de irme por si mi estadía se prolongaba.

—¡Bohdan!, ¡Bohdan! —exclamó esa voz algo infantil por su temprana edad y provocando que me diera la vuelta sonriente para ver aquella melena rubia alborotada corriendo hacia mi.

—No deberías correr con esos zapatos —respondí en un tono suave cuando se aproximó hasta mi. Aún no sabía porque mi madre le hacía andar con esos zapatos por palacio para que se habituara a ellos, en ocasiones me encantaría coger a esa mujer y zarandearla para que todo volviera a recolocarse en su cabeza de nuevo.

—No pasa nada, ya me estoy acostumbrando a ellos. De aquí a que llegue el baile, los dominaré perfectamente —contestó sonriente.

Adoraba a esa pequeña, de hecho, era casi la única alegría en aquel enorme palacio y más aún adoraba que nunca perdiera su sonrisa a pesar del temperamento de nuestra madre.

—¿Dónde ibas? —pregunté siendo consciente de que era extraño que no estuviera ocupada con sus clases. Me constaba que madre la solía tener ocupada casi todo el día.

—El profesor de música no ha podido venir hoy, así que me he escapado aprovechando que madre ha salido de palacio, ¿Podemos ir a ver las estrellas antes de que te marches mañana? —preguntó en ese tono de súplica con el que sabía que sería incapaz de negarme a nada.

—¿Y tú como sabes que me voy mañana? —pregunté con un deje de sonrisa.

—Escuché a padre mencionarlo en el desayuno. ¿Vas a California?

—Eso parece.

—¿Y estarás fuera muchos días? —preguntó con cierta cara de preocupación.

—Tranquila pequeña, que no te dejaré sola demasiado tiempo. Solo estaré fuera el fin de semana, pero te prometo que esta noche iremos a ver las estrellas.

—¡Sí! —gritó abalanzándose hacia mí y después salió corriendo de nuevo.

—¿A dónde vas?, ¡Ten cuidado que te vas a caer! —grité mientras me reía viéndola correr.

Me daba cierto pesar que no fuera a un colegio como lo hice yo, eso complicaba las cosas a la hora de relacionarse o de tener al menos alguna amiga con la que jugar o pasar el tiempo. A pesar de que había tratado de intentar sacar el tema en varias ocasiones, madre siempre se había negado a que Margarita saliera de palacio alegando que aún era demasiado pequeña. La trataba como a una niña de cinco años cuando ya era una adolescente de trece.

«Quizá deba plantearme seriamente las cosas cuando regrese» pensé viendo como el vestido de color azul que llevaba se perdía al fondo del pasillo tras girar a la izquierda. De alguna forma Margarita no tenía porqué pagar las consecuencias, ni tener una vida mísera por culpa de madre.

El avión privado aterrizó a la hora acordada en California tal como estaba previsto en la agenda. Tuve reuniones durante toda la mañana. Al parecer el acuerdo comercial iba a ser mucho menos complicado de lo que pensé en un principio debido al gran interés que la empresa tenía en nuestro país.

Llegué al hotel aquella noche completamente exhausto de cansancio, entre el jet lag y las horas de reuniones, apenas tenía fuerza para darme una ducha, por lo que tras hacerlo me tiré sobre la cama sin quitarme siquiera la toalla de baño. Estaba comenzando a dormirme cuando escuché el sonido de mi teléfono personal y maldije por no haberlo puesto en silencio. Miré la pantalla y vi que era Carlos, un amigo de la universidad. Aquello era extraño, hacía tan solo unos días que había hablado con él y me extrañaba que me llamase a esa hora.

—¿Carlos? —pregunté algo preocupado.

—¡Bohdan tío!, ¡Estás en California!, ¿Por qué no me lo dijiste? —exclamó en lo que supuse que sería un estado de embriaguez casi avanzado. Miré la hora del reloj y comprobé que apenas eran las once, ¿Dónde demonios estaba?

—Si. Estoy en California, ¿Y tu borracho? —exclamé tirándome sobre la cama ahora más relajado y obviando su pregunta.

—¡Estamos en las Vegas! —gritó él y alguien más que no logré adivinar quien era.

—¿Estáis?, ¿A qué te refieres con estáis? —pregunté frunciendo el ceño.

—Casi todos los de la universidad. Brian tenía que venir por negocios, Wilde una despedida de soltero de su cuñado, Regan me convenció para venir porque había una competición de póker y no quería venir solo... y ahora resulta que tú estás en California!, ¡Esto es el destino!, ¡Tienes que venir! ¡Mañana nos vamos a juntar todos y vamos a quemar la ciudad!

«No puede ser...»

—Tengo una reunión a primera hora Carlos.

—Pues termina rápido con la dichosa reunión y vente, ¡No puedes desperdiciar una oportunidad así!, ¿Quién sabe cuando podremos volver a coincidir? —A pesar de haber tomado

varias copas, parecía lo suficientemente lúcido para hablar con coherencia.

—Está bien. ¡Iré! —dije sin pensármelo dos veces.

¿No había dicho yo mismo que necesitaba algo así para despejar la mente? Además, quien sabe si aquella era la última oportunidad que tenía de desinhibirme un poco antes de que toda la responsabilidad de la corona recayera sobre mis hombros. No esperaba que me coronasen rey a corto plazo, pero tenía que admitir que era algo que podría ocurrir pronto. Mi padre siempre había dicho que se retiraría de sus funciones en cuanto se sintiera incapacitado.

—¡Que ha dicho que viene! —le oí gritar por teléfono y me reí mentalmente de que probablemente pensarían que no iría finalmente. De hecho, aún recordaba que todas las veces que habían hecho reunión de amigos de la universidad, por una u otra razón no había podido asistir.

—Envíame la dirección, aunque no prometo que pueda llegar pronto, si advierto que iré —mencioné justo antes de colgar y cerré los ojos pensando en que más me valía descansar si quería ser persona al día siguiente.

La reunión se prolongó un poco más de lo que pensaba, pero finalmente pude coger el avión para poner rumbo hacia las vegas lo más pronto posible. No llegué hasta bien entrada la noche y, de hecho, no aparecí en aquella discoteca donde supuestamente estaban hasta la madrugada. En el momento que divisé —después de dar dos vueltas y que nadie me respondiera al teléfono durante media hora—, al grupo de mis viejos amigos en uno de los palcos privados, me dirigí hacia ellos directamente sin estar atento a mi paso. Repentinamente tropecé con algo, o más bien con alguien. Sentí como el liquido empapaba mi camisa y supuse que fuera quien fuese me había tirado la copa encima. Escuché un gruñido que no me fue posible adivinar de qué se trataba, pero cuando observé aquella silueta embutida en un vestido completamente adherido a ese cuerpo de apenas metro sesenta y poco, mi respiración se contuvo. No le veía la cara porque miraba hacia abajo, pero solo con esas vistas ya había captado toda mi atención.

—Disculpe, apareció sin más... —dije tratando de disculparme porque en el fondo sí que había sido culpa mía por no mirar.

En ese momento fui consciente de que lo había dicho en alemán y probablemente no se habría percatado de nada porque sería una chica americana. Abrí mis labios para repetir la misma disculpa en inglés en el mismo instante que aquella mujer de cabello oscuro alzó la vista y el mundo tal como lo conocía dejó de existir. La música sonaba muy lejana. El ruido de la gente, las voces, todos mis sentidos quedaron anulados visualizando aquel rostro de ojos celestes que incluso en aquella leve oscuridad se podía apreciar que tenían luz propia.

Decir que era preciosa era quedarse sumamente corto, era infinitamente hermosa, la mujer más bella que había tenido el placer de tener ante mis ojos.





---

---

## TRES

---

---



No podía apartar mis ojos de ella y ciertamente observaba como ella tampoco apartaba los suyos de los míos. Aquel momento era magia en estado puro, como si una conexión inexplicable nos uniera. ¿Por qué sentía ese tipo de sensación extraña? Tal vez solo fuera porque ella era exquisita, hermosa, indudablemente preciosa.

—¡Has venido!, ¡He ganado la apuesta! —La voz de Carlos hizo que saliera de aquel trance parcial en el que me encontraba y apartase la vista de aquella desconocida para ver la figura de mi amigo.

—Sí, justo he llegado ahora —contesté evadiendo el comentario a una supuesta apuesta. No me extrañaba que hubieran apostado si finalmente iría o no, teniendo en cuenta las veces que les había fallado anteriormente.

—¿Viene ella contigo? —preguntó entonces Carlos y antes de que pudiera responder, la bella desconocida lo hizo por mi.

—No —negó y comprendí perfectamente que, por algún misterio de la vida, ella sabía alemán —. Tu amigo me tiró todas las copas que llevaba encima, así que me las debe.

No pude evitar sonreír. Su espontaneidad sumada al hecho de que conociera mi lengua materna había sido toda una revelación. Empezaba a alegrarme de haber venido más de lo que esperaba.

Le hice un gesto a Carlos con la cabeza indicándole que se marchara y que más tarde iría junto a ellos, y acompañé gustosamente a esa belleza andante. Al menos en algo tenía razón, yo había sido el culpable de que se derramasen sus copas y lo que menos podía hacer era invitarla a tomar otra, aunque para mi fuera la excusa perfecta de pasar más tiempo con ella.

—¿De donde eres? —Le pregunté en cuanto nos acercamos a la barra.

—España, ¿Y tú?, ¿De qué parte de Alemania eres? —contestó sonriente y me sorprendió que no me reconociera. Hacía demasiado tiempo que no hablaba con alguien sin que supiera de antemano quien era. Solía ser demasiado estresante pensar si el interés se debía hacia mi persona o hacia la corona, pero aquello resultaba refrescante, me gustaba la idea de pasar desapercibido para ella.

—Digamos que soy de una pequeña ciudad al noreste del país —contesté sin ser preciso. No iba a decirle que era de Liechtenstein que realmente no era Alemania por más alemán que allí se hablara y menos iba a confesar que mi padre era el soberano de dicho país.

Antes siquiera de que nos sirvieran las copas apareció uno de mis colegas de universidad, concretamente Regan con varios vasos de chupitos. No es que no me fiase de él, pero sabía perfectamente que de vez en cuando tomaba algo no del todo legal por así decirlo y sopesé seriamente si tomarme el vaso de chupito que me ofrecía.

—¡Venga hombre, que solo es para caldear el ambiente! —exclamó y observé como la chica de ojos celestes cogía uno de los vasos y se lo bebía sin dudar.

No quería quedar de imbécil y menos aún de ser demasiado aburrido o correcto, así que arriesgándome a poder arrepentirme al día siguiente lo cogí y me lo bebí.

Aquello quemaba la garganta e intuí que debía ser puro alcohol, aún así me tomé un segundo y comencé a notar como comenzaba a afectarme.

Invité a la bella española al reservado para acompañarnos, pero me dijo que primero debía avisar a unas amigas antes de venir. Tuve una ligera sensación de pérdida mientras la veía alejarse, como si temiera que no volviese a verla el resto de la noche y deseché aquel absurdo pensamiento.

¡Solo acababa de conocerla!, ¡Ni tan siquiera sabía su nombre! Algo que por cierto tendría que preguntarle cuando volviera.

Al llegar al reservado escuché los gritos de clamor de mis viejos compañeros de universidad. Al parecer Wilde se había ausentado de la despedida de soltero por un rato para estar con nosotros, aunque también se encontraban por aquella discoteca, sin duda jamás habría pensado que el destino hubiese hecho que nos reencontrásemos de aquella forma.

—Tío, ¿Tú como lo haces? —preguntó Regan—. Nada más entrar las tías se te echan encima. ¿Es que con verte ya saben que eres un príncipe o qué? —exclamó entre las risas de los demás.

—Oye, la he invitado a venir y no sabe quien soy, así que espero que ninguno la fastidie y se lo suelte —les advertí. No me apetecía en absoluto que; saliera huyendo o más bien se comportara de una forma más interesada de lo normal como solía ser el caso.

—Tranquilo Bohdan, de nosotros no saldrá —dijo Carlos con una vaga sonrisa—. Pero entendemos que quieras distraerte antes de casarte con tu prima *Annabelle*.

—¿Se lo has contado? —exclamé señalando al resto de los que estaban allí y me llevé una mano a la cabeza. Supuestamente se lo había revelado en la más estricta confianza, pero tampoco le había pedido que quedase entre nosotros porque pensé que no hacía falta. Ahora me sentía ridículo.

—No te preocupes Bohdan, que no diremos nada. Solo les comenté que estabas un poco estresado con el tema para ver que opinaban. Sabes que de nosotros no saldrá nada a la prensa —advirtió Brian.

En realidad, no era esa mi preocupación, sino más bien que se auto compadecieran.

—Mejor cambiemos de tema, porque la verdad es que en este momento no me apetece hablar ni de mi madre, ni de mi impertinente prima. Ya se me ocurrirá algún brillante plan para deshacerme de ese dichoso compromiso que quieren imponerme —dije cogiendo una de las copas que había en el centro de la mesa y tratando de brindar.

—Salud —exclamaron todos a la vez y en aquel momento el precioso rostro de la española apareció de nuevo e inevitablemente sonreí.

«¡Dios!, ¡Sí que era guapa!» medité al verla aún con mas luz.

Se sentó a mi lado y noté el aroma de su perfume cuando me acerqué a ella, sencillamente era delicioso, casi tanto como esos labios jugosos que por alguna razón no dejaba de pensar que me llamaban a gritos.

Había algo en su mirada, en su forma de hablar, en su sonrisa... parecía especial y me atrevía a decir que única.

—¿Otro chupito chicos? —preguntó Regan y en ese instante me percaté que había estado completamente ajeno a ellos a pesar de estar en el mismo lugar.

—¡Claro! —exclamó ella y lo tomó sin pensar.

Miré a mi amigo que sonreía de oreja a oreja y eso me dio mala espina, probablemente me arrepentiría de la jaqueca que iba a tener al día siguiente, pero al final lo cogí y sin pensar en las consecuencias me lo tomé.

—Creo que no me dijiste como te llamabas —anunció llamando de nuevo mi atención.

—Bohdan —contesté sonriente siendo incapaz de darle un nombre falso, sentía demasiada curiosidad en escucharlo de sus labios.

—¿Bohdan? —exclamó y su tono de voz sonaba tan sugerente que me acerqué a ella sin evitarlo—. ¡Nunca lo había escuchado!, ¡Qué original Qué calor hace aquí, ¿verdad? —preguntó y la vi tratando de hacerse aire con aspavientos.

—¿Estás bien? —pregunté notando que algo no iba del todo normal, como si comenzase a estar acelerada.

—¿Yo? —exclamó—. ¡Perfectamente!, ¿Tú no estás perfecto? Porque te aseguro que lo estás y mucho.

En ese momento me reí sin poder evitarlo. Hacía tanto tiempo que no me reía con ganas, estaba descubriendo que realmente no solo me atraía esa chica, sino que me gustaba que tuviera aquellas ocurrencias siendo tan directa. Incluso tuve un ligero desliz al pensar en que ella representaba todo lo opuesto a lo que mi madre deseaba para mi; alegría.

—Aún no me has dicho tu nombre —dije mirándola fijamente y noté como su sonrisa se esfumaba y le costaba algo de trabajo tranquilizarse.

—Celeste. Mi nombre es Celeste —contestó casi en un susurro—. Que sed tengo, ¿Tu no tienes sed? Porque yo me bebería hasta el agua de las plantas en este momento.

La vi levantarse y coger una de las copas que había en el centro sin preguntar de quien era y se la bebió de un solo trago para después subirse a la mesa que había allí mismo y comenzar a bailar al ritmo de la música.

Debía admitir que era demasiado sensual, atrayente y absolutamente seductora, pero había algo que no me cuadraba puesto que yo había tomado la misma cantidad de copas que ella y no estaba así.

—Parece que a esta chica le va la fiesta, ¿no? —escuché la voz de uno de mis amigos y en ese momento observé a Regan que me miró guiñándome un ojo y lo intuí.

—Qué le has echado en la bebida. —No era una pregunta porque sabía perfectamente que le había añadido algo a uno de esos chupitos.

—No le he echado nada, se lo ha bebido ella solita cogiendo una copa que no era suya, pero dadas las circunstancias podría decirse que te he hecho un favor —contestó encogiéndose de hombros y le cogí del cuello para propinarle un puñetazo, algo que no pude hacer porque Carlos me lo impidió.

—¡Ey tranquilo!, ¿Qué pasa? —preguntó Carlos tratando de calmarme.

—¡Pasa que éste capullo y sus porquerías han hecho que ella esté así! —grité y para mi asombro ella no me escuchó, seguía bailando a su aire sobre aquella mesa—. ¡Joder!, ¡Para una jodida noche que conozco a alguien interesante, va este idiota y lo estropea! —exclamé llevándome las manos a la cabeza.

—Mi idea era más bien que te casaras con ella... —soltó Regan y todos le miramos como si estuviera loco o definitivamente bajo los efectos de alguna sustancia.

—¿Qué te has fumado antes de salir? —exclamó Wilde.

—Es fácil —contestó Regan haciendo caso omiso a Wilde—. Te casas con una desconocida, la prensa se hace eco, fastidias tu supuesto compromiso con la estirada esa de tu prima y cuando te dejen en paz, te divorcias. ¿No soluciona eso tus problemas? —dijo con tanta templanza que hasta parecía que lo decía muy en serio.

—Definitivamente a ti el póker te ha absorbido el cerebro —contestó Brian.

—Tengo que admitir que eso podría solucionar tus problemas, Bohdan —ratificó Carlos.

—¿Tú también? —exclamó Wilde—. ¿Que no la conoce de nada!, ¿Y si es una loca que está completamente pirada?, ¿O una oportunista?

Mientras les escuchaba discutir volví mi vista hacia la chica en cuestión, allí estaba ella, bailando ajena a todo, divirtiéndose sin ser consciente de nada. ¿Quién sería realmente?, ¿A qué se dedicaría?, ¿Sería capaz de hacer algo así?, ¿De aprovecharme de ella de ese modo? Estaba desesperado, eso era cierto, pero ¿Estaba realmente tan desesperado como para hacerle pasar por aquello a una pobre chica inocente? Ella era preciosa, absolutamente hermosa y lo cierto es que me moría de ganas por volver a verla después de esa noche y más aún, sabiendo que no tendría nada fácil quedar con ella estando en otro país.

—Bohdan —La voz sensata de Brian me trajo de nuevo a la realidad—. Diles que tu serías incapaz de hacer algo así.

—Carlos, tienes una hora para hacer un contrato matrimonial —solté sabiendo que probablemente estaba cometiendo el mayor error imperdonable de toda mi carrera como monarca.

Habíamos salido de aquella discoteca y llevábamos al menos media hora en aquel coche dando vueltas mientras yo no dejaba de pensar una y otra vez en que aquello era un disparate. ¿En qué momento se me habría ocurrido pensar que podía ser una buena idea?

—¿Porque un día yo seré una buena escritora!, ¡Si señor!, ¡La mejor!, ¡Y seré tan famosa como Erika Leonard James! —exclamó Celeste que estaba a mi lado, justo entre Regan que no dejaba de darle conversación y yo. Wilde se había quedado en la discoteca porque no podía abandonar la despedida de su cuñado y en el vehículo íbamos el resto incluyendo a la española de ojos Celestes que no sospechaba en absoluto sobre lo que estaba a punto de suceder.

—¿Alguien sabe quien es la tal Erika Leonard esa? —preguntó Regan con cara de póker nunca mejor dicho, ya que era un jugador excelente.

Tenía mejores cosas que pensar que aquello, aunque estaba bien saber que al menos la chica tenía aspiraciones en un futuro. Eso no me devolvía la tranquilidad, era consciente de que si hacía aquello me estaría aprovechando de ella de alguna forma, estaba abusando de su nulo juicio para que accediera a ayudarme sobre un asunto que realmente nada tenía que ver con aquella hermosa joven y peor aún, la estaría exponiendo a un mundo completamente desconocido para ella y del que no muchos están preparados para soportar.

—¿Es que no sabes quien escribió el libro erótico más famoso del mundo? —exclamó Celeste acaparando las miradas de todos, inclusive la mía.

Su tono de voz evidenciaba que estaba bastante ebria, aunque aquello desde luego debía ser el efecto provocado de lo que fuera que Regan había echado en la bebida que ella en un descuido tomó.

—¿Escribes novelas eróticas? —pregunté tragando saliva fuertemente. No sabía si de ser afirmativa su respuesta, sería mejor o peor seguir con aquella idea absurda.

—Noooooo —siseó haciendo movimientos con las manos—. Yo escribo cosas mucho más profuuuuundas —añadió y por alguna razón empezó a reírse.

Saberlo hizo que respirase algo más tranquilo, era consciente de que estaba mal, de hecho, sabía que me iba a arrepentir al cien por cien de aquello, pero... ¿Tenía realmente otra opción?, ¿Encontraría a alguien de aquí al baile lo suficientemente tenaz para soportar los desplantes de mi madre o que sencillamente no se largara con el imbécil de mi primo para variar como hicieron las tres últimas? Eso sin contar que estuviera interesada en algo más que la corona que pudiera ostentar en un futuro.

Necesitaba tiempo y solo de aquella manera iba a conseguirlo.

—¡Bien, ya lo tengo! —gritó Carlos que iba en el asiento del copiloto y me pasó los papeles hacia atrás—. Recoge todo lo esencial, firma todas las hojas, ella también y al menos tendrás un documento que avale las condiciones. Ya me encargaré de sellarlo en cuanto regrese al despacho el lunes a última hora.

Miré los documentos y ni tan siquiera los leí, tenía un encogimiento en el estómago por todo lo que iba a ocurrir a partir de ese momento. Sabía que, si me paraba a pensar un instante, si lo meditaba realmente, desistiría de todo aquello y me resignaría para aceptar lo que haría feliz a mi madre.

—¿Eso que es? —La voz femenina captó mi atención y volví la mirada hacia la derecha para verla. A pesar de la oscuridad, podía ver por las luces de la ciudad que atravesaban las ventanillas del vehículo que sus ojos brillantes relucían de un modo sin igual, si había algo que merecía la pena de todo aquello era ver ese rostro cada día durante el tiempo que durase. Deleitarme con aquellos ojos celestes que refulgían de pasión y esos labios que... ¡Dios!, ¡Me voy a casar de verdad con ella!

—¿Celeste, te quieres casar conmigo? —pregunté con una seriedad pasmosa a pesar de la irónica situación. Ni siquiera se lo había preguntado, en su estado había dado por sentado que aceptaría.

—¿Dónde hay que firmar? —contestó y por alguna razón sonreí. Sabía que su respuesta no era real, que por lo que Regan había contado, era muy probable que no recordase nada al día siguiente y si lo hacía, sería algún vago recuerdo de lo sucedido, pero al menos no sentía que la estaba obligando a ello por más que solo fuera un pretexto para calmar mi conciencia.

—¡Aquí! —exclamó Carlos quitándome el papel y pasándole un bolígrafo a ella que dibujo un garabato en todos y cada uno de los papeles que mi amigo le indicaba.

—Te dije que no se opondría —susurró Regan mientras ella estaba distraída—. Potencia sus sentidos y es evidente que se siente atraída.

Saberlo no me reconfortaba, pero si atenuaba esa enorme culpabilidad que sentía mitigada también por los efectos del alcohol.

La capilla elegida no podía ser más llamativa con todas las luces de neón que tenía colocadas en la puerta. Se anunciaba como bodas exprés en menos de quince minutos. Pensé irónicamente en que una ceremonia monárquica duraba más de una hora, pero aquello estaba muy lejos de ser una boda de la realeza por más príncipe que yo fuera.

Agarré a la chica de ojos celestes por la cintura fuertemente, ya que sus piernas sobre esos tacones flaqueaban demasiado hasta el punto de no aguantar el equilibrio. Parecía tan risueña, divertida, alegre... ¿Sería así siempre?, ¿Realmente estaría tan llena de vida cuando dejara a un lado los efectos del alcohol y psicotrópicos que tenía en la sangre? Entramos en aquella especie de capilla —que estaba muy lejos de ser una capilla como tal—, y nos encontramos a un hombre

vestido de obispo que salió a nuestro encuentro. Si algo bueno tenía las Vegas es que no tenía ni un solo trámite burocrático, sino que dando nuestros datos y pagando las tasas oficiales, aquello sería real.

Iba a casarme. Realmente iba a casarme con una desconocida a la que apenas había conocido dos horas atrás y encima no era de Liechtenstein. Solo con pensar la cara que pondría Annabelle, me auto convencí para seguir con aquello.

A pesar de haber bebido, nunca había creído estar más lúcido en mi vida, pero al mismo tiempo era consciente de que sin aquel velo de alcohol en la sangre, nada de todo aquello estaría ocurriendo, sencillamente me habría negado. Escudándome en el alcohol, terminé dando el «Sí, quiero» cuando aquel hombre vestido de obispo me preguntó directamente, e instantes después repitió la misma pregunta a la mujer que tenía a mi lado, que sin duda alguna respondió afirmativamente.

—Yo les declaro, marido y mujer. Puede besar a la novia señor Vasylyk —mencionó aquel desconocido e instintivamente miré hacia la susodicha que parecía observarme atentamente. Había imaginado a qué sabrían sus labios desde el momento en que la vi, deseé hacerlo varias veces sabiendo que me costaría dar el paso, pero ahora, aquella dulce y graciosa chica española que por alguna razón hablaba mi idioma, era mi esposa... era parte de mí.

Acerqué mis labios lentamente y noté como ella no se alejaba, cuando rocé aquellos carnosos labios sentí una corriente eléctrica recorriendo todo mi cuerpo e inesperadamente sus labios comenzaron a moverse acompasando los míos.

«Definitivamente esto solo puede ser un sueño del que no quiero despertar» jadeé internamente cuando su lengua comenzó a hacer maravillas junto a la mía y deseaba que definitivamente aquello no terminase jamás.

—¡Ejem!, ¡Ejem! —Escuché a mi espalda y lentamente me aparté de aquella dulce boca para volver a la realidad—. Creo que debéis firmar el acta antes de iros a vuestra *noche de miel*. —Anunció Carlos señalando los papeles que tenía el hombre que había oficiado la ceremonia.

Tras salir de aquella capilla, me llevé directamente a la que acababa de convertirse en mi esposa a mi habitación de hotel. No tenía ni la más mínima idea de donde se alojaba ella y lo cierto es que tendría que contarle todo en cuanto despertara aquella mañana y estuviera realmente lúcida. Temía ese momento, probablemente me odiaría por lo que había ocurrido, pero ya no había vuelta atrás. Lo había hecho. Había cometido el acto más egoísta de toda mi vida aprovechándome de una joven inocente, y por más que me pesara en el futuro, debería convivir con ello.

—¿Dónde ezta el shampaaaaaanmn? —gritó nada más entrar en la habitación. A esas alturas de la noche, sus palabras eran medio incomprensibles para mi.

—Creo que será mejor que te quites los zapatos si no quieres torcerte un tobillo y terminar en un hospital —dije deteniendo su paso y agachándome para ayudarla mientras la sostenía. No podía decir que tuviera piernas infinitas como las de una modelo, pero definitivamente las prefería por encima de cualquier mujer de medidas perfectas. La suavidad, delicadeza y singular piel de aquella mujer no tenía parangón. ¿Me estaba volviendo loco? Tal vez solo fuera el tiempo que llevaba sin estar con una chica, ahora que lo pensaba eran unos cuantos meses después de encontrar a mi última exnovia en la cama con mi primo. Después de eso y la insistencia de mi madre en que saliera con Annabelle, —de la que desde luego jamás osé poner un dedo encima—, mi agenda apretada me había provocado no tener tiempo de nada más.

—Ya está —dije soltándola ahora que al menos podía tener la seguridad de que no se torcería un tobillo con esos zapatos de tacón de al menos doce centímetros.

La observé corretear riéndose por la habitación rodeando la mesa y los sofás que había en aquel pequeño saloncito de la suite en la que me alojaba. Me dejé caer sobre la puerta de entrada cruzándome de brazos mientras la observaba. Parecía feliz siendo ajena a todo lo que había sucedido y lo que con toda probabilidad iba a ocurrir en las próximas horas, algo dentro de mí me hizo no querer ser el culpable de apagar esa sonrisa, hacía demasiado tiempo que nadie de palacio reía, menos aún con la sinceridad que ella lo había hecho justo en el momento en que la conocí.

Me pregunté como se tomaría la familia la noticia, ¿Cómo encajaría Liechtenstein a una princesa extranjera desconocida? Recordé las últimas palabras de la conversación que había mantenido con mi padre aconsejándome no dudar cuando reconociera a la mujer que quería a mi lado. Probablemente Celeste Abrantes, —así se llamaba aquella joven según su carnet de identidad—, no fuera la princesa que todos esperaban, pero había algo en ella que no sabía explicar, esa sensación que había tenido nada más verla en aquella discoteca como si una vocecilla interior me indicara que ella era especial.

—¡Bon Voyage! —exclamó justo antes de ver como lanzaba la prenda de lo que hasta el momento había sido su vestido ajustado hacia el otro lado de la habitación. Ante mí se proyectaba un cuerpo demasiado sexy que ocupaba toda mi atención. Era demasiado deseable, excitante y placentero al mismo tiempo.

«Resiste Bohdan Vasylyk I. Tú puedes resistir» susurré mientras cerraba los ojos e inclinaba la cabeza hacia el techo guardando esa imagen en mis más profundos recuerdos.



---

---

## CUATRO

---

---



**D**efinitivamente aquello iba a ser una auténtica tortura en la que perdería mi cordura y parte de mi sensatez humana. Quizá fuera un castigo ínfimo para lo que acababa de hacer.

—¡Aquí ezta! —La escuché exclamar en un idioma que apenas comprendí y en ese momento abrí mis ojos para observar que sacaba una botella de champán del mini-bar con una mano junto a otros licores en tamaño pequeño con la otra.

—No creo que sea una buena idea que sigas bebiendo —afirmé acercándome a ella para tratar de quitarle la bebida de las manos.

No pretendía rozar esa piel desnuda que suponía una amenaza para mis impulsos y menos aún tocarla. Si bastante esfuerzo tenía que hacer de por sí para refrenar lo que dictaminaba mi instinto, peor sería teniendo la tentación tan cercana. Me negaba a aprovecharme de la situación, bastante me había propasado, extralimitado y excedido suficiente para reprochármelo el resto de mi vida, había abusado de su estado solo por mi propio beneficio y eso era absolutamente egoísta. No. Ni hablar. Así me muriese de agonía, no le pondría una mano encima a esa mujer que se había convertido en mi esposa —porque legalmente era mi esposa—, sin que ella fuera plenamente consciente de sus actos.

—Nooooo —gimió apartándose de mi lado mientras caminaba hacia atrás y veía que su equilibrio, —algo mejorable tras quitarle los zapatos de tacón— peligraba conforme se acercaba a uno de los sillones que había en aquel pequeño saloncito, obviamente tropezó y di dos zancadas antes de que cayera al suelo y alguna de las botellas que llevaba se hiciera añicos y terminara cortándose con el cristal. Ya me imaginaba los titulares; El príncipe Bohdan termina su noche de bodas en urgencias por múltiples cortes en su esposa, ¿Habría sido realmente un accidente? De sobra sabía como era siempre la prensa extranjera, intentando sacar todo de contexto, por suerte en Liechtenstein no era así, aún respetaban a los miembros de la casa real.

—Será mejor que te metas en la cama y duermas hasta mañana, antes de que terminemos pasando la noche en un hospital —dije mientras la estrechaba entre mis brazos para sostenerla.

¿Por qué demonios tenía que oler tan condenadamente bien esa mujer? Tal vez después de todo sí que me afectaba el alcohol de alguna forma por más sereno que quisiera parecer, había algo en ella que me atraía como un oso hacia la miel, sencillamente era incontrolable.

Observé esos ojos tan puramente celestes, tan brillantes y a la vez tan cálidos que durante unos segundos perdí la noción del tiempo y también de mis impulsos porque inevitablemente me



acerqué a ella sin poder remediarlo. Necesitaba saber a qué sabían esos labios, degustar la ambrosía que emanaba de ellos detenidamente y mis dedos hundiéndose en su carne sumamente suave no ayudaban en nada a tratar de frenar ese deseo.

Un leve gemido procedente de su garganta solo me hizo estar más seguro de querer besarla. Solo sería un beso, un pequeño y fugaz beso antes de apartarme de ella así tuviera que dormir en la bañera para tratar de no tocarla. Notaba como ella podía sentir lo mismo, observándome de la misma forma —o eso quería pensar— en la que yo lo hacía, esperando a que mis labios rozaran los suyos y al fin comprobara lo que ya decía mi propio instinto; que ella era especial.

Su aliento se entremezclaba con el mío al compás que mi nariz rozaba levemente su mejilla. No quería ser brusco, me intimidaba de alguna forma asustarla y sobre todo mi subconsciente me repetía una y otra vez que ella podría no recordar nada al día siguiente y eso me generaba aprensión al mismo tiempo porque de algún modo no quería que así fuera, deseaba que aquello precisamente sí lo recordase.

Cuando estaba a punto de rozar al fin esos labios, de sucumbir completamente a la tentación, el sonido estridente de un teléfono que sin duda alguna no era el mío irrumpió en el silencio de aquella habitación. Me aparté ligeramente de ella mientras me aseguraba que no se caería si la soltaba. Tal vez solo era una señal del destino que me confirmaba lo que de por sí sabía; que estaba mal aprovecharme de la situación estando tan vulnerable bajo los efectos de aquella sustancia mezclada con alcohol.

Vi como la chica se acercaba a por su bolso —que era el lugar de donde procedía aquel sonido—, supuse que alguna de sus amigas la estaría llamando y antes de que pudiera cogerlo, el pánico me aterró. ¿Y si confesaba lo que había pasado en su estado?, ¿O de algún modo sus amigas se asustaban y daban parte a las autoridades? Antes de pensar en lo que podía o no ocurrir atrapé aquel maldito bolso y ella me miró atónita, pero por alguna razón comenzó a sonreír como si le pareciera divertido.

—¡Ez mío! —exclamó dando pequeños saltitos mientras yo lo alzaba, era lo suficientemente alto para que ella no llegara. Aquello comenzó a convertirse en una especie de juego entre ambos, hacía tiempo que su teléfono había dejado de sonar, probablemente porque habrían desistido de llamar y cuando observé como se subía en uno de los sillones dispuesta a saltar, tiré el bolso hacia arriba para impedir que lo hiciera, solo que ella saltó y de su propio impulso terminé tirado en el suelo con ella encima.

Notaba el calor de su cuerpo sobre el mío, mezclado con su risa, ese movimiento ligero sobre las prendas de mi ropa y preferí mil veces el dolor de la caída a tener esa sensación incontrolada que me estaba generando su cuerpo. Definitivamente iba a ser una noche demasiado larga.

Imaginé su rostro riendo antes de abrir los ojos y cuando lo hice quise no haberlo hecho, su cuerpo estaba sobre el mío a horcajadas y la imagen que ofrecía era demasiado dolorosa —sobre todo para cierta parte de mi anatomía siendo precisos—, ¿Quién puede resistirse a semejante belleza? Su cabello caía suelto en ondas, sus ojos eran de un color tan especial, su sonrisa cautivadora y ese cuerpo seductor creado para pecar...

No iba a poder resistirme, definitivamente dudaba de mi propio control.

—Será mejor que descorchemos esa botella de champán. —Dictaminé en lugar de lanzarme a esos labios y dejarme llevar por todas esas sensaciones que arrastraba desde hacía horas acumulándose en mi interior. Necesitaba una copa o quizá unas cuantas mejor dicho para enmudecer mis sentidos.

Antes siquiera de terminar la primera copa, el sueño la venció y se recostó sobre el sillón

tratando de encontrar una postura correcta. La cogí en brazos y sentí como se abrazaba ligeramente a mi cuello para evitar caerse mientras la depositaba suavemente sobre la cama. Me quedé observándola detenidamente, era preciosa, demasiado hermosa y de algún modo; mía, ella formaba parte de mi. Permanecí allí mirando sus manos desnudas y me di cuenta de que no llevábamos alianzas, ni tan siquiera eso le había dado... en ese momento miré el anillo que siempre había llevado desde que me convertí en príncipe. Era un anillo con el sello real e instintivamente me lo quité para colocárselo en su dedo.

—Lamento todo lo que he hecho y sé que será imperdonable, pero solo espero que no me odies por ello —susurré mientras deslizaba el anillo en su dedo—. Prometo que cuidaré de ti, mi princesa de ojos celestes.

Me encerré en el baño durante al menos media hora, necesitaba refrescarme para despejar la mente y una ducha de agua fría que refrenara aquella tensión sexual que ella había despertado de un modo inusual. Cuando salí del baño envuelto en una toalla para buscar mi maleta, me fijé que había cambiado de postura y cuando caminé hacia el armario vi algo negro en el suelo. La moqueta era oscura, tampoco había demasiada luz en la habitación, por lo que no comprendí de qué se trataba hasta que no lo tuve en mis dedos.

«¡Joder!» grité interiormente al comprobar que se trataba de su ropa interior y de que estaba desnuda bajo aquella sábana. Completamente desnuda. Saberlo solo hacía que mi autocontrol se fuera con viento fresco a Polonia. Respiré profundamente tres veces con los ojos cerrados antes de correr las cortinas de la ventana y dejar la habitación completamente a oscuras. Prefería no ver nada, ni siquiera por error. Antes de deslizarme bajo aquellas sábanas, vacié en mi estómago todo el licor que quedaba en aquella nevera del mini-bar, siendo consciente de que si no estaba lo suficientemente borracho, mis manos actuaran sin pensar, pero la sensación de calidez a mi lado conforme sucumbía a ese sueño embriagador poco antes del amanecer, era sumamente deliciosa.

Abrí lentamente los ojos no recordando donde estaba, pero sí con un dolor de cabeza más que evidente. Había tenido un sueño fascinante donde una mujer de ojos celestes... y antes de terminar de evocar ese sueño, escuché una voz femenina lejana, la puerta de lo que parecía ser el baño se abrió dejando ver la silueta de una chica envuelta en una toalla blanca. Parecía estar algo agitada hablando por teléfono y cuando alzó la vista dejándome ver esos ojos celestes entre aquellos restos de maquillaje comprendí que era real, que el sueño no era solo un sueño, sino que ella estaba allí. ¡Joder!, ¡Llevaba mi anillo!, ¡Me había casado con ella realmente!

La verdad colapsó en mi interior dejándome completamente en shock. Quizá solo estaba confundido y las cosas no habían sucedido tal y como las recordaba.

Escuché que mencionaba algo sobre irse al aeropuerto y hablaba sobre billetes de avión. Imaginé que tendría que irse inmediatamente, yo mismo debería hacerlo.

—Disculpa, ¿Cómo te llamabas? —pregunté para llamar su atención y noté que mi voz era algo pastosa, no lo suficientemente clara como solía estar. Aquello era una clara señal de lo mucho que había bebido.

Sabía de sobra como se llamaba, su nombre tenía el mismo significado en su idioma que su color de ojos, pero quería saber si era real, si de verdad todo había sido irracionalmente verdadero.

—Celeste —contestó para mi absoluta consternación y corroborando los recuerdos que tenía de la pasada noche. ¡Joder, joder, joder! —. Tengo que irme o perderé un vuelo...

Escuché como dejaba la frase al aire y supe que no recordaba mi nombre, que evidentemente no recordaba absolutamente nada de la pasada noche.

—Bohdan, mi nombre es Bohdan —dije volviendo la vista para verla y observé parte de esa nalga desnuda que se perdía bajo aquel vestido completamente ceñido a su cuerpo.

—Muy bien Bohdan, pues ha sido un placer.

—Lo mismo digo, Celeste.

Sabía que se marcharía, que era el momento de detenerla y decirle lo que había ocurrido, que no podía marcharse porque ahora estaba casada con un príncipe, pero un instinto de rechazo y al mismo tiempo de temor me frenó. No quería privarle de su libertad, de su vida, de lo que fuera que tuviera en su país... sencillamente había actuado como un egoísta pensando únicamente en mí y no tuve en cuenta sus propios deseos, sentimientos o inquietudes. No iba a robarle su tiempo, su anonimato y probablemente todo su entorno por mi culpa. Yo era el único responsable de aquello y al verla solo podía sentir un enorme agujero en mi pecho de culpabilidad.

Levanté la vista y vi que sacaba algo de su bolso, parecía una tarjeta, aunque no podía apreciarla a esa distancia.

—Por si alguna vez visitas España —mencionó justo antes de avanzar y segundos después escuche la puerta de entrada.

Quizá no quisiera volver a verme después de saber la verdad, o de enterarse que estaba casada conmigo. Fui a tocarme el anillo instantáneamente y comprobé que no lo llevaba, recordando así que se lo había dado a ella. Me levanté rápidamente y cogí el teléfono marcando a Carlos. Tenía que anular ese matrimonio inmediatamente, retractarme de los hechos y dejar a esa chica libre para hacer su vida, ¿Quién dice que no tuviera novio o planes de futuro? Lo cierto es que no lo parecía tal como la recordaba la noche anterior, pero independientemente de cual fuera su situación, no deseaba interferir en su vida, menos aún si pensaba en como se le echaría encima toda la prensa para exponer su vida en todos los medios de comunicación.

—¡Buenos días recién casado! —La voz de Carlos sonaba resacosa, pero aún así parecía estar lo suficientemente despierto para tener una conversación civilizada.

—Hay que anular ese matrimonio, llama a quien tengas que llamar, pero que el papel que firmamos no llegue a ningún lado, que sea como si jamás existiera.

—¿Porqué?, ¿Es que ha pasado algo con la chica?

—Pasa que no sé en qué momento fui capaz de perder la sensatez para aceptar casarme con una completa desconocida de la que no sé absolutamente nada ¡Nadie puede saber que esto ha ocurrido, ni siquiera ella! —exclamé pensando que no tenía ni la menor idea de si esa chica podía o no vender exclusivas a la prensa con toda aquella noticia, ¡Por dios!, ¡Si no la conocía de nada! Era más que evidente que la presión de mi madre y el alcohol habían jugado en mi contra. A pesar de ser consciente de todo, ahora veía con lucidez la situación y no entendía como había cometido esa locura.

—Vas tarde para tu arrepentimiento —contestó Carlos—, pero no te preocupes, te divorcias en unos meses y listo.

—¿Tarde?, ¿Cómo que tarde? —exclamé tan alto que hasta fui consciente yo mismo de que estaba gritando.

—La prensa lo sabe.

No. No, no, no, no, no, no, no y definitivamente no.

Mi teléfono comenzó a emitir un pitido como si otra llamada estuviera entrando y cuando me aparté el móvil comprobé que era el número personal de mi padre.

¡Mierda, no puede ser! Quizá solo me llamaba para ver que tal había ido la reunión en California.

—Ahora te llamo —dije antes de colgar a Carlos y coger la llamada de mi padre—. Padre —contesté nada más acercarme el teléfono a la oreja.

—He recibido una llamada del área de prensa que lleva los asuntos de casa real donde aseguran que varios medios de comunicación afirman que hace unas horas te casaste en las vegas con una joven desconocida. Si no fuera por que existen imágenes lo habría negado sin duda alguna, pero dime Bohdan, ¿Es eso cierto?

No sabía que responder, ¿Qué demonios iba a responder? Me llevé una mano al cabello, como si peinarlo hacia atrás hiciera que mis ideas se aclarasen o de algún modo, la solución mágica llegase en ese momento.

—Es verdad —afirmé sabiendo que por más que lo negara, la situación era real, más real de lo que me gustaría a mi mismo. ¡Maldita sea!

—Veo que te has tomado al pie de la letra lo que te dije —contestó mi padre de forma serena y me sorprendió que el lugar de reprenderme por mi hazaña, de alguna forma parecía compadecerme—. Vuelve inmediatamente, no podremos contener a la prensa más de veinticuatro horas, así que regresa a Liechtenstein y trae contigo a tu esposa.

No mencioné que ella se había “fugado”, tampoco que era una completa desconocida que me había encontrado esa noche y menos aún que era extranjera, pero en cuanto colgué fui directamente a por esa tarjeta que ella me había dejado por si en algún momento visitaba España y sonreí inconscientemente mientras buscaba en la agenda el número de mi asistente.

Había solo una cosa de la que no me arrepentía de todo aquello. Una cosa por la que realmente merecía la pena: volvería a ver de nuevo esos ojos de color celeste.

Mi asistente Frederick solía encargarse de la mayoría de mis asuntos; desde gestionar y programar mi agenda a tener listos los uniformes y trajes que debía llevar. De pedir que hiciera mi equipaje algún miembro del personal a las tareas más peliagudas como en aquel caso.

—Su alteza —contestó nada más descolgar el teléfono. Por más que había insistido en que me llamara Bohdan era inútil, el hombre insistía en referirse a mi por mi estatus real.

—Frederick, necesito que tengan listo el avión privado dentro de media hora —dije para entrar en materia antes de soltar la bomba que diría a continuación.

—Por supuesto, lo tendrá listo en media hora, ¿Algo más? —contestó tan eficiente como siempre.

—Si —afirmé—. Necesito que localices a una persona que cogerá un vuelo en las vegas, probablemente con destino a España. Se llama Celeste, Celeste Abrantes —advertí leyendo aquella tarjeta de visita que me había dejado antes de marcharse.

—¿Debo localizarla? —preguntó algo aturdido y no me extrañó su reacción, yo jamás le había pedido algo ni remotamente similar.

—Debes localizarla y enviarla directamente a Liechtenstein en cuanto lo hagas. Envía a todos los agentes que haga falta para encontrarla, será fácil puesto que tiene mi anillo con el sello real de la corona.

—¿Debo llamar a las autoridades competentes su alteza? Si le ha robado el anillo debería...

—No me lo ha robado Frederick, yo se lo di —dije interrumpiendo lo que con toda probabilidad había dado por hecho, que se trataba de una simple ladrona—. Celeste Abrantes es mi esposa, anoche contraí matrimonio con ella y debe estar en palacio antes de que la noticia se haga eco en toda la prensa nacional e internacional, ¿Lo comprende ahora, Frederick?

—Lo he entendido perfectamente alteza —contestó sin hacer preguntas y sin siquiera mostrar cierta perturbación al respecto, como si sencillamente comprendiera la situación y se adaptara a

ella. Por algo ese hombre era tan sumamente competente—. No se preocupe, la localizaremos y la enviaremos inmediatamente a Liechtenstein. Pondré en marcha el protocolo a seguir.

—¿Protocolo? —exclamé aturdido sin saber que existía un protocolo para una situación así.

—Tanto su esposa como la familia de ésta deberán ser debidamente informados de su actuación ante la prensa, tomaremos todas las medidas oportunas para paliar la noticia, su alteza. No se preocupe.

¿Qué no me preocupara? Bueno, lo cierto es que ya estaba hecho y ni podía retroceder en el tiempo por mucho que lo deseara. Ahora solo quedaba tratar de salir lo mejor posible de la situación.

—Lo dejo en tus manos, Frederick —dije justo antes de colgar.

Mientras regresaba en el avión privado hacia mi país, no dejaba de sentirme inquieto, ¿Cómo reaccionaría ella?, ¿Cómo se tomaría la noticia cuando le dijeran porque la retenían y que precisamente por eso debía ir a Liechtenstein aunque no quisiera hacerlo?

Tal vez pudiera solventar pronto la noticia, desmentirla de alguna forma y realizar un divorcio exprés en privado del que nadie supiera nada. Conforme pasaban las horas y se acercaba el momento de regresar a palacio, la tensión aumentaba, a esas alturas ya suponía que la reina Margoret, es decir, mi madre, debía conocer la noticia, a menos que mi padre hubiera hecho todo lo posible por evitarlo.

Tras bajar del avión donde apenas había podido dormir ni dos horas a pesar de las diez horas de vuelo, Frederick me esperaba nada más bajar del avión en la puerta del vehículo que nos llevaría directamente a palacio.

—Alteza, ¿Ha tenido un buen vuelo? —preguntó de forma tan cordial como siempre. Lo cierto es que agradecía que actuara de forma normal dadas las circunstancias.

—Si, gracias —dije mientras entraba y me sentaba dejando el maletín en el suelo—. Deseo un informe detallado de como están las cosas respecto a mi reciente matrimonio —solté sin más, como si el mero hecho de pronunciarlo fuese natural y nada perturbador.

—Si, su alteza. Tenemos a varios agentes apostados en el aeropuerto esperando a que el vuelo de la señora Abrantes aterrice. Hemos localizado a su familia, al parecer reside en un pequeño pueblo agrícola de la ciudad de Córdoba, también tenemos a varios agentes por la zona esperando indicaciones precisas.

Me sorprendió la rapidez con la que habían actuado, aunque no me extrañaba tratándose de un asunto tan delicado.

—¿Hay algo que deba saber sobre la señorita Abrantes?, ¿Algún asunto perturbador que deba ser debidamente ocultado? —pregunté temiéndome lo peor. Todos por norma general tienen un pasado, quizá esa chica de ojos chispeantes también, lo lógico sería que lo tuviera.

—Nada de lo que preocuparse. Lleva una vida tranquila en un pequeño apartamento de Madrid propiedad de sus padres. Estudió periodismo y trabaja para una revista juvenil de ámbito nacional donde realiza varias publicaciones semanales, no está involucrada en prensa rosa y por sus antecedentes manifiesta querer ser escritora.

—Si. Eso tenía entendido —contesté meditando lo que me decía.

—Aquí tiene un informe detallado de aspectos generales sobre su vida. Se ha investigado su ámbito familiar y amigos, así como sus redes sociales y entorno laboral. No presenta ningún riesgo para la corona, su alteza. Puede estar tranquilo.

—¿No se ha casado, ni tiene pareja sentimental? —pregunté directamente.

—No consta que se haya casado hasta la fecha y según sus redes sociales, lleva tiempo sin

tener pareja estable. No obstante, obtendremos más información cuando analicemos sus pertenencias por seguridad.

—¿Cuándo se supone que aterrizará el avión?

A pesar de que desconocía a que hora saldría su vuelo, por norma general los vuelos comerciales se retrasaban mucho más que un vuelo privado, por eso sabía perfectamente que yo llegaría antes a mi destino que ella al suyo.

—Dentro de media hora aproximadamente, según la programación del vuelo.

—Está bien —afirmé—. Que la traten con especial amabilidad, seguramente no recuerde absolutamente nada de lo sucedido y que no le revelen más información de la debida a menos que sea estrictamente necesario, prefiero explicarle detalladamente como llevaremos esto a cabo cuando esté en Liechtenstein.

—Está bien, su alteza... aunque el comunicado sobre el anuncio oficial de su boda se realizará hoy mismo.

—¿Qué? —exclamé atónito.

—Su majestad dio la orden expresa a la prensa real de que así se hiciera.

No... no puede ser, ¿Mi padre emitiendo una orden así?, ¿Y porqué yo no sabía nada?

—¿La reina Margoret tiene constancia de este asunto? —pregunte con cierta inquietud.

—Si su alteza. Fue imposible ocultar la noticia a su majestad la reina.

Genial, ya estaba viendo el comité de bienvenida que me esperaba al llegar. De hecho, en cuanto vi los muros de palacio el nudo en el estómago se hizo presente y recé mentalmente porque sus gritos no me dejaran sordo antes de que terminara el día, o al menos hasta que volviera a ver a la dueña de ojos celestes.

En cuanto bajé del vehículo divisé la figura menuda con cabellera rubia de mi madre acercándose apresuradamente.

—¡Dile a tu padre ahora mismo que no te has casado!, ¡Que solo es una invención de la prensa!  
—Ni siquiera saludó, sino que me daba la bienvenida con exigencias.

—No es el momento ni el lugar de hablar, madre —dije con cierta calma.

—¿Qué no es el momento ni el lugar?, ¡Yo diré cuando es el momento y cuándo es el lugar!, ¡Tú te vas a casar con Annabelle!, ¡Y ya puedes deshacer eso a lo que llamas matrimonio porque no pienso consentir que una extranjera pise este palacio! —gritó con tanto ímpetu que apreté los puños para contenerme.

—Pues le guste o no, la noticia se filtrará a la prensa y es algo que no se puede evitar, así que tendrá que aguantar el tiempo que sea oportuno hasta que la situación se calme por el bien de la corona, madre. Y mientras eso pase, *ella* permanecerá en palacio hasta que sea necesario.

—¿En qué estabas pensando para casarte con una... una...

—Tanto la señorita Abrantes como yo, no éramos conscientes de la situación, si es lo que se está preguntando —mentí para no admitir que precisamente ella era la culpable de toda esa situación.

—¡Seguro que sabía perfectamente quien eras y todo esto fue premeditado!, ¡Pues no se saldrá con la suya!

—Piense lo que quiera, madre. La situación no cambiará por mucho que lo crea. Tengo que hablar con padre urgentemente, si me disculpa...

—Ya le he dicho a tu padre que el comunicado de tu compromiso con Annabelle hará que nadie crea que esa boda en las Vegas es real, ¿Quién va a creer a una campesina pordiosera?

—¿Y arriesgarse a que la noticia real salga a la luz?, ¿En qué lugar dejaría a la corona que así

fuera? Las cosas se harán a mi manera, madre. Usted no decide en mis asuntos.

La dejé con la palabra en la boca, no pensaba darle más información de la precisa y para más incordio, seguía en su fijación de casarme con la hija de su prima con más ganas que antes, ¿Cómo se le ocurría querer anunciar mi compromiso con Annabelle cuando acababa de casarme con otra? Definitivamente solo a ella.

Entré sin llamar en el despacho de mi padre, no tenía paciencia en ese estado para esperar a que indicara que entrase. No pensaba admitir que emitieran un comunicado donde se decía que contraería nupcias con Annabelle. Ni hablar. Así tuviera que admitir yo mismo en la prensa que me había casado en las Vegas.

—Bohdan... —susurró mi padre al verme.

—Padre, ¿Qué es eso de que la casa real dará un comunicado sobre mi compromiso? —pregunté algo agitado.

Escuché como mi padre suspiraba y posteriormente se sentaba en su silla indicándome que yo también lo hiciera frente a él.

—Después de hablar con varias personas al respecto, es lo mejor Bohdan. La noticia no caerá en el olvido y no cesarán de investigar al respecto a menos que se haga un comunicado desde casa real. Diremos que la ceremonia no tuvo lugar, pero anunciaremos que es tu prometida y que sí planteas desposarla.

—¿Está hablando de la señorita Abrantes? —pregunté atónito.

—Por supuesto, ¿De quién hablaría sino?

—Madre acababa de decirme que el comunicado sería referente a Annabelle —dije absorto.

—Tu madre está enfurecida porque no se ha salido con la suya, pero no tendrá más remedio que soportar la situación. Sería descabellado hacer un anuncio de compromiso con Annabelle, más aún si oficialmente estás casado con esa joven española. El resto es cosa tuya.

—¿A que se refiere con cosa mía, padre?

—No sé como conociste a esa joven, ni si tienes claro o no que es la mujer que te conviene tener al lado, pero sea cual sea la respuesta, tarde o temprano tendrás que asumir tus funciones y ser competente con tu deber. Deberás asegurarte de ello antes de tomar la decisión adecuada, yo solo te hice ganar algo de tiempo ante la prensa y evadir que realmente os habéis casado.

Sabía a qué se refería. Tenía presente que si aquel matrimonio no salía bien por las razones obvias —que no conocía a esa mujer y probablemente no encajara en este mundo—, aunque él no las supiera, tendría que enfrentarme de nuevo al empeño de mi madre en casarme con Annabelle y plantarle cara tarde o temprano.

—Tiempo es lo que necesito —contesté meditando—. Gracias, padre.

Salí de allí rumbo a mi habitación, necesitaba darme una ducha lo suficientemente larga para meditar todo lo que estaba por venir. ¡Dios mío!, ¡El mundo entero iba a saber que estaba comprometido con una perfecta desconocida por más que ellos no lo supieran! Iba a vivir una mentira, incluso tendría que mentirle a ella misma... a todos, porque no podía admitir que aquel matrimonio había sido un complot producto de una noche con demasiado alcohol por medio.

¡Joder! Era consciente de que estaba cavando mi propio pozo sin fondo, en el que tarde o temprano caería.

No salí de mi habitación, no me apetecía en absoluto encontrarme de nuevo con madre hasta que tuviera la situación bajo control.

—Su alteza —escuché tras varios golpes en la puerta que llamaron mi atención. Había estado echando un ojo al informe sobre la joven Celeste Abrantes. No tenía un currículum brillante, pero

realmente me sorprendía su sencillez. No podía haber elegido a una candidata más perfecta que ella.

—Si, pasa Frederick —dije en cuanto supe de quien era la voz.

—Vengo a informarle de que la señora Abrantes ya ha sido informada de la situación, así como su familia. Ahora mismo se encuentra en un vuelo privado con destino Liechtenstein y está previsto que llegue a palacio en menos de una hora.

—En cuanto llegue a palacio quiero que sea llevada directamente a mi despacho. Es de vital importancia que no hable con nadie, Frederick —Me apresuré a decir apuradamente.

—Por supuesto, su alteza. Así será.

Aquella hora se hizo casi eterna y en el momento que me anunciaron que ella había llegado, que estaba esperándome en mi despacho, apenas fui consciente de los pasos que recorrí desde mi habitación hasta aquella pequeña sala en la que solía pasar demasiadas horas al día. Solo me preocupaba su reacción, ¿Estaría enfadada?, ¿Haría una escena?, ¿Me recriminaría algo porque habría recordado lo sucedido?, ¡Dios! Por primera vez no sabía como enfrentarme a la situación.

En cuanto me abrieron la puerta y entré en mi despacho, ella se giró para verme permitiéndome volver a contemplar esos ojos de un azul claro que había visto nada más despertarme, solo que ahora su rostro estaba nítido, sin una sola gota de maquillaje y a pesar de sus signos notorios de cansancio, era absolutamente hermosa, preciosa, incluso más guapa de lo que podía recordar.

—Buenas tardes, Celeste. Nos volvemos a ver —dije tratando de romper ese silencio momentáneo que se había creado, puesto que no dejaba de observarme de una forma algo inquietante.

—Y yo que pensaba que no me llamarías... —contestó tan impulsivamente que su reacción espontánea hizo que sonriera sin poder evitarlo y me tranquilizó enormemente.

Tal vez la tensión por creer que ella podría estar enfadada o que me reprocharía de algún modo haber interferido de esa forma en su vida, quedaba completamente anulada al ver que había recibido bien la noticia. En aquel momento evoqué el recuerdo de nuestra pasada noche, el deseo que ella despertaba en mí era palpable y no podía evitar pensar en que a pesar de todo, sentía una irremediable atracción hacia esa bella mujer.

—Me atrevería a decir que hice mucho más que llamarte —admití observándola detenidamente.

Casi podría jurar que el color de sus ojos brillaba con más intensidad y en ese momento fui consciente de que ella sabía que estábamos casados. Que lo supiera me agradaba, no solo me agradaba, sino que también me generaba una paz inmensa, incluso me atrevía a decir que me gustaba, ¿Me gustaba?, ¿Por qué demonios me gustaba?





---

---

CINCO

---

---



Su voz parecía pronunciar algo sin ningún fundamento —al menos para mí—, y por la forma en la que me observaba sopesé la posibilidad de que no se encontrara del todo bien, ¿Quizá estaba demasiado cansada?, ¿Fatigada?, ¿Tal vez sufría algún tipo de shock?

—¿Te encuentras bien? —pregunté acercándome a ella, de algún modo me preocupaba su bienestar.

«Básicamente porque ella es responsabilidad tuya» dictaminó mi conciencia.

Entonces escuché un susurro proveniente de su garganta en un idioma que llevaba demasiado tiempo sin practicar, pero la palabra *paraíso* llegó hasta mis oídos.

—¿Cómo ha dicho? Mi dominio del español no es muy fluido —mencioné acertadamente.

—Es que estoy muy cansada —contestó ahora en alemán y me tranquilicé parcialmente. ¿Quizá esa chica estuviera soñando despierta? No sería la única en soñar con una playa paradisíaca y estar lejos de aquel palacio en el que iba a encerrarla.

—Es cierto. Han sido más de diecisiete horas de vuelo y no debe estar habituada a tan largos viajes. —Afirmé caminando hacia la mesa de mi despacho.

—Bueno, habituada lo que se dice habituada; pues no —respondió a mi espalda y sonreí vagamente por su respuesta.

—No la entretendré mucho tiempo. Mañana será un día demasiado intenso y debe estar descansada. —Sopesé qué información darle sin saturarla demasiado, lo cierto es que era mejor ir poco a poco, de lo contrario saldría huyendo con toda probabilidad a pesar de las desastrosas consecuencias que eso tendría. Además, a ello se sumaba que aún debía descubrir como era realmente aquella mujer respecto a la prensa y al hecho de convertirse en la futura princesa de Liechtenstein. No sería ni la primera ni la última mujer que aprovecharía dicha fama para pasearse por todos los platós de televisión que pagarían una sustanciosa cuantía si previamente casa real no pagaba para que aquello no trascendiese. Lamentablemente solo había tenido que lidiar en una ocasión con una chica problemática, aunque no sabía qué era peor; si el hecho de que se interesaran en tener una relación conmigo para hacerse famosas o que sucumbieran a los increíbles encantos de mi primo Dietrich.

—¿Intenso? —exclamó en un tono de voz tan agudo que captó mi atención por completo.

—Siéntese un momento por favor. —La invité a sentarse en una de las sillas que había frente a

la mesa conforme yo ocupaba mi escritorio. Cuando la tuve frente a mi cogí el documento de matrimonio, ese en el que ambos habíamos firmado la pasada noche en la que contrajimos matrimonio y de la cuál no sabía si ella podría recordar o no—. Encontré este documento minutos después de que se marchara del hotel por la mañana —dije mientras le enseñaba el documento con la incertidumbre de que al hacerlo pudiera recordar algo, de que un vago recuerdo llegase a su mente despertando todo lo sucedido en las Vegas.

Me había preparado mentalmente para ello, incluso hasta estaba dispuesto a suplicar si me hacía aquel enorme y gigantesco favor de seguirme la corriente solo unos días, unas semanas... a lo sumo un par de meses. Mientras observaba el documento que era de lo más variopinto como el lugar en el que se ofició la ceremonia y cuyo texto estaba compuesto por un estilo de tipografía gótica donde los nombres de los contrayentes habían sido escritos a mano sin mucho miramiento, en la parte inferior estaban las firmas y fecha del enlace, observé como sus ojos repasaban aquella especie de pergamino conteniendo la respiración.

—No recuerdo haber firmado esto —contestó y exhalé todo el aire que había estado conteniendo. Quizá mi corazón volvió a latir de nuevo calmando mi ansiedad.

—La legalidad del documento y autenticidad de mi firma me llevan a creer que la suya también es auténtica puesto que amaneció a mi lado aquella mañana y es su nombre el que figura junto al mío. ¿Reconoce esa firma como suya?

En realidad no tenía ni que preguntarlo, sabía perfectamente que era suya ¡Vaya si lo sabía! Solo que necesitaba que creyera que no la estaba presionando, sino que por sí misma ella había firmado de forma voluntaria —sin mencionar obviamente que estaba realmente coaccionada bajo los efectos algo que no la hacía estar en plenas facultades—. En aquellos momentos no sabía si matar o venerar al culpable de este embrollo por sugerir la idea... incluso yo mismo era consciente de que si no lo hubiera mencionado, jamás se me habría ocurrido hacerlo.

—Se parece. Aunque no podría afirmar que...

—De todos modos, eso ahora es lo menos importante —dije interrumpiendo su respuesta porque tenía que hacerle ver que era tarde para arrepentimientos—. Como ya le habrán informado, alguien filtró la noticia a la prensa aquella misma noche. Al parecer hay fotos de ambos que confirmarían los hechos —dije tratando de ser cauto, pero aquello era cierto. Mis supuestos amigos eran los que lo habían hecho, aunque gracias a eso yo podría ganar suficiente tiempo.

—¿Fotos?, ¿Qué hay fotos? —exclamó aturdida y valoré su reacción.

¿Estaba entusiasmada o por el contrario parecía asustada?

—Saldrán publicadas mañana en todos los periódicos y prensa rosa. Así que solo podemos adelantarnos y desmentir la noticia. —Porque esa era la idea, decir que la boda no era real, pero que sí estábamos prometidos oficialmente.

—¿Pero mi cara va a salir ahí? —Insistió y esta vez no tuve ninguna duda de que la idea de salir en la prensa no le hacía ninguna gracia.

«Gracias a Dios» jadeé para mis adentros dando gracias al señor de que no fuera una de esas tantas mujeres que harían cualquier cosa por fama. Es más, tal vez me habría merecido que lo fuese después de la encerrona que le había gastado y del cambio drástico que tendría su vida a partir de ese día justamente Su nombre sería mundialmente conocido y probablemente nada volvería a ser lo mismo para ella cuando todo esto acabase, pero me prometí a mi mismo compensarla por todo el perjuicio moral e inhumano que pudiera ocasionarle.

—Si —contesté sin saber qué más añadir, porque una disculpa me parecía incluso insuficiente.

—¡Joder! —gritó alterada—. ¿Eres muy importante? —preguntó ahora mirándome fijamente

como si estuviera estudiando mi rostro de alguna forma.

¿Es que no me reconocía en absoluto?, ¿Ni tan siquiera había escuchado hablar de la familia real de Liechtenstein? No es que fuéramos demasiado conocidos como otras familias reales por algún escándalo, pero teniendo en cuenta que éramos la familia real con más poder adquisitivo de toda Europa, normalmente la gente nos conocía incluso fuera de nuestras fronteras.

—Bastante. —Me limité a decir sin querer entrar en detalles al respecto. Quizá no sería bueno abrumarla el primer día, ya tendría tiempo de averiguarlo a su debido momento.

Su respuesta fue un claro bufido en su idioma y la palabra *culo* se entendió perfectamente en sus labios. No pude evitar fruncir el ceño tratando de averiguar que demonios habría dicho para referirse a cierta parte de su anatomía.

Definitivamente buscaría en el diccionario que significa *A tomar por culo* en cuanto se vaya.

Me limité a no decir nada al respecto por si aquello la incomodaba o parecía demasiado impertinente, después de todo si lo había mencionado en su idioma suponía que no deseaba que lo supiese.

—Esta noche se publicará un comunicado anunciando el compromiso matrimonial del príncipe de Liechtenstein. —Mencioné entrando en detalle de lo que aquello suponía para ella, o mejor dicho; para nosotros.

—¿No eres tú ese príncipe? —preguntó haciendo que perdiera el hilo de la conversación.

—Sí, así es —afirmé tajantemente y noté como asentía—. En el comunicado se convocará una rueda de prensa para mañana en la que ambos estaremos citados para hacer oficial el compromiso. —Continué tratando de ser lo más profesional posible al respecto, como si aquello fuera una mera transacción normal. Ante su expectante silencio decidí continuar hablando—. Dado que la publicación también saldrá mañana, desmentiremos públicamente la noticia y diremos que solo fue una broma previa al compromiso, pero que la ceremonia oficial se celebrará el próximo octubre. Eso nos dará el tiempo suficiente para anular el matrimonio y posteriormente el compromiso. Supongo que estará de acuerdo en que esta situación le agrada tan poco como a mi ¿no?

—¡Por supuesto! —gritó y en cierta forma me sentí aliviado de que no supusiera ningún inconveniente para romper aquel matrimonio de mutuo acuerdo, aunque por otro lado sentía demasiada nostalgia de que aquella persona fuera demasiado encantadora, que a pesar de no conocer en absoluto las circunstancias y llegar a conclusiones erradas —como en la que ambos habíamos sucumbido al alcohol y nos habíamos casado sin ser plenamente conscientes—, se estaba comportando demasiado amable, servicial e incluso me atrevía a decir que honorable teniendo en cuenta que podría haberse aprovechado de la situación desde el primer instante.

Tras pedirle a uno de los sirvientes que la acompañase a su habitación para que descansara apaciblemente, me encerré en aquel despacho las siguientes tres horas sopesando como podría cambiar mi destino ahora. La presencia de aquella chica de ojos celestes en palacio marcaba un antes y un después en la insulsa vida que había llevado hasta el momento. Ella había sido el primer impulso que había cometido en años, sin lugar a duda el más osado de todos ellos y aunque me había arrepentido en un primer instante cuando estuve en mis plenas facultades esa misma mañana tras descubrir lo que había hecho, lo cierto es que tras verla comenzaba a pensar que quizá podría sacar algo bueno de todo aquello.

«Quizá no había sido tan mala idea después de todo» sopesé antes de que la puerta se abriera y la indiscutible imagen de la reina Margoret hiciera acto de presencia.

—¡Ya me han informado de que esa campesina se ha instalado en palacio! —exclamó con

evidente señal de desaprobación.

Bien madre, tú lo has querido. Que empiece el juego.

—Le puedo recordar que esa campesina es ahora su nuera —dije de forma directa, pero tratando de no parecer una ofensa.

—¿Mi nuera?, ¿Esa granjera mi nuera?, ¡Por encima de mi cadáver! —gritó y agradecí que las puertas fueran lo suficientemente robustas para que nadie más nos escuchara, aunque con aquellos gritos probablemente alguien lo habría sentido.

Respire pacientemente, sabía que tratar con ella en los últimos años era peor que caminar sobre un campo de minas.

—Le guste o no, me he casado con esa chica que tanto parece detestar sin conocerla. Así que tendrá que lidiar con su malestar porque ella no se irá. Ya se ha anunciado oficialmente nuestro compromiso y todo el mundo sabe que es mi prometida en lugar de mi esposa. Si no quiere que se produzca un escándalo, le sugiero que haga lo que se espera de usted; mantener la compostura y apoyar la decisión del heredero a la corona. —Sabía que le hablaba como príncipe y no como hijo, pero si era sincero, la relación en los últimos años se había limitado a ese estatus en el que más que a una madre solo veía lo que representaba; la reina de Liechtenstein.

—¡No puedo creer que tu padre consienta tal desfachatez!, ¡Esto es un despropósito!, ¡Ninguna generación de príncipes de Liechtenstein se ha casado jamás con una plebeya!, ¡Ni uno solo! Si tu hermano Adolph siguiera con vida esto no habría pasado... ¡Él jamás habría permitido semejante barbaridad!

No era una novedad que hiciera alusión a mi hermano en cada ocasión para compararme. Dicen que las comparaciones son odiosas, en este caso yo jamás odié la figura de mi hermano por más estima que mi madre le tuviera frente a mi, pero sí que deseaba no tener que pasar por aquello porque así él seguiría con vida y yo no tendría tantas responsabilidades que me llevaran a cometer locuras como aquella.

—Tal vez fuese así, pero no lo sabremos. La realidad es otra, la mujer con la que he contraído matrimonio está dispuesta a corroborar la versión que hemos dado a la prensa. Así que le agradecería que sea amable con ella mientras dure su estancia en palacio —dije esperando que entendiera que Celeste no tenía la culpa de nada.

—Si esperas que la trate como a una nuera; la respuesta es no. Si tengo que tolerar que permanezca en palacio porque no me quede más remedio; lo haré, pero no voy a tratarla como un huésped de esta casa. Solo espero que deshagas pronto esta pantomima y desenmascaras a esa granjera que se aprovechó de tu ingenuidad...

—Se equivoca si cree que soy ingenuo, madre —admití rechinando los dientes. Era incapaz de mirarla, porque si lo hacía probablemente la debilidad de saber que era una mujer dolida me conmoviera como hacía siempre, así que trate de evitarlo—. Soy perfectamente consciente de lo que hago y dadas las circunstancias esta es la mejor forma de proceder, sencillamente usted no tiene nada que opinar al respecto. Si ahora me disculpa, tengo demasiados asuntos que tratar, le agradezco que me deje a solas.

Vi como apretaba sus labios tratando de reprimir todo aquel veneno que la consumía y descansé mentalmente cuando se marchó de mi despacho. Por lo menos le había quedado claro que no tenía nada que hacer, sabía que no sería fácil la vida en palacio para Celeste con mi madre allí presente, solo esperaba que de algún modo aquella chica no saliera huyendo porque sabía que no se lo podría nada fácil.

Mientras permanecía tumbado en la cama sumergido en la oscuridad de la habitación, no

dejaba de pensar en esos ojos celestes que me miraban fijamente, esa peculiar forma que tenía de arrugar la nariz, de tocarse el pelo e incluso con aquella vestimenta algo poco frecuente debía admitir que había algo en Celeste Abrantes que me apasionaba, que me producía intensidad solo con verla. No había olvidado aquel encuentro en esa discoteca, el primer contacto de mis ojos cuando la vieron y decretaron que obviamente me gustaba lo que veían, pero había algo más... algo en su esencia, como si un instinto me dijera sin saber porqué, que debía retenerla a mi lado.

—Buenos días su alteza, su desayuno está listo. —El habitual saludo de mi asistente personal Frederick me hizo apartar la vista de la prensa donde ya se estaba haciendo eco de la noticia sobre la futura boda del príncipe de Liechtenstein con una plebeya. Suponía que eso iba a ocurrir, pero lo cierto es que no con tanto interés como había suscitado, puesto que todas las portadas de todos los periódicos nacionales e internacionales. Tenían nuestra foto en las Vegas en primera plana. Desde luego aquel vestido le quedaba estupendamente bien ahora que evaluaba mejor la foto en cuestión.

—La señorita Abrantes no tiene ningún dispositivo digital a su alcance, ¿Cierto? —pregunté mientras depositaba el carrito frente a mí. Esa mañana prefería desayunar en mi habitación antes que volver a soportar las viperinas palabras de mi madre debido a su *indignación*.

—No señor. Todo está debidamente siendo evaluado y protegido contra filtraciones como dictamina el protocolo.

—Muy bien —contesté mientras untaba una de las tostadas en mantequilla y me la llevaba a los labios. Era mejor así, que no supiera la repercusión real que ello suponía. Cuánto menos supiera Celeste Abrantes del alcance de la prensa —a pesar que en breve daríamos una rueda para anunciar el compromiso—, mucho mejor.

—El joyero real está esperando a ser recibido, su alteza.

¿Joyero? Pensé rápidamente hasta que recordé el anillo de compromiso. Todos esperarían ver una alianza, así que mencioné a Frederick que le hiciera pasar.

Entre la colección de las joyas reales que había seleccionado, se encontraba una serie de anillos desde el más sencillo al más soberbio diamante engarzado. Mi vista se paseó por aquellos seis anillos y solo uno llamó mi atención por una razón; la piedra azul.

—Este —dije sin pensarlo dos veces.

—No posee diamantes —decretó el joyero—. Su zafiro es especial y está propiamente engarzado en oro blanco. Perteneció a su tatarabuela la reina Mariem Augusta I.

—Es perfecto, gracias —contesté devolviéndoselo para observar como lo metía en una cajita azul de terciopelo y me lo entregaba de nuevo.

Ese anillo sin duda era como ella. Brillante y lleno de vida. Tan asombroso como la mujer que lo ostentaría.

Mientras esperaba en el despacho la llegada de Celeste, traté de revisar algunos documentos que debía firmar, pero lo cierto es que no podía concentrarme en ello, al menos no hasta que aquella rueda de prensa finalizase y todo aquello fuera constatado. Solo ahí podría tener algo de tranquilidad.

Alguien llamó a la puerta y enseguida se abrió dando paso a la figura espléndida de esa mujer tan sumamente hermosa. Ataviada con un conjunto azul claro de chaqueta y falda, con unos zapatos que estilizaban su figura y con un rostro exquisitamente bello, supe que nadie podría dudar de que hubiera decidido convertir a esa joven en mi esposa. ¡Era absolutamente arrebatadora!

—Buenos días —saludé mirándola fijamente. No quería perderme ni un solo detalle de aquella belleza.

—Buenos días su... su...

—Dadas las circunstancias, puedes llamarme Bohdan. Sería extraño que mi prometida no lo hiciera —dije viendo su evidente duda al no saber exactamente las formas con las que dirigirse hacia mi persona. No deseaba que me llamase su alteza, menos aún príncipe, para ella quería ser Bohdan, simple y llanamente Bohdan—. Necesitas llevar un anillo de compromiso —añadí ante su silencio aprovechando el poco tiempo que teníamos antes de dirigirnos hacia la sala de prensa donde ya llevaban más de media hora esperando cientos de cámara. Fotógrafos y periodistas de todo el mundo habían llegado para cubrir el impacto de la noticia.

Abrí la caja de terciopelo que me había dado el joyero hacía tan solo unos minutos con la esperanza de que aquel anillo le gustase. No era un diamante, aquello no era un compromiso real a pesar de estar casados, pero era mi esposa legalmente y se merecía un anillo acorde a su nueva posición, porque por más que mi madre no lo quisiera; ella era la princesa de Liechtenstein.



---

---

SEIS

---

---



**D**eslicé aquel anillo que perteneció a mi tatarabuela Mariem Augusta I en su dedo, sintiendo una sensación extraña al hacerlo. Recordaba un momento similar en el que le había colocado mi anillo con sello real por no tener precisamente una alianza como seña de nuestro enlace. Ahora aquello me parecía tan real que resultaba abrumador y ver la piedra azul brillando en su dedo anular izquierdo, solo hacía darle más valor de mi unión con la mujer que tenía frente a mí. Le expliqué como procederíamos en la rueda de prensa, aunque básicamente me limité a decirle que sería yo quien hablaría por los dos para que no tuviera que asumir la presión mediática que de por sí tendría. Miré atentamente el reloj y comprobé que era la hora, el momento de acudir a la cita que había programada con la prensa. La sensación de ahogo, pero al mismo tiempo de alivio que mantenía en mi interior, era como una batalla campal en la que no se conocía quien saldría vencedor. Por un lado, sentía la opresión en mi pecho por ser el causante y culpable del destino que le ofertaba a esa mujer de ojos celestes que se había visto envuelta en todo aquello y por otro gracias a ella podía obtener la libertad y desasosiego que tanto anhelaba respecto a mi madre y mi prima Annabelle, la cuál esperaba alejar lo máximo posible de mi vida.

Annabelle podría ser muy hermosa, bella y según mi madre; la reina perfecta, pero desde luego para mí no lo era. No tenía la menor idea de como se tomaría la noticia de mi reciente compromiso —el cual por cierto no era con ella—, aunque ella era la menor de mis preocupaciones, solo esperaba que no fuera una piedra más en el camino, porque había tratado por todos los medios de dejar claras mis intenciones.

—Recuerda lo que he mencionado —volví a advertir—. No tienes por qué contestar ninguna pregunta directa, sino que yo contestaré por los dos, ¿De acuerdo? —insistí para que no se sintiera presionada bajo ningún concepto.

—Claro, claro... sí... por supuesto —La observé y pude comprobar sus nervios. Era normal teniendo en cuenta que sería la primera vez que actuaba delante de la prensa.

Comprensiblemente ella no estaba acostumbrada a esto, jamás se había visto en la necesidad de dar una rueda de prensa y tal vez ni un simple discurso en público. Aquello me volvía a recordar que me estaba aprovechando de ella y también de su ingenuidad. Que no estaba haciendo las cosas bien, pero que ya no había marcha atrás.

La puerta se abrió y observé como Frederick asentía indicando que era la hora de salir.

Entrelacé mis dedos junto a los de ella con fuerza y determinación, como si quisiera asegurarle de algún modo que todo saldría bien y estiré para llevarla junto a mi hacia el lugar donde debían estar esperando cientos de periodistas a expensas de cubrir la noticia.

No era idiota. Aquel comunicado era de ámbito internacional y tanto mi país como el de Celeste estaban mucho más que ansiosos por detallar cada palabra que se dijera en dicha rueda de prensa si tenía en cuenta los titulares de esa misma mañana en los periódicos. En cuanto se abrieron las puertas y entramos en aquella sala vacía en la que únicamente había un micrófono frente a varias sillas, los flases comenzaron a dispararse mucho antes de que abriera los labios. Imaginaba que cada movimiento, gesto o sílaba querría ser grabada al milímetro para analizarla y estudiarla minuciosamente.

—Gracias a todos por asistir —pronuncié calmando las preguntas que se hacían atropelladamente, resultando incomprensibles—. Les agradecemos la amabilidad que han tenido de asistir a palacio teniendo en cuenta el poco margen de tiempo con el que se les ha convocado. Ayer mismo, la casa real de Liechtenstein emitió un comunicado oficial donde se anunciaba mi compromiso que personalmente os confirmo, con la futura princesa de Liechtenstein, la señorita Celeste Abrantes aquí presente.

En aquel momento hubo un revuelo de preguntas en las que todos aclamaban el nombre de Celeste como realmente suponía que así sería.

—Lo lamento, mi prometida aún no domina perfectamente nuestro idioma —mentí para tratar de salvaguardar su timidez. Probablemente estaba en shock si era la primera vez que se enfrentaba a algo similar, ni tan siquiera tuve la decencia de preguntarle si quería hacerlo porque era algo que por obligación debía hacer. En esos momentos me sentía el ser más ruin y despreciable del planeta—. No hubo ninguna boda en las Vegas, solo fue una pequeña broma entre amigos puesto que estábamos comprometidos, aunque no oficialmente —añadí ante tanta demanda de preguntas referentes a si hubo o no realmente boda en Las Vegas.

En un momento dado, uno de los periodistas se proclamó por encima de los demás nombrando a Celeste y después realizó una pregunta que comprensiblemente entendí que era en su idioma natal. Con toda probabilidad debía ser un reportero español que habría sido enviado a cubrir la noticia entre otros. No supe entender con claridad lo que le había preguntado, hacía demasiado tiempo que tenía obsoleto mi castellano por no practicarlo, pero entendí la palabra *príncipe* al final de dicha pregunta.

Observé a Celeste que parecía bastante serena teniendo en cuenta que era la primera vez que se enfrentaba a algo así y más aún si se añadía que todo aquello no era real, estábamos fingiendo algo que realmente no tenía cabida alguna, puesto que éramos dos completos desconocidos fingiendo estar enamorados.

No supe qué respondió, pero si sé que lo hizo con demasiada convicción y aquello me dio tranquilidad por lo que apreté con mayor fuerza su mano. Por suerte, alguien encargado de la gestión comunicó que el comunicado había terminado antes de que siguieran realizando más preguntas del tipo; cómo nos conocimos, cuándo nos prometimos, cuánto tiempo llevábamos saliendo o que opinaban los reyes de Liechtenstein respecto al compromiso.

«Mas valía no realizar esa última pregunta a la reina o probablemente mi madre no sería capaz de controlar su respuesta» pensé irónicamente mientras salíamos de aquella sala para volver a entrar en la intimidad de palacio al resguardo de las cámaras.

—Lo has hecho muy bien —dije en cuanto estábamos a solas y entramos en la sala contigua. Ni tan siquiera era consciente de que era incapaz de soltarla, como si debiera tener la seguridad de



que aquello estaba sucediendo realmente y que de algún modo a partir de ese momento mi vida estaba unida a la de ella, incluso más que en el momento en que había firmado aquel documento en el que reflejaba que estábamos casados. Ahora todo el mundo lo sabía y probablemente no existiría nadie que quedara sin saber que el príncipe de Liechtenstein estaba enamorado e iba a casarse con una joven escritora desconocida.

En cuanto alcé la vista observé la silueta de mi madre venir hacia nosotros y supe que por más que había intentado alargar ese encuentro, era absolutamente imposible evitar que aquello sucediera.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó secamente, como si realmente lo hiciera por cordialidad más que por interés.

—Bien madre —respondí en el mismo tono—. Le dije que solucionaría el problema.

No es que le dijera exactamente eso, pero sí le dije que aquel asunto era únicamente de mi incumbencia.

—No me fio de ella. ¿Sabe que tendrá que esperar meses hasta que se haga oficial la anulación?, ¿Qué haremos mientras tanto? —exclamó como si de algún modo supusiera que mi esposa no hablaba nuestro idioma.

No podía creer que en el fondo pensara realmente que era una granjera.

En ese momento deseé gritarle que todo aquello estaba sucediendo por su culpa, que si estaba en esa tesitura era precisamente porque era la persona más egoísta con la que había tenido la desgracia de convivir, pero que inevitablemente no podía hacer nada porque era mi madre y porque en el fondo era consciente de que todo este tiempo había justificado cada uno de sus actos por el dolor de la muerte de mi hermano. Pero eso se había acabado y mi paciencia se estaba esfumando.

—¿Cómo que meses? —La pregunta proveniente por parte de Celeste me hizo ser consciente de que obviamente le debía demasiadas respuestas a esa mujer, quizá las justas, pero se merecía al menos que le dijera lo que estaba sucediendo.

—Arregla esto Bohdan —contestó mi madre con aquella típica postura en la que solía mirar a todos por encima del hombro sintiéndose superior—. Con lo fácil que hubiera sido que te comprometieras con Annabelle —añadió antes de darse la vuelta y marcharse sin esperar una contestación por mi parte.

En algún momento hablaría seriamente con ella, pero ahora más bien le debía explicaciones a la chica que tenía a mi lado, cuyos ojos brillaban de un modo sin precedentes consiguiendo eclipsar mis propios miedos e incertidumbres.

—Disculpa a mi madre. Ella no suele ser así —dije tratando de justificar de algún modo lo injustificable.

Entendía que madre podía estar enfadada porque consideraba a mi *oficialmente prometida* la culpable de estropear todos sus planes, pero de algún modo no podía confiar todavía lo suficiente en Celeste para contarle realmente lo que sucedía tras aquellos muros de palacio.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?, ¿Por qué no podía simplemente haber nacido en otra familia menos compleja?

Observé a mi prometida mirarme detenidamente, en sus ojos había sinceridad, ingenuidad... no sabía como podía ver todo aquello, pero tenía claro que lo veía y volví a juzgarme mal a mi mismo por tratar de aprovecharme precisamente de aquello para preservarla y retenerla a mi lado durante un tiempo que probablemente fuera indefinido, un tiempo del que no sabía si ella contaba o no, pero que por más que tratara de compensar, no tenía precio para todo lo que tendría que

soportar.

—Tendrás que permanecer unos meses por palacio hasta que la noticia del compromiso se calme. Mientras tanto lo mejor será que recibas clases de protocolo y te adaptes como si fuera un compromiso real, puesto que tendrás que acudir a eventos como mi acompañante oficial —confesé esperando que se tomara lo suficientemente bien la situación.

—¿Qué?, ¿Protocolo? —exclamó y vi confusión en el ceño fruncido que mantenía en el rostro.

—Es mejor que aprendas nuestras costumbres cuánto antes para que te adaptes durante el tiempo que permanecerás aquí —admití sin encontrar otro tipo de justificación a su permanencia.

«Lo siento, pero necesito que permanezcas a mi lado porque eres mi única salvación para evitar un compromiso del que huyo como la peste»

—¿Qué pasa con mi trabajo?, ¿Y mi familia? —preguntó y sentí que mi pecho se oprimía porque volvía a sentir la culpa reconcomiéndome por dentro.

—Recibirás una compensación por las molestias ocasionadas y en cuanto a tu familia... lo hablaremos más adelante. Por ahora no es conveniente que te alejes de palacio; estarán pendientes de todos nuestros pasos. —Una compensación era lo menos que podía ofrecerle en aquel momento, a pesar de que fuera lo más fácil para mi, pero aquello que le había hecho no se podría pagar ni con todo el oro del mundo. Haría todo cuanto estuviera en mi mano para que estuviera cómoda, para que no sintiera que la privaba completamente de su vida. Al menos le daría eso aunque me costara la mismísima vida hacerlo.

—¿Entonces soy tu prometida o tu prisionera? —preguntó y me asustó hasta que noté un leve gesto que evidenciaba una sonrisa.

No sabía como agradecer que no pusiera el grito en el cielo, que no dijera sencillamente que se largaba de allí y enviándome al diablo. Probablemente si yo estuviera en su situación lo habría hecho, en cambio, ella era capaz de encontrar de algún modo divertida la situación y comprendí que definitivamente esa chica era especial, única... como quizá lo supe desde el mismo momento en que vi sus preciosos ojos azules.

—Quizá ambas —contesté sonriendo a la vez que me perdía en esos labios que, sin duda alguna quería volver a besar desesperadamente, pero de los cuáles era consciente que no debía hacerlo bajo ningún concepto.

Giré parcialmente el rostro y visualicé la figura del mayordomo que parecía esperar órdenes. Había elegido personalmente a Jeffrey para aquella tarea puesto que tenía la sabiduría y paciencia suficientes para tratar a Celeste, o al menos así lo esperaba.

—Te presento a Jeffrey, él será tu mayordomo durante todo el tiempo que permanezcas en palacio con nosotros —dije presentándole al que a partir de ahora se convertiría en su sombra—. Asegúrate de que llegue puntual al almuerzo Jeffrey, ya conoces a la reina —mencioné como advertencia puesto que no deseaba que la tardanza fuera un arma incriminatoria que utilizara mi madre contra ella.

Observé aquellos ojos inquietos y curiosos de ese color tan peculiar que la hacían realmente hermosa. Lamentablemente tenía demasiadas tareas pendientes aún por asumir, incluyendo una reunión privada con mi propio padre a última hora de la mañana, por lo que me alejé de ellos sin echar la vista atrás o estaba seguro de que cometería de nuevo otra insensatez. Si me quedaba un instante, con toda probabilidad aplazaría mis asuntos para pasar la mañana junto a ella. Celeste tenía aún muchas cosas por aprender; comenzando por conocer el palacio y terminando por familiarizarse con nuestras costumbres. Solo esperaba o, mejor dicho; deseaba, que mi madre no agotara su paciencia y saliera huyendo a la primera oportunidad.

Pasé unas cuantas horas encerrado en mi despacho hasta aproximadamente las doce que debía reunirme con mi padre, así que recorrí por primera vez los pasillos de palacio pensando que podría cruzarme con aquella mujer de nuevo. La sensación lejos de ser desagradable, era placentera. De hecho, no dejaba de preguntarme donde estaría o qué estaría haciendo y la inquietud me pudo, por lo que en lugar de torcer a la derecha lo hice a la izquierda y recorrí varias salas que siempre permanecían cerradas por desuso hasta encontrarles. Me dejé guiar por las voces lejanas y me acerqué con bastante disimulo, no me apetecía que se percatara de mi presencia puesto que no podía quedarme, pero sí quería saber por alguna razón extraña qué tal se encontraba. Los vi en una de las enormes salas vacías, antaño había sido lugar para celebrar enormes cenas de gala y bailes reales, ahora permanecía cerrada para conservar los suelos de la época. El palacio real de Liechtenstein era tan grande que podíamos permitirnos hacerlo. Sonreí cuando visualicé a lo lejos a la que a todos los efectos era mi esposa, completamente descalza y fuera de la alfombra que conservaba el suelo. Observé como Jeffrey trataba con desesperación de hacer que ella regresara al tapiz y la situación provocó que tuviera que apretar los labios para controlar una carcajada, que de ese modo me delataría ante ellos.

Se veía tan fresca, dinámica y divertida, que a pesar de que el mayordomo estuviera en una tesitura complicada, le envidiaba por poder permanecer cerca de ella. En aquel instante solo me apetecía dar unas cuantas zancadas hasta donde Celeste se encontraba, alzarla entre mis brazos y llevármela a la intimidad de mi alcoba.

¡Dios!, ¿De donde diantres salían todos aquellos pensamientos? Me dije mentalmente mientras la observaba danzar deslizando los pies hasta que finalmente volvió a la alfombra roja, probablemente porque Jeffrey suplicó lo suficiente para que lo hiciera.

Cuando los perdí de vista por la otra puerta en la que continuaba la visita, decidí volver sería demasiado tarde. No dejaba de pensar en esa imagen de rebeldía que Celeste representada endulzada con su simpatía, y esa sonrisa que me fascinaba tanto a mi, como a cualquiera. Sin duda estaba seguro de que iba a encajar muy bien en aquel lugar, siempre y cuando la reina Margoret no la espantara en el almuerzo.

—Padre —mencioné después de llamar y esperar unos segundos para abrir la puerta de su estudio.

—Pasa Bohdan, te estaba esperando —escuché mientras cerraba y caminaba hasta su mesa—. ¿Qué tal ha ido el comunicado de prensa? Me han informado que la joven se ha comportado adecuadamente.

—Sí. Parecía algo nerviosa, pero dadas las circunstancias todo ha ido perfectamente bien. Ahora se encuentra junto a Jeffrey recorriendo el palacio.

—Bien, bien... entonces esperemos que todo proceda con calma y después tomarás las decisiones que creas convenientes. Ahora pasemos al asunto de los acuerdos con Polonia —contestó y di por sentado que se había finalizado la conversación referente a mi matrimonio.

El simple hecho de que mi padre no estuviera preocupado por mi reciente matrimonio me llevaba a pensar que de algún modo confiaba lo suficiente en mi elección para creer que mi esposa era adecuada. Era sumamente contradictorio que su opinión fuera tan dispar de la de mi propia madre. Esperaba que no cambiara de opinión cuando la conociera, tanto él, como mi pequeña hermana Margarita que seguramente era la más ansiosa de todos por ver a Celeste.

Entrando en el comedor alcé la vista para ver que Jeffrey había cumplido su misión y que Celeste había sido puntual como había solicitado que hiciera. Volvía a calzar esos tacones de aguja y parecía encontrarse al lado de mi hermana como si ya se hubieran conocido.

—¿Celeste? —exclamé llamando su atención porque pensaba que no se había percatado de mi presencia. En cuanto sus ojos me contemplaron una especie de adrenalina recorrió mi cuerpo al notar ese brillo que desprendía y por un segundo perdí la noción del tiempo hasta que su mirada viajaba a la persona que tenía a mi lado—. Padre, le presento a la señorita Abrantes.

Aprecié su confusión, como si estuviera teniendo un debate consigo misma hasta que finalmente la vi haciendo una reverencia poco convencional y más aún teniendo en cuenta que en privado no se hacían.

—Espero que pase con nosotros una agradable estancia, señorita Abrantes —mencionó mi padre acallando las risas de mi pequeña hermana ante aquel gesto inapropiado de Celeste y agradecí que padre no le diera importancia, después de todo ella desconocía completamente nuestro mundo.

La voz irritante de mi madre reprendiendo a mi hermana pequeña nos sobrecogió a todos, más aún cuando la aludida se enderezó y ajusto su tono de voz lleno de entusiasmo, por uno carente de emoción alguna. Durante varios minutos que parecieron horas, intenté no alzar la vista, esquivar cualquier contacto, no quería perderme en ese rostro endiabladamente hermoso y quedarme estático mientras babeaba ante su belleza delante de toda mi familia, aunque igual si lo hacía, podrían creer que su atracción era la razón por la que me había casado con ella. Habían servido escargots de primer plato, algo poco frecuente, pero a lo que no le di mayor importancia hasta que mi padre irrumpió aquel silencio y entonces inevitablemente tuve que alzar la vista hacia ella.

—Querida, estoy expectante por ver como pretendes comer los *escargots* con el cubierto de la carne —mencionó mi padre Maximiliano.

—¿Cómo? —la oí replicar aturdida y confusa.

—Los escargots se comen con el tenedor de dos púas y las pinzas que tienes a tu izquierda —dije pausadamente intentando que aquel pequeño error fuera de lo más normal.

—¡Si!, ¡Claro! —contestó cogiendo aquellos cubiertos que le había mencionado.

En ese momento mi padre hizo una mención a la celebración del bicentenario que tendría lugar en pocos meses y que deberían comenzar los preparativos para enviar las invitaciones, algo que mi madre pareció secundar estando de acuerdo en ello.

—Tal vez sería conveniente mencionar el día de la celebración de la boda en dicha ocasión —añadió mi padre justo antes de que todos viéramos como algo salía volando de la mesa y acababa en la otra punta del comedor.

—¡Que horror! —gritó mi madre al mismo tiempo que escuchaba las risas de mi hermana y yo trataba de contener mientras tanto las mías —. Es una vergüenza, que ordinariez —siguió exclamando y ahí se acabo mi paciencia.

—Madre —dije lo suficientemente alto para que me escuchase—. Le recuerdo que debe ser más condescendiente con nuestra invitada.

El silencio se cernió sobre aquel comedor y esperaba que aquel toque de atención le sirviera a mi madre para tratar de ser más tolerable y complaciente con la que ahora era su nuera.

Observé que las mejillas de Celeste que se habían teñido de rojo debido al percance comenzaban a disiparse. Ella debía pasar por todo aquello solo porque se lo había impuesto. Yo la había llevado allí. Yo la disuadí para que ahora fuera mi esposa y sin duda alguna, yo era el merecedor de todos los castigos que de forma directa o indirecta quisieran infringirle.

Todo pareció ir con tranquilidad hasta que sirvieron la copa de menta previa a la degustación del plato de carne, por alguna razón la atención se centró en Celeste cuando comenzó a toser como si se estuviera ahogando. No lo pensé dos veces, me levanté y corrí a su lado hasta comprobar que

parecía volver a respirar con normalidad. La sensación de ahogo que estaba experimentando yo también la había conocido en años pasados cuando de pequeño jugaba con Adolph a ver quien era capaz de comer la mayor cantidad de ese sorbete.

—¿Te encuentras bien? —pregunté deseando acariciarla, deseando tocar esa suave y sedosa piel de su cuello. No podía dejar de mirarla, de cerca era incluso aún más bella si es que eso era posible.

—No... —susurró casi sin voz.

—Bebe un poco de agua —contesté acercándole el vaso—. Y cómelo despacio —susurré en su idioma para que solo ella me entendiera.

Esperaba que lo hubiera hecho teniendo en cuenta lo poco que recordaba de español. Sin duda, esa misma noche comenzaría a retomarlo de nuevo, la idea de entender cada palabra que ella solía mencionar fuera de contexto era razón suficiente para hacerlo. Regresé a mi asiento bajo la atenta mirada de mi padre, que pese a no mencionar absolutamente nada al respecto era consciente de que observaba la situación detenidamente, pero ¿Qué quería que hiciera? Había jurado proteger y cuidar a esa mujer desde el mismo instante en que firmé aquellos votos matrimoniales y desde luego era algo que pensaba hacer fuera cual fuera la circunstancia.



---

---

## SIETE

---

---



**E**n ocasiones como aquella odiaba literalmente el estilo de vida que suponía ser príncipe heredero. Mi agenda estaba completamente colapsada de eventos, cenas, reuniones, actos sociales y viajes de política internacional que no me dejaban llevar una vida holgada, o al menos socializar de la forma que a mi me gustaría hacerlo.

Había aprendido en los últimos años que ese era mi deber y que no tenía más opción que acatar, pero quizá ese pequeño resentimiento de rebeldía solo estaba presente porque crecí sintiendo que nunca tendría que cumplir con tales obligaciones. Estar a la sombra de mi hermano mayor me permitiría esa libertad que él no poseería y que en más de una ocasión me había advertido que envidiaba. Quizá por eso ahora lo entendía. Comprendía perfectamente la actitud de Adolph años atrás, donde buscaba en los deportes de riesgo, esa libertad.

Una de esas tantas obligaciones era aquella cena formal en la que realmente se cenaba poco, porque solo era un pretexto para conseguir ciertos acuerdos políticos. En aquella ocasión acudía en nombre de mi padre, puesto que él tenía otros asuntos de estado aún más importantes para la corona y cada vez que eso ocurría, debía ir yo. Me apetecía enormemente no estar allí, sino estar en casa a pesar de que siempre huía de aquel lugar llamado hogar, pero en esa ocasión había alguien que sí me motivaba a desear volver y no era ni más ni menos que esa joven española de carácter inusual al resto de chicas que había conocido.

Tal vez fuera esa la razón de su atracción, ella era muy diferente al resto; ocurrente y divertida al mismo tiempo. No demostraba ser superficial y menos aún intentaba guardar las formas en todo momento, ella era natural, sencilla y carismática a pesar del poco tiempo que la conocía. Deseé besar esos labios cuando noté la rojez en sus mejillas debido a la vergüenza que había pasado durante el almuerzo. Para mí, ella representaba un soplo de aire fresco y probablemente también para mi padre y Margarita, porque hacía demasiado tiempo que las risas no habían entrado en aquellos altos muros que llevaban siglos en pie resguardando a los miembros de la casa real.

—Alteza, déjeme felicitarle por su compromiso —Escuché por parte de uno de los diputados de la cámara que se encontraba en aquella cena formal y del que solía tener un trato bastante cordial—. Su elección ha sido una sorpresa para todos, sobre todo por la nacionalidad de la afortunada y más aún, su origen de plebeya.

—Gracias señor Hendrid. Creo que los tiempos han cambiado lo suficiente para comprender que soy libre de elegir a la persona con la que deseo pasar el resto de mi vida. —No quise ser

descortés, menos aún borde, pero sí contundente, porque jamás podía dar una contestación condescendiente.

—Por supuesto alteza, solo puntualizaba la sorpresa que a todos nos ha supuesto el futuro enlace. Estoy seguro de que será una joven espléndida, a todos nos ha cautivado su magnífica belleza por la que no nos sorprende que se haya deleitado.

Ante aquellas palabras no pude evitar sonreír, era evidente que Celeste Abrantes era hermosa y el mundo lo sabía. No habría duda alguna de que todos creerían la versión que habíamos comunicado de forma oficial por comprender que había sucumbido ante su belleza.

—Desde luego que es una joven espléndida y sabrá demostrarlo —dije convencido de ello.

Me daba absolutamente igual lo que pensarán o no de Celeste, esa joven me había demostrado su valía con creces después de todo lo que le había hecho soportar.

Horas más tarde, regresé a palacio casi de madrugada dado que tardaba casi dos horas en llegar. Me entristecía que no pudiera ver a Celeste antes de acostarme, por esa razón tendría que esperar hasta el desayuno para volver a apreciar esos ojos brillantes. Dejé el vehículo en el garaje y me adentré por una de las puertas laterales en lugar de la principal como era habitual. Normalmente no solía conducir yo mismo, pero de vez en cuando lo hacía para no perder práctica o porque simplemente me apetecía como en aquella ocasión. Debía reconocer que tras el accidente de Adolph fui reticente durante largos meses a conducir por mi mismo, pero finalmente llegué a la conclusión de que mi hermano mayor no hubiera querido que viviese con miedo constante. Que él hubiera muerto al volante no significaba que yo también debía hacerlo. La luz encendida procedente de la cocina atrajo mi atención y me sorprendió que alguien pudiera estar despierto a esas horas, probablemente alguien no se había dado cuenta de apagarlas, así que me acerqué con la intención de tomar un vaso de agua fresca. En cuanto crucé el umbral de la puerta, vi aquella figura estirada sobre una banqueta poco estable y con un camisón que dejaba poco a la imaginación, sentí como mi corazón se aceleraba al verla.

—¿Buscas algo? —pregunté para llamar su atención.

Jamás pensé que se asustaría, sabía que no me había escuchado entrar porque parecía concentrada en buscar algo, no sabía qué, pero me imaginaba que comida si estaba en la cocina, solo que allí no se guardaba la comida salvo lo imprescindible en la nevera. Observé como el taburete en el que se encontraba se tambaleaba y antes de que cayera al suelo la cogí entre mis brazos sintiendo de nuevo aquella calidez que ella transmitía.

—Hola... —susurró observándome fijamente con esos ojos celestes en los que podría perderme completamente.

—Hola —dije sonriente—. ¿Estás bien?, ¿Quieres que te deje en el suelo? —añadí a pesar de que prefería retenerla entre mis brazos.

—No —negó sorprendiéndome.

—¿No? —exclamé algo confundido. Si no fuera porque no se había dado un golpe en la cabeza y estaba seguro de ello, sospecharía que le pasaba algo.

—Para una vez que un príncipe me va a sostener en brazos, voy a aprovecharme de la situación —dijo de forma tan natural que no pude evitar estallar en risas.

Noté que se revolvía entre mis brazos hasta escurrirse de ellos y que sin darme cuenta mis manos habían terminado en sus glúteos, dejé de reír tras notarlo por la sensación que me supuso aquello. Era como si toda la tensión sexual que llevaba acumulada durante aquellos días saliera a flote, pero recordé quien era ella y lo que le había hecho, así que solté mis manos y traté de aparentar que no había ocurrido nada.

—Esto... yo... —comenzó a decir sin llegar a expresar una frase clara.

—¿Sí? —pregunté tratando de ver si ella tenía algo que decir, si realmente quería manifestar algo que me hiciera intuir que de algún modo sorprendente sentía la misma atracción.

—Yo... yo... —siguió diciendo sin concluir nada.

—¿Tú? —insistí intentando averiguar qué quería decirme.

—Quiero chocolate —dijo de pronto y me reprendí por imaginar cosas que evidentemente no eran, por tratar de creer que entre ella y yo podría existir algo más de la apariencia que dábamos.

—Pues no lo ibas a encontrar ahí arriba —dije con media sonrisa—. Ni en toda la cocina para ser exactos.

—No hay—susurró y noté una especie de tristeza en su mirada.

¿Tanto le gustaba el chocolate?

—Yo no he dicho eso —dije sacándola de aquellos pensamientos en los que parecía haberse sumergido.

—¿Ah no? —exclamó y vi como su rostro se iluminaba y sus ojos brillaban de forma que provocó que se me encogiera el corazón.

—Ven conmigo —anuncié dándome la vuelta para que me siguiera y enseñarle el lugar donde realmente se guardaba toda la comida de palacio—. En los tiempos de guerra escaseaba la comida, de forma que se cometían demasiados hurtos en todas partes, incluido en palacio. Desde entonces, la comida se guardó cerca de la habitación del albacea que se encargaba de custodiar hasta el último grano de trigo.

—No veo nada. —La oí decir desde atrás y me acerqué hasta ella.

—Dame la mano, las habitaciones de los empleados están por aquí y será mejor no molestarlos, así que no hagas ruido —dije en voz baja cogiéndole la mano y estirando de ella hacia mí, sintiendo una sensación de calidez y cierta chispa en aquella extremidad de mi cuerpo.

«Solo le has dado la mano para que no se pierda, Bohdan. Nada más» Me dije a mí mismo tratando de refrenar aquellas sensaciones, pero lo cierto es que podía notar esa sensación de calidez solo de pensar que era ella y que estábamos en un lugar oscuro, de madrugada y aparentemente solos.

Me paré en la puerta del almacén y sentí como se chocaba con mi espalda sintiendo ciertas partes de su anatomía que me hicieron cerrar los ojos fuertemente para soportar el estremecimiento.

—Lo siento —escuché justo detrás y percibí como se apartaba, así que aproveché para abrir la puerta.

—No pasa nada —dije entrando en el almacén buscando el maldito chocolate para acabar con esa tortura—. Debe andar por aquí —añadí caminando hacia el fondo del almacén, puesto que recordaba que la sección de dulces estaba al fondo.

—¡No! —oí que gritaba y me acerqué hasta ella—. ¿Qué es esto? —gritó de nuevo y vi que tenía un bote pequeño de crema de cacao en sus manos y lo miraba escéptica.

—Se llama Nutella, una crema de...

—¡Sé que es! —exclamó aturdida—. Quiero decir que... ¿Por qué es tan pequeño?, ¿Por qué no hay más? —preguntó ahora como si estuviera sorprendida y no lograba entenderlo del todo.

—Se habrá agotado, normalmente se utiliza así para que cada comensal se sirva el suyo — Pocas veces solían servir nutella para desayunar ahora que lo recordaba, de hecho, solo solía servirse en ciertas ocasiones porque madre se lo prohibía a Margarita y tanto padre como yo solíamos tomar otro tipo de alimentos. Ahora que lo recordaba creo que estaba por allí de la



última vez que una de mis primas pequeñas la pidió expresamente.

Me di cuenta entonces que había abierto el pequeño frasco y lo destapaba, ¿Acaso iba a comerlo allí?, ¿Eso no se untaba en pan?, ¿Y cómo demonios iba a comerlo?

—¿Es que vas a...

Mi pregunta sin llegar a formular por completo quedó en el aire cuando la vi meter el dedo en el frasco y quedarme fascinado ante lo que mis ojos veían. ¿Pensaba meterse el dedo en la boca? No podía dejar de mirar sintiendo que mi cuerpo ardía ante ese gesto.

—¡Sí! —gimió— ¡Oh dios mío!, ¡Ummm! —La oí gemir de nuevo como si aquello fuera el más absoluto de los placeres. Vi incluso como cerró los ojos pareciendo degustar aquel manjar. Oírla gemir de ese modo me había enfiebreado, enloquecido, mi autocontrol se estaba evaporando como lo hacía una gota de agua en mitad del desierto; literalmente se había esfumado porque en aquel momento solo deseaba cogerla entre mis brazos y llevarla hasta mi habitación para tirarla sobre la cama y hacerla mía por completo.

Abrió los ojos y me deleité en esos su color azul celeste y en esos labios rosados que pedían ser besados a gritos. No me resistí. Ni pude resistirme cuando los separó lentamente y si no era para decir mi nombre debían ser sellados. Sin pensarlo dos veces acorté la distancia y uní mis labios a los suyos en un vasallaje tan devastador que no tuve ningún tipo de control o suavidad al hacerlo.

«Dios mío... ¡Saben a gloria!» gemí apoderándome de ellos con ansiedad y posesión.

Su lengua se entrelazaba junto a la mía con tanta necesidad que era capaz de sentir que de aquella boca surgía el néctar más delicioso que jamás había probado. Sus labios eran tan suaves y jugosos que me costaba trabajo admitir que no se trataba de un sueño, sino que estaba sucediendo realmente. Estaba besando a Celeste.

«Real. Era real» pensé comenzando a ser consciente que me había lanzado de forma brusca a sus labios para poseerlos teniendo en cuenta que ya me había aprovechado demasiado de su ingenuidad. En ese momento escuché el ruido estrepitoso que había a nuestro alrededor y me aparté bruscamente para visualizar la bola de pelo que se paseaba entre los estantes tirando todo a su paso.

¡Joder!, ¡En bendito momento se tiene que meter el dichoso gato a interrumpir!, ¿No hay más sitios en los que molestar?

—¡Sifus!, ¡Ven aquí! —grité a sabiendas de que aquel maldito gato no me haría caso —porque jamás lo había hecho—, ya que mi madre lo tenía demasiado malcriado y efectivamente vi como se subía a unos estantes aún más altos para que no le alcanzara— ¡No!, ¡Sifus! —insistí y repentinamente escuché las risas provenientes de Celeste que probablemente hasta ahora no se había dado cuenta de lo que pasaba—. No tiene gracia —admití viendo aquel desastre que el dichoso gato estaba creando en el almacén.

¿Por qué lo olvidaría? Ese nefasto gato intentaba colarse en aquel almacén siempre que se abría porque sabía que encontraría comida, pero en aquellos momentos en lo que menos pensaba precisamente era en esa bola de pelo malcriada.

—¡Oh sí! Sí que la tiene —contestó dejándome atónito y aparté la mirada del gato al que trataba de atrapar sin éxito para verla allí de pie sonriente, con sus ojos brillantes y aquellos labios enrojecidos a causa del beso que le acababa de darle.

¡Dios mío! Si ya era hermosa antes, ahora definitivamente es absolutamente preciosa. ¿Cómo podía estar soltera y sin novio?, ¿Es que los hombres de su país estaban ciegos? En realidad, ya no era soltera y la sensación de que fuera mi esposa me hizo tener un momento de paz por pensar

que de alguna forma me pertenecía solo por lealtad, hasta que la realidad me dio de bruces; Celeste no era mía, yo la había engañado para coaccionarla sin revelarle la verdad y de ninguna forma podría ser mía jamás porque nunca me perdonaría.

—¿Alteza? —La pregunta provenía de la puerta de entrada y vi al viejo Bernard que probablemente debía haberse despertado con el ruido.

—Lamento el escándalo Bernard, no recordé que el gato de mi madre siempre anda rondando el almacén —dije confirmando lo que estaba pasando para que no se alarmara.

—No se preocupa alteza, mañana limpiaré este desastre —respondió e hice un gesto a Celeste para que saliéramos del almacén rumbo a las habitaciones, puesto que debía ser lo suficientemente tarde como para no andar a escondidas por los pasillos despertando al personal. Ella pareció entenderme porque avanzó pasando frente a mi conforme aferraba aquel botecito de nutella en su mano mientras salía, haciéndome recordar ese gesto de placer que había protagonizado como si estuviera viviendo un orgasmo intenso y del que jamás podría olvidar de mi cabeza. Con ese recuerdo, me acerqué hasta Bernard para que ella no me escuchara.

—Asegúrate de que todas las mañanas le sirvan esa crema de cacao llamada Nutella a mi prometida en el desayuno. Es una orden directa —susurré sin esperar una respuesta y agilité el paso para alcanzar a Celeste y acompañarla hasta su habitación para asegurarme de que no se perdiera o porque simplemente sentía que debía hacerlo. Después del beso que habíamos protagonizado minutos antes, no sabía exactamente qué decir o cómo actuar teniendo en cuenta que me sentía culpable por tratar de aprovecharme, pero confuso porque la deseaba enormemente.

—Creo que esta es mi habitación —escuché repentinamente y reaccioné volviendo de mis cavilaciones al presente, siendo consciente verdaderamente de donde estaba.

—Sí, así es —admití con cierta nostalgia porque aquella noche finalizara y tuviera que irme a una habitación en la que dormía cada noche sin compañía.

—Bueno... pues... —comenzó a decir sin terminar la frase y observé que abría la puerta de su habitación. Intuí que se sentía incómoda, no sabía si aquel beso podría haberle gustado o por el contrario aquella incomodidad se debía a que no lo deseaba—. Supongo que lo mejor será que...

—Lamento lo de antes —dije antes de que dijera cualquier cosa. Tanto si le había gustado como si no, yo no podía tener nada con ella, menos aún darle esperanzas de algo cuando solo era un impostor, un cretino, un nefasto y profundo mentiroso que la había embaucado aprovechándome de su situación. Ella estaba en aquella situación por mi culpa, porque yo la arrastré hasta firmar aquel papel sabiendo que no era consciente de sus actos y no pensaba hacerle daño, no cuando sabía que si ella lo supiera, me odiaría con toda la razón—. No estuvo bien, no sé por qué ocurrió, pero siento si te confundí —añadí apresuradamente porque de lo contrario sería incapaz de decirlo en voz alta.

—¿Confundirme? —exclamó y no pude evitar mirarla.

En ese momento solo quería acortar esa poca distancia que nos separaba y volver a deleitarme con esos labios que me llamaban a gritos.

«Tengo que salir de aquí. Tengo que alejarme de ella o perderé la poca cordura que aún me queda»

—Será mejor que olvidemos que pasó —dije apartando la mirada y doliéndome cada una de aquellas palabras, porque yo sería el primero en ser incapaz de olvidarlo.

Ni tan siquiera me despedí, ni tan siquiera pude añadir algo más que no fuera que me moría de ganas por volver a besarla, sencillamente emprendí camino hacia mi habitación donde una cama fría y triste me aguardaba pese a desear que esa mujer de ojos celestes me acompañara.

No tenía ni la menor idea de cómo iba a conseguirlo, ni como iba a controlar ese impulso inaudito que con cada poro de mi piel me gritaba volver a tenerla entre mis brazos, pero lo haría. Me resistiría en cada ocasión, cada encuentro y cada momento que pasara a solas con ella por la simple razón de que no la merecía. Ella había obrado de buena fe desde el primer momento en que la conocí y no pensaba aprovecharme aún más de su buen hacer.

«No le pondrás ni una mano encima, Bohdan. No sucumbirás a tus más bajos instintos por más que lo desees, Celeste no lo merece» susurró mi conciencia, esa que de alguna forma deseaba por momentos acallar.

Aquella mañana fue una de las pocas en las que estaba despierto y con los ojos plenamente abiertos mirando el techo blanco de mi habitación cuando la alarma sonó a las seis en punto. Ni tan siquiera hice un movimiento brusco, sino que alargué la mano y deslicé el dedo del teléfono móvil desde el cuál procedía el sonido. Ni tan siquiera hice lo que solía hacer siempre; ver las noticias, correos y la programación del día, en aquel momento no podía dejar de pensar en ese beso rememorando una y otra vez lo que sentí tras hacerlo.

¿Por qué no podía dejar de recordarlo? Obviamente sabía la respuesta... la deseaba demasiado y el hecho de imponerme no volver a hacerlo, fomentaba aún más ese sentimiento.

Tenía que hacer algo por esa chica, asegurarme de que al menos su estancia en palacio fuera de lo más grata y no se sintiera fuera de lugar. Aún recordaba la comida en la que aquel escargot había salido volando, pero debía reconocer que por volver a ver esas mejillas sonrosadas era capaz de hacer que los sirvieran a diario.

Cogí finalmente el teléfono, pero lo hice para llamar y asegurarme de que alguien asistiera a Celeste aquella mañana, lo que menos necesitaba en aquel momento es que mi madre tuviera más razones para molestarla. Estaba seguro de que las lecciones de etiqueta y protocolo la ayudarían para aprender todo lo necesario y que no se sintiera tan extraña durante el tiempo que estuviera en palacio. Me importaba muy poco como se comportara realmente, pero sabía que los medios de comunicación se cebarían si cometía algún error.

Aquella mañana revisé la agenda del día comprobando que tenía varias gestiones en palacio, entre ellas una reunión en mi despacho, así que acudí hacia el comedor donde tomábamos el desayuno en familia con la increíble certeza de que volvería a ver esos destellos de azul vibrante.

No quería parecer ansioso o nervioso por volver a verla, pero lo cierto es que en el momento que la apareció, fui consciente de la necesidad que tenía por volver a ver esa sonrisa, aunque me hubiera dicho durante toda la noche que no la tocaría, que nunca volvería a besarla y que jamás le pondría una mano encima.

¡Demonios!, ¿Por qué era incapaz de apartarla de mis pensamientos?

Escuché que mi hermana la saludaba de forma cercana y aquello me congratuló, aunque como siempre, madre debía estropearlo como si de algún modo agriar la felicidad de todos los presentes se hubiera convertido en su propio pasatiempo. Por suerte, padre la puso en su lugar antes siquiera de que lo hiciera yo mismo, así que me mantuve en silencio. Sentía un nudo en la garganta, también en el estómago, como si fuera incapaz de pronunciar sonido alguno porque temía no ser el propio dueño de mis pensamientos. Observé que trajeron esa crema de cacao que expresamente había pedido que le sirvieran a Celeste para desayunar y rememore el momento en el que introducía su dedo en aquel botecito y se lo llevaba a la boca degustando su sabor.

¡Dios!, ¿Volvería de nuevo a hacerlo? Por una parte, deseaba que así fuera, pero reconocía que prefería que lo hiciera solo en mi presencia, solo y exclusivamente para mí. La sensación de que

deseaba ser el único que lo viviera me llevaba a... a...

¡Joder me había visto observándola! Aparté la mirada de aquellos ojos chispeantes que me observaban y me sentí cohibido por haber sido descubierto de forma infraganti. ¿Habría notado el fulgor del deseo en mis ojos? Por mi bien esperaba que no, lo que menos quería en aquel momento es delatarme a mi mismo después de lo que le había mencionado la noche anterior.

Una vez en mi despacho, no aguanté ni tres horas de absurdo papeleo, quizá en ese momento lo encontraba absolutamente tedioso porque era incapaz de concentrarme, así que finalmente desistí y decidí salir a cabalgar, tal vez aquello consiguiera aclarar mis ideas, ser más realista de la situación y convencerme que no acercarme a Celeste era la decisión adecuada. La trataría bien, la recompensaría por aquel enorme favor, pero no me aprovecharía de la situación solo por la atracción que sentía hacia ella. No me la merecía.

Llevaba días sin cabalgar por falta de tiempo y menos aún con todo lo sucedido en los últimos días, así que en el momento que me bajé del caballo y caminaba dando un rodeo en dirección a palacio para ducharme y quitarme el atuendo, escuché las voces lejanas que atrajeron mi vista y me sorprendió verlas allí y más aún a esas horas.

¿Qué hacían Celeste y mi hermana sentadas en el puente de madera del estanque? No deberían estar solas, debería haber alguien acompañándolas. Aún así, la curiosidad me pudo y mientras me acercaba a ellas no dejaba de contemplar la belleza que irradiaba esa chica española.

—¿Qué hacéis fuera de palacio? —pregunté algo alterado.

No es que creyera que corriesen un gran peligro, pero aquello era una imprudencia.

—¡Hemos salido a celebrar que saqué un once en matemáticas! —gritó mi hermana entusiasmada. Su voz denotaba alegría, incluso sus ojos brillaban y comprendí que irradiaba felicidad.

¿Cuánto hacía que no la veía sonreír de esa forma? No pude evitar hacerlo yo mismo por verla así y sabía que la causa tenía nombre y apellido; Celeste Abrantes. Giré entonces mi rostro pasando del cabello rubio de Margarita hacia ese color azabache y vi que parecía anonadada.

—¿Estás bien? —pregunté ahora ligeramente preocupado por su semblante.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Yo? —preguntó incorporándose tan rápido que se golpeó la cabeza con la barandilla del puente mientras maldecía en su idioma. Cuando comenzó a tambalearse supe que caería y me abalancé sobre ella para evitarlo importándome muy poco si con ello podría salir perjudicado, pero la sola idea de verla sufrir hizo que mi corazón se acelerase repentinamente como si todo mi ser me gritara que debía protegerla.

—¡No!, ¡Espera! —A pesar de que tuviera medio cuerpo inclinado hacia el lado del puente que daba al agua y a pesar de que la agarré de la cintura, caí detrás de ella mientras la oía gritar.

En el momento que salí del agua comprobé que estaba bien, por suerte la altura desde el puente no era muy elevada y el estanque no era profundo, pero saber que se encontraba bien me consolaba.

—¿Lo... siento? —La escuché decir con cierto tono de vergüenza y por alguna razón quise acercarme y acariciar ese rostro suave para decirle que no debía sentir absolutamente nada.

—Tranquila, no ha sido tu culpa, por tratar de evitar que te cayeras, caí contigo —contesté siendo franco, aunque quise decir mucho más que aquellas palabras, solo que las guardé para mis pensamientos y fui consciente entonces de las risas de mi hermana desde lo alto del puente.—. ¿Y tú de qué te ríes? —pregunté volviendo mi vista hacia ella y observarla casi llorando de sus estrepitosas carcajadas.

Probablemente la caída habría sido digna de admiración por lo torpe y tonta que había sido,

pero al menos había sacado algo bueno de ello, aquella ropa se ajustaba tanto al cuerpo de Celeste que era todo un deleite observarla completamente mojada a pesar de que aquella imagen me martirizaría durante toda la noche que pasaría a solas en mi solitaria cama.

—Yo digo que se merece un baño... de lo contrario, ¿Qué pensarán cuando nos vean aparecer mojados solo a nosotros? —dijo Celeste en aquel momento y sonreí con cierta diversión.

—¡No! —gritó entre risas Margarita—. ¡Ni se os ocurra! —dijo de nuevo empezando a correr.

En aquel momento corrí tras ella hasta que la atrapé y la tiré al agua donde pasamos al menos un par de horas completamente empapados.

Caminaba tras ellas de regreso a palacio mientras nos dirigíamos hacia una de las puertas laterales para que nadie nos viera, Margarita se había aferrado al brazo de Celeste y estaba tan vivaz y contenta que durante aquellas horas que habíamos pasando divirtiéndonos olvidé esa culpabilidad que corroía mis entrañas.

—Gracias Celeste —oí decir a mi hermana.

—¿Por qué? —contestó la aludida y captó aún más mi atención para escucharlas.

—Ha sido la mejor celebración en mucho tiempo —contestó sonriente para después salir corriendo y perderse por palacio.

En ese momento supe que Celeste no tendría sangre real, ni tampoco había nacido en una familia de alta cuna o tendría los modales más refinados del mundo, pero tenía más nobleza que ninguno de los allí presentes y eso era lo único que me importaba, aunque al mismo tiempo también me asustara porque presentía que algo dentro de mi comenzaba a pertenecerle a esa joven.

Mientras el agua caía resbalándose por mi piel, no dejaba de pensar en ella. Celeste se había cruzado aquella noche en mi camino y bien es cierto que no creía en las casualidades ni en el azar o el destino, pero debía reconocer que esa chica era especial, que de todas las posibles mujeres que se podrían haber interpuesto esa noche en mi camino para tirarle las copas que llevaba encima: fue ella. ¿Qué porcentaje de chicas habría en aquella discoteca aquella noche que hubieran podido aceptar aquella situación como ella lo hacía? Su carácter, su nobleza, su ímpetu y sus ocurrencias no tenían comparación alguna con cualquier mujer que hubiera conocido anteriormente, pero sobre todo lo más sorprendente era que había aceptado la situación sin querer sacar una buena tajada económica de todo aquello como hubiera sido lo más probable en cualquier otra.

Yo procedía de un mundo donde la apariencia, sobriedad e imagen valen más que cualquier otra cosa. Celeste no era de ese mundo, ella era transparencia, vitalidad y sus ganas de vivir contagiaban a cada ser que se acercara a ella. En el breve periodo de tiempo que llevaba allí, estaba seguro de que había sonreído más que en todos mis últimos años de existencia, probablemente se tuviera que marchar tarde o temprano, pero algo me decía que nos dejaría un pequeño hueco a todos, sobre todo a Margarita después de ver con mis propios ojos lo que había presenciado aquella tarde.

Con ropa seca y listo para la cena, reconocí que el hecho de ir a ese comedor sabiendo que ella estaba presente, era diferente, como si hubiera algo en mí que tuviera más motivación por el solo hecho de verla. ¿Y si fuera real?, ¿Y si ella de verdad fuera mi esposa y me esperase cada vez que volviera de un viaje o me acompañara a los actos benéficos, cenas de gala o bailes reales? La idea pasó fugazmente y al mismo tiempo la deseché. Ella no había elegido ese mundo; yo se lo había impuesto y como tal, no era quien para desearle aquella vida a nadie. Yo había crecido con esa presión social, más aún la tuvo mi hermano Adolf, pero ahora me tocaba vivirla cada día tratando de dar una apariencia neutra y cordial, aunque por dentro ardiera un mismísimo infierno.

No era fácil... y sabía que tarde o temprano alguien como ella no podría soportarlo.

—Alteza —escuché a mi izquierda nada más salir de mi habitación.

—¿Si? —pregunté dirigiendo la vista hacia ese lado y reconocí el rostro de Sergei, el jefe de seguridad en palacio, no era frecuente que viniera él mismo en persona para tratar algún tema en concreto, por lo que supe que debía ser algo importante.

—Me temo que tengo que comunicarle algo para que decida que medidas debemos tomar al respecto —contestó con un semblante algo serio—. La señorita Abrantes ha recibido una llamada esta tarde en la que ha facilitado información confidencial y de relevante importancia para la corona.

—¿De qué información se trataba? —pregunté frunciendo el ceño.

—Contó lo sucedido realmente en las Vegas —confesó Sergei con la mirada baja.

—¿A quién? —pregunté ahora interesado.

—La llamada procedía del círculo de amistades de la señorita Abrantes. Se trata de una joven llamada Mónica Ortiz. Trabaja en... —En aquel momento desconecté del resto de información que Sergei me estaba ofreciendo y relajé mis músculos. Por alguna razón insensata había creído o esperado que Celeste hubiera dado información sobre la familia real, la vida en palacio o cualquier tipo de cosas a las que podía estar un poco más habituado porque siempre me habían prevenido al respecto, pero me parecía normal que le hubiera contado a una de sus amigas la realidad de lo sucedido hasta donde ella sabía, ¿Quién era yo para criticarlo si todos mis amigos lo sabían? Era normal que ella confiara en su amistad con esa tal Mónica para desahogarse, más aún teniendo en cuenta que ellas la habían acompañado en aquel viaje y la conocerían lo suficiente para saber que algo extraño sucedía teniendo en cuenta que no les había hablado de mi hasta entonces.

—No hagan nada —declaré interrumpiendo su discurso sobre la tal Mónica Ortiz del que lo último que había mencionado era que no tenía antecedentes penales.

—¿No desea que le retiremos su terminal de teléfono o restrinjamos sus llamadas? —insistió.

—No. Confío en ella —aseguré sin añadir que hablaría personalmente con Celeste para transmitirle e insistir que no debía tomar a la ligera a quien le contaba aquello, pero por alguna razón sí que confiaba en su juicio sin saber porqué razón lo hacía.

«Tal vez lo hagas porque esa mujer te ha demostrado más integridad que la que tú has tenido con ella» pensó mi subconsciente mientras retomaba el camino hasta el comedor donde tenía lugar la cena.

Sentados en los asientos que habitualmente ocupábamos a pesar de no estar presentes mis padres en dicha cena, todo parecía mucho más calmado que de costumbre y lo cierto es que no sabía qué tema tratar o de qué hablar estando mi hermana entre nosotros. Normalmente solía utilizar ese tiempo para tratar temas con padre por la simple y llana razón de no tener que escuchar la parlotearía o charla habitual de madre cada vez que se le ocurría alguna invención. Lo cierto es que no tenía ni la menor idea de como era posible que mi padre aún siguiera a su lado, tal vez fuera porque la posibilidad de un divorcio era impensable en la familia real de Liechtenstein o porque a su pesar aún la seguía amando pensando que en algún momento volvería a ser la misma mujer que fue siempre.

—Cuéntanos Celeste, ¿Es verdad que vivías en una granja cuando eras pequeña? —preguntó Margarita rompiendo aquel silencio.

—¿Una granja? —exclamó Celeste—. ¿De donde has sacado eso?

—Mamá lo dijo, ¿Verdad Bohdan? —me preguntó directamente.

—Creo que más bien mencionó algo del campo, no una granja —admití.

—Bueno, lo cierto es que crecí en un pueblo no muy grande y mi padre se dedica al campo; si, pero no crecí en una granja ni nada parecido, aunque ayudaba a mi padre a cosechar cuando era pequeña —respondió Celeste de forma locuaz y serena, a pesar de saberlo porque me habían entregado informes sobre su vida, escucharlo de sus propios labios lo hacía interesante, me preguntaba como habría sido su infancia, cómo sería ese pueblo pequeño del que hablaba; sus gentes, sus costumbres... su familia.

—Seguro que era divertido —contestó Margarita.

—¡Uy si! Divertidísimo —ironizó—. Por cierto, he visto que me han devuelto mi teléfono personal —añadió apartando la vista de Margarita para dirigirla hacia mí.

—Si, he pedido que lo hicieran para que pudieras comunicarte con tu familia —dije pensando en qué tipo de reacción habrían tenido a pesar de que me habían comunicado que todo estaba perfectamente controlado—. Estarán preocupados por ti y sería lógico que te pusieras en contacto con ellos. Cuando terminemos de cenar hay algunos puntos que tendríamos que determinar —añadí pensando que tendría que insistir que cierta información solo podría darla a un círculo de personas de confianza muy íntimo.

—Si... claro... por supuesto... desde luego... —contestó afirmando cuatro veces lo mismo y pensé que tal vez estaba nerviosa porque creía que iba a reprenderla por algo.

«Soy idiota. Debería tratarla con más cercanía como debe estar acostumbrada» pensé siendo consciente de que no estaba habituado a ello.

—Te espero en mi despacho cuando acabe la cena. Debo aprobar unos documentos para mañana y después podremos dar un paseo por el jardín —añadí creyendo que así podría intuir que no se trataba de nada malo, de hecho, cuando asintió con la cabeza pensé que en esa ocasión lo había hecho mejor.

Me di bastante prisa en terminar aquellos documentos con la sola idea de no hacerla esperar demasiado tiempo, sabía que en el momento que llegase a mi despacho iba a ser una distracción, Celeste siempre suponía una distracción para mi factor visual y comenzaba a serlo aunque no la tuviera en presencia de mis ojos.

El sonido de los golpes en la puerta me hizo saber que era ella.

—Enseguida estoy —dije sin alzar la vista porque sabía que no desearía volver de nuevo al documento. Aquellos vestidos le quedaban especialmente bien en su silueta de curvas mucho más marcadas que la propia Annabelle, que presumía de tener una excelente figura con la que diseñadores apostaban para que exhibiera sus vestidos. Podría perderme durante años en aquel cuerpo de seda que envolvía cada tramo de su ser a pesar de que lo que más me gustaba en ella fueran sus ojos acompañados de esa sonrisa. Celeste transmitía todo con su mirada y eso me conmovía.

—Tranquilo. —Su respuesta tan simple y llana, acompañada del sonido de sus zapatos que me hicieron percibir que estaba recorriendo la estancia, me indicaban que era alguien paciente, como si comprendiera la situación y no se impacientara. Levanté la vista cuando firmé el último documento y la vi curioseando una de las mesas donde tenía varias brújulas, no pude evitar sonreír, ella me generaba ese instinto protector que hasta ahora desconocía... como si no quisiera que nada ni nadie la dañara.

—Ya está, ¿Vamos? —dije levantándome y señalando la puerta de entrada para acompañarla hacia los jardines. Era una noche fresca, aunque estábamos dejando la primavera atrás para dar paso al otoño, aún así cuando caía el sol, la temperatura descendía algunos grados y se percibía

que todavía no había llegado el verano. Caminamos en silencio durante un rato, observaba que ella parecía callada, atenta a aquello que tenía que decirle y cuando nos adentramos en los caminos de los altos setos que rodeaban el palacio, deduje que estábamos lo suficientemente lejos del castillo para que nadie más pudiera oírnos—. Te he citado esta noche porque creo que es conveniente que hablemos sobre lo sucedido aquella noche o más bien en qué nos repercute dada la situación. Debemos guardar la imagen que se ha transmitido sobre nuestro compromiso y que lo sucedido fue simplemente una broma entre amigos, pero que no existe ningún matrimonio real. Nadie debe saber que no nos conocíamos, que hasta esa noche éramos unos completos desconocidos porque, aunque los rumores existan y seguirán existiendo, si mantenemos esa versión de los hechos; nadie refutará lo sucedido —añadí mientras seguíamos paseando y veía como ella asentía con su cabeza a lo que yo decía—. Es muy importante que el círculo de personas que saben lo que realmente ha ocurrido sea muy reducido —comenté con calma esperando que no sospechara que todas sus conversaciones serían escuchadas por simple precaución, sobre todo para protegerla a ella de posibles filtraciones inesperadas.

—Lo entiendo, imagino que no nos beneficia a ninguno que la prensa se entere —respondió y la observé encogerse mientras se abrazaba a sí misma, supe que debía tener frío.

—¿Tienes frío? —pregunté acercándome aún más a ella.

—Un poco —admitió abrazándose aún más.

Deslicé la chaqueta sobre mis hombros y se la coloqué delicadamente sintiendo ese aroma dulce, exótico y sencillamente delicado que ella emanaba de su piel, observé atento aquellos labios, deseoso de volver a besarlos y la tentación era sublime, tan embriagadora que sentía como mi razón abandonaba a la propia voluntad de mi cuerpo.

—Tu recuerdas si esa noche tu y yo... —comenzó a preguntar dejando la frase inacabada—. Si tu y yo nos.... —añadió con gestos de forma que supe a qué se refería y en aquel instante recordé como esa noche estuve tentado de tenerla entre mis brazos, como la tuve desnuda bajo aquellas sábanas aferrándome con todas mis fuerzas a mi propio autocontrol como lo estaba haciendo en aquellos momentos a pesar de que mi voluntad quisiera abandonarme.

¡Demonios!, ¡La tentación corroe mis entrañas y no creo poder soportarla!

«Recuerdo cada instante de esa noche y el profundo deseo de hacerte mía que tuve a cada momento» respondí con mis pensamientos.





---

---

## OCHO

---

---



Lamentablemente no podía responder que recordaba cada momento de aquella noche, cada decisión tomada ya fuera o no una equivocación, aunque cada vez empezaba a convencerme a mi mismo de que aquello no había supuesto ningún error, no cuando la contemplaba mirándome fijamente.

Quería decírselo, sentía que quería confesarlo, pero no podía, hacerlo significaba que nada de lo que había hecho sirviera, que ella se marchara y todo volviera a ser como antes. Muy a mi pesar la necesitaba, al menos hasta que se me ocurriera la forma de solucionarlo. No pude mantener más tiempo esa pregunta en sus ojos, como si me instigara a descubrir la verdad que escondía y me sentí culpable por ocultarlo.

—No sabría decir exactamente —dije tratando de que no se notara mi nerviosismo—. Yo no tengo recuerdos nítidos de esa noche tampoco —mentí descabelladamente.

—Aunque no lo creas, es la primera vez que me ocurre algo así —contestó y supe que trataba de intentar justificarse, como si quizá creyera que podría catalogarla de alguien que solía excederse con el alcohol cuando salía de fiesta. Nada más lejos de la realidad—. No sé en qué momento perdí el control, jamás había perdido la conciencia hasta ese punto. Sé que no me crearás, pero...

—Te creo. —La interrumpí porque sentía náuseas de que se creyera culpable de lo ocurrido cuando no debía ser así. Que bebiera aquella copa había sido un accidente, pero no debí aprovecharme de la situación. Sentía una contradicción al respecto, la culpabilidad de lo ocurrido y la certeza de que el plan había funcionado. Todos estaban centrados en mi futuro matrimonio con Celeste y aunque mi madre no hubiera desistido en su idea, sabía que no le quedaba más remedio que conformarse.

Tal vez pudiera alargarlo el tiempo suficiente para que Annabelle encontrara a alguien y no estuviera disponible o plantarle cara a mi madre a pesar de las circunstancias y dejar a un lado ese sentimiento nostálgico que me impedía hacerlo por no querer dañarla.

—¡Mierda! —la oí gritar—. ¡Mierda!, ¡Mierda!, ¡Mierda! —repitió reiteradamente y la observé creyendo que ocurría algo grave, solo que a su alrededor no pasaba absolutamente nada.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmado y preocupado.

No era muy ducho en el noble arte de la lengua española, la tenía demasiado olvidada, pero reconocía perfectamente esa palabra y su significado, sobre todo porque en lenguaje coloquial era

muy usada.

—¿Usamos protección? —preguntó abriendo los ojos completamente como si estuviera asustada y no entendía a que se refería exactamente.

—¿Cómo? —pregunté sin entender en absoluto a qué se refería.

Gritó haciendo aspavientos y comenzando a agitar las manos como si le estuvieran picando cientos de avispas al mismo tiempo. No sabía que ocurría, pero comprendí que algo parecía afectarla.

—Ey —dije acercándome a ella suavemente y tratando de consolarla. No quería que se preocupara por nada, fuera cual fuera el motivo de su preocupación podría solucionarlo para que no le afectara—. ¿Qué ocurre? —insistí suavemente y con cierto atisbo de inquietud.

—¿Y si resulta que estoy embarazada?, ¿Y si resulta que los dos estábamos tan borrachos que nos casamos y se nos olvidó usar un condón?, ¡Ya es tarde para usar la píldora del día después!, ¡Y yo no se cuidar ni de un cactus!, ¡Como voy a cuidar de un niño! Y eso sin añadir que no nos conocemos, que tu madre me odia, que nos vamos a divorciar dentro de unos meses y que luego seguirás por tu camino y yo por el mío como si no nos conociéramos y entonces....

—Cshh —siseé para tranquilizarla.

Podía comprender sus miedos, no sabía lo que había ocurrido, era normal que sintiera todo eso, lo extraño sería que no lo hiciera, pero comprender que no tenía segundas intenciones, saber que era tan transparente de confesar sus preocupaciones me hizo sentir una infinita ternura por ella. No podía mentirle y decir que no podría estar embarazada porque no había ocurrido nada esa noche, confesarlo suponía mencionar todo lo sucedido y lo que menos necesitaba ahora era que saliera corriendo.

Celeste sabía que mi madre no sentía empatía por ella y aún así no había cogido el primer avión rumbo a su país natal para retomar su vida con todo su entorno que seguramente la echaba de menos. No. Había sido una chica valiente que se había quedado solo porque se lo había pedido y le había dicho que era necesario.

—No nos precipitemos —dije con calma—. Lo más lógico a pensar es que tomáramos precaución, en cualquier caso.

—Lo más lógico a pesar también sería que no nos hubiéramos casado ¡Y míranos! —gritó no muy calmada.

—¿Quieres hacerte un test para salir de dudas? Aunque lo mejor sería acudir a un experto —contesté mientras seguía guardando la calma.

—Mejor esperamos —mencionó tras una larga pausa en la que supuse que lo estaba pensando detenidamente como si valorase cuál era la mejor de las opciones.

«Como decirte que no tengas miedo, como expresar sin confesar que no debes preocuparte por ello» jadeé en mi fuero interno.

Supe que al menos le debía aquello, transmitirle la tranquilidad necesaria para que no sintiera miedo y lo cierto es que a pesar de decirle aquello siendo consciente de que no podría existir ningún bebé de por medio, mis palabras habrían sido las mismas en caso contrario, porque jamás eludiría mis responsabilidades, aunque apenas la conociera. En ese poco margen de tiempo ella había supuesto un antes y un después en mi insulsa vida.

—Como prefieras, pero quiero que tengas presente que, en cualquier caso, asumo mi parte de responsabilidad —dije para asegurarle que no me iría o desvanecería porque sentía que era lo que ella deseaba escuchar.

—Te lo agradezco —respondió algo más tranquila.

En un momento fugaz me imaginé como sería que de verdad estuviera embarazada, un pequeño ser con esos ojos tan brillantes y azules como los de su madre, con cabello oscuro, o claro, pero con ese carácter vivaz y divertido que caracterizaba a Celeste. Era irrisorio que tuviera esos pensamientos cuando apenas conocía a esa mujer, quizá solo era el deseo primitivo que ella despertaba en mí, esas ganas irrefrenables e incontrolables por tenerla bajo las sábanas de mi cama, entrelazando mi cuerpo al suyo, bajo el yugo de su piel abrasándome por completo. Si. Definitivamente era el deseo carnal el que me consumía por ella y los que me hacían tener esa clase de pensamientos, puesto que no podía pensar en aquella mujer como madre de mis hijos cuando la había conocido en un encuentro fortuito, eso sin obviar que Celeste no estaba hecha para el mundo en el que vivía, su alma era mucho más pura que todo aquello.

—Seguro que nos drogaron esa noche —dijo sacándome de mi ensoñación y volviendo a la realidad precipitadamente.

¿Qué?, ¿De donde demonios había sacado aquello?, ¿Lo sospecharía?, ¿Recordaría algo?, ¿Tendría algún indicio para creer que fue así? El temor recorrió mi cuerpo, pero traté de guardar la calma y simplemente negarlo.

—Nada podría descartarse, pero sinceramente lo dudo —afirmé esperando que mi voz no hubiera titubeado en ningún momento. Era una mentira a medias puesto que en ningún momento la intención de tomar aquella sustancia iba destinada a alguno de nosotros—. Aunque nada de lo que creamos que ocurrió cambia el hecho de lo que hicimos esa noche y lo que ese hecho afectará a nuestras vidas —decreté sabiendo que su nombre era conocido en todo el mundo y eso no podría modificarlo.

Le robé mucho aquella noche a esa joven y quizá no tendría vida suficiente para recompensárselo.

—Dímelo a mí —La oí susurrar.

—Celeste... —susurré deteniéndome a su lado, sintiéndome ruin, culpable, en una palabra: despreciable.

—¿Sí?

A pesar de la oscuridad de la noche, de que no podía ver su rostro nítidamente, podía apreciar su belleza en todo su esplendor, sentir esa necesidad de acariciar su piel, probar de nuevo sus labios, sentir solo un poquito ese placer que ella me proporcionaba con sus besos...

¡Dios!, ¡Jamás había deseado tanto a una mujer como la deseaba a ella! Celeste era única y comenzaba a pensar que también era la única capaz de lograr que mi corazón se acelerase tan rápido con solo una mirada. ¿Qué me estaba pasando?, ¿Qué me sucedía? Aquello no era normal. No en mí.

Mi garganta estaba reseca, mi culpabilidad se acababa de esfumar yéndose al diablo y en ese momento solo quería raptarla entre mis brazos y llevarla hacia la arboleda donde nadie pudiera ser testigo de como la hacía mía de forma intensa.

Sus labios carnosos se entreabrían como si me pidieran a gritos que los besara, tan suaves, delicados y rosados como una flor que acababa de abrirse en primavera, pero me contuve. Con todas las fuerzas que ni sabía de donde salían, me contuve.

—No... —jadeé—. Nada —añadí tratando de que mi voz fuera más clara—. Será mejor que volvamos, es algo tarde.

Si la besaba estaba perdido, completa y absolutamente extraviado. Me había propuesto no hacerlo, no extralimitarme aún más de lo que ya lo había hecho, no abusar más de su inocencia y aunque por un instante pensé que quizá ella pudo desearlo también, que por un momento quizá

Celeste ansiaba tanto como yo aquel beso, me negué a reconocerlo y sufrir en silencio.

No podía conciliar el maldito sueño, ese rostro, ese cuerpo, esos bellos ojos no dejaban de martirizarme por más que me empeñase en negarlo y solo daba vueltas en la cama como un poseso tratando de controlarlo. Nunca me había ocurrido algo así, siempre había encontrado en la tranquilidad de mi habitación la paz que necesitaba. Allí tenía mi espacio que todos respetaban, la decoración sobria y nada extravagante le daba mi toque personal, pero por más que lo intentara, era imposible encontrar en esa ocasión la calma.

—¡Maldita sea! —grité dando un puñetazo sobre la almohada y gimiendo ante mi desconsuelo.

Tenía que hacer algo, no podía simplemente alejarme de ella sin más y evitarla como la peste porque la deseaba y no quería hacerle daño. No. Después de todo yo la había metido en ese lío y yo mismo la sacaría de él. No podía hacer creer que la evitaba o que no nos llevábamos bien. Tendría que reprimir mis instintos cuando estuviera junto a ella, pero le demostraría que podríamos ser amigos, llevarnos bien, tratarla como realmente se merecía por la buena persona que aparentaba ser.

Nunca una mujer me había robado el sueño, el pensamiento y directamente casi mi vida, puesto que desde que ella había irrumpido en aquella discoteca cuando cruzamos nuestros caminos, mi mundo había dejado de ser el mismo.

Me moría literalmente por poseerla. Probablemente era la primera vez en mi vida que deseaba tanto a alguien y era consciente de que no podría tenerla al mismo tiempo por mis propios principios. Supuestamente era un príncipe que podría tener cualquier cosa, sí, cualquier cosa menos Celeste Abrantes y en aquellos momentos rozaba el límite de mi cordura porque apremiaba más mi necio instinto que esos honorables principios.

Cada vez que recordaba ese beso en aquel almacén o ese cuerpo esbelto cuando su ropa se adhirió a él después de caer al estanque, mi control se iba al infierno y agradecía estar lo suficientemente lejos de ella para no tener que reprimirme de nuevo.

¿Era normal desear tanto a una sola mujer?, ¿De verdad era aquel instinto primitivo coherente? Porque comenzaba a creer que aquello se trataba de un castigo divino por obrar mal hacia ella y por eso me estaba volviendo un demente. Quizá lo peor de todo era no poder desfogarme hablándolo con alguien, ¿A quién podía decirle lo que me sucedía? Sabía que ninguno de mis amigos me comprendería, pero si no le contaba a alguien aquello que me estaba oprimiendo iba a volverme definitivamente loco.

Solo podía revelarle aquello a la única persona que de verdad me comprendería y no haría parecer un pusilánime. El único amigo que podía considerar casi un hermano a pesar de que solo nos viéramos de vez en cuando por nuestras responsabilidades. Esa misma llamada cogí el teléfono marcando su número en la agenda.

—Ya era hora de que me llamas, aunque reconozco que esperaba tu llamada hace unas semanas... —contestó Egmont con demasiada calma.

Lo bueno de aquella amistad es que jamás nos habíamos echado nada en cara, es como saber que esa persona siempre estaría ahí en el momento que más te hacía falta. Conocía a Egmont desde los cinco años, cuando asistíamos al mismo colegio hasta que en la Universidad tomamos rumbos distintos. Él tenía su vida fuera de Liechtenstein, concretamente en Viena, donde se había casado y su esposa estaba embarazada.

—Cierto, te debo una disculpa, pero estas semanas fueron algo caóticas —contesté con pesar mientras me paseaba por la habitación. Apenas había conseguido dormir cuatro horas y aún así parecía estar acelerado.

—¿Ocurre algo? Lo último que supe de ti es que tenías muy claro que no querías casarte con Annabelle, pero no me dijiste que habías conocido a una joven española. Imaginé por las noticias que aceleraste todo el tema de la boda debido a lo que sucedió en las Vegas —dijo sacando sus propias conclusiones.

Por norma general, solía contarle mis preocupaciones o decisiones personales evitando hablar de asuntos referentes a la corona para no inmiscuirle.

—Es mucho más grave que eso —dije siendo consciente de que ese teléfono no estaba pinchado y nadie escucharía mi llamada.

Le relaté lo realmente sucedido en las Vegas y esa culpa que carcomía mis entrañas porque comenzaba a sentir cosas hacia Celeste que no debería estar sintiendo. Aquel maldito deseo no era normal, ni tampoco las irrefrenables ganas de besarla cada vez que la veía o el afán incontrolable por querer estar junto a ella.

—¿Y qué siente ella? —se limitó a preguntar.

—¿Cómo que qué siente? —¿Qué sentía Celeste? Lo único cierto era que respondía a mis caricias, que cuando la besaba se deshacía entre mis brazos, aunque no era del todo consciente si era lo que mi mente deseaba creer o si verdaderamente era así.

—¿Siente la misma atracción por ti que la que sientes hacia ella?, ¿O por el contrario es inmune a tus encantos? —preguntó con cierto atisbo de ironía.

—No lo sé —negué porque realmente no me había parado a pensarlo—. He estado más pendiente de mi propio autocontrol para no hacerle daño o aprovecharme de ella que de lo que pudiera sentir por mi.

—Bien, supongo que si me has llamado es porque necesitabas un consejo y te daré mi más sincera opinión analizando la situación. —Agradecía que Egmont siempre fuera al quid de la cuestión y no diera rodeos, quizá esa era una de las razones por las que aún éramos amigos después de veintisiete años—. Si quieres calmar tu conciencia, habla con ella y límitate a ser su amigo. Trátala bien ya que parece una buena chica y recompénsala por lo sucedido cuando todo acabe, pero si eso que estás sintiendo por ella provoca que ni concilies el sueño, irá a peor amigo mío... y si ella siente lo mismo, me parecería una estupidez por tu parte que no le des una oportunidad a lo vuestro.

¿Una oportunidad?, ¿Darle una oportunidad? Ni tan siquiera había valorado esa opción porque... ¡Porque había asumido que era un capullo integral! Y le estaba haciendo pasar por un infierno imponiéndole estar aquí conmigo.

—No puedo hacerle eso. Me sentiré ruin y despreciable sabiendo que yo la obligué a pasar por esto.

—Obviando las razones por las que se encuentra en palacio, ¿Qué sucedería si ella siente lo mismo que tu estás sintiendo?, ¿Si tuvieras la certeza de que siente por ti la misma necesidad que me dices tener de ella?

—Si todo hubiera sucedido de otro modo, ten por seguro que ahora mismo no me encontraría en esta tesitura, ni con este dilema moral —atajé teniéndolo clarísimo.

Si tuviera la opción de rebobinar, de dar marcha atrás a las cosas, definitivamente lo haría de otro modo, no sé como, ni de qué manera, pero desde luego la besaría sin ningún sentimiento de culpa o indecencia.

—Pues actúa como si no hubiera sucedido si no quieres cargar con ese peso el resto de tu vida, ya afrontarás las consecuencias cuando sea oportuno, pero tengo el presentimiento de que estás perdiendo una oportunidad y que más tarde o más temprano te arrepentirás de ello.

—No es tan fácil Egmont, agradezco tus palabras, pero créeme que no puedo evitar sentirme ruin y detestable cuando estoy a su lado.

—Tengo que dejarte, es algo urgente del trabajo. Llámame cuando quieras desahogarte, pero déjame decirte una última cosa; tu hermano murió haciendo lo que más deseaba, sin temor a las consecuencias que pudiera tener, en cambio tu te has limitado a ver la vida pasar, a estancarte y hacer únicamente lo que se espera de ti. Casarte con esa chica ha sido lo único que has hecho porque realmente has querido sabiendo que no tendrías la aprobación de tu familia, no me creo en absoluto que solo fuera por deshacerte de Annabelle, habrías encontrado mil maneras de negarte a ese matrimonio, si te pareció bien casarte con esa joven, es porque viste algo en ella que nunca has visto en otra mujer.

No contesté. Me quedé mudo ante aquella conclusión que acababa de tener mi mejor amigo mientras colgaba sin esperar una respuesta. Lo cierto es permanecí estático valorando mi propio subconsciente y exponiéndolo a un examen clínico para ver si había verdad en sus palabras.

Tenía que reconocer que desde que la vi me gustó, es más, me encantó, y esa misma noche tuve que resistirme con todas mis fuerzas para no aprovecharme de la situación. ¿Habría accedido a casarme con una completa desconocida en el caso de haber sido otra la que estuviera en su situación?

—No —Negué en voz alta. Obviamente no.

Eso me llevaba a la conclusión que desde el primer momento que vi a Celeste tuve esa atracción infernal que me consumía y arrastraba hacia ella. Quizá de forma inconsciente fui capaz de cometer esa locura guiado por aquellos sentimientos y que en cualquier otra circunstancia no hubiera hecho. Seguía sintiéndome culpable y mi arrepentimiento no cambiaba lo sucedido, pero la desazón que comenzaba a sentir queriendo que ella sintiera lo mismo hacia mi, hacía que quisiera mitigar esa culpa y que ella me perdonara.

Sabiendo aquello salí de mi habitación a su encuentro. Me encontraba apoyado en la pared esperando pacientemente a que llegase. Sabía que el camino que recorrería desde su habitación hasta la sala donde tomábamos habitualmente el desayuno era ese, así que después de meditar demasiado la conversación que había mantenido con Egmont pensé que era oportuno tener una conversación con ella, aclarar ciertos aspectos, quizá podríamos comenzar teniendo una bonita amistad y ganarme así su confianza. Quizá era una buena forma de que en algún momento pudiera entender las razones por las que me aproveché de la situación a mi favor y tal vez... solo tal vez, poder tener algo más que no fuera solo esa amistad.

¡Dios!, ¡Me moría de ganas por volver a besarla de nuevo! En ese momento escuché el sonido inconfundible de sus zapatos contra el suelo de mármol que decoraba todo el palacio. Sabía que estaba a punto de girar la esquina, así que me preparé mentalmente para la imagen visual que iba a proporcionarme, solo que ya era habitual que me dejase extasiado con esa belleza española que irradiaba su rostro.

—¡Buenos días! —exclamé llamando su atención.

—¡Joder! —gritó asustada dando un pequeño salto—¿Por qué aquí todos aparecéis así, de sopetón? —dijo a continuación hablando en su idioma. Aunque había entendido que lo primero fue una maldición y más o menos comprendí lo que siguió diciendo, la palabra sopetón no entraba en mi vocabulario básico de su lengua.

—¿Qué es *sopetón*? —pregunte intentando hablar en su idioma.

La única palabra similar que me venía a la mente era sopa y dudaba que se hubiera referido a ello.

—Es... es... —comenzó a decir y pensé que estaba buscando las palabras adecuadas para una definición aproximada, aunque parecía algo contrariada—. Hace referencia a aparecer de repente, sin previo aviso.

Esos segundos me dieron tiempo suficiente para evaluar que cada día estaba más hermosa. No sabía que estaba sucediendo en mí, quizá solo era la sensación de no poder tenerla la que me hacía pensar aquello volviéndome loco, pero sí que tenía claro que Celeste era diferente, única... y eso me aturdí.

—¿Por qué no vienes a montar conmigo después del desayuno? —Mis palabras salieron con naturalidad, no era lo que había pensado específicamente, pero quizá era un buen principio—. Me vendrá bien refrescar mi español —aludí como excusa.

—Si... claro.

Su respuesta no me pareció del todo entusiasta, tal vez me estaba excediendo, quizá no había sido buena idea pasar tiempo a solas junto a ella teniendo en cuenta que mi autocontrol estaba esfumándose por momentos y que ahora mismo lo único que lo mantenía a raya era mi propia conciencia. De todos modos, no iba a presionarla, no haría nada que ella no quisiera.

¿Qué ella no quisiera?, ¿Es que estaba valorando la posibilidad de dejar a un lado la situación y sucumbir a la tentación?

¡Dios!, ¡Jamás había tenido tanta controversia conmigo mismo en toda mi vida! Egmont tenía razón en algo; siempre me he dedicado a hacer lo correcto, a tener presente lo que los demás esperan de mí por encima de mi propio deseo y solo con ella accedí, únicamente por esa mujer he pensado por una vez en mí mismo.

«¿Qué tiene Celeste Abrantes que no tenga ninguna otra mujer?» Me pregunté observando aquellos labios carnosos y succulentos que pedían ser besados.

—Ordenaré entonces que preparen una yegua para ti —dije antes de marcharme porque no estaba seguro de contenerme ni un segundo más.

Solía cabalgar prácticamente a diario. Me parecía un deporte bastante saludable y debo reconocer que era uno de esos pocos momentos en los que realmente podía respirar varios minutos de plena libertad. Aunque en las últimas semanas después de lo acontecido, mis pensamientos se habían centrado en cierta persona de la cual era incapaz de apartar en mi mente. Había tratado de dejar a un lado lo que Celeste me hacía sentir, pero ¿A quién iba a engañar? Esa chica me gustaba demasiado y empezaba a sospechar que demasiado era quedarse corto.

Aún así debía ser realista. Le había impuesto a Celeste una situación demasiado incómoda a tenor de los acontecimientos. Mi madre le había dejado lo suficientemente claro su postura de rechazo y probablemente ella no se sentía afectada porque sabía que solo sería momentáneo, así que no podía pensar más allá de eso, sería demasiado egoísta por mi parte hacerlo —sí, más aún—, si valorase la posibilidad real de tener algo juntos por más casados legalmente que estuviéramos.

Solicité a Hagrid, —ya que era el encargado de los establos—, que preparase una yegua mansa para Celeste. Cuando alcé la vista y la vi llegar apresuradamente no entendí que clase de vestimenta había elegido para montar a caballo, prácticamente iba vestida como si fuera a practicar deporte de atletismo.

—¡Buenos días! —exclamó y noté que parecía algo ahogada.

—¿Y tu ropa de montar? —pregunté aún confuso.

—¿Ropa de montar? Era esto o un vestido de esos que se repiten variando de color en mi armario —contestó y supe que habrían obviado el detalle de facilitarle la ropa adecuada.

Probablemente habrían olvidado muchos detalles si tengo en cuenta que dejé aquella tarea a cargo de una de las sirvientas personales que atendía a mi madre.

—Tal vez no tuvieron en cuenta que practicaras equitación, pero lo mencionaré para que te administren ropa adecuada —contesté adjuntando una nota mental de que debería tener más en cuenta esos detalles.

Quería que Celeste se sintiera cómoda, que no le faltase nada, que no pudiera tener queja alguna del trato que había recibido porque, de algún modo necesitaba que ella quisiera quedarse.

«No se quedará. ¿Quién en su sano juicio lo haría? Menos aún teniendo presente la presión social a la que sería sometida» reveló mi conciencia.

—¡No pasa nada! —dijo alegre— Yo voy bien así —añadió con la mejor de sus sonrisas.

—Está bien, si estas segura —dije acercándome a ella—. ¿Vamos entonces? —pregunté señalando su yegua.

—¡Si claro!, ¿Cómo se monta en esto?

—¿Nunca has montado? —pregunté ahora contrariado. ¿Si no había montado jamás porque habría aceptado venir? Había dado por hecho que sería algo que conocía lo suficientemente bien como para no valorar la posibilidad de que no fuera así.

—¿Un caballo? —preguntó girando su rostro para observarme fijamente—. No

—Pero te criaste en el campo —seguí diciendo no creyendo aún que aquello fuera posible.

—Mi padre no tiene caballos, usa el coche para desplazarse, aunque viva en el campo —respondió con cierto énfasis.

—Está bien —dije moviendo la cabeza—. Voy a alzarle y tu debes agarrarte aquí —añadí señalando el amarre de la montura.

Coloqué mis manos sobre su cintura y la alcé hasta que se sentó sobre la silla.

—¡Ay! —gritó inesperadamente.

—Tranquila, es una yegua mansa —dije tratando de tranquilizarla—. Si le das ligeramente un toque con los pies comenzará a caminar lentamente —advertí mientras le di una palmada al lomo para que caminara despacio—. Para frenar solo debes tirar de las riendas —observé que estaba algo rígida, pero era normal si se trataba de la primera vez que montaba—. Estira de las riendas —advertí para que detuviera el caballo.

Todo pasó a cámara rápida. Vi que estiró de las riendas fuertemente y el relincho del caballo hizo que espolease con ambos pies probablemente asustada, así que la yegua comenzó a correr desbocadamente mientras ella gritaba. Sabía que era una yegua mansa y que era probable que no llegara mucho más allá del bosque, pero me daba miedo que Celeste pudiera caerse en plena carrera por no sujetarse lo suficientemente fuerte a la montura. Si algo le ocurría no me lo perdonaría jamás.

Monté rápidamente el purasangre que estaba preparado y salí a galope tras la yegua, los segundos que tardé en llegar hasta donde se encontraba se hicieron casi eternos, pero la alcancé en el momento que se adentraba en el bosque. En cuanto la yegua sintió el caballo acercarse comenzó a detener su trote siendo este mas suave, así que aproveché para coger las riendas y tirar de ellas hasta que se detuviera.

Observé rápidamente a Celeste y tenía los ojos abiertos, pero no parecía ser consciente de lo que sucedía.

—¿Estás... —comencé a preguntar, pero no pude terminar la frase. Se lanzó hacia mi cuerpo envolviendo sus brazos en mi cuello y la atraje hacia mi, sentándola sobre mi regazo, algo que provocó que se abrazase fuertemente. Temblaba. Notaba como su corazón estaba acelerado y su



cuerpo sufría pequeños espasmos—... bien? Terminé por completar la frase mientras mis manos la agarraban fuertemente tratando de darle a entender que no existía ningún peligro—. Tranquila —añadí segundos después, acariciando su espalda, rodeando su cintura mientras la acariciaba, su olor era dulce y afrodisiaco al mismo tiempo, demasiado tentador. Quería decirle que estaba segura y a salvo conmigo, que no permitiría que nada malo le ocurriera, solo que cuando noté que se apartaba levemente y vi esos ojos azules mirarme fijamente, todo mi argumento se fue al infierno—. Yo...

Mis palabras murieron por esos labios que tantas veces soñaba con volver a besar. Su boca demandaba con ansia la mía y mi razón fue abandonado por mi deseo cuando respondí con la misma intensidad.

«De sus labios sale la más pura ambrosía» gemí en mi interior mientras la acercaba más a mí, estrechándola entre mis brazos para poder sentirla plenamente. Quería todo de Celeste, absolutamente todo.

Su lengua se mezclaba con la mía en una danza única que me hacía ser consciente del auténtico deseo que sentía hacia ella. Su perfume, la suavidad de su piel y esa entrega de su cuerpo habían provocado que todas mis defensas se rompieran en mil pedazos. Bajé mis manos hasta sus nalgas y la alcé sobre mi cuerpo, sintiendo cada parte de su anatomía sobre el mío y sintiendo yo mismo la excitación y la febrilidad que esa mujer me incitaba.

Quería decirle que la deseaba, quería expresar con cada roce, gesto o caricia que me moría literalmente de deseo por hacerla mía, pero fui consciente de donde estábamos y de que era más que probable que se estaba entregando solo por el miedo que el caballo le había provocado. Era susceptible, frágil... No. Esa no era la forma. Ese no era el lugar y definitivamente no iba a aprovecharme de la situación. Tenía que estar seguro de que ella podía sentir lo mismo que yo sentía por ella y si existía la más mínima posibilidad de que lo hiciera, comenzaba a estar dispuesto a darlo todo por ella.

—Espera —dije en lo que para mi supuso casi un alarido de nostalgia por tener que separarme de aquellos labios que suponían la fuente de mi néctar. Incluso tuve que girar la cabeza hacia otro lado para aunar la fuerza suficiente que me hiciera separarme de aquel succulento cuerpo a pesar de que aún podía sentirlo—. Estas asustada y no quiero aprovecharme de ti —admití abiertamente.

Esperé su respuesta, un atisbo de duda o contradicción al respecto, algo que me hiciera suponer que estaba equivocado, que verdaderamente no eran ciertas mis conclusiones, pero solo corroboró lo que había predicho.

—Entiendo.

Era evidente que no sentía más por mí, más que aquella simple atracción. No iba a estropearlo todo, no cuando debía ser realista y admitir que ella significaba mucho más que un simple deseo carnal. Quizá era mi destino no encontrar a alguien que me correspondiera, por las últimas experiencias estaba claro que así era, o de lo contrario no habrían sucumbido a los encantos de mi primo Dietrich.

Tuve que poner cierta distancia entre ambos, debía alejarme de ella y me bajé del caballo ayudándola a descender, de forma que quedó frente a mí.

—Lo mejor es que no ocurra nada entre ambos —admití con pesar—. Y definitivamente debía ser lo correcto, no complicar más las cosas de lo que de por sí estaban. Ella se merecía una vida libre, sin la presión constante que requiere estar a la altura de la corona, sin esa necesidad de perfección estricta a la que hay que deberse, por no decir que sería la única forma de no

involucrarme aún más de lo que estaba—. Dentro de poco cada uno irá por su lado y quizá sea menos complicado si sabemos mantener las distancias.

«A menos que tú decidas lo contrario» pensé inmediatamente como si en algún atisbo de mi interior deseara que así fuera.

—Si —contestó segundos después—. Será lo mejor desde luego —constató para mi propio pesar.

Ella deseaba recuperar su vida, había aceptado aquello porque básicamente yo se lo había impuesto y porque era demasiado buena persona para negarse a hacerlo. Cualquier otra en su lugar bien podría haber intentado sacar beneficio de toda la situación y aprovecharse de las circunstancias, en cambio ella solo quería ayudar y además tenía que soportar los desplantes de mi madre muy a mi pesar.

—Podemos ser amigos, al fin y al cabo debemos representar un papel de cara a la prensa y al círculo más cercano —dije en aquel silencio.

Si no podía tener algo más, por lo menos que fuera una bonita amistad.

—¡Claro! —contestó sonriente—. ¡Amigos! —dijo con suma efusividad.

—Deberás acompañarme a numerosos eventos en los próximos meses, por lo que estoy seguro de que nos llevaremos bien.

«Y para mi serán unos meses demasiado eternos sin poder tenerte»

—¿Meses? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí exactamente? —Su rostro parecía confuso y lamenté hacerle aquello, pero debía pasar un tiempo prudencial para que la fingida ruptura no fuera otra bomba periodística.

—Tal vez tres o quizá cuatro sean suficientes. Debemos esperar a que todo se calme puesto que la noticia es aún muy reciente y todavía hay demasiadas personas que ponen en entredicho lo que ocurrió en las Vegas —admití corroborando como estaba realmente la situación.

«Tal vez si pudiera dar marcha atrás, si pudiera rehacer las cosas» pensé rememorando aquel día, solo que en aquellos momentos dudaba de mi mismo, porque habiéndola conocido y sabiendo como era Celeste Abrantes, no me arrepentía en absoluto de haberme casado con ella, solo del momento en el que tuviera que contarle la verdad porque estaba seguro de que me odiaría.

Para mi asombro dijo algo en español de lo que solo entendí *nutella, soportar y tu madre*, así que me reí por la absurda combinación de ambas, pero había comprendido a lo que trataba de referirse.

—¿Es que me has entendido? —dijo anonadada tapándose la boca como si creyera que iba a reprenderla.

Jamás lo haría.

—Si —contesté sonriente—. Hace años que no practico el español y lo recuerdo vagamente, pero desde que estás aquí me he obligado a escucharlo un poco en unas viejas cintas.

Y lo cierto es que mi memoria estaba agilizándose al respecto, porque ya recordaba lo básico, solo tenía ciertas dudas en algunas palabras porque se me mezclaban con otros idiomas.

—¡Ay mi madre! —gritó—. Lo siento, yo no quería decir que tu madre... digo que la reina... yo no...

—Tranquila —dije acercándome a ella con tranquilidad—. Mi madre tiene un carácter un poco estricto y reconozco que en ocasiones puede llegar a ser irritante, además no te lo ha puesto nada fácil desde que llegaste y en parte es por mi culpa, puesto que he sido yo quien te ha traído.

Asumía por completo esa culpa y entendía que debía tener una opinión de mi madre no muy buena, pero no podía culparla de ello, al contrario, ¿Cómo no iba a tenerla si solo había

escuchado improprios por parte de ella? Pero desconocía la naturaleza de porque la reina tenía ese carácter y, sobre todo, porqué nosotros le permitíamos que lo tuviera.

—No pasa nada —concluyó sorprendiéndome—. Tampoco ha sido para tanto. Además, tu hermana es adorable.

Al menos a Margarita le había venido bien la llegada de Celeste y eso me alegraba infinitamente ya que mi pequeña hermana estaba encantada con *mi esposa*.

«*Mi esposa*» medité.

Que extraño sonaba en mi cabeza y al mismo tiempo no me desagradaba nada la definición cuando hacía referencia a ella.

—Creo que Margarita ha encontrado en ti una aliada de aventuras. Aquí no tiene amigas y, de hecho, apenas tiene en general ya que recibe su educación en palacio para tener una atención personalizada —aclaré para que lo supiera.

—Vaya... —Supuse por su mirada que no estaba de acuerdo con ello, parecía sorprendida y de hecho yo mismo sugerí que no me parecía una buena idea que siempre estuviera en palacio. Era partidario de que Margarita fuera a un colegio privado, como lo habíamos hecho mi hermano y yo, pero desde la muerte de Adolph todo cambió, incluso aquello. Mi madre quería que Margarita recibiera una educación íntegra sin salir de casa, de ese modo la tendría controlada en todo momento.

—Será mejor que volvamos o Hagrid se preocupará por nosotros puesto que vio como tuve que salir detrás de ti cuando te oímos gritar —dije recordándolo y esperando que no hubiera dado la voz de alarma.

—Yo no pienso subir de nuevo a ese bicho —su respuesta me provocó satisfacción. Eso solo podía significar una cosa.

—Entonces tendrás que montar conmigo —dije sin evitar sonreír.

—¿Y si vuelvo andando? —preguntó alzando una ceja—. Tampoco estará tan lejos...

—Hasta donde yo sé, tienes clases con Raphael y ya llegas tarde, por lo tanto, no seas miedosa y sube. Te prometo que no pasará nada.

No sabía si su rechazo era por mí o por el caballo, pero ¿Para qué negarlo? Si me iba a privar de aquel cuerpo, al menos quería tener un contacto cercano que guardara durante los próximos meses en mis recuerdos. Sentir su embriagador aroma, su calor corporal fundiéndose con el mío...

Quizá no era una buena idea haberlo propuesto ahora que lo pensaba, pero tampoco iba a dejar que volviera andando.

La alcé de la cintura y la monté sobre mi purasangre, posteriormente subí tras ella rodeándola con mis brazos para tenerla bien segura, cercana y unida a mí como sabía que no volvería a estarlo.



---

---

## NUEVE

---

---



Solo me habían bastado cinco segundos para saber que sería incapaz de alejarme, de mantener las distancias y ser solo amigos.

¿Amigos?, ¿En qué maldito momento he podido decir eso?

Yo empezaba a estar enfermo, loco y extremadamente ansioso por esa mujer que se había convertido en mi esposa como para ser solo amigos.

—Alteza, el avión saldrá dentro de dos horas —escuché decir a mi asistente y asentí para corroborar que lo había escuchado mientras seguía leyendo las noticias en prensa desde el iPad degustando el café. Era algo que solía hacer si me encontraba fuera de palacio para mantenerme informado sobre lo que ocurría en mi país y en aquel momento estaba esperando en mi habitación de hotel a que todo estuviera listo para regresar a casa. Aún se hablaba demasiado de mi compromiso con Celeste a pesar de que habían pasado tres semanas desde el anuncio oficial, de hecho, se preguntaban porqué la joven permanecía recluida en palacio y todos estaban demasiado expectantes sobre cuál sería el acontecimiento elegido en el que haría acto de presencia como lo que era; la prometida oficial del príncipe.

—Frederick —dije llamando la atención de mi asistente—, ¿Qué tal le van las clases de protocolo a la señorita Abrantes?, ¿Estará lista para la cena benéfica de esta noche? —pregunté siendo consciente de que había deseado que esa fuera su primera aparición pública. No era un acto demasiado formal, pero a la vez si era representativo. Solo me limitaba a hacer acto de presencia y dar un pequeño discurso, nada que la pudiera poner en un compromiso.

—Raphael confía en que está lista —contestó de forma eficiente y tan formal como siempre, sin darme una sola pista de saber algo más que me incitase a preguntar sobre ella.

—¿Le administraste la ropa de equitación que pedí? —pregunté recordando aquel desastroso suceso.

—Por supuesto su alteza. Además de tomé la libertad de incluir varias prendas de diversos géneros en su guardarropa para que tuviera donde escoger.

Su respuesta me pareció satisfactoria y pensé en que tan solo faltaban horas para volver a verla después de estar varios días lejos de casa. No sabía si esa era la verdadera razón por la que aún sentía más fervor por mi deseo de verla o si es que estaba enviando al mismísimo infierno la poca fe que tenía en mí de no acercarme a ella más de lo estrictamente necesario, pero de lo único que estaba convencido en aquellos momentos, era que, si no volvía a probar los labios de Celeste

Abrantes, prefería que me quemaran en el infierno.

En cuanto me bajé del vehículo que me llevó desde el aeródromo privado hasta palacio, pude divisar la efusividad de mi hermana bajando la escalinata para llegar hasta donde estaba. En algún momento desee, que por alguna razón la morena de ojos celestes que ahora era mi esposa también lo hiciera, pero imaginaba que ya debían estar alistándola para el evento de esa noche, por lo que retuve mi deseo de verla, al fin y al cabo solo estaba a escasas horas de disfrutar de su compañía.

—¡Hola pecosa! —exclamé cuando llegó hasta mi.

Sabía que lo hacía porque siempre le traía algún obsequio de mis viajes y esa vez no había sido una excepción. Había estado visitando los países nórdicos por lo que le traje varias cartas astrales y nuevas lentes más potentes para esos pequeños momentos que compartía con ella enseñándole a encontrar estrellas.

—¡Me encantan! —gritó efusiva en cuanto abrió el paquete—. Esta noche te librarás porque sé que tienes la cena benéfica con Celeste, ¡Pero mañana lo estrenamos!

Me reí ante su sugerencia mientras subíamos la escalinata a la par.

—¿Y tú como sabes que esta noche es la cena benéfica? —pregunté sin tener idea del porqué mi hermana de doce años estaba enterada de mi agenda social.

—Oí a mamá comentar que no le parecía una buena idea que asistieras con Celeste, y aunque ella está algo nerviosa, sé que lo hará muy bien.

—¿Te cae bien Celeste? —pregunté obviando el hecho de que estuviera nerviosa ante aquel acontecimiento.

—Bien es un termino que se queda corto para lo que ella representa —contestó tan ágilmente que hasta me sorprendió su respuesta—, no se parece a ninguna de tus otras novias y está muy lejos de parecerse a Annabelle, por no decir que no intenta fingir para caerme bien, sino que se limita a ser ella misma y le da igual lo que los demás opinen. Ojalá algún día pudiera ser como ella.

—¿Te gustaría ser como ella? —pregunté sorprendido.

—Tener esa seguridad en lo que dice o hace sin importarle lo que opinen los demás... ¿A quién no le gustaría? Por no mencionar lo guapa que es.

—Si que es guapa... —susurré en voz alta antes de que mi cerebro se diera cuenta de ello.

—¿Por qué no dormís en la misma ala de palacio? —preguntó la pecosa.

Difícil pregunta. ¿Qué demonios contesto a eso?

—Es complicado —me limité a decir.

—No es tan complicado. Estáis casados —afirmó y lo cierto es que en esos términos todo parecía demasiado sencillo, aunque estaba lejos de serlo.

—Celeste y yo nos estamos conociendo —dije siendo esto lo primero que se me ocurrió decir. —Es mejor no precipitar las cosas para ir poco a poco.

—Está bien —contestó Margarita encogiéndose de hombros—, pero al menos ya sé que yo tenía razón —añadió sonriente.

—¿Tenías razón?, ¿En qué? —pregunté antes de que se dirigiera hacia su habitación y le perdiera la pista.

—En que ella te gusta por más que madre insista en lo contrario.

Margarita no espero a que contestase su afirmación, de todos modos ¿Qué iba a contestar? Negarlo sería mentir como un condenado y afirmarlo solo le daría la razón a una mocosa de doce años, definitivamente algo estaba claro; con mis actos estaba demostrando que esa mujer me gustaba demasiado.

Había tenido el tiempo justo de darme una ducha rápida y colocarme el traje oficial que estaba debidamente planchado para asistir a la cena de gala. Apenas había tenido un respiro desde que había llegado porque debía informar a mi padre sobre las reuniones a las que había asistido y aún así no nos había dado tiempo a terminar de aclararlo.

Aún me debatía analizando mentalmente algunos puntos sobre diversos tratados que debía discutir con el monarca cuando escuché los pasos que se acercaban al hall de entrada donde me hallaba esperando.

En cuanto la vi aparecer fue como tener una visión. Envuelta en un tul de color celeste con un corpiño ajustado a la cintura donde se podía apreciar su esbelta figura, esa mujer definitivamente había robado por completo cualquiera de mis sentidos convirtiéndome en un mártir de su belleza.

«No tengo salvación alguna. Estoy completamente perdido» medité tras verla y seguramente sonreír sin evitarlo.

—Estas preciosa Celeste —confesé sin decir que lo que verdaderamente opinaba es que era la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra—. ¿Vamos? —pregunté segundos después al ver que parecía observarme y deduje que mi cara debía expresar lo que mis palabras no eran capaces de hacer.

—Vamos —contestó acercándose hasta mi y la cogí del brazo para acompañarla hasta la limusina que nos llevaría al lugar—. ¿Cómo de importante es la cena de esta noche? —preguntó cuando nos sentamos dentro del vehículo.

—Solo es para recaudar fondos benéficos. En realidad, es un acto público en el que me invitan todos los años para dar un discurso. No te preocupes, apenas habrá periodistas —dije confesando una verdad a medias.

Por un lado, era cierto que no solía acudir demasiada prensa, pero si era un acto importante para la corona, uno de los más representativos a nivel social por la involucración que ésta tenía en la causa.

—¿Entonces por qué debo acompañarte? —preguntó y levanté la vista para observar su bello rostro, por unos instantes me quede sin palabras observándola fijamente, podría ser un hada de las flores, una ninfa de los bosques, una sirena de los mares o una diosa de los hombres.

—Porque es lo que se espera de la prometida del príncipe —admití deseando decir que es lo que se espera de mi esposa.

Y es que esa mujer para bien o para mal, ya se había filtrado bajo mi piel, aunque yo no lo pretendiera o quisiera y mi único consuelo es que oficialmente era mi mujer.

No quería añadir que me moría de ganas por que se exhibiera a mi lado, por pasar tiempo con ella, por tener una excusa para besarla de nuevo.

«Alto. Frena. No hagas nada sin que ella quiera»

—Es decir, que todos van a estar pendiente de cada cosa que haga —dijo sacándome de mi pérdida de conciencia mientras la observaba.

Me gustó esa preocupación por estar a la altura, como si de algún modo no quisiera defraudar o meter la pata para comprometerme.

«Nada más lejos de la realidad, demasiado hacía ya acompañándome sin que yo pudiera ofrecerle algo a cambio»

—No lo pienses —contesté rápidamente.

—Claro, como tú eres don perfecto. —Su voz sonaba baja, pero había entendido perfectamente sus palabras.

—No soy perfecto, tengo muchos defectos. —Estaba muy lejos de serlo, para comenzar era un

perfecto mentiroso y hasta ahora no lo sabía, pero más me valía no seguir por ese rumbo o no volvería a conciliar el sueño.

—¿Roncas? —exclamó y su pregunta me dejó completamente noqueado, confuso, sin esperármela en absoluto.

—¿Si ronco? —pregunté en retórica y no pude evitar reírme por lo absurdo del tema en cuestión—. Francamente no sabría decirlo, duermo siempre solo —Por desgracia, evite añadir—. ¿Por qué quieres saberlo?

Desde luego si su respuesta era porque deseaba dormir conmigo estaba más que dispuesto.

—Dijiste que tenías defectos —dijo encogiéndose de hombros y me recliné por tener una mente demasiado lasciva incluso para mi propia decencia.

No pude evitar reírme al saber que su pregunta no tenía dobles intenciones y solo se basaba en curiosidad como si mi único defecto pudiera ser roncar. Era tan adorable... tan hermosa... tan atractiva y había algo en ella increíblemente adictivo.

—Adoro tu inocencia Celeste. —Conseguí decir cuando al fin tome conciencia de donde me encontraba—. Tendrás que dormir conmigo si deseas averiguarlo —añadí en señal de prueba. Quería ver su reacción, ver su rostro tras escuchar aquellas palabras, necesitaba algo para saber cuán inocente podría ser Celeste Abrantes.

—Hemos llegado, excelencia.

Maldita fuera mi mala suerte por la interrupción. Tendría que quedarme sin respuesta, aunque esa noche lo averiguaría.

—Vamos —dije sin más demora—. No podemos llegar tarde.

Salí del vehículo y ofrecí mi mano a Celeste como buen caballero para ayudarla a bajar, la presa estaba concentrada en la entrada al edificio donde tendría lugar el evento en cuestión, así que deduje que al verla se pondría nerviosa, por lo que me acerqué a su oído para que nadie más pudiera escucharme.

—Eres la mujer más hermosa de la velada. No lo olvides —dije siendo fiel a la propia realidad de mis pensamientos y noté los flases sobre nuestra imagen.

«Y el mundo entero lo sabrá cuando vea esas fotos mañana» pensé sintiendo una pizca de celos incomprensibles en ese momento.

¿Qué sería de Celeste cuando todo terminase?, ¿Cuándo volviera de nuevo a Madrid y ya no fuera mi esposa? No me apetecía nada pensar en ese momento, inexplicablemente no quería que se produjera esa escena y la sola idea de saber que no se sería a corto plazo me calmaba un poco, pero solo un poco.

Pese a no abandonar ese pensamiento me ceñí al protocolo real, saludar a los invitados y dedicarles el tiempo justo a cada uno de ellos sin que se sintieran desatendidos. Dar conversación sin entrar en detalles personales y ceñirse a al motivo y causa de la gala benéfica; la recaudación de fondos para los niños huérfanos de la hermandad.

Hacía años que colaboraba en primera persona con esa causa y no me parecía algo tedioso ni contraproducente, sino que era uno de los pocos actos sociales a los que iba con sumo gusto por la necesidad de la causa y honorabilidad de esta. Por eso cedía mi propia imagen a la hermandad para que miembros políticos acudieran y yo mismo hacía una gran donación para dar ejemplo.

Mi discurso solía ceñirse a los logros que se habían logrado con las donaciones, entre otros, no solo se habían ayudado a los niños a tener una educación notable y una vida digna, sino que se les había dado un futuro formándoles académicamente, algo que sin aquellas donaciones jamás se hubiera conseguido.

La hermandad no solo acogía a niños de Liechtenstein, sino que se creaba un fondo para estudiar casos de absoluta necesidad en otros países, cada año se elegía un país tercermundista donde existía una gran demanda de ayuda y se procedía a la ayuda.

«Un alma inocente no debería estar sometido al castigo de la injusticia»

Mientras volvía hacia la mesa después del discurso y el maestro de ceremonias continuaba hablando, visualicé la imagen de Celeste revoloteando y vi el desastre que había en la mesa. Al parecer había derramado alguna copa y olía ligeramente a humo, lejos de avergonzarme solo pude sonreír por ver que tenía la situación controlada.

Por extraño que pareciera, me gustaba que no fuera perfecta en protocolo, Celeste podría ser algo patosa o torpe en ciertos momentos, pero a mi me parecía tan dulce y graciosa que ni siquiera me preocupaba. Ella era imperfectamente perfecta.

—¿Y mi copa? —pregunté para ver su reacción.

—¿Tenía sed? —preguntó retóricamente y vi como se mordía el labio probablemente inconsciente.

¡Dios!, ¿Por qué demonios me atraía tanto?

—Yo sí tengo sed —susurró cerca de mi oído—. Y no de vino precisamente —añadí siendo mucho más que directo, esperando una reacción que me hiciera pensar que era recíproco. La deseaba, fervientemente la deseaba.

—Creo que... voy al baño un momento —contestó con cierto titubeo y no entendí si el nerviosismo venía de que había comprendido mi indirecta y salía huyendo o necesitaba tiempo para procesarla. Fuera como fuese se fue dirección al baño y solo pude apreciar esa silueta que inundaba mis pensamientos con demasiada frecuencia.

Me había impuesto renunciar a ella, pero ¿A quien quería engañar? La necesitaba en mi vida y en mi cama.

En cuanto Celeste se alejó de la mesa, me vi envuelto en una conversación mucho menos placentera que la que hubiera podido compartir con ella, era en esos momentos cuando maldecía deberme a la corona. Tantos viajes, reuniones, comidas, cenas benéficas, actos sociales, conferencias... la lista llegaba a ser eterna y ¿En que punto quedaba mi vida personal?, ¿Mi vida sentimental?, ¿Lo que verdaderamente quería?

Eso casi siempre era relegado a un tercer lugar.

—¿Todo bien? —pregunté cuando ella volvió a sentarse a mi lado y tuve la sensación de que el momento había sido eterno, solo que no sabía si era mi percepción o es que mi ansiedad por Celeste comenzaba a crecer a pasos agigantados.

—Si, todo perfecto —contestó sonriente.

Si fuera más hermosa probablemente sería la mismísima Venus.

Me apetecía meterme en esa limusina y arrastrarla a mi cama, pero calmé mi ansia. En el momento que la música comenzó a sonar pensé en la sensación de poder tenerla entre mis brazos de una forma inocente.

—¿Me concede este baile señorita Abrantes? —pregunté esperando que no se notaran mis dobles intenciones.

—¿Qué? —preguntó extrañada—. ¡No! —negó tajantemente.

—¿No? —exclamé frunciendo el ceño ante su negación.

Tal vez no quisiera acercarse a mi, pero esperaba que solo fuera el pánico escénico a que nos vieran bailar.

—Quiero decir que no... puedo —contestó ahora más calmada—. Me he torcido el tobillo



antes, cuando fui al baño.

—¿Por qué no me has dicho nada? —exclamé claramente preocupado por su bienestar.

—No es nada —insistió y deduje que no pretendía molestar.

Hasta en eso no quería llamar la atención cuando seguramente le debía doler horrores.

—Será mejor que nos marchemos entonces —dije levantándome y ofreciéndole mi mano para que se apoyara en mi.

—No quiero que nos marchemos por mi culpa yo puedo...

—En realidad yo siempre me marcho cuando termina la cena, pensé que te apetecería bailar para amenizar la aburrida velada, pero si no te encuentras bien, no hay problema en irnos.

Por no decir que prefiero mucho más estar a solas contigo que pasar un minuto más aquí.

—¿De verdad? —insistió con cierta preocupación en sus ojos.

Hice una señal a los guardias de seguridad para advertir que nos marchábamos en seguida y estuvieron a nuestro lado para custodiarnos hasta la salida y mientras nos abrían el paso. No quería que ella pudiera caerse, tropezar o chocar así que la alcé lo suficiente para que apenas tuviera que apoyar su peso en el suelo y sentir al mismo tiempo la calidez de su cuerpo junto al mío.

«¡Oh dios!, ¡Que bien se siente!» me dije mientras me regañaba a mi mismo por pensar así cuando ella estaba sufriendo.

En cuanto nos sentamos en la limusina que nos había traído y emprendió la marcha hacia palacio, noté su rostro relajado, como si de verdad hubiera estado sufriendo ahí dentro y supe que debía dolerle muchísimo.

—A ver ese tobillo —dije cogiéndole las piernas y colocándolas sobre mi regazo, pero noté la resistencia repentina acompañada de un grito.

—¡No! —exclamó con ímpetu, pero aquel trapo atado al zapato de encaje estaba clavado en mi vista.

—¿Qué es esto? —pregunté increíblemente asombrado porque no podía ser lo que estaba imaginando, ¿O sí?

Creo que de ella puedo esperarme cualquier cosa... y eso solo me excita increíblemente.

No. Era imposible que lo fuera, probablemente estaba delirando y hasta tenía visiones con lo que mis ojos veían. Aquello no podía ser su ropa interior de encaje.

—Se rompió el zapato y... —comenzó a decir dubitativamente, como si tuviera cierto nerviosismo en su voz y deduje que era vergüenza lo que había en su rostro.

—¿Esto es tu ropa interior? —pregunté ahora convencido de que aquello que estaba viendo liado en su zapato no era ni más ni menos que sus braguitas.

¡Dios!, ¿Eso que ha hecho clac ha sido mi corazón o la cremallera de mi pantalón?

—No... que va —insistió—. Solo es un trapo... de encaje —comenzó a decir evitando mi mirada y aquel gesto solo hizo que el ambiente del coche fuese aún más caluroso de lo que de por sí era.

—¿Seguro? —exclamé provocando que me mirase y estudiando su rostro. Me volvía loco, de una manera sobrehumana. Definitivamente todas mis buenas intenciones podrían irse al infierno en ese momento, necesitaba descubrir si de verdad esa mujer no llevaba ropa interior, porque como fuera tal y como me imaginaba no sé como iba a resistirme a aquello.

—Seguríííí... ¡Ay dios! —gritó en el momento que rocé su nalga y me cegué por la pasión que me embriagaba ¡Al cuerno con todo, la necesito en mi vida! Solo me sentía de esa forma con ella.

—Mentirosa —gemí acercándome a su oído rozando su piel, sintiendo la suavidad de esta y el

calor que emanaba su cuerpo, que solo conseguía que el mío ardiera. Noté su respiración agitada, supe a ciencia cierta que no era inmune a mi presencia, que probablemente ella también lo deseara, lo quisiera, aunque solo podría saberlo si lo intentaba, quien no arriesga... no gana—. Llevo queriendo hacer esto toda la noche —susurré acercándome su boca y mordiendo suavemente su labio inferior. Su carne era tan jugosa, suave y deliciosa que no pude evitar jadear de puro deseo, noté la esencia de su sabor y me perdí entre las sensaciones que me enloquecían devorando sin piedad aquella fuente de mi néctar.

¡Joder!, ¿Cómo iba a renunciar a eso si estaba completamente perdido?

«No. Sería incapaz de hacerlo» decía una vocecilla en mi cabeza.

Perdí mis manos entre las curvas de su cuerpo, deleitándome con su carne, quería explorar cada rincón de su piel. Cuando sentí que ella entrelazaba sus manos sobre mis hombros mientras me acariciaba, comprendí que era recíproco, más aún cuando noté como esas mismas manos bajaban hacia la camisa que llevaba puesta, desabotonándola minuciosamente colocar sus dedos en mi pecho mientras lo dibujaba lentamente. Deseaba tenerla a mi merced, así que la alcé para colocarla a horcajadas sobre mis piernas y dejarme seducir no solo con el tacto, sino también con la vista teniendo pleno acceso a su succulento cuerpo, necesitaba hacerla mía de una maldita vez o me desquiciaría.

No pareció asustada, al contrario, se ajustó aún más a mi cuerpo y eso me hizo perder la razón, así que bordeé sus muslos con las manos y apreté sus nalgas entre mis dedos mientras devoraba aquella boca con pasión. Quería decirle que me enfebrecía, que me volvía loco, que estaba completamente perdido y a su merced, quería decirle tantas cosas que al mismo tiempo todas ellas me abrumaban.

Cuando sentí sus manos rozando la cinturilla del pantalón la apreté fuertemente contra mi entrepierna haciéndole sentir lo excitado que estaba, como si tuviera esa necesidad por algún motivo, quizá por la querer su aprobación ante lo evidente. El roce de su mano tocando descaradamente aquella parte de mi anatomía me hizo saber que me deseaba y mordí su labio inferior en un arrebato de desesperación, porque lo que verdaderamente deseaba era hundirme dentro de ella, perderme en ese mar azul de por vida y navegar hasta los confines del mundo si era necesario.

No sabía cuanto la deseaba hasta ese momento y era consciente de que aquello no era un arrebato momentáneo, sino que anhelaba mucho más. ¡Maldita fuera la hora en la que me deshice de todos aquellos preservativos para no caer en la tentación!

«Si es que soy imbécil»

Pensaba que así reprimiría mis instintos. ¡Y un cuerno! Por alguna razón era incapaz de resistirme a Celeste, a todos esos muros que me había autoimpuesto, a todas esas barreras que me había infringido y definitivamente a cualquier razón o causa que me impidiera acercarme a ella. Era como una fuerza superior a mi raciocinio.

Recorrí con mis labios su cuello, alternando besos con pequeñas mordidas incluso por encima de la tela de su vestido para probar sus pechos. Mi cuerpo enardecía por ella, por su aroma embriagador, por la respuesta de su cuerpo y sobre todo por saber que ella también lo quería. Necesitaba probar su carne, así que bajé lentamente la cremallera de su vestido para saborear sin reservas esa piel suave y cuando tuve pleno acceso a su pecho, me deleité absorbiendo uno de sus pezones sin delicadeza alguna para después morderlo suavemente.

El gemido que profirió su garganta me hizo ser consciente de que aquello le gustaba, así que seguí disfrutando de mi banquete mientras recorría con mis manos sus piernas suavemente,

apretando sus nalgas y con la ligereza de su movimiento sobre mi cuerpo no pude evitar bordear hasta rozar su clítoris con el pulgar derecho provocando que se estremeciera.

—¡Ah! —gritó—. ¡No pares! —insistió.

Vi que cerraba los ojos de placer, así que sin apartar el pulgar de aquel punto de fricción, deslicé los dedos hacia el interior entre los pliegues de aquella carne suave que se abría como una flor ante la invasión.

¡Dios!, ¡Como deseaba que fuera otra parte de mi cuerpo la que hiciera aquello!, ¡Iba a morir de agonía!

—¿Es esto lo que quieres? —susurré en sus labios.

Me moría por saber qué quería, qué deseaba, que era lo que anhelaba para concedérselo.

—¡Sí! —gritó y antes de que pudiera reaccionar su boca avasalló la mía en un beso devastador.

Comprendí qué era lo que deseaba cuando su movimiento impulsaba a que mis dedos entraran más profundamente en su interior y le di lo que tanto anhelaba hasta notar los espasmos de contracción que indicaban que había alcanzado el éxtasis.

Mi cordura no podía soportar aquello. Celeste Abrantes era con plena seguridad, la única mujer que deseaba en mi vida.

Notaba su respiración aún agitada, cerré los ojos conteniéndome, dándole el tiempo suficiente para recuperarse sin hacer ningún movimiento porque sería capaz de asaltarla en el estado en que me encontraba. Cuando percibí el movimiento de sus manos tratando de desabrochar mi pantalón, la detuve.

—No. Espera. —No sé como demonios era capaz de detenerla, si lo deseaba más que ella.

—Como me salgas diciendo que seamos amigos, juro que abro la puerta de la limusina y te tiro ahora mismo —dijo de forma tan natural que en ese momento solo pude reírme de la oportuna ocurrencia.

¿Amigos? No la culpaba de que pensara algo así cuando yo había sido el que lo había mencionado y el responsable de estar en la situación en la que nos encontrábamos.

—Ni yo mismo puedo cumplir mis propios límites contigo, Celeste —confesé con una realidad tan aplastante que era evidente—. A la vista está que no he podido contenerme —afirmé con cierto resentimiento porque era incapaz de hacerlo. Ya no, de hecho era consciente de que ni la distancia podría evitar que sucumbiera ante ella.

—Pues no te contengas —insistió volviendo a intentar desabrochar el cinturón de mi pantalón.

—No podemos. Me deshice de todos los preservativos que tenía para no caer en la tentación —admití cerrando los ojos y maldiciendo el momento en que se me ocurrió haberlo hecho, porque de lo contrario a estas alturas ya sabría lo que significa estar en el mismísimo paraíso.

—¿Qué hiciste qué?

—Los tiré —afirmé con todo mi pesar. Probablemente piense que soy un idiota y con toda la razón del mundo, pero necesitaba ser sincero, bastante le estaba ocultando ya. Noté como la limusina se detenía y tarde o temprano el chofer saldría y llamaría para saber si podría abrir la puerta, era más que probable que hubiera sido testigo de lo que estaba ocurriendo en la parte trasera del vehículo—. Por favor... —rogué—. Sal, porque de lo contrario no estoy seguro de mi autocontrol y me dará igual absolutamente todo.

Y cuando decía todo, quería decir todo. En aquellos momentos mi deseo era tal, que superaba con creces cualquier tipo de consecuencia, porque en aquel momento la idea de tener presente a Celeste en mi vida a largo plazo, me parecía más que satisfactoria.

Vi que su reacción tardaba en llegar y cerré los puños fuertemente tratando de contener mis impulsos al mismo tiempo que sulfuraba de agonía. Si no se iba en cinco segundos, enviaría todo al infierno y asumiría las consecuencias, pero para mi suerte o desgracia según se mire, Celeste salió de aquel vehículo y supe que ni aunque me fuera al polo norte a tirarme desnudo sobre la nieve bajaría el calentón que llevaba en mis entrañas.

«No se que me has hecho Celeste Abrantes, pero te prometo que vas a ser mía»

—Carl —mencioné en voz alta llamando la atención de mi chofer que pareció asentir como respuesta—. Conduce sin rumbo fijo hasta recibir otra orden. Necesito pensar.

—Por supuesto alteza.

Agradecía la falta de comentarios por su parte, esa profesionalidad característica que me hacía despreocuparme por lo que pudiera o no pensar de lo acontecido hasta el momento, resultaba demasiado evidente lo que allí había pasado a pesar de que la oscuridad y la distancia desde los asientos traseros hasta el conductor permitía cierta privacidad. Por suerte, Carl era la prudencia personificada y jamás haría un solo comentario fuera de lugar, aunque en aquel momento no me importaba lo que mi chofer pudiera o no pensar, sino en mi situación con la que era mi esposa.

Esa mujer me había llevado al límite de mi propio control como nunca me había ocurrido anteriormente y no solo eso, sino que había traspasado dicho límite y se había expandido por cada cédula de mi ser provocando un autentico aluvión de sentimientos encontrados; la deseaba, la anhelaba, la necesitaba... ella sencillamente me embriagaba y por eso tenía que hacerla mía.

Basta de culpas, basta de resentimiento hacia mi mismo y a la mierda cualquier duda; la quería para mi, y por si eso no era suficiente; legalmente era mi esposa, algo que en aquel momento me suponía más un placer que un inconveniente.

Ella me gustaba de verdad.

Celeste había sido la primera mujer que no se había interesado por lo que representaba mi cargo o el dinero que tenía en mi cuenta corriente, ella no aspiraba a pretensiones, ni tan siquiera había intentado abusar de su condición siendo mi esposa para conseguir algo cuando bien podría hacerlo. Tal vez era esa sincera honestidad la que abrumaba mis sentidos, eso y la frescura que representaba cada gesto, acción o palabra que salía de sus labios.

¡Si es que me tenía abducido con sus encantos! Me moría de ganas por tenerla bajo mi cuerpo, sintiéndola estremecerse entre mis brazos mientras era verdaderamente mía.

Aquella noche iba a ser larga, demasiado larga sin ella y más teniendo en cuenta que no pensaba dar ni un solo paso atrás. Cerré los ojos recostándome en el asiento y sonreí mientras recordaba los instantes que había vivido hacía escasos minutos en el mismo lugar donde estaba sentado, como la había tenido en mi regazo, sobre mis piernas mientras le brindaba placer y ella se retorció gimiendo entre sollozos. Estaba absolutamente preciosa, radiante e increíblemente bella.

Necesitaba decírselo y sobre todo tener una mejor despedida que la que habíamos tenido dadas las circunstancias. Tenía la necesidad de que todo estuviera bien con ella y hacerle saber que no pensaba cambiar de opinión, es más, ahora que sabía que me deseaba, nada me frenaría.

Saqué el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y busqué su número para escribirle. Sería el primer mensaje que le enviaría, así que quise que fuera especial y hacerlo en su idioma, por tanto no podía decir demasiado, debía ser breve y no equivocarme demasiado.

*Se me olvidó decirte algo...*

*Buenas noches mi preciosa Celeste.*

*Bohdan Vasylyk.*

Cuando pulsé enviar fui consciente de que estaba realmente nervioso y agitado, lo suficiente para saber que ella me importaba de verdad, tanto que comenzaba a asustarme a mi mismo de lo que era capaz de provocarme solo de pensarlo.

Guardé el teléfono pensando que no me contestaría por ser demasiado tarde, seguramente estaría durmiendo, pero su respuesta tardó solo unos instantes y me sorprendió que siguiera despierta.

¿Tal vez ambos estuviéramos en la misma situación? Leí su mensaje vorazmente.

*Buenas noches mi querido príncipe,*

*Pd: Mañana necesito hablar con usted, tengo una invitación que proponerle.*

¿Una invitación?, ¿Qué clase de invitación? Entendí que si no lo había mencionado sería que lo quería tratar en persona y debía partir de viaje tras el desayuno.

*Hablaremos mañana antes del desayuno, deberé salir de viaje inmediatamente después.*

*Descansa.*

«Porque yo desde luego no podré descansar hasta que no te tenga» evité teclear a pesar de que deseaba hacerlo a gritos.

Los golpes en la puerta me despertaron abruptamente y cuando abrí observé a una de las doncellas portando la bandeja de mi desayuno. Apenas había dormido cuatro o cinco horas teniendo en cuenta lo tarde que me había metido en la cama y es que solo conseguí arrastrarme hacia el abismo del sueño por puro agotamiento e incluso así, mi mente era incapaz de dejar de proyectar aquella imagen de Celeste semidesnuda sobre mi cuerpo.

«¡Bohdan!, ¡Cálmate de una vez!» me reproché mientras me abofeteaba la cara bajo la ducha y me centraba en lo que era verdaderamente importante; la reunión que tendría en tan solo unas horas, solo que antes de partir la vería un instante y le dejaría muy claro cuáles eran mis intenciones en cuanto regresara, y en ellas la palabra amistad quedaba relegada al olvido.

Preparado para partir, caminé hasta su habitación y esperé pacientemente frente a su puerta, el desayuno se serviría en aproximadamente quince minutos y estaba seguro de que ella estaría terminando de vestirse para acudir puntual como siempre hacía. Sabía que si la encontraba a medio vestir o con aquel camisón de seda, ¡Dios!, ¡No podría resistirme! Aunque aquella propuesta que debía hacerme me tenía completamente intrigado. En cuanto observé que ella salía con aquel atuendo dulce, su rostro de facciones perfectas y absolutamente deliciosa en todo su conjunto, contuve el aliento.

—¿Has dormido bien? —pregunté y noté que mi voz era más ronca de lo habitual, pero es que ella era como una visión ante mis ojos; incapaz de poder resistirse a ella.

—Quizá podría haber dormido mejor —contestó rápidamente y sentí ese palpar incesante.

—Quizá yo también —admití siendo completamente sincero. Desde luego que podría haber dormido infinitamente mejor estando junto a ella, pero en aquel momento no tenía tiempo material para romper la distancia que nos separaba de un movimiento y meterla en esa habitación hasta

saciarlos a ambos... no, aunque sin duda alguna lo haría a mi vuelta—. ¿Cuál es esa invitación que deseas proponerme? —pregunté tratando de cambiar de tema o quizá enviaría al diablo absolutamente todos mis deberes.

—¡Ah, eso! —contestó en otro tono y centrándose en lo que fuera que quisiera decirme—. Tengo un compromiso al que asistir dentro de unos días y me preguntaba si me acompañarías. Estaríamos tu... yo... y trescientas personas desconocidas en la boda de mi amiga.

¿Una boda?, ¿Quería que le acompañara a una boda? Mis músculos se relajaron en aquel momento.

—¿La de la despedida de soltera por la que estabas en Las Vegas? —pregunté recordando que precisamente había ido allí a divertirse con sus amigas por esa razón.

—Sí —afirmó en un tono de voz suave, como si por alguna razón creyera que rechazaría su invitación. Nada más lejos de la realidad teniendo presente lo que ella había hecho por mi.

—Está bien —dije pensando que mi asistenta me mataría, pero me daba absolutamente igual—. Creo que sería desconsiderado por mi parte no acompañarte, teniendo en cuenta que has debido dejar tu vida en Madrid por venir aquí durante un tiempo —añadí confesando que le debía demasiado.

—Entonces confirmaré nuestra asistencia —contestó sin mucha emoción y eso me dejó algo confuso.

—Respecto a lo de anoche... —comencé a decir queriendo saber si todo estaba bien, necesitaba decírselo, confesar que deseaba mucho más de ella, de nosotros.

—¿Sí? —exclamó expectante y eso me alentó.

—Creo que ambos somos conscientes de que...

—¡Tu! —El grito prolongado procedente del final del pasillo cortó mi discurso improvisado, puesto que por más que lo había intentado no había encontrado las palabras adecuadas a pesar de estar acostumbrado a dar demasiados.



---

---

DIEZ

---

---



La visión de mi madre dirigiéndose hacia nosotros con rostro despiadado y lo suficientemente enfadada, me hizo comprender que alguien había despertado a la bestia.

—¡Ay! —escuché a Celeste dando un pequeño salto y rodeándome hasta colocarse detrás de mi conforme sentía sus manos en mi pecho abrazándome asustada.

—¿Has despertado a la fiera? —pregunté no importándome decirlo en voz alta—. Me pregunto qué habrás hecho para ponerla así... —añadí con algo de diversión en el rostro.

Era la primera vez que ver a mi madre de ese modo no me generaba ningún estremecimiento, ni tampoco me provocaba reparo alguno, quizá Celeste estaba cambiando demasiadas cosas en mi mismo y no solo lo que sentía hacia ella.

—¿Yo? —exclamó en cierto tono que me produjo diversión—. ¡Nada!, ¡Te juro que no sabía que ella estaba allí cuando lo tiré!

¿Tirar?, ¿Qué demonios había tirado?

—¿Cuándo lo tiraste?, ¿Qué tiraste? —pregunté en voz baja tratando de no delatarla, pero bastante confuso.

—¡La quiero fuera de aquí inmediatamente! —gritó la mi madre llamando mi atención—. ¡Ha intentado matarme!

No tenía ni idea de lo que había pasado, pero dudaba que Celeste hubiera hecho algo así a propósito.

—Esa es una acusación muy grave, madre —dije completamente seguro de su inocencia.

Celeste podría ser muchas cosas, pero asesina no era una de ellas, al menos no era lo que me decía mi instinto.

—¡Esto! —exclamó mi madre señalando un reloj despertador—. ¡Lo ha tirado por la ventana mientras sacaba de paseo a Sifus para matarme! —insistió completamente furiosa.

No era la primera vez que veía a mi madre en ese estado, pero desde luego debía reconocer que si era la primera vez que no me preocupaba ni temía por ello.

—¿Saca de paseo a un gato? —escuché a mi espalda y tuve que reprimir una risotada, de forma que me mordí el labio.

Lo reconozco. Compartía la opinión de que era absurdo sacar a pasear a un gato, pero esa solo era una de sus excentricidades.

—¿Lo ves? —insistió madre—. ¡Ni siquiera lo niega!, ¡Guardias!, ¡Arréstenla! —ordenó

claramente.

—¡No, no, no! —exclamó Celeste y sentí como se apretaba a mi espalda, quizá tratando así de protegerse y lo cierto es que me encantaba que lo hiciera, quería que se sintiera protegida a mi lado—. ¡Yo ni siquiera sabía que usted pasaba por ahí!, ¡La culpa es suya! —se excusó—. ¡Si no me hubiera dado un despertador barato, dejaría de sonar cuando le hubiera dado al chisme ese que lo para!, ¡Y no lo habría tenido que tirar por la ventana!

Cuando comprendí por sus propias palabras lo que había sucedido tuve que reconocer lo absurdo de la situación y morderme la lengua para no soltar una risotada que me estaba costando horrores contener.

¿De verdad había tirado el despertador por la ventana solo porque este no se apagaba?

«Solo a ella se le puede ocurrir una forma tan peculiar de deshacerse de un objeto» pensé mientras observaba esos ojos brillantes llenos de vida y quise embriagarme de esa misma rebeldía.

—¡No me importan sus excusas granjera inculta! —gritó entonces madre—. ¡La quiero ahora mismo fuera de aquí!

—Ella no se va a ninguna parte, madre —dije claramente para que escuchase tanto ella como los guardias que la acompañaban mi clara decisión.

—¡Casi me da con esto en la cabeza! —insistió con la prueba del delito, dando a entender que no había duda alguna.

—Pero no le ha dado y como bien ha dicho *mi* esposa, fue un accidente —tercié dejando claramente que ella era mi mujer lo quisiera mi madre o no y que por ende estaba bajo mi estricta protección.

—¡Esto no pienso tolerarlo Bohdan! —rugió—. Pienso decírselo a tu padre —añadió mientras finalmente se daba media vuelta y supuse que debería tener una larga charla con mi padre a mi regreso sobre ese tema.

—Creo que te he metido en problemas —mencionó con una voz cargada de sentimiento y lo que menos quise es que se sintiera culpable—. Tal vez sea mejor que me marche ahora y...

—No —negué claramente y la sujeté del brazo evitando así que se alejase de mí—. Ella sabe tan bien como yo que no puedes irte Celeste, pero mi madre odia no tener el control sobre todos nosotros para manipularnos a su antojo. Admito que resulta refrescante ver como alguien no se acobarda ante el poder que presume tener —dije siendo consciente de que yo mismo me había contagiado por ella para plantarle cara a mi madre después de tanto tiempo.

Era la primera vez que no agachaba la cabeza y le concedía sus peticiones solo por agradarla y calmar mi conciencia de que así sería feliz, de que, si todos cedíamos ante sus caprichos, reinaría la paz en palacio y quizá ella volvería a ser la misma de antes.

Ya estaba cansado.

No dejaría que se entrometiera más en mi vida y por ende tampoco en la de la mujer que ahora me pertenecía.

—¿Cómo dices? —exclamó confundida y no me extrañaba que lo hiciera, ella no entendía la mitad de las cosas que allí sucedían.

—Necesito que permanezcas aquí, a pesar de que ella no te lo pondrá nada fácil —insistí.

En el fondo sabía que ella era fuerte, que Celeste era capaz de soportar el irritable carácter de mi madre y salir indemne.

«Eso sin contar que la necesitas, que te desvives por ella y que ardes en deseos de poseerla» jadeé en mis pensamientos siendo consciente del instinto carnal que ella me hacía tenerle.



—Tu madre me odia, Bohdan —admitió consciente—. Granjera inculca es lo más bonito que me ha dicho hasta ahora.

—Lo siento —admití sabiendo que en aquel momento no me enorgullecía de los actos de mi madre y que solo deseaba tener la oportunidad de recompensar a esa bella mujer que tenía delante con todo lo imaginable—. Lamento hacerte pasar por esto y sé que no tendrías que quedarte si no es tu deseo, pero te prometo que te lo recompensaré cuando todo termine.

No podía irme con la idea de no volver a verla, de no volver a contemplar esos hermosos ojos, pero sobre todo de no hacerla mía y sentir realmente a qué sabía su cuerpo.

«Pídemela luna y será tuya- Pensé siendo capaz en aquel momento de hacer cualquier cosa con tal de que me dijera que se quedaría en palacio hasta mi regreso.

—Me quedaré —constató segundos después haciendo que mi pulso desbocado se tranquilizase sabiendo que a mi regreso ella estaría esperándome.

—Gracias —jadeé acercando mi rostro al suyo, moría por besarla, por sentirla en mis brazos, por notar de nuevo esa esencia que emanaba de su boca y me hacía rozar el cielo en un solo instante.

Roce aquella carne suave deseando sentir más, enviar todo al mismísimo diablo y encerrarme en aquella habitación junto a ella para no salir jamás.

—¡Excelencia! —exclamó alguien llamando mi atención y cerré los ojos maldiciendo tener una agenda tan apretada.

—¡Arg! —rugí sintiendo por primera vez una verdadera exasperación de no tener el control de mi vida. —¿Sí? —pregunté alzando la vista hasta ver a Frederick.

Ese hombre siempre me había caído bien, pero en esos momentos no sabía si detestarlo. Probablemente le salieran unas cuantas canas más de las que tenía después de irrumpir en ese momento mientras le maldecía internamente.

—El helicóptero ya está preparado. Es tarde, excelencia —contestó en el tono de voz menos apremiante que pudo, pero sabía que eso significaba que era *mu*y tarde.

—El deber me reclama —dije ahora volviendo mi vista hacia Celeste y contemplando de nuevo esos ojos para retenerlos en la mente hasta mi regreso.

Aunque por mucho que lo intentara sería incapaz de olvidarlos.

—Seguiré aquí cuando vuelvas, si es que tu madre no me encierra en las mazmorras —contestó mordiendo el labio y a pesar de notar la aprensión en sus palabras aprecié el tono mordaz en el que lo había mencionado, como si realmente no tuviera temor alguno a que sucediera.

No sabía si eso significaba que era demasiado tenaz y valiente para enfrentarse a mi madre ostentando el título de reina, pero aquella capacidad para no atemorizarse ante nada ni nadie la hacía incluso más hermosa de lo que de por sí era.

No pude evitar sonreír mientras me imaginaba a Celeste en las mazmorras y la idea me embriagó por completo.

—Las mazmorras son frías y oscuras, pero tal vez allí nadie nos molestaría —dije en su oído para que solo ella pudiera escucharme y con la idea de pensar en estar a solas junto a ella, mi deseo se incrementaba hasta percibir que mi temperatura corporal era suficientemente elevada.

Me alejé antes de que pudiera contestarme puesto que, de no hacerlo, nunca saldría de aquel palacio, sino que cumpliría realmente mi cometido que no era otro sino encerrar a esa bella joven en las mazmorras hasta que gritara mi nombre y no por auxilio, sino por el placer que yo mismo le otorgaba.

«¡Por todos los dioses!, ¿Me estoy volviendo loco?» pensé una vez que monté en el helicóptero

y este elevó el vuelo para llegar al aeropuerto.

Pasaría varios días alejado de palacio y era consciente de ello, eso sí, cuando regresara tenía claro que nada ni nadie iba a impedir que hiciera a Celeste Abrantes completamente mía en el sentido más carnal de la palabra.

—Frederick —dije levantando la vista de los papeles que tenía en mi regazo, que no eran otros que los del tema a tratar en la reunión de esa misma tarde por un asunto de estado.

—Sí, excelencia —respondió atento como siempre. A pesar de estar casado, Frederick siempre permanecía a mi entera disposición cuando y como le requería. Esa era una de las principales condiciones en la estipulación del contrato, aún así, me parecía asombroso como compaginaba su vida personal con el trabajo.

—Mi esposa tiene un compromiso oficial en España en las próximas semanas, averigua la fecha exacta y donde tendrá lugar la ceremonia de una de sus amigas. Debo asistir al evento —mencioné recordando que le había prometido acudir.

—Excelencia, no creo que sea conveniente que asista a...

—No me importa la prensa, ni si estoy ocupado ese fin de semana, hazlo posible —ordené sin ningún atisbo de duda.

—Por supuesto, excelencia —contestó apuntando algo en su agenda y supuse que se dispondría a averiguar la información de inmediato.

—También habrá que enviar un detalle de nuestra parte como regalo de boda. No sé que se regala en ese tipo de acontecimientos, tal vez deberías comunicarte con la organizadora para ver si existe una lista, pero debe ser un detalle que esté a la altura de las circunstancias —mencioné dejando bien claro que fuese algo especial.

Si acompañaba a Celeste a un evento donde estarían personas a las que ella apreciaba, necesitaba demostrarle lo agradecido que estaba.

—Su excelencia podría regalarle una estancia en Liechtenstein —mencionó Frederick y medité la opción de ese regalo.

—Me parece bien, pero no suficiente para el concepto de estar a la altura que tengo al respecto.

Obviamente les regalaría una estancia en mi país, pero no me parecía adecuado como único obsequio.

—Entiendo —contestó Frederick haciendo más anotaciones en la agenda.

—Infórmate si tendrán una orquesta en directo, esa sería una opción, además de una estancia en Liechtenstein en la suite de lujo del hotel imperial. —dije aceptando por descontado que deberían alojarse en el mejor hotel del país.

—Por supuesto, excelencia.

No conocía a las amigas de Celeste, pero deseaba que tuvieran una grata impresión cuando las conociera y no entendía de donde venía esa necesidad de caerles bien o agradarles, quizá solo era el deseo porque ella me gustaba demasiado, porque quería retenerla a mi lado y todo lo que eso conllevaba si lo hacía. Había metido a Celeste Abrantes en mi vida, en mi casa y en mi familia, en cambio yo no sabía absolutamente nada de la suya salvo lo que figuraban en aquellos informes que me habían dado. Ahora comenzaba a entender el alcance de mis actos, sobre todo porque era consciente de que me negaba a la idea de poner punto y final a lo que había comenzado.

A cada momento que pasaba sentía como estaba entrando en una especie de espiral de la que no deseaba encontrar la salida. No sabía que me estaba pasando o realmente sí que lo sabía, pero no deseaba admitirlo por lo que aquello implicaría.

Me estaba enamorando de ella.

No podía ser de otro modo, no era normal aquel sentimiento que me ahondaba de forma tan profunda como nunca lo había sentido. Había querido reprimir ese sentimiento por la situación tan absolutamente inusual de como habían sucedido las cosas. Me había apremiado a mi mismo rechazar desde el principio algún tipo de relación con Celeste por esa culpabilidad que me oprimía, pero aquel sentimiento por ella, era más fuerte que cualquier vestigio o rastro de dicha culpa.

—Dichosos los ojos que al fin te ven —mencionó Egmont en el momento que entró en la sala de recepción de la suite en la que me alojaba esos días en Viena.

Cada vez que estaba por asuntos de negocio en la ciudad, solía venir a verme a mi habitación de hotel para hablar.

—Tienes razón, hace bastantes meses que no me dejo caer por Viena, aunque no es que tu visites mucho Liechtenstein —sonreí mientras le estrechaba la mano y le daba un ligero abrazo como buenos amigos que llevan tiempo sin verse.

Aunque hablara asiduamente con Egmont, debía reconocer que no era lo mismo su charla cara a cara, que a través de un teléfono en el que tarde o temprano nos veríamos interrumpidos por trabajo.

—Lo importante es que al fin estás aquí. Cuéntame. ¿Cómo van las cosas con esa reciente esposa tuya? —preguntó sentándose y recordé la última conversación que habíamos mantenido hacía semanas y en la que le había puesto al corriente de la situación revelando la realidad de lo sucedido.

—Diré que tenías razón, aunque eso no es una novedad —admití encogiéndome de hombros y con una ligera sonrisa.

—Así que has sucumbido ante la belleza española, ¿no? —siseó entre risas y aceptó de buen agrado el café que le ofrecí.

Tampoco quería confesar que me estaba enamorando de Celeste, ni yo mismo lo había aceptado aún como para revelarlo en voz alta, pero si era consciente de lo que sentía, como ella me embriagaba y como suspiraba por las esquinas solo con la idea de volver a verla.

«Eso no me había pasado con ninguna otra mujer y debe ser una señal o es que me estoy volviendo loco» medité.

—Aunque tardé en aceptarlo, me he dado cuenta de que quiero darle una oportunidad a lo nuestro, o al menos intentarlo. Mentiría si no dijera que ella me atrae demasiado.

Egmont me miró como si me estuviera estudiando, como si tratara de ver en mis palabras algo más que no comprendía. Desde que tenía uso de razón él solía hacer ese tipo de cosas, meditar la respuesta con los hechos para dar una valoración razonada de los acontecimientos.

—Tal vez ella represente todo lo que siempre has querido —contestó de forma pausada y dando un sorbo a la taza de su café recién servido.

—¿A qué te refieres? —pregunté no entendiendo en absoluto su respuesta.

—Libertad, independencia... —mencionó indicando a lo que se refería.

¿Significaba eso Celeste para mi?, ¿La veía como el camino a la libertad que tanto había ansiado?

No. Definitivamente no era solo eso para mi, sino mucho más.

—Podría decir que si —admití—, pero mentiría si dijera que solo es eso. Celeste es mucho más, como un soplo de aire fresco para nuestras vidas. Ella es espontánea, divertida, cautivadora, risueña, alegre...

En ese momento fui consciente de mis ojos de ensoñación y de como la estaba rememorando en ese cuerpo lleno de curvas en el que deseaba perderme al menos tres días sin salir de mi habitación y aún así no quedaría satisfecho.

—Pues sí que estás enamorado... —dijo de pronto Egmont de forma espontánea.

—No. No es eso —negué rápidamente.

—Ya, cuéntaselo a tu madre y así se calmará, pero a mi no. Nos conocemos Bohdan. Sabes tan bien como yo que ni tan siquiera Beatrice, por la que estabas tan ilusionado y pillaste en la cama de tu primo Dietrich te hizo sentir esas cosas que ahora sientes por tu esposa. Y por irónico que parezca te has casado con ella —contestó comenzando a reírse como si le pareciera graciosa la situación.

—¡Joder! —exclamé importándome muy poco maldecir en voz alta, ya que con Egmont me podía permitir hacerlo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? —exclamé atónito.

Si hasta mi mejor amigo se había dado cuenta, ¿Cómo iba a escondérselo al resto del mundo?

—Lo normal en estos casos... —dijo como si fuera lo más natural del mundo—. Demostrárselo.

¿Demostrárselo?, ¿Cómo se le demuestra a una mujer que estás enamorado cuando apenas la conoces?, ¿Cómo le demuestras a una mujer que la quieres cuando ni tan siquiera te has acostado con ella?, ¿Cómo le iba a demostrar a Celeste Abrantes que la amaba si la había engañado desde el momento en que la conocí y me había aprovechado de ella?

«¡Dios!, ¡Estoy perdido!» gemí en mis adentros pensando en cómo reaccionaría ella cuando le revelara la verdad o peor aún, lo descubriera porque recordara escenas de aquella noche.

—Querrá matarme cuando descubra el engaño —admití llevándome las manos a la cara para ocultarla.

—En el susodicho caso de que se enterase, será mejor que lo haga por ti y no por terceras personas, pero antes de eso, asegúrate de que está realmente enamorada de ti, te aseguro que así será más receptiva a comprender las circunstancias por las que lo hiciste y quizá, con suerte; te perdona.

¿Con suerte? Más bien con una enorme y gigantesca bola de suerte que dudaba tener.

—Suerte —repetí con mis pensamientos en otra parte.

—Ten un poco más de fe en ti mismo, Bohdan, que no todas las mujeres son como esas parejas que tuviste en el pasado. Si de algo estoy seguro es que tu esposa no se casó contigo por interés en la corona y eso ya le otorga una gran ventaja —mencionó a favor de ella.

—Estoy seguro de que Celeste no tiene ningún interés en ser princesa de Liechtenstein y eso en el fondo me preocupa más que darme alivio.

—Eso significa que tú quieres que lo sea, lo que demuestra que ella es la elegida para llevar esa corona —rebatió seguro de sus palabras.

—Lo admito —dije alzándome porque sentía la inquietud de pasear por la habitación debido a lo que Egmont estaba sacando de mi propio interior—. He pensado más de una vez que quiero que sea ella. Solo ella.

—Eso es algo que el tiempo dirá y que ella tendrá que decidir, pero me alegra saber que al fin has encontrado a alguien que te merezca, amigo mío.

No contesté, sino que miré por la ventana de aquella salita de recepción que tenía la habitación de hotel y me quedé con la vista fija en el exterior, donde la ciudad se extendía hasta perderse en el horizonte. Ya había atardecido en la ciudad y pronto se oscurecería dejando todas las luces que iluminaban las calles en su máximo esplendor. Sin duda era una vista preciosa, infinitamente

admirable de no ser porque mis pensamientos estaban en otra parte o más bien, en cierta belleza morena que me esperaba en casa.

Tras la marcha de Egmont sentía cierta liberación al saber que no estaba loco, que lo que sentía o padecía era completamente normal y me moría de ganas por regresar a pesar de saber que aún faltaban días para hacerlo.

Iba a darme una ducha cuando el teléfono sonó y por instinto lo saqué del bolsillo del pantalón a pesar de que mi intención no era contestar inmediatamente a menos que se tratara de algo urgente, pero prácticamente vivía conectado a ese chisme para estar al día de todas las noticias. Mi corazón dio un vuelco cuando contemplé quien era la dueña de aquel mensaje.

### **Celeste**

*Gracias por la orquesta y confirmar tu asistencia a la boda de mi amiga Sonia. Es todo un detalle por tu parte.*

*Pd: Me apetece una visita guiada por las mazmorras.*

¿Una visita guiada por las mazmorras?

Desde luego lo que más me apetecía en aquellos momentos era encerrar a Celeste en aquella mazmorra y no dejarla salir jamás. Quería que fuera mía por completo, saciarme de su cuerpo tanto como ella del mío.

«Solo faltan unos días» jadeé.

Solo unos pocos días para tenerla de verdad entre mis brazos y poder sentir su carne junto a la mía.

Teclee rápidamente la respuesta dejando que mis dedos se deslizaran por la pantalla dando voz a mis pensamientos, solo que de una manera menos directa y más suave que la verdadera intención de estos.

### **Bohdan**

*Es lo menos que podía hacer después de todo lo que estás haciendo por mí.*

*Pd: Tiene unas peticiones un tanto inhóspitas señorita Abrantes, pero seré su guía, solo tenga cuidado porque podría convertirla en mi prisionera y no la dejaría escapar.*

Pensé que no me contestaría. Que simplemente se quedaría ahí y lo demostraría con hechos cuando volviera, pero su mensaje llegó enseguida.

### **Celeste**

*Creo que estoy dispuesta a correr ese riesgo, príncipe Bohdan.*

«Joder» gemí sintiendo el tirón en mi entrepierna. «¿Dónde está mi avión privado? Porque ordenaré un vuelo inmediatamente» medité deseando de verdad hacerlo, pero siendo consciente de la reunión que tenía a primera hora en la ciudad y a la cuál mis obligaciones no me permitían faltar.

A pesar de ello contesté a su mensaje, dejándole claro que no pensaba amilanarme, sino todo lo contrario; llevaría sus deseos hasta el infinito y si era necesario, hasta el más allá.

### **Bohdan**

*Entonces iré preparando las cadenas, preciosa.*

Tu príncipe va a demostrarte cuanto te desea, al menos esa era mi intención. Cuatro días y sentía que por mis venas no corría sangre, sino adrenalina pura de la ansiedad que tenía por volver a ver a esa morena de ojos celestes.

Nunca me habían parecido tan largas y tediosas las reuniones referentes a los negocios de mi familia o al ámbito político como hasta ahora, en las que tenía que esforzarme por centrar mis pensamientos en el tema en cuestión ya que mi mente divagaba hacia otros lugares.

¡Menos mal que estaba de regreso o dejaría de estar cuerdo! En mi mente solo se vislumbraban las imágenes de como esa misma noche raptaría a Celeste y la haría gritar de placer no importándome que todo el palacio nos escuchase.

En mi vida me habían parecido tan interesantes las mazmorras como hasta ahora.

En el momento que me bajé del vehículo que se había situado a la entrada de palacio salí con premura, quería darme una ducha y estar decente antes de presentarme ante ella. Mentiría si no admitiera que estaba agotado, pero los planes que tenía en mente eran demasiado tentadores para sentir dicho agotamiento en mis músculos, de hecho, para lo que tenía pensado no estaba en absoluto cansado.

—Bohdan —oí perfectamente la voz de mi madre que llamaba mi atención, ni siquiera había prestado atención a lo que sucedía a mi alrededor porque había perdido la noción del tiempo con mis propios pensamientos.

—Si, madre —dije con prisas, esperando que solo estuviera allí para indicar alguno de sus reproches de los cuáles pudiera salvarme rápidamente de su presencia.

—Tenemos que hablar —apremió—, en privado —dijo en un tono de voz tan serio que me temí que en esa ocasión no sería tan fácil deshacerme de ella.

—¿Debe ser ahora madre? —exclamé—. Estoy cansado y la cena se servirá en una hora, querría cambiarme antes —añadí pensando que así me libraría.

—Esto es más grave y no puede esperar, de hecho, si no te lo he comunicado por teléfono es porque tu padre insistió en esperar a tu regreso —contestó haciendo que me sintiera confuso.

¿Qué podría haber pasado para que fuese tan grave? Probablemente no lo era y había hecho de un pequeño grano de arroz, una montaña gigantesca para no variar y más, cuando mi padre había insistido en que esperase a mi regreso.

—Está bien —suspiré caminando hacia mi despacho personal y adentrándome tras dejar que ella pasara primero. Cerré la puerta haciendo que nos quedáramos a solas y tener esa privacidad que ella deseaba—. Usted dirá madre, qué es eso supuestamente tan grave —dije en cierto tono despectivo que indicaba el hastío de sus reproches o ciertamente la cantidad de ocasiones en las que había hecho un drama personal de cualquier circunstancia.

—Esa *granjera* con la que te has casado —puntualizó despectivamente—. Está embarazada —dijo así sin más—, y aunque tu padre insiste en que igual ese hijo que espera es tuyo, yo estoy convencida de que no es así porque no te habrás atrevido a meterla en tu cama, ¿verdad? —exigió saber como si quien metiera o dejase de meter bajo mis sábanas fuera asunto suyo.

¿Celeste estaba embarazada? No podía ser, eso era imposible. No. Definitivamente me negaba a creerlo.

—¿En que se fundamenta para pensar que lo está, madre? —pregunté antes de decir o hacer cualquier cosa.

—¡El propio médico nos lo dio a entender! —gritó como si fuera lo más normal del mundo—.

Y luego ella lo confirmó con lo que dijo en el almuerzo... —añadió sugerente.

No. No podía ser cierto. No quería aceptar la sola idea de que Celeste estuviera embarazada por la simple y llana razón de que ese hijo que esperaba, ¡No era mío! Y me enardecía la sangre de saber que era de otro.

—¿Y qué quiere que haga si está embarazada, madre? —exclamé—. Si es cierto lo que dice, no cambia el hecho de que sea mi esposa y de que el hijo que espera será mi hijo —mencioné sintiendo como algo me aguijoneaba el pecho y aceptaba la situación, aunque la detestara con todas mis fuerzas solo porque... ¡Dioses!, ¡Yo no quería que tuviera un hijo de otro hombre, sino que tuviera al mío propio si es que ella lo deseaba!

—¡Como has podido caer tan bajo!, ¡Mi hijo!, ¡El futuro rey de Liechtenstein!

—Si no tiene nada más que decir le agradecería que me dejara a solas. Yo resolveré este asunto con mi esposa y esperaré a que sea ella quien me confirme la noticia —aseguré indicándole donde estaba la puerta porque no estaba seguro de aguantar un solo minuto más con aquel autocontrol que me forzaba a tener.

En el momento que sentí el sonido que indicaba que estaba completamente a solas, me dejé caer sobre el asiento resoplando y analizando esa información que mi madre acababa de revelarme.

¿Sería verdad? Porque una parte de mi se negaba a creerlo o, mejor dicho; no quería creerlo siendo realista, pero en el caso de que lo fuera, ¿Me lo diría Celeste?, ¿Me revelaría que estaba embarazada y quien era el padre?

En aquel instante recordé cuando en el paseo que habíamos tenido por los jardines mencionó que podría estar embarazada. En aquel momento me pareció comprensible su gesto de desesperación y preocupación, como si asumiera que podría ser posible a pesar de que yo era consciente que no le había puesto un solo dedo encima y no por falta de ganas. Comprendí entonces que ella podría pensar que aquel niño era mío, podría decir perfectamente que yo era el padre asumiendo que ninguno recordábamos lo que sucedió aquella noche. Eso me llevaba a tener la incertidumbre de que ella pudiera sospechar que podría estar embarazada con antelación y hacerme creer que yo era el padre de su hijo.

¿Y si estaba equivocado respecto a ella?, ¿Y si en el fondo no era menos oportunista que las demás, pero había sabido jugar muy bien sus cartas para enamorarme?

No quería creerlo. Necesitaba no creerlo, pero para mi desgracia la experiencia previa no jugaba a mi favor y mis pensamientos se desviaban hacia la zona negativa en la que solo podía pensar que intentaba aprovecharse de la situación, yo mismo se lo había servido en bandeja de plata para poder hacerlo.



---

---

ONCE

---

---



Ciertamente no sabía que reacción tener, aunque por un lado estaba ansioso por volver a verla, mi temor por las sospechas que había levantado mi madre haciendo relucir el pasado respecto a las mujeres que habían formado parte de mi vida me hacía no confiar, no fiarme en absoluto sobre las verdaderas intenciones de Celeste Abrantes.

Tenía una lucha interna conmigo mismo por dejarme o no arrastrar ante aquel sentimiento que me quería gritar que era una embaucadora y que después de todo, no era distinta a las demás por más que me quisiera convencer de lo contrario.

Me dirigí con un tumulto de sentimientos encontrados hacia el comedor donde tendría lugar la cena. Suponía que la vería, o tal vez se encontrase indisputada, de todos modos, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarla y averiguar cuáles eran sus intenciones, hasta entonces no podría sacar nada en claro, más que seguir con aquel sentimiento que me presionaba el pecho y hacía que me encogiera por momentos.

—¡Hola! —exclamó aquella voz y dirigí mi vista hacia la entrada. Era consciente de a quien pertenecía aquella dulce y soñadora voz que había evocado todos esos días. Tan entusiasta y alegre como la recordaba solo que ahora no podía evitar pensar que no me pertenecería, que nunca sería mía.

«Nunca fue tuya realmente» me decreté a mi mismo.

—Buenas noches.

Aparté la vista. No era capaz de evitar mirarla. Quería hacerlo. Deseaba hacerlo, pero mis sentimientos predominaban por encima de mi propia razón y aunque sabía que lo mejor en aquel momento era alejarme de ella, algo me empujaba hacia ella diciéndome que no lo hiciera.

Quería creer que todo era una simple y vil mentira de mi madre, una demasiado dañina para alejarme de ella, pero dudaba que de inventar algo, hubiera sido precisamente un embarazo, eso perjudicaba la situación en lugar de mejorarla a su favor. No. Por más que no quisiera creerlo debía ser verdad por poco que me gustase la idea.

La cena transcurrió en calma y por primera vez agradecí que mi padre me acaparase para tratar asuntos de estado, sobre todo en temas referentes a mi viaje ya que ninguno de ellos era de carácter privado para mantener a la familia ajena a ellos.

No pude evitar escuchar como mi hermana le preguntaba a Celeste si se había sentido mareada de nuevo y presté atención a pesar de seguir la conversación de mi padre.



—¿Has vuelto a sentirte mareada Celeste?

—¿Qué? —contestó.

—Como te has sentido mal estos días... —insistió Margarita.

—¡Ah sí! Pero ya no tengo nada, debía ser el cansancio como advirtió el médico o algo que me sentara mal.

—Si, desde luego —corroboró mi hermana pequeña con una leve sonrisa. ¿Acaso ella también lo sospechaba? ¿Ella también sabía que Celeste estaba embarazada?

Imaginaba que no deseaba hacer pública su confesión delante de todos y en el fondo lo agradecía, a pesar de que ya lo supieran y me hubieran informado. ¿Quizá esperaba un encuentro a solas conmigo para confesarlo? No estaba seguro de estar preparado para oírlo, eso sería como dar veracidad a un hecho y mi conciencia no deseaba corroborarlo.

Alcé la vista para ver que el camarero que atendía a Celeste parecía tratar algún asunto respecto a ella y poco después le trajeron una fuente de fresas con crema de cacao en lugar del menú que había preparado.

¿Eso era un antojo? Había oído hablar de ellos, pero por alguna razón corroboraba aún más la versión dada por mi madre.

Cuando la observé cerrar los ojos mientras degustaba aquel manjar no pude evitar mirar hacia otro lado. ¿Por qué me seguía pareciendo la mujer más sexy del mundo? Desde luego sabía reconocer el momento exacto en el que había hecho prácticamente lo mismo, pero con sonido incluido y no pude evitar probar sus labios.

Moría literalmente por volver a hacerlo, más aún teniendo aquella visión ante mis ojos y con un recuerdo demasiado fresco. Tenía que salir de allí. Tenía que poner distancia entre ella y yo. Tenía que darme mil duchas de agua fría para calmar aquella ansia insaciable que me consumía solo con verla.

—Celeste, ¿Quieres venir luego a la torre de astrología para observar las constelaciones? —preguntó Margarita y agradecí que lo hiciera u observar esa diosa de ojos celestes comiendo de aquella forma esas fresas me iba a matar por momentos.

—Me encantaría —contestó elocuente y no me pareció que fingía, sino todo lo contrario, que parecía incluso agradecida—. Hace tiempo que no las observo, en Madrid no he encontrado un lugar lo suficientemente alejado de contaminación lumínica para hacerlo.

—¡Tenemos un telescopio enorme! Y se puede ver perfectamente la luna y los anillos de... de...

—¿Saturno? —contestó Celeste y supe que algo de astronomía sí que entendía después de todo.

—¡Si! —exclamó Margarita y juraría que sonreiría a pesar de que me negaba a alzar la vista—. Bohdan es un experto interpretando las cartas astrales, ¿Puedes acompañarnos? —preguntó y no tuve más remedio que intervenir, demostrando así que había estado escuchando toda la conversación.

—Esta noche no puedo Margarita —dije tratando de no alzar la vista para no fijarme en ella o flaquearía—. Tengo que terminar unos informes y bastante trabajo antes del fin de semana.

—¡Oh vaya! Entonces no veremos nada —contestó bastante apenada y me entristeció tener que hacer aquello.

—Hace tiempo que no uso las cartas astrales, pero no creo que sea difícil recordarlo.

Definitivamente Celeste tenía demasiadas cosas que aún desconocía, y que habría deseado poder descubrir, pero tendría que ser realista; no sabía a qué atenerme con ella.

Había llegado dispuesto a conquistarla, hacerla mía, demostrarle que no encontraría un lugar en

el que fuera más feliz que aquí en Liechtenstein a mi lado, pero ahora sentía que todo se tambaleaba. Estaba en la incertidumbre y con la esperanza en vilo por no saber si había jugado sus cartas conmigo mucho mejor que las demás.

«Me limitaré a ser paciente» me dije a mi mismo mientras metía todo aquel tumulto de sentimientos bajo una capa de estricto autocontrol.

Esperaría a que fuera ella quien revelase sus intenciones, quería ver que rumbo iban a tomar sus palabras y solo entonces podría formarme una idea de quién era realmente Celeste Abrantes y qué pretensiones tendría de todo aquello. Apesar de que una parte me gritaba que solo era una oportunista más, otra y con una mayor relevancia, me decía que me importaba un cuerno todo, porque la quería igual.

No podía dormir. Por más que había intentado adelantar trabajo hasta agotarme, no podía dejar de pensar en apartar aquellos informes y dirigirme hacia la torre de astronomía donde sabía perfectamente que ella se encontraba junto a mi hermana. Aún así, frene mis ansias y traté de dormir, solo que técnicamente mi mente no quería hacer caso a mi cuerpo extenuado.

Cogí el teléfono visualizando que ya había pasado de largo la una de la madrugada, por lo que gruñí sabiendo que dormiría más bien poco aquella noche y encendí de nuevo la lámpara de la mesilla de noche para ver si finalmente leyendo conciliaba el sueño.

No llevaba más de unos minutos con esa tarea cuando escuché el sonido del teléfono y me di cuenta que no estaba en silencio. Lo miré buscando alguna distracción para comprobar que precisamente, el mensaje que había recibido era la causa de mis desvelos.

¿Trataría de quedar conmigo a solas?, ¿Finalmente me diría algo por un mensaje de texto?

Debía reconocer que había sido algo distante con ella a pesar de que lo había camuflado todo con trabajo, que no era del todo incierto, pero tarde o temprano tendría que tratar el tema, estar a solas y dejar que fuese ella misma quien lo dijera, así que abrí el mensaje devorando ávidamente el texto.

## **Celeste**

*«No hemos podido hablar del fin de semana, imagino que estás muy ocupado. ¿Está todo bien?, ¿Sigues en pie que me acompañes a la boda?»*

¿Si estaba todo bien? No. Nada estaba bien, pero se suponía que yo no debía saber absolutamente nada sobre su estado, por lo que en cierta forma me sentía extraño tratando de ocultarlo. Por otro lado, casi se me había olvidado el asunto de la boda desde que mi madre me había soltado aquella bomba. Prácticamente había ansiado ese fin de semana sabiendo que así estaría a solas con ella y ahora sencillamente se me hacía un mundo saber que durante todo el tiempo debería abstenerme.

A pesar de todo, aunque Celeste fuese o no una oportunista como lo fueron otras chicas de mi pasado con las que había mantenido una relación, lo cierto es que ella estaba en palacio y su mera presencia me había hecho un enorme y gigantesco favor, por lo que no era quien para oponerme a ese viaje, menos aún cuando me había comprometido personalmente a hacerlo y yo jamás incumplía mis promesas, así que tecleé rápidamente.

## **Bohdan**

*Tengo mucho trabajo.  
Te prometí que te acompañaría y eso haré.  
Buenas noches.*

No sabía que hacía ella despierta a esas horas, pero supuse que quizá se habría entretenido demasiado con mi hermana en la torre de astronomía o tal vez padecía el mismo insomnio que yo.

La pantalla se iluminó segundos después de mi respuesta ya que había aprovechado para ponerlo en silencio y me sorprendió ver su respuesta escueta.

## **Celeste**

*Perfecto.*

¿Qué esperaba? Quizá a ella solo le importaba saber si acudiría finalmente junto a ella y ya le había dado la información que buscaba.

¿Por qué me molestaba tanto que pudiera importarle o no realmente a Celeste? No quería creer que aquel deseo que había visto en sus ojos no era real. No podía asimilar que aquello que fuera que existía entre nosotros; ya fueran chispas, deseo, apetito sexual o lo que fuera, solo era fingido por su parte. No. Definitivamente me negaba a creerlo.

Solicité desayunar en mi habitación aquella mañana alegando una jaqueca, solo que junto a la bandeja del desayuno había una carta escrita a mano por mi propio padre, citándome inmediatamente en su despacho. No tenía la menor idea de cuáles eran sus intenciones al hacerlo, aunque no había hablado con él en referencia al asunto de Celeste y quizá esperaba una respuesta al respecto por mi parte para conocer de primera mano las circunstancias. Tal vez fuera eso, o algo urgente relacionado con trabajo.

—Adelante hijo —mencionó en cuanto di un golpe a la puerta y abrí sin esperar que se encontrara reunido o de lo contrario no me había citado allí mismo.

—Usted dirá, padre —dije mientras me acercaba y tomaba asiento.

—Tengo entendido que pasarás el fin de semana en España por un motivo personal de tu esposa, así que quería citarte y hablar de la situación antes de que te marcharas.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente? —pregunté sin rodeos porque probablemente lo que quería saber es si el hijo que estaba esperando Celeste era mío.

—Aunque el médico no confirmó que tu esposa estuviera embarazada, si que nos dijo que sus síntomas eran propios de una embarazada. Lo que venía a preguntarte es; ¿Lo ha confirmado?, ¿Te lo ha revelado? —preguntó impaciente.

¿No lo había confirmado?, ¿Solo se había basado en una sospecha? Lo cierto es que mi madre tampoco había mencionado que el medico lo constatare, solo que los actos de Celeste lo habían confirmado, pero... ¿Cabía la posibilidad de que fuera un error?

«Si Dios existe que así sea...» supliqué.

—No —negué—. Aún no —aseguré—. Imagino que durante este fin de semana me lo dirá en caso de ser cierta la noticia.

Vi cierta sonrisa cómplice por parte de mi padre y me entraron ganas de decirle que de estar esperando un hijo, no era mío.

—No negaré que me complacería demasiado ser abuelo, más aún teniendo en cuenta lo que eso implica para nuestra familia, pero de ser así... habrá que apresurar vuestro compromiso.

No quería precipitarme y quitarle la ilusión cuando ni siquiera tenía la certeza de que fuera cierto, primero tendría que esperar a que ella misma confirmara la noticia, solo que sentía mi corazón en un puño al saber cuánto cambiaría mi vida si era cierto.

Podría estar dispuesto incluso a aceptar aquel hijo, aunque no fuese mío por más que me doliera, pero no podía culpar a la que se había convertido en mi esposa por tener un pasado, aunque éste fuera reciente. Lo que no podía soportar de ningún modo es que pudiera utilizarlo en beneficio de obtener algo a cambio y por más que no quisiera que mis pensamientos fueran en esa dirección, el resquemor no se evaporaba, sino que se hacía latente.

—Le mantendré informado —dije levantándome porque no soportaba más hablar de aquello—. Tengo varios asuntos que atender antes de mi partida, si eso era lo único que quería tratar, me iré enseguida.

—Tranquilo, ve... el resto de los asuntos pueden esperar a tu regreso.

El viernes a última hora terminé de meter la última prenda en la maleta. Normalmente no solía ser yo quien las hacía, pero en aquella ocasión prefería tener una ocupación antes de meterme en la cama para dar vueltas. No había hablado con Celeste desde mi llegada y quizá era demasiado evidente que la estaba evitando a toda costa, pero me estaba preparando mentalmente para el momento en que al fin me revelase aquella noticia.

Traté de descansar y de prepararme mentalmente para lo que acontecía; pasaría todo el fin de semana a su lado, serían largas horas estando juntos y para mi absoluto pesar, ni tan siquiera iba a poder separarme de ella en el hotel, porque Frederick me había asegurado de que había hecho todo lo posible por encontrar una suite de dos habitaciones y no lo había logrado.

—Buenos días —Era la octava vez que trataba de retener en mi cerebro la información de aquella noticia sobre un nuevo avance científico que habían descubierto y aún no lograba entender ni una sola palabra del artículo.

Llevaba varios minutos esperando a Celeste en el vehículo que nos llevaría al aeropuerto y la tensión que mantenía mientras la esperaba, podía cortar el ambiente.

—Buenos días —respondió de una forma bastante esquiva que incluso me pareció extraño en ella.

—¿No deberías estar alegre? —pregunté evitando mirarla. Era consciente que de hacerlo me moriría por besarla y eso que no la había apreciado detenidamente.

—Lo estoy —mencionó—. ¿No ves cuanta alegría desborde? —respondió y aunque noté cierto tono de ironía en su voz no quise darle importancia.

¿Estaría molesta por mi actitud?, ¡Narices!, ¡Yo también lo estaba con lo que sabía al respecto y ella no lo confirmaba!

Tampoco es que le hubiera dado pie a hacerlo si es que debía ser del todo sincero, más bien solo había tratado de evitarla a toda costa y estaba claro que para ella no había pasado desapercibido.

Pero ¿Quién no hubiera reaccionado de la misma forma estando en mi situación? Acababa de descubrir que la quería, que deseaba que ella permaneciera a mi lado, y justo cuando todo iba a comenzar al fin, cuando estaba decidido a conquistarla, me sueltan que está esperando un hijo, que es técnicamente imposible que sea mío porque jamás me he acostado con ella y no por falta de ganas.

Me pasé todo el vuelo pensativo y en silencio, haciendo ver que estaba repasando algunos informes e incluso pasaba página cuando me daba cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirando la misma hoja plagada de letras que para mi carecían de sentido porque era incapaz de

comprenderlas en aquel estado.

Alcé la vista en un momento dado y vi su perfil divisando las nubes que se apreciaban por la ventanilla del avión.

Era hermosa, infinitamente hermosa y eso no ayudaba en absoluto a la situación.

Quise creer que me equivocaba de pleno por pensar que podría intentar sacar algún beneficio de aquello. ¿No me había demostrado que sus actos carecían de interés?, ¿No había realizado todo cuanto le había pedido sin solicitar nada a cambio? Sus actos deberían ser suficiente para estar tranquilo. Ni tan siquiera le había dado la oportunidad de hacer o decir algo en su defensa, sino que directamente la estaba catalogando, basándome únicamente en apreciaciones del pasado.

Fue entonces, cuando me prometí a mi mismo que no lo haría, porque si de verdad la quería tendría que aceptarla tal y como era.

Un vehículo nos recogió en el aeropuerto para llevarnos al hotel que había reservado y fui más consciente de que no se había podido cambiar la reserva al no tener suites de dos habitaciones disponibles.

—¿Un hotel? —preguntó Celeste nada más bajar del vehículo y no entendí del todo la pregunta, ¿Dónde pensaba que nos alojaríamos si no?

—La idea de pasar la noche bajo un puente no me atrae demasiado —contesté evitando sonreír.

—¿En serio? —exclamó en un tono de voz algo más elevado—. Fíjate que yo te veía cara de que si...

No supe descifrar la respuesta, pero si entender que parecía algo molesta, ¿Tal vez solo eran nervios porque volvería a ver a sus amigas? Si, seguramente fuera eso.

—Anda, entremos —dije finalmente evitando contestar, ya que realmente no tenía la menor idea de qué responder ante aquello.

Tras registrarnos y darnos la llave de la suite, el personal subió el equipaje mientras nosotros lo hicimos instantes después.

No era la primera vez que me alojaba en aquel hotel y precisamente había elegido ese mismo porque me agradaban las instalaciones. Cuando entré en la suite recordé perfectamente la última vez que había estado, solo que en aquella ocasión había viajado solo y por motivos de negocios. Había pensado que esta vez sería diferente y que aprovecharía plenamente aquella cama que tenía presente, solo que ahora tendría que maldecirme porque sería la segunda vez que dormiría a su lado y tampoco podría tocarla.

—Solo hay una cama —mencionó de repente.

—No había suites de dos habitaciones. Supongo que no supone un problema, ¿no? No es la primera vez que dormimos juntos después de todo, aunque ninguno de los dos lo recuerde.

Quería retarla, de alguna forma quería saber si todo aquello que había sucedido entre nosotros era o no fingido por parte de ella.

—No, claro —contestó—. Aunque podría irme a dormir a mi apartamento —añadió como opción y ciertamente valoré esa posibilidad para desecharla después, puesto que alguien podría verla.

—Podrían verte —contesté sincero—. Y no es conveniente sembrar dudas hasta que todo este lío se aclare y se cancele nuestro compromiso después de estar legalmente divorciados —mencioné tratando de saber si aquella separación podía entrar o no en sus planes o si finalmente me revelaba que estaba esperando un hijo en su vientre.

Mi teléfono comenzó a sonar y si hubo algo que ella quisiera aportar a la conversación, ciertamente no lo hizo, puesto que era mi asistente y contesté rápidamente la llamada, supuse que

sería algo de vital importancia o no me llamaría.

No hablamos durante el resto de la tarde, ella parecía bastante ocupada peinándose y maquillándose, por lo que aproveché para ducharme justo antes de que se volviera a encerrar en el baño y me coloqué rápidamente el traje azul confeccionado a medida que había seleccionado para ese evento.

—Tengo que pasar por mi apartamento un segundo. —Su voz me indicó que debía estar lista para marcharnos, así que alcé la vista de mi teléfono para mirarla y mi alma cayó a los pies ante semejante diosa humana.

Sentí como mi pulso se pausaba, mi corazón dejaba de latir y probablemente mis ojos no parpadeaban para conservar nítidamente aquella imagen que tenía en frente. ¿Era real? Definitivamente no solo estaba hermosa, sino absolutamente arrebatadora.

«No lo soportaré. No podré soportar la idea de no tocarla» jadeé en lo más profundo de mi interior.

—Cla... —Ni tan siquiera la voz me nacía de la garganta, así que traté de aclararla mientras tosía—. Claro —conseguí decir finalmente.

Celeste estaba envuelta en aquel vestido ajustado que marcaba perfectamente sus insinuantes y más que deleitantes curvas, incluso aquel escote en forma de corazón invitaba demasiado a sumergirse en aquel pozo y ahogarse si era necesario.

¡Dios ayúdame! Porque yo solo seré incapaz de soportarlo.

Las manos me sudaban en el momento en que ella se bajó del coche oficial que nos llevaba a la ceremonia para recoger algo que parecía necesitar en su apartamento. En aquel momento pensé que quizá sería oportuno que no pasáramos la noche juntos, sobre todo porque estaba seguro de que ni con cuatro duchas heladas iba a soportar aquella presión que se mantenía latente entre mis ajustados pantalones.

¿En qué momento me había parecido que no era una malísima idea compartir la cama con aquella deliciosa mujer sabiendo lo que sentía por ella? Ya podía inventarme una excusa o alegar alguna demencia para evitar pasar la noche en aquella cama junto a ella, porque ni tan siquiera en la inconsciencia del sueño estaba seguro de mantener mis manos lejos de ese cuerpo.

Aunque no estaba controlando realmente la hora, miraba cada instante el reloj como si por más segundos que pasaran la situación cambiaría. ¿Aprovecharía Celeste el momento que pasábamos a solas aquel fin de semana para hablarme sobre el tema de su supuesto embarazo?, ¿Me diría finalmente si estaba o no esperando un hijo? Lo cierto es que por más pavor que me diera la certeza de la noticia, quizá debería sacar a relucir el tema si ella no lo hacía o de lo contrario no podría soportar más tiempo aquella situación.

En cuanto llegamos a la iglesia, pude avistar el control de seguridad por puro protocolo que habían colocado y como era predecible; la prensa estaba bien situada.

—¿Cómo sabe la prensa que veníamos? —preguntó repentinamente y me sorprendió que no lo esperase o lo supiera. Era su primer viaje de regreso a su país desde que saltó la noticia a los medios y como era comprensible después del revuelo mediático, aún éramos noticia. Entonces caí en la cuenta de que ella había estado completamente ajena a todo aquel alboroto mediático solo por precaución y quizá no era del todo consciente de la situación.

—Ahora eres un personaje público, por lo que han investigado tu entorno y han debido asumir que acudirías a la ceremonia. A pesar de que no se ha filtrado la noticia de nuestra confirmación de asistencia, debieron pensar que vendríamos igualmente—contesté sabiendo que con suma certeza alguien que conocía a Celeste debía haber informado a la prensa, pero no quería ser yo

quien le dijera que alguno de sus amigos debía haber dado el chivatazo.

—Genial... —la oí susurrar como si le desagradara la noticia.

¿No le gustaba salir en la prensa? Quizá la razón fuera que era un contexto íntimo, aunque algo me decía que Celeste en sí no era alguien dada a buscar la fama, al menos es lo que siempre había querido creer hasta hacía tan solo unos días en los que todos mis esquemas se tambaleaban.

—Solo nos tomarán unas cuantas fotos. Nada fuera de lo común y el que te acompañe a un evento personal implicará que dejen de sospechar que nos conocimos en las Vegas —aseguré restándole importancia y sacándole el lado bueno a la situación.

De todas formas, era cierto que el hecho de acompañar a Celeste a un acto oficial de su entorno implicaba que nuestra relación era seria y levantaría entre la prensa la creencia de éramos una pareja asentada mucho antes de lo sucedido en las Vegas.

En cuanto entramos en la Iglesia tras hacernos algunas fotos hasta que la organizadora nos libró de las preguntas, nos adentramos encontrando a sus amigos y realizando las debidas presentaciones formales. Supuse que esas seis personas que conformaban aquellas tres parejas, debían ser su círculo de amistades y con quienes compartiríamos la velada durante el resto de la noche. Mi español no era demasiado fluido, por suerte hablaban inglés con mayor o menor fluidez.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó uno de ellos.

—Bien. Muy bien, gracias —contesté correctamente y evidenciando una leve sonrisa. Comprobé como Celeste se alejaba levemente mientras su círculo de amigos la avasallaba a lo que intuía serían preguntas que deseaban saber, después de tanto tiempo sin verse. ¿Conocerían todas la verdad? Me constaba que una de ellas sí lo sabía, pero desconocía si el resto también lo hacía.

—La prensa que hay fuera es por vosotros, ¿no? —volvió a preguntar el mismo tipo y supuse que solo trataba de entablar conversación. Además, era el que parecía hablar mejor inglés.

—Me temo que sí —contesté con cierta aflicción—, espero que no suponga una molestia, alguien debió filtrar la noticia de que asistiríamos a la celebración y por eso acudieron los medios.

—¡Oh no! Tranquilo —contestó alzando las manos—. Imagino que será normal para vosotros, solo se estaba comentando entre los asistentes, porque parecían estar esperando a alguien ya que no han mostrado interés por el resto de los invitados.

En aquel momento algo debió suceder porque todo el mundo pareció moverse repentinamente hacia sus asientos. Hacía tanto calor en el exterior que por eso supuse que todos permanecían dentro de la iglesia a pesar de estar por los pasillos y hablando en voz alta, hasta que la música comenzó a sonar y la novia recorrió el pasillo hasta el altar donde le esperaba el que imaginé que sería su prometido.

Hacía bastante tiempo que no asistía a una ceremonia, de hecho, la última que recordaba era la de mi buen amigo Egmont hacía ya unos años, pero recientemente había evitado por asuntos familiares acudir a las de varios parientes lejanos. Por norma general, todo parecía ser muy similar a una boda en Liechtenstein, al parecer las tradiciones eran iguales en sendos países, por lo que acompañé a Celeste en cuanto el oficio terminó, para saludar a los novios y suponía que felicitarles por las nupcias, ya que todo el mundo parecía hacerlo en aquel instante.

La amiga de Celeste me abrazó efusivamente y aunque no estaba habituado a ese tipo de saludos, supuse que sería normal en alguna gente de España. Lo cierto es que cuando me agradeció los presentes solo sonreí, casi me había olvidado de que les había regalado la orquesta y una estancia en Liechtenstein como detalle.

La recepción nupcial se daba en los jardines del restaurante donde se celebraba el banquete, las mesas para la degustación de la copa de espera estaban debidamente preparadas bajo unas bonitas carpas al aire libre. Los camareros ya habían comenzado a repartir las bebidas entre los asistentes, por lo que cuando vi a Celeste cogiendo una copa de vino blanco, me extraño que lo hiciera.

—¿No crees que no deberías beber? —pregunté sin poder evitarlo.

¿Estaba loca?, ¿Qué se suponía que hacía bebiendo alcohol si estaba embarazada? Aquello solo me afirmaba una irresponsabilidad demasiado elevada dadas las circunstancias.

—No creo que pase nada por un par de copas de vino —contestó completamente consciente de la situación y saberlo me exasperó aún más.

—Tú sabrás —dije apretando la mandíbula y cogiendo una copa de vino yo mismo para vaciarla de un solo trago.

Necesitaba alcohol. Mucho alcohol para calmar aquella ansiedad.

—¡Oh dios mío! —gritó acaparando varias miradas entre una de ellas, la mía—. ¡Cuánto te he echado de menos! —añadió mientras la veía coger de un plato varios trozos de aquel manjar y se los llevaba a la boca.

Al parecer la Nutella no es lo único por lo que reacciona de aquella forma.

La escuché mantener unas palabras con una de sus amigas, pero solo comprendí algo como *muy español* y poco más, refiriéndose al plato de comida que probaba. A pesar de no comprender del todo lo que hablaban, logré entender que su amiga mencionaba que no podía comer aquello por prohibición médica, fue entonces cuando Celeste le preguntó en voz alta si estaba embarazada.

—¡No! ¿En serio?, ¿Estás embarazada?

—Las chicas ya lo saben, pero quería decírtelo en persona porque me parecía demasiado frío hacerlo por teléfono —escuché que respondía la amiga y sentía que estaba como en un partido de tenis observando la conversación y pensando que quizá lo hacían porque pensaba que no me enteraría de nada, solo que si lo había comprendido más o menos la situación.

—¡Pero qué alegría! —contestó Celeste y en aquel momento ella me miró y yo le observé extrañado.

—Está embarazada —dijo en mi idioma.

—Sí. Lo he entendido —aseguré—. Mi sincera enhorabuena —dije a su amiga y me aparté levemente dándoles su espacio.

Si la tal Mónica amiga de Celeste no comía aquello que al apreciarlo más de cerca comprobé que era carne curada, deduje que al ser cruda no aconsejaban su consumo a las mujeres embarazadas, Entonces ¿Por qué ella lo comía?

—¿No se supone que tú tampoco deberías comer *eso*? —pregunté en cuanto se apartó de Mónica y señalando el plato de jamón que había en la mesa.

—¿Por qué?, ¡Si está buenísimo!, ¿No lo has probado? —contestó dándole otro sorbo a la copa de vino.

¿Es que no iba a confesarlo jamás?

—Pues porque tu... se supone que estás... que podrías estar embarazada —admití finalmente porque una certeza clara no la tenía, aunque todo apuntara a que era real.

—¿Yo? —exclamó agrandando los ojos sorprendida o al menos parecía estarlo—. Lo siento, debí haberte confirmado que a pesar de no saber qué ocurrió exactamente en las Vegas, no estoy embarazada —admitió y en ese momento sentí como si un peso de treinta kilos que llevaba sobre los hombros se hubiera disipado, aún así necesitaba asegurarme.



—¿No? —pregunté confuso—. Tuviste nauseas y mareos, lo confirmó el médico y pensé que... —dije por no decir que fueron los demás quienes lo pensaron y corroboraron.

—Me lo inventé para tener la excusa de evitar a tu madre después del incidente y porque quería... bueno eso no importa ahora. La cuestión es que ni me mareé en ningún momento, ni tuve nauseas. Y te puedo asegurar que no estoy embarazada ni por error —aclaró tan firmemente que no tuve el menor atisbo de duda de que era así, de que Celeste no estaba esperando el hijo de otro hombre. Ella era libre, era libre para mi.

En aquel momento cogí la copa y volví a vaciar su contenido, necesitaba algo fuerte para comprender que todos los miedos que me habían embriagado los últimos tres días eran infundados y si la hubiera enfrentado, si le hubiera preguntado mucho antes, no habría tenido que pasar por todo aquel infierno que yo mismo y las sospechas de mi familia habían creado.

Solo tenía algo realmente claro en aquel momento.

Esa noche sería mía y las llamas consumirían nuestros cuerpos. Al verla, no podía evitar devorar con mis ojos su cuerpo, sin un atisbo de duda de que ahora sí, nada ni nadie se interpondría entre lo que deseaba y quería al mismo tiempo.

—¿Entonces es... seguro? —Insistí para estar completamente satisfecho con la respuesta.

—Um, si —contestó sin rodeos con una expresión en el rostro que no dejaba lugar a duda.

¡Joder!, ¡De pronto tenía ganas de abrazarla y saltar de alegría! Estrecharla entre mis brazos y no dejar que se me volviera a escapar de ellos. A esas alturas poco me importaba lo que dijese alguien porque no levantarían ningún muro entre esa morena de ojos celestes y yo.

Tal vez no podía disimular que saberlo había supuesto una alegría, pero más que por el hecho de que aquel supuesto niño no fuese mío, era por lo que había supuesto de ella, sin embargo me daba cuenta de que la había juzgado mal a la primera de cambio, de que ni tan siquiera le había dado una oportunidad antes de tiempo, sino que me había frustrado conmigo mismo por enamorarme tan fácilmente de una mujer que solo pretendía aprovecharse, cuando en verdad ella sí era distinta, era diferente y eso me embriagaba hasta el punto de querer desear confesarlo abiertamente.

No pretendía decirle que la quería a mi lado o que me gustaría que entre nosotros surgiera algo, probablemente para ella supusiera un gran cambio, pero no podía negarle que me gustaba y que me moría por volver a probar sus labios.

En el momento que iba a decirle lo realmente hermosa que estaba alguien se acercó a nosotros y el sonido de mi voz se vio apagado por la presencia de aquel joven bastante corpulento.

—¡Celeste! —exclamó llamando su atención.

—¡Hola Miguel! —contestó ella y supe que debía conocerle.

Por la forma en la que el tipo la miraba deduje que a él le gustaba lo que veían sus ojos, pero no podía culparle, ¿A quién no? Yo estaba mucho más que encantado con que ella fuese mía.

En el momento que ese hombre se abalanzó sobre ella para abrazarla, el sentimiento de unos celos firmemente potentes me avasalló.

¿Quién demonios era ese tipo para estrecharla de aquel modo delante de su pareja? Apreté los puños, porque de lo contrario no me resistiría a empujarle y mantenerle lo suficientemente alejado de Celeste.

—Ejem —carraspeé y después tosí a posta para llamar la atención por si existía la duda de que hubiera pasado desapercibido para ese tipo en cuestión.

Lo único que pretendía en aquel momento es que si él no conocía mi existencia, lo sabría quisiera o no.

—Miguel, te presento a...

—Su prometido —dije terminando la frase por ella y rodeándola por la cintura para evidenciar lo que significaba la palabra en toda su expresión.

«Llegas tarde, lárgate»

—¡Así que eran ciertos los rumores! —contestó el tal Miguel—. Supongo que tu eres el príncipe alemán del que todo el mundo habla.

Así que lo sabía ¿Acaso es que era normal abrazar así a una mujer prometida? Lo dudaba. Ni en España, Suecia o China se abrazaba de esa forma a una mujer que estaba a punto de casarse con otro. Eso me llevaba a pensar que quizá ellos dos habrían podido tener algún tipo de relación estrecha, ¿Habrían sido pareja?.

No iba a contestar a esa pregunta, había mencionado mi título de príncipe y no iba a dar información a los invitados de aquella boda para que después pudieran salir en la prensa. Además, lo único que quería es volver a quedarme a solas con mi hermosa ninfa.

—No entiendo —respondí en alemán y agradecí el poder recurrir a la falta de entendimiento en el idioma para ello. Después de todo, lo tenía tan empolvado que en cierto modo era verdad.

Aquel tipo dijo algo y ella le mencionó que mi nivel de español no era muy bueno o eso entendí, pero lo cierto es que funcionó y el tal Miguel se marchó, solo que antes de irse le guiñó un ojo a Celeste y eso termino por confirmar las sospechas que tenía sobre él.

Han sido pareja.

—¿Era tu novio? —pregunté rozando con mi mano su espalda y sintiendo la calidez de su piel, esa misma piel de la que esa noche pensaba emborracharme por completo.

—¿Mi novio? —preguntó como si estuviera examinando la pregunta que acababa de hacerle.

—Si —afirmé—. ¿Ese tal Miguel era tu pareja? —insistí de nuevo porque no me parecía una pregunta tan complicada.

—¡Que va! —bufó de una manera que hizo que se me relajaran los músculos. ¿Desde cuando experimentaba aquel sentimiento de posesión que tenía respecto a Celeste? Aunque más que posesión, lo que tenía eran celos de que ella pudiera sentir por otra persona lo que no sentía por mí—. Es el primo de Sonia.

—¿Entonces por qué te ha guiñado un ojo como si tuvierais algún tipo de relación? —pregunté queriendo averiguar que había entre ellos. Quizá no era un novio, pero sí que habrían podido tener algún tipo de encuentro y la forma en la que el tipo ese la miraba, me transmitía que quizá aún pudieran tener algo pendiente.

—¿Importa acaso? —exclamó ella sorprendiéndome.

—Supongo que no importa si forma parte de tu pasado —contesté a la par que un camarero pasaba con la bandeja y cogía una copa de vino. Desde luego necesitaba beber si debía afrontar aquella respuesta.

—O de mi presente —contestó robándome la copa y bebiendo de ella mientras me miraba fijamente.

En aquel momento me acerqué hasta ella y casi rocé con mi nariz su oreja, pero no quería que nadie más nos escuchara.

—Te recuerdo que estamos casados —susurré en su oído.

—Y yo le recuerdo que no será por mucho tiempo —contestó dejando claras sus intenciones.

«Eso ya lo veremos»

—Pero, hasta que llegue ese momento te debes solo a mí, preciosa —dije sin mencionar textualmente la palabra fidelidad que no cesaba de iluminarse en mi cerebro.

La vi agrandar los ojos como si mis palabras le hubieran sorprendido, pero llegados a ese punto no pensaba rectificar, quería que le quedara bien claro que la deseaba solo para mí.

—¿Y eso se aplica solo a mí? —preguntó retándome con su mirada.

—¿Cómo dices? —exclamé sorprendido al no entender su pregunta.

—Quiero saber si se supone que tú también te debes solo a mí o de lo contrario no me parece justo que yo tenga que guardar celibato como una monja y tu en cambio andes por ahí de...

Su respuesta se quedó en el aire, pero a mis oídos solo había llegado la información que ansiaba desear, que no quería compartirme con nadie más.

—¿De qué? —pregunté mirándola fijamente, deseando devorar sus labios, acortar esa distancia y besarla como jamás la habían besado. Quería demostrarle cuánto la deseaba y que no me interesaba ninguna mujer que no fuera ella, renunciaba a todas y cada una por ella.

—Lo sabes perfectamente —sentenció instantes después.

Por supuesto que lo sabía, aunque deseaba que lo hubiera pronunciado de sus labios, pero ya tenía lo que deseaba saber y desde luego era mucho más de lo que había esperado.

—Puedo asegurar que he sido fiel a mi esposa —susurré sin perder un atisbo de aquel brillo en sus ojos—. Y le prometo, señorita Abrantes que lo seré hasta que deje de ser mi esposa —añadí mostrando claramente mis intenciones.

«Porque para mí no ha existido otra mujer que me haga sentir lo que siento por ti»



---

---

## DOCE

---

---



No contestó, la distracción por la llegada de los contrayentes al matrimonio interrumpió lo que sería su respuesta y maldecí interiormente porque ansiaba saber que opinaba al respecto. La expectación de los recientes novios hizo que en el ambiente se respirase cierto aire de efusividad y fuimos entrando poco a poco en el salón donde sería la cena oficial. El decorado era bastante sobrio para lo que estaba acostumbrado, aunque la elección de los centros de mesa me resultó original, unas hojas de laurel que rodeaban varios tarros de cristal llenos de agua, de los cuales flotaban algunas velas y flores frescas.

—¡Bueno!, ¿Y cuándo es la boda? —preguntó uno de los amigos de Celeste una vez sentados a la mesa.

No habíamos dado fechas a la prensa, es más, nadie sabía nada, pero hacía unos días que barajaba esa posibilidad de que todo fuera más real de lo previsto en un primer momento.

—Pues no está claro aún...

—En Octubre —dije interrumpiendo a Celeste y constatando a los presentes de que aquello iba hacia delante.

—¿No está claro?, ¿O es en Octubre? —preguntó la misma persona.

—En realidad lo que no está claro es el día —dijo ella y me agradó que no lo negase, sino que lo constataste—. Pensé que ya sabrías que era en octubre.

Su reacción parecía espontánea, pero solo había que observarla para darse cuenta por su tez rosada que parecía nerviosa.

Era adorable. Sumamente deliciosa.

—Ca-lla-te —oí su susurro minutos después cuando estaban sirviendo el primer plato.

—Solo di información de dominio público —contesté pareciéndome bastante graciosa aquella riña, a pesar de que era mentira, a nadie había confesado que me planteara dar como fecha de ceremonia octubre de ese mismo año.

—No quiero que mis amigos estén involucrados en esta *estafa* que hemos montado —añadió haciendo énfasis en la palabra y no me gustó que lo llamara de ese modo. Es cierto que todo era un engaño, que la había involucrado en vender una patraña, pero conforme habían pasado los días y semanas cada vez me parecía que era menos ficticio y más real.

—Como deseas —respondí sabiendo que ella no se sentía cómoda y supe que no lo hacía porque estaba engañando a las personas que quería.

No me había puesto en su situación, en el hecho de pensar que ella no buscó la situación, sino que básicamente yo la condicioné a aceptarla y que era una buena persona que solo intentaba salir indemne de la mejor forma posible.

¿Cómo había podido siquiera dudar de ella un instante? Celeste era la persona más humana que había tenido el placer de conocer y solo con ver la cercanía que había tenido hacia mi hermana debía ser suficiente para saber que no albergaba malas intenciones. Me sentía culpable no solo de haberme aprovechado para estar en la situación en la que estábamos, sino de dejarme avasallar por los demonios de mi pasado haciendo que me distorsionaran la realidad de lo que ella representaba.

«Jamás volveré a hacerlo» me prometí a mi mismo.

—No quiero que se preocupen por mi —susurró de nuevo acercándose a mi oído.

—Son tus amigos, ¿No crees que se van a preocupar de todos modos? —pregunté creyendo que podría referirse al momento en el que se anunciara que se cancelaba el compromiso.

—Quizá, pero no más de lo necesario —contestó firmemente y no comprendí porque se podrían preocupar más de lo normal, sabía que una de sus amigas era consciente de la realidad, aunque esa realidad bien podía cambiar y de hecho, haría todo porque cambiara.

—¿Y por qué se supone que deberían preocuparse más de lo necesario? —pregunté acariciando su espalda. Necesitaba sentir esa piel cálida y transmitirle que todo estaba bien.

—Porqué... porqué... —Ella parecía pensar su respuesta y no podía evitar deleitarme con sus labios, esos que no tardaría mucho tiempo en volver a besar si no quería sufrir un paro cardíaco —. No quiero que me tengan lástima cuando crean que me partiste el corazón.

Lo comprendí. Entendí que para ella aquella situación debía ser algo complicada, por no decir dura. Nunca había tenido que fingir una situación que no correspondía con la realidad, así que no era ni el momento, ni el lugar para contradecir su argumento.

—Está bien —dije apartando mi mano de su espalda.

¿Y si la estaba incomodando?, ¿Y si había presupuesto que podía extralimitarme cuando realmente ella no quería hacerlo?

Sabía perfectamente que yo no era inmune a Celeste Abrantes, es más, tenía muy presente lo sucedido después de aquella cena benéfica en el coche que nos llevaba de regreso a palacio, pero quizá no deseaba que su círculo cercano de amistades fuera testigo de que entre nosotros realmente podría surgir algún tipo de cercanía. Entendía sus razones, aunque aquello me llevara a pensar que ella era la primera en no desear permanecer mucho tiempo a mi lado.

No podía culparla por no desear a tener una vida marcada y dirigida por deber como yo la tenía. Celeste no ansiaba poder, ni ambicionaba riquezas, quizá había sido eso lo que más me había llamado la atención de ella, aparte de aquellos ojos y su lengua vivaz a la par que fresca. Cualquier otra mujer en su situación lo desearía, aunque ni siquiera fuera consciente de lo que eso implicaría, en cambio ella no lo hacía, no lo ambicionaba y menos aún lo pretendía.

La cena transcurrió afable y serena hasta que llegó el baile y los novios lo abrieron con un vals, como también solía ser tradicional en las bodas que se celebraban en mi país.

—¿Me concede este baile señorita Abrantes? —pregunté cuando el padre de la novia comenzó a bailar también con su esposa.

Nada me apetecía más que tener la excusa perfecta de acogerla entre mis brazos.

—Claro.

Su respuesta me congojó y no pude evitar sonreír sin dejar de observarla. La hice rodar hasta que se colocase frente a mí y puse mi mano en su cintura mientras comenzaba a guiarla por la pista

de baile. Afortunadamente había bailado los suficientes vals a lo largo de mi vida, para saber llevar a una pareja de baile, pero en aquel momento solo lo agradecía porque podía ser plenamente consciente de la belleza que tenía delante de mis ojos en lugar de contar los pasos para no equivocarme.

—Creo que no te he dicho lo preciosa que estas con ese vestido —dije nada más comenzar.

Realmente no me importaba si alguien nos observaba, hacía años que había tenido que asumir que cada uno de mis pasos sería debidamente estudiado y analizado, por lo que vivía con ello, aunque esperaba que en aquel momento la atención principal recayera en la feliz pareja recién casada y no en nosotros.

—Gracias, supongo —contestó en un tono de voz que no me dejaba adivinar si le agradaba que la halagase o no.

Aquella pieza fue el único momento que pude permanecer cerca de ella, porque posteriormente la música cambió totalmente de género y la pista de baile se convirtió en un auténtico deleite sensual a mi vista, ya que no podía dejar de observar como Celeste se movía entre la multitud mientras la observaba paciente lejos de su alcance.

La velada ya estaba bastante avanzada cuando algunos de los invitados comenzaron a marcharse. Lo cierto es que no veía la hora, ni el momento de abandonar aquel lugar para estar de nuevo a solas con mi esposa, pero comprendía que quisiera disfrutar y más aún cuando la veía desinhibirse de aquella forma en la pista de baile junto a sus amigas.

Precisamente una de ellas me entregó el bolso de Celeste y segundos después ella se abalanzó sobre mi cuerpo como si hubiera tropezado con algo o quizá se hubiera roto el tacón del zapato de nuevo.

—¡Estoy bien!, ¡Estoy bien! —exclamó antes de que pudiera preguntarle si se había hecho daño.

—Vale —contesté agarrando fuertemente su cintura y asegurándome de que se pudiera mantener en pie por sí misma.

Su olor era tan dulce, tan embriagador. ¡Joder!, ¡Daría todo cuanto tenía por hacer que toda aquella gente desapareciera y tenerla a solas!

Su nariz rozó mi mentón y aquel gesto provocó que dudase un segundo si besarla o no, importándome muy poco lo que después hablaran o dedujeran.

Para mi penosa existencia la misma amiga de Celeste que me había dado su bolso se acercó para despedirse de nosotros y minutos después, lo hizo otra de las parejas con las que habíamos compartido mesa, por lo que decidimos marcharnos también.

Me deshice de chaqueta junto a la camisa y corbata conforme entramos en la habitación de hotel. Celeste ocupaba el baño desde hacía bastante tiempo, supuse que debía estar dándose una ducha, así que esperé pacientemente en el pequeño saloncito que disponía la suite. No sabía si el calor que sentía era porque la temperatura había subido considerablemente en la habitación o por lo que mi mente deseaba que ocurriera en aquella cama que compartiríamos. La cuestión es que tenía que por alguna circunstancia ella me rechazara y no la culparía si lo hiciera teniendo en cuenta que había intentado alejarla dos veces de mi lado sin conseguir en ninguna de ellas mantenerme firme. Bien era cierto que la primera fue por sentirme culpable y la segunda por pensar mal de ella, pero fuera como fuese, no deseaba que hubiera una tercera ocasión. La deseaba demasiado, tanto que incluso podía percibir el palpitar de mi acelerado pulso por todo mi cuerpo.

Entré en la habitación cuando escuché la puerta y verdaderamente no estaba preparado para

verla en ropa interior, había supuesto que se colocaría un camisón de seda, pero eso era mucho peor. Mi garganta se reseco hasta el punto de que era incapaz de hablar, solo pude hacer un gesto para indicar el baño y en cuanto ella asintió me perdí tras la puerta.

Ni sabía como había sido capaz de controlar mi impulso para no abalanzarme sobre ella y devorarla allí mismo. Traté de respirar hondo y me miré al espejo como si eso pudiera calmarme. Tenía claro lo que deseaba, lo que quería y la respuesta a las dos preguntas era sencillamente ella; Celeste.

Después de darme una ducha decidí no utilizar la parte inferior del pijama, sino estar en la misma condición que ella, así que salí en ropa interior y cuando mis ojos la visualizaron, su bolso estaba en el suelo junto a varias pertenencias entre ellas, un gran número de lo que podía avistar como preservativos.

¿Eso significaba lo que creía? Aún podía recordar como la última vez no sucedió nada entre nosotros por la ausencia de un maldito preservativo. Si me quedaba algún resquicio de duda, ésta se fue al diablo cuando vi la panorámica de aquellas nalgas ante mis ojos que me invitaban a cometer mil pecados.

«Perdóname padre, porque voy a pecar con sumo placer» gemí interiormente mientras me tumbaba sobre la cama y cerraba los ojos tratando de calmar mi acelerado pulso.

—Te... ¿Te lo has pasado bien esta noche? —Su voz llegó de pronto a mis oídos y noté el titubeo. ¿Quizá sentía vergüenza porque hubiera descubierto su arsenal de preservativos?, ¿Tal vez por eso se abalanzó sobre mi cuando su amiga me dio su bolso al temer que lo descubriera? Jamás lo habría abierto, el bolso de una mujer era algo íntimo y personal, pero comenzaba a comprender aquellos pequeños matices que la habían llevado a actuar de ese modo.

—No —negué esperando que ella reaccionase girando su cuerpo hacia el mío. Quería verla, mirarla directamente a los ojos y ver qué expresaba en ellos.

—¿Tan aburrido ha sido para ti? —exclamó y tal como había previsto, se giró rápidamente hasta colocarse de lado frente a mi, teniendo una jugosa vista de sus pechos, además del resto de su sinuoso cuerpo.

—En absoluto, la velada no ha sido aburrida, de hecho, la he encontrado fascinante, sobre todo al ver como movías ese cuerpo... —contesté confesando que no era de la velada precisamente de lo que me quejaba. Alcé mi mano hasta colocarla en su cintura y mis dedos se deslizaron suavemente para acariciarla— ...volviéndome loco de deseo —admití con una voz que rozaba el tono grave.

Escuché el leve jadeo que profirieron sus labios y como su cuerpo reaccionaba a mi caricia, pude sentir como se estremecía bajo mis dedos y aquella sensación era sumamente gloriosa.

—¿Entonces? —preguntó casi en un susurro.

—Lo único que quería hacer esta noche era arrancarle ese vestido y llevarla a la mazmorra de palacio, señorita Abrantes —dije recordando mi última promesa la vez que me maldecía por no haberla cumplido, pero no tardaría en hacerlo—. Aunque dudo que ni siquiera aguante cinco minutos más sin hacerte mía —aclaré sabiendo que mi excitación era tan palpable que sentía que estallaría de un momento a otro.

Jamás había sufrido en carnes propias algo similar al sentimiento que ahora padecía, era completamente indescriptible.

—Que conste que esta vez tengo preservativos de sobra para toda la noche —mencionó provocando que riera por su comentario, que sin duda referenciaba la última vez que nos habíamos dejado arrastrar por esa pasión que nos consumía.

—¿Crees que no los he visto? —pregunté acercándome a su oído y mordiendo suavemente su el lóbulo de su oreja—. Esos son los culpables de que mi poco autocontrol se haya ido al infierno.

Efectivamente, saber que ella tenía todo un arsenal guardado en el bolso por lo sucedido la última vez, me aseguraba que su deseo era real, tan real como el que yo sentía por ella.

No lo soporté ni un segundo más y mis labios buscaron los suyos en un acto posesivo, tan pasional que no pude evitar contener mis ansias de hacerla mía con rudeza. Sentí sus manos acariciando mi cuello y colarse entre mi cabello conforme me acercaba a ella, fui acariciando su espalda hasta llegar al cierre del sujetador, donde me deshice de la prenda dejando a la vista aquellos suculentos pezones rosados que ansiaba devorar y que no dudé un segundo en hacerlo.

Mis labios saboreaban aquella piel cuyo sabor era dulce, al mismo tiempo que mis manos recorrían su cuerpo, succioné uno de aquellos pezones rosados y noté como se estremecía en mis brazos deseando más de lo que le proporcionaba, así que mordí suavemente su piel provocando que se retorciera bajo mi cuerpo.

Quería sentirla, sentir esa calidez entre sus piernas como la última ocasión, así que deslicé una mano entre su ropa interior y acaricié con el pulgar aquel punto de placer.

—¡Joder! —gritó clavando sus uñas en mis hombros y el gesto hizo que alzara la vista para verla, necesitaba verla retorcerse de pasión bajo mis dedos.

—Estás tan caliente —gemí mientras deslizaba mis dedos hacia su interior y sentía esa calidez embriagándome.

Su respuesta fue realizar el mismo gesto y su mano se coló entre mi ropa interior agarrando firmemente mi erección, de forma que cerré los ojos fuertemente dejándome guiar por aquella estremecedora sensación.

No podía soportarlo más, no lo aguantaba más, tenía que hacerla mía o iba a estallar. Me deshice de su prenda interior y de la mía sin dejar de acariciarnos y agarré uno de aquellos preservativos abriéndolo de forma ruda.

—Ya no hay vuelta atrás —susurré acercándome a ella, mirándola fijamente y anhelándola primitivamente.

Había deseado tantas veces aquel momento que casi no podía creer que estuviera sucediendo, que la tuviera bajo mi cuerpo deseándome al mismo tiempo.

—No quiero que haya vuelta atrás —contestó irguiéndose para sellar su respuesta con un beso y me deslicé dentro de ella sintiendo que estaba entrando en el paraíso terrenal de Adán y Eva, como si realmente hubiera esperado toda mi vida para ello.

No sabía si aquel cúmulo de sensaciones era o no normal, pero me dejé envolver por todas ellas y agarré firmemente sus nalgas para hundirme más aún y penetrarla profundamente.

«Ella es real. Ella es tuya y tú de ella» Tuve que repetirme para saber que no estaba viviendo un sueño, sino que estaba allí en aquella habitación de hotel y que por fin la estaba haciendo mía.

No pude abandonar sus labios mientras sus movimientos acompañaban los míos cada vez que salía lentamente para hundirme con más fuerza. Sentía que de un momento a otro moriría de puro éxtasis, así que me coloqué de rodillas sobre la cama y la alcé sobre mi pecho agarrando fuertemente sus glúteos de forma que pudiera penetrarla completamente, tras hacerlo no pude evitar derramarme dentro de ella sin control alguno de la voluntad de mis actos, sintiendo que una parte de mi también se la quedaba ella.

Si tenía alguna duda, un pequeño atisbo de indecisión o incertidumbre, definitivamente se había esfumado, porque tenía claro que había sellado mi destino con esa mujer y que no quería a ninguna otra en mi vida.



Noté que se separaba lentamente porque el peso de su cabeza sobre mis hombros no estaba y abrí los ojos para divisar aquella mirada celeste tan brillante que me causó absoluto deleite poder contemplarla. Quería decirle tantas cosas, deseaba transmitirle tantas emociones.

Noté sus dedos acariciando mi rostro y no pude evitar girarme para besar primero una mano y después la otra sin dejar de retenerla junto a mí, estando aún dentro de ella y no deseando jamás apartarme de su lado como si sintiera que aquel era mi sitio.

Sus labios se acercaron lentamente a los míos en un cálido y dulce beso que me transmitió demasiadas sensaciones de estremecimiento.

«Esto es lo que llaman amor» pensé sin tener otra clase de explicación.

—A partir de ahora no pienso alejarte más de mí —susurré en sus labios para hacerla ser consciente de que no pensaba dejar que nada ni nadie nos separase, incluyéndome a mi mismo en aquella afirmación.

Abrí los ojos y noté el estremecimiento de mi cuerpo al mismo tiempo que estaba acompañado de aquel calor embriagador y succulento que me proporcionaba el cuerpo carnal que tenía a mi lado. De pronto la invasión de todos los recuerdos hizo que inevitablemente acariciara con mi mano su piel, como si necesitara asegurarme que era real y que estaba allí presente, parcialmente sobre mi cuerpo e inundándome con su aroma.

Aún no podía creer que de verdad la tuviera entre mis brazos, que verdaderamente no había sido un sueño y sin duda podía afirmar que no recordaba dormir tan bien en años.

No sabía qué tenía Celeste Abrantes, pero significaba algo, ejercía un poder sobre mí que no podía controlar y solo deseaba más de aquello. No quería desprenderme de su calidez, ni apartarme de su cuerpo desnudo, ni salir de aquella cama de hotel que compartíamos y mucho menos separarme de su lado. No. Definitivamente ya era consciente de que no podría hacerlo, aunque quisiera, porque ella era la salvación de la cárcel que representaba ser príncipe de Liechtenstein.

Cogí el teléfono de la mesilla y comprobé no solo que era tarde para la hora normal en que solía despertarme, aunque teniendo en cuenta que nos acostamos de madrugada era lógico. Tenía varias llamadas perdidas de mi asistente y no me apetecía en absoluto contestar, aunque sabía que debería hacerlo, pero quería tener ese placer de estar unos minutos más en silencio, con aquella sensación inaudita de saber que nadie podría arrebatarme aquel momento.

Para mi infortunio, la llamada entró de nuevo y era consciente que si no contestaba lo siguiente sería llamar a la puerta.

—Si —respondí en voz baja tratando de no hacer movimiento alguno para no despertarla.

—Alteza. Todo está preparado como dejó ordenado para su regreso a Liechtenstein —contestó mi asistente y recordé que le había dado orden expresa de salir a primera hora, por eso mismo tenía varias llamadas perdidas y hasta me parecía extraño que no hubieran venido a la habitación a esas alturas.

—Está bien, estaremos listos en dos horas, haz que envíen el desayuno a la habitación —mencioné pensando en alargar aquel momento lo suficiente para deleitarme de nuevo con la que era mi esposa.

Cerré los ojos siendo consciente de que tocaba volver a la realidad, a esa realidad que por momentos detestaba y que en pequeñas ocasiones como aquella agradecía, porque de no ser por mi estatus quizá no hubiera tenido la oportunidad de conocerla, de tenerla como la tenía entre mis brazos, aunque aún me compadeciera a mi mismo del engaño al que la había sometido, solo que en aquellas circunstancias había pasado a un segundo plano porque sabía que la quería.

—¿Qué hora es? —Su voz sonó somnolienta y se removió levemente sobre mi cuerpo, haciéndome ser consciente de lo pegada a mí que se encontraba y de su completa desnudez bajo aquellas sábanas.

—Son las once —mencioné dejando el teléfono sobre la mesilla de noche—. Buenos días preciosa —añadí tratando de verla, pero noté como escondía su rostro en mi cuello y aquello solo hizo que me estremeciera de infinito placer.

Eran esos pequeños detalles o pequeñeces las que más me apasionaban de una mujer. Sentir su olor, su sedoso tacto, la suavidad o el perfume de su cabello. No era solamente que fuera hermosa, que lo era, o que tuviera unos ojos infinitamente bellos, que los tenía, era el conjunto de un todo que la hacía ser única y al mismo tiempo exquisita como ella sola.

—Será mejor que no te pongas las lentillas hasta que no pase por el taller de chapa y pintura o lo de preciosa se convertirá en cochambrosa.

Me sorprendió el concepto que tenía sobre sí misma, en muchas ocasiones podría haber pensado que una mujer decía aquel tipo de cosas para ser aún más halagada, pero en el caso de Celeste sonaba real, de hecho, tenía un concepto de sí misma erróneo. Ante aquello, me abalancé sobre su cuerpo teniendo pleno acceso a él, sintiendo su desnudez ahora bajo mi cuerpo y no sobre él, pero sobre todo vislumbrando aquel rostro hermoso con el que ya no necesitaba soñar, puesto que lo tenía justamente frente a mis ojos.

—No necesito usar lentillas —susurré acercándome a sus labios—. Y te veo perfectamente hermosa así —añadí mirándola fijamente, queriendo que entendiera que para mí no había mujer más bella de lo que lo era ella.

Ante su silencio me acerqué lentamente deseando probar de nuevo sus labios, necesitando aquella pasión que de ellos emanaba y antes de alcanzarlos ella se alzó para encontrarnos a mitad del recorrido y el fuego abrasó nuestras lenguas jugando al unísono.

«Ni sé como he sobrevivido tanto tiempo sin esto» medité segundos después y recordando que pronto vendrían a servir el desayuno.

—Van a traer el desayuno en breve —mencioné con pesar ante la idea de tener que rechazar lo que de verdad deseaba hacer en aquellos momentos.

¿Quién podía pensar en comida de verdad teniendo ante sí aquel manjar?

—A mí me apetece desayunar lo que tengo delante —contestó dejándome atónito, sin palabras y sobre todo sin aliento.

—Y a mí... —susurré acariciándole la cintura y notando como se acercaba a mi cuerpo provocándome un espasmo y maldiciéndome por no haber optado tomar el desayuno en el avión en lugar de en la habitación—, pero ya di la orden.

Ni tan siquiera me dio tiempo a dudar un segundo, a cuestionar si enviaba todo al diablo y hacer caso omiso a la llamada de la puerta, pero en cuanto mis palabras salieron de mis labios, escuché el sonido del golpeteo que indicaba que nuestro desayuno había llegado. Chasquéé la lengua y me alejé con gran pesar de ella para abrir al servicio de habitaciones.

Puede que el desayuno nos hubiera interrumpido, pero después... bueno, solo tenía que pensar en la palabra ducha para imaginarme lo que sucedería.



---

---

TRECE

---

---



El servicio de habitaciones traía una amplia variedad de dulces y salados para acompañar al desayuno, así que mientras Celeste se había perdido tras la puerta del baño indiqué al mozo que lo sirviera en la mesa y le di la propina para que se marchara inmediatamente después.

—¡Que bien huele!

Alcé la vista y la vi envuelta en albornoz al igual que yo. Supuse que debajo de aquella prenda no habría absolutamente nada y eso me creaba infinitas ansias de averiguarlo.

—¿Café? —pregunté dando un sorbo al mío propio.

Definitivamente necesitaba saturar mis venas de aquel líquido negro después de haber tenido una noche demasiado intensa y haber dormido más bien poco.

—Si por favor —contestó rápidamente y le ofrecí la taza.

Apenas nos dio tiempo a hablar antes de recibir una llamada de trabajo. Necesitaba dar el visto bueno para emitir una lista de aprobación esa misma mañana pese a ser domingo y aquello me llevó más de diez minutos. Cuando colgué el teléfono y comprobé la hora vi que faltaba menos de una hora para coger el avión privado, aunque por lo otro lado no podía dejar de pensar que precisamente por tratarse de un vuelo privado podría retrasarse, ¿no?

Con esa intención me aventuré a entrar sin permiso en aquel baño, donde ya sentía desde el exterior el agua caer de la ducha y donde sabía perfectamente que Celeste se encontraría desnuda. Solo con la imagen que visualizaba mis pensamientos envuelta en ese vapor de agua, se me formaba un nudo en el estómago incesante del cuál no tenía palabras.

Colgué el albornoz sin hacer ruido sobre una de las perchas y entré en la ducha divisando su espalda, no parecía haberme escuchado y si lo había hecho tampoco se había girado, cuando rocé su piel noté un leve sobresalto que apenas duró un segundo, pero le hablé rápidamente al oído.

—Tenemos que estar listos en cuarenta minutos —susurré dejando bien claras mis intenciones.

—Hay tiempo de sobra —contestó mientras se pegaba aún más a mi cuerpo como si fuera todo cuanto necesitaba para saber que ella lo deseaba tanto como yo.

Le di rápidamente la vuelta para que quedase frente a mí y me apresuré en acortar la distancia, en anular el espacio que entre nuestras bocas había para sentir de nuevo aquellos labios y probar otra vez la esencia que de ellos emanaba.

Mi lengua buscó la suya con posesión, anhelando su contacto con infinito fervor y cuando percibí como ella respondía del mismo modo, me estremecí a pesar de sentir el calor procedente

del agua caliente.

Entrelacé mis manos con las suyas a su espalda mientras caminaba levemente hasta sentir la pared, manteniéndola prisionera entre mi cuerpo y aquel muro frío dándome la oportunidad de explorarla a mi antojo.

En sus ojos podía ver el deseo hecho pecado, la intensidad de su aroma, la exquisitez de sus labios y la pasión que transmitía cada poro de su piel eran mi más pura agonía. Fui consciente en aquel momento que sin aquella mujer simplemente moriría.

Moriría porque ella era el todo del nada, la esencia más pura de vida; su risa, su espontaneidad y sobre todo su honestidad la hacían única para mi.

Escuché el gemido que emitió de sus labios y morí de placer, así que la estreché contra mi cuerpo sintiendo de nuevo su calidez mientras el agua nos envolvía, incluso aquella temperatura quedaba helada en comparación con el ardor que sentía por dentro. Mis manos recorrieron inevitablemente su cintura mientras ascendían y acogían entre ellas sus pechos, acariciándolos levemente para después apretarlos con fiereza movido por el más puro instinto de deseo.

—Me volveré adicto a tu cuerpo —jadeé antes de sentir como mordía mi labio inferior y gemí de placer mientras la apretaba aún más fuerte contra mi.

Sus brazos se apoyaron sobre mis hombros y la alcé de las nalgas para tener un mayor acceso a ella, no dejando hueco alguno entre nuestros cuerpos.

—Puedes ser todo lo adicto que quieras siempre y cuando no dejes de besarme —gimió antes de volver a unir nuestros labios y aquella respuesta fue todo cuanto necesitaba para alargar una mano hasta el bolsillo del albornoz y coger uno de los pocos preservativos que habían quedado de la apasionada noche.

Volví a alzarla de nuevo para hundirme dentro de ella en un solo movimiento y sin contemplaciones, viendo sus ojos cerrarse ante la invasión.

—No pienso dejar de hacerlo —aseguré antes atrapar de nuevo aquellos dulces labios carnosos y suaves de los cuales era imposible apartarse.

Podía sentir esa sensación embriagadora recorrerme, aquel infinito placer que parecía inalcanzable acechándome, pero sobre todo notaba como su cuerpo se estremecía bajo el mío, como sus movimientos acompañaban los míos y aquello no solo me enloquecía, sino que me hacía delirar sabiendo que gozaba con cada una de mis embestidas llevándonos al culmen de ese placer.

En el momento que deslicé una de mis manos hasta acariciar el punto exacto de su anatomía, la oí gritar y no pude evitar controlarme ni un solo segundo más, sino que me derramé dentro de ella incontroladamente sin poderlo evitar, sabiendo que, en sus manos, mi control quedaba completamente anulado, como si fuera un títere de su cuerpo y de sus labios.

Había sido así durante toda la noche e imaginaba que sería así por mucho tiempo más, porque lo que había asumido en todas esas horas junto a ella, es que no estaba saciado, siempre anhelaba más.

—Lo siento —susurré cerca de sus labios mientras mi respiración aún era descompasada debido al frenesí que había recorrido mis entrañas momentos antes.

Podía notar mi pulso acelerado y esas ansias que permanecían latentes en mi fuero interno sin llegar a consumirse, porque en lo que se refería a Celeste, era consciente de que nunca sería suficiente.

—¿Qué sientes exactamente?

Su tono de voz parecía alegre, con cierto matiz de diversión en sus ojos y no pude evitar dibujar una sonrisa en mis labios al percibirlo.

—Iba a pedir perdón si había sido brusco, pero comienzo a sospechar que mi brusquedad no supone un defecto para ti —admití acercándome de nuevo a sus labios y esta vez poseerlos con menos voracidad y más suavidad, con un beso tan dulce como el mar de azúcar que bañaba su cuerpo.

—De ser así, debería confesaría que me gusta bastante esa brusquedad con la que me tratas —asintió antes de sentir como el fuego volvía a resurgir de mi interior siendo completamente consciente de que solo bastaba un beso suyo, para postrarme a sus pies.

No llegamos a la hora prevista al aeropuerto y por primera vez no me importaban los ajustes de tiempos o sus consecuencias, me limité a dar una banal disculpa antes de constatar que tanto Celeste como yo estábamos acomodados en los asientos y aprobar el visto bueno para el despegue del avión rumbo a casa.

—Se me olvidaba, me han dado esto para ti —dije en voz alta sacando el sobre de mi maletín que me habían entregado poco antes de salir.

—¿Qué es?

—Es tu correo, hay una persona encargada en ir cada semana a retirar las cartas de tu buzón —respondí sin tratar de ocultarle nada.

Había solicitado que una persona supervisara su apartamento dos veces a la semana para mantenerlo en orden, además de instalar alarmas y seguridad. Lo que menos podía hacer teniendo en cuenta que había convertido su vida en un foco mediático y que probablemente alguien sin escrúpulos trataría de intentar sacar a la luz cualquier trapo sucio sobre su vida por más mínimo que fuera.

Por desgracia habíamos tenido que lidiar con varios personajes de ese tipo en mi familia. Todos tenemos secretos que ocultar y aunque suponía que Celeste también los tendría, a pesar de no haberlos encontrado, esperaba por todos los medios evitarlo a toda costa dado el caso.

—Seguramente todo sea publicidad —murmuró comenzando a analizar su correspondencia.

Observé que abría una de ellas y me dediqué a sacar varios informes que debía tener listos antes de mañana, por lo que aprovecharía el viaje para leerlos y prepararlos en lugar de hacerlo a la llegada. Alcé la vista cuando escuché una especie de maldición acompañada de unos murmullos y observé su rostro claramente asombrado.

—¿Ocurre algo? —pregunté no queriendo ser descarado y ver el contenido de aquellas cartas que la habían puesto así.

—¿Qué? —gritó acumulando todos los papeles y supe que algo la había contrariado—. ¡Ah no!, nada... —añadió ante la falta de mi contestación—. ¿Puedo recuperar mi ordenador?

¿Todavía no lo tenía? Eso era extraño.

—¿Aún no te lo han devuelto? —exclamé pensando que había pasado tiempo suficiente para que lo hubieran analizado.

—No...

De haber encontrado algo sospechoso habría sido informado, por tanto, supuse que todo se debería a un simple retraso.

—Pediré que te lo devuelvan, aunque no tendrás conexión a internet —advertí sabiendo que aún era demasiado pronto para que fuera sometida a ciertos ataques cibernéticos o peor aún, que viera lo que hablaba de ella la prensa. Eso sería condicionarla y deseaba que fuera libre de expresarse como quisiera.

—Está bien.

—Es solo momentáneo, te administrarán un equipo seguro más adelante altamente protegido —

insistí ante su pesadumbre.

No quería que ella se sintiera peor de lo que de por sí debía estar en palacio. Si consideraba que no tenía ningún confidente, amigos o familia. No era de extrañar que quisiera irse cuanto antes y en cambio no había salido huyendo ni tampoco pretendía hacerlo, por eso me encargaría yo mismo de hacer que su estancia fuera lo más cómoda posible.

—¿Protegido de mi? —exclamó frunciendo el ceño—. Te aseguro que no le voy a dar porrazos ni lo voy a tirar por la ventana como la alarma para golpear a tu madre.

Aquellas palabras hicieron que no pudiera contener la risa y estallara en carcajadas. Solo a ella se le podía ocurrir que pensara algo así, pero aquello me recordó la escena donde Celeste lanzó aquel reloj al jardín justo en el momento que pasaba mi madre, y no pude evitar reírme de la situación al imaginarlo en mi propia cabeza.

Pagaría por ver su cara en ese instante.

—No es eso —conseguí decir finalmente y sin poder evitarlo acaricié la piel sedosa de su brazo, no tenía ni idea de qué tipo de crema utilizaba, pero esperaba que la siguiera usando para gozar de aquella suavidad—. Normalmente la casa real sufre bastantes ataques cibernéticos para sacar los trapos sucios, no creo que contigo el riesgo sea menor.

«Dado que ahora eres el blanco de toda la prensa» me faltó decir.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Yo solo bromeaba!

Cuando busqué sus ojos ella tenía la vista puesta en la ventanilla y comprobé sus mejillas rosadas, teñidas de aquel rubor que la hacían aún más hermosa.

Pensé en la suerte que había tenido de encontrarla, en que realmente había sido una bendición que ella se hubiera cruzado en mi camino y sobre todo en lo afortunado que era de tenerla a mi lado, de saborearla y gustarla como había hecho la noche pasada.

—No me extraña que le caigas tan bien a Margarita —constaté para llamar su atención, quería ver de nuevo esos ojos brillantes y tímidos por haber errado en sus palabras al mismo tiempo—, siempre está hablando de ti —añadí para perseverar mi afirmación.

—Ella me gusta mucho —contestó entonces volviendo su mirada de nuevo hacia mi y sus labios hicieron una mueca dejándome apreciar sus dientes blancos—, aunque si me permites decírtelo, creo que necesita salir más de ese palacio en el que vive recluida-

La realidad me abofeteó en toda la cara y suspiré. Celeste no llevaba más que unas cuantas semanas en palacio y ya había podido darse cuenta de muchos detalles que para otros pasaban de largo. Casi nadie se preocupaba por el bienestar de Margarita, sobre todo porque ello significaba enfrentarse a mi madre, en cambio ella la había desafiado en multitud de ocasiones a sabiendas que aquello podría repercutir con más odio y negación por su parte.

—Mi madre es un poco... como decirlo... —Ni tan siquiera era capaz de expresarlo con palabras. ¿Cómo defender lo indefendible?, ¿Cómo justificar que aquellas reacciones tenían un porqué, aunque no fuese del todo justificado? —. No siempre fue así —alegué finalmente ante su expectación.

—En realidad tu hermana me lo contó —contestó sorprendiéndome—. Me habló de tu hermano mayor, si soy sincera no creo que dejándola actuar como hasta ahora, vaya a mejorar. Apenas llevo tiempo en esa casa y me doy cuenta como todos la evitáis y aceptáis su voluntad para no enfrentarla.

—No sabes nada Celeste —dije con cierto hastío.

Probablemente ella tuviera parte de razón, pero no era tan sencillo, sino mucho más complejo de lo que parecía. Puede que mi hermana le hubiera revelado la muerte de Adolph, pero no podía

saber como eso había afectado a nuestras vidas, sobre todo a la mía propia.

—Cierto —contesté—. No es asunto mío, pero al menos habla con tu hermana.

Quizá Margarita había encontrado en Celeste una confidente, algo así como una amiga, esas que por culpa de mi madre no podía tener y yo apenas pasaba tiempo en casa para percatarme de ello, había dejado escapar pequeños matices sobre mi hermana menor que no debía dejar pasar, como la falta de atención. Si. Debería hablar con Margarita, debía saber realmente en qué punto se encontraba ella y como le afectaba el comportamiento de madre, aunque yo tuviera una ligera percepción de ello. Asentí a su petición mientras dejaba que aquellos pensamientos sobre el pasado y presente embriagaran mi mente, siendo consciente de que las vidas de todos cambiaron un fatídico día y que a pesar de pensar que todo habría sido diferente si no hubiera sucedido, tenía que aceptar la realidad que teníamos por más que hacerlo nos hiciera daño.

Sentí el cansancio por la falta de sueño y energía tras llegar a palacio poco antes del anochecer. Nada más entrar por las puertas de palacio observé la figura de la reina en el ostentoso hall de entrada y por su sonrisa supe que algo no andaba bien.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó.

Parecía contenta, feliz y eso quería decir que algo de lo que solía tramar su mente le había salido bien. Por un momento llegué a pensar que tal vez habría aceptado al fin que Celeste tendría que permanecer en palacio y que nos convenía a todos tratarla bien para que permaneciera todo el tiempo que fuera necesario, pero cuando observé que ni siquiera se dignó a mirarla supe que no se trataba de esa situación.

—Debes cambiarte, la cena va a servirse en media hora, pero me avisaron de tu llegada hace solo unos minutos y no pude retrasarla. —Supuse que deseaba que asistiera a esa cena para sonsacarme información del viaje, solo que realmente no me apetecía en absoluto someterme a cientos de preguntas incesantes que no deseaba responder.

—Estamos algo cansados madre —contesté pensando no solo en mí, sino que supuse que Celeste también lo estaría—. Pediremos algo ligero en la habitación.

—¡Oh no! —gimió—. Annabelle está aquí y no puedes hacerle ese despalante.

No. Definitivamente no podía ser verdad que la hubiera hecho venir. ¿Por esa razón sonreía de aquella forma?, ¡Pues claro!, ¡No podía ser de otro modo! Para mi madre, Annabelle siempre había sido como una hija predilecta.

Pensé en negarme y entonces supe que ella sacaría toda la artillería pesada delante de Celeste, que incluso recalcaría que entre Annabelle y yo existió algo justo antes de nuestra boda en las Vegas y lo que menos me apetecía era que lo supiera, porque lo único que mi esposa necesitaba saber de esa mujer, es que era una prima lejana.

Jamás podría enterarse de que justamente por la existencia de Annabelle, ella y yo estábamos casados.

Suspiré preparándome mentalmente para la parlotearía de aquella mujer, que por mucho que me pesara era de la familia y no tendría más opción que sobrellevar su compañía.

En el fondo, Annabelle no me parecía una mala chica, solo que no era el perfil de mujer que me atraía. Si llegué a aceptar salir con ella solo fue precisamente por la insistencia de mi madre en ello y el breve tiempo que duró aquella corta relación, le dio tantas alas a su retorcida mente que por esa razón decidí terminar algo que jamás debió iniciar. Ni tan siquiera podía calificarlo como una relación teniendo en cuenta que no me había acostado con ella y solo salimos en un par de ocasiones a cenar, lo justo para que todos hablaran al respecto e incluso alguien lo filtrara a la prensa.

—Está bien —asentí solo para evitar el tema.

Cuando vi a mi madre sonreír abiertamente y darse la vuelta para marcharse, me sentí contrariado. Las palabras recientes de Celeste diciendo que aceptábamos sus decisiones solo para no enfrentarla me hicieron ver más que nunca en ese momento que era así, que era lo que estaba sucediendo, porque no deseaba por una u otra razón enfrentarme a ella, es más, ¿No era justamente esa la razón por la que me había casado con Celeste? No entendía porqué me costaba tanto hacerlo, imaginaba que en el fondo, no deseaba hacerla sufrir más de lo que ya lo había hecho con la pérdida de un hijo.

La situación me hizo pensar que si Celeste había sido capaz de ver eso en solo unas semanas, ¿Se daría cuenta de que me aproveché de ella con plena intención? En aquel momento me asaltó de nuevo aquella culpabilidad que casi me había ahogado los primeros días y el resentimiento casi me atragantó. De hecho, la observaba frente a mi con los brazos cruzados y era incapaz de verla, solo podía decirme a mi mismo que no merecía nada de ella.

—Si estás cansada puedes quedarte en tu habitación. No es necesario que asistas si no lo deseas —dije con pesar.

Estaba cansado y no precisamente del viaje, sino de aquella situación que se escapaba a mi control y de la cual era incapaz de manejar, pensándolo mejor quizá era buena idea que Celeste no conociera momentáneamente a mi prima.

—¿Quién es Annabelle? —Su pregunta suscitaba curiosidad, ¿También habría detectado que existía algo extraño en dicho nombre?, ¿Tal vez alguien le podría haber dicho algo?

No. Imposible. Era imposible que supiera algo.

—Una prima lejana —respondí sin dar demasiada importancia, creyendo que de ese modo no insistiría. Lo que menos me apetecía era tener que explicarle exactamente quien era Annabelle y que había salido con ella para que la considerase una exnovia o algo así. No. Después de lo que había ocurrido ese fin de semana no quería ningún tipo de malentendido entre ella y yo.

—Una prima lejana por la que tiene bastante interés tu madre —admitió en un tono que evidenciaba que no se había quedado satisfecha con mi contestación abreviada.

—A mi madre siempre le ha caído bien Annabelle, es de su agrado —admití iniciando el recorrido hasta mi habitación para que no hubiera más preguntas que me obligaran a dar respuestas indeseadas.

¿Por qué tenía que venir justo ahora?, ¡Maldita sea!, ¡Justo cuando entre Celeste y yo todo comenzaba a ir bien!

No temía realmente a Annabelle o su reacción, sabía que en el fondo solo era demasiado ilusa, complaciente y con cierta ansia de ser poseedora de algún título, por eso mismo le valía el de princesa de Liechtenstein. De hecho, esa fue una de las principales razones que menos me convencía de su forma de ser, no ocultaba que ansiaba el trono, aunque no la culpaba de ello, no había sido la única que había pasado por mi vida que lo deseaba. El problema radicaba en que mi madre le había llenado la cabeza de ideas, hasta el punto de que incluso mi propia prima hablaba de nuestra boda cuando entre nosotros había menos atracción de la que pueden tener dos polos opuestos —al menos por mi parte—, Annabelle podía ser guapa, pero demasiado artificial para mi gusto ya que había buscado en la estética la perfección. No lo criticaba, pero no era mi devoción. Yo prefería algo más natural, más carnoso, más... Celeste.

¡Esa mujer me tenía completamente absorbido y embrujado hasta límites insospechados! Y más ahora que había probado ese melocotón jugoso en el que descubrí las maravillas que otorgaba el paraíso terrenal. No. Sin lugar a duda tenía muy claro que no quería perder a Celeste y cuánto más



la tuviera alejada para que no descubriera nada respecto a Annabelle; mejor.

—¿Sí? —contestó con cierto énfasis y detuve mi paso—. Entonces me muero de curiosidad por conocerla, tal vez si me llevo bien con ella consiga que tu madre deje de odiarme.

—No te odia —dije abruptamente mientras volvía a caminar y ella seguía mi paso, alcé la vista para ver brillar sus ojos ante cierta expectación, como si realmente no me creyese.

Realmente no era odio lo que mi madre sentía por Celeste, después de todo no le había hecho nada, su resentimiento venía ligado por la falta de control en la situación y el hecho de que las cosas no hubieran sucedido como ella quería, lo que la hacía tener ese comportamiento tan irascible hacia la que era mi esposa.

—Claro, por eso ni me ha mirado siquiera cuando llegamos —afirmó con una ironía notoria.

—Ella es bastante... difícil —dije dándole la razón.

¿Cómo podía hacerla entender que por más que quisiera enfrentarla, por más que deseara llevarle la contraria, al final no lo hacía por miedo a que sufriera aún más de lo que ya había sufrido? No. Era difícil de comprender porque había adoptado aquella condición respecto a mi madre con tal de que ella fuera feliz a su manera, porque muy a mi pesar la quería, ella a fin de cuentas era mi madre.

—Ella es así porque se lo permitís —insistió.

—Aunque creas que lo sabes todo porque Margarita te lo haya contado, realmente no tienes idea de nada —probablemente mi hermana le hubiera contado que Adolph murió en un accidente, pero lo que Celeste no podía comprender es que no solo cambió nuestras vidas, sino que yo era el único que sabía que competía en carreras de coches y si hubiera dicho algo... si hubiera mencionado en alguna ocasión lo que hacía, quizá aún seguiría entre nosotros. Si, por esa razón era incapaz de enfrentarla, porque cada vez que veía en sus ojos el dolor de una madre me sentía culpable de aquella pérdida—. Será mejor que no volvamos a sacar este tema.

—Como quieras —respondió y sentí que algo se quebraba en mi interior. Realmente incluso me sentía mal por la situación puesto que al mismo tiempo quería, pero no podía darle la razón—. Te veré en la cena —añadió ante mi sorpresa y antes de que pudiera decir algo al respecto, entró en su habitación y cerró la puerta.

En aquel momento sentí dos cosas. La primera era aflicción por lo que quizá ella debería soportar en esa cena teniendo en cuenta que mi madre no perdería oportunidad en alabar a Annabelle y sus hazañas. Pero la segunda era agradecimiento, porque realmente no quería estar allí si no estaba ella presente y es que sentía que si Celeste estaba a mi lado, las cosas siempre eran diferentes.

Apenas tardé diez minutos en darme una ducha y cambiarme de atuendo para la cena. No solo me apetecía refrescarme por el viaje, sino porque necesitaba aclarar mi mente respecto a que pasos iba a dar en aquella relación que mantenía con Celeste. Después de haber pasado aquella magnífica noche, tenía más que claro que no pensaba alejarme de ella, que por nada del mundo iba a distanciarme, pero en aquel momento era consciente de que había sido demasiado tajante respecto al tema de mi madre cuando ella al fin y al cabo solo trataba de ayudarme. Me daba cuenta de que mi actitud no había sido la correcta respecto a alguien que únicamente me estaba dando su punto de vista o su consejo, aunque apenas la conociera, pero... ¿Acaso no tenía razón?, ¿No estaba en lo cierto? Y lo más importante de todo; me importaba su opinión.

En cuanto llegué al comedor donde tendría lugar la cena, visualicé su figura y tuve una sensación de calma por saber que estaría presente, por primera vez en años sentía que no estaba solo, sino que ella era esa parte que me complementaba. No estaba incomodo como en otras

ocasiones y aunque aún permanecía esa parte de culpabilidad o ese miedo a que descubriera la verdad, la sensación de bienestar le estaba ganando la batalla y comenzaba a pensar que aquella mujer no solo estaba conquistando mi corazón, sino penetrando mi alma.

—¡Mi queridísimo Bohdan! —La voz de Annabelle hizo que mis pensamientos se diluyeran y tuviera que ser consciente del momento presente. Noté como avanzaba hasta abrazarme y recordé de pronto la efusividad con la que siempre solía saludarme.

—Hola Annabelle —contesté en un tono menos efusivo y más formal con el que solía contestarle.

La cena comenzaba a transcurrir con normalidad, incluso había llegado a deducir que en ningún momento se sacaría a relucir el hecho de que entre Annabelle y yo pudo existir un *algo* en tiempo pasado, más aún cuando parecía considerar que la expresión; necesito tiempo, tenía el significado de; te vas a casar conmigo un poco más tarde y para mi significaba literalmente; no quiero nada contigo.

—¿Cuándo vendrán tus padres, querida? —preguntó mi madre después de que Annabelle nos entretuviera con sus aventuras y desventuras en su último viaje.

—Me confirmaron que estarán aquí a tiempo para la ceremonia del bicentenario Margoret.

La ceremonia. Casi se me había olvidado de que sería dentro de poco y que representaría un baile importante en el que estaría toda la familia y los altos dignatarios de Liechtenstein.

—Bohdan, debes hacer el baile de apertura con Annabelle —pronunció mi madre.

Supe instantáneamente por su tono que no era una sugerencia, sino más bien una orden y aquello me sobrepasó. Podía aguantar que se ensañara conmigo, podía soportar que no dejase de compararme con Adolph con sus reproches e incluso podría tolerar algunos desplantes hacia Celeste porque quizá necesitaba tiempo para conocerla y tenía la esperanza de que entrase en razón o más bien se resignase, pero lo que no pensaba consentir es que me impusiera hacer ese baile oficial junto a Annabelle porque conocía la tradición y en aquel baile todo el mundo esperaba que lo hiciera con la futura princesa de Liechtenstein.

—No creo que sea conveniente —contesté con tranquilidad no queriendo demostrar la exasperación que sentía—. Todo el mundo esperará que inaugure el baile junto a mi prometida —añadí con la verdad.

¿No era mi prometida oficial después de todo?, ¿No esperaban todos que la ceremonia se celebrase dentro de poco?

—¡Ese baile siempre se ha inaugurado con miembros de la familia real! —exclamó mi madre dando por sentado que Celeste jamás sería realmente parte de la familia.

—Por si se le ha olvidado, *madre* —recalqué intencionadamente para que prestase atención y le quedase muy claro—, ella ya pertenece a la familia real.

Es mi esposa. Mía y de nadie más, lo quisiera o no.

—Solo por un periodo breve de tiempo.



---

---

## CATORCE

---

---



Su voz replicaba ese tono condescendiente al que me había tenido que acostumbrar en los últimos años. Ese indiscutible timbre que me recordaba constantemente que yo jamás estaría a la altura de mi hermano.

En aquel momento podía sentir como mi sangre hervía. Podía comprender su deseo porque fuese Annabelle quien ocupase el trono a mi lado algún día, pero eso no le daba ningún derecho a tratar así a la que realmente era mi esposa y apreté los puños para no confesar allí mismo que comenzaba a valorar la posibilidad de mantener aquel compromiso en firme, pero a pesar de que era un hecho real que lo estuviera pensando, no deseaba acelerar las cosas, no cuando ni siquiera sabía si Celeste lo deseaba, si ella podía estar dispuesta a aceptar aquello.

—Querido. —La voz de Annabelle irrumpió mis pensamientos—, seguro que a tu prometida no le importa cederme ese honor teniendo en cuenta que es una tradición y para todos aún no estáis casados. ¿Verdad que no te importa?

Sus últimas palabras se dirigieron hacia Celeste y la observé. Contemplé aquellos ojos cuyo color hacía competencia a su nombre a pesar de ser el mismo y noté cierto brillo en ellos.

Deseaba que se negara, que dijera que no, que le plantase cara con ese carácter que yo mismo había podido ver con mis propios ojos, si se negaba sabría que ella anhelaba tanto como yo que aquel compromiso fuera real.

—Por supuesto que no me importa —contestó mientras sonreía y percibí que realmente le importaba, que carecía de absoluto interés.

No podía culparla, en realidad no es consciente de la importancia que tenía ese baile para la imagen de la familia y más aún, lo que representa de ella, así que no era de extrañar que no mostrara ningún tipo de interés.

—¡Ves! —La exclamación de mi prima hizo que me martillearan los oídos por estar a su lado y suspiré pensando que al menos uno de los dos era feliz con la situación—. ¡Todo solucionado! —volvió a gritar mientras daba pequeños saltitos y palmadas.

La mano de Annabelle volvió a ceñirse sobre mi brazo y la observé, percibí entonces su sonrisa de satisfacción, pero más que satisfacción era superioridad, como si se sintiera plena por haber salido vencedora en aquella rivalidad.

«Sé feliz ahora, que luego quizá no lo seas tanto» pensé mientras cogía mi copa para dar un buen sorbo y que el vino calmara mi deseo de dar un golpe sobre la mesa y decir que era yo quien

elegía a mi pareja de baile, nadie más.

No dije nada, me limité a mantener un silencio absoluto como si de algún modo creyeran que había aceptado, pero tenía muy presente que de todas las damas que acudirían a aquel baile, precisamente la que tenía a mi izquierda sería la última que elegiría para iniciar el baile.

Aún faltaba demasiado tiempo para aquel evento, tiempo más que suficiente para determinar si los sentimientos que tenía hacia Celeste eran tan fuertes como pensaba y más aún, si de algún modo ella correspondía a ellos o solo era una simple atracción física.

—Querido, acabo de recordar que hay algo de lo que tenemos que hablar en privado —terció Annabelle con su tono melodioso al punto que podía sentir que tanto su mano como sus palabras me acariciaban, solo que no deseaba en modo alguno recibir dichas caricias, es más, comenzaba a detestarlas porque no me resultaban convincentes o naturales.

Fui consciente de que semanas atrás, no me resultaba tan insoportable o tedioso como ahora, sencillamente sentía que era demasiado empalagosa o pegajosa para mi gusto, en cambio ahora, rozaba el hastío e incluso me resultaba aburrido aquel carisma que había adoptado hacia mi. Su incesante coqueteo comenzaba a molestarme.

—Tú dirás —dije cuando todos habían salido del comedor y nos habíamos quedado a solas.

—Querido, creo que este no es el lugar apropiado para hablar de ese tema, ¿Por qué no vamos a tu despacho? O quizá, ¿A tu habitación?

¿De verdad creía que el lugar idóneo para mantener una charla era mi habitación? Nadie pisaba mis aposentos salvo el personal seleccionado y mi familia más cercana.

Ella desde luego no era ese tipo de familiar.

Ni tan siquiera Celeste los conocía ahora que lo pensaba, aunque lo cierto es que reservaba mi intimidad lo suficiente para no invitar a nadie hasta que no estaba realmente seguro de que no daría marcha atrás.

—Estoy cansado Annabelle, así que di lo que tengas que decir ahora o mejor lo hablamos en otro momento, pero te aseguro que no será en mi habitación —aclaré elevando el mentón como si aquello me hiciera más alto y entendiera que estaba por encima de sus peticiones.

—¡Oh claro!, ¡Desde luego! —exclamó como si se hubiera sentido ofendida porque habría podido interpretar mal sus intenciones.

De ser así, no pensaba disculparme.

—Buenas noches, Annabelle —dije dando por finalizada la conversación y saliendo de aquella estancia.

—¿Sabe ella que tú y yo estamos juntos? —preguntó justo cuando iba a traspasar el umbral de la puerta y respiré concienzudamente para mantener la calma.

—No creo que la definición de estar juntos se aplique a lo que tuvimos, Annabelle —terció dándome media vuelta y contemplando su figura. Definitivamente podía ser guapa y para muchísimos hombres bastante atractiva, pero carecía de lo primordial que buscaba en una mujer; carisma—, pero no sabe nada y preferiría que siguiera siendo así.

—Por supuesto, aunque de todos modos no importa porque ella se irá pronto, ¿no?

—El tiempo que esté o no en palacio *mi esposa* es algo que no repercute tu incumbencia Annabelle, espero que a partir de ahora lo tengas muy presente.

No esperé a que contestara, simplemente me marché de allí sin volver a despedirme, en aquel momento solo me apetecía una única cosa en el mundo y era perderme en la increíble y sedosa piel de una ninfa con ojos celestes.

Llamé a la puerta de la habitación de Celeste aguardando una respuesta, pero en vistas de que

esta no llegaba decidí entrar y pese a que la habitación estaba iluminada, no existía rastro alguno de ella sobre aquella inmensa cama. Fue entonces cuando percibí el ruido del agua cayendo de la ducha procedente del baño, el recuerdo de aquella misma mañana me invadió tan de lleno que incluso podía notar como mi piel ardía ante la inminente pasión cegadora que me estaba consumiendo.

Eché el pestillo a la puerta, lo que menos me apetecía en aquel momento era tener una inoportuna interrupción y quizá debería recordarle a Celeste que lo hiciera en un futuro, aunque realmente el palacio estaba siempre vigilado. Estaba exhausto, pero lo estaría aún más si no la tenía entre mis brazos y eso que apenas habían pasado horas desde la última vez que lo estuvo.

Me desvestí meticulosamente dejando la ropa sobre uno de los sillones y me adentré en el baño desde donde podía contemplar entre el vaho la piel que conformaba aquel delicioso cuerpo. Me volvía loco. Me exasperaba e inquietaba al mismo tiempo, me seducía, corrompía y desataba mi alma. La sensación era tan placentera como aterradora, algo inexplicable.

Tal y como había sucedido esa mañana, ella estaba situada de espaldas mientras mis ojos recorrían con hambre la curva de su columna vertebral en el momento justo en que comenzaban sus nalgas. Me acerqué lo suficiente para que sintiera mi presencia, para rozar mi entrepierna entre sus piernas y percibiera el poder que ejercía sobre mi cuerpo sin siquiera ser consciente de ello. Su grito me confundió, no había esperado asustarla, había dado por hecho que sabía que estaba presente. Dió un pequeño saltito conforme se daba la vuelta abruptamente y noté como perdía el equilibrio e iba a caerse, así que ávidamente la sostuve entre mis brazos acercándola a mi.

—Soy yo —Mi voz estaba cargada de deseo, un deseo que veía poco probable que se marchitase. Me incliné sobre ella dándole un pequeño beso cerca de sus labios, esperando que se calmase —. No pensé que te asustaría, esta mañana no te asustaste —añadí recordándole ese hecho.

—¡Porque esta mañana podía suponer que vendrías! —exclamó airada, aunque noté como sus facciones se relajaban y después me observaba detenidamente—. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos brillaban con tanta intensidad bajo aquellas pestañas mojadas que no me pude resistir un solo segundo más.

—Creo que es evidente, ¿no? —contesté acortando la distancia y acogiendo esos labios carnosos entre los míos aspirándolos con devoción, sintiendo la pasión que en ellos había y dejándome arrastrar hacia un abismo en el que no me importaba en absoluto adentrarme sin miedo alguno.

La estreché entre mis brazos y noté como me envolvía con los suyos mientras comenzaba a probar la piel de su barbilla y posteriormente de su cuello, definitivamente el agua en su cuerpo tenía un sabor mucho más atractivo.

—¿Y la muñeca diabólica? —preguntó repentinamente.

—¿Cómo? —dije no comprendiendo a que se refería.

¿De qué muñeca hablaba?, ¿Qué tenía eso que ver con nosotros?

—Tu prima —respondió y ni tan siquiera pensé si Annabelle tenía alguna relación con alguna muñeca en especial. ¿Se referiría a la de la película de terror? No le di importancia a pesar de que el parentesco podría resultar perturbador.

—Le dije que estaba cansado.

Y era cierto, ¿no? Aunque había conseguido esquivarla por esta vez, no sabía si correría la misma suerte una siguiente, aunque esperaba fervientemente que a Annabelle se le hubieran

quitado las ganas de retenerme.

—¿Lo estás? —preguntó entonces apartándome de ella para mirarme directamente a los ojos y vi que tenía una expresión divertida.

—No lo suficiente preciosa —confesé sellando aquellas palabras con un beso cargado de posesión que le transmitiera lo que verdaderamente deseaba en aquel momento.

Con ella nunca podría estar suficientemente cansado.

Alcé sus nalgas para sentir por completo su cuerpo y me dejé arrastrar por la plenitud de aquel placer que me abrasaba hundiéndome completamente entre sus piernas.

Era más que probable que me hiciera adicto a ese cuerpo

Salimos de la ducha y nos secamos a la par entre pequeños roces, risas y algunos besos poco castos hasta que finalmente salimos del baño y nos adentramos en su cama. Tenía muy claro que no me apetecía dormir solo, es más, ni tan siquiera había contemplado la posibilidad de volver a mi habitación vacía a menos que ella me lo pidiese, más aún cuando aquella calidez de su cuerpo desnudo se ajustaba perfectamente al mío bajo aquellas sábanas y podía aspirar aquel aroma embriagador que me teletransportaba al quinto cielo.

—Buenas noches, preciosa —susurré después de permanecer unos minutos en silencio, al no obtener respuesta, supuse que el cansancio había jugado a su favor y ya se encontraba profundamente dormida—. Descansa mi princesa, gracias por aparecer en mi vida cuando más te necesitaba —susurré estrechándola aún más en mis brazos mientras sentía un leve jadeo proveniente de sus labios y sonreí complacido ante aquel gesto.

Tenía presente de que con toda probabilidad Celeste me odiara cuando descubriera lo que hice y se marcharía de mi lado, pero debía considerar que aunque yo deseara que ella permaneciera a mi lado, el papel de la esposa del futuro monarca y la presión a la que sería sometida no era algo fácil de aceptar. A pesar de ello, nada ni nadie podría arrebatarme aquel momento, esa dicha de felicidad que llevaba sin saborear tantos años que ni siquiera podía recordarlo en mi memoria.

Con aquel pensamiento me quedé profundamente dormido a su lado y cuando abrí los ojos, noté esa sensación de calor pegado a mi cuerpo, tarde varios minutos en ser consciente de que aquellas formas suaves que se adaptaban y encajaban perfectamente con el mío eran de aquella diosa de ojos claros y cabello tan negro como el azabache. Sonreí sin ser realmente consciente de la razón por la que lo hacía, en el momento que mis ojos se adaptaron a la poca luz que había en el ambiente alcé mi rostro de tal forma que lo coloqué sobre el brazo mientras me apoyaba sobre el codo para tener una visión perfecta de sus facciones.

«Dormida es aún más bella» pensé mientras contemplaba la suavidad de los músculos relajados de sus facciones, esos labios jugosos y rosados, aquella tez pálida y dulce al mismo tiempo, sus pestañas tan largas y negras que contrastaban enormemente con la blancura de su piel, todo ello envuelto en un rostro ovalado que enmarcaba perfectamente sus rasgos.

Podría pasarme todo el día observándola, hasta que eso me recordó que tenía una cita esa misma mañana y probablemente nadie supiera donde localizarme dado que no mencioné que me ausentaría de mis aposentos.

Tampoco me preocupaba, pero en cuanto me deslicé con cuidado de la cama y cogí el teléfono, comprobé que tenía varios mensajes sin leer de mi asistente, precisamente para recordarme la cita y saber donde me hallaba. Comencé a vestirme con cuidado de no hacer ruido para no despertarla y justo cuando estaba terminando de abotonar la camisa escuché su voz somnolienta preguntándome si me marchaba.

Alcé la vista y mi corazón se detuvo al contemplar la dulzura con la que me observaba. Si

podiera congelar ese momento, retenerlo para siempre en una imagen que se guardara en mi cerebro, desearía mil retratos de ella en aquel estado dulce y pasional al mismo tiempo, tanto así que no pude evitar acercarme a ella porque no podía pasar un segundo sin besarla.

—Tengo una conferencia dentro de una hora y aún debo prepararme —confesé robándole un beso—. Sigue durmiendo, aún es temprano. Lamento haberte despertado preciosa.

Noté como se estiraba y trataba de incorporarse aún más, como si realmente no pretendiera seguir durmiendo.

—Si me llamas tanto preciosa voy a terminar por creer que lo soy. —Su voz evidenciaba franqueza, como si realmente no creyese que era bella.

—¿Y por qué razón no habrías de creerlo si lo eres? —pregunté algo que para mi era más que evidente. Tal vez no tendría esa belleza exuberante de la que tanto se hacía alarde en las modelos de pasarela, pero desde luego ese tipo de mujer era solo una imagen proyectada, el perfil que parecía real, auténtico y y hermoso por naturaleza era el suyo.

—¿Tú me has visto bien? —exclamó y no pude evitar volver la vista a ella después de colocarme la chaqueta.

¿Si la había visto bien? Mejor hubiera sido preguntar si no me había dejado algo sin ver, solo con recordarlo el calor comenzaba a abrasar mi cuerpo.

—Diría que te he visto *muy* bien —mencioné recorriendo con mis ojos aquel cuerpo y sabiendo que estaba completamente desnuda

Tenía que irme. Era consciente de que llegaría tarde a la conferencia que tenía a primera hora de la mañana, pero resultaba inevitable, —más aún si recordaba los placeres que en aquel cuerpo y sobre aquella cama me aguardaban—, que la idea de permanecer allí me tentara.

—¿Seguro? —preguntó entonces con aquel tono sugerente que comenzaba a prenderme por completo. Sabía que me estaba provocando y eso conseguía que me excitara aún más.

—Tengo que irme... —gemí exasperado, sabiendo que el deber me llamaba y que supuestamente dicho deber quedaba por encima de mi propio placer.

—¿De verdad? —Pude ver como se llevaba un dedo a la boca, lamiéndolo lentamente mientras me observaba con aquellos ojos oscurecidos por el deseo, colapsados de auténtico placer.

Exploté. Me daba igual la conferencia, quien asistiera, mi asistente, mi madre, la propia Annabelle y todo aquel que se interpusiera entre Celeste y yo. Lo que sentía no era normal y sabía de sobra que jamás lo había sentido con tanta intensidad.

—¡A la mierda la conferencia! —grité quitándome la chaqueta de un movimiento y lanzándola lejos a alguna parte donde seguramente no terminaría bien parada.

Me lancé sobre ella aferrándome a sus labios con fiereza, con tanto ímpetu que solo me aparté ligeramente por falta de oxígeno. Mordí suavemente su mentón, con reservas de querer marcarla por la intensidad con la que me hacía vibrar cada palmo de mi cuerpo, quería devorarla al mismo tiempo que la llevaba a la plenitud del éxtasis. En el momento que me aparté lo suficiente para deslizar aquella sábana de su cuerpo y contemplar su desnudez, me embriagué de su cuerpo, de las curvas que lo conformaban tan sinuosamente y noté como el pantalón me apretaba, sintiendo la rigidez de mi entrepierna.

No tenía duda alguna de que ella era esa persona que me complementaba, que durante tanto tiempo había tratado de encontrar, pero hasta ahora no me había dado cuenta de la intensidad que sentiría cuando al fin la encontrase. No solo era la atracción que pudiera provocarme, sino el simple hecho de como me sentía estando junto a ella.

Celeste colocó un pie sobre mi pecho y lo acogí entre mis manos mientras comencé a dar

pequeños besos desde el empeine, ascendiendo por su pierna con la intención de llegar a sus muslos y perderme entre ellos saboreando su delicioso sabor, pero antes de que pudiera hundir mi boca en aquella fuente de placer, el sonido de un teléfono cortó el silencio que nos acompañaba.

«¡Ring, Ring, Ring!»

—¿Quién es? —pregunté extrañado de que alguien la llamara a esas horas de la mañana.

—No es nadie —contestó rápidamente y el sonido de aquel teléfono se cortó. Inmediatamente después ella se incorporó para besarme con tanta intensidad que casi había olvidado porque había cesado en mis intenciones de hundir mi boca entre sus piernas, cuando su lengua se entrelazó con la mía la estreché entre mis brazos, sin lugar a duda ella sentía exactamente como yo, aquella pasión que nos consumía a la que parecíamos incapaces de resistirnos.

Deslicé mi boca sobre su cuello escuchando su jadeo cuando sonó de nuevo el timbre de aquel maldito teléfono.

La idea de que fuera algún exnovio celoso irrumpiendo a dichas horas pensando que así la encontraría a solas pasó por mis pensamientos. Entendía que ella pudiera tener un pasado como mismamente yo lo tenía, pero quería ser su presente y futuro, sin que nadie más se entrometiera.

¿Desde cuando me había vuelto tan egoísta? Probablemente desde el mismo momento en que había descubierto que no deseaba compartirla y que era la única dueña de mis pensamientos.





---

---

## QUINCE

---

---



Celeste pronunció entonces algo que no entendí y por su tono deduje que no parecía contenta con la interrupción, pero juraría que había dicho algo parecido a una maldición. Me gustaba incluso con ese ceño fruncido de fastidio y esa clase de frases incomprensibles que decía pensando que yo no la entendería. Fue entonces cuando me miró fijamente.

—Es mi madre.

Aquello me tranquilizó por una parte y deduje que si insistía en llamarla a esas horas debería ser algo importante o de lo contrario esperaría.

—Será mejor que cojas el teléfono, debe ser algo urgente si te llama a estas horas.

No mencionó nada, sino que escuché una especie de quejido por parte de sus labios y después se llevó el teléfono a la oreja comenzando a hablar en castellano.

Vagamente lo recordaba, pero cuando escuché el estridente sonido procedente de su teléfono y la voz femenina de la que se supone debía ser mi suegra, presté más atención para saber si podía captar algo de la conversación, averiguar porqué recibía una llamada a esa hora temprana y si debería tomar medidas al respecto por si se trataba de algún tema personal por el cuál ella debiera regresar a casa.

No entendí nada hasta que las palabras *estar con tu principito* resonaron entre aquella charla y estallé de risa con el apodo que me había bautizado. Por la conversación que mantenía pude intuir que la llamada solo era para echarle una reprimenda por no visitarla a pesar de que habíamos estado en España.

Cuando oí de nuevo hablar a Celeste me acerqué hasta ella y mientras parecía observarme detenidamente como si yo la comprendiera, le di un cálido beso en los labios, casi un roce.

—Dile a tu madre que tengo ganas de conocerla —susurré cerca de sus labios.

Si quería llevar nuestra relación a buen fin, debía comenzar por su familia, así que conocer a mis suegros podría ser un gran inicio.

Me marché cuando escuché el grito de emoción que salió de aquel pequeño aparato y comprendí que aquel carisma tan chispeante que caracterizaba a Celeste provenía de su propia madre. Me marché con una vaga sonrisa en los labios a pesar de que mi mañana placentera se hubiera ido a tomar viento, pero el buen sabor de labios que me había dejado me acompañaría el resto del día hasta que de nuevo probara esa carne sabrosa.

El día se fue complicando por varias gestiones que me retuvieron fuera de la ciudad, de modo

que no pude volver para almorzar ni cenar a palacio y algo que tan solo unos meses antes me había parecido trivial y llevadero, ahora me resultaba bastante tedioso.

—¡Frederick! —exclamé llamando a mi asistente en cuanto terminé la reunión e iba camino de un acuerdo comercial.

—Sí, excelencia —contestó situándose a mi lado con su agenda.

—Quiero que encuentres a la mejor modista de la ciudad, o mejor aún, aquella que sea una eminencia en vestidos de gala y te asegures de que le realicen el mejor vestido a mi prometida para al evento del bicentenario.

—Por supuesto excelencia, ¿Desea que concierte una cita para que le tome medidas a la joven Abrantes? —preguntó tomando nota en su agenda.

—En absoluto. Debe ser una sorpresa y asegúrate de que nadie, excepto tú, conoce los detalles.

No sabía como iban a arreglárselas para captar las medidas de Celeste, pero no deseaba que ella lo supiera, deseaba que estuviera realmente arrebatadora para el evento, aún más de lo que de por sí era.

—Así será... ¿Algo más?

—No. Bueno sí, ¿Cuánto hace que no limpian los calabozos de palacio?

Acababa de recordar que entre Celeste y yo existía una vieja promesa... y que mejor momento que aquella noche para complacerla.

—No lo sé excelencia, pero puedo averiguarlo.

—Los quiero en perfectas condiciones para esta noche y asegúrate que quedan completamente vacíos, tengo la intención de hacerle una visita guiada a mi prometida y no deseo que seamos interrumpidos bajo ningún concepto.

Mi ambición no era solo una noche de infinito placer junto a esa mujer, sino que iba mucho más allá. Deseaba tenerla bajo el yugo de mi cuerpo, poseyéndola sin ningún tipo de reservas, encadenada para satisfacerme de cada centímetro de su cuerpo y abrazarme con la calidez de su piel.

—Por supuesto.

Llegados a ese punto, me importaba muy poco lo que Frederick pudiera pensar que sucedería en esos calabozos. Probablemente habían pasado años desde la última vez que había bajado a ellos y solo porque se guardaban las viejas armas de reliquias familiares y tuve que comprobar su estado después de unas lluvias torrenciales que habían inundado parte de los calabozos, finalmente los daños no fueron considerables en esa ala del palacio, aunque en general se encontraban en buen estado.

Mis ansias no me dejaban pensar con claridad porque mi mente iba mucho más allá adelantándome a la fantasía sexual procedente de esas mazmorras. Aún así me centré en mi responsabilidad el resto de la jornada hasta que regresé a casa. En cuanto me di una ducha rápida solicité a uno de los sirvientes de palacio que le entregara una nota a Celeste y posteriormente la acompañara hasta la puerta de las mazmorras, de ese modo estaba seguro que no se perdería.

El mensaje de la nota era directo, no dejando duda alguna de mis intenciones “*La espero en las mazmorras señorita Abrantes. Creo recordar que tenemos pendiente una visita guiada*”, aunque no tenía motivo alguno para pensar que no vendría, la incertidumbre me mantenía completamente expectante mientras la aguardaba.

¿Realmente se atrevería?, ¿O por el contrario me respondería cambiando de opinión por ser reticente a entrar en lugares lúgubres y fríos? No me dio esa impresión la última vez que hablamos sobre ello, es más, pude apreciar la excitación en sus palabras.

—¿Bohdan?

Su voz a lo lejos me demostró que era mucho más atrevida de lo que pensaba, es más, recordaba que ninguna de mis exnovias se había atrevido a bajar a ese lugar, ni siquiera para verlo. Los rumores sobre el sufrimiento que en vidas pasadas habían padecido algunos hombres eran demasiado aterradoras hasta el punto de que algunos criados habían mencionado que podían escuchar voces.

En mi opinión solo eran historias antiguas o leyendas urbanas. Había bajado infinitas veces cuando era niño a esos calabozos con Adolph y jamás había escuchado nada, aunque bien era cierto que algunas zonas de aquellas mazmorras eran mucho más oscuras y tenebrosas que otras.

—¡Cómo me des un susto de muerte, conste que te daré una bofetada! —exclamó y tuve que morderme el labio para contener la risa.

Así que realmente estaba algo asustada. Saberlo me complació, porque se aferraría más a mí para calmar su miedo y yo le demostraría que no debía temer a nada.

—¿Ah sí? —gemí detrás de ella sorprendiéndola y noté su pequeño espasmo antes de relajarse entre mis brazos conforme le rodeaba la cintura. —Ven aquí —susurré no soportándolo más y le di la vuelta para atrapar su boca que clamaba a gritos ser devorada.

La alcé en el aire para que rodease con sus piernas mi cintura y caminé hacia una de las habitaciones que tiempo atrás podría haber podido ser una sala de tortura, solo que había sido restaurada. La dejé sobre un alféizar y sentí su estremecimiento cuando me alejé levemente de ella. Era como si el calor que emanaban nuestros cuerpos quisieran fusionarse al mismo tiempo que lo hacían nuestros labios. La sensación era frenética y no podía soportar perder su contacto.

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto, exactamente desde el momento que mencionaste este lugar —admití confesando que después de que ella citara aquellas mazmorras, la idea de encadenarla y tenerla a mi merced para hacer lo que quisiera con aquel cuerpo me embriagaba hasta límites inconcebibles.

—¿Me vas a encadenar? —preguntó entre una especie de congoja y estupor.

—Sí —jadeé—. Quiero que estés completamente a mi merced —confesé casi roto por el deseo.

Vi el fuego en sus ojos y supe que ella lo deseaba casi tanto como yo, por lo que comprendí que, si estaba accediendo a aquella petición, significaba que confiaba en mí, que aquello no podía ser únicamente deseo, sino que había mucho más de lo que únicamente su cuerpo era capaz de expresar...

Aquellas cadenas eran rudas y toscas. Se encontraban algo oxidadas por el paso del tiempo, pero como todo en aquel lugar había sido bien cuidado y tratado para su conservación, por lo que no me preocupaba que pudiera hacerse daño, es más, yo mismo estaba teniendo suma delicadeza en no dañarla.

La expectación por verla maniatada bajo mi cuerpo me otorgaba una sensación de plenitud hasta ahora desconocida, como si la posesión fuera mayor por saber que ella deseaba ser igualmente sometida. Era extraño o, mejor dicho; infinitamente excitante tenerla a mi entera disposición bajo mi cuerpo. La tenía frente a mí, sentada, con las manos por encima de su cabeza y expectante por ver cual sería el siguiente paso que realizaría con ella. No puso objeción, ni tan siquiera me preguntó de que se trataba aquello o vi el miedo en sus ojos. Ella parecía receptiva, asombrada y definitivamente debía confiar en mí para dejar que la maniatara.

Sin dejar de mirarla recorrí con mis manos la piel de su torso por encima de aquella prenda hasta inclinarme y al mismo tiempo que surcaba con mis dedos su cuello, lo hacía mi lengua.

Celeste era caviar en su máxima excelencia, un deleite de sentidos sin precedentes que volvía absolutamente desequilibrada mi mente.

La piel de sus muslos era blanca, jugosa y sumamente suave. La tentación de morder delicadamente para aspirar aquel sabor dulce me pudo y percibí el leve jadeo que profería de su garganta, sin comprender exactamente si era dolor o placer, aunque me atrevía a pensar en la segunda opción cuando alcé la vista y vi como su cuerpo se inclinaba hacia mi. Lo tomé como una invitación, por lo que introduje mis dedos bajo la prenda interior de encaje blanco que llevaba puesta y me deshice de ella a la par que mis labios probaban su carne prohibida.

Sus gritos ensordecían mis oídos hasta el punto de sentir que iba a explotar de un momento a otro. Notaba como se abría para mi cual flor en primavera y no pudiendo soportar más aquel infierno me aparté rápidamente para hundirme completamente en ella, sin sorprenderme de que su respuesta fuera la de atraparme entre su cuerpo rodeándome con sus piernas para deleitarse.

No había conocido placer igual en otra mujer, si echaba la vista atrás podía asegurar que jamás había conocido la sensación de plenitud y gozo que ella me hacía obtener, pero sobre todo nunca había percibido aquel modo de desinhibirse, de parecer que me pertenecía completamente por su forma de entregarse.

«Quizá solo era la traición de mi mente porque de verdad quería que lo fuese» pensé mientras me hundía de nuevo en ella y percibí el lejano sonido que ambos emitíamos al fusionarnos.

Estaba allí, era consciente de que mi cuerpo lo estaba, pero era como si mi mente hubiera abandonado ese lugar para ir mucho más lejos. Cuando vi sus ojos brillantes cubriendo los míos, supe que nunca volvería a ser el mismo sin ella, comprendí que realmente la necesitaba a mi lado, porque mi corazón le pertenecía por completo.

Saberlo me llenó de renovada energía y la alcé en volandas mientras me hundía profundamente con una última embestida en la que mi cuerpo fue incapaz de contenerse un solo segundo más, derritiéndose en el interior de su carne.

—Eres increíble —susurré cuando fui capaz de hablar. Desaté cuidadosamente las cadenas que se ceñían a sus muñecas liberándola de nuevo e incorporándola para salir de allí. Era absoluta y poderosamente increíble. El poder que Celeste ejercía sobre mi propio instinto era tan desconcertante que me estremecía y me hacía pensar si realmente obraba egoístamente o por el contrario solo me estaba dejando llevar por el deseo que ambos sentíamos. Deseo. Eso era lo que ella sentía, ¿Podría albergar algo más? Quizá era demasiado pronto para saberlo y atosigarla no iba a funcionar—. Tengo algunos asuntos pendientes que terminar —dije una vez que caminamos fuera de los calabozos y nos encontrábamos en la puerta. Hasta ahora había sido yo quien siempre acudía a ella y a pesar de que no había tenido un rechazo por su parte, deseaba ver hasta que punto podía gustarle. Era cierto que tenía varios temas que tratar, pero sabía que si la acompañaba hasta su habitación sería incapaz de separarme de ella, aunque eso era lo que precisamente quería hacer en ese instante.

—Claro. Por supuesto —Su voz parecía apresurada, incluso con cierto apremio de vergüenza—. Me iré a mi habitación.

—Buenas noches Celeste, que descanses —Quería abrazarla, besarla y sabía que si lo hacía no volvería a mi habitación solo, sino que la raptaría.

No quería asustarla o abrumarla, por lo que apreté mis puños conteniéndome y deteniéndome a mi mismo para no ocasionar el efecto contrario del que ansiaba.

—Bohdan, ¿Puedo preguntarte algo?

Había emprendido el camino hacia mis aposentos cuando la pregunta me detuvo, haciendo que

volviera sobre mis pies para observarla. Parecía un cervatillo asustado con aquel pelo revuelto y el vestido vagamente arrugado.

«Solo que los cervatillos no son tan excitantes como lo es ella» me dije mientras recorría su cuerpo.

—Puedes preguntarme lo que quieras —Deseaba que me preguntase si quería pasar la noche junto a ella, porque no había nada más que quisiera en aquel momento que aquello.

—¿Ibas a anunciar tu compromiso con Annabelle en el baile del bicentenario?

Me quedé perplejo. De todas las posibles preguntas la que nunca me había esperado fue precisamente esa.

—¿Cómo sabes eso? —Aquel rumor solo era una conspiración de mi madre —y en menor grado posiblemente de Annabelle influida por esta—, para que en el baile se anunciara nuestro compromiso, uno que jamás había existido ni contemplaba que existiera. La prensa lo dejaba entrever y el pueblo parecía aceptar esa decisión, ¿Habría leído algo al respecto en alguna parte?, ¿Quién se lo podría haber mencionado?

—En realidad no importa, solo lo escuché por ahí. Buenas noches Bohdan.

No pude reaccionar, menos aún negarme porque me di cuenta que lo había confirmado con mi respuesta.

¡Maldita sea!, ¿Dónde lo habrá escuchado?, ¿Habría sido por la propia Annabelle? No, más bien me atrevía a creer que aquello era obra de mi madre.

Bien. Pues me va a escuchar esta vez, porque estaba harto y lo suficientemente cabreado para que me sintiera.

Si bien desearía decirle a Celeste que todo era una invención, que tal supuesto anuncio era una falsedad, lo cierto es que nuestro matrimonio se basaba en ese rumor. Ni me atrevía, ni tenía la valentía suficiente para confesarlo todo sin el temor de que mis propias palabras me condenaran a revelar toda la verdad, incluyendo así el motivo por el que me había aprovechado de su debilidad para utilizarla en mi propio bien. Podía notar la presión en mi pecho y como una soga invisible se ahogaba con mayor ahínco en mi cuello.

Quizá no pudiese eludir hasta el final de mis días el error que cometí, pero podría retrasarlo hasta que ella fuera consciente sin saber como que fue el mejor error que pude haber cometido porque me había permitido conocerla y darme cuenta de que era la mujer que quería a mi lado.

—Bohdan, ¿Me has hecho llamar?

La voz de mi madre atrajo mi atención a primera hora de la mañana. Ni siquiera había salido de la habitación ya que me había acostado lo suficientemente tarde como para decidir tomar el desayuno allí mismo y retrasar mi agenda unos minutos para mantener dicha conversación con mi progenitora.

—Así es, madre —contesté anudándome la corbata frente al espejo. Un gesto que me gustaba realizar por mi mismo para sentirme un poco más satisfecho.

—Déjame decirte que me complace enormemente que finalmente hayas entrado en razón y retomes tu relación con Annabelle. Ella será una reina digna de la corte de Liechtenstein.

—¿Es por eso por lo que le habéis mencionado mi relación con Annabelle a mi esposa?, ¿Has sido tú quien la ha informado que mi enlace con ella sería anunciado en la ceremonia del bicentenario? —exclamé frunciendo el ceño y evaluando su rostro a través del espejo.

Por su reacción parecía contrariada y por un segundo pensé que quizá había errado en mis conclusiones.

—No creo que sea necesario que la informe, hijo... todo el palacio lo sabe.

—¿Hasta cuando va a dejar de entrometerse en mis asuntos?, ¡Es mi vida privada! —grité mientras me daba la vuelta para enfrentarla cara a cara.

—Tu vida dejó de ser privada desde el momento que ascendiste en la sucesión al trono, Bohdan.

En eso podría tener parte de razón, pero no pensaba dejar que nadie la manipulara como quisiera, era mi vida y sería quien padeciera las consecuencias o afrontara los hechos.

—Mi vida podría dejar de ser privada en el momento que me convertí en el heredero a la corona, pero usted no me dirá lo que debo hacer y menos aún con quien debo contraer matrimonio. Eso lo decidiré yo y estaría bien que lo recordase, madre, o le haré saber al mundo entero que Celeste no es solo mi prometida, sino que realmente es la princesa de Liechtenstein —dije realmente enfadado, sintiendo como mi pulso estaba desbocado.

—¡No te atrevas a amenazarme! —chilló.

—No es una amenaza, sino un hecho. Espero que le haya quedado lo suficientemente claro para la próxima vez que crea conveniente revelar información que no procede.

No esperé una respuesta, sino que me marché de allí satisfecho conmigo mismo y con el ferviente deseo de que se terminara pronto el día para volver a ver a la dueña de mis pensamientos y la única culpable de mis desvelos. Tenía que dejarle muy claro que la existencia de ese falso compromiso formaba parte del pasado.



---

---

## DIECISEÍS

---

---



**H**abía regresado suficientemente temprano aquella tarde y pedí que organizaran una cena íntima en la torre de astronomía sabiendo que mi hermana jamás acudiría sola a ese lugar. Eso me otorgaba la privacidad oportuna para tener completamente a solas a Celeste y asegurarle, sin necesidad de palabra alguna, que solo tenía ojos para ella.

El hecho de compartir una noche junto a las estrellas mientras viajaba a kilómetros de distancia haciéndola de nuevo mía.

Esperé casi una hora sin que ella contestara a mi petición, ni se presenciara en el lugar, así que con la certeza de que estaría en su habitación plácidamente dormida y que se habría retirado temprano a sus aposentos, abrí la puerta sigilosamente para encontrarme con una cama enorme y completamente vacía.

¿Dónde estaba?, ¿Qué hacía a esas horas fuera de su habitación? O, mejor dicho, ¿Con quién y haciendo qué?

Acudí a la alcoba de Margarita para encontrarla dormida y cerré la puerta suavemente preguntándome donde podría estar. Miré la biblioteca y la cocina, pero no había rastro alguno de ella hasta que volví y esperé en su habitación de brazos cruzados solo porque no podía irme a dormir sin saber donde estaba, sin tener la certeza de que se encontraba bien y sobre todo; sin besarla.

Cuando la vi aparecer parecía sonriente y algo fatigada, ni tan siquiera supe que era lo que por mi mente pasaba, pero las palabras surgieron antes de darle coherencia alguna.

—¿De donde vienes a estas horas? —exclamé y vi como daba un pequeño salto llevándose una mano al pecho mientras se giraba para encararme.

Solo entonces tuve presente que estaba más preocupado que intrigado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó frunciendo el ceño y el hecho de que no contestase a mi pregunta me molestó.

¿Acaso evitaba una respuesta? Aún así respondí.

—Te envié un mensaje hace dos horas y viendo que no respondías, vine hasta aquí pero no estabas, ¿Qué llevas puesto? —pregunté obviando el hecho de que había preparado una cena íntima para los dos, lo que menos quería que pensara ahora es que era un imbécil por quedarme esperando.

—Estaba ensayando. Dietrich me prestó la ropa porque era más cómoda que la que yo tenía — contestó bajando la vista y señalándose la camiseta.

¿Había dicho quien creo que mis oídos habían escuchado? No. ¡No puede ser!, ¡Él no!

—¿Dietrich?, ¿Qué se supone que hacías con Dietrich?

Mi voz era más elevada de lo normal y era consciente de ello, pero dados los antecedentes casi me temía lo peor... ¿Ensayando?, ¿El qué? Por qué yo no tenía constancia de absolutamente nada al respecto, aunque no me sorprendía que mi primo se hubiera metido por medio como hacía siempre.

—Pues ensayar —insistió encogiéndose de hombros—. Es mi profesor de baile, ¿Qué querías que hiciera?, ¿Jugar a las canicas?

La fluidez de su respuesta me serenó. ¿Dietrich era su profesor de baile?, ¿De donde diantres había sacado dicho título el idiota de mi primo?

—¿Tú profesor de baile?, ¿Desde cuándo mi primo es tu profesor de baile? —pregunté inquiriendo dicha información para saber hasta donde se había extralimitado.

La vi dudar y no sabía exactamente a qué era debido pero lo que descubrí era confusión. ¿Tal vez no le había dicho que era mi primo? No, claro que no, y tampoco que se había acostado con varias de mis ex, eso seguro que tampoco.

—A ver si no estamos hablando del mismo Dietrich.

—Estamos hablando del mismo porque no hay otro —afirmé en un tono que no dejaba duda al poco afecto que le tenía—. Se suponía que quien tenía que enseñarte a bailar el vals era el señor Haffner que es quien hasta ahora se ha encargado de enseñar a toda la familia —mencioné no sabiendo quien diantres había decidido que mi primo era una mejor opción que ese hombre con años de experiencia a su espalda.

Probablemente había sido el propio Dietrich conociéndole como le conocía.

—Pues es buen profesor —contestó de pronto Celeste—. De hecho, demasiado bueno —añadió haciendo que apretara los puños ante dicha afirmación.

—¿Cómo que demasiado bueno? —bramé alzando la vista para descubrir en su rostro algún sonrojo, un gesto que me indicara lo que por él sentía—. ¿A qué te refieres?

—¿A que sabe enseñar bien? —exclamó abriendo los brazos y temí lo peor—. Además, me cae bien, aunque no me dijo que era tu primo, ¿Seguro que no será otro Dietrich?

—Dietrich le cae bien a *todas* —bufé y me giré incapaz de mantener la coherencia en aquellos momentos.

Si ella supiera, si ella conociera la verdad que hay tras esa amabilidad que demuestra, probablemente no pensaría del mismo modo.

—No me extraña, es muy guapo —admitió para mi martirio—. En fin, voy a darme una ducha porque estoy muy cansada después de seis horas ensayando. Por cierto, le prometí el primer baile, no te importa, ¿verdad? Cómo tu vas a bailar con Annabelle...

En ese momento quise quemar todo cuanto había en aquella habitación, y no solo en la habitación, sino el palacio entero. ¿Importarme?, ¡Por supuesto que me importaba! La sola idea de ver a Celeste en brazos de Dietrich me aterraba, me consumía, hacía añicos mi cordura y mi sensatez.

Ni hablar. ¡Ella no! Celeste no era como las demás, ella era diferente, tenía que creer que no caería en sus redes como lo habían hecho las otras o, mejor dicho; quería creer que sentía algo por mi más fuerte de lo que lo habían hecho las demás.

—No. Por supuesto —mentí descaradamente.



Eres mi destino Celeste Abrantes y mañana sabrás que nada ni nadie va a detenerme en mi intento porque seas mía.

No pensaba dejar que mi primo se entrometiera de nuevo en otra de mis relaciones. Bien era cierto que tenía ganas de buscarle y partirle la cara, pero muy al contrario que mis pretensiones respiré hondo y me dije que debía confiar en Celeste, ella tenía que aceptarme por lo que era, aunque eso implicara que no fuera suficiente y en consecuencia se alejara, pero no pensaba dejarle el terreno preparado al estúpido de mi primo y menos aún, dejar que ella creyera que no me importaba. Iba a demostrarle que ella era mi elección, y lo haría delante de todos.

Era bien entrada la madrugada cuando finalmente había conseguido conciliar el sueño, así que no fui consciente del momento en que llamaban a la puerta de mi habitación hasta que sonaron con la suficiente intensidad para despertarme.

—Su excelencia —escuché justamente tras abrir la puerta y cuando asentí bastante dormido divisé como un pequeño séquito se adentraba en mi habitación no solo portando el desayuno, sino que abrieron las puertas para introducir un busto de grandes dimensiones que colocaron en el centro de mi habitación.

—¿Es de su agrado? —preguntó una voz femenina y entonces contemplé a la persona que se situaba al lado de un espléndido vestido blanco en cuyo corpiño se extendía un grabado formado de flores en varias tonalidades de celeste.

—¿Es el vestido que encargué para mi prometida? —exclamé buscando con los ojos a mi asistente.

—Así es, excelencia —confirmó Frederick—. Digno de una princesa.

Mis ojos se perdieron en ese azul del brocado y supuse que el color de sus ojos brillaría con mayor esplendor cuando lo luciese. Casi me había olvidado de que había encargado dicho vestido y ahora estaba más que satisfecho con la idea de haberlo hecho.

—Si esta conforme, se lo llevaremos ahora mismo a la señorita Abrantes —dijo de nuevo aquella voz femenina que suponía había sido la diseñadora de dicha obra de arte.

—¡No! —exclamé incontroladamente cuando vi que el encargado de traerlo hacía el gesto de acercarse de nuevo—. Prefiero que lo dejen aquí, gracias —añadí no sabiendo aún como entregárselo.

Había querido que fuera una sorpresa, ver su rostro cuando lo descubriera y rogarle porque me concediera el primer baile dejando claro que deseaba hacerlo junto a ella, pero ¿Y si se negaba?, ¿No había admitido que le había prometido el primer baile a Dietrich? La confusión me cegó y pedí a Frederick que llevase aquel vestido a uno de los viejos almacenes que había en los altillos de la torre sur y lo cubriera. Recordé aquel lugar porque solíamos buscar allí entre otros sitios los huevos de pascua que nos escondía madre y aún podía divisar aquellos trajes de épocas anteriores que habían llevado nuestros antepasados guardados en los baúles.

—Frederick, ¿Podrías hacer que venga mi hermana Margarita? Prefiero no salir de mis aposentos hasta la hora de partir —mencioné adelantándome a tener un encuentro con madre o peor aún; con Annabelle, que debía estar eufórica al creer que hoy tras el baile, el rumor de una posible boda con ella resurgiría de nuevo a pesar de mi compromiso.

—Por supuesto, excelencia —mencionó antes de salir de mi habitación y dejarme a solas mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón y echaba un vistazo por la ventana al jardín exterior.

No había adelantado un paso para dar tres hacia atrás y menos aún cuando sin pretenderlo había descubierto que la persona con la que me había casado era con la que deseaba estar, así que

no pensaba correr ningún riesgo.

Mi teléfono comenzó a sonar y vi el nombre de mi gran amigo Egmont en la pantalla, así que cogí inmediatamente la llamada.

—¡Que rapidez! —exclamó al otro lado del teléfono—. Yo pensaba que un día como hoy estarías demasiado ocupado.

Egmont estaba al tanto de las noticias en Liechtenstein así que no era de extrañar que supiera la existencia del dichoso baile.

—Lo estaré dentro de un momento, pero justo ahora me has pillado ocioso, al menos dime que me has llamado para decirme que pronto estarás por la ciudad —contesté con gran entusiasmo.

—Precisamente te llamaba para decirte que estaré unos días, por lo que agradeceré que hagas un hueco en tu agenda para que me presentes finalmente a tu *esposa* —dijo Egmont con cierto matiz gracioso.

—Si no fuera porque sé que estas casado y bien enamorado, rehusaría presentártela —comenté riendo y escuché las risas de mi amigo al otro lado del teléfono.

—Te veo mucho más animado que la última vez que hablamos respecto a ella.

¿Animado? Quizá esa no era la palabra exacta.

—Digamos que tengo muy claro lo que quiero, incluso te diría que jamás lo había tenido tan claro —admití revelando lo que verdaderamente sentía.

—¡Wow! —exclamó Egmont como si estuviera verdaderamente sorprendido—. Si que te conviene esa chica...

La puerta de mi habitación se abrió, mi hermana pequeña entró y vi como Frederick cerraba la puerta para dejarnos a solas.

—Tengo mucho que contarte, pero hablamos en otro momento. Te llamaré para concretar esa reunión y ponerte al día —mencioné antes de escuchar como se despedía y colgaba el teléfono.

Margarita iba vestida con un traje de pantalón liviano, la típica ropa que usaba para estar por palacio y suponía que debía estar aburrída mientras esperaba la hora en la que irían a arreglarla a su habitación. En días como aquellos se libraba de las clases, de madre y de todo en general, pero teniendo en cuenta que no había más niños en palacio y no tenía con quien jugar, para ella era casi un sufrimiento.

—¿Con quien hablabas? —preguntó algo curiosa.

—Mi amigo Egmont, ¿Le recuerdas? —pregunté no sabiendo cuál había sido la última vez que posiblemente le hubiera visto, quizá cuando ella tenía cuatro o cinco años.

—Vagamente, estaba en Viena, ¿no?

—Así es, pero no te he hecho venir para hablar de mi amigo Egmont, sino para una misión importante —dije sentándome en la cama junto a ella y haciendo que aquello pareciera una aventura.

—¿Una misión?, ¿Tengo una misión? —preguntó ahora con una clara evidencia de interés por su parte.

—Si —afirmé—. Y es muy importante que lo hagas bien o de lo contrario los dos tendremos que soportar a Annabelle mucho más tiempo.

Los ojos de Margarita se agrandaron en señal de complicidad y noté como su expresión pasaba de absoluto desconcierto a incredulidad.

—Lo que sea con tal de que se marche y no regrese, a ser posible nunca más.

Sonreí al saber que tenía un cómplice. No había que ser muy listo para conocer la hostilidad de Margarita hacia Annabelle, pero esta última jamás había mostrado esfuerzo alguno por tener una

amistad con mi hermana menor como sí había hecho Celeste. Básicamente el interés de Annabelle radicaba en mi querida madre, que la veneraba por ser la hija de su prima con la que se había educado desde la infancia. El favoritismo que madre le dedicaba a Annabelle superaba al trato que le otorgaba mismamente a mi hermana y siempre me había preguntado cuáles eran las verdaderas razones para que tratara con mayor agrado a una ahijada que a su propia hija.

Annabelle era sobre todas las cosas una consentida, aunque no consideraba que fuera una mala persona, pero ese rasgo no podía convertirla en la mujer con la que compartiera mi vida y por suerte en ese aspecto, contaba con mi hermana Margarita.

—Sabes que esta noche debo tener el primer baile con mi pareja —mencioné poniéndola en tesitura.

—Dijiste que bailarías con Annabelle el primer baile. Todos creerán que ella es tu pareja.

—No dije que haría tal cosa, dieron por hecho que lo haría, pero jamás lo afirmé —aseguré provocando que los ojos de Margarita chispearan de incredulidad—. En respuesta a tu pregunta, sí. Mi intención es sacar a bailar a Celeste y para eso necesito que ella acuda al baile y lleve un vestido digno de una princesa.

—Madre escogió el diseño y la tela de su vestido, te puedo asegurar que dista mucho de ser digno de una princesa.

¿Mi madre había escogido un vestido para Celeste? Ya podía imaginarme lo horripilante que debía ser y eso que no tenía precisamente mal gusto. Después de recalcarle que ella era mi esposa, podía atreverme a intuir la animadversión que le ejercía a la actual princesa de Liechtenstein por mucho que se negase a aceptarlo.

«Ya tendrá tiempo de hacerse a la idea cuando consiga que Celeste me acepte» pensé en ese instante.

—No importa lo que madre haya dicho o hecho, hay un vestido para ella en uno de los altillos de la torre sur, debes llevarla hasta allí y convencerla de que debe ponérselo, pero no debe saber que era para ella y mucho menos que yo tengo algo que ver en ello.

Noté la confusión cuando frunció el ceño y no sabía si habría podido captar el concepto.

—¿Quieres que Celeste lleve un vestido que tu has pedido hacer para ella, pero no debe saber que has sido tú? —preguntó un gesto de contrariedad evidente.

—Exacto.

—¿Y cómo voy a justificar de donde lo he sacado? —exclamó aturdida.

—Estoy seguro de que se ocurrirá la forma de hacerlo sin revelar la fuente, pero asegúrate de que lo encuentre y lo lleve al baile.

Margarita se levantó sin decir nada y la observé caminar decidida hacia la puerta de entrada. Por un momento pensé que se marcharía sin decir adiós de lo concentrada que estaba y dudé un instante si ella era la indicada o no para hacerlo, pero de otro modo Celeste sabría que era yo quien estaba detrás de todo aquello.

—Lo hará —afirmó sonriendo y supuse que debía haber estudiado alguna estratagema.

Tras marcharse Margarita todo fue un auténtico caos de ir y venir con varias gestiones de último momento, incluso tuve una breve reunión con padre sobre el protocolo a seguir y los temas que debía tratar con algunos miembros del senado aprovechando la velada.

«Todo es trabajo» pensé mientras notaba como me cepillaban la chaqueta del uniforme oficial para esa noche y que luciese absolutamente impecable.

Hacía tanto tiempo que no gozaba de una velada sin preocuparme de la presencia, de los discursos o simplemente de lo que me apeteciera hablar en ese instante que casi había olvidado

como era. No había elegido aquella vida, pero era consciente de que tampoco podía renunciar por más que me pesara.

No había vuelto a ver a Margarita y esperaba que finalmente hubiera podido realizar lo que le había pedido, aunque en escasos minutos finalmente lo sabría. Estaba ligeramente nervioso y las palmas de mis manos sudaban levemente bajo los guantes, aguardé en el vehículo más tiempo de lo normal para seguir el protocolo establecido puesto que yo sería el último miembro de la casa real en entrar, por tanto, cuando caminé por aquel pasillo angosto, pude escuchar el sonido de trompetas que anunciaban la entrada de mis padres.

No era la primera vez que había escuchado esa música instrumental, ni la voz que anunciaba a sus majestades de Liechtenstein, pero sí era la primera vez que en un evento de tal envergadura me anunciaban a mí, aunque lo que más nervioso me tenía no era eso, sino el hecho de que tras aquel baile, todos afirmarían que Celeste Abrantes sería mi esposa, que finalmente me casaría, aunque la prensa ya lo hubiera anticipado, solo que ella en realidad no lo sabría, no tendría conocimiento alguno de lo que significaría.

El sonido de trompetas sonó nuevamente y las puertas dobles que había cerradas frente a mí comenzaron a abrirse.

—¡Su excelencia, el príncipe Bohdan Vasylyk I de Liechtenstein! —escuché proclamar mi nombre abreviado e inspiré profundamente antes de erguirme aún más y caminar con paso firme frente a todos los asistentes al baile que lucían sus mejores galas.

Me situé en medio de la sala donde se había dejado un semicírculo frente a los reyes de Liechtensteins y saludé a mi padre formalmente. Acto seguido la música comenzó a sonar de forma suave, comenzando por los violines, algo que indicaba que debía buscar a mi pareja de baile entre los asistentes y comencé a navegar con la mirada divisando entre todos los presentes un vestido blanco con brocados azules.

El tiempo parecía haberse paralizado en el momento en que lo encontré y supe que el esplendor de aquel vestido no hacía justicia a la belleza que envolvía. ¡Por todos los dioses!, ¡Estaba absolutamente preciosa!

Si había tenido una pizca de duda, se había esfumado por completo porque simplemente había quedado cautivado y anonadado por tanta belleza unida. Caminé decidido hacia ella, es más, ni siquiera podía tener ojos para otra persona que no fuera la dueña de mis pensamientos, así que en el momento que llegué frente a ella le tendí la mano deseando notar la calidez de la suya, ansiando una respuesta por su parte y a pesar de que fueron los segundos más agonizantes de mi vida, no dudó en hacerlo, sino que cuando sus dedos se posaron sobre los míos, supe que había sellado su destino para siempre.

Estiré de ella acercándola a mí por si aún le quedaba cierta duda al respecto y rodeé con mi mano su cintura mientras se dejaba llevar hacia la pista de baile bajo la atenta mirada de todos y cada uno de los presentes.

No podía dejar de sonreír, la sensación de plenitud recorría mis entrañas hasta límites insospechados, no era capaz de distinguir alguien más en aquella sala puesto que mis ojos no abandonaban los suyos bajo ningún concepto. Era la segunda vez que bailaba con ella, solo que esta vez todos nos observaban minuciosamente y ella había aprendido los pasos correctamente, ciertamente se deslizaba por la pista de forma suave a mi compás, conforme dábamos vueltas no importándonos lo que pudieran opinar los demás.

—Estás absolutamente arrebatadora esta noche y ese vestido te queda magníficamente espléndido —mencioné a su oído en un tono de voz tan ajeno al mío que supe que era el propio

deseo quien hablaba a través de mi voz.

—Es que tenido un hada madrina.

Imaginaba a quien se refería y me congratulé en saber que obviamente Margarita había hecho bien su trabajo hasta el punto de que ni tan siquiera tuviera leves sospechas sobre mi nombre.

—Entonces tendré que premiar a esa hada por dejar a mi bella acompañante tan hermosa — dije con una sonrisa elocuente.

Y no mentía, debía agradecer a Margarita más tarde lo que había hecho, sobre todo porque acababa de darme cuenta de que en ella tenía a una verdadera aliada en contra de los planes de madre.

—¿Por qué la deberías premiar tú? En todo caso soy yo la que está en deuda con ella. — Aunque su voz era particularmente irónica, había un punto de verdad en sus palabras y recorrí con la mirada de nuevo su cuerpo, congraciándome y deleitándome con toda su belleza. Así que me acerqué lo suficiente para que nadie más me escuchara y sobre todo, porque anhelaba tenerla tan cerca que pudiera robarle un beso.

—Porque en este momento, soy la envidia de todos los caballeros presentes —afirmé escondiendo parte de la verdad.

Verdaderamente era la envidia de cualquier hombre teniendo en cuenta que era una belleza absoluta y habría que ser ciego para no ver que mis ojos solo podían posarse en ella. Yo mismo estaba completamente absorto de saber que ella ejercía tal poder sobre mi mismo.

—¿Entonces solo me has sacado a bailar porque luzco hermosa? —preguntó y supuse que quizá había errado al no elegir adecuadamente mis palabras o no aclarar exactamente la situación.

—Así hubieras vestido un saco de patatas, te habría sacado igualmente a pesar de lo que eso significara —admití sin duda alguna mientras la miraba intensamente a los ojos.

«Y a pesar de cualquier consecuencia» me faltó añadir.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste? —exclamó ahora completamente aturdida y supe que se refería al hecho de haberla dejado creer que no bailarían con ella el primer baile.

Podría haber confesado que temía que ella se negase, pero no quería abrumarla o menos aún; que descubriera lo importante que sería iniciar ese primer baile junto a ella.

—No quería que estuvieras nerviosa o en tensión por lo que se esperaba de ti. Además, supuse que no querías hacerlo cuando lo rechazaste —contesté de forma suave.

—No quería que tu madre me odiara aún más después de todo —confesó y vi como sus ojos se dirigían hacia el suelo, era como si realmente lo lamentase y apreté mis puños, lleno de rabia porque ella no debería sentirse así por alguien que no lo merecía, más aún cuando yo la había puesto en aquella misma tesitura.

—Mírame —exigí de pronto porque no quería que ella sintiera ninguna tristeza al respecto y menos aún lamento. Lentamente alzó la vista con cierta timidez y vi sus ojos chispear de aquel azul tan cristalino y brillante que noté como mi corazón palpitaba frenéticamente—. A mi solo me importas tú.

Y tras aquellas palabras la incliné suavemente mientras ella se estiraba sin perder su vista de la mía y sentí como si en ese silencio algo hubiera sucedido, como si finalmente las piezas hubieran encajado. ¿Era posible que ella realmente me quisiera?, ¿Podría existir la posibilidad de que me amase algún día?

Los aplausos de los presentes cuando finalizó el baile me hicieron volver al presente y la alcé para realizar el saludo final de agradecimiento mientras depositaba un beso sobre el dorso de su mano sintiendo el calor de su piel al rozarla, sin apartar ni un solo momento mis ojos de los suyos.

Quería alejarme de allí, pero también era consciente de que debía saludar a todos los presentes y obviamente, presentar a Celeste formalmente, aunque no me percaté de que el lugar hacia el que me dirigía era precisamente donde se encontraba Annabelle.

—¡Querido Bohdan! —exclamó tan entusiasta como siempre.

No creía ni por un solo instante que le hubiese agradado la idea de que no iniciara el baile junto a ella, pero verdaderamente no me importaba como se lo habría tomado.

—Annabelle —respondí en un tono formal.

—Bailemos como en los viejos tiempos... —contestó adelantándose de forma que incluso sentí su mano sobre mi brazo libre en una señal clara de cuáles eran sus intenciones.

No tenía la más mínima intención de bailar junto a ella y no porque pudieran hablar, rumorear o simplemente verter suposiciones al respecto, sino porque no quería separarme de mi acompañante.

—Preferiría no dejar sola a mi *prometida* si no te importa —admití esperando que el termino prometida fuera lo suficientemente claro al respecto.

—Por eso no hay problema querido primo —La voz de Dietrich interrumpió la conversación de tal forma que apreté los dientes sabiendo cuáles iban a ser sus intenciones—. Puesto que le prometí a la señorita Abrantes un baile, ¿Verdad?

En aquel momento sentí las ganas de raptar a Celeste para salir de allí inmediatamente porque verdaderamente la idea de que él posara sus manos sobre ella no me satisfacía. Lo admitía, eran unos celos posesivos porque sabía los antecedentes de Dietrich, sus intenciones claramente evidentes y el hecho de que Celeste verdaderamente me importaba como ninguna otra mujer.

—Yo... —Comenzó a decir dubitativa Celeste y supe que estaba en una encrucijada, como si negarse fuera demasiado atrevido por su parte, pero ¿Y si realmente deseaba aceptar solo que no quería dejarme en evidencia?

—¡Vamos entonces! —insistió Annabelle de tal forma que vi como Celeste era arrastrada a la pista y finalmente no tuve otra opción que bailar con mi no tan querida prima.

Mi vista no dejaba de buscar entre las parejas de baile a la que formaban Dietrich y Celeste constantemente, de tal forma que no prestaba atención alguna al monólogo que Annabelle recitaba, pero si pude percibir que parecía ligeramente molesta.

Mejor, casi prefería que me detestara a tener que soportar sus constantes halagos o persecuciones por palacio donde trataba de evitarla.

—Hacen una buena pareja, ¿verdad? —exclamó repentinamente.

Algo me decía que se refería a mi primo y Celeste, más que nada porque debía ser consciente que no podía apartar la vista de ellos o más bien, de las manos del susodicho que hasta el momento se mantenían fijas en su cintura.

—¿Cómo dices? —pregunté volviendo la vista a Annabelle que sonrió lo suficientemente complacida para saber que estaba satisfecha de tener mi atención.

—¿Es posible que aún no lo sepas? —inquirió.

Si había algo que detestaba más que nada en este mundo eran las intrigas, los murmullos o secretos que muchas veces me rodeaban, pero en aquel momento deseaba saber, necesitaba saber, porque sabía que se estaba refiriendo a *ella*.

—Saber qué —exigí, pues por mi tono dejaba claro que ni siquiera era una pregunta, sino más bien una exigencia.

—Pues que están juntos, es más, esta mañana vi a Dietrich saliendo de sus aposentos, está claro que han debido pasar la noche juntos y por lo que hablé con él, está más que satisfecho con

su compañía, de hecho, han venido juntos al baile.

No. No era posible, definitivamente debía haber un error, Celeste no podía haber pasado la noche con Dietrich o... ¡Dios!, ¡Mi juicio se estaba yendo al diablo! Ni siquiera contesté a Annabelle, sino que en mis pensamientos solo evocaba el recuerdo de verla regresar tarde, acalorada y sudada como si hubiera estado... ¡No!, ¡No era posible!, ¡Otra vez no!, ¡Definitivamente no podía estar pasando!

En cuanto la música cesó me dirigí rápidamente sin despedirme hacia ella, hacia la fuente de información donde encontraría una respuesta y rodeé con mi brazo su cintura, como si de alguna forma estuviera retando a Dietrich al hacerlo.

—Tenemos que hablar —susurré al oído de esa preciosa morena de ojos celestes.



---

---

DIECISIETE

---

---



**R**ealmente no me apetecía en absoluto que nadie más lo escuchara y aún tenía la esperanza de que todo aquello fuera un malentendido, sobre todo, porque sabía el gran interés de Annabelle en que así lo fuera, pero no podía obviar que Celeste había pasado los últimos días en la compañía de Dietrich, ¿Y si tras marcharme le había pedido que fuera a su habitación?, ¿Y si Annabelle había dicho la verdad? No quería precipitarme en mis conclusiones como ya lo hice cuando creí que estaba embarazada por una absurda teoría. No, esta vez se lo preguntaría directamente y sin rodeos.

Antes de dar un paso siquiera para salir de aquella sala y buscar un sitio lo suficientemente alejado y tranquilo, mis padres se acercaron, por el rostro de mi madre supuse que no presagiaba nada bueno.

—Querido —advirtió observándome y reconocí ese tono ladino y formal que indicaba que algo no le gustaba—. Creí que habíamos dejado claro con quién debías hacer el baile de apertura.

Estaba molesta o más que molestaba diría que enfadada, solo que su autocontrol delante de los demás no le permitía demostrar su carácter por completo como en cambio hacía en palacio.

—Creo que solo usted lo dejó claro, madre —advertí sosteniendo a Celeste por la cintura y manteniéndola junto a mi.

No iba a ceder, tenía muy presente que no pensaba hacerlo y menos después de dejar claro frente a todos que mi elección era ella. Para mi sorpresa no hubo respuesta, pero era consciente que tras la fiesta, obtendría una clara reprimenda por su parte y me constataría lo que opinaba respecto a la situación.

«Aunque no podría hacer nada respecto a lo sucedido» pensé siendo ese mi consuelo.

—Ese no es el vestido que elegí para ti —contestó ahora dirigiéndose hacia Celeste e imaginé que incluso eso le había molestado, sobre todo teniendo en cuenta las palabras de Margarita en cuanto a la elección de madre para el vestido que debía llevar mi prometida.

—Es evidente que no —mencionó Celeste y casi sonreí al saber que ella no se mantenía en silencio o se avergonzaba al respecto.

Ver a una mujer que no la alababa o consentía en todo como en cambio hacía Annabelle, resultaba gratificante.

—¿Y de dónde has sacado ese vestido?, ¿Lo has robado de palacio?

En ese momento la exasperación por el trato que le otorgaba hizo que me enervase la sangre.



—Madre... —advertí solo con aquella palabra indicando que su tono estaba fuera de lugar. Quizá debía ser mi padre el que lo hiciera, pero en vista de que él parecía entretenido con Dietrich, fui yo mismo quien trató de refrenar su ataque.

—¿Esta granjera se cuele en el armario de palacio y tú la defiendes? —exclamó en un tono de voz lo suficientemente bajo para que nadie más de los presentes pudiera oírla, probablemente para que no se percatasen de su auténtico carácter.

—Que sea la última vez que acusa a mi prometida de algo semejante, aunque así fuera, que no es el caso, tiene todo el derecho de hacerlo, ¿O debo recordarle quién es ella? —contesté altivo, sin ningún tipo de remordimiento o culpa al respecto.

Se trataba de *mi* esposa, de *mi* mujer, de *mi* amante y de la persona con la que quería pasar el resto de mi vida.

Vi el rostro de madre enrojecerse y supe que iba a encolerizar, que quizá le daría igual el lugar donde se encontraba y soltaría una ristra de improperios, pero al parecer su autocontrol aún funcionaba y eso sumado al hecho de que padre finalmente se acercó hasta nosotros hizo que guardase por primera vez en mucho tiempo un plausible silencio.

—Gracias.

La dulce voz de Celeste en mi oído fue la calma que necesitaba para la tempestad que emergía en mi fuero interno.

—No tienes que darlas, no tenía derecho a humillarte así y a decir lo que dijo —admití enfadado con la situación y más aún por el hecho de que mi propia madre asumiera tales hechos sin siquiera pararse a pensar en la repercusión de ello.

Se había atrevido a acusarla de robar sin tener la más mínima prueba de ello. Me percaté de que buscaría cualquier pretexto para desprestigiarla y eso me llevó a la conclusión de que estaba desesperada. Por primera vez no dominaba la situación de lo que ella deseaba, pero me estaba dando cuenta de que quizá era precisamente eso lo que necesitaba, que alguien le hiciera ver que no todo se haría tal y como ella deseaba.

—Aún así preferiste creer en mí, a pesar de no saber siquiera de donde saqué este vestido —advirtió con cierta timidez y aquello derrumbó mis defensas.

Ni tan siquiera se había ofendido porque mi madre la acusara directamente, sino que encima me agradecía que la hubiera defendido y la creyera.

—Sé perfectamente de dónde has sacado ese vestido Celeste. Yo mismo lo elegí para ti y le pedí a Margarita que te llevara hasta el —confesé haciéndole ver que reconocía perfectamente la falsedad en la acusación de mi madre hacia ella.

Observé que parecía confusa, guardando silencio durante unos segundos e imaginé que debía estar pensando en la razón que habría tenido para hacer aquello y el porqué de tanto misterio entorno a ello.

—Pues reconozco que tienes muy buen gusto —contestó finalmente.

¿Buen gusto? La miré detenidamente y me embriagué de nuevo con su belleza, con esos ojos enmarcados por aquellas pestañas tan negras, el sugerente rubor de sus mejillas y aquellos labios carnosos y rosados que clamaban a gritos que los apresara para dejarme arrastrar al pecado.

—Eso no lo dudes —afirmé y noté que mi voz era más ronca de lo normal. No hablaba yo, sino el deseo que ella provocaba en mi ser—. Vámonos de aquí —añadí esperando que nadie más nos cortara el paso hacia la salida y básicamente la arrastré fuera de aquella sala mientras me dirigía hacia la planta superior donde esperaba encontrar alguna habitación vacía.

—¿Dónde vamos? —preguntó cuando apenas habíamos subido media escalera.

Habían sido numerosas las ocasiones en las que había estado en aquel edificio para algunas conferencias y reuniones, así que recordaba qué habitaciones debían encontrarse desocupadas en aquel momento y esperaba que para mi beneplácito no estuvieran cerradas con llave.

—A un lugar lo suficientemente alejado y tranquilo donde podamos hablar —contesté estirando de su mano por aquel pasillo lo suficientemente largo y oscuro para que cualquier pareja de enamorados se perdiera.

Debía reconocer que estaba parcialmente nervioso, sobre todo porque no sabía qué iba a responder cuando le hiciera la pregunta, ¿Y si Annabelle había dicho la verdad?, ¿Y si verdaderamente estaba con Dietrich porque realmente le gustaba?

Todo mi ser me decía que no era así, que, aunque no podía culparla de ser ese el caso, no podía ser cierto cuando habíamos compartido esa sensación extenuante cada vez que estábamos juntos. ¿Podían ser imaginaciones mías lo que ella me hacía sentir estando a solas?, ¿De verdad podía ser yo el único que lo percibía de ese modo?

Empujé una de las puertas y para mi fortuna no estaba cerrada, por lo que entramos en una sala de dimensiones pequeñas donde había sido la mesa de reuniones en alguna que otra ocasión. Dejé que ella entrase y en cuanto lo hizo, me adentré y cerré tras de mí, quedándonos completamente a solas y sintiendo ahora más que nunca la embriaguez de su característico perfume. Era una mezcla de violetas con algo dulce que procedente de su piel provocaba que fuera celestial.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó cruzándose de brazos y supe que quizá la situación no parecía ser cómoda, al fin y al cabo, no le había dado a entender sobre qué asunto era el que quería tratar.

—Quiero saber exactamente qué relación tienes con mi primo Dietrich —afirmé mirándola fijamente, como si de ese modo quisiera estudiar sus movimientos, su nerviosismo o su reacción al contestarme.

—¿Qué relación tengo? —preguntó y supe que había esperado cualquier cosa antes que aquella pregunta—. Me enseñó a bailar, eso es todo —afirmó sin entrar en detalles.

—¿Eso es todo?, ¿No hay nada más? —insistí mientras me acercaba a ella.

Necesitaba saber la verdad, no tener ningún resquicio de duda alguno que después me pesara porque ya había sufrido en dos ocasiones aquella misma tentativa de mi primo hacia mis novias.

—¿A qué viene esto Bohdan? —preguntó sin rodeos—. Porque no entiendo nada.

Veía realmente la confusión en su rostro y no tuve ningún problema en confesarle mis conclusiones.

—Viene a que me han llegado ciertos rumores, eso sumado a que anoche llegaste tarde por estar con él, que has estado demasiado distante estos días y que hoy precisamente llegaste a última hora junto a él. No hay que ser muy estúpido para saber lo que significa sabiendo cómo es Dietrich.

No le dije que me habían mencionado que habían visto a Dietrich salir de su habitación, ni que habían afirmado que pasó la noche junto a él, más bien esperaba que ella misma lo afirmase de ser cierto porque no podía ni pronunciarlo y evitar imaginarlo en mis pensamientos.

—No sé cómo es tu primo, pero sí sé como soy yo —concluyó tajantemente—. Y no sé de donde te habrán llegado los rumores, pero entre él y yo no ha habido absolutamente nada más que una relación cordial, quizá como mucho una ligera amistad, puesto que apenas le conozco. Si llegué tarde anoche, solo fue porque me dije a mí misma que no te dejaría en ridículo esta noche si es que me pedías que bailara contigo alguna pieza, por lo que me he estado matando todos estos días para aprender a bailar ese vals real hasta mi propio agotamiento. —¿De verdad había estado

ensayando tanto solo por si le pedía que bailara junto a mi?, ¡Seré insensato!, ¡Y yo creyendo que podría rechazarme!—, y si he estado distante, es solo porque tú también lo has estado conmigo y finalmente te diré que si Dietrich me trajo aquí esta noche y llegamos tarde fue porque alguien me encerró en palacio para que precisamente no asistiera a este evento.

—¿Cómo que alguien te encerró? —exclamé precipitadamente y acercándome hasta ella conforme colocaba mis manos sobre sus brazos.

¿Por qué razón alguien debía encerrarla? Aunque yo mismo me di la respuesta en cuanto la pregunta se formalizó en mi mente. Si Celeste no acudía al baile, no existiría la posibilidad alguna de que fuera ella con quien iniciara el baile, pero ¿Quién? Podría haber sido Annabelle en un ligero ataque de conveniencia, aunque me inclinaba más por mi propia madre, sabiendo que en los últimos días le había dejado muy clara mi posición respecto a mi esposa, de ser así no entendía porque se habría molestado en elegir un vestido que la dejaría en ridículo.

—No lo sé. Justo cuando iba a salir, alguien cerró con llave la puerta de mi habitación y sé que no fue un error porque enseguida grité al pensar que se trataba de algún sirviente que habría cerrado por equivocación.

—¡Maldita sea! —mascullé en voz baja y maldije la hora en la que la había dejado sola no pensando que pudiera existir esa posibilidad, pero debía haberlo previsto dadas las circunstancias y mi evidente inclinación hacia ella que no trataba de ocultar.

—Averiguaré quien ha sido —afirmé con gran pesar.

—No es tu culpa —contestó y noté la calidez de su mano en mi mejilla—. ¿Por qué te importa tanto la relación que pueda tener con tu primo? —añadió como si tuviera curiosidad por entender mi reacción, ¿O quizá solo evaluaba la situación?

—Sé cómo es él —admití sin entrar en detalles—. Y sé que jamás toma nada en serio. Le gusta formar escándalos familiares, no sé porqué razón terminó siendo él quien te dio esas clases de baile cuando no le correspondía hacerlo —añadí pensando que seguramente habría sido idea del propio Dietrich que de algún modo debió haberse enterado y decidió entrometerse con una sola finalidad; atraparla en sus redes.

Ni siquiera sabía como lograba inmiscuirse de aquel modo en la vida de palacio cuando apenas lo frecuentaba a pesar de vivir cerca, pero en el momento que traía a una chica a casa, Dietrich comenzaba a aparecer en escena y lo frecuentaba más de lo normal.

—Entiendo —dijo instantes después—. Temes que lo único que busque sea crear un escándalo en el que tu y yo salgamos perjudicados.

¿De verdad creía que eso era lo único que temía? Por descontado que no, pero quizá era mejor que pensara de ese modo para alejarla de él, —puesto que las intenciones de mi primo no eran honestas—, en lugar de confesarle que mis miedos venían de que él se había entrometido en mis anteriores relaciones y demostrar mi falta de seguridad ante ese hecho.

—Si —afirmé—. Se que no te puedo exigir más de lo que estás haciendo y no puedo pedirte que no mantengas una relación con quien te plazca a pesar de que estemos casados, porque sé que no tengo ningún derecho a...

—Para —interrumpió colocando sus dedos sobre mis labios y frenando mis palabras. Era cierto que no podía exigirle nada, demasiado daño ya le había provocado trayéndola a palacio y arrancándola de su vida cotidiana, pero que Dios se apiadara de mi si no la deseaba solo y exclusivamente para mi, aunque fuera consciente de que no podía hacer nada si ella no lo deseaba del mismo modo—. Te he sido fiel hasta ahora y lo seguiré siendo mientras estemos casados. Es lo que tú me aseguraste qué harías conmigo y es lo más correcto en estas circunstancias.

En aquel momento sentí una especie de liberación innata, como si algo dentro de mi interior hubiera explotado revelándose ante aquellas palabras.

—¿Solos tú y yo? —gemí en una exclamación que no deseaba que fuera una pregunta, sino una afirmación.

—Dicen que tres son multitud.

Su sonrisa era cómplice y supe con certeza que verdaderamente ella debía ser única en su especie. Ni tan siquiera se había molestado porque corrieran rumores falsos sobre ella, al igual que tampoco lo había hecho el trato con el que mi madre la obsequiaba. Muy al contrario, Celeste casi parecía apenada por esos hechos en lugar de sentirse ofendida. ¿Qué clase de mujer lograba tener esa capacidad de seguridad en sí misma para no dejar que nada le afectara? Sonreí al ser consciente de que ella debía ser un regalo, una respuesta a mis plegarias y me acerqué peligrosamente hasta que la tuve tan cerca que deseaba perderme entre sus labios.

—Nunca me han gustado las multitudes —afirmé rozándolos y noté que ella abría su boca para degustar de ese modo su sabor, por lo que me perdí entre aquel mar de deleite apresando con fuerza aquellos carnosos labios dejándome arrastrar por la corriente eléctrica que ella me provocaba.

—Antes de que se me olvide —mencionó apartándose levemente y observé la rojez de sus labios, haciendo que la deseara con más fervor—. Dietrich me confesó mientras bailábamos que fue Annabelle quien le pidió que me diera clases. Al parecer le debía un favor y aceptó —confesó y eso me hizo entender la situación. Con razón la propia Annabelle había inventado aquella ficticia relación entre mi primo y Celeste, probablemente porque deseaba fervientemente que existiese o quizá este le había dejado caer algún tipo de comentario que ella había malinterpretado—. No sé sus razones, pero las intuyo.

—Debí imaginarlo... —admití y me llevé una mano a la cabeza razonando todos los hechos tal y como habían pasado.

Sabía que las intenciones de Annabelle era que volviera a fijar mi vista en ella y más aún cuando a su modo de ver las cosas, deseaba casi tanto aquel matrimonio entre ambos como mi propia madre, es más, estaba seguro de que había sido la reina quien la habría alentado a creer que se convertiría en mi esposa, por lo que en el fondo no la culpaba del todo si actuaba de esa manera.

—Deduzco que fue ella quien habló sobre ese rumor entre Dietrich y yo —advirtió ante mi evidente silencio.

—Si —confesé—. Incluso afirmó que habías pasado la noche con él —admití sabiendo que nada de aquello podía haber ocurrido, sino que más bien era lo que la propia Annabelle deseaba que ocurriese. Alcé la vista y vi que el rostro Celeste parecía contrariado, como si aquella afirmación que pesaba sobre ella fuera impensable—. Creo que hay algo que es evidente y que no puedo ocultar por más que quisiera. Supongo que, si alguien tiene la culpa por las reacciones que eso genere y que a ti te afecten en consecuencia, soy yo —añadí sabiendo que después de todo, era solamente culpa mía que estuviera en esa situación.

—¿A qué te refieres?

Era el momento, le había dado mil vueltas a la forma en la que debía confesar aquello y bajo ningún concepto pensé que lo diría de esa forma o en tales circunstancias, pero quizá si ella lo sabía, no habría dudas al respecto.

—Me gustas Celeste. Me vuelves completamente loco —admití mirándola fijamente a los ojos sin perder detalle alguno del brillo que estos emitían.

«Por no decir que me tienes completamente obnubilado, cegado y endiabladamente enamorado» me faltó añadir.

Por un momento no supe que respondería o si finalmente lo haría, pero para nada había esperado aquella respuesta.

—¿Pero loco de psiquiátrico?

Su respuesta me generó cierta diversión y frescura. Quizá si que necesitara ir a un psiquiátrico después de todo si tenía en cuenta que estaba perdiendo la cabeza por ella. De algún modo había conseguido que mi tensión se aplacara y que esa presión a la que estaba siendo sometido por mi propia familia respecto a nuestra relación se disipara.

—Podría —aseguré con un atisbo de sonrisa—. Pero más bien es otro tipo de locura —afirmé acercándome hasta ella, dejando una clara evidencia de a qué me refería exactamente para que no hubiese duda alguna. Pude notar sus manos sobre mi cuello, hasta que la presión de sus labios ejerció una condenada atracción de los míos y me sumergí en aquella vorágine de sentimientos encontrados que ella suscitaba en lo más profundo de mi ser. Sentir su calidez en mi boca era un deleitoso gozo del que no deseaba privarme jamás. No había obtenido una respuesta de ella a mi confesión, pero me resultaba imposible aceptar que la respuesta a mis besos, el ardor que emanaba de sus labios y de su cuerpo, fuera imaginación mía. No. Definitivamente ella debía sentir algo más que atracción y estaba dispuesto a averiguarlo—. Debemos volver.

Ciertamente no lo deseaba, pero era consciente de que ya debían estar echándome en falta y aunque aquello me importara más bien poco en aquel momento, también sabía que una vez comenzara a recorrer aquella piel con mis labios, detenerme sería un tormento.

—Está bien —contestó y sentí una especie de pesar en su rostro. Pensé que se debía al hecho de regresar al baile y tener de nuevo un enfrentamiento con mi madre. No deseaba que se sintiera mal respecto a esa situación que se escaba a mis manos, aunque solo podía prometerme no separarme de su lado.

—Eh —susurré y coloqué mi mano sobre su barbilla para que de ese modo alzara su vista hacia mi. Necesitaba ver aquellos ojos brillantes, llenos de vida y no de pesar como me había parecido atisbar—. Te prometo que solo bailaré contigo el resto de la noche.

Y lo haría. Desde luego que lo haría.

—¿De verdad? —exclamó completamente sorprendida.

Creí percibir ilusión por su parte, ¿De verdad deseaba mi compañía? Era consciente que me había asegurado de que entre mi primo y ella no existía nada, pero no podía dejar de martillearme constantemente sabiendo que él era un tipo atractivo y que siempre conseguía hacerse con sus objetivos.

—Te lo he prometido y nunca incumplo mis promesas —aseguré tan convencido como que era el heredero a la corona de Liechtenstein.

Además, así mantendría las manos de Dietrich bien lejos de ella.

—Ay de ti como lo hagas.

Aquello fue una advertencia, incluso me señaló con el dedo para asegurarse de que me quedara clara su amenaza, aunque lo que probablemente no sabía es que para mi sería un auténtico deleite complacerla. Le importaba muy poco quien fuera o a quien representara, Celeste se había mostrado natural desde el primer instante en que nos habíamos conocido sin que supiera que era un príncipe y a pesar de conocer más tarde mi linaje, el título que representaba y las riquezas que poseía mi familia, su comportamiento había seguido siendo exactamente el mismo. No podía evitar regodearme al saber que su carácter seguía intacto y eso definitivamente era lo que más me

atraía de ella.

—Si me provocas así, tendré la tentación de hacerlo —susurré con evidente voz de deseo mientras me llevaba aquel dedo amenazador a mis labios para depositar un cálido beso.

—¿De verdad tenemos que volver?

Su voz sonaba entrecortada y descubrí el mismísimo deseo emanando de aquellos labios. La atracción era innegable, la pasión nos cegaba y aunque quería enviar mi cordura de vacaciones, el deber me llamaba.

—Lamentablemente sí —admití con dolor y decidí salir de allí antes de cambiar de opinión mientras rodeaba con mi brazo su cintura para atraerla y salir de aquella sala—. Vamos...

Noté un leve suspiro de sus labios y supe que nos estaba condenando a los dos soportando aquel fuego abrasador que atenazaba con explotar allí mismo.

«Solo unas horas... unas horas más y será mía de nuevo» me insté a asegurarme para soportar aquel anhelo de necesidad que ella ejercía sobre mi cuerpo.

—No te he dado las gracias por el vestido —dijo repentinamente entre aquel silencio que nos había conmovido a ambos.

No quería que me diera las gracias pues realmente se lo había regalado para que fuera la dama más hermosa de toda la velada, pero si ella deseaba agradecerme no era quien para impedirse.

—No me las des ahora —dije sin mirarla. Estaba tan preciosa que me producía dolor no poder abrazarla.

—¿Y cuándo quieres que te las de? —exclamó y percibí la extrañeza en sus palabras.

No había sido mi intención preocuparla, pero pensaba dejarle claro cuáles iban a ser mis intenciones tras la velada.

—Cuando termine este baile y te tenga de nuevo solo para mí —contesté de nuevo sin mirarla—. Desnuda —añadí segundos después—. Y en mi cama —insté tras un breve silencio para constatar la seriedad de mi afirmación.

La observé de reojo y percibí el rubor en sus mejillas, ¡Dios!, ¿Por qué tenían que ser tan largas y tediosas aquellas fiestas?

—¿En tu... cama? —preguntó como si tuviera alguna duda o quizá no hubiera escuchado con claridad mis palabras.

Quizá había sido demasiado directo, pero no me importaba, es más, estaba aprendiendo a serlo de la mejor maestra; ella.

—He reservado una suite presidencial cerca de aquí —contesté tan cerca de su oído evitando que alguien más nos escuchara—, para nosotros —constaté incitándola a tener pensamientos pecaminosos.

Siempre reservaba una habitación cuando tenía algún tipo de velada en la que estaba seguro de que finalizaría a altas horas de la madrugada. Eso me permitía descansar plácidamente en lugar de regresar a palacio cansado y agotado, pero en aquella ocasión no me limité a reservar una habitación. No. Elegí la mejor suite del mejor hotel porque no deseaba pasar la noche en solitario.

—¿Nosotros?, ¿Y si te dijera que no? —exclamó y sentí que me faltaba el aliento si obtenía su rechazo.

Sabía que jamás la obligaría a hacer algo que ella misma no quisiera, aunque eso implicase mi propio sufrimiento.

—Tendría que aceptar tu decisión. Siempre respetaré tus deseos —admití sin vacilar. Aunque por dentro me muriera de absoluta agonía porque no quería que me rechazase jamás.

—Me alegra saberlo, pero en este caso mis deseos coinciden con los tuyos —respondió y pude percibir el burbujeo de satisfacción que me transmitían aquellas palabras. ¿Cómo era posible que una simple palabra suya me afectase tanto?, ¿Qué tenía Celeste Abrantes para conmoverme de aquella forma?—. Quiero estar en tu cama. Completamente desnuda y solo para ti.

Si en ese momento las puertas del cielo se hubieran abierto, habría pensado que estaba en el paraíso porque estaría muerto, pero aquella respuesta solo me daba la seguridad que necesitaba para saber que estaba recorriendo el camino correcto.

La quería, la necesitaba. ¡Joder!, ¡Enloquecía por ella! Y saber que respondía del mismo modo a esa demanda era como un deleite sin precedentes del cual no quería que acabara. Me acerqué a ella porque necesitaba su calor, su cercanía y sobre todo percibir su olor. Aspiré su aroma embriagándome para darme fuerza suficiente durante el resto de la fiesta y junté mi frente a la suya porque si volvía a besarla estaría perdido en la inmensidad del placer carnal que me otorgaba.

—En este momento estoy luchando para no raptarte y salir de aquí sin que nadie nos vea a pesar de que incumpliría con mi deber —afirmé siendo consciente de que estaba revelando en voz alta mis propios pensamientos y al mismo tiempo la debilidad que ella representaba hacia mi persona.

—¿Qué son unas horas, cuando tenemos toda la noche para nosotros? —exclamó y noté su sonrisa rozando mis labios.

No será solo una noche, será el inicio de toda nuestra vida.



---

---

## DIECIOCHO

---

---



No había nada que quisiera más que marcharme de allí junto a ella, sobre todo después de sentir el roce de esos labios sobre los míos y saber lo que significaba la promesa que en ellos acontecía.

Cogí su mano y la entrelacé con la mía regresando de nuevo a la fiesta. El baile aún continuaba y se podían ver algunas parejas en el centro de la pista que se movían al ritmo del vals gracias a la orquesta, pero la gran mayoría de presentes permanecía conversando en voz baja y precisamente sería lo que debería hacer durante las próximas horas antes de poder finalmente retirarme como buenamente haría ahora.

—Querido, debes saludar a todos los miembros de la cámara —mencionó madre acercándose hasta donde me encontraba en el mismo instante en que había puesto un pie de nuevo en la sala—. Te ausentaste nada más comenzar y pensaron que te habías marchado, ve y cumple con tu deber —añadió reiterando en su rostro aquella desaprobación que casi siempre había tenido o así lo percibía por su tono condescendiente.

Solo faltaba que a su frase añadiera; Adolph no haría tal desfachatez, él lo hacía todo bien.

Si ella supiera como era verdaderamente mi hermano nada de esto sucedería, pero con toda probabilidad me llevaría aquel secreto a la tumba, porque entre otras cosas había decidido no causarle más dolor que el de la propia muerte de mi hermano ya hizo en ella.

—Sé cuáles son mis obligaciones, madre —contesté sin evitar que el resentimiento ahondara en mi tono de voz.

—No lo parece por tu actitud. De hecho, deja mucho que desear, si mi Ad...

—Basta. —La voz de mi padre la interrumpió, aunque era obvio lo que iba a decir, incluso parecía que mis pensamientos habían sido un prelude para que precisamente saliera de sus labios su mítica frase y no sabía si me molestaba más el hecho de predecirlo o que no se contuviera a pesar de estar en público hasta el punto de tener que intervenir mi propio padre para callarla—. Aunque tu madre tiene razón, deberías haberles saludado una vez terminado el primer vals como deber del cargo que ostentas.

Asentí porque sabía que ese era mi deber y porque él tenía razón en sus palabras, pero no por ello me sentía menos vulnerable por tener que aceptar que por encima de mis propias emociones o sentimientos, debía primar el deber. Era en esos momentos cuando detestaba ser el sucesor al trono más que nada y me planteaba la posible opción de renunciar al cargo y ser libre de una vez.



—Querida, ¿Me acompañas? —pregunté tratando de dar la mejor de mis sonrisas y esperando que ella no notase la gran impotencia que sentía en lo más profundo de mi ser.

Si no fuera por ella, si no fuera por esos ojos celestes, sonrisa dulce y carácter travieso, habría mandado todo al mismísimo infierno en aquel momento y me habría ido de allí.

—Por supuesto su excelencia —contestó alzando su mano y la acogí en mi brazo como correspondía para acompañarla junto a mi. Si algo tenía presente aquella noche es que no pensaba separarme de ella. Celeste era mi remanso de paz, esa serenidad que me apaciguada y que conseguía ser el claro de luz en medio de la más absoluta ceguedad.

A pesar de que aquellas veladas solían ser aburridas y tediosas, pude comprobar como ella no se lamentaba ni una sola vez mientras guardaba absoluto silencio después de las debidas presentaciones a cada miembro de la cámara, los temas eran referentes únicamente a política interior y ella se limitaba a observar la situación de buen agrado. Ya debían haber pasado al menos dos horas cuando llegamos al último miembro relevante en aquella velada que faltaba por saludar y tenía claro que después de hacerlo me marcharía de allí sin despedirme habiendo cumplido con creces mi deber.

—Les presento a mi prometida la señorita Abrantes, señor y señora Thaisen —mencioné en cuanto saludé formalmente a ambos como siempre hacía para después realizar las debidas presentaciones.

—Es un placer conocerla al fin señorita Abrantes, es mucho más hermosa en persona que en fotografía —mencionó la señora Thaisen que parecía algo emocionada.

—El placer es mío —contestó una Celeste algo sonrojada como en cada ocasión que le habían realizado un cumplido referente a su belleza.

—Todos estamos ansiosos su excelencia —mencionó aquella mujer dirigiendo su mirada hacia mi—. ¿Cuándo será la fecha del enlace? Dijeron que probablemente sería en octubre, pero a todos nos sorprende que no se haya confirmado el día, habiendo pasado bastante tiempo desde el anuncio del compromiso.

Era la primera vez en toda la noche que alguien se había atrevido a preguntar por la fecha del enlace aunque sabía que la prensa no dejaba de fastidiar con ese tema, era algo que aún no había podido decir libremente porque no sabía como podría reaccionar Celeste, pero la verdad de todo aquel asunto es que ya existía una fecha que rondaba mi mente e incluso ya me había atrevido a soñar despierto con el lugar y fantasear con que se hacía realidad. En aquel momento supe que si quería que aquello fuera real, tendría que comenzar a actuar como si lo fuese.

—La ceremonia se celebrará el veinte de octubre en la capilla real.

Ya está. Lo había dicho y lo más increíble es que en lugar de sentir cierta culpa al respecto solo experimentaba una especie de felicidad interna al respecto. No pude evitar dirigir la mirada hacia ella para saber qué tipo de reacción había tenido tras pronunciar en voz alta la fecha del que sería nuestro enlace. ¿Estaría enfadada?, ¿Cabreada?, ¿Quizá confusa? Pero en lugar de encontrar seriedad o confusión en su rostro, solo pude atisbar una leve sonrisa proferente de sus labios que me daba la sensación que lo aceptaba de buen agrado.

—Me alegro —contestó la señora Thaisen y tuve la seguridad suficiente para saber que haría todo cuanto me fuera posible para que ese veinte de octubre ella estuviera recorriendo aquel pasillo que la llevaría hasta mi, mientras le decíamos al mundo entero que aquello que en esa ocasión sí era real.

Tras despedirnos del señor y la señora Thaisen supe que al fin podríamos irnos, por lo que fui abriéndome paso entre el salón mientras estiraba de Celeste a mi paso para que no se quedara

atrás.

—Ese era el último miembro de la corte —admití en voz baja.

—Menos mal. Me duele la mandíbula de sonreír tanto y no se si mis pies aguantarán un minuto más.

Aún no me acostumbraba a su completa sinceridad, cualquier otra en su situación estaría encantada por dejarse avasallar del lujo o codearse con miembros importantes como allí había, ella tenía las mismas ganas de huir de allí como yo y eso me fascinaba.

—Me alegro —sonreí—. Me has dado la excusa perfecta para largarnos de aquí ahora mismo —añadí antes de que pudiera creer que me podría alegrar porque estuviera cansada.

En cuanto crucé las puertas dobles que permanecían abiertas y entraba en el angosto pasillo que hacía de corredor hasta la salida, la elevé entre mis brazos para sostenerla sabiendo que de ese modo sus pies descansarían.

—¿Qué haces? —preguntó mientras sentía como se agarraba firmemente a mis hombros. El hecho de tenerla más cerca me gustaba.

—Dijiste que no podrías permanecer un minuto más de pie, ¿Dónde está mi honor si no le doy solución?

¿Cómo decirle a aquella mujer que quería poner el mundo a sus pies?, ¿Cómo fingir que no la apreciaba cuando era evidente que me desvivía por estar a su lado en cada instante?

—¡Pero nos van a ver!, ¡Bájame! —exclamó en un intento de hacer que la soltara mientras miraba a ambos lados de aquel largo pasillo.

Probablemente hablarían si nos vieses y seguramente nos sacarían alguna foto si la oportunidad se ofrecía para salir al día siguiente en la prensa, pero llegados a ese punto no me interesaba otra cosa que no fuera su bienestar y tenerla así de cerca.

—Que nos vean —contesté sin dejar de mirarla—. No me importa, para todos eres mi prometida y yo cuido de lo que es mío.

Y cuidaría de ella cada uno de mis días si me lo permitía, aunque comprendía que no todo lo había hecho bien en lo que se refería a ella comenzando por la forma en la que la había atraído hasta Liechtenstein y terminando por la manera en que me aproveché de las circunstancias a mi propio favor, pero esperaba y rezaba infinitamente porque todo lo que hiciera después pudiera de algún modo compensar mi propia culpa y expiar mis pecados.

Tal vez fuera un simple ilusionista o el consuelo que yo mismo deseaba darme para no admitir que lo que había hecho era imperdonable, quizá pudiera hacer que sus sentimientos hacia mi fueran recíprocos hasta el punto de que en el momento de confesar la verdad me perdonase, pero fuera como fuera, esperaba que ese día tardara en llegar porque por más que evitaba pensarlo, lo cierto es que tenía auténtico temor a que eso sucediera.

Vislumbré el coche oficial que nos esperaba en la propia puerta del edificio y mi chofer abrió la puerta para que entráramos, así que dejé a Celeste con suma delicadeza mientras yo mismo me dirigí hacia la otra puerta sin esperar a que me abrieran. Ya tenía indicaciones de la dirección que debía tomar y que desde luego no era palacio, porque si algo quería aquella noche, era privacidad. Sabía que en el momento que sus labios probasen los míos no iba a poder parar, aún podía recordar aquella escena que ahora me parecía lejana en ese mismo coche oficial donde estuve a punto de hacerla mía. A su lado me sentía un completo adolescente con las hormonas a flor de piel porque era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ese pensamiento de auténtico placer cuando estaba entre mis brazos.

Entrelacé mis dedos en los suyos mientras la observaba y vi que su excitación era tan palpable

que mi cuerpo permanecía rígido porque con el más mínimo movimiento me abalanzaría sobre ella. Me llevé aquella mano a mis labios depositando un cálido beso como si de algún modo necesitara apaciguar ese deseo a través de la suavidad de su piel. En cuanto sentí como el vehículo se detenía agradecí que no tuviera que esperar a las debidas gestiones de recepción porque ya tenía a mi disposición la llave de la habitación por lo que fuimos directamente hacia el ascensor en cuanto atravesamos las enormes puertas acristaladas que daban paso al hall lujoso hotel.

Metí la tarjeta en la cerradura de la suite real que había reservado y en cuanto se iluminó de color verde y giré la manivela que abría la puerta, dejé que ella pasara primero conforme metía la llave en el lugar correspondiente para que todo se iluminara y cerré tras de mí girando el pestillo para que nadie entrara. Lo que menos me apetecía esa noche es que precisamente alguien nos irrumpiera para lo que tenía pensado hacer, que no era otra cosa que condenarnos a ambos al más absoluto y efímero placer.

No me contuve más y antes de que pudiera avanzar otro paso, rodeé con mis brazos su cintura y la atraje hasta mí, de forma que inspiré su aroma mientras sentía su espalda en mi pecho adaptándose perfectamente a mi cuerpo. Era menuda, no es que tuviera una gran altura a pesar de los zapatos de tacón que llevaba, pero era perfecta así, ni un centímetro más, ni menos.

—Me gusta tu perfume —admití rozando con mi nariz su cuello conforme aspiraba su olor dejándome arrastrar cada vez en su aroma—. Es embriagador e incitador al mismo tiempo —confesé preso de aquel embrujo al que me había arrastrado y viéndome condenado al delirio de sus deseos porque aquella mujer me tuviera completamente obnubilado.

Mi voz probablemente estaba cargada de absoluto deseo y el más puro instinto de posesión por lo que sin poder evitarlo clavé mis dientes en aquel cuello sin ejercer presión, sino más bien un gesto de excitación ante el placer que sentía.

—¡Oh dios! —La oí exclamar conforme mi lengua se arrastraba desde aquel punto y apreté con la boca el lóbulo de su oreja.

Podía notar como se estremecía entre mis brazos y eso solo lograba incitarme con más fervor.

—Voy a demostrarte lo absolutamente loco que estoy por tu cuerpo —rugí siendo consciente de que sería fiel a aquellas palabras porque pensaba besar cada parte de su cuerpo hasta saciarme completamente.

Noté como se giraba rápidamente y sus labios acortaban la distancia que los separaban de los míos, jadeé ante aquel ataque posesivo y mi lengua buscó ávidamente la suya, haciendo que aquel baile sensual fuera todo un deleite de sensaciones.

Deshice cada botón de aquel vestido mientras mis labios besaban los suyos de forma implacable, sin tregua, tan absolutamente desafiantes que tenía muy claro que no los abandonaría ni un solo instante, aunque fui consciente de la suavidad de su piel en el momento que mis dedos tocaron aquella delicada carne expuesta y ávidamente me deshice de aquella prenda que impedía tener un acceso completo a ella.

Celeste estaba increíblemente hermosa en aquel vestido, de hecho, lucía como una auténtica princesa que es lo que era, pero si me daban a elegir, me quedaba con aquella hermosa piel desnuda, nítida y blanquecina que mis labios se deshacían por degustar.

Pude notar como ella intentaba abrir los botones de la camisa que llevaba puesta y casi sonreí en su intento vano por conseguirlo mientras mis manos recorrían su cuerpo ahora desnudo.

—No hay prisa —mencioné alejándome de su boca porque quería deleitarme primero en ella.

Era consciente de que teníamos toda la noche para nosotros solos y pensaba disfrutar cada

segundo de cada instante junto a ella.

Estaba absolutamente cegado por lo que aquella mujer me hacía sentir y lo cierto es que en mi fuero interno no dejaba de repetirme que esa sensación tenía que ser recíproca porque sentía que era lo que ella me transmitía.

—Quiero tocarte —mencionó segundos después—. Y esto me lo impide —Su voz casi parecía una reprimenda hacia la prenda que llevaba puesta.

Aquellas palabras solo fueron una orden para mi, por lo que aparté las manos de su cuerpo para estirar de la camisa, importándome muy poco que los botones salieran disparados en todas direcciones, en ese momento nada me importaba más que satisfacer sus deseos.

—Tócame cuanto quieras... —jadeé antes de volver a apresar esos labios hinchados y enrojecidos que me dejaban sin aliento.

Sentí instantáneamente sus manos en mi pecho, pudiendo percibir cada uno de sus dedos acariciando mi piel y aquella sensación me volvía completamente irracional. En el momento que percibí sus dientes apresando la carne, gemí de pura conmoción. Me volvía débil ante aquella mujer y por extraño que pareciese, me daba absolutamente igual serlo.

Noté su empuje y caí sobre aquella cama mientras no podía dejar de observar detenidamente sus movimientos, perdiéndome en cada rasgo inaudito de belleza que emanaba su rostro y sus celestes ojos incendiados en pasión. Conforme bajaba con sus labios por mi pecho, mi desazón era aún más creciente, esa posesividad con la que deseaba tenerla se incrementaba hasta creer que de un momento explotaría de tanto contenerme.

Iba a gritar. No podía soportar ni un segundo más la imperiosa necesidad de poseerla por el auténtico ardor que me estaba creando al rozar mi entrepierna. Estaba expectante, impaciente y casi al roce del abismo hasta que acogió mi miembro entre una de sus manos y después de masajearlo vi como abría la boca para introducirlo en aquella cavidad que solo sabía conceder infinito placer.

—¡Dios! —grité al sentir sus labios apresando firmemente la carne y jadeé sin evitarlo, dejándome arrastrar a ese abismo al que ella me estaba conduciendo.

«Por favor no pares» quería rogar y en cambio llevé de forma inconsciente una mano a su cabeza para instarle a proseguir con esa fuente de placer.

Aquello era pleitesía en estado puro, un autentico sueño en el que no estaba seguro que resistiría mucho más porque ella me embriagaba hasta tal punto que no podía contenerme, así que urgiendo de mi interior una posesividad inaudita, alargué la mano hacia la chaqueta donde llevaba un par de preservativos como medida preventiva y en el momento que rasgué uno para colocármelo vi como Celeste se incorporaba para deshacerse de su ropa interior. Verla desnuda era como vislumbrar a una auténtica diosa griega en su más absoluta belleza. Cada pequeña imperfección en su cuerpo era adorable, pero más que eso, tenía una esencia tan embriagadora como indescriptible. Probablemente existían muchas mujeres tan hermosas o incluso más que ella según otro tipo de cánones, pero ninguna, absolutamente ninguna podía albergar ese espíritu que ella poseía y que a mi me había conquistado.

Para mi autentica sorpresa y deleite, se colocó a horcajadas sobre mis muslos antes de que pudiera lanzarla sobre la cama para poseerla. La inesperada reacción de ella por tomar el control me dejó tan absorto que solo pude sonreír al saber que esa mujer jamás dejaba de sorprenderme. En el momento que sentí como me hundía en su interior, su boca, a tan solo unos milímetros de la mía jadeaba al mismo tiempo que lo hacía yo, fusionándonos en uno solo y abrasándonos por completo con aquella unión.

—Definitivamente me vuelves loco —susurré apretándola contra mi, queriendo que percibiera hasta qué punto ella me volvía inconsciente y febril como nadie jamás había logrado, y a pesar de saberlo estaba completamente dichoso de que fuera así, porque ella me hacía conocer el éxtasis en todo su apogeo.

—Entonces volvámonos locos los dos —contestó conforme alzaba aquellas nalgas creadas para el pecado y volvía a hundirse provocando que gimiera de puro placer.

El vaivén de sus movimientos era condenadamente excitante y su olor inundando mis fosas nasales provocaba una mezcla de absoluto desconcierto que me llevaba a un paraíso terrenal del que no me apetecía en absoluto escapar. Saber que ella gozaba intensificaba mi propio placer hasta niveles extremos, por lo que me hacía insaciable hasta el punto de aumentar el ritmo en un frenesí sin precedentes hasta que la oí gritar mi nombre provocando que no soportara ni un solo instante más y me abandoné al éxtasis del culmen junto a ella.

Una sola vez no iba ser suficiente, necesitaba decenas, cientos, miles de noches llenas de pasión para conseguir saciarme de aquello que me brindaba y que con tanto ahínco yo apresaba. Cada vez que gritaba mi nombre cuando alcanzaba aquel orgasmo sentía que me acercaba un poco más a ella, que estaba más cerca de hacer que se sintiera algo por mí.

Fue una noche larga, intensa y especial en la que pude percibir como se abandonaba a mis brazos, como se dejaba arrastrar al abismo que nuestros cuerpos consumaban. La sentí mía, mía de verdad. Esa noche era el comienzo, el inicio de ese todo que no pensaba dejar que nadie estropeará o marchitara. Tenía claro que por más que interfirieran en esa relación que manteníamos, por más impedimentos que encontraran, iba a solventar cada uno de ellos hasta lograr que al fin me aceptara.

«No creía en el destino, hasta el día que apareciste en mi vida Celeste Abrantes» susurré en mis pensamientos mientras la arrastraba hacia mi cuerpo porque necesitaba sentir el calor de su cuerpo cerca del mío en aquella enorme cama.

La plenitud de la satisfacción era evidente, pero nada era más ínfimo y acogedor que sentir su cuerpo sobre el mío, el olor de su piel impregnando mis sentidos y la suavidad de su respiración acariciando mi cuello provocando un ligero cosquilleo.

Firmaría ahora mismo por garantizar que cada una de mis noches ella estuviera junto a mí de ese modo. Fui consciente en ese instante de que por ella era capaz de renunciar a absolutamente todo.



---

---

DIECINUEVE

---

---



Hacia tiempo que no dormía profundamente, tal vez porque era la primera vez en mucho tiempo que me sentía realmente relajado hasta el punto de no importarme más allá que el momento que estaba viviendo. Podía recordar perfectamente esa sensación de regocijo pleno con su cuerpo sobre el mío, una sensación que conforme despertaba no encontraba.

Su voz me despertó, sentí aquellos gritos de alerta y me solventé tratando de averiguar que estaba sucediendo, cuando divisé que hablaba por teléfono y parecía demasiado alterada me levanté rápidamente dirigiéndome hacia donde Celeste se encontraba, percibiendo que sus ojos parecían cristalinos, como si sus lágrimas estuvieran a punto de salir de aquellos preciosos orbes.

—¿Qué ocurre? —pregunté a su lado, tratando de averiguar a qué podía deberse su estado.

—¡Tengo que irme inmediatamente! —exclamó fuera de sí—. Mi padre ha tenido un accidente, está en coma y no sé si... —añadió atropelladamente mientras las palabras morían en su boca y veía como estaba al borde del llanto de un momento a otro.

Fui consciente de su preocupación y me maldije a mi mismo, puesto que por mi culpa ella estaba a dos mil kilómetros de distancia de su familia. Desconocía cual sería el estado de gravedad de su padre, pero tenía claro que no iba a dejarla sola, que no estaba sola porque yo estaría junto a ella.

—¡Eh! —mencioné acogiéndola entre mis brazos tratando de reconfortarla—. Todo estará bien, ya lo verás —dije con voz suave mientras la acariciaba y notaba sus lágrimas en mi pecho. Aquello me partía el alma—. Recoge tus cosas que yo me encargo de todo.

Noté como se separaba lentamente y comenzaba a vestirse con la ropa que habíamos dejado por la habitación, a pesar de que esa ropa no fuera otra que la del baile.

—¡Joder!, ¡No llevo mi documentación! —exclamó segundos después.

Solo ella podía pensar en una formalidad con un momento así.

—Tranquila —dije tratando de calmarla—. Llamaré a Jeffrey y la llevarán al aeropuerto donde tenemos el avión privado —le aseguré mientras sacaba el teléfono y marqué el número de mi asistente para que coordinara todo, entre otras cosas mi agenda.

En aquel momento nada era más importante que estar junto a ella y sobre todo, asegurarme de que llegaba lo antes posible para estar junto a su padre, porque de lo contrario no podría perdonármelo en la vida.

—¿Avión privado? —preguntó y noté que parecía confusa.

—Si —aseguré—. Llegaremos antes en un vuelo privado que en uno comercial —mencioné para que no tuviera duda alguna.

—¿Tú... vendrás? —Su voz sonaba dubitativa, confusa e imaginé que tal vez fuera normal pensar que no podría acompañarla debido a mis deberes hacia la casa real y mi enorme agenda apretada.

—No voy a dejarte sola en un momento así —advertí mirándola a los ojos detenidamente para que supiera que estaba a su lado pasara lo que pasara—. Por supuesto que iré contigo —le aseguré antes de sentir la respuesta al otro lado del teléfono de mi asistente, donde le indiqué la situación y que pusieran a nuestra disposición todos los medios posibles para llegar lo antes posible al hospital donde se encontraba ingresado el padre de Celeste.

Pude notar la tensión en su rostro durante las horas que duró aquel vuelo. Lo cierto es que por más vuelos que había hecho internacionales de hasta diez y doce horas, este concretamente me había resultado casi eterno teniendo en cuenta el sufrimiento que a ella le implicaba. No conocía a su padre, pero probablemente había rogado por su vida casi tanto como su propia hija solo porque no quería que ella sufriese.

—Excelencia, aterrizaremos en menos de media hora, pero vamos a comenzar el descenso por lo que le rogamos que se coloquen el cinturón de seguridad. —Comunicó la azafata avisándonos de que el aterrizaje era próximo.

—Por supuesto. Gracias —contesté y antes de abrocharme el cinturón yo mismo, abroché el de Celeste sabiendo con toda probabilidad que su mente no podía dejar de pensar en lo mismo todo el tiempo; si llegaría a tiempo para ver con vida a su padre.

—No me sueltes —dijo de pronto agarrándose firmemente a mi mano mientras sus dedos entrelazaban los míos—. Nunca me gusta el momento del despegue y aterrizaje.

Desde luego no pensaba soltarla, sentí esa necesidad contacto ya fuera por miedo o simplemente debilidad, pero supe instantáneamente que deseaba suplirla cada vez que lo necesitara.

—No te soltaré —confirmé llevándome aquella mano lentamente a mis labios mientras percibía la suavidad de su piel y le daba un cálido beso en ella para después retenerla a mi lado.

Apenas había dormido y tenía los ojos hinchados por las lágrimas que había derramado, aún así podía asegurar que era la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida.

—¿Dónde aterrizaremos? —preguntó unos segundos después y supe que necesitaba hablar de cualquier cosa, probablemente para no martirizarse aún más con lo mismo.

—En Córdoba —aseguré como no podía ser de otra forma, pero vi la extrañeza en su rostro y tuve un atisbo de duda—. ¿No está en ese hospital? Porque un hombre con el nombre de tu padre sí que fue ingresado en ese hospital —añadí para cerciorarme de que mi asistente no se había equivocado.

—No. No —Negó—. Quiero decir que sí que es ese hospital, pero ¿Dónde vamos a aterrizar? —insistió.

—En el aeropuerto por supuesto —constaté como no podía ser de otra forma.

De momento no he tenido que aterrizar en un río o un campo de maíz por fortuna. ¿Dónde íbamos a aterrizar si no era un aeropuerto? Me habían comentado que el de Córdoba era pequeño y solo aceptaba vuelos privados, por suerte el avión privado de casa real tenía el beneplácito para aterrizar en cualquier aeropuerto internacional

—Gracias —escuché de sus labios, solo que aquella palabra parecía indicar mucho más que ese simple agradecimiento.

—No es nada —susurré acercándome a ella y depositando un leve beso en su frente—. Era lo menos que podía hacer por ti.

Después de haberla llevado hasta Liechtenstein, por supuesto que era lo mínimo que podía hacer por ella y no solo eso, sino escoltarla hasta la habitación de su padre y estar todo el tiempo necesario que ella necesitara, porque después de todo, ¿No era mi esposa y sus parientes mi familia?

Por suerte el hospital contaba con helipuerto para evitar el tráfico de la ciudad, desconocía la clase de favores que habría solicitado mi asistente para permitir el aterrizaje puesto que no se trataba de una emergencia médica, probablemente habrían accedido a causa del despliegue de seguridad necesario en caso de que se hubieran negado y que repercutiría en la normalidad del hospital. Fuera como fuese, lo cierto es que en apenas tres horas y media desde que Celeste había recibido esa llamada, estábamos de camino por aquellos angostos pasillos con olor a desinfectante que tenía el hospital San Juan de Dios de Córdoba.

Odiaba ese olor por más necesario que fuera, así que contuve la respiración todo el tiempo que pude.

La persona que nos guiaba hasta la habitación se había presentado como Joaquín y era el subdirector del hospital, pude apreciar su alto interés en nosotros por encima del familiar al que veníamos a visitar. Aquello me alertó de que la situación no parecía ser tan grave a juzgar por su rostro alegre y simpático, relajé levemente la tensión que tenían mis músculos y sostuve a Celeste en todo momento a través de los pasillos fuertemente iluminados hasta que nos indicaron la puerta exacta donde se encontraba alojado el familiar que veníamos a visitar.

En cuanto aquel hombre abrió la puerta y nos dijo que nos dejaría a solas refiriéndose en todo momento a que podíamos solicitar su ayuda si así era necesario, escuché el grito de Celeste que se había perdido tras la puerta sin despedirse siquiera de aquel hombre y seguí sus pasos hacia el interior para ver evaluar por mi mismo la situación.

Pude ver a una mujer de cabello oscuro y rostro relajado sentada en una silla con la vista puesta sobre la camilla desde la que podía apreciar que había alguien en ella aunque aquella preciosa criatura de ojos celestes tapara mi visión al estar sobre ella.

Pude percibir el sonido de la voz masculina proveniente de aquella persona que permanecía tumbada conforme acariciaba la espalda de Celeste y supe que la situación no era tan grave como en un principio había podido pensar. Lo cierto es que no había recibido ningún informe médico debido a que habíamos partido rápidamente y a mi asistente no le dio tiempo de constatarlo antes de subir al avión por las prisas, después había tenido pánico por saberlo y había preferido no abrir el archivo adjunto en el email de su informe médico en cuanto aterrizamos. Me alegraba saber que todo parecía estar bien y que el resultado de aquel accidente no parecía ser trágico, sobre todo, porque no deseaba ver de nuevo esa tristeza en los ojos de Celeste.

A pesar de haber comenzado a retomar vagamente en mis ratos libres algunas clases de español, lo cierto es que cuando comencé a sentir sus voces supe que no comprendía absolutamente nada y que mis progresos eran demasiado lentos porque solo lograba entender parcialmente algunas palabras si eran dichas por Celeste.

«Tal vez solo se trate de acostumbrar el oído» pensé tratando de prestar más atención mientras pasaba la vista de uno a otro miembro de aquella familia hasta que vi que ella parecía alterada y entonces me acerqué para tratar de calmarla.

No entendía que le estaba sucediendo, pero quería que tuviera presente que fuera cual fuera la situación, podía contar conmigo para solucionarlo, es más, si se trataba de dinero por la



hospitalización, todo correría a cuenta de casa real, no había que preocuparse por ello.

Vi como me observaba y sonreí para constatar que todo estaría bien, en ese momento la voz de la madre de Celeste sonó fuerte y clara.

—¡Hoooolaaaa! —exclamó saludando con la mano sonriente.

—Hola —contesté alegre por entender al fin una palabra de esa mujer que, aunque tenía algunos rasgos parecidos a su hija, lo cierto es que no había sacado de ella esos enormes ojos que tan loco me volvían.

—Papá, mamá —escuché decir a Celeste y seguidamente añadió algo que no comprendí, pero si que oí perfectamente mi nombre dos veces.

Hasta la noche anterior no me había dado cuenta de cuánto me encantaba oírlo de sus labios.

Su madre respondió tan apresuradamente y de un modo entusiasta que solo pude mirar a Celeste porque no comprendía absolutamente nada.

«Esto va a ser frustrante» pensé aunque no pensaba decirlo en voz alta.

—Dice que nos ha visto por televisión y sabe quién eres —contestó Celeste como si me hubiera leído la mente y su rostro alegre me hizo comprender que todo estaba bien—. Aunque lo sabrás, mi madre es Efigenia —alegó refiriéndose a ella—. Y mi padre Miguel.

Por supuesto que sabía quienes eran. Lo primero que tuve sobre mi mesa era un informe referente a ella y en él se incluía a su familia, aunque solo había visto una vaga foto de años atrás de cada uno de sus parientes, pero si que me constaba varios datos de relevancia, aunque me había quedado con el informe que mi asistente me había redactado donde me indicaba que ninguno de sus parientes tenía antecedentes penales, ni había cometido ningún acto que pudiera ser carnaza para la prensa, algo que me tranquilizó enormemente, porque el resto no me importaba. Me daba igual su procedencia, su origen humilde o campestre. A mi solo me importaba ella y esa era su familia, la familia que la había llevado a ser tal y como era.

—Encantado —contesté para que me entendieran.

Para cuatro palabras que recordaba, al menos esa era una de ellas.

Lo cierto es que no había esperado que aquella mujer de poco más de un metro cincuenta se abrazara a mi estrujándome con fuerza. ¿Cuánto hacía que nadie me abrazaba de ese modo?

«Probablemente desde que tenía tres años» pensé recordando a mi tía abuela Raimunda que murió justo cuando tenía esa edad, pero era el único miembro de la familia real que daba ese tipo de abrazos de los cuales todos solíamos huir.

Conforme pasaron las horas, fui informado de que la situación de Miguel, —el padre de Celeste— era parcialmente leve, solo estaba por mera precaución tras sufrir una caída, pero esa misma tarde le darían el alta médica y podría regresar a casa.

Había reservado habitación en el mejor hotel de la ciudad para pasar esa noche y mi agenda del día siguiente estaba completamente cancelada y se habían pospuesto todas las reuniones, por lo que no existía ningún motivo para apresurar nuestra partida.

En un momento dado, vi como la señora Efigenia me observaba detenidamente y lo cierto es que no entendía si me había preguntado algo ya que parecía estar hablando con su hija. Así que dirigí mi mirada hacia esta última para saber qué estaba sucediendo.

—Mi madre quiere que nos quedemos a la celebración del aniversario de mis abuelos, cumplen cincuenta años de casados —mencionó sin ánimo, como si estuviera dando por hecho que no podríamos quedarnos debido a mis obligaciones. Si podía tomarme un día libre, ¿Por qué no varios? No iba a privarla de un evento familiar y menos después del susto que se había llevado con respecto a su padre. Comprendía que necesitaba aquello y tal vez nos vinieran bien unos días

alejados de palacio y de mi madre para disfrutar de nosotros.

—Si, podemos quedarnos —admití en su propio idioma esperando haberlo dicho correctamente y por el grito de júbilo que escuche por parte de su progenitora, supe que lo había comprendido.

Cuando a mis oídos llegó la palabra familia por parte de la señora Efigenia, comprendí que iba a conocer a toda la familia de Celeste en ese evento y supe que en cierto modo, aquella pequeña representación se estaba convirtiendo en un hecho.

«Un hecho que comenzaba a gustarme demasiado»

—No sabes dónde te acabas de meter —escuché decir a Celeste en voz baja como si estuviera advirtiéndome de algo.

—Si es contigo, no tengo nada que temer —contesté perdiéndome en esos ojos brillantes mientras me observaban.

Y no lo temía, porque ella era el sol en un día nublado, el arcoíris tras la lluvia y la calidez de un angosto día de invierno.

Algún día seré capaz de decirle que no hay un lugar donde quiera estar sino es a su lado.

En cuanto llegaron para dar el alta al padre de Celeste, supuse que se marcharían directamente a casa para descansar ya que me parecía haber oído algo así por la conversación que mantenían. No era mi intención inmiscuirme en aquella conversación que mantenían entre ellos, pero tampoco pensaba separarme esa noche de aquella mujer, puesto que no había recorrido tantos kilómetros para dormir lejos de su lado.

—Tenemos reserva en un hotel —admití en voz alta tratando de dar a entender que no tenía la reserva yo solo, sino que incluía a Celeste.

La negativa por parte de la señora Efigenia me confundió, ¿Tal vez no deseaba que durmiera con su hija?

«Un poco tarde para eso» pensé inmediatamente.

—Mis padres quieren que nos alojemos en la casa del pueblo —mencionó Celeste segundos después tras mantener una leve discusión con ellos.

¿Entonces no era una negativa a que durmiéramos juntos, sino a que durmiéramos en un hotel? Aquello me relajó, lo cierto es que me apetecía conocer a su familia y que mejor forma que hacerlo estando en la misma casa y bajo el mismo techo.

—Si no es una molestia para ellos, me parece bien —admití con la mejor de mis sonrisas.

Solo esperaba que su habitación no estuviera al lado de la de sus padres para que todo fuera perfecto. Observé como ella cerraba los ojos y suspiraba, me parecía infinitamente graciosa la actitud que mantenía respecto a ellos, como si tuviera infinita paciencia a pesar de que no entendía una sola palabra sobre lo que le decían la mayor parte del tiempo, pero su forma de arrugar la frente, fruncir el ceño y gesticular sin darse cuenta me fascinaba completamente.

Como era habitual, un coche oficial nos esperaba a la salida del hospital para llevarnos al hotel y tras dejar a sus padres en su vehículo, les seguimos en el coche de seguridad hacia su casa. No sabía si me arrepentiría de no pasar esa noche a solas junto a ella o me martirizaría más tarde por tener que dejar mis manos quietas, pero supuse que aquella era una oportunidad única para generar una buena impresión a los que a todos los efectos eran mis suegros.

—No hace falta que te quedes, ¿eh? —mencionó Celeste cuando nos quedamos a solas dentro de aquel vehículo con los cristales tintados para que nadie pudiera ver quien se ocultaba en su interior—. Puedes irte que lo entenderán —añadió como si sintiera cierto pesar en tener que decir aquello.

Desconocía si en sus palabras había preocupación por mis deberes reales o si era incomodidad respecto a lo que me pudiera parecer su familia. Fuera una u otra cosa, lo cierto es que ninguna me preocupaba demasiado.

—Quiero quedarme —admití con total franqueza—. Es como tener unas vacaciones justificadas —aseguré sabiendo que no me venía nada mal un descanso.

La oí reír y eso me agradó.

—Así que me estás utilizando para no cumplir con tus obligaciones.

—Puede decirse que sí. Además, ya era hora de que conociera a tu familia o al menos, hiciera acto de presencia, después de todo estamos legalmente casados —reiteré haciéndola ser consciente de este último hecho, como si no quisiera que se le olvidara.

Aunque ciertamente es difícil de olvidar dado que por eso estábamos donde estábamos.

—No estabas en la obligación de hacerlo, la forma en la que nos conocimos y como llegamos a esta situación fue...

—¿Inusual? —exclamé irónicamente al mismo tiempo que deseaba robarle un beso teniendo en cuenta que durante todas aquellas horas no había tenido la oportunidad de probar esos labios.

—Demasiado inusual diría yo —contestó pausadamente.

—Eso no cambia los hechos —aseguré acercándome a ella, rozando su nariz con la mía y probando su aliento entre sus labios entreabiertos.

—No, no los cambia —susurró ida, como si realmente no supiera que estaba diciendo.

Eso me demostró que lo deseaba, que ardía en deseos de que la besara. Acorté la poca distancia que quedaba rozando sus labios y sin esperarlo, sentí la presión repentina devorando los míos con tanto ahínco que la inesperada respuesta me avasalló hasta el punto de acogerla entre mis brazos y responder de la misma forma atropellada.

Celeste se separó bruscamente y sentí mi propia falta de aliento cuando lo hizo de aquel modo.

—Antes de que llegemos tengo que advertirte una cosa —mencionó con evidentes signos de agitación.

—¿Sí? —exclamé deseoso de oír alguna fantasía de sus labios.

—Mi familia no es precisamente, ¿Un modelo a seguir? —pronunció con cierto tono de ironía—. La cuestión es que son un poco de campo. Y muy cotillas —añadió como si aquello fuera una advertencia, pero dudaba que su familia fuera peor que la mía si nos poníamos a juzgar—. Así que te agradecería que fingiéramos que todo es real, pero *muy*, muy real

El énfasis que hizo en esa penúltima frase hasta el punto de repetirla me hizo no comprender del todo a qué se refería. ¿Qué debía ser real?, ¿Estaba fingiendo en ese momento?

—¿Cómo que muy real? —pregunté deseando aclarar a qué se refería exactamente.

—Que crean que estamos locamente enamorados y que el compromiso existe de verdad —soltó sin más.

¿Deseaba que su familia creyera que estábamos locamente enamorados?, ¿Ella quería hacer creer que todo lo que se había vendido a la prensa era completamente cierto? Desde luego no había nada que deseara más en ese momento que lo fuera, sobre todo porque no me hacía falta fingir algo que de por sí ya sentía.

—¿Quieres que finja que estoy enamorado de ti? —pregunté observando directamente su rostro.

Necesitaba saber si para ella aquello significaba algo, aunque supiera que solo lo estaba pidiendo porque de ese modo su familia no haría preguntas indebidas.

—Sí. Bueno, tampoco creo que implique mucho más de como me has tratado hasta ahora —

mencionó aturdida—, pero que se note que todos vean que estamos juntos —insistió de nuevo.

¿Quería que todos pudieran apreciarlo?

«Te aseguro que no vas a olvidar fácilmente este fin de semana, preciosa» me aseguré a mi mismo.

Aunque aquello suponía la oportunidad perfecta para obtener algo a mi favor.

—Está bien —afirmé sin evidenciar mi propio entusiasmo—. Si es lo que quieres, puedo hacerlo, pero con una condición.

—¿Cuál? —exclamó confusa.

Aún no tenía muy claro como reaccionaría Celeste en el momento en que se enterase de como habían transcendido realmente las cosas, pero si de algo era consciente, es que cuando lo supiera no iba a tomarlo demasiado bien. No sabía si lograría que me perdonase a tiempo, ni tampoco si la situación podría darse de tal forma que al revelarlo el daño no pareciera tan grave, pero necesitaba que ella me prometiera de algún modo, que ese veinte de octubre acudiría a la capilla real, aunque solo fuera para rechazarme.

—Dentro de un tiempo te pediré que hagas algo por mi y quiero que ahora mismo, en este instante, te comprometas a decirme que lo harás —contesté no sabiendo exactamente como iba a lograr hacer aquello, pero deseando infinitamente que ella aceptase.

—¿Sin saber siquiera de que se trata? —exclamó con evidente sorpresa.

—Esa es la clave, no lo sabrás hasta que te lo pida —aseguré mordiéndome la lengua.

¿Qué ocurriría si se lo dijese?, ¿Cuál podría ser su respuesta si de verdad le revelara mis verdaderas intenciones? Probablemente aquello solo fuera una encerrona, pero lo cierto es que cuando veía esos ojos celestes podría jurar ver mucho más que pasión y desenfreno en ellos, aunque solo fuera mi propio deseo el que veía aquello.

—Está bien —contestó para mi absoluto estupor—, lo haré.

«Juro que no te arrepentirás de ello»

—Entonces tenemos un trato señorita Abrantes —respondí con una enorme sonrisa porque sabía que ella jamás faltaría a su palabra.

—Eso parece su excelencia.



---

---

VEINTE

---

---



Cuando visualicé la casa de los padres de Celeste, pude comprobar que era sencilla y pintoresca, revestida de piedra y paredes blancas, como la gran mayoría de las que se encontraban en aquel pueblo. Repentinamente y sin saber muy bien porqué, me recordó a aquella casa que solíamos visitar en las vacaciones de invierno cuando íbamos toda la familia a esquiar. Realmente no se parecían en nada, puesto que las casa en la montaña eran de madera y piedra, ni hacía frío en aquel instante para que mi mente pudiera rememorar esos recuerdos, era más bien todo lo contrario, pero por alguna razón me había recordado a una época en la que todos éramos felices en familia, sin saber que años después se cerniría sobre nosotros la tragedia.

El interior era de techos altos revestidos con vigas de madera vista pese a ser una casa moderna, algo que le daba autenticidad y la hacía acogedora, tanto como la gente que la habitaba.

La conversación que mantenía Celeste y su madre llamó mi atención y al ver que ella expresaba confusión en su rostro no pude evitar preguntar.

—¿Pasa algo? —exclamé y me incliné sobre los macutos que nos habían preparado ya que vi que ésta hacía ademán de cogerlos y no pensaba permitir que lo hiciera.

¿Tal vez no dormiríamos juntos?

—No. Nada —contestó rápidamente y dio dos pasos mientras no dejaba de observarla—. Ven, que te llevaré a nuestra habitación —indicó y vi como se dirigía hacia las escaleras que salían del propio salón.

«No has escuchado mal, ha dicho *nuestra*» rememoreé en mi conciencia.

Al final de la escalera se encontraba una única puerta y tras abrirla, la oscuridad desapareció en cuanto la luz inundó toda aquella estancia de dimensiones bastante grandes para ser un único dormitorio.

—Vaya, esto es muy bonito —admití viendo los mismos techos altos de vigas vistas, unos grandes ventanales, la cama de grandes dimensiones y podía atisbar que la única puerta que se encontraba aparte de la entrada era la de un baño privado.

Estaba seguro de que con la luz del día aquello se vería aún mejor al tener las paredes blancas. Era sencilla, pero muy confortable y limpia.

—Me alegro de que te guste, no es un palacio, pero...

—Es perfecto —afirmé dejando los macutos sobre una de las sillas que había dispuestas a ambos lados de la puerta del baño.

Realmente no había tenido expectativa alguna, pero solo con la idea de pasar un par de noches junto a ella sin la presión constante del trabajo o peor aún; de mi madre, hacían que aquello fuera mejor que la suite más lujosa del país.

—Es un poco tarde, pero si te apetece podemos ir a dar una vuelta por el pueblo después de cenar —mencionó mientras terminaba de evaluar los detalles de la habitación.

Aquello me resultó inesperado.

—¿Me estás proponiendo una cita? —exclamé con evidente tono de perspicacia para provocarla.

—Puede... —contestó en un tono de voz tan bajo que no pude interpretar si solo trataba de seguirme la corriente o realmente era una cita.

No pude replicar porque se perdió tras la puerta del baño y posteriormente bajamos de nuevo donde nos esperaban para cenar.

La mesa estaba dispuesta y una joven que a juzgar por sus rasgos era bastante más mayor que mi hermana Margarita estaba situada junto al padre de Celeste. Deduje que era su hermana, aunque parecía algo distinta a la foto que había visto varias semanas atrás, definitivamente en persona era mucho más hermosa, aunque distaba de parecerse en lo más mínimo a la preciosidad de ojos azules con la que me había casado, aún así no podía dejar de admitir que era muy guapa con aquellos ojos color miel y cabello castaño.

«Se ve que esta familia tiene buenos genes» pensé sonriente.

—Te presento a mi hermana Adriana —mencionó Celeste y vi como la joven se incorporaba para acercarse—. Adri, este es Bohdan —añadió en español, aunque comprendí perfectamente sus palabras y me percaté en el pequeño apelativo con el que llamaba a su hermana pequeña.

La joven parecía algo cohibida y no la culpé, suponía que la situación debía ser de lo más compleja dadas las circunstancias y a tenor de que era un simple desconocido para ella.

La cena transcurrió con bastante normalidad y lo cierto es que poco a poco comencé a acostumbrarme a la forma de hablar, aunque gran parte del tiempo necesitara la ayuda de Celeste para traducir o comunicarme en todo momento con sus familiares. Tal como había mencionado, salimos a dar una vuelta por aquellas calles de pavimento empedrado que me recordaban un poco a mi propio país, solo que la temperatura era mucho más elevada.

—Puedes quitártela, eh —escuché entre el silencio que nos había invadido desde que habíamos salido de su casa. Las calles estaban completamente desiertas y ciertamente vagamos solos por aquel pequeño pueblo—. No creo que nadie te esté espiando detrás de una esquina para publicar en el periódico de mañana; El príncipe Bohdan ha roto la etiqueta de protocolo —añadió al mismo tiempo que podía escuchar su estrepitosa risa tras decirlo.

Ese sonido me encantaba y era contagioso, por lo que me reí con ella.

—Tienes razón —admití desabrochándome la prenda y comenzando a deslizarla por los hombros—. Estoy tan acostumbrado a pasar calor, frío o aguantar los pesados uniformes que me he acostumbrado.

La etiqueta era una de las primeras lecciones que se aprenden cuando creces en una familia real. Con el tiempo terminé asumiendo que pasar frío, calor o incluso dolor, formaban parte del deber, ya que las excusas o las quejas no servirían para soportar una crítica ante una acción indebida o incorrecta.

—Eso no ha sonado muy bien —contestó y pude notar que su risa había desaparecido completamente—. Imagino que llevar una vida de normas estrictas no debe ser fácil.

—Uno se termina acostumbrando —admití encogiéndome de hombros—. O más bien, no tiene

otra opción que aceptarlo.

En el momento que Adolph murió, supe que debía asumir ese papel lo quisiera o no y que era mi responsabilidad era dejar en buen lugar el apellido de la familia aunque algunas veces me apeteciera escapar de todo aquello como en ese momento.

—¡Ah, ven! —gritó y sentí como su mano cogía la mía mientras me arrastraba hacia lo que parecía ser una especie de callejón empedrado conforme bajábamos escaleras—. Te enseñaré lo único que merece la pena de este lugar.

La seguí sin rechistar hasta que llegamos al final y la oscuridad se cernió sobre nosotros sin poder ver nada con claridad.

—¿Esto es lo único que merece la pena? —pregunté pensando que de algún modo me estaba tomando el pelo.

—Mira el cielo —señaló.

Entre aquella oscuridad se pudo ver un enorme cielo despejado, tan nítido y claro que era absolutamente precioso, pero no lo suficiente para llamar mi atención por encima de ella.

—Vale, no está mal —admití dándole la razón—, pero estoy seguro de que esto no es lo mejor que tiene este lugar.

«Tus ojos tienen más luz que cualquiera de esas estrellas que brilla en el cielo» pensé inmediatamente.

—¿No? —exclamó—. Ya verás mañana con la luz del día como si. En realidad este pueblo no tiene nada especial, ni tan siquiera la iglesia es bonita. Además, la plaz...

No lo soporté más. No pude aguantar ni un solo segundo más la falta de su contacto y apreté aquellos labios con absoluta devoción y el más puro instinto animal que me poseía en esos momentos.

—Tú eres lo mejor que tiene este lugar Celeste. No me interesa nada más —susurré antes de volver a besarla de nuevo.

Aunque aquel sitio tuviera el tesoro más valioso escondido, lo cierto es que estaba allí por ella, porque solo la quería a *ella*.

Sentía el palpitar de su cuerpo contra el mío, esa sensación indescriptible y apasionada que solo ella sabía transmitirme haciendo que me olvidara de todo cuanto me rodeaba. La agarré firmemente de la cintura mientras inevitablemente recorría su cuerpo por encima de aquella prenda hasta llegar a sus nalgas que tanto me enloquecían y la aferraba contra mí. Sentía esa necesidad de hacerle constatar cuanto la deseaba y que enloqueciera del mismo modo que yo lo hacía.

No tenía la menor idea de lo lejos o apartado que estaba ese lugar, pero sí de que estábamos en la más completa oscuridad y ella iba a ser testigo de nuestros más ínfimos pecados o eso creía hasta que escuché los pasos de alguien conforme se acercaba a nosotros y para mi absoluta desgracia tuve que apartarme de la fuente que emanaba aquella calidez exquisita con la firme promesa de que ese encuentro no había terminado.

La persona que acababa de llegar apuntó con la linterna de su teléfono hacia Celeste y le hablo en un tono poco cordial. Al parecer se conocían por la respuesta que tuvo ésta última.

—¡Oh dios mío!, ¡Es él! —exclamó después de ver como aquel foco de luz me apuntaba directamente.

¿Quién era? Deducía que se trataba de una mujer por su voz, pero apenas podía verla. ¿Sería familia de Celeste?, ¿Tal vez alguna amiga?

—¡Hola guapetón! —El grito de aquella mujer rompía el agradable silencio de aquel lugar que

hasta el momento había considerado casi mágico.

¿Guapetón?, ¿Qué quería decir esa palabra?, ¿Tendría que ver algo con el término guapo? Lo cierto es que ni el tono, ni aquel rostro cargado de efusividad por reconocermme me gustaron. Simplemente no me generó ninguna simpatía.

Ni tan siquiera respondí porque una segunda persona se acercó hasta nosotros y esta vez se trataba de un hombre que al parecer también conocía a Celeste. Que un hombre y una mujer se citaran en aquel sitio a esas horas, solo podía significar un encuentro entre amantes, pero no pude deducir por la breve conversación que mantenían entre ellos de qué se trataba hasta que escuché a Celeste.

—Solo habla alemán —mencionó y supuse que debían haberme preguntado algo. Lo cierto es que nada de todo aquello me importaba teniendo en cuenta que habían interrumpido un encuentro más que placentero entre nosotros. No los conocía, pero sinceramente en aquellos momentos, solo me apetecía desaparecer de allí para estar a solas con ella.

—¡Oh! —escuché la reacción de aquella mujer y Celeste añadió algo más que no comprendí.

—¿Te importaría decir que estas cansado y que nos apetece ir a casa? —me dijo Celeste con ese tono de voz dulce, pero al mismo tiempo exhausto e intuí que solo estaba tratando de escapar de allí por lo que había podido intuir de la conversación que habían mantenido entre ellos.

—No estoy cansado, pero sí que me apetece ir a tu casa si con eso estaremos solos —asegué porque nada me apetecía más que irnos de allí.

Si algo había aprendido de las personas, era saber interpretar cuando se acercaban a mí por puro interés y esa mujer lo reflejaba a todas luces a pesar de no saber ni tan siquiera lo que decía con plena exactitud.

Tras despedirnos apresuradamente porque sentí como Celeste estiraba de mi mano para marcharnos de allí y subir de nuevo aquellas escaleras que daban al pequeño callejón que salía a una de las calles principales, escuché la estrepitosa risa de Celeste entre el silencio extremo que inundaba aquel pequeño pueblo.

—¿Qué te causa tanta risa? —pregunté no sabiendo interpretar que podía causarle tanta gracia.

¿Me había perdido algo?, ¿Tal vez acababa de enterarse que esas dos personas se estaban viendo a escondidas por tener una relación? Lo cierto es que habría jurado entender la palabra prima en una de sus frases, pero tampoco estaba del todo seguro si esa mujer era de su familia.

—No es nada... —contestó tratando de calmarse—. Es solo que no esperaba encontrarles.

Quizá estaba equivocado y lo que le causaba esa estrepitosa risa era que casi nos habían descubierto inesperadamente. Lo cierto es que si hubiera tardado un poco más en aparecer no podría asegurar el hecho de haberme resistido a sus encantos tomándola allí mismo.

—Bueno, hubiera preferido que no nos interrumpieran sean quienes sean —añadí y estiré de su brazo hasta apresarla entre los míos y sentir de nuevo esa calidez—. Me gustaba la forma en la que nos estábamos entreteniéndome —admití queriendo tornar de nuevo el mismo punto en que lo habíamos dejado.

—Admito que a mí también me gustaba y tal vez podamos continuar en esa gran cama que nos aguarda en mi casa —contestó observándome fijamente a los ojos mientras se dibujaba una leve sonrisa en su rostro.

Me acerqué a ella y la acogí entre mis brazos alzándola del suelo y no importándome que alguien pudiera vernos, lo único que deseaba era llegar cuanto antes hasta esa deseada cama que nos aguardaba.

—¿Y a qué estamos esperando? —exclamé sonriente mientras me apresuraba en llegar lo más



rápido posible.

La penumbra que había en casa de sus padres, solo fue la clara evidencia de que todos se habían acostado. Subí las escaleras tras ella mientras me guiaba a través de la oscuridad sin hacer ruido alguno y en cuanto cerré la puerta de la habitación donde nos alojábamos en el altillo la atrapé de nuevo entre mis brazos girándola hacia mi, mientras devoraba aquella boca con puro deseo y frenesí.

«Ni en mil años podría cansarme de besar aquellos suaves y cálidos labios» pensé mientras sentí como gemía y mis manos se deslizaban de su cintura hacia esas nalgas duras que me tenían absolutamente hechizado.

—¿Mañana debemos levantarnos temprano? —pregunté deslizando mi boca de sus labios hacia su mejilla y llegando a la carne suave de su lóbulo izquierdo.

—En absoluto —jadeó mientras notaba como me desabotonaba la camisa y sus dedos se colaban entre los pliegues para acariciarme directamente la piel del pecho.

—Mejor, porque es probable que te mantenga despierta hasta el amanecer ya que no tengo intención alguna de dormirme hasta estar completamente saciado de tu cuerpo —admití con la clara intención de ser fiel a cada palabra.

Noté sus labios formar una sonrisa y después morder mi hombro con suavidad, aquello provocó que apretara sus nalgas con mayor fuerza y la oí jadear.

—No hay nada que deseé más —contestó y sentí que iba a explotar si no la hacía mía.

Su vestido desapareció y me maravillé con aquella ropa interior de encaje que lucía. A pesar de la oscuridad podía ver y tocar cada suave curva de su cuerpo que me maravillaba por completo. La alcé permitiendo que envolviera con sus piernas mi cuerpo y me dejé caer junto a ella sobre aquella mullida cama que iba a ser testigo de nuestro más absoluto deseo.

—Bésame —mencioné mirando aquellos ojos celestes que brillaban en esa oscuridad con dulces destellos.

No solo lo hizo, sino que sus labios embriagaron de tal forma los míos que entrelacé sus dedos con los míos mientras devoraba con fervor aquella boca y mi lengua jugaba en una batalla campal junto a la suya para ver quien resultaba vencedora.

Era plenamente consciente de que ese fulgor que me provocaba no cesaba con el tiempo, sino que con cada encuentro parecía resurgir sin precedentes.

Mi boca fue deslizándose por su garganta hasta llegar a su pecho, donde mordí suavemente por encima de aquel encaje y sentí como se arqueaba siendo consciente del placer que aquello le profería.

No lo soporté más. Me aparté ligeramente para coger uno de los preservativos que tenía en el bolsillo trasero del pantalón y rasgándolo rápidamente lo coloqué en su lugar mientras que apartaba ligeramente su ropa interior sin deshacerme de ella.

—Eres la tentación más sublime que jamás he conocido, Celeste Abrantes —admití deslizandome entre aquellos muslos y sentía el mundo deshacerse entre mis dedos por aquel absoluto e ínfimo placer.

Acallé cada uno de sus jadeos entre mis labios mientras mi ritmo se acompañaba al suyo hasta que finalmente noté sus espasmos alcanzando el éxtasis, provocando que yo también lo hiciera al contemplar aquella mujer deshaciéndose entre mis brazos.

Cuando los primeros rayos de sol atravesaban la ventana, me dejé caer sobre la cama de puro agotamiento después de haber pasado toda la noche descubriendo cada centímetro del cuerpo de aquella mujer, recorriendo con mi lengua cada palmo de su ser y siendo consciente de que aquella

atracción inaudita era determinantemente infinita.

Celeste se había quedado completamente dormida y rodeé con mi brazo su estrecha cintura para atraerla hacia mí conforme la abrazaba mientras se adaptaba a mi cuerpo. La calidez de su desnudez me enloquecía, pero la sensación de tenerla entre mis brazos me calmaba, me daba paz... sencillamente sentía que era el lugar donde debía estar y podría acostumbrarme a eso o, mejor dicho; deseaba hacerlo.

—¿Estás dormida? —pregunté sabiendo que estaba exhausta después de estar toda la noche despiertos o, mejor dicho; teniendo sexo.

No obtuve respuesta, por lo que asumí que había entrado en un profundo sueño. Aproveché para pasar los dedos por su mejilla y apartar el cabello que impedía que la viera con mayor nitidez. Ahora que la luz se filtraba un poco por aquella ventana, podía apreciar con mayor exactitud cada sombra que contorneaba su rostro y podía asegurar que sus rasgos eran perfectos.

—Eres la criatura más absolutamente hermosa que he conocido —admití rozando con el dedo índice el perfil de su mandíbula—. Y aunque no sea digno de ganarme tu corazón, lo cierto es que debo confesar que ansió con todas mis fuerzas poder conquistarlo. Era consciente de que no me estaba escuchando y quizá por eso tenía la valentía suficiente para poder confesárselo.

Entreabrí los ojos y estiré el brazo instintivamente buscando ese cuerpo lleno de vida que debía estar a mi lado, solo que en su lugar encontré el hueco vacío y frío que había dejado. ¿Dónde estaba Celeste? Me alcé repentinamente y abrí la puerta de aquella habitación completamente agitado, hasta que las voces provenientes del piso inferior me dieron a entender que había invitados en aquella casa y que salir desnudo no debía ser una buena presentación.

Con una ducha veloz y vistiéndome con lo primero que saqué del macuto que no llamase demasiado la atención ni fuera muy formal, pero tampoco demasiado informal, bajé las escaleras que conducían desde el salón principal de la casa hasta esa buhardilla y vislumbé un grupo considerable de mujeres que parecían hablar entre sí.

—¿Buenos días? —mencioné sin saber exactamente que decir porque en ese momento no supe si estaba interrumpiendo alguna reunión familiar privada o si sencillamente estaban allí de forma habitual.

En medio de aquel círculo pude ver a esa diosa de ojos celestes aún en camisón de dormir y lo cierto es que el resto de las presentes se perdieron en mi campo de visión mientras mis pasos se dirigían hacia ella. De pronto recordé que tenía la excusa perfecta para poder besarla delante de todos, ¿No había sido ella misma quien me había pedido que interpretara el papel de loco enamorado? Mis labios no pudieron evitar curvarse en una sonrisa mientras me regodeaba ante la increíble sensación de poder hacer de propia voluntad lo que ella pensaba que solo interpretaba.

—No estabas cuando desperté —mencioné en un tono tan bajo y suave que supe que nadie más podría escucharme, aunque de hacerlo, no creía que muchos miembros de la familia de Celeste hablaran nuestro idioma teniendo en cuenta que sus propios padres o hermana no lo hacían. Cogí su mano llevándola dulcemente a mis labios para darle un beso en el interior de su muñeca y podía percibir como todas las miradas de aquellas mujeres que nos rodeaban se cernían en nosotros, tal vez eso me incitaba a continuar acechándola de aquel modo, más aún cuando pude percibir el suave rubor en sus mejillas. Fue entonces cuando rodeé su cintura con el brazo para acercarla a mí y aunque deseaba que sus labios fueran míos mientras sentía que los rozaba, no quise abochornarla aún más, pero iba a dejarle lo suficientemente claro que no me gustaba despertar solo cuando ella dormía a mi lado—. Y no me gusta que no estés en mi cama, menos aun cuando despierto. Dicho esto, me aparté levemente y saludé a las mujeres allí presentes—Hola —

mencioné en un esperado y bien mencionado español. Fue ahí cuando pude comprobar que efectivamente la sensación de que nos estaban observando en todo momento era cierta, ya que todos aquellos pares de ojos estaban puestos sobre nosotros.

Demasiadas preguntas y muchas de ellas citadas al mismo tiempo se vaticinaron sobre mí. Aquello me causaba especialmente gracia, más aún teniendo en cuenta que hacía demasiado tiempo que no charlaba con gente normal y llana, sino que la mayor parte de mi tiempo lo debía dedicar a una clase social elevada que jamás me haría preguntas como aquellas.

—¿Llevas una corona? —preguntó una de ellas—. ¿Es verdad que vives en un palacio?, —preguntó otra—, ¿Todos los hombres de tu país son tan guapos? —Esa me causó especialmente gracia teniendo en cuenta que me consideraba bastante normal, de hecho, todos decían que Adolph era mucho más guapo cuando éramos adolescentes.

Cuando la última de aquellas parientes, ya que todas eran primas o tías e incluso la abuela de Celeste que era curiosamente la que más preguntas tenía se marcharon, me disculpe mientras subía de nuevo a la habitación para llamar por teléfono, ya que había estado sintiendo como recibía notificaciones durante todo el tiempo que había estado charlando.

En cuanto la voz de mi asistente resurgió al otro lado de la línea, pude percibir la presión y agobio de mi agenda diaria resurgiendo, pero llevaba sin tomarme unas ligeras vacaciones o unos días de descanso, meses. Aunque todo aquello había sido inesperado y tendría que posponer varias reuniones y viajes o incluso cancelar varios de ellos, sentía que estar en aquel lugar apartado de mi mundo era lo que debía hacer, más aún teniendo en cuenta que era el momento perfecto para conocerla más a fondo.

Colgué el teléfono y respiré hondo. No era el fin del mundo y probablemente mi madre pondría el grito en el cielo, pero me daba absolutamente igual. Escuché el sonido del agua de la ducha y que la criatura que allí se encontraba debía estar desnuda, sin duda estaban demasiado recientes aquellos recuerdos de la noche anterior para olvidarlos repentinamente, así que con toda mi conciencia me desvestí para adentrarme en aquel baño privado con cuidado. La silueta desnuda que se veía a través del vaho que contenía aquel vidrio me enmudecía. Celeste era una mujer menuda, aunque nunca me habían atraído las mujeres altas, pero verla era como contemplar una esencia concentrada, tenía todo lo mejor de cada parte y para mí era sencillamente perfecta en cualquiera de sus defectos. Asumí que no había atisbado mi presencia cuando apenas rozando su piel dio un pequeño salto mientras gritaba.

—Lo siento, no quería asustarte —mencioné en cuanto aquellos ojos de color azul claro se fijaron en los míos y las gotas de agua rodaban por su piel gritando a todas luces que las bebiera de su cuerpo.

Era hermosa, como una rosa en flor justo al amanecer y el poco control que aún mantenía se fue al quinto pino, por lo que me lancé directamente a sus labios bebiendo su esencia y sumergiéndome en la oscuridad de placer que me provocaba su boca.

—Tu asústame todo lo que te de la gana —profirieron sus labios en un leve jadeo—, pero no dejes de besarme —añadió separándose un segundo para después volver a besarme de nuevo con la misma intensidad.

No lo haría. Así se acabara el mundo jamás dejaría de besarla si ella me lo pedía. Mis manos recorrieron su cintura estrechándola junto a mí, sintiendo cada palmo de su ser junto al mío, cada curva y espacio complementando los pequeños huecos que nos separaban y la estreché aún más mientras sentía como la alzaba y elevaba del suelo para unirla del todo a mi cuerpo.

Mis labios fueron bajando de su boca hacia su garganta, recorriendo un pequeño y estrecho

camino hasta el hueco de su pecho, donde me embriagué con la esencia de las aureolas de sus pezones succionándolos en mi boca conforme escuchaba los gemidos de placer que profería con aquel leve gesto.

Si había algo que me encantaba de ella era esa absoluta transparencia cuando la hacía mía, como se dejaba arrastrar por la pasión que sentía y no se contenía. Nunca, jamás, ninguna mujer con la que había estado era tan arrolladora y pasional como ella. Eso solo conseguía que mi deseo incrementara y la sensación de querer hundirme en su cuerpo se elevara a límites incalculables para mi propio juicio mental.

—¿Te gusta que te bese aquí? —pregunté mientras mis dientes raspaban su pezón levemente sin hacerle daño, pero sus manos sobre mi cabeza incitándome a seguir me anticipaban la respuesta a mi pregunta.

—No lo sé —contestó en el momento que mi boca cesó esperando una respuesta y ella abrió los ojos para mirarme—. Tal vez necesite que lo repitas de nuevo para saber si me gusta o no.

«Tramposa» pensé, pero en cambio me reí y volví de nuevo a repetir aquel gesto sin dejar de observarla, viendo como ella se arqueaba dejándose arrastrar por las sensaciones que aquello le proporcionaba.

Recorrí de nuevo el camino hacia su garganta donde me entretuve mordisqueando la piel de su cuello mientras sentía como me envolvía con sus brazos y sus uñas se clavaban parcialmente en mis omoplatos. No dolía. Al contrario. Era como si a través de aquellos gestos me transmitiera la absoluta conmoción de placer que sentía.

En el momento que agarré sus nalgas firmemente y la alcé contra mi cuerpo no lo resistí más tiempo, me hundí en ella y ahogué mi jadeo en su cuello mientras notaba como buscaba mis labios tratando de resistir esa desazón que nos acontecía.

Mis músculos resurgían con cada movimiento que hacía que me hundiera en su interior, provocándome oleadas irresistibles de aquella sensación inaudita tan placentera como el ocaso en pleno verano.

Sentí como me mordió el labio fuertemente al mismo tiempo que se alzaba sobre su cuerpo para impulsarse sobre el mío y morí de absoluto desconcierto.

—No creo que resista de nuevo si vuelves a hacer eso —rugí y yo mismo percibí la voz ronca de mi garganta cargada de absoluto deseo.

Para mi propio deleite, lo hizo de nuevo y pude sentir la vibración de su cuerpo entre el mío, avicinándome que mi deliciosa esposa había alcanzado el éxtasis. No lo resistí tal y como lo había predicho, sino que me dejé arrastrar por aquel culmen de sensaciones y emociones al mismo tiempo conforme percibía el letargo de su cuerpo sobre el mío y la sujetaba fuertemente sabiendo que ese era el sitio al que pertenecía; estar entre mis brazos.

Mi preciosa y deliciosa Celeste era solo mía.



---

---

VEINTIUNO

---

---



Mientras me colocaba la chaqueta del traje no dejaba de pensar en lo que significaba realmente pasar cincuenta años al lado de una persona amándola como el primer día. En ese momento solo podía imaginarme a una persona con la que pudiera sentir ese aprecio.

—¿No te parece que vas muy arreglado? —escuché esa voz sacándome de mi breve ensoñación

¿Arreglado? No es que fuera de mis mejores trajes, pero tampoco había pensado que tendría que asistir a una boda cuando me hicieron el equipaje, solo era uno de mis trajes de diario más formales.

—Es una boda, ¿no? —admití encogiéndome de hombros.

Si no llevaba un traje, ¿Qué iba a ponerme?

—Sí, pero esto es un pueblo pequeño y no es que sea una boda como las de verdad, sino una renovación de votos —contestó mientras veía como desviaba la mirada en todo momento, incluso me pareció atisbar que trataba de evitarme.

¿Tal vez le ofendía que fuera vestido de ese modo? En realidad, no entendía nada su actitud y tampoco comprendía a que se refería con que no era una boda de verdad. En mi país incluso las renovaciones de votos en mi familia eran una formalidad.

—¿Entonces cómo quieres que vaya? —pregunté tratando de complacerla.

La observé mientras se ponía un vestido de color azul claro con corte princesa, muy del estilo de los que vestía últimamente. Aunque la prefería mil veces en ropa interior o más bien sin ella, debía reconocer que aquel corte le sentaba muy bien a su figura de grandes curvas bien marcadas.

—Da igual, de todos modos no hay tiempo —contestó algo sofocada e intuí que íbamos a llegar tarde por su forma apresurada de colocarse los zapatos y coger velozmente el bolso al mismo tiempo que se aplicaba perfume mientras me metía prisa para bajar las escaleras.

Aquellas calles empedradas eran bonitas, pero comprobé que eran un martirio para las mujeres que usaran zapatos de tacón como lo hacía ella.

—Recuérdame que a la vuelta te lleve en brazos —mencioné acercándome a su oído mientras la mantenía firmemente sujeta a mi cuerpo para evitar que cayera.

—No sé si será una buena idea con este vestidito.

—Entonces llamaré para que nos recojan en uno de los vehículos oficiales —contesté asegurándole que aquello no era un problema.

—No creo que sea necesario teniendo en cuenta que donde luego vamos, está a dos minutos andando.

Una voz masculina nos interrumpió y descubrí a un hombre fornido, al que le sacaba más de una cabeza y que vestía una camisa a punto de que los botones saltaran de ella. Nos observaba con detenimiento o mejor dicho podría decir que su mirada se centraba únicamente en mí.

—Se llama Bohdan —escuché decir a Celeste—. Ellos son mis tíos —añadió dirigiéndose a mí y comprendí que aquellos eran familiares por más que no se parecieran a ella.

Tobías, Samuel y Vicente, aunque ya no recordaba quien era hermano o cuñado de quien, pero tampoco iba a volver a preguntarlo. La abuela de Celeste hizo acto de presencia junto a dos de sus hijas luciendo un sencillo vestido corto de color blanco que le llegaba por debajo de las rodillas. La observé pensando en si Celeste podría parecerse a ella algún día, aunque lo cierto es que por lo que había visto hasta el momento, nadie salvo ella tenía esos inigualables ojos azul celeste.

Observaba la pequeña discusión que parecían mantener entre ellos sin entender nada en absoluto debido a esa jerga en la que hablaban de la que solo conseguía atisbar alguna palabra y repentinamente la abuela de Celeste exclamó un *no* rotundo, se acercó hasta mí y me rodeó el brazo fuertemente.

¿Qué estaba pasando?, ¿Acaso no quería renovar sus votos?, ¿Es que había cambiado de opinión en el último momento? De ser así no entendía que tenía que ver yo en todo eso. Me dijo algo, pero hasta mi coherencia solo comprendí la palabra “tu” y la impotencia por no saber que demonios me estaba diciendo me hizo girar la vista hacia Celeste.

—Quiere que la lleves hasta el altar —mencionó antes siquiera de que mis ojos se pusieran en ella.

—¿Yo? —exclamé aturdido.

¿Por qué? No entendía que razones podía tener para que en lugar de uno de sus hijos fuera yo quien lo hiciera.

—Sí, tu —repitió Celeste y vi que parecía algo compungida, entendí que quizá pensó que para mí sería un fastidio hacerlo, pero todo lo contrario. Si por alguna razón que no atisbaba a comprender a aquella mujer le hacía ilusión que fuera yo quien la acompañara, no suponía ningún problema.

—Está bien, si es lo que ella quiere a mí no me importa —mencioné volviendo la mirada hacia aquella anciana mujer y sonreí de forma complaciente, como si con ello tratara de darle a entender que iba a acompañarla.

Mi sorpresa fue cuando aquella mujer que sin duda pasaba de los ochenta años comenzó a bailotear y gritar como si tan solo tuviera quince.

«Sí. Sin duda Celeste se parece a ella» pensé en lo más profundo de mi interior mientras me mordía el labio para no reír y comprendía que estaba más que feliz de que fuera un príncipe quien la acompañara hacia el altar por lo que decía.

La música inició y noté como la abuela de Celeste se aferraba a mi brazo con fuerza, así que la sostuve acariciando levemente su brazo para infundirle cierta tranquilidad, quería transmitirle que no tuviera ningún miedo por tropezar, a mi lado no se caería, aunque no sabía como expresarlo con palabras, esperaba que con un solo gesto bastara para que lo entendiera. Busqué a Celeste entre los invitados, solo tenía que ver ese destello de color azul en su vestido para identificarla, pero fue el brillo de sus ojos el que captó antes mi atención y sonreí esperando estar haciendo bien aquella entrada, ya que salvo a la parte femenina de la familia, lo cierto es que no conocía a nadie más entre los invitados.

—¿Lo hice bien? —pregunté en voz baja en cuanto llegué a su lado tras dejar a su abuela en el altar junto a su esposo.

—Demasiado bien —contestó y noté como su cuerpo rozaba el mío—. Gracias.

—A ella parecía hacerle ilusión —admití cogiéndole la mano porque dentro de aquella iglesia no me parecía bien besarla, menos aún cuando aquel cura estaba oficiando la ceremonia, así que llevé su mano a mis labios para saciar aquella apetencia de su piel saboreando el delicado aroma mientras que con el pulgar rozaba esa zona sagrada.

Aunque no le presté demasiada atención a la ceremonia, concluí que fue bastante concisa y breve, al menos mucho más de lo que solían ser en mi país, por lo que antes de darnos cuenta estábamos fuera de la iglesia y aunque mi intención era llevar a Celeste en brazos, tenía razón en que la cena se celebraba casi al lado de la iglesia.

La cena transcurría bastante bien, sobre todo porque pude comprobar por mi mismo que los primos de Celeste eran muy habladores y a pesar del idioma congenié inmediatamente, me sentía tranquilo y eso era realmente extraño, porque llevaba demasiado tiempo sin cohibirme, sin tener constantemente esa necesidad de elegir con sumo cuidado las palabras que tenía que decir en cada instante o esa tensión por la sola idea de mencionar algo en un momento poco adecuado que pudiera transformarse en una catástrofe. Lo cierto es que por un breve espacio de tiempo me sentí completamente libre, como si yo no fuera un príncipe, sino uno de aquellos chicos alegres y divertidos que estaban sentados en aquella mesa. Incluso la forma en la que Celeste respondía a mis caricias o a mis besos me hacían desvincularme de la realidad pensando que aquello que estábamos viviendo era completamente real o al menos lo era hasta que vi el nombre de mi asistente en la pantalla de teléfono e imaginé que debía ser algo urgente.

—Me llaman, tengo que salir un momento —Avisé mientras descolgaba el teléfono para contestar y buscaba algún lugar de la casa lejos del ruido para mantener aquella conversación.

—¿Excelencia? —escuché por tercera vez.

—Si. Estoy. Dime —contesté cuando salí a un patio interior que había en aquella casa y donde casualmente en ese momento no se encontraba nadie—. ¿Es urgente?

No sé para que lo preguntaba si sabía sobradamente que siempre lo era.

—Lo es. He tratado de posponerlo más tiempo, pero resulta imposible. Debe regresar mañana mismo a Liechtenstein para firmar unos acuerdos. Le aseguro que he intentado retrasarlo, pero sin su firma no se puede proceder a la ejecución del acta de aprobación y eso está complicando demasiado la situación excelencia.

Suspiré. Es cierto que ya había pasado la ceremonia, pero nada me gustaría más que poder alargar aquella estancia tan solo un par de días, aunque sabía que no podía negarme a regresar.

—Está bien. Gestiona todo para nuestro regreso mañana mismo, firmaré el acta en cuanto llegue.

—¡Por supuesto excelencia! —exclamó aliviado—, tendrá todo listo para su regreso mañana a primera hora.

Ni tan siquiera le di tiempo a que colgara, sino que lo hice cuando vi aquella mujer rubia con un vestido rosa neón entrando en aquel patio al mismo tiempo que contorneaba sus caderas de manera evidente.

La reconocí como una de las primas de Celeste, si no recordaba mal era la misma que había conocido la noche en la que llegamos en aquel mirador de forma casual.

—Hola, Bogdan —dijo pronunciando mal mi nombre y torciendo la cabeza para que todo su cabello quedase a un lado. Noté como colocaba una mano en la pared dejándose caer sin dejar de

observarme.

¿Por qué mi instinto me decía que aquella mujer estaba tratando de seducirme? Deseaba que fueran imaginaciones mías, pero aquella forma de contorsionarse mientras se dejaba caer en aquella pared no era muy natural que digamos.

—Hola... —mencioné alargando la palabra porque si era sincero no recordaba su nombre, eran demasiadas presentaciones en poco tiempo, más aún teniendo en cuenta que toda mi atención estaba más centrada en una chica de ojos celestes que en sus parientes.

—Olivia —sonrió—. Soy Olivia—agregó haciendo esa sonrisa más grande y vi como se acercaba con la intención de darme dos besos para presentarse, solo que tras dar el primero sentí como se acercaba peligrosamente a mis labios y giré el rostro para evitar que los rozase.

—Lo siento —mencioné en su idioma—. Me espera Celeste —dije en el mío, aunque esperaba que el nombre de Celeste le aclarase las dudas.

—Yo puedo darte lo que no te da ella —mencionó mientras me detenía cogiéndome por el brazo para evitar que me marchase.

De algún modo comprendí sus palabras, tal vez porque llevaba un buen rato haciendo el oído al idioma hasta lograr comprender algunos contextos, pero lo cierto es que no pude evitar reírme al escucharlas y vi como aquella chica rubia fruncía el ceño.

—No —negué—. Ninguna mujer a mi dar lo que Celeste. Ella ser única —dije esperando haberlo dejado claro. Y lo cierto es que no sé si lo fui o no, pero aquel gesto de contrariedad me dio la oportunidad perfecta para marcharme.

Por un segundo pensé en lo que acababa de hacer y por primera vez en mucho tiempo no había rechazado aquellas claras intenciones simplemente por el interés que se podía percibir en ellas, algo que en otras circunstancias quizá no me hubiera importado, pero lo cierto es que ese no había sido el motivo, menos aún que la susodicha fuera la propia prima de Celeste o que hacía tan solo cuestión de unas cuantas horas la había visto quedar furtivamente con un hombre a escondidas. La única y persistente razón era que mis palabras eran tan ciertas como que la tierra giraba alrededor del sol; no concebía que ninguna mujer me diera lo que me proporcionaba esa beldad de ojos celestes.

¿Hasta qué punto me obcecaba esa mujer para ni tan siquiera concebir el ligero pensamiento sobre otra?

Ciertamente no era mi mayor preocupación en esos momentos, sino deleitarme cada día que pasara a su lado y sorprendiéndome cada vez y con mayor audacia de su vibrante comportamiento.

En cuanto entré de nuevo en aquella humilde casa, la vi por la cocina. Su presencia ya se había vuelto inconfundible para mí, era como si hubiera creado un radar para detectarla o quizá era su aroma, que podía detectarlo a distancia. Me acerqué lentamente mientras la observaba sirviéndose una copa de vino tranquilamente, para mi bendita suerte estaba sola, así que pude acercarme lo suficiente a su espalda para rodearla.

—Estás aquí —mencioné en voz baja mientras apartaba el cabello que lucía suelto sobre su espalda y lo dejaba a un lado liberando de esa forma su cuello nítido y blanco. Acerqué mis labios a esa parte de su anatomía y aspiré profundamente ese olor enloquecedor para después depositar un beso de forma suave, tanto que incluso logró estremecerme porque era consciente de cuanto la deseaba en ese instante.

—¿Todo bien? —exclamó entrecortadamente y percibí al instante que parecía nerviosa.

¿Tal vez fuera por la llamada?, ¿Quizá creería que deberíamos partir inmediatamente?

—Si —afirmé apretándola fuertemente—. Solo que no puedo retrasar más la vuelta y debemos



volver mañana.

Esperaba que la noticia no la desilusionara, quizá prefería pasar unos días más con su familia.

—¿Quieres que vuelva contigo? —En su pregunta noté cierta sorpresa y al girarse completamente y observar su rostro pude percibir cierta incredulidad en su rostro.

¿Acaso lo dudaba? En mis planes no concebía la idea de volver sin ella, pero, ¿Y si aquella pregunta solo significaba que ella prefería quedarse? No iba a preguntarlo. No quería saber la respuesta. Ella tenía que regresar conmigo a Liechtenstein. Tenía que permanecer a mi lado y no porque la necesitara para tener una excusa frente a mi madre, sino porque realmente sentía que sin ella me faltaba algo.

—Por supuesto —afirmé y sonreí al saber que tenía la excusa perfecta sin ser incierta para que regresara junto a mí. Coloqué mis manos sobre sus mejillas y me acerqué hasta que mis labios rozaron los suyos, percibiendo enseguida su respuesta, lo que me incitaba a tener mayor creencia de que aquello no podía salir mal, de que yo no era indiferente para ella. Con un sobreesfuerzo humano separé mis labios de los suyos a sabiendas de que probablemente estaríamos siendo observados y me aparté lo suficiente para poder observar su hermoso rostro—. Eres mi esposa, ¿Recuerdas? —advertí sonriente sin dejar de mirarla, queriendo retener cada detalle de su expresión al recordarle un hecho que por inverosímil que pareciera, era real.

El único desliz que había cometido y se había convertido en la mayor de mis dichas.

«Tal vez debería cometer más deslices de ahora en adelante» pensé divisando el fulgor de sus ojos cristalinos.

¡Por el amor de Dios!, ¡Que preciosa era!

—Lo soy —contestó y la sonrisa que dibujó sus labios me hizo creer que lo pensaba de verdad, que por alguna razón la situación había sobrepasado la ficción y ahora estábamos en ese proceso de hacer real lo que de por sí era.

Iba a besarla de nuevo para constatar ese hecho, quería probar de nuevo esos labios de pecado, pero antes de llegar a ellos noté el tirón en mis brazos y aunque traté de escapar en un primer instante, percibí la fuerza de varias manos.

Tardé solo unos segundos en comprender que se trataba de los primos de Celeste, aquel grupo de ocho chicos altos y fornidos nos tenían completamente rodeados.

Escuchaba la conversación que mantenían comprendiendo a duras penas lo que decían, pero me resultó especialmente conmovedor como ella se encaraba con ellos sin ningún atisbo de cobardía, es más, todos parecían temerla. Parecía una leona defendiendo a su cría mientras amenazaba con el dedo y fruncía el ceño. Si no fuera porque me tenían sujetado por los brazos, en ese momento la raptaría para llevármela demasiado lejos.

Desde ahora la llamaré mi fiera de ojos celestes.

Cuando me vi arrastrado entre aquel grupo hacia la salida, ciertamente no sabía hacia donde nos dirigiáramos, pero no estaba preocupado, menos aún nervioso o asustado, la gran mayoría de ellos me recordaba a mis amigos de la universidad, alocados, divertidos y con ganas de pasarlo bien, pero sabía que, bajo la atenta amenaza de esa fierecilla, nada malo iba a pasar, es más, probablemente disfrutaría.

Aunque me costaba recordar algunos nombres, sabía que el que me tenía sujetado por el brazo sin dejar de hablarme era un tal Ricardo. Tenía más o menos mi estatura, bastante más fornido, lo suficiente para lograr que avanzara a su ritmo y a pesar de que no lograba entender del todo lo que iba contando, podía percibir vagamente el contexto que no era otro que hablar de una tradición en la familia y una especie de adopción o similar.

En el momento que llegamos a lo que parecía ser las afueras del pueblo por el verdor y la ausencia de casas que allí había, comenzamos a caminar por un camino de tierra junto a un riachuelo. Apenas pasaba agua y conforme caminábamos mientras todos parecían bastante felices, más lejos estaba de adivinar que era lo que se suponía que íbamos a hacer.

—Hemos llegado —mencionó el tal Ricardo y cuando varios de los primos de Celeste se apartaron de nuestra vista vi lo que parecía ser un bebedero, bastante grande y con algas presentes, pero sin duda serviría para dar de beber a los animales de pasto que por allí pasaran.

—Ha sido una pérdida de tiempo venir, no va a hacerlo —Intuí que dijo el tal Ramón o al menos fue lo que comprendí.

¿Y de ser así que tenía que hacer?

—¿Dónde está la piedra? —exclamó uno.

—¡Aquí! —gritó otro lanzándola al aire y vi como el tal Ricardo la cogía.

—¿Ves esto? —exclamó enseñándome lo que parecía ser una piedra con forma de corazón.

—Si —contesté pensando que esperaba una respuesta para saber si le había comprendido.

—Esta piedra lleva en la familia más de cien años, ninguna mujer lo sabe, ni debe saberlo. Si crees que mereces a nuestra prima, tendrás que recuperarla, si lo haces serás aceptado en la familia —dijo pausadamente y pensé que no había entendido nada hasta que vi como lanzaba aquella piedra al bebedero y se hundía hasta el fondo.

¿Cuánto tenía eso de profundidad? Estaba metido en el suelo, pero no tenía ni idea de lo que allí dentro podría haber. Mi primera intuición fue ver si me estaban tomando el pelo y estudié uno a uno aquellos rostros.

—No va a hacerlo —intervino otro de los primos de Celeste que no recordaba si se llamaba Fran o Javier, tantos nombres al mismo tiempo me desorientaban, pero tras decirlo observé que comenzaba a desabotonarse los puños de la camisa y aprecié que si yo no me metía allí dentro, iba a hacerlo él.

¿Tan importante era esa piedra? Al parecer para ellos sí y yo no era quien precisamente para discutir tradiciones, cuando en mi familia existían por doquier.

—¿Cien años? —exclamé con una sonrisa divertida mientras me quitaba la chaqueta y comenzaba a desabotonarme la camisa.

Por lo menos no estropearé un traje de ocho mil euros a medida.

—Ciento tres. El abuelo de nuestro abuelo comenzó la tradición. ¿Vas a recuperarla?

«Por Celeste lo que haga falta» pensé, pero no contesté, sino que en cuanto me quité los zapatos y el pantalón quedándome en ropa interior, salté dentro de aquel bebedero y descubrí que el agua solo me llegaba hasta los hombros, por lo que suspiré sabiendo que aquello iba a ser más fácil de lo que pensaba.

Dos minutos después y completamente empapado, tenía aquella piedra en mi mano. Al parecer había batido un nuevo record en la familia, eso provocó gritos de júbilo y que me zarandeasen en volandas entre todos mientras me reía y comprendía que aquello no dejaba de ser una bienvenida a la familia.

Apenas tuve noción alguna del recorrido que hacíamos de regreso a casa, ya que en ningún momento me dejaron pisar el suelo una vez que volví a vestirme con cada prenda. Podía notar como la ropa se adhería a mi piel por la suciedad del agua, pero lo cierto es que aquello bien había merecido la pena.

En cuanto mis pies pisaron el suelo dentro de aquella casa de nuevo, la busqué, como si de algún modo sintiera la necesidad de decirle sin palabra alguna que había sido aceptado por su

familia.

Familia. Podía percibir más unión dentro de aquellas cuatro paredes de la que había tenido en toda mi vida. Si, pertenecía a una familia extensa y lo suficientemente adinerada para tener todo cuanto quería, pero entre mis primos no existía esa unión que allí se podía apreciar, más bien era una competición por demostrar quien era el mejor para ostentar la corona, aunque por suerte, Adolph y yo habíamos mantenido una conexión especial.

Mis ojos la encontraron, parcialmente escondida tras la barra de aquella cocina y me acerque sin dudarle, ya que nadie irrumpía el paso hacia ella. No me importo que nos observaran, es más, era probable que esperasen algún movimiento por mi parte después de someterme a aquella tradición familiar. Sin dejar de observar aquellos orbes de color turquesa, pasé una mano por su cintura atrayéndola y uní mis labios posesivamente a pesar de que con toda probabilidad mis suegros nos observaran.

A pesar de percibir el ruido de fondo que interpreté como vítores ante aquel gesto, no me aparte del todo tras finalizar aquel beso, sino que necesitaba ver en sus ojos esa complicidad que anhelaba encontrar.

—¿Te han tirado a la piscina? —preguntó y supuse que las pequeñas gotas que aún caían de mi cabello habían bañado parcialmente su rostro.

—Algo así —contesté sin evitar sonreír cómplice de lo sucedido.

Me giré visualizando las caras conocidas como si estuvieran esperando algún movimiento, aunque sobre todo lo que buscaba era la distracción oportuna para evitar que Celeste siguiera preguntando al respecto. Tal vez tuviera que inventarme una historia o ver de que forma evadir la respuesta si indagaba en el tema, pero lo cierto es que el resto de la velada fue bastante amena, sobre todo cuando se unió el marido de una de sus primas que hablaba uno de los idiomas que dominaba a la perfección.

«Ya podría haber llegado antes» pensé mientras enlazaba conversación con el susodicho y la comunicación entre todos fue mucho más fluida.

—Me caen bien tus primos, me recuerdan en cierta forma a mis amigos de la universidad —mencioné distraídamente conforme me desvestía, sintiendo ahora con más ahínco la necesidad de esa ducha que arrastrara toda aquella porquería pegajosa de mi cuerpo.

—Me alegro —escuché detrás de mí—. Por un momento creía que volverías sin algún miembro de tu cuerpo —añadió y giré el rostro para ver aquella piel nítida y suave expuesta con la lencería fina que sin duda alguna pedía a gritos ser arrancada de ese cuerpo.

—Te aseguro que tengo todos mis miembros en su sitio. —No pude evitar contestar.

—¿Ah sí? —exclamó. Sabía que aquel tono solo indicaba una cosa; que tenía la misma apetencia que yo, aunque dudaba que pudiera superar mis ansias por tenerla de nuevo a pesar del fulgor que se pudiera apreciar en sus ojos—. Estás pegajoso, ¿Dónde demonios te han metido?

Aquel cambio de expresión mientras fruncía el ceño me hizo reír, pero no me alejó del objetivo.

—Mejor no quieras saberlo —admití mientras surcaba mis manos por sus caderas hasta posicionarlas bajo sus nalgas y alzarla sobre mi provocando que ella se enroscase en mi cintura sutilmente como si de forma natural lo hiciese constantemente—. Aunque ahora tengo la excusa perfecta para que te duches conmigo sin que puedas negarte, también estás pegajoso —admití apretándola contra mi sabiendo que de ese modo, ella también necesitaría aquella ducha.

—¿Qué tiene usted planeado hacer conmigo en esa ducha, su excelencia? —Su tono no expresaba curiosidad o intriga, sino más bien sugería cierta lascivia por lo que podía percibir.

—Si se lo digo, sabrá usted lo mismo que yo señorita Abrantes —contesté no admitiendo lo que allí dentro pensaba hacer, aunque no sabía si con palabras podría superar lo que instantes después haría realidad. El grito por su parte ante el contacto con el agua fría me hizo sonreír mientras lo acallaba con mis labios, lo que menos deseaba en ese instante era que alguien perturbara aquel encuentro que una vez comenzado no pensaba detenerlo.

Sus labios eran ese pozo de agua fresca del que emanaba el más profundo anhelo y sentía que me perdía en cada ocasión que los rozaba sutilmente o enloquecía vorazmente ante ellos. Mis manos viajaban por su cuerpo sintiendo como mis palmas eran puro fuego ante su contacto. Si. Por más veces que lo había admitido conmigo mismo era imposible decirme nuevamente cuanto me enloquecía su contacto y que de algún modo increíble o insensato, ella provocaba eso en mi mismo indescriptible.

—Confieso que llevo deseando hacer esto desde esta misma mañana —admití presionándola con mi cuerpo hacia la pared de aquella ducha.

Mis labios se deslizaban por la piel de su cuello conforme bajaba por su esternón hacia la fina tela de encaje que cubría el pezón rosado de su pecho. No sabía si me provocaba más placer el hecho de que estuviera parcialmente cubierto o a merced de mis labios posesivos por descubrirlo en todo su esplendor.

Sentía como se encogía entre mis brazos expectante ante aquel gesto, mientras rozaba suavemente la prenda y gimió cuando estiré con los dientes hasta que cedió ante mi insistencia. El hecho de que Celeste fuera tan expresiva con un solo gesto, era lo que más me satisfacción me daba cuando la poseía. Con ninguna otra mujer había percibido esa perfecta sincronía.

Sentí su leve movimiento para intentar desprenderse de la prenda y apresé a tiempo sus manos sujetándolas firmemente sobre su cabeza.

—No... —Negué con rotundidad, aunque en mi tono de voz se podía percibir el deseo que me enardecía—. Quiero verte estremecerte de placer —afirmé sin apartar mis ojos de los suyos.

Mi boca succionó uno de sus pezones mientras jugueteaba con la lengua a la vez que el agua corría suavemente entre nuestros cuerpos tan fría que casi era inapreciable percibirla, dado el calor que traspasaba por cada poro de piel que nos cubría. Surqué su cuerpo con mis labios como si fuera un barco que navegaba en alta mar y aquella piel las aguas profundas en las que desear adentrarme. Conforme mis manos bajaban sentía como se arqueaba estrechándose entre mis brazos, provocando que mi agonía fuera aún mas palpable por mi frenético deseo, de forma que mis dedos se colaron entre los pliegues de aquella fuente de calor permanente y percibí el gemido que aquello provocó profiriendo de sus labios.

—¡Oh, Dios! —gritó y comprendí que aquello más que satisfacerla era una súplica deseando más de aquello.

—Me vuelves loco preciosa —admití volviendo adentrarme en aquel paraíso.

—¡Joder! —exclamó y sentí como tiraba de mi cabello tratando de calmar aquella ansia que ahora podía asegurar no ser el único en tenerla.

—No te haces una ligera idea de hasta que punto —confesé como si la anterior afirmación la hubiera dejado a medias.

Su incesante beso seguido de aquellas manos fervientes por deshacerse de las prendas que aún nos cubrían me hizo saber que la resistencia a aquella pasión que nos consumía era desgarradora. Desconocía si sería siempre así, pero desde que la había conocido podía asegurar que lo era, así que aparté sus manos apreciando la leve insatisfacción por su parte al negarle el acceso a algo que anhelaba y posteriormente de un solo gesto me hundí en lo más profundo de su ser sintiendo al

mismo tiempo una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo inconfundible.

«No voy a resistir» jadeé en mis adentros respirando hondo mientras intentaba contener ese infinito placer y entrelazaba mi mano con la suya al mismo tiempo que la sujetaba firmemente entre mi cuerpo. La lascivia recorrió mi alma apoderándose fervientemente de ella hasta el punto de tomar sin control la posesión de mi cuerpo y poseyendo al suyo con cada embestida hasta abandonarme al más infinito placer que esa belleza de ojos celestes me proporcionaba. Sentía como mi cuerpo ardía hasta que finalmente explotó en una sensación álgida y apoteósica.

Podía sentir como mi respiración era agitada cuando tome consciencia al igual que podía notar como mi corazón latía atropelladamente después de aquella escena, pero todo pasaba a un segundo plano sabiendo que, si aquellos fueran mis últimos segundos de vida, no querría pasarlos de ninguna otra forma, sino era junto a ella.

—No voy a permitir que jamás te alejes de mi lado. Eres mía. Soy tuyo. Por y para siempre — admití en mi lengua antigua; el alemánico, sabiendo que ella no me entendería, pero siendo consciente de que aquellas palabras permanecerían grabadas en lo más profundo de mi alma hasta el fin de mis días.



---

---

## VEINTIDÓS

---

---



**E**ra la primera vez que hablaba a una mujer en ese idioma arraigado que apenas se usaba y aunque era consciente que solo lo había hecho porque necesitaba decir en voz alta mis pensamientos sin que ella lo comprendiese, también sabía que mis palabras significaban mucho más dichas en aquel dialecto antiguo que si las dijera en alemán, como si de algún modo incomprensible fuesen más reales.

—¿Cómo? —exclamó Celeste con cierta confusión en su rostro.

No contesté, al menos no inicialmente porque deseaba probar antes esos labios carnosos de nuevo, eran tan suaves y dulces que probablemente no me cansaría jamás de ellos.

—Algún día te diré lo que significa —admití deseando que ese día llegase pronto.

—Pero ¿Qué idioma es? —Su curiosidad por las cosas siempre era apabullante, era una de las cosas que más apreciaba en ella.

—Es alemánico, el idioma autóctono de mi país —le dije sin evitar rozar su rostro suavemente mientras la contemplaba.

—¿Y por qué no me quieres decir lo que significa ahora? —Su pregunta estaba tardando en llegar, precisamente porque gracias a ese afán de curiosidad no sabía cuanto dejaría las cosas pasar.

¿Qué podía decirle? Confesar la verdad podría ser precipitado, lo que menos deseaba en aquel instante es que sintiera más presión de la que de por sí tenía, eso sin contar que no deseaba forzar sus sentimientos, yo quería que ella se enamorase del hombre, no del título que ostentaba y para eso necesitaba tiempo, un tiempo que conforme pasaban los días presentía que se agotaba.

—Porque te lo diré cuando estés preparada para escucharlo —contesté con media sonrisa.

¿Lo estaría algún día? Tal vez lo descubriría si alguna vez veía un atisbo de lo que podía ser algo más que atracción hacia mi en ella. Hasta el momento no tenía nada y aunque me había prometido a mi mismo persistir hasta ganar aquella batalla, lo cierto es que lo ansiaba, necesitaba saber que aquella pasión que a ambos nos consumía no solo era atracción, sino que formaba parte de un sentimiento mucho más audaz y profundo.

—¿Y cuándo estaré preparada? —insistió.

Quise morderme la lengua para evitar sonreír, su audacia era palpable, pero tome tiempo mientras enjabonaba las manos con aquella pastilla para después pasarlas por su piel mientras me daba cuenta que Celeste no tenía ninguna marca o tatuaje por su blanquecina piel.

—La paciencia no es una de tus virtudes, ¿Cierto? —pregunté tratando de usar una medida de distracción cambiando de tema.

—Sí, tenerla la tengo —admitió—, pero en dosis pequeñas.

La risa que hasta ahora había estado conteniendo salió atropelladamente desde mi garganta con forma de auténtica carcajada. Todavía no me había acostumbrado a ese tipo de respuestas improvisadas y carentes de formalidad alguna, sino todo lo contrario.

—Me gusta tu frescura Celeste —dije mirándola fijamente—. De hecho, me encanta —admití sin añadir que la adoraba — Y adoro el color de tus ojos, ¿Te pusieron tu nombre por ellos?

Después de conocer a sus padres y parte de su familia comprobando que ninguno de ellos tenía ese color, me preguntaba de donde habrían salido aquellos orbes preciosos de un color sin igual.

Su vaga respuesta tratando de esquivarme me hizo comprender que no era un tema en el que se sintiera cómoda hablando.

—No precisamente —admitió al final.

Ahora sentía más curiosidad si cabe por saberlo, porque si había que sabía de Celeste es que su expresividad la delataba y era más que obvio que trataba de ocultar algo.

—¿No? ¿Y entonces por qué? —pregunté como si fingiera que no me importara demasiado, aunque lo cierto es que todo lo referente a ella me generaba un interés inaudito completamente desconocido.

La oí suspirar, como si estuviera admitiendo que aquello era algo que le desagradaba contar y al mismo tiempo le daba cierta vergüenza admitir.

—Mi madre era una adolescente con las hormonas revueltas, aunque mi padre también. Al parecer se fugaron un fin de semana a escondidas a un paraje natural de playas vírgenes donde el agua del mar era de color celeste y dio la casualidad de que justo en ese fin de semana fui concebida. Mi madre afirma que fueron esas aguas las que le dieron color a mis ojos porque nadie de la familia los tiene así. La cuestión es que por eso me llamaron Celeste, le debo mi nombre y mi vida a una playa.

¿Estaba diciendo que tenía ese color de ojos por el agua cristalina de una playa?, ¿De verdad podría haber alguien que pensara de esa forma?

—Así que fuiste bendecida por el agua de mar —contesté tratando de morderme el labio para evitar reírme, pero lo cierto es que no sabía si lo estaba consiguiendo del todo.

—¡No te rías! —exclamó y ella misma estalló en carcajadas provocando que yo también lo hiciera al mismo sin poder remediarlo.

Era absurdo, pero lo cierto es que tenía su toque de gracia y el hecho de que hubiera una historia detrás de su nombre resultaba precioso. En esos momentos me pregunté donde habría sido, la idea de verla sobre esas aguas que debían tener el mismo color que sus ojos me embriagó y dibujó una imagen de sirena con cabellos largos y negros cuyos ojos profundos me observaban que casi me hizo delirar por completo.

—¿Y dónde está ese paraje natural? —pregunté probablemente con una sonrisa complacida desdibujada en mis labios.

—No pienso decírtelo —contestó con cierto énfasis de burla y para más inri sacó la lengua como una niña pequeña.

—¿No? —exclamé. Su gesto añorado me resultaba adorable y al mismo tiempo me desafiaba.

Sujeté su cintura con una mano mientras que con la otra comencé a hacerle cosquillas comprobando como su cuerpo se retorció entre mis brazos y su roce provocaba que mis buenas intenciones iniciales comenzasen a irse al diablo.

—¡No! —gritó entre risas mientras se retorció tratando de darse la vuelta para encararme—. ¡Para! —exclamó y se pegó aún más a mi cuerpo haciéndome ser consciente de la agitación que ambos teníamos.

Me detuve instantáneamente y percibí la respiración turbada que ambos sufríamos así que la abracé fuertemente mientras sentía el calor de su cuerpo desnudo junto al mío, deseando que esa complicidad que manteníamos perdurase mucho más en el tiempo.

—No importa, seguro que tu madre me lo dice sin oponer resistencia —susurré cerca de su oído y roce levemente su oreja con mis labios.

En realidad, no tenía ninguna prisa en averiguarlo, pero tenía lo suficientemente claro que algún día visitaría ese lugar junto a Celeste a como diera lugar, porque esa visión que había imaginado de su cuerpo desnudo entre aquellas aguas no abandonaría fácilmente mi perturbada mente.

Salí de la ducha y envolví delicadamente una toalla sobre el cuerpo de aquella preciosa mujer de forma suave, como si intentara de algún modo agradecerle aquel respiro que gracias a ella y solo a ella había tenido durante aquella corta estancia. Esos días me habían servido para conocerla mejor, para acercarme a su familia y sobre todo para infiltrarme un poco más en todo lo que la rodeaba. Ahora sabía lo importantes que ellos eran para Celeste y que, si quería que ella permaneciera a mi lado, iba a tenerlos siempre muy presentes.

Alcé la vista y me fijé en que me estaba observando fijamente, pero al mismo tiempo con la mirada perdida.

—¿Qué? —pregunté algo preocupado.

—No, nada —negó instantáneamente—. Solo estaba acordándome de aquella noche en la que nos conocimos.

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre mi cuerpo. ¿Qué significaban?, ¿Podría haber tenido algún tipo de recuerdo?, ¿Quizá alguna vaga imagen de ello? Sabía que con el tiempo podría llegar a tenerla y eso me aterraba si sucedía antes de que yo mismo le confesara lo que realmente sucedió.

—¿Has recordado algo de esa noche? —Me atreví a preguntar a pesar de no desear hacerlo.

—No, ¿Por qué? —contestó encogiéndose de hombros.

Su respuesta hizo que todo mi cuerpo se destensara y relajase como si me hubieran quitado una carga. Aunque aquello solo fue un aviso de que el tiempo apremiaba y de que en cuanto volviéramos a Liechtenstein iba a comenzar a trazar ese plan que llevaría a Celeste Abrantes hacia el altar.

—No, nada —alegué finalmente cuando fui capaz de dar sonido a mis pensamientos para lograr coordinar lo que estos pensaban—. Solamente pensé que igual habías podido rellenar alguna de esas lagunas que ambos tenemos —añadí incluyéndome y posteriormente entré al baño como si todo fuera absolutamente normal y mi estado de nervios fuera el habitual.

«¡Joder!, ¡Soy un miserable!» me grité a mi mismo mientras me llevaba las manos a la cabeza.

No tenía la más mínima idea de como iba a continuar con aquella mentira a mis espaldas, ocultándole la verdad sin revelar lo que verdaderamente había sucedido aquella noche. Llegados a ese punto no sabía si lo que me consumía más era el hecho de saber que había traicionado su confianza o de que jamás me lo pudiera perdonar.

A pesar de mis sentimientos, de que la quisiera, de que hubiera descubierto que la deseaba y anhelaba al mismo tiempo hasta el punto que no quería a ninguna otra en mi vida, también era consciente de que la necesitaba y tal vez deseaba convencerme a mi mismo de que decirle la



verdad en ese punto no era lo más conveniente para ninguno de los dos, aunque en realidad solo seguía siendo un patético egoísta porque la única verdad es que me aterraba que ella se marchara de mi lado.

Respiré hondo y me miré frente al espejo. Quisiera o no, ya no había marcha atrás, lo deseara o no iba a llegar hasta el final y a jugármelo todo a una única carta; la esperanza de que ella se lograra amarme y si eso no era suficiente, entonces la dejaría marchar a pesar del dolor que eso implicara.

En cuanto se acostó a mi lado rodeé su cintura atrayéndola hacia mi, necesitaba más que nunca su contacto, sobre todo porque cada día que pasaba a su lado era más consciente de que podría despertar, recordarlo todo y enviarme al mismísimo diablo con toda la razón del mundo.

Lo sabía. Era un ser despreciable y el hecho de quererla tanto hacía que me sintiera aún peor por ello.

Percibí el roce de una caricia en mi brazo y como posteriormente se apoyaba en este para dormir, daría cualquier cosa porque el tiempo se congelara para permanecer así el resto de mi vida, con ella a mi lado.

—Buenas noches Bohdan —Su voz era calmada, suave, aterciopelada y eso solo me hacía constatar que todo en ella me gustaba.

—Buenas noches, preciosa —contesté mientras aspiraba el olor de su piel a través de su nuca, paseaba mi nariz sobre esa pequeña y dulce parte de su anatomía para después dejar un beso como si de algún modo le estuviera diciendo que la amaba y rezando porque en algún momento lo entendiera así.

Aquella mañana despertamos temprano, o más bien la alarma nos despertó a ambos ya que el avión saldría a primera hora y Celeste querría despedirse de su familia. Lo peor de marcharnos de aquel lugar era que tocaba volver a la realidad y a la más que probable certeza de que no podría pasar tanto tiempo en su compañía como había podido gozar los últimos dos días.

—Gracias por su hospitalidad, señora Efigenia —mencioné en cuanto madre e hija parecían haberse despedido tras una especie de debate entre ambas en el que asumía que había ganado su madre.

Probablemente su nivel de persuasión no se acercase al de la reina de Margoret, pero podía hacerle competencia.

Aquella señora de rasgos simpáticos y dulces al mismo tiempo contestó con cierto aspaviento que de un modo gracioso me recordaba a Celeste, probablemente ese tipo de cosas se heredaban, a grandes rasgos comprendí que deseaba vernos más, aunque lógicamente a quien desearía ver era a su hija y recordé esa pequeña conversación en la que le gustaría visitar el palacio de Liechtenstein. Tal vez era la mejor oportunidad para contentarla a ambas.

—Podrían venir a visitarnos a Liechtenstein, ¿Verdad? —pregunté dirigiéndome hacia Celeste.

Por su expresión no parecía la de alguien a quien esa idea le agradara, ¿Tal vez no le gustaba el hecho de que sus padres conocieran a los míos?, ¿Quizá era demasiado formal y no se atrevía a llevar aquella farsa tan lejos? Si quería que aquello progresara hasta hacerse realidad tenía que estrechar lazos con su familia y que mejor forma de comenzar que conociéndose entre ambas.

—Les enviaré el avión privado dentro de tres semanas, ¿Les parecerá bien? —pregunté observando a Celeste y esperando no haberme precipitado.

Acto seguido pensé en la reacción que tendría mi familia al respecto. Mi hermana probablemente estuviera encantada con la idea, por lo poco que había conocido a la hermana menor de Celeste esta se aproximaba a su edad y quizá pudieran lograr entenderse, falta le hacía

el hecho de relacionarse con adolescentes de su edad. Mi padre se adaptaba a cualquier situación, por lo que él mejor que nadie iba a comprender y entender mi postura, la que pondría el grito en el cielo sería mi madre y egoístamente una parte de mi sabía que hacía aquello solo por incordiarla aún más y afianzar la relación que mantenía junto a Celeste.

—Créeme, le parecerá bien —contestó Celeste mientras sonreía y eso consiguió tranquilizarme sabiendo que ella estaba de acuerdo con la idea de que sus padres conocieran a los míos.

En cuanto puse un pie en el avión privado de la casa real que nos aguardaba en el pequeño aeropuerto, recibí un dossier con varios informes urgentes que requerían mi revisión.

«Primera dosis de realidad» pensé mientras respiraba hondo, pero igualmente agradecía a la azafata su amabilidad al dárme los.

En cuanto repasé la última hoja y cerré la carpeta siendo plenamente consciente de que iba a ser una semana muy dura. Alcé la vista y comprobé que Celeste se había quedado completamente dormida. No la culpaba, después de todo sería algo que yo también haría de no ser porque el trabajo me lo impedía. Me quedé absorto conforme recorría las finas líneas de su rostro tan suaves y firmes que parecían pinceladas de una obra de Miguel Ángel.

Aquel cabello oscuro en contraste con su delicada piel poco bronceada era inigualable. Su rostro surcado por unas arqueadas cejas enmarcaban el rasgo que más apreciaba de ella; aquellos enormes y expresivos ojos tan brillantes que me tenían completamente obnubilado, pero esa pequeña nariz chata, sus minúsculas y casi inapreciables pecas y aquellos labios carnosos terminaban de hacer el complemento perfecto para que resultara extremadamente atractiva.

No me había parado a pensar que era lo que tenía, sino más bien qué era lo que no tenía, porque hasta el momento no le había encontrado ningún defecto.

En cuanto aquellas pestañas largas y espesas parpadearon, dejaron paso a esa luz cristalina que brillaba a través de su mirada y no pude evitar sonreír, probablemente como un auténtico idiota embobado.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —preguntó mientras se incorporaba y veía como movía con las manos su cabello, parecía temer que se hubiera despeinado de forma incontrolada.

—Unos minutos —confesé acercándome a ella y colocándole un mechón detrás de la oreja, como si de ese modo le diera a entender que estaba perfecto.

Parecía tranquila y serena. Me preguntaba si una parte de ella había regresado conmigo por la relación inesperada que manteníamos o si tan solo lo hacía porque sentía que era su deber hacerlo. No se lo preguntaría, probablemente la incertidumbre de esa respuesta provocaba que no quisiera saberlo.

—¿Ya has terminado? —Su pregunta me hizo volver al presente y vi que señalaba los informes que había estado repasando.

—Si —afirmé rápidamente—. Solo era rutinario —afirmé con cierta reticencia porque eso era un simple reflejo de la estresante semana que me esperaba.

—¿Alguna vez has pensado en renunciar? —Su pregunta me pilló completamente desconcertado.

—¿Renunciar? —exclamé y paseé mi vista hacia una de las ventanillas del avión. Sobrevolábamos las nubes, por lo que solo se veía el cielo mientras el sol brillaba con intensidad—. No es una opción —admití sabiendo lo que aquello significaba—. Lo quiera o no, es una imposición, además de un deber.

No tenía opción, aquella responsabilidad y carga iba a caer sobre mi espalda. Si tuviera la más mínima certeza de que existía un solo miembro de mi familia más capacitado, con gran alivio

renunciaría, pero por desgracia ninguno de mis primos albergaba algo más allá que la ambición al poder o el egocentrismo por lo que el cargo representaba.

—Imagino que tuviste que enfrentarte a ello después de...

Las palabras de Celeste se detuvieron con pesar y supe que se estaba refiriendo a mi único hermano.

—La muerte de Adolph nos afectó a todos, no solo a mi madre —garanticé—, pero lo cierto es que mi vida cambió radicalmente. Jamás había pensado en convertirme en monarca algún día, hasta que de la noche a la mañana tuve que aceptar las responsabilidades que ello suponía tanto para mi, como para mi país.

No fue fácil, sobre todo porque aceptarlo significaba recordarme constantemente que había perdido a mi único hermano y a mi mejor amigo.

—Hablas sobre lo que conllevó su pérdida para ti, por lo que tuviste que afrontar como futuro heredero a la corona, pero ¿Qué hay del hermano que perdiste, Bohdan?

Su pregunta me extraña, no supe exactamente que quería decir...

—No entiendo tu pregunta —afirmé no comprendiendo a que se estaba refiriendo, para mi Adolph era mi hermano y el heredero a la corona al mismo tiempo.

—¿Cómo te afectó su muerte Bohdan?, ¿Cómo te llevabas con él? —aclaró y tuve un pequeño atisbo del interés que ella tenía respecto a mi hermano.

—El día que Adolph se fue, perdí a mi mejor amigo —dije recordando aquel chico jovial de cabellos rubios y sonrisa chispeante. Adolph siempre estaba rodeado de chicas, tenía magnetismo para atraerlas, pero sobre todo era su vitalidad la que hacía no querer separarte de su lado. A pesar de todos los años que habían pasado, aún le recordaba con nostalgia cada vez que pensaba en su pérdida—. Mi hermano era responsable con sus deberes y habría sido un gran monarca... aunque había una parte de él demasiado alocada y atrevida que casi nadie conocía, me solía decir que solo tenemos una vida y que, si no se disfruta intensamente, no habría merecido la pena vivirla —reconocí mientras observaba a Celeste y veía un reflejo de mi propio hermano en ella.

—Creo que me habría caído bien —contestó con una tierna sonrisa.

—Hay algo en ti que me recuerda a él —confesé y acaricié levemente su rostro.

—Espero que no sean mis ojos —mencionó y recordé la historia que me había contado respecto a ellos, ambos reímos.

—No —negué entre risas—, son tus ganas de vivir tan intensamente todo —aclaré recordando ese espíritu rebelde de Adolph.

«Y lo creas o no, me has irradiado de esa esencia devolviéndome las ganas de vivir como nunca había sentido» confesé en mis pensamientos.

—Confieso que esas ganas se deben en gran parte a esa tableta de chocolate que tienes, eh —alegó mientras señalaba con su dedo mi abdomen y no pude evitar reír ante tal afirmación.

¿Tableta?, ¿Había llamado a mis abdominales, tableta de chocolate? Lo cierto es que viniendo de ella no sabía porque me sorprendía...

En cuanto entramos por las puertas de palacio, el cambio brusco de temperatura se apreció en el ambiente, probablemente a la frialdad que tras esos muros podía respirarse. Me acerqué a Celeste ya que esta iba bastante ligera de ropa y me abracé a ella teniendo la excusa de que pudiera tener frío.

Noté la instantánea tranquilidad en su cuerpo cuando lo hice y como su calor embriagaba el mío conforme mis manos recorrían sus brazos y bajaban hasta su cintura instalándose en aquella parte de su anatomía. Quería besarla. Necesitaba besarla. ¡Me moría de ganas por besarla!

—¡Oh vaya!, ¡Al fin te dignas a aparecer! —Tres segundos. Ese era el tiempo que había esperado para hacer acto de presencia la gran reina Margoret.

Y para qué me sorprende... probablemente tendría algo que echarme en cara.

—Yo también me alegro de verla, madre —contesté separándome lentamente de Celeste y alzando la vista para comprobar que nada en ella había cambiado.

—¿Te parece correcto desaparecer así?, ¡Adolph jamás lo haría!, ¡Tus responsabilidades están por encima de cualquier vulgar campesina! —volvió a gritar.

En cualquier otra situación. En cualquier otro momento me habría tragado sus palabras y disculpado ante el gesto de que tan solo era una madre que había perdido a su hijo y que ahora tenía que ver como el siguiente reemplazaba. Yo mismo sentía que usurpaba el trono que siempre le había pertenecido, me culpaba de tener los privilegios y pesares que para él siempre habían sido, pero no a ella. No iba a consentir que la insultara.

—No madre, no soy Adolph —contesté con tanta seriedad en mis palabras que probablemente carecían de emoción alguna.

No iba a formar ningún escandalo, lo que tenía que hablar con ella lo haría en privado y le dejaría la situación bastante clara. Puede que mis ideas iniciales fueran simplemente evadir el aprieto en el que ella me había metido por querer un matrimonio con Annabelle y el cual no veía forma alguna de eludir, pero ahora las circunstancias habían cambiado y mis prioridades también.

—Tal vez sea una vulgar campesina, pero tengo más educación que usted. —La voz de Celeste hizo que fuera consciente de las palabras que ésta le había dirigido a mi progenitora.

—¿Vas a permitir que difame así a tu madre? —exclamó mi madre con su habitual tono de ofendida.

Estaba cansado, harto y completamente agotado de aquella actitud.

—Celeste, ¿Puedes dejarme a solas con la reina? Hay algo que tengo que tratar en privado.

Ya era hora de que mi madre entendiera que sus actos podían traer consecuencias.



---

---

VEINTITRÉS

---

---



**D**ecidí esperar pacientemente a que Celeste se marchara, aquello era demasiado embarazoso incluso para mí.

—Si no le importa, madre. Tendremos esta conversación en mi despacho —alegué señalando el camino que llevaba al mismo, ya que se encontraba relativamente cerca.

Había mantenido silencio durante todo el recorrido hasta aquella sala, pero en cuanto cerré la puerta sus palabras salieron atropelladamente de su garganta, como si hubiera estado deseosa de decirlas desde el mismo momento en que había pedido a Celeste que se marchara.

—Me alegro de que le hayas pedido que se marchara, debes poner a esa mujerzuela en su lugar y no consentir que...

—¡Basta! —vociferé alzando la voz y al mismo tiempo di un fuerte golpe sobre la mesa—. ¡Esa mujer es hoy por hoy mi esposa, lo quiera usted o no! —alegué señalando con un dedo la puerta como si con ello indicara que allí estaba ella.

—¡Solo será algo momentáneo! —exclamó aturdida.

—Le garantizo que si vuelve a insultarla me aseguraré de que no sea momentáneo —advertí con el tono más serio que pude aunar en esos momentos.

Ví como su rostro pasaba del desconcierto al más absoluto horror.

—¡No puedes estar hablando en serio, Bohdan!, ¡Es una campesina! —gritó exaltada.

—Ya le he dicho lo que pasará, no diga que no la he advertido —mencioné y alcé altivamente el mentón para asegurarme de que me hubiera entendido a la perfección. No quise esperar respuesta alguna, sino que agilicé el paso para salir por aquella puerta, en aquellos momentos solo me apetecía alejarme de ella, aunque solo fuera para sumergirme en cientos de informes de trabajo.

Antes de que pudiera abrir la puerta del despacho oí su sollozo y maldecí condenadamente. Quería tener la fortaleza suficiente para que aquello no me afectase. Quería poder decirme a mí mismo que no importaba y que igualmente debía marcharme, pero mi error fue mirar hacia ella y ver como las lágrimas surcaban su rostro.

—Yo solo busco lo mejor para ti —dijo limpiándose vagamente las lágrimas—. Y ella no lo es.

«Le falta decir que lo es Annabelle» pensé sin despegar los labios.

Suspiré y respiré hondo mientras me gritaba a mi mismo que no me dejaría avasallar por ese sentimiento de que a su pesar ella solo buscaba lo mejor para mi. No. Annabelle estaba muy lejos de ser lo mejor para mi y no iba a condenar mi vida a la infelicidad solo para que ella se saliera con la suya.

—Habrà de encontrar una forma sin dañar a Celeste, ella solo es una victima inocente en toda esta historia y espero que sea la última vez que debo advertirla de ello, madre —dije suavizando mis palabras, esperando que aquel tono algo más relajado indicara que no estaba enfadado.

Solo esperaba que, con el tiempo, de algún modo milagroso mi madre terminara aceptando que a quien verdaderamente yo quería a mi lado era precisamente a la mujer que ahora se interponía en sus planes.

No tenía ni la más mínima idea de como iba hacer aquello posible, quizás tendría que apelar a mi propia voluntad llegada la hora, pero si ese fuera el caso, si tuviera que elegir entre ser quien era y esa diosa de ojos celestes lo cierto es que, —aunque me asustara a mi mismo reconocerlo—, la prefería a ella por encima de todo.

Me negaba a una vida que no fuera plena después de haberla conocido y sobre todo me negaba a una existencia en la que faltara la mitad de mi mismo porque ya le pertenecía a ella.

—Está bien —susurró en voz baja y casi me sorprendió que cediera de ese modo. ¿Tan fácil sería? —. Todo sea porque esto acabe cuanto antes y al fin se celebre una boda real como Dios manda entre Annabelle y tú.

No. Desde luego que no iba a ser tan fácil.

No mencioné nada, probablemente decir ahora que eso jamás sucedería era avivar una llama en la que Celeste solo pagaría todas las consecuencias y francamente me negaba. Si el hecho de que mi madre creyese que se celebraría esa boda hacía que dejase en paz a la que ocuparía ese lugar en el altar, que así fuera. En esos momentos me preocupaba más el hecho de que no me abandonase a lidiar con los planes de mi madre.

—Una cosa más —dije recordando cierto hecho—. Los familiares de Celeste vendrán para una visita formal, espero que sepa guardar las apariencias madre, es algo que se le da muy bien hacer y no queremos que la prensa se cebe con nosotros, ¿Verdad? —exclamé de forma irónica y no esperé una respuesta por su parte, sino que simple y llanamente me marché de allí en dirección a mis aposentos no dejando que dijera palabra alguna en referencia a lo que le acababa de advertir.

Después de pasar casi seis horas encerrado mientras revisaba todo el trabajo atrasado, era cierto que me apetecía más bien poco acudir a cenar para escuchar más de un reproche por parte de la reina Margoret, aquello simplemente me quitaba el apetito, casi prefería saltar esa parte y pasar directamente al postre junto a Celeste, solo que mi padre y hermana se eximían de esa norma.

—¿Te has puesto al día? —inquirió mi padre nada más sentarnos a la mesa.

—Si. He estado toda la tarde repasando los últimos informes y ya le he entregado a mi asistente lo que requería más urgencia —advertí mientras observaba como mi padre asentía y parecía satisfecho con mi respuesta.

Normalmente nunca me había reprendido por el trabajo realizado, más bien al contrario, me animaba a tomar mis propias decisiones, eso era algo de lo que siempre le estaría agradecido.

—Querido. —La voz de mi madre irrumpió el leve silencio que había en el comedor y por un momento pensé que se dirigía a mi padre ya que no alcé la vista para comprobarlo—. Annabelle se sintió muy preocupada porque no te despediste de ella y creyó que estarías enfadado, así que la he invitado para que se quede con nosotros unas semanas más. De esa forma tendrás la

oportunidad de hacerle ver que no ha cambiado nada entre vosotros.

Sabía cuáles eran sus intenciones, pues bien; que así fuese, si necesitaba que Annabelle estuviese aquí para darse cuenta de que entre ella y yo jamás podría existir nada, así sería. No había conseguido avanzar estando a la distancia, por lo tanto, quizá era conveniente que mi prima lejana estuviera cerca para que mi propia madre se diera cuenta de que mis ojos estaban puestos en otra parte.

—Me parece bien que invite a palacio a Annabelle las veces que desee, madre —advertí sin una pizca de emoción al respecto—, pero ambos sabemos que las cosas sí han cambiado —añadí a sabiendas de que ella trataba de evitar a toda costa un hecho evidente.

Mis pensamientos solo podían divagar para encontrar la forma de lidiar con todo aquello. A un lado estaba lo que deseaba, lo que quería más que a nada y lo que realmente me hacía ser yo mismo a sabiendas de que para lograrlo tendría que enfrentarme a mis propios pecados y probablemente no saldría indemne de ello. Al otro lado estaba la obstinación y obcecación de lo que supuestamente era mejor para mí y que me negaba a aceptarlo. Sabía que de uno u otro modo alguna o ambas partes saldrían perjudicadas y por más que trataba de decirme a mí mismo que encontraría el modo, lo cierto es que con toda probabilidad nadie saldría indemne.

Oí como mi madre reprendía a mi hermana y lo cierto es que estaba tan abstraído en mis propios delirios mentales que apenas me di cuenta del porqué lo hacía en aquella ocasión, solo reaccioné cuando la voz de Celeste que siempre había sonado dulce hasta el momento gritó alarmada.

—¡Llamad a un médico!, ¡Le está dando un infarto! —gritó Celeste y en cuanto alcé la vista solo vi como se abalanzaba sobre mi padre mientras éste parecía caer inerte desde su propia silla.

En cuanto mis ojos divisaron el rostro pálido de mi padre, me paralicé o, mejor dicho; el miedo se apoderó completamente de todo mi ser negándose a actuar por su propio pie. La confusión inicial conducida por los gritos de mi madre y los sollozos de mi hermana se contrarrestó por la plausible tenacidad de aquella vibrante mujer que se hizo cargo de la situación incluso apartando a mi propia madre que estaba completamente acongojada ante la realidad de lo que estaba sucediendo.

En algún momento fui consciente de que mis temblorosos dedos marcaban el número de emergencias y alguien al otro lado de la línea contestaba.

—Le habla Bohdan Vasylyk, príncipe de Liechtenstein. Envíen inmediatamente una ambulancia a palacio, es urgente —citó mientras le di el teléfono a alguien del personal para que siguiera hablando con el interlocutor que había al otro lado del teléfono y me acerqué a Margarita, cuyas lágrimas surcaban su rostro ante la expectación de lo que estaba sucediendo.

—¿Se va a morir? —susurró en una voz quebradiza y baja.

—No lo sé —respondí sin querer mentir al mismo tiempo que deseaba con todo mi ser que no fuera así.

Hasta que un médico no evaluase la situación, lo cierto es que no sabía a qué demonios nos enfrentábamos y la imposibilidad de controlar la situación se me hacía un mundo inmenso.

Giré mi rostro hacia la escena por más dolor que aquello me pesara y vi como mi padre yacía en el suelo mientras que Celeste parecía reanimarle. No me atrevía a preguntar que sucedía, no tenía el valor de enfrentarme a lo que la muerte de mi padre suponía sin contar con el dolor que aquello me provocaría. Necesitaba su apoyo imparcial y no estaba preparado para perderlo.

En cuanto los paramédicos hicieron acto de presencia, comprobé que Celeste parecía ajena a lo que sucedía más allá de lo que estaba realizando en ese preciso instante, tanto era así, que ni

siquiera se apartó cuando le dijeron que ellos se encargarían a partir de ese momento, así que me acerqué a ella, la abracé acogiéndola entre mis brazos y la estreché de tal forma que cesó de hacer lo que estaba haciendo.

—Debo ir —susurré en voz baja para que Celeste me escuchara cuando vi que mi padre había sido instalado en la camilla y que no dejaban de insuflarle aire para que respirara.

—Si... claro —Su voz sonó lejana, aunque en mi fuero interno sabía que debía estar asustada y agotada, pero debía averiguar que estaba sucediendo y sobre todo saber el estado en el que mi padre se encontraba.

Mi madre fue en la ambulancia mientras yo les seguí detrás con mi propio vehículo. Probablemente mi estado no era el más recomendable para conducir yo mismo, pero lo necesitaba. Necesitaba pensar en algo más que no fuera ese sentimiento de congoja por perder a un familiar cercano. No ahora. No cuando tanto lo necesitaba.

En cuanto llegamos al hospital nos dirigieron hacia una sala interna privada, donde nadie más compartía con nosotros la espera mientras a él le operaban de urgencia. La noticia de que el rey de Liechtenstein había sufrido un infarto seguramente se filtraría en pocas horas a la prensa, pero al menos habían puesto los medios oportunos para evitarlo a toda costa.

—Si tu padre se... —comenzó a decir mi madre sin lograr terminar la frase—. Te juro que haré que ella lo lamente el resto de su vida.

—¿De verdad eres feliz vertiendo las culpas de todo lo que sucede a la primera persona que se cruza en tu camino? —inquirí de malas formas—. Hasta donde yo sé, ella ha hecho mucho más que tu y que yo al respecto —atajé cruzándome de brazos y vi como iba a contraatacar si no hubiese sido por la intervención oportuna de uno de los médicos que le habían atendido de urgencia.

—¿Se encuentra bien?, ¿Está... —La voz de mi madre se quebró. Incluso ella era incapaz de reconocer que su marido se estaba enfrentando a la muerte y que podría no sobrevivir a ello.

—Se encuentra estable —contestó aquel hombre completamente vestido de verde y en cuya placa indicaba el nombre de Dr. Ferguson—. Ha sido complicado por el avance en el que se encontraba, pero hemos conseguido solventarlo a tiempo. El proceso de recuperación será algo más lento, pero me atrevería a decir que no le quedarán secuelas cerebrales.

—¡Oh!, ¡Gracias a Dios! —exclamó mi madre mientras yo volvía a respirar con cierta tranquilidad al saber que al menos ese día, mi padre no moriría.

—En realidad debería darle las gracias a la persona que lo mantuvo estable hasta que los paramédicos llegaron a atenderle. En su estado debía haber presentado síntomas previos, probablemente no avisó de ellos al restarle importancia, pero por fortuna para todos había alguien que sabía que hacer en estos casos —citó y la imagen de Celeste realizando aquellas compresiones no dejaba de evocar mi mente—. Pasará varios días en vigilancia para ver como evoluciona, es de vital importancia que no sufra ningún tipo de estrés o agitación. En estos casos el reposo absoluto es lo más recomendado.

Ella. Si no hubiera sido por ella con casi toda seguridad él no estaría con vida en estos instantes. Saberlo casi hizo que quisiera explotar de puro agradecimiento.

«Bendito sea el día en que la pusiste en mi camino» agradecí interiormente.

—Por supuesto —contesté sabiendo que lo único que primaba era la salud del monarca—. Me encargaré personalmente de que así sea —atajé dejando claro para mi mismo que iba a responsabilizarme yo mismo de su agenda.

En cuanto nos quedamos a solas mi madre parecía guardar un silencio que en pocas ocasiones avvicinaba algo bueno.



—No hace falta que te quedes esta noche, no pienso alejarme de su lado —mencionó dejando clara su postura.

—Sabes tan bien como yo que padre no puede volver a llevar el ritmo de trabajo que llevaba hasta ahora —advertí imaginando la cantidad de eventos, actos, reuniones y compromisos sociales a los que tendría que asistir o posponer en su nombre.

—Lo sé —afirmó y me sorprendió que estuviera de acuerdo por primera vez en algo así conmigo—. ¿Has pensado en qué harás al respecto?

Solo había una respuesta a esa pregunta, pero no me planteaba siquiera mencionarla en voz alta.

—Comenzaré por asumir todas sus responsabilidades hasta que se recupere... —mencioné dándome cuenta de que no había otra opción—. Y otra cosa más, espero que la próxima vez que vuelvas a ver a Celeste, le des las gracias por salvar la vida de tu marido.

No esperé a que me respondiera, sabía que no pensaba hacerlo, pero al menos la dejaría pensando en ello. Así que me metí de nuevo en el coche y conduje de regreso a palacio.

Sabía que a partir de ese momento mi vida iba a convertirse en un auténtico caos debido a la cantidad de compromisos que debería adquirir en nombre del monarca de Liechtenstein y aún más si pensaba que existía una posibilidad de que mi padre delegara sus funciones en mi nombre para sustituirle en el trono antes de tiempo, pero todo pasaba a un segundo plano ante la dicha de saber que aquello no importaba, porque él seguía con vida y eso se lo debía a una persona concreta.

Me había cansado de ocultarlo, de guardar las apariencias ante mi propia familia a pesar de que el mundo entero creyera que estábamos enamorados. A partir de ese mismo día, de esa noche, de ese instante, dejaría bien claro que Celeste Abrantes era la única mujer que me importaba y aunque fuera lo último que hiciese en esta vida, lograría que aceptase ser mi esposa.

En cuanto entré en palacio fui directamente hacia los aposentos donde habían ubicado a Celeste. En ese momento me pregunté porque acepté que lo hicieran tan lejos de los míos, quizá porque yo mismo quería alejarla al ser una tentación para todos mis sentidos, pero igualmente había sucumbido ante cada uno de ellos.

Abrí la puerta lentamente y la encontré sentada en aquella cama mientras su espalda se dejaba caer sobre el cabecero. Parecía acariciar la cabeza de alguien acostada en su lecho y atisbe a ver el rostro de Margarita en su regazo.

«Hasta para reconfortar a alguien era dulce» jadeé mientras me hacía un gesto llevándose un dedo a los labios en señal de que guardara silencio y así no despertara a mi hermana Margarita.

En cuanto su mano cogió la mía la atraje hacia mi estrechándola entre mis brazos. Necesitaba su calor, su cercanía y su vibrante confort para sentir que todo estaba bien, que todo estaría bien. Le debía tanto a esa mujer... comenzando por abrirme los ojos ante lo verdaderamente importante.

—No sabes en este momento lo infinitamente agradecido que estoy de que estuvieras aquí hoy —susurré estrechándola con más firmeza—. Si mi padre está vivo ahora mismo, solo es gracias a ti, Celeste —le aseguré.

Sentí un leve suspiro ahogado en sus labios e imaginé que era alivio por saber que mi padre estaba vivo.

—Me alegro —contestó en voz baja—, pero solo hice lo correcto, aunque confieso que pasé un miedo horrible.

¿Ella pasó miedo? A mi me parecía la persona más valiente que jamás había conocido. Su tenacidad y valentía en esos momentos no había pasado desapercibido a ninguno de los presentes. Nunca iba a poder olvidar ese hecho. Me separé levemente de su cuerpo, necesitaba ver ese rostro

y sobre todo aquellos ojos azules.

—Con lo que hiciste hoy, solo confirmaste lo que ya sabía desde hace tiempo —aseguré mientras la observaba fijamente.

Sabía que solo era una confesión a medias y en ese momento sentía que si me preguntaba que acababa de confirmar le diría la verdad; que ella era la mujer de mi vida, la única con la que deseaba compartir el resto de mis días, aunque no estuviera preparada para escucharlo.

Atisé la leve confusión en sus ojos y como sus labios se abrían para formular aquella pregunta, así que antes de que pronunciara palabra alguna me lancé sobre ellos para acariciarlos con los míos propios.

—Me dijiste que tu padre está vivo, pero ¿Qué tal está?, ¿Corre peligro? —preguntó una vez su boca se alejó de la mía.

—Está bien. Le operaron de urgencia y todo ha salido muy bien, los médicos son muy optimistas y creen que no tendrá secuelas, pero necesitará reposo y probablemente tenga que delegar numerosos compromisos porque su vida no podrá volver a tener el mismo ritmo de antes. Sorprendentemente mi madre ha estado de acuerdo en ello —aclaré siendo lo más breve y conciso posible ante la situación, sin admitir que esa nueva etapa que estaba por venir iba a ser bastante complicada.

—Bueno, lo importante es que él saldrá de esta —contestó con esa sonrisa dulce que me fascinaba.

—Gracias a ti —admití perdido en sus labios.

—Seguro que no...

—Nos lo confirmaron Celeste. Si no hubiera sido por la reanimación que le hiciste durante todo ese tiempo, no lo habría resistido. Mi padre presentó síntomas desde esta mañana y no se lo comunicó a nadie. Fue una imprudencia no hacerlo y gracias a Dios que tú estabas allí, de lo contrario... —acallé mis palabras porque el solo hecho de pensarlas era demasiado doloroso.

—No pienses en eso, Bohdan. No ha ocurrido, así que es mejor centrarse en lo que hay ahora y en que tu padre se pondrá bien —insistió restando importancia a su mérito.

Esa humildad en ella la hacía aún más interesante y valiosa de lo que de por sí era. Probablemente nunca dejaría de sorprenderme cuanto más la conocía.

—En lo que hay ahora... —jadeé—, ahora yo solo quiero estar contigo, Celeste —confesé dando voz a lo que realmente deseaba.

Percibí cierto brillo en sus ojos y su rostro se giró hacia la cama donde dormía plácidamente mi hermana.

—No quería estar sola y yo tampoco —mencionó y con aquellas palabras acababa de sella su suerte; nunca más volvería a estar sola, no estando yo presente.

—A partir de mañana te mudarás oficialmente a mi habitación —dije provocando que volviera a mirarme fijamente—. Me da absolutamente igual lo que opine el personal, mi madre o el mundo entero, eres mi mujer y yo quiero saber que cuando regrese, tú estarás en mi cama esperándome.

Sus ojos se agrandaron lo suficiente para comprender que la habían sorprendido mis palabras.

—Em... am... pero... tu... —Su voz se acallaba cada vez que trataba de decir algo, pero yo solo podía estudiar sus rasgos, esperando y deseando que no se negara.

—¿Tu estas seguro de eso? —preguntó finalmente—. Que igual no quiero irme como tu colchón esté blandito —mencionó provocando que en aquel instante después de toda la tensión acumulada en las últimas horas; sonriese.

Solo alguien como ella tenía la capacidad de hacerme sentir bien en momentos como esos.

—Muy seguro —confirmé acercándome a ella sin dejar de mirarla. Tenía tantas ganas de estrecharla entre mis brazos y hacerla mía, que solo el factor de que mi hermana estuviera presente me contenía—, así que a menos que decidas negarte a ello, pienso arrastrarte esta misma noche hasta mis aposentos.

Solo necesitaba una palabra suya para irme de allí o llevarla conmigo para siempre.

—¿Y qué pasa con Margarita? —preguntó y supe que quería venir, que su deseo era tan ardiente como el mío propio.

—La llevaré a su habitación y vendré a por ti —Antes de terminar la frase, cogí a Margarita entre mis brazos ágilmente y acomodé su cabeza en mi pecho para que siguiera durmiendo plácidamente.

Dejé a mi hermana sobre su cama mientras me aseguraba de arroparla y controlar que seguía completamente dormida. La idea de que buscara refugio en Celeste y ésta se lo proporcionara me agradaba, era un sentimiento acogedor y al mismo tiempo sobreprotector, estaba seguro de que esa mujer de ojos celestes iba a ser una gran madre. Jamás había pensado en alguien como la madre de mis hijos y esa morena que me esperaba en su habitación había conseguido que ese pensamiento se cruzara por mi mente.

Dejé la luz de la mesita de noche encendida, no quería que si se despertaba se asustara, así que cerré la puerta de su habitación suavemente para no perturbarla y caminé con firmeza de nuevo hacia los aposentos de Celeste. La vibrante sensación de saber que la iba a llevar a mi habitación recorría mis entrañas y jamás había estado más seguro de cada decisión que estaba tomando en mi vida que ahora. La quería. La quería tanto que incluso dolía.

Cuando llegué a su habitación comprobé que la puerta estaba levemente abierta, eso me sorprendió, pero imaginé que la habría dejado así al saber que regresaría a por ella.

—¿Seguro que quieres que me vaya? —La voz inconfundible de Dietrich perforó mis tímpanos. ¿Qué demonios hacía allí? Él... de entre todos los hombres que existían tenía que ser él—. Porque yo estaría dispuesto a complacer tus deseos...

Apreté mis puños con fuerza porque de lo contrario entraría allí mismo y se lo estamparía en aquel rostro de no haber roto un plato en su vida. Me contuve, por la única y llana razón de que quería o más bien necesitaba escuchar la respuesta de ella, aunque no me agradara escucharla. Presentía que el pasado se volvía en mi contra y que esta vez la decepción me perforaría el alma.

—Tan segura como que, si no sales ahora por esa puerta, yo misma te doy una patada en el...

—¿Qué haces tú aquí? —exclamé abriendo de par en par la puerta. Saber que Celeste le estaba echando de su habitación, que le estaba pidiendo que se fuera, había hecho que mi sangre hirviera a mil por hora y no aguantase un solo segundo más dejándole a solas junto a ella.

Acaba de comprobar por mi mismo como él la hostigaba, la presionaba, la perseguía y suponía que esa era su estrategia hasta que cediera.

—Le estaba haciendo una proposición a la señorita Abrantes —contestó sonriente y me recordé a mi mismo que era mi primo, porque de lo contrario le habría dejado sin dientes.

—Me pareció escuchar que mi prometida no estaba interesada —apremié haciéndole ver que llevaba tiempo escuchando aquella conversación.

Observé como Dietrich torcía el gesto, era una especie de sonrisa socarrona en la que su soberbia gastaba un pulso contra su orgullo y todos esos años atrás donde me las imágenes de él junto a dos de mis ex vinieron a mis recuerdos me hirvieron de rabia contenida.

—No lo tengo tan claro primo —mencionó y me dieron ganas de partirle el cuello de no ser un miembro de la familia real, porque llegados a ese punto no le consideraba de mi propia sangre.

—Largo de aquí Dietrich —dije en el tono más cordial que pude aunar, porque lo que realmente me apetecía en ese momento era tirarle por la ventana y no volver a verlo jamás.

Para mi propia desgracia y autocontrol, Dietrich no solo se quedó donde estaba, sino que parecía reírse de la situación, como si en el fondo se jactara.

—¿Acaso tienes miedo, primito? —Su tono era de lo más irónico—. Cualquiera diría que estas... *celoso* —añadió mientras rodaba la mirada y no me observaba fijamente a los ojos, eso aún me molestaba más.

¿Tener miedo?, ¿Estar celoso? Por más que quisiera admitir que no, lo cierto era que sí. De cualquier otra mujer o en cualquier otra circunstancia, su competencia en mí contra me habría dado absolutamente igual a pesar de que en su día me molestara lo suficiente para guardarle cierta reticencia, pero en Celeste no, en ella no lo iba a superar.

—¿Miedo? —exclamé acercándome hasta él, aunque evitara mirarme lo haría a pesar de que no quisiera, iba a fijar la vista en aquellos ojos verdes e darle a entender que sus juegucitos se habían acabado—. Sé lo que pretendes y no lo vas a conseguir —añadí retándole, advirtiéndole que no lo iba a consentir.

—Eso ya lo veremos —contestó con cierta altivez y apreté aún más los puños.

¿Era un reto?, ¿Acaso estaba dándome a entender cuáles eran sus propósitos?, ¿Es que no le bastaba haberlo hecho dos veces que también iba a por una tercera? Aquello me enfureció aún más y la rabia removió mis entrañas.

—¿Es una amenaza? —exclamé acercándome lo suficiente para darle a entender que no pensaba permitirle ni que se acercara a ella.

—Si prefieres verlo así... yo lo llamaría cambio de intereses —contestó con cierta suavidad, como si no le diera importancia y comprendí que sin quererlo acababa de demostrarle que ella me importaba—. Nos veremos pronto Celeste —mencionó antes de marcharse y me maldije cien veces por dejarle ver que la quería.

Ahora no solo será un juego para él, sino que quizá insista más en ello solo por la satisfacción personal de conseguirlo, pero ¿Y si estaba tan seguro porque había visto alguna señal indicativa en Celeste para sugerirlo?, ¿Y si era tan soberbio solo porque presentía que era correspondido? La inseguridad de aquellas dudas me sacudió por completo.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —La voz de Celeste rompió aquel metódico silencio y caminé despacio hasta la puerta por donde había salido segundos antes Dietrich para cerrarla suavemente, lo último que deseaba en esos momentos eran oídos ajenos escuchando aquella conversación.

No me apetecía en absoluto enfrentarme a esa situación, pero tenía que aclarar mis dudas, saber cuál era su intención.

—¿Te sientes atraída por él? —pregunté dándome la vuelta y siendo incapaz de alzar la vista porque no quería ver en su rostro la respuesta si ésta era afirmativa.

—¿Qué? —exclamó con un tono airado y en cuestión de segundos sus manos rozaban mi rostro. Eran tan suaves, tan delicadas y plácidas—. Mírame... —susurró y alcé la vista para evadirme en aquellos preciosos ojos.

—Podría llegar a entender que te sintieras atraída hacia... —acallé mis palabras porque no podía decir su nombre, si lo decía era más real y si era más real era como admitir que era mejor que yo, de lo contrario, ¿Por qué me habrían traicionado dos de mis anteriores parejas con él?

Tal vez Dietrich fuera un imán para las mujeres, quizá él conseguía darles algo que yo jamás podría o tendría, en el fondo no quería reconocer que quizá él fuera mejor que yo, pero también

sabía que para él solo era un juego y que solo lo hacía por sentirse superior.

—No Bohdan —contestó calmadamente Celeste—. Tu primo podrá ser muy guapo, pero ni tan siquiera se acerca a la suela de tu zapato.

Sus manos seguían acariciando mi rostro y aunque quería creer cada una de esas palabras, tenía que estar seguro porque sentía la necesidad de creerlas intensamente.

—¿Estás segura? —pregunté mientras mis manos rodeaban su cintura y la acercaba hacia mí para sentirla plenamente.

—Completamente —mencionó sin alejarse de mi lado, sino que parecía agradecerle estarlo—, pero creo que la cuestión no es esa, sino lo que sucede entre vosotros dos.

Su respuesta hizo que rodara los ojos y evitara verla. No quería que ella lo supiera, no quería que fuera partícipe de las redencillas entre Dietrich y yo, quería dejarla al margen y que no sufriera

—No sé a qué te refieres —contesté esperando que no insistiera, pero lógicamente aquello era algo que Celeste no iba a dejar pasar.

—Quiero saber qué está pasando Bohdan, porque lo que acaba de pasar viene de atrás y antes de que lo niegues, te recuerdo que desde el mismo instante en que mencioné que era Dietrich quien me estaba dando clases de baile no te agradó en absoluto —dijo con calma y recordé que yo mismo me había delatado.

No quería implicarla, pero tenía razón, lo quisiera o no tenía toda la razón y después de todo, ¿Qué podría pasar si la advertía? Tal vez fuera mejor así, quizá contarle la verdad podía de algún modo advertirla contra Dietrich.

Suspiré y maldije en mi interior, no es que quisiera poner a Celeste en su contra, yo quería que ella me eligiera libremente sin coacción, no ser una segunda opción más factible que la primera.

—Desde que tengo recuerdos, Dietrich siempre ha querido llamar la atención —comencé a relatar. Si debía contar aquella historia, lo haría desde sus comienzos—. Al principio su obsesión era con Adolph puesto que ambos eran de la misma edad, incluso pensé que parecía una competición para él tratar de ser mejor, fue Dietrich quien le reveló el mundo de las carreras de coches y más tarde competía contra él.

—¡Oh dios mío! —exclamó Celeste y supuse que estaba realizando sus propias conjeturas.

—Por si te lo preguntas no estaba allí la noche en que murió —le dije antes de que se imaginara cosas que no eran. Los jueguecitos de Dietrich eran un completo incordio, por no decir que eran de mal gusto, pero no era un asesino—. La cuestión es que, tras la muerte de Adolph, esa fijación pasó a tenerla conmigo... —admití el hecho de tener un incordio de primo.

—Pues si cree que me va a tener a mí, va listo... —contestó con cierto aire despectivo.

—Encontré a mi última pareja en su cama —mencioné aquel hecho como si en su día no me hubiera dolido verlos—. Y posteriormente supe que la anterior también había sucumbido a sus encantos —afirmé sintiendo la traición por este hecho, aunque lo supe después de dejarla.

Observé la expresión en el rostro de Celeste como si necesitara estudiarla para saber que opinaba al respecto. Vi su confusión y posteriormente su absoluto desconcierto ante lo que acababa de confesar.

—Si Dietrich necesita tener todo cuánto tú tienes para creer que es mejor que tú, es su problema —contestó de forma tranquila—. Yo sé que no lo será por más que lo intente y desde luego sus métodos de persuasión conmigo no van a funcionar.

¿De verdad no funcionarían? Porque ahora mismo podría decir que no me importaba en absoluto el pasado después de haberla conocido a ella.

—No quiero que te utilice solo para su propio interés —jadeé atrayéndola hasta mi, sintiendo esa necesidad de estar cerca mía—. Sabe que me gustas y hará hasta lo imposible por tratar de llegar hasta ti solo para fastidiarme.

«Y le he demostrado que me gustas demasiado» me dije a mi mismo.

—Que lo intente —susurró mientras sus labios se acercaban peligrosamente a los míos hasta sentir que los acariciaba minuciosamente—. Porque puede que no le guste tanto lo que se va a encontrar y le quede suficientemente claro que no me interesa en absoluto sus pretensiones —añadió acariciándome el cabello de forma sensual.

Sus caricias me atrapaban y en ese momento solo deseaba besarla con tanta intensidad que casi me ahogaba. Saber que no le interesaba Dietrich era casi un alivio, como si una espina que tenía clavada en el pecho se esfumara.

—¿Y qué es lo que te interesa Celeste? —pregunté no pudiendo evitar sonreír mientras ella seguía acariciándome y comencé a pasear mis manos por su cintura, invadiéndome de ese calor que desprendía y me abrasaba.

—Aún no lo tengo claro —susurró con cierta perspicacia—. Aunque creo que me estoy acercando lo suficiente como para averiguarlo —dijo antes de acercarse a mis labios y besarlos con tanta intensidad que me derretí en ellos mientras respondía a su deseo.



---

---

## VEINTICUATRO

---

---



**S**i permanecía un solo segundo más allí, sabía que no me movería de aquella habitación, así que cogí a Celeste de la mano cuyos dedos se entrelazaron con los míos y estiré de ella para marcharnos de allí. No quería quedarme ni un solo segundo más en sus aposentos y menos con el recuerdo tan presente de Dietrich evocando el pasado.

Caminé junto a ella apresuradamente hacia mi habitación, era la primera vez que lo hacía y me sentía eufórico al saber que a partir de ahora estaría a mi lado cada noche cuando regresara a palacio. Notaba como las pulsaciones aumentaban mi ritmo cardíaco y eso era solo la clara señal de que la emoción sobrepasaba mi propio auto control.

Mi habitación era lo suficientemente espaciosa para no sentirme encerrado, sobre todo porque cuando era más joven solía pasar bastante tiempo en aquellas cuatro paredes. Como casi todas las habitaciones de palacio tenía su propio baño. Además de la cama central bastante amplia y los armarios básicos, había un apartado dedicado a mi propio entretenimiento o pasatiempo, principalmente los tenía para lograr despejar la mente después de sumergirme toda una jornada entre deberes reales. Observé como Celeste paseaba sus brillantes ojos mientras inspeccionaba la estancia y estos se detuvieron en una canasta que había colgada en la pared del fondo.

—Imagino que ahora que vas a estar aquí, no tendré que liberar mi mente encestando canastas —dije acercándome a ella mientras rodeaba con mis brazos su cintura rozando su cuerpo.

Habitualmente encestaba un par de canastas antes de ir a dormir para lograr evadirme de todo y de todos, pero dudaba mucho que estando ella allí tuviera otros pensamientos que no fueran los de acariciarla hasta que el sueño me venciera.

—Um —Su voz parecía evasiva, como si estuviera pensando qué responder, hasta que finalmente lo hizo—. Prefiero jugar al parchís antes que al baloncesto.

¿Parchís?, ¿Había dicho parchís? Recordaba perfectamente aquel juego infantil y dudaba que tuviera algo interesante para ser mencionado.

—¿Al parchís? —pregunté creyendo que quizá no se refería al mismo juego.

—Sí ¿Nunca has jugado al parchís? —preguntó dejándose caer en mi pecho y su calidez era sublime—. ¿No tienes uno por aquí?

¿Un parchís?, ¿Y para qué iba yo a tener ese juego infantil?

—Pues... creo que no he jugado a ese juego desde que tenía seis años por lo menos —admití contrariado—. Por lo que, si había alguno desapareció hace años.

Definitivamente no debíamos estar hablando de lo mismo o Celeste tenía unos gustos un tanto aburridos.

—¡Oh!, ¡No sabes lo que te pierdes! —exclamó apenada y eso me hizo fruncir el ceño con más confusión aún si cabe.

—Pues yo diría que lo sé bastante bien —mencioné tratando de evocar recuerdos del pasado, donde Adolph y yo jugábamos en el gran salón mientras papá leía un libro y madre se enfrascaba en alguna de sus manualidades. Recordaba perfectamente el ruido de la lluvia y el crepitar del fuego encendido en la gran chimenea, aquellos eran los domingos en familia durante el invierno, donde madre no nos dejaba salir a jugar por miedo a que cogiéramos frío. Tenía ciertos recuerdos entrañables, pero al mismo tiempo aburridos en referencia a ese juego infantil.

Noté como Celeste se giraba lentamente sin separarse de mi cuerpo y me fijé en su rostro mientras alzaba la mirada para observarme fijamente.

¿Me acostumbraría algún día a que me mirase de aquel modo? Lo dudaba.

—Creo que puedo hacer que desees jugar al parchís cada noche. —Su voz estaba tan cargada de deseo que en aquel momento sentí un tirón en mi entrepierna tan descomunal que jamás pensé que solo unas palabras pudieran surtir ese efecto.

—Ahora que lo dices, puede que haya uno por el desván —dije apresuradamente pensando en esa vieja tabla de cuatro colores con sus fichas a juego—, puedo ir a buscarlo ahora...

Iría al mismísimo confín de la tierra con tal de encontrarlo y saber a qué rayos se refería esa diosa, porque a juzgar por sus ojos no parecía ser nada inocente.

—No... —Su voz sonaba suave y al mismo tiempo sentí como sus labios se posaban en mi cuello, en mi garganta y ascendían lentamente hacia mis propios labios—. Tal vez mañana, ahora mismo solo me apetece darme una ducha caliente acompañada por ti —agregó rozando sus labios con los míos.

Sentía que aquellos momentos iba a explotar si no la hacía mía, así que sus palabras habían sido una respuesta a mis súplicas en el momento más oportuno.

—Tus deseos son órdenes para mi, princesa —aseguré antes de lanzarme a sus labios.

Ese día más que nunca, ella era la princesa de Liechtenstein y nada ni nadie podía cambiarlo, pero Celeste también era la princesa de mi propia vida.

El agua caliente surcaba nuestros cuerpos desnudos, se balanceaba por cada tramo de piel cuya suavidad no conocía límites. Quise beber cada gota de su cuerpo, derretirme junto a ella en aquel vaivén cuya danza nos había acogido a ambos. La hice mía con tanta intensidad, deseo y anhelo que sentía como me deshacía junto a ella.

Percibía su entrega, su absoluta pasión cada vez que me adentraba en su cuerpo, pero sobretodo podía sentir esa vibrante fogosidad que me hacía constatar que ella era mi alma gemela.

Había soñado tantas veces con tenerla allí mismo, en mis aposentos, en mi cama, en ese hueco vacío que tantas veces anhelé rellenar con su presencia. Era increíble la sensación de plenitud que me embriagaba hasta el punto de sentir que me ahogaba. Noté como entrelazaba su mano con la mía y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Nada me importaba más que saber que ella quería estar allí porque eso significaba que también deseaba estar a mi lado.

En mi fuero interno no dejaba de repetirme que esa era la dirección correcta, que estaba siguiendo el camino indicado y aunque algún día iba a confesarle toda la verdad de como llegamos a estar casados, primero quería estar seguro de que tenía alguna posibilidad. Cada día me repetía a mi mismo que solo necesitaba un poco más de tiempo para lograrlo.

Podía percibir el suave olor de su cabello mojado, el calor que desprendía su cuerpo desnudo



junto al mío y la combinación de ambos hizo que me sumergiera en un apacible sueño reconfortante que logró evadirme de la gran responsabilidad que se avecinaba tras aquel infarto que había sufrido mi padre.

Ese era el poder que ejercía en mi Celeste Abrantes, esa era su magia, su esencia y su auténtico atractivo.

Aquella mañana me levanté temprano como era habitual, aunque nada más abrir los ojos pude contemplar una estampa de belleza a mi lado. No era la primera vez que la veía al despertar, pero sí la primera vez donde quería verla el resto de mi vida; a mi lado. Aquello significaba mucho más para mí de lo que ella podría llegar a imaginar, no solo estaba gritando al mundo que la quería, sino que estaba dispuesto a enfrentarme a mi propia madre y a todas sus imposiciones a pesar de las consecuencias.

Me deslicé con pesar de aquella cama y eché un último vistazo a ese cuerpo parcialmente tapado con las sábanas blancas. Si no fuera por mi propia imposición de querer dejarla descansar, ahora mismo estaría adentrándome en esas curvas infinitas donde siempre hallaba el más ciego y absoluto abismo de placer. En lugar de eso, me encerré en el baño para darme una ducha de agua helada que bien sabía Dios que la necesitaba, aunque un buen afeitado también era algo que mi rostro estaba pidiendo a gritos, o eso pensé tras verme reflejado en el espejo.

En cuanto salí del baño tras ducharme y afeitarme mi vista se fue directamente hacia la cama, solo que me sorprendió encontrarla vacía cuando instantes antes un ángel dormía en ella plácidamente. Busqué rápidamente por la habitación y la encontré envuelta en una sábana blanca y con el rostro más dulce que podía imaginar.

—¿Te he despertado? —pregunté pensando que había sido el causante de su desvelo.

Aún tenía las leves marcas de las sábanas arrugadas en su mejilla, su cabello despeinado y aquellos ojos algo entrecerrados le daban ese atisbo de inocencia que me volvía loco solo con verla.

—No —negó y su voz sonaba adormilada—. De hecho, creí que te habrías marchado sin despedirte.

Alzó su vista y me adentré en aquel brillo inusual del color celeste que había en sus ojos. ¿Podría algún día acostumbrarme a ellos? Tal vez sí, pero por el momento me seguían pareciendo absolutamente admirables.

Por un momento había pensado en dejarla dormir, pero no me apetecía volver solo a ese hospital y en cierto modo supuse que ella desearía ir.

—No —negué—. Iba a esperar que despertaras para que me acompañes al hospital —admití —, pensé que tal vez, después de tu actuación ayer te gustaría visitar a mi padre.

Vi el gesto en su rostro y fue como si se reprendiera a sí misma por haberlo olvidado. Aquello me pareció genuinamente dulce, porque eso significaba que su primera noche en aquella habitación había sido plácida.

—¡Oh por supuesto! —gritó llevándose una mano al pecho—. Enseguida estoy lista —agregó y vi como daba un paso dirigiéndose hacia el baño.

—¡Eh, espera! —La detuve antes de que pudiera adentrarse y perderla de vista. Quería saber que tal se encontraba, que tal había pasado su primera noche a mi lado por más cursi que sonara —. ¿Dormiste bien?

Su cara de confusión lo decía todo, era como si aquella pregunta sonara extraña.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué lo preguntas?

Si le confesaba que para mí era esencial su bienestar porque solo perseguía que ella jamás se

quisiera marchar era como colgarme un letrero en la frente con luces intermitentes que dijera que estaba locamente enamorado de ella.

—Era tu primera noche aquí y solo quiero que te sientas bien —jadeé maquillando parcialmente la realidad. A fin de cuentas, ese era un breve resumen muy conciso de lo todo lo que englobaba.

Su tez pareció relajada y vi como se mordía el labio de forma inconsciente mientras esos ojos no dejaban de brillar.

—Pues igual tienes que tener cuidado, porque tu cama es demasiado mullidita y perfecta. Puedo acostumbrarme a lo bueno y querer quedarme una laaaarga temporada en ella —contesté con ese atisbo de humor con encanto al que ya me tenía más que acostumbrado y hechizado.

Fue inevitable sonreír ante aquella aseveración que era música celestial para mis oídos. ¿Larga temporada? Yo buscaba que se quedara el resto de su vida, quizá aquel era un buen comienzo.

—¿Deberé tener cuidado entonces o me quedaré sin cama? —pregunté siguiéndole el juego para saber hasta donde estaba dispuesta a llegar.

—Tal vez me compadezca de ti si me das un masaje en los pies —mencionó sin torcer el gesto, sino que su tono era mucho más serio, aunque sabía que solo trataba de intentar parecerlo cuando vi como reprimía su sonrisa.

La absoluta ocurrencia hizo que estallara en risas sin poder controlarlo, solo a ella se le podría ocurrir pedir algo así y juzgarlo como si aquello fuera un escarmiento.

«Querida... todo lo que implica hacer contigo para mi es un agonizante deleite» pesé en mi más fuero interno.

—Si mi princesa quiere un masaje en los pies, lo tendrá —aseguré segundos después—, pero primero quiero descubrir ese intrigante juego al parchís que mencionaste anoche y que intuyo no será tan aburrido como lo recordaba —añadí recordando esa voz sensual donde me citaba textualmente que ella podría hacer que deseara jugar a aquel juego cada noche.

No tenía la más mínima idea de como podía ser excitante aquel aburrido tablero con fichas, pero me había intrigado hasta el punto de querer descubrirlo de inmediato.

—¡Oh!, ¡No sabes tú lo increíblemente apasionante que va a ser para ti el parchís a partir de esta noche! —mencionó en voz baja y su tono estaba tan cargado de sensualidad que maldecí el hecho de que faltaran tantas horas para que llegase la oscuridad.

Así se estuviera acabando el mundo, nada ni nadie me impediría acudir esa noche para ver con qué clase de apasionante juego iba a deleitarme esa diosa de ojos celestes.

Mientras se preparaba, me acerqué hasta la habitación de Margarita donde imaginaba que debía llevar bastante tiempo despierta y desesperada por tener alguna noticia de mi padre. Llamé a la puerta y abrió enseguida.

—¡Bohdan! —gritó mientras se abalanzaba sobre mi y la acogía.

—Tranquila, papá está bien —afirmé mientras dejaba que aquel pequeño apretón se suavizara.

—¿Seguro que está bien?, ¿No me estás mintiendo porque crees que soy pequeña? —contesté con cierto escepticismo.

—¿Alguna vez te he mentado? —exclamé paseando la mano por su rostro y colocando su cabello rubio tras la oreja.

Aunque nos parecíamos físicamente era inevitable recordar a Adolph en sus rasgos.

—Es cierto, pero pasé tanto miedo... —dijo aprensiva.

—Es comprensible, pero ya no tienes de qué preocuparte, en unos días padre regresará a casa, así que ahora vístete que iremos a visitarle al hospital —contesté y vi como salía apresuradamente

hacia el baño para cambiarse de forma apresurada.

Me pareció más conveniente utilizar mi propio vehículo en lugar del coche oficial, sobre todo porque no quería que nadie pudiera detectar la llegada al hospital de un miembro de la familia real. No había sido informado de la filtración, pero ya se estaba gestionando el comunicado de prensa que la casa real realizaría en breve para contar una versión más real y menos maquillada por algún periodista de la realidad.

—Celeste, ¿Me llevaste anoche a mi habitación? —preguntó Margarita que viajaba en el asiento trasero del vehículo y supuse que solo lo hacía para romper el silencio que de pronto había en aquel espacio cerrado.

—Emmm —La voz de Celeste parecía advertir que no sabía exactamente que responder, ni que decir.

—No enana —admití finalmente y miré por el espejo retrovisor para ver a mi hermana mientras sonreía al decir aquel apelativo—. Fui yo, ¿Por qué lo quieres saber?

—¡Eh!, ¡Que no soy ninguna enana! —exclamó Margarita y sentí el manotazo en el hombro desde el asiento trasero—. Solo quería saber... bueno, no sabía si a Celeste le había molestado que me quedara dormida.

La vocecilla algo apagada indicaba que no quería resultar una molestia para ella y en el fondo sabía que buscaba la aprobación de Celeste.

—¡Oh!, ¡Por supuesto que no me molestó! —exclamó Celeste y noté como su cuerpo se inclinaba para mirar hacia atrás—. De hecho, iba a dejarte dormir allí conmigo si no fuera porque tu hermano regresó de madrugada.

A pesar de que mi hermana era bastante más joven que yo, no era tan inocente para imaginar la situación.

—Te llevé a tu habitación porque Celeste y yo necesitábamos estar juntos —confirmé porque después de todo iba a enterarse al igual que el resto de palacio. Al decir aquello vi como Celeste dirigió su rostro hacia mi y vi el leve rubor en su rostro pese a no mirarla fijamente, eso me agradó—. De hecho, van a trasladar sus cosas para instalarse en mi habitación hoy mismo —añadí y no pude evitar contemplar como ese rubor aumentaba.

¿Le daba vergüenza que lo admitiera? Lo cierto es que resultaba demasiado divertido contemplarla y que no lo negase al mismo tiempo.

—¿Celeste va a dormir en tu habitación? —preguntó Margarita con voz de estupefacción—. ¿Contigo?

—Si —afirmé—. Aunque primero debo hacer una cosa antes para que no me envíe a dormir a las mazmorras —admití pensando en aquel masaje de pies que me había mencionado esa misma mañana.

—¡Eso quiero verlo yo! —gritó Margarita mientras escuchaba sus risas desde atrás—, pero primero tendrás que sobrevivir al fuego que escupirá mamá cuando se entere.

Bueno, en eso estaba mentalmente preparado y concienciado para lo tuviera que enfrentar.

—No sabía que era un dragón, y pensar que todos creíamos que se habían extinguido... —soltó Celeste y las carcajadas de Margarita no se hicieron esperar hasta que yo mismo era incapaz de dejar de reír.

En cuanto entramos a la habitación donde estaba acomodado padre, Margarita voló hacia él lanzándose hacia la camilla en un gran abrazo.

—¡Pequeña!, ¡Me vas a aplastar! —oí decir a padre.

—¡Tenía mucho miedo! —exclamó mi hermana y observé que mi madre estaba hablando por

teléfono con el asistente de mi padre por lo poco que logré escuchar, así que me centré en el aspecto de mi progenitor que parecía bastante aceptable dada la situación.

—Lo sé —oí decir a padre—, pero afortunadamente para nosotros, esta muchachita de aquí se encontraba allí —añadió y alzó la vista para mirar a Celeste mientras la señalaba con el mentón.

Me fue imposible no acercarme a ella y rodear con mi brazo su cintura para sentirla aún más cerca. No sabía si era agradecimiento o el simple hecho de manifestar lo orgulloso que me sentía de poder tenerla a mi lado, quizá fuera un compendio de ambos.

—Bueno... yo... —balbuceó—. Solo hice lo que cualquier persona haría en mi lugar —mencionó humildemente.

—Se lo agradezco señorita Abrantes —contestó mi padre frente a todos.

—No debe agradecermelo majestad, solo me alegro de que se encuentre bien y que mi intervención fuera útil —respondió Celeste siguiendo esa línea en la que no era consciente de que gracias a ella mi padre seguía con vida.

—Mucho más que útil —admití haciendo hincapié en ello y apretándola aún más contra mi cuerpo.

—En cualquier caso joven, le debo mi gratitud y por lo tanto si puedo hacer algo por usted, no dude en solicitarlo —mencionó padre dirigiéndose hacia ella y supe que Celeste Abrantes acababa de ganarse el respeto para siempre del monarca de Liechtenstein.

—¡Ah!, ¡Ya estoy! —La voz de mi madre interrumpió aquella breve conversación. Podía notar que parecía bastante aliviada dada la situación y me imaginaba que debía ser por el buen aspecto que lucía mi padre—. Margarita, ¡Deja a tu padre respirar! —gritó y torcí el gesto pensando que pese a todo no había cambiado nada.

—Estoy bien, Margoret. —La voz de padre era calmada, aunque tenía cierta pesadez indicando que estaba cansado de sus quejas.

—¡Casi te mueres! —exclamó airada y quizá el porqué de su actitud solo era miedo, comprendía perfectamente el miedo que había pasado porque yo lo había sentido de igual forma.

—Pero no morí como puedes ver. Y le puedes dar las gracias a ella —respondió señalando a Celeste.

—Si, bueno... —La voz de madre me sorprendió, era calmada, apacible e incluso parecía casi razonable.

¿Se lo agradecería?, ¿Saldría por fin de sus labios algo agradable hacia la que era mi esposa y para todos prometida? Quise creer que si, yo mismo se le había indicado que lo hiciera, esperaba que aquel solo era un comienzo de una tregua, que tras lo sucedido, algo habría cambiado en ella y en su forma de ver a Celeste.

—Supongo que...

—¡Tío Maximiliano! —Interrumpió la inconfundible voz de Annabelle y recordé que madre había mencionado justo anoche que la había invitado a palacio.

Suspiré porque lo último que me apetecía en aquellos momentos era tener que poner buena cara ante mi prima y menos aún, fingir que no me resultaba incomoda su presencia sabiendo los planes que ambas conspiraban.

Escuché un leve refunfuño por parte de Celeste, pero no llegué a comprender que decía exactamente, aunque observé de soslayo su rostro y comprobé que no estaba más feliz que yo de ver a mi prima.

Imaginaba que grandes amigas no serían, ni tampoco pretendía que lo fueran.

Tras la visita de mi padre tenía que reunirme con su asistente para ser informado del estado en

el que se encontraban sus gestiones y aprobar el comunicado de prensa que se daría esa misma tarde. Acompañé tanto a Celeste como a mi hermana y Annabelle a palacio, ya que mi madre se había instalado en el hospital y se había negado a marcharse hasta que le dieran el alta, algo muy digno por su parte ya que no solía estar habituada a las incomodidades, pero comprendí que amaba más a mi padre que a su propio bienestar y eso me conmovió revelándome su parte más humana.

En cuanto aparqué el vehículo frente a la puerta de palacio sin detener el motor en marcha, me bajé y abrí la puerta trasera en la estaba sentada Celeste antes de que ésta lo hiciera. Ni tan siquiera me había parado a pensar porque lo hacía, aunque quizá fuera de forma inconsciente porque deseaba hablar con ella y excusarme por todas las horas que debía pasar fuera. Habría deseado que ella fuese en el asiento delantero justamente a mi lado, pero Annabelle alegó que se mareaba si no iba de copiloto y Celeste cedió. Probablemente solo se trataba de una excusa o ciertamente era real, en cambio no me importaba que lo hiciera, mi atención durante todo el camino había estado en el asiento de atrás.

—Vaya, que atento —dijo sonriente.

—Debo ausentarme toda la tarde. Tengo varios asuntos que atender en representación de mi padre —mencioné en voz baja mientras veía la silueta de Margarita y Annabelle perderse conforme subían las escaleras.

—Lo entiendo, no te preocupes, aprovecharé para escribir unas horas —contestó apaciblemente.

Sabía que no tenía porqué justificarme, ni tampoco debía darle explicaciones de mis actos o deberes, pero comenzaba a sentir cierta necesidad de darlas, quizá infundadas porque yo mismo quería pasar más tiempo a su lado y el hecho de que ella estuviera allí solo porque yo la retenía no ayudaba.

Me acerqué como si fuera a darle un beso en la mejilla, pero mis labios se fueron hacia su oreja.

—Espérame despierta —susurré y probé aquel dulce cuello cuyo olor a violeta me embriagaba hasta la inconsciencia.

—Me debes un masaje, ¿Recuerdas? —exclamó con cierto humor por esa pequeña broma que manteníamos desde la mañana.

Sonreí perdido entre el pliegue de su cuello y sus cabellos sueltos mientras pensaba en todo lo que me había ofrecido desde que había llegado a mi vida. Me había hecho ver la vida desde otra perspectiva y todo ello sin pedir nada a cambio, sino que simplemente lo había realizado porque así era ella misma.

—Te debo mucho más que eso —aseguré mientras mis ojos buscaban los suyos para cerciorarme de que me entendía.

Tal vez creyera que solo lo decía por lo sucedido con mi padre, pero sabía que algún día le contaría todo, que llegado el momento le revelaría todos esos desvelos por los que había pasado hasta saber que ella me correspondía.

Padre tenía dos despachos principales, el primero y principal residía en el palacio, pero albergaba otro en la ciudad que utilizaba para sus múltiples reuniones privadas y de esta forma mantener el entorno familiar en la intimidad. Con el tiempo comenzó a usar con más asiduidad el despacho en la ciudad por su agenda diaria ya que era más cómodo para desplazarse y algo me decía que era la excusa perfecta para pasar menos tiempo junto a madre en casa, aunque ella hiciera acto de presencia en algún evento social o fuera embajadora de alguna organización

benéfica.

Aparqué en el estacionamiento privado del edificio y me adentré en el pequeño palacio residencial que conocía lo suficiente para saber donde tendría lugar la reunión. No esperaba llevarme grandes sorpresas pues sabía que mi padre llevaba una vida llena de compromisos casi tanto o más que los míos propios, por lo que cuando saludé formalmente a Paul, el asistente de mi padre y posteriormente a Frederick, el mío propio y al que Paul había tenido la delicadeza de invitar a la reunión, ya que tendría que estar al día de todo lo que debía tratar.

—Su alteza. Espero que la salud de su padre esté en buen estado —indicó Frederick nada más verme.

—Se encuentra fuera de peligro y parece recuperarse bastante bien, aunque aún es pronto para decir cuando podría volver a ejercer alguno de sus cargos —mencioné a pesar de que era intuitivo.

—Por supuesto. Por esa razón nos encontramos aquí —intervino Paul e indicó con la mano que tomara asiento tras la mesa de mi padre—. Me he tomado la libertad de seleccionar las citas más importantes que requieren la presencia de vuestro padre. Por supuesto he pospuesto aquellas en las que son necesario su firma, a menos que le haya otorgado un poder en su ausencia.

No era una pregunta, pero intuí que requería una respuesta.

—Retrásalas por ahora, ya veremos como evoluciona todo esto. Entenderán que es una situación de emergencia.

—Bien, como podéis ver he puesto por prioridad todo lo que tiene que ver con las cámaras y los asuntos de Estado, he evaluado todos los actos en los que se requería la presencia de vuestro padre y aunque solo asista a la mitad de ellos no sé si podrá compatibilizarlo con sus actividades exteriores como príncipe de Liechtenstein —mencionó Paul alzando la vista hacia Frederick como si esperase que él obrase magia al respecto.

Aquella reunión se prolongó durante cuatro horas analizando minuciosamente cada día de mis próximas dos semanas. Estaba claro que no iba a poder hacerme cargo de todo aquello y que iba a tener que contar con la representación de algún miembro de la casa real para las actividades minuciosas como inauguraciones, actos de presencia o donaciones si no se quería perder el papel representativo y fundamental de la casa de Liechtenstein en ellas, aunque por el momento con el comunicado de prensa emitido en el que se revelaba la situación del monarca, durante las próximas dos semanas la casa real quedaba excusada de éste hecho, después habría que replantearse la situación para ver de qué forma proceder y tomar medidas en base a la evolución que tuviera la salud de mi padre.

Hasta entonces tendría que evaluar si mi hermana Margarita podía estar preparada para asumir esa responsabilidad a su corta edad o correr el riesgo de que la casa de Liechtenstein perdiera prestigio y posición ante su falta de presencia.



---

---

## VEINTICINCO

---

---



**E**ra bastante tarde y sentía como si la cabeza fuera a explotarme, incluso me masajee las sienes para ver si de algún modo la tensión se aliviaba porque en cualquier instante sentía que algo haría combustión y estallaría. En cuanto entré la galería que conducía hacia mi habitación comencé a aflojarme algún botón de la camisa, en aquel momento solo ansiaba una ducha reconfortante y tirarme sobre aquella cama, lo que no me esperé es que tras abrir la puerta encontraría una imagen tan atrayente, fue tan atrapante que ni siquiera pude perder de vista a esa diosa sobre mi cama semidesnuda vistiendo tan solo una prenda blanca.

—Hola —mencionó acompañando su voz de una enorme sonrisa. Di una patada a la puerta y me recosté sobre ella. Quería grabar esa imagen para siempre en mis recuerdos, no solo porque era la primera vez que regresaba y ella me estaba esperando, sino porque comprendía realmente lo hermosa que era en toda su esencia, sin necesidad de maquillaje, vestidos exóticos o parafernalias—. ¿Qué? —exclamó y se encogió de hombros como si no entendiera porque me había quedado observándola de aquella forma.

Era como ver a una musa posar para su artista, había magia a su alrededor y la luz era perfecta, en esos momentos maldecí no tener dones artísticos porque nada me habría gustado retratar aquella escena para siempre.

—Si supiera pintar, juro que ahora mismo te haría un retrato —admití sin rodeos porque no podía esconder lo absolutamente hermosa que me parecía—. Y así poder contemplarlo cada vez que estuviera lejos de aquí para saber lo que me espera al llegar a casa.

Pensé en la agonía que iba a sentir cada vez que tuviera que ausentarme, aunque prefería no pensar en ello todavía.

—O puedes ser un poco más moderno y hacerme una foto... —sugirió mordiéndose instintivamente el labio y ni tan siquiera había sido consciente de que tenía razón.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y capturé varias imágenes que, a pesar de la calidad no hacían justicia a la realidad, pero sabía que iba a desgastar mis ojos de sobremanera con aquellas fotografías.

—Ven aquí —dije guardando el teléfono en el bolsillo y acercándome a la cama donde ella se encontraba.

La alcé en cuanto llegó hasta mi y percibí como enroscaba sus piernas a mi cintura, no perdí ni un solo segundo de tiempo en acortar la distancia que me separaba de aquellos labios con tanto

ímpetu que casi parecía despiadado. Era como si estuviera sediento y hambriento al mismo tiempo, pero no de agua o comida, sino de aquella dulce boca que sabía a gloria bendita.

Los golpes en la puerta hicieron que separase mis labios de los suyos y ella parecía aturdida.

—¿Esperas a alguien?

Por un momento iba a responder que no, pero recordé que había pedido expresamente a mi asistente Frederick que me hiciera un pequeño favor, algo de lo que tenía demasiada curiosidad por descubrir.

—Sí —admití sonriente mientras la dejaba suavemente sobre el suelo y me acercaba hacia la puerta para abrir.

No abrí por completo, sino lo suficiente para que me pasaran la bolsa a través de la puerta, le di las gracias a la persona que se había encargado de entregármela y cerré con llave para que absolutamente nadie nos molestara.

—¿Quién era? —preguntó cada vez más curiosa o quizá inquieta.

—El parchís —admití ofreciéndole la bolsa lo suficiente expectante por descubrir de qué trataba todo aquello.

Tratándose de Celeste sabía que no lo iba a olvidar fácilmente.

—No te has olvidado —gimió en voz baja.

—Desde luego que no —aseguré mientras una mano rodeaba su cintura para atraerla hacia mí—. De hecho, ardo en deseos de aprender una nueva forma de jugar a este juego —admití pensando en qué placeres ocultos me esperaban y rezaba porque éstos fueran de lo más suculentos. Percibí como abría los labios, pero ninguna palabra conseguía salir de ellos e intuí que no quería darme pistas sobre el juego—. Prepáralo todo, me daré una ducha y enseguida estoy contigo.

En cuanto salí del baño vi que Celeste había organizado todo para jugar sobre el suelo, no sabía porqué, pero había pensado que íbamos a utilizar la cama.

—¿Vamos a jugar en el suelo? —pregunté absorto.

—Sí —contestó a secas.

—¿No crees que estaremos más cómodos en la cama? —sugerí porque de algún modo yo quería que aquel juego terminara precisamente ahí; en la cama y no sabía si había malinterpretado todo.

—Créeme... para lo que tengo planeado hacer contigo, no —admitió sonriente y aquello provocó que me resecara la garganta hasta casi ahogarme. No. No había malinterpretado nada—. Tres prendas —añadió.

—¿Cómo? —exclamé ahora no entendiendo nada.

—Debes vestirte con tres prendas para jugar —dijo de nuevo.

—¿Por qué tres? —pregunté por no decir, ¿Por qué no ninguna?

—Luego te lo explico, pero solo tres —insistió y entonces me fijé en lo que ella llevaba. Aquella camisa le estaba grande, ¿Sería por casualidad mía?

—¿La camisa que llevas es mía? —pregunté no estando muy seguro ya que tenía bastantes camisas blancas para dudar de ello, pero estaba tan sexy con aquella prenda que el solo hecho de creer que era mía me excitaba.

—Sí. Te la he robado —admitió mordiendo el labio de forma culpable y eso provocó que me diera un tirón en la entrepierna bajo aquella toalla de ducha—, espero que no te importara.

¿Importarme?, ¡Podría regalarle todas si se vestía así cada día!

—No —negué teniendo que mirar hacia otro lado para autocontrolarme y sentí como mi garganta estaba tan seca que ni la propia saliva pasaba por ella. Agua... necesito agua—, claro



que no... —admití cuando fui capaz de articular una palabra.

Me alejé y cogí las tres primeras prendas que tenía más a mano; un pantalón de pijama, una camiseta básica y un bóxer. Así que me senté frente a ella con el tablero entre ambos y expectante por descubrir de una vez aquel misterio.

—Bien. El juego básico es el mismo, hay cuatro fichas para cada jugador, se saca una ficha cada vez que salga un cinco en el dado y la misión consiste en llegar a casa sin ser comido con las cuatro fichas —mencionó y aquello no parecía sorprenderme.

—Sí, eso ya lo sé —admití conociendo el juego—, de pequeño he jugado más de una vez a esto con mis primos. —Y por eso se volvió tan aburrido, no como cuando jugaba con Adolph.

—Bien... ahora vienen los *pequeños detalles* —dijo con un matiz tan agudo y peculiar que me causó gracia.

—¿Pequeños detalles? —exclamé sonriente mientras mis ojos buscaban los suyos y veía que brillaban con peculiaridad.

—Sí. Son pequeños, minúsculos diría yo —contestó y parecía ligeramente nerviosa, de hecho percibí que evitaba mirarme.

—Tu dirás —dije esperando que me revelara cuáles eran esos supuestos minúsculos detalles.

—En cada ocasión que un jugador coma una ficha a su oponente, también deberá comer en una parte del cuerpo de dicho oponente donde éste elija siempre y cuando no esté cubierto con una prenda —mencionó sacando un bote enorme de crema de cacao y otro de nata montada mientras los colocaba junto al tablero. ¿Iba a poder comer eso de su propio cuerpo? Casi se me hacía la boca agua de imaginarlo—. Además, por cada ficha que salga de la salida al sacar un cinco, a cambio se penalizará con una prenda.

—Pero hay cuatro fichas —dije como si las cuentas no me cuadraran.

—Y llevamos tres prendas —refutó y entonces comprendí que la idea era quedarse desnudo mucho antes de que terminara el juego.

—Está bien —admití queriendo comenzar de inmediato. Quería tenerla desnuda y untada en nata para mi propio deleite—. ¿Algo más? —exclamé alzando la mirada y casi podía visualizar la imagen.

—Sí. En el juego tradicional, cuando un jugador consigue llegar a la meta avanza diez casillas con cualquier otra ficha y en este caso, además, besará durante diez segundos una zona erógena en el cuerpo de su oponente que éste haya elegido previamente. ¿Te parece bien?

¿Parecerme bien? Era la primera vez en mi vida que estaba ansioso por comenzar un juego de críos.

—Muy bien —dije y noté que mi voz era relativamente ronca debido a la excitación—. ¿Quién empieza?

—Tú —agregó rápidamente—. Te daré esa ventaja —admitió sonriente y lancé el dado con la certeza de que iba a comerme todas las fichas y de paso a su dueña a como diera lugar.

Conforme avanzaba el juego comenzaba a ser impaciente, mientras que ya me había deshecho de dos prendas, Celeste aún conservaba las tres de un principio, hasta que al fin uno de sus dados sacó el número de la suerte.

—¡Cinco! —gritó mientras se quitaba el sujetador bajo la camisa y lo tiraba a un lado.

¿Qué?, ¿Donde estaba mi deleite visual?

—Eso no vale —dije sin poder evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque te has quitado una prenda, pero sigues estando cubierta por otra.

—Ah ¡Se siente! —bromeó alzando las manos y aquello me hizo reír.

—Tramposa.... Te vas a enterar —contesté mientras seguía el juego.

A medida que el juego avanzaba, cada vez estaba más expectante, así que cuando conté las casillas que faltaban para poder comerme una de las fichas de Celeste, supliqué para que aquel dado me diera suerte.

—Seis... —susurré no creyendo mi suerte—. Quiero la nata —dije sin contener una enorme sonrisa de satisfacción.

Vi como Celeste mordía su labio y mis ojos se perdieron en aquella parte de su anatomía. ¡Dios!, ¡Me moría por probarlos!, ¿Podría echarse la nata alrededor de la boca? Para mi conmoción vi como se abría un botón de la camisa y estuve expectante porque quizás se abriera otro, pero en su lugar trazó una línea desde el hombro hasta el cuello con aquella crema blanca.

—Espero que tengas hambre —dijo tras dejar el bote de nata en el suelo.

—Mucha —gemí mientras aspiraba con la lengua su piel y me enfebrecía del contraste entre su dulce aroma y el sabor de aquella nata azucarada.

¡Joder!, ¡Aquello me sabía a poco!, ¡Quería más!

Mordisqueé lentamente su piel conforme avanzaba hacia su cuello deteniéndome en este para succionar su piel tan delicada y suave. Sabía que tenía que detenerme y si no lo hacía seguiría subiendo hasta perderme, así que me detuve y me aparté lentamente. Tiré de nuevo y para mi sorpresa llegué a la meta, no recordaba exactamente qué pasaba en ese caso, pero ver sonriente a celeste mientras se señalaba la oreja me lo recordó.

La atraje hacia mi para que se sentara a horcajadas en mi regazo y en cuanto lo hizo mi lengua atrapó el lóbulo de su oreja deleitándome en su tacto suave y seductor.

Eso era una tortura, una auténtica e infernal tortura.

—¿Solo diez segundos? —pregunté deteniéndome y rogando porque dijera que no, que era mucho más.

—Emm, si —contestó tratando de apartarse y la retuve a mi lado porque ahora que estaba tan cerca no deseaba que se alejara de nuevo.

—No. Podemos jugar así —sugerí y ella pareció aceptarlo, por lo que se inclinó para tirar el dado y tras sacar un cinco se quitó mi camisa quedándose completamente desnuda en mi regazo—. Mi camisa te sienta bien, pero sin ella estás mucho mejor —afirmé recorriendo con mis ojos su cuerpo y embriagándome en cada curva bien hecha.

A la primera oportunidad me deshice del bóxer quedándome también desnudo y en cuanto Celeste untó en aquella crema de cacao una línea que llegaba desde el ombligo hasta la ingle me temí lo peor. Observé como antes de inclinarse para comerlo se metía el dedo en la boca para saborearlo mientras gemía y cerraba los ojos al mismo tiempo como si aquello la complaciera en extremo.

—Ummm que bueno está. —Su voz casi era celestial y maldije todo lo habido y por haber en mi dialecto.

Iba a explotar, tenía una erección descomunal e iba a explotar si seguía haciendo aquello sin que la pudiera tocar.

Celeste se inclinó y eché la cabeza hacia atrás cuando sentí sus labios sobre mi piel, iba descendiendo lentamente como si no tuviera prisa en saborear cada rincón untado por aquella crema de cacao que tanto le gustaba.

¡Dioses!, ¡Compraría cien mil botes si a ella le agradaba!

En el momento que rozó la ingle no lo resistí más. No aguantaba más. Mi resistencia se había

esfumado al igual que mi voluntad.

—Me rindo... —gemí y noté como se acercaba a mi entrepierna—. Me da igual perder, pero no me tortures más.

—¿Torturarte? —exclamó mientras con su nariz rozaba mi entrepierna.

—Llevo queriendo hacerte mía desde el instante en que entré por esa puerta y te vi únicamente vestida con esa camisa —jadeé admitiendo que me moría de ganas por tenerla.

Por toda respuesta Celeste acogió mi entrepierna con una mano mientras la introducía en su boca y apreté los puños por el placer que aquello me hacía sentir sin control alguno. Alargué la mano hasta la mesilla para coger uno de los preservativos que allí guardaba y Celeste se apartó levemente para que me lo colocara. La alcé sobre mi regazo y la guie conforme me hundía en ella y sentía la más perturbadora de las emociones. Sus labios emitían sonidos de placer que pronto acallé con los míos devorándola, adentrándome profundamente en ella mientras nos satisfacía a ambos.

Mientras ella se balanceaba aumentando el ritmo mis dedos apretaban su carne diciéndome a mi mismo que estaba devorando la fruta prohibida, porque tanto placer debía ser pecado, solo que no me importaba ir al infierno si ella estaba a mi lado. La alcé levemente para sentir como me hundía más profundamente en su cuerpo y cuando sentí como gritaba habiendo alcanzado el éxtasis mientras se inclinaba hacia atrás conmovida por aquel deleite, me dejé arrastrar por el más puro instinto de satisfacción completa derramándome dentro de ella.

En ese momento no existía nadie más para mí en el mundo que no fuera esa mujer que me volvía completamente loco y que anulaba todos mis sentidos.

—Cada día me sorprendes más —admití paseando mi mano por la piel de su vientre desnudo.

—Me alegro —contestó y abrió los ojos mientras me observaba—. No me gusta ser aburrida.

—Y desde luego no lo eres —dije atrayéndola de nuevo hacia mi para consumir aquel acto besando de nuevo aquellos carnosos, dulces y suaves labios.

La alcé conmigo a la vez que me levantaba del suelo y nos conduje hacia la ducha donde nos enjabonamos mutuamente entre risas y besos. Había sido una noche digna de recordar y dudaba que la olvidara fácilmente de mis recuerdos, estaba seguro de que aquella solo había sido la primera de muchas noches intensas junto a esa mujer, así que cuando las luces se apagaron y la atraje hacia mi cuerpo, me sorprendió que entre la oscuridad su voz dijera aquello.

—Echaré de menos esto.

—¿Echarlo de menos? —pregunté alterado porque por mis pensamientos se cruzó desde el simple hecho que no quería quedarse hasta que ya tenía pensado cuando marcharse.

No sabía si quería escuchar la respuesta, pero quisiera o no, necesitaba oírla.

—Cuándo nos divorcemos y regrese a España —contestó y maldije en mis adentros.

Imaginaba que si decía aquello era porque deseaba regresar, porque no sentía que Liechtenstein era su sitio y, a decir verdad, ¿Qué había hecho para que valorara la idea de quedarse? Aunque había reconocido que lo echaría de menos, ¿Tendría quizá alguna esperanza?, ¿Tal vez había una posibilidad de que ella quisiera permanecer a mi lado? Nada había más que deseara.

—¡Ah! Sí, desde luego —admití tratando no parecer desesperado—. Imagino que desearás regresar lo más pronto posible.

Quería saber si ella deseaba regresar, si solo estaba allí porque yo se lo había pedido cuando en realidad la estaba privando de su vida y su libertad.

—No quiero ser una molestia —admitió y supuse que lo decía por mi madre.

Después de todo ella no le había dado una grandiosa bienvenida que digamos y la había hecho

sentirse incomoda a la más mínima oportunidad, pero eso iba a cambiar a partir de ahora.

—Entiendo —admití mientras no dejaba de pensar que quizá la situación la sobrepasaba y yo me había empeñado en hacer que se quedara. Tenía que decirle que era libre, que si quería podía marcharse, aunque aquello me doliera en el alma, pero no podía obligar a que se quedara si ella no lo soportaba—. Aunque eres libre de marcharte cuando quieras —susurré en voz baja.

«Por favor que diga que no quiere irse. Por favor que de sus labios salga lo que sea, pero que no mencione que quiere marcharse» rogué internamente.

—Lo sé —admitió y sentí como si me quitaran un peso de encima.

Ella sabía que podía marcharse cuando quisiera, pero había decidido no hacerlo y aunque y en ese momento fui consciente de que efectivamente podría perderla con un simple chasquido de dedos.

—Buenas noches, Celeste —dije mientras mis labios rozaban su nuca y mi mente iba mucho más rápido que mi razonamiento.

¿Y si ella fuera ese miembro de la casa real que nos representara? No solamente era la solución perfecta a la situación, sino que de ese modo conseguiría que permaneciera en palacio y descubrir finalmente si me aceptaba o no. Había buena química entre nosotros, saltaba a la vista que nos gustábamos, casi podría jurar que estaba comenzando a sentir algo... tiempo, solo necesitaba tiempo para lograrlo.

—Buenas noches, Bohdan —contestó y conforme más pensaba en la idea más me agradaba la solución.

Me levanté temprano aquella mañana, necesitaba activarme y pensar adecuadamente cada paso que iba a dar respecto a Celeste por lo que, tras ponerme ropa de deporte, observé el cuerpo desnudo bajo las sábanas que había en mi cama y me convencí de que haría todo lo posible para que no quisiera marcharse.

Salí a correr por los alrededores de palacio, hacía tiempo que no lo hacía asiduamente así que cuando regresé fatigado me sorprendió escuchar voces que provenían de mi propia habitación. ¿Es que sucedía algo? Abrí apresuradamente la puerta y observé como el rostro de mi madre parecía sombrío y ofuscado, algo que a lo que ya me tenía acostumbrado.

—Madre, ¿Qué hace aquí? —pregunté llamando la atención de ambas.

Aún no había tenido tiempo de informarla debidamente sobre la nueva situación, pero lo cierto es que ya no me importaba lo que pudiera decir al respecto, era mi vida e iba a elegir yo lo quisiera o no, así que actué con normalidad como si el hecho de que Celeste estuviera allí, fuese habitual y me quité la camiseta antes de que el sudor se enfriara.

—Yo... venía a buscarte para comentarte un par de cosas referentes a tu padre, pero me encontré con... con... ella —contestó mientras la señalaba.

—Esta ahora es también su habitación —dije sin ningún atisbo de duda y alcé la vista hacia Celeste para ver si ella lo objetara, viendo que no, volví la mirada hacia mi progenitora.

—¡Esto es intolerable Bohdan!, ¡Todos hablarán!, ¡No puedes permitir que...

—He dicho que esta también es su habitación. —La interrumpí alzando la voz por encima de la suya dejando claras mis palabras—. No he pedido su opinión, madre. Cuando la necesite se la pediré, pero éste no es el caso.

Esperaba que aquello le hubiera quedado lo suficientemente claro. Ya le había advertido una vez y esperaba que no tuviera que hacerlo una segunda.

—Te esperaré en tu despacho —comentó en voz baja y después se marchó dejándonos a solas.

Supe que insistiría con el tema en privado, pero no pensaba retractarme de mi decisión y

mucho menos pensaba sacar a Celeste de mi habitación.

—¿Estás bien? —pregunté acercándome ahora a ella para cerciorarme de que mi madre no la hubiera hecho sentir incómoda.

¡Justo tenía que suceder eso ahora!, ¡Después de que anoche admitiera que no quería molestar a nadie! Alcé su mentón para que me mirase a los ojos y cerciorarme de que todo estaba bien.

—Si —afirmó algo cabizbaja.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté—. ¿De qué te ha acusado? —insistí porque sabía que debía haberle echo sentir culpable.

—No es nada —contestó ladeando el rostro.

—Dímelo —dije de nuevo.

—Cree que yo te drogué para casarme contigo aquella noche —mencionó y todo mi cuerpo se tensó al oírlo.

¿La acusaba a ella de drogarme a mi?, ¡A mi!, ¡Cuando yo era precisamente el que se había aprovechado de la situación!

—Eso es absurdo —bramé llevándome una mano a la cabeza ante aquella acusación.

—Me basta con que tú no la creas —dijo dulcemente.

¿Crearle?, ¿Cómo iba a creerlo si sabía exactamente qué ocurrió?

—¡Por supuesto que no la creería! —grité y me volví hacia ella acercándome de nuevo. Solo deseaba que ella estuviera bien, que no se marchara, que se quedara a mi lado para siempre—. No dejes que ella te afecte —rogué mientras mis dedos acariciaban la piel de su rostro.

«No dejes que ella nos separe» rogué internamente.

—No lo hará —admitió y atisbé una sonrisa.

Celeste era más fuerte de lo que imaginaba y sabía perfectamente que cualquier otra persona en su misma situación ya se habría marchado. No tenía motivo alguno para quedarse salvo ayudarme a preservar aquella supuesta farsa matrimonial y a pesar de que ella no ganaba nada, a pesar de que no tenía porque hacerlo, allí estaba, no solo regalándome su tiempo, sus risas y su humor entrañable, sino concediéndome algo que para mi no tenía precio; la magia que me hacía sentir cuando estaba a mi lado.

—Tengo que ducharme —dije mientras unía mi frente a la suya admitiendo que no deseaba separarme.

—¿Y no me invitas? —exclamó con diversión y di gracias a Dios porque su humor no se hubiera marchitado.

—Tú siempre eres bienvenida.

Aunque no me agradaba la idea, fui hasta mi despacho para reunirme con mi madre donde parecía estar esperando de forma impaciente. No me extrañaba si tenía en cuenta que había descubierto que Celeste se alojaba en mis aposentos y que probablemente llevaba esperando casi una hora.

—Usted dirá, madre —dije ahora con la ropa de vestir adecuada y caminando ligeramente hacia la silla que ocupaba tras la mesa robusta.

—¡Que metas a esa mujer en tu cama es intolerable, Bohdan! —gritó histérica.

—Quien meta o deje de meter en mi cama es asunto mío, madre. Creo que tengo edad suficiente para decidir por mi mismo con quien deseo o no acostarme —solté claramente dejándola completamente absorta.

—¡Es una campesina! —gritó.

—¡Tenga cuidado con lo que dice porque está hablando de mi esposa! —grité aún más alto.

—No puedo creer que hayas perdido la razón de ese modo. ¿Qué crees que pensará Annabelle cuando se entere? —gimió ofendida.

—Ni me importa lo que piense ella, usted o el palacio entero. Para todos ella es mi prometida, así que dudo sinceramente que se extrañen—admití como si aquello fuera normal.

—¡Te lo prohíbo! —profirió y casi quise reírme ante ello.

—¿Me lo prohíbe?, ¿De verdad cree que diciendo eso la voy a echar o simplemente le diré que se marche? —bufé de forma irónica—. ¿De verdad cree que tiene autoridad en mis asuntos personales? —gemí frunciendo el ceño.

Era la primera vez que le hablaba de esa forma y no me sentía culpable por ello. Había tenido que llegar Celeste a mi vida y descubrir lo que era realmente querer a alguien para tener el valor suficiente de enfrentarla.

—¡Esa mujer te ha drogado! —chilló.

—Que sea la última vez que acusa a mi esposa de algo así. Se lo advierto, me estoy cansando de esta guerra que ha orquestado contra ella y se lo voy a dejar muy claro, o esto se acaba, o renuncio a la corona. Usted elige.

—No puedes estar hablando en serio, Bohdan —admitió con tez pálida.

—Póngame a prueba y comprobare que estoy hablando completamente en serio.

Ya estaba cansado, cansado y agotado. Si había algo por lo que merecería la pena luchar, esa era Celeste y no estaba dispuesto a que nada ni nadie se interpusiera entre nosotros, menos aún mi propia madre.

Para mi propia incredulidad no insistió, sino que pareció meditar la situación y se limitó a contarme aquello que en un principio teníamos que hablar referente a mi padre, como el hecho de que en un par de días le darían el alta, pero que debía hacer reposo absoluto en casa, por lo que no podíamos determinar hasta cuando debía relevarle de sus funciones.

Tal vez la situación se había dado de algún modo oportuna para que mi madre se sintiera más presionada a coaccionar, pero al menos tenía la serena tranquilidad de que dejaría en paz a Celeste y de que ésta ya no supondría un obstáculo entre nosotros, al menos eso esperaba.



---

---

## VEINTISEIS

---

---



Aunque todo parecía estar volviendo a la calma tras el incidente de mi padre, saber que ya estaba en casa a pesar de tener que guardar reposo absoluto nos había tranquilizado a todos. Annabelle parecía haberse instalado a pesar de que por todo el palacio se sabía que Celeste dormía en mis aposentos, pero intuí que su visita solo era debida a hacerle compañía a mi madre y a la familia.

En aquella ocasión había monopolizado el desayuno contando uno de sus muchos viajes y lo espléndidos que éstos habían sido.

—¡Oh!, ¡Podríamos ir todos!, ¡Estoy segura de que el tío Maximiliano descansaría muchísimo allí!, ¡Puedo organizar el viaje para dentro de dos semanas! Así os dará tiempo a organizaros, ¡Será estupendo! —gritó Annabelle

—No lo creo Annabelle, los padres de Celeste vendrán en esa fecha —dije a pesar de que la idea de estar en una isla paradisíaca con Celeste me tentase, solo que si había más compañía ya no era tan agradable, menos aún si estaba ella.

—¿Vendrán sus padres? —contestó sorprendida y con cierto estupor en su rostro.

—Sí, yo mismo les invité a venir —asegué por si lo dudaba.

—¿Y tu madre está de acuerdo en eso? —exclamó con cierto tono que exasperó hasta el último límite de mi paciencia, así que tuve que apretar los puños para controlarme.

¿Tan evidente era que mi madre trataba de dominarnos a todos? Pues bien, eso se había acabado y ella sería la primera en corroborarlo.

—Son mis invitados y no creo que deba pedir permiso a la reina para ello —asegué firmemente.

—Pues a mí no me parece correcto que unos completos desconocidos vengan a este lugar sin tener idea de si son delincuentes —mencionó y por un momento pensé que no había podido decir lo que mis oídos acababan de procesar.

¿Había llamado a los padres de Celeste delincuentes y ni tan siquiera les conocía o sabía algo sobre ellos? Aquello era insultante.

—A mí tampoco me parece correcto que cada vez que abras la boca suba el pan y no me quejo —contestó Celeste y casi había olvidado que mi pequeña morena se defendía con uñas y dientes.

—¿Qué? —exclamó Annabelle y observé como Margarita parecía atónita a lo que estaba sucediendo.

—Que será mejor que te dediques a ver el tiempo, así tendrás algo *interesante* que decir en una conversación —contestó Celeste y me tuve que morder el labio para no reírme ante la gran verdad que acababa de decir.

—¡Cómo te atreves! —chilló Annabelle alzando el cuchillo con el que estaba untando la mermelada—. ¡Bohdan!, ¡Tú has escuchado cómo me ha insultado! —bufó esperando ayuda.

—Creo que tu lo hiciste primero, Annabelle —dije tratando de parecer sereno.

—¿Yo? —gritó ofendida.

—Creo que no estás en disposición de hablar de personas que desconoces, menos aún si tienes en cuenta que son la familia de mi prometida —dije reprochándole y haciéndole constar que no me había agradado su comportamiento.

—¡Ella no es tu prometida realmente! —exclamó haciendo caso omiso de lo que acababa de decir, como si lo único que le importara fuese que aquello no era real.

Pues es real, querida prima. Tan real que te lo voy a recalcar.

—Eso es cierto —contesté con calma—. Es mi esposa.

Ya me estaba cansando de aquel juego entre mi madre y ella. Quería que le quedara lo suficientemente claro que mi interés era por y para Celeste. Me daba igual lo que creyeran, yo tenía muy claro cuáles eran mis sentimientos.

—Según tengo entendido, será por poco tiempo ¿no? Hasta que la prensa se calme y todo este lío se arregle —sugirió Annabelle y no me pasó inadvertido que su tono de voz era mucho más cauto y sereno, rozaba lo apacible, al contrario que instantes antes.

Si por mi fuera no iba a ser por poco tiempo, pero la cuestión es que ella no tenía nada que ver en ello, ni debía ser su interés preocuparse por un asunto que en nada la atañía.

—Independientemente del tiempo que sea, no creo que ese asunto sea de tu incumbencia Annabelle —dije cogiendo la taza de café y terminando de vaciar su contenido de un solo sorbo—. Me marcho, debo discutir unos asuntos en privado con la reina.

Tenía asuntos que discutir con mi madre más tarde, pero lo cierto es que mi prima había conseguido sacarme de mis casillas, solo esperaba que a Celeste le hubiera quedado claro que mi interés por Annabelle era nulo.

Regresé de inmediato a mi despacho y comprobé que tenía un paquete sobre la mesa. Abrí la caja y mi corazón se aceleró velozmente; eran las invitaciones de boda para el veinte de octubre tal como había anunciado que sería. Desplegué la elegante invitación en color crema y dorado, pese a no haber elegido el tipo de invitación tenía que admitir que eran preciosas o quizá tenía algo que ver el hecho de que el nombre de Celeste estuviera junto al mío inscrito y resaltado en el centro.

Sabía que no podía enseñárselas a Celeste sin responder demasiadas preguntas, pero de algún modo quería que llegado el momento ella supiera que aquello era de verdad, que no se trataba de disimular una apariencias, que para mi siempre había sido verdadero y antes de darme cuenta estaba escribiendo una breve carta mientras me preguntaba que sucedería desde ese día hasta la fecha que la invitación citaba.

¿Habría podido descubrir ella la verdad?, ¿Seguiría en palacio?, ¿Se habría ido definitivamente?, ¿Le habría confesado que la amaba profundamente? Con todas esas preguntas rondando mi mente quise ser breve y conciso, pero que ella entendiera sin ningún atisbo de duda que deseaba realmente casarme con ella.

*«Para mi siempre fue real y nunca tuve la intención de permitir que te marcharas. Desde el*



*mismo momento en que contemplé esos ojos celestes supe que eras la indicada.*

*Sea cuál sea tu respuesta, te estaré esperando mañana a la hora citada, deseando saber si estás dispuesta a pasar el resto de tu vida a mi lado, porque yo no tengo ninguna duda de que quiero pasar el resto de la mía contigo»*

Sellé aquel sobre con esa breve nota y la invitación de boda. Aún recordaba la promesa que Celeste me había hecho de camino a casa de sus padres, le había pedido que hiciera algo por mí y que se comprometiera a hacerlo, ese momento había llegado... hoy mismo le entregaría aquella carta para que la abriera un día antes de la ceremonia y que acudiera al lugar y hora indicadas independientemente de lo que sucediese de aquí a esa fecha. Tal vez para entonces me odiara o quizá por alguna extraña razón me amase como yo la amaba, pero necesitaba que ella supiera que todo había comenzado mucho antes.

En cuanto escribí diecinueve de octubre en el reverso del sobre, escuché el sonido de la puerta y abrí el cajón que tenía a mi derecha para guardarlo al mismo tiempo que escondía la caja con el resto de las invitaciones.

—Adelante —pronuncié en voz alta sabiendo quien venía a visitarme.

Mi madre entró de inmediato y comprobé que lucía bastante bien a pesar de nuestras pequeñas diferencias en los últimos días.

—He estado pensando detenidamente y creo que tengo la solución perfecta al problema. Margarita aún es muy joven para asumir algunos cargos y yo tengo que quedarme vigilando a tu padre —mencionó como si mi padre fuera a escaparse o algo similar, pero la dejé hablar para ver que gran idea se le había ocurrido—. Podríamos aprovechar que Annabelle está aquí y que ella es de la familia para que acuda a algunos actos benéficos en representación. Ella está capacitada para...

—No —negué en rotundo—. Sabía perfectamente hacia donde se dirigían sus pensamientos y me negaba por completo—. Ya he pensado en ello y será Celeste quien asuma ese cargo. Es lo que el pueblo espera, no a una prima lejana que nos visita de vez en cuando.

—¿Ella?, ¿Vas a comparar a...

—Ella —irrupí antes de que dijera algo que me hiciera irritarme de nuevo—. Y antes de que te opongas o digas algo al respecto, te advierto que ya mencioné que sería capaz de renunciar a la corona si es necesario.

—No puedes estar hablando en serio, ¡Ella no es nadie! —gritó.

—Es mi esposa por si no lo recuerda —aseguré.

—Las cortes jamás aprobarían ese matrimonio... —bufó cruzándose de brazos.

—Eso no cambia que sea mi esposa actualmente —contradije como si no me importara lo que las cortes dijeran o no y ciertamente para cuando se enterasen, esperaba haberme casado ante la iglesia y mi país con ella.

—Está bien —admitió y eso me produjo cierta confusión. ¿Cedería finalmente? —. Tú mismo te darás cuenta cuando se exponga públicamente que no está preparada para lo que pretendes hacer de ella. Se hundirá por sí sola y solo podré decir que te lo advertí a pesar de que no quieras hacerme caso.

Bien. Dudaba que Celeste me decepcionara o me ofendiera, podía equivocarse, pero cometer errores está en la naturaleza humana y yo mejor que nadie iba a comprender que ella no había nacido bajo nuestras estrictas normas y dictámenes, así que, si esperaba que en algún momento aquello iba a molestarme, es que no me conocía lo suficiente.

—Lo que usted diga madre —contesté solo por no discutir más sobre aquel tema—. Y eso me recuerda que dentro de dos semanas la familia de Celeste se alojará unos días en el palacio, así que solo espero que les trate con la cortesía y amabilidad que se espera de la reina vigente.

Su rostro pasó a ser del blanco a un rojo intenso que supuse sería de completa furia.

—¡Esto es el colmo! —gritó—. ¿No solo la traes a ella sino que ahora pretendes meter aquí a toda su familia?, ¡No quiero a esa gentuza en mi casa!

Respiré hondo y apreté los puños para no dar un golpe sobre la mesa.

—Pues tendrá que buscarse otro lugar para hospedarse, porque ellos vendrán y se quedarán en el palacio. Es más, se alojarán en las mejores habitaciones como invitados honorables —dije pacientemente.

—Te has vuelto loco... definitivamente no piensas razonadamente, ¿Qué sabes de esa gente?, ¡Son incultos por el amor de Dios!

—Me avergüenza ser su hijo, madre —dije retándola con la mirada y en ese momento ella alzó la vista aprensiva—. ¿Qué sabe sobre esas personas para hablar así?, ¿Las conoce para juzgarlas de ese modo? Porque le aseguro que yo sí y son mucho más honradas, humildes y serviciales de lo que usted ha demostrado ser.

No supe si aquellas palabras ahondaron en ella o si por el contrario había sido una ofensa a su persona, pero no iba a consentir que hablara de ese modo sobre la familia de Celeste juzgándola sin siquiera conocerlos.

—Yo no... —comenzó a balbucear sin llegar a decir una frase completa.

—Solo se lo diré una vez y espero que sea suficiente. Si por alguna razón esas personas se sienten ofendidas por alguno de sus comentarios o se atreve a menospreciarles simplemente por su condición social, le aseguro que será la última vez que me verá, porque me avergonzaré tanto que no desearé volver a verla.

Sus ojos brillaban con cierta aprensión, pero no iba a retractarme... tal vez necesitara escuchar aquellas duras palabras para que entendiera que no podía tratar así a todo el mundo solo porque fuera la reina de Liechtenstein.

—Está bien —dijo finalmente mientras su rostro a pesar de estar altivo miraba hacia otro lado—. Solo espero que algún día te des cuenta de lo que estás haciendo Bohdan y de que lo único que pretendo es velar por tu propio bienestar.

Se levantó apresuradamente y caminó hacia la puerta.

—Sé que quiere lo mejor para mi, pero quiero que comprenda que soy yo quien tomará las decisiones sobre lo que a mi respecta de ahora en adelante —afirmé esperando que lo comprendiera y en cuanto abrió la puerta escuché las voces de Celeste y Margarita que caminaban por el pasillo.

El grito de mi madre reprendiendo a Margarita pidiendo explicaciones del porqué no estaba en sus clases atrajo la atención de ambas que se habían detenido frente a la puerta, así que aproveché la situación para exponer a Celeste mi plan de ataque, solo que ella no tendría la más mínima idea de que aquello solo era una estrategia para retenerla un poco más en palacio.

—Celeste, ¿Tienes un minuto? —pregunté llamando su atención desde mi mesa.

—Desde luego —dijo acercándose a la puerta.

—Cierra la puerta y siéntate, por favor —contesté algo nervioso y observé como aquella perfecta figura contorneaba sus caderas envuelta en aquel vestido de tonos suaves mientras se acercaba.

«Dios... que ganas tenía de que llegara la noche para volver a tenerla entre mis brazos» gemí

interiormente.

—¿Se trata sobre la visita de mis padres? —preguntó y pensé porqué habría pensado que podría tratarse de eso, pero recordé la conversación durante el desayuno y me imaginé su preocupación.

—No —negué—. Lamento si te has sentido ofendida con lo que mencionó Annabelle durante el desayuno, pero mantengo mi postura con respecto a su visita. Además, dadas las circunstancias creo que te vendrá muy bien que vengan a visitarnos —corroboré teniendo en cuenta que le iba a dar funciones propias de la futura reina. La visita de sus padres solo corroboraba que aquello era de verdad y que aquel compromiso era real.

—¿Qué circunstancias? —exclamó alzando una ceja que interpreté como señal de confusión.

—Eso es lo que quería contarte y es por lo que te he hecho entrar —admití y sentí como mis manos temblaban, así que para camuflarlo comencé a apartar algunos papeles que había sobre mi mesa esperando tranquilizarme de ese modo—. Mi padre no podrá desempeñar sus funciones como legítimo rey del país dado su estado, por tanto, yo deberé asumir sus responsabilidades en su ausencia y eso me dejará poco margen de tiempo libre.

—Quieres decir que te ausentaras de palacio y que pasaré días sin verte —aseguró y aunque eso tenía parte de verdad, por suerte las obligaciones de mi padre requerían pasar más tiempo dentro del país.

—Así es, aunque principalmente estaré en el país, es probable que se requiera de tu presencia en algunos actos oficiales a los que deberás acudir sola en representación de la familia como mi prometida —dije ahora tratando de observar su rostro y esperando que acogiera la noticia de buen grado para no negarse en rotundo.

—Hasta ahora no he debido hacerlo —comentó en voz baja—. ¿Es conveniente teniendo en cuenta que me iré dentro de...

No quería que dijera cuando se marchaba, así que la irrumpí antes de que finalizara.

—No te preocupes por eso —aseguré—, pero no te lo pediría si no fuera porque necesito tu ayuda Celeste.

Realmente la necesitaba, aunque no admitiera que solo deseaba que se quedara más tiempo. Tenía que encontrar la manera de retenerla, de hacerle ver que juntos podíamos construir un futuro y ser felices. Deseaba que ella me correspondiera del mismo modo en que yo lo hacía y en sus ojos cada día atisbaba que aquello no era un sueño, sino que era posible.

—Claro —contestó finalmente—. Lo haré lo mejor que pueda —admitió con un leve entusiasmo que me agradó profundamente.

—Gracias —dije quitándome un gran peso de encima y vi que era el momento oportuno para darle aquella carta que acababa de sellar tan solo unos momentos antes—. Hoy mismo te darán la programación de tu agenda social y no tienes nada que temer puesto que siempre estarás acompañada y te prepararán los discursos que deberás dar —dije sabiendo que mi asistente ya había organizado la programación para la persona que asumiera dicho cargo—. Hay algo más —admití rozando el sobre con mis dedos y aterrado de que por alguna razón ella pudiera abrir su contenido antes de lo indicado, pero tenía que correr el riesgo.

—Te escucho —contestó animadamente.

—¿Recuerdas la promesa que me hiciste cuando fuimos a visitar a tu padre al hospital? —exclamé tratando de que ella lo recordara—. ¿Que cuando yo te pidiera algo lo harías sin más? —añadí esperando que ella evocara el recuerdo.

—Si —contestó para mi sorpresa sin necesidad que le dijera más detalles.

—Pues bien —dije sacando al fin el sobre y depositándolo frente a ella—. Necesito que abras este sobre en la fecha que hay indicada en su reverso y acudas al lugar citado a la hora fijada —afirmé de forma expresa—. Necesito que me des tu palabra de que no lo abrirás hasta ese momento —insistí haciendo hincapié—. Es muy importante que no leas su contenido hasta ese preciso día Celeste —reiteré por si no me había comprendido del todo.

Observé como Celeste cogía el sobre y lo miraba detenidamente, le daba la vuelta e imaginaba que leía la fecha que yo acababa de escribir de mi puño y letra. Por alguna razón sabía que ella cumpliría la promesa, aunque le intrigara su contenido, pero si algo había comprobado en todo ese tiempo es que a pesar de ser impaciente, su honradez lo superaba.

—Te lo prometo —pronunció finalmente y solo me quedaba esperar que aquellos tres meses que faltaban para esa fecha fueran suficientes.

Estaba agotado, literalmente agotado cuando llegué al palacio y fui dando tumbos hasta mi habitación. Solo quería dormir durante al menos seis horas seguidas, aunque tuviera en mente que el día siguiente fuera igual de intenso que este. A pesar de saber lo que me iba a esperar en estas semanas, el agotamiento físico y mental era evidente, no solo estaba cumpliendo mis obligaciones propias, sino que a eso había añadido las funciones principales de mi padre, por lo que el tiempo no daba más de sí en mi apretada agenda.

Al menos había algo bueno de todo aquello y es que dormía cada noche en el palacio ya que sus atribuciones eran siempre de estado, por lo que no tenía que ausentarme largas temporadas como anteriormente. Eso era el único aliciente para seguir con aquello, saber que en mi cama me esperaba una diosa de ojos celestes y ahora que había aceptado representar algunos actos como futura princesa de Liechtenstein, tenía cierta tranquilidad al saber que no solo no se marcharía de inmediato, sino que ella misma podría ver cuáles serían sus funciones si decidía quedarse a mi lado.

Esperaba con aquello que de algún modo no fuera un suplicio para ella, sino que con su naturalidad para afrontar las cosas lo haría a su manera y definitivamente estaba convencido de que el pueblo la amaría como yo lo hacía. Entré en la habitación sin llamar previamente y aguardé al comprobar que Celeste parecía estar hablando por teléfono con su madre ya que la palabra *mamá* se escuchó perfectamente con aquel acento español que me encantaba oír procedente de su voz.

—¿Se encuentran bien? —pregunté al notar que se despedía y parecía haber colgado.

Había comenzado a desvestirme pensando que podría tomar una ducha mientras ella terminaba de conversar con su familia.

—¿Mis padres? —exclamó—. Si, están bien, solo me había llamado para saber que tal estaba.

—¿Y qué tal estás? —pregunté sabiendo que tendría su primera presentación al día siguiente.

Sentí el tirón de espalda cuando me quité la camisa y gemí de dolor. Eran demasiadas horas sentado en la misma posición y aquello estaba comenzando a pasar factura.

—Bien, algo nerviosa por lo de mañana, pero estoy bien, ¿Te ocurre algo? —Su voz era de preocupación, pero no quería darle importancia ya que estaba seguro de que con una ducha caliente y unas horas de sueño se solucionaría.

—Seguro que lo haces muy bien —dije encarándola y sonriendo dulcemente—. Sé que lo vas a hacer muy bien —rectifiqué porque no dudaba de que ella era capaz de impresionar a todos como me había impresionado a mi.

—Gracias, pero no me has contestado, ¿Te ocurre algo? —preguntó y supuse que no lo dejaría pasar. Saber que se preocupaba más por los demás que por ella misma era algo a lo que no me

terminaba de acostumbrar.

—Solo me duele un poco la espalda, nada que no quite una buena cama y unas cuantas horas de sueño.

No quería que se preocupase por nada, otras veces había sentido aquel dolor y solo era señal de demasiadas horas de trabajo sin un buen descanso.

—Venga, ve a ducharte que te daré un masaje —contestó apresuradamente y aquello fue como música para mis oídos.

Un masaje dado por esa diosa andante era como el paraíso ahora mismo.

—Eso suena estupendo —aseguré mientras me acercaba a ella y noté como sus brazos se colaban por mi cuello para acercarme a sus labios.

Si la besaba un segundo más no iba a retirarme, así que me separé bruscamente para irme directamente a la ducha y quitar esa sensación de pesadez que arrastraba de todo el día.

—Dame dos minutos y estoy contigo de nuevo —aseguré mientras me desvestía apresuradamente y me perdía dentro del baño.

Mis ganas por ella estaban superando muy por encima aquel tentador masaje, así que en cuanto me quité la toalla y me puse la ropa interior, salí de inmediato para perderme en aquel cuerpo de pecado solo que antes de acercarme a ella me ordenó que me tumbara sobre la cama boca abajo.

Vi que ya parecía estar preparada para aquel masaje así que le hice caso, aunque en ese momento sentí cierto pesar, en realidad no tendría porque hacer aquello, estaba seguro de que se me pasaría con unas cuantas horas de sueño.

—No hace falta que...

—Cshh —interrumpió provocando que guardase silencio mientras ella se sentaba sobre mi espalda—. Hace años hice un curso de masajes con una amiga, ella quería sorprender a su chico y le daba vergüenza ir sola, por lo que la acompañé ya que el resto de mis amigas eran más tímidas para ir.

Su voz era melodiosa teniendo en cuenta el cansancio que acumulaba, pero me sorprendió que sus amigas no fueran a un curso de masajes solo por ser tímidas.

—No sabía que había que ser atrevido para aprender a dar masajes —admití cuando vi que ella parecía esperar una respuesta por mi parte.

—No hace falta. Imagino que no... —contestó haciendo que su voz se perdiera—. Es que era un curso de masajes eróticos —añadió al mismo tiempo que sus manos calientes se posaron sobre mi espalda.

Aquello me causó un efecto de shock inmediato.

—¿De masajes eróticos? —pregunté completamente excitado.

La idea de imaginarme a Celeste vestida con algún tipo de prenda interior provocativa y haciendo no se qué cosas sobre mi cuerpo hizo que tuviera una excitación inmediata.

—Sí —jadeo acercándose a mi oído y aquello no ayudaba en nada—, pero quizá ponga en práctica otro día todo lo que me enseñaron... ahora estás demasiado cansado para mostrártelo —admitió y pareció alejarse.

Realmente estaba agotado, pero podía asegurar que para eso no lo estaba.

—Estoy cansado, pero no sé si tanto como para renunciar a eso —admití sintiendo la adrenalina en mi cuerpo rebosante.

—Estás agotado —afirmó—, pero hagamos un trato; hoy dormirás más de seis horas y mañana te daré el masaje más sensual que te hayan dado en toda tu vida. —Su voz era tan sexy y suave que tuve que jurar en mis adentros para no darme la vuelta y hacerla mía, pero que tenía razón. Estaba

cansado y dudaba que mi cuerpo fuera a responder del modo que lo hacían mis pensamientos.

Me giré parcialmente porque necesitaba verla de frente para que me lo prometiera.

—¿Es una promesa? —inquirí.

—Es un hecho —contestó tan cerca que no pude evitar alzarme y atrapar aquellos labios.

Tal vez aquella noche no tuviera una noche excitante, pero estaba seguro de que la tendría al día siguiente. Así que por primera vez en varios días me iba a obligar a dormir al menos ocho horas seguidas.

Sus manos eran tan suaves que parecían terciopelo acariciando mi espalda, no tardé en entrar en un sueño ligero hasta que sentí su cuerpo a mi lado y la atraje para sentir su calor.

—Me gusta tenerte cerca de mí —admití no siendo consciente de si estaba del todo despierto o ya estaba soñando con ella—, siempre quiero tenerte cerca de mí.

Ella me daba esa calma que necesitaba. Su calor era como sentirme verdaderamente en casa y lo cierto es que conforme más tiempo pasaba junto a ella, más sentía que la necesitaba.

Abrí los ojos a la mañana siguiente y aprecié la suave luz que se filtraba a través de las cortinas blancas. Aún era temprano y tenía tiempo para quedarme un poco más en la cama. Me sentía descansado y nuevo, como hacía varios días que no estaba y lo cierto es que se lo debía a ella que me había obligado a descansar más de lo que yo mismo me permitía. Me incorporé levemente mientras dejé reposar la cabeza en mi mano para observarla, era tan preciosa que casi no podía creer que una mujer así existiera. Quizá solo fuera lo que me provocaba el que la viera tan hermosa a mis ojos, pero me perdía en cada curva de su cuerpo y cada gesto de su rostro.

Podía contemplar su espalda desnuda, aquel cabello oscuro reposando en cascada sobre la almohada en leves ondas, la tez blanquecina de su cuerpo parecía tan suave como el nácar y solo deseaba que llegase de nuevo la noche para volver a tenerla en mi cama a pesar de que aún no me hubiera levantado.

Vi como se movía ligeramente y supe que se había despertado.

—Buenos días, princesa —dije suavemente para no asustarla, aunque ella se giró sorprendida como si no esperara encontrarme en la cama todavía.

—Buenos días —contestó con una dulce sonrisa.

—Creo que esta noche tienes que cumplir una promesa —dije acercándome a ella.

—Te dije que era un hecho —afirmó y eso me congratuló aún más.

—Mejor —mencioné acercándome a su cuello y probando con mis labios su piel—, porque me muero de ganas de que me enseñes todo lo que aprendiste en ese curso —admití muriéndome de ganas por descubrirlo y mordí el lóbulo de su oreja suavemente para saciar mi apetito.

—Pues... espero no decepcionarle su excelencia —jadeó y apresé su cintura con una de mis manos para acercarla a mí.

—Tú nunca me decepcionas —aseguré—. Nunca —insistí para que eso le quedara confirmado.

Si había algo que podía haber comprobado en todo este tiempo es que cuando se involucraba en algo, lo hacía con todo su empeño para dar lo mejor de sí misma. Lo había hecho en el baile de aniversario sorprendiéndonos a todos, en sus clases de protocolo para sentarse a la mesa ya que había observado que ya no se equivocaba de cubierto y aún más cuando a mi padre le dio aquel infarto y ella le había salvado la vida. Había visto los últimos días como se había preocupado de aprender aquel discurso precisamente estar a la altura a pesar de que no ganaba nada en ello.

No, decepcionarme era algo que no se aplicaba a Celeste Abrantes, solo podía sentirme orgulloso por cada uno de sus actos.

Por desgracia fuimos interrumpidos por alguien que llamaba a la puerta, así que me levanté y

pregunté quien era mientras me colocaba el primer pantalón que tenía a mano.

—Príncipe Bohdan, traigo el atuendo de la señorita Abrantes —contestó uno de los sirvientes y me giré hacia Celeste para que se metiera en el baño y no pudieran verla desnuda.

La diversión se había acabado, ahora tocaba enfrentarse a un día lleno de compromisos con el único convencimiento de que cuando finalizara la jornada una masajista sexy me esperaba en la cama.



---

---

VEINTISIETE

---

---



**A**cababa de salir de una reunión cuando me vi abordado por mi asistente Frederick, pensé que solo iba a informarme de algún inesperado contratiempo de última hora al juzgar su rostro contrariado y lo suficientemente reticente para pensar que me diría algo que no me agradaría en absoluto.

—Disculpe alteza, pero creo que debe ver esto. No ha sido posible evitarlo y se ha infiltrado por todas partes. Está en todas las cadenas de televisión locales, nacionales e internacionales. En las redes no se deja de hablar de ello —aseguró mientras me pasaba su iPad y pulsaba el botón donde podía ver como Celeste parecía hablar con una mujer y una niña pequeña cuyo aspecto desmejorado indicaba que parecían vivir en la calle.

Cuando vi como Celeste se descalzaba y entregaba aquellos zapatos a esa niña que no dejaba de mirarla asombrada y después sonreía, una especie de sentimiento sobre cogedor me dejó sin palabras. El video finalizaba cuando ella caminaba descalza hasta el vehículo oficial y se marchaba.

—Recupera esos zapatos y asegúrate de que esa mujer y su hija reciban una compensación por ellos que les asegure su futuro —contesté evaluando como podría haber interpretado el pueblo aquello, seguramente en todas partes se hablaría que en lugar de dar comida a esa pobre mujer y su hija, les daba zapatos caros que no les servirían—. Necesito que contengas a la prensa si es necesario.

—Alteza... —mencionó Frederick en voz baja y pensé que probablemente habrían convertido aquel acto sin mala fe en contra de ella—. La prensa la ha bautizado como la princesa del pueblo. Al parecer todas las niñas claman por tener unos zapatos como los de la futura princesa y ya se han agotado los ejemplares de ese modelo en todas las tiendas, de hecho hay lista de espera —confirmó Frederick provocando mi sorpresa—. En cuanto a su petición de recuperar ese par de zapatos, me temo que alguien se le ha adelantado.

¿Alguien se me había adelantado y ya había adquirido ese par de zapatos?, ¿Quién podría estar interesado? Ciertamente había alguien lo suficientemente fascinado en ella para haberlo hecho tan rápido y no sabía si sentirme complacido o celoso, quizá una mezcla de ambos.

—¿No han criticado su gesto? —pregunté pensando que conociendo a los medios, debía haber algún periódico o cadena de televisión que suscitara la malicia.



—No alteza, un periodista trató de desprestigiar a la futura princesa diciendo que en lugar de comida o dinero le había dado unos zapatos usados, pero cuando se ha conocido el valor ofrecido a cambio de estos, se ha hecho tan viral que ya no tiene argumentos con los que rebatir su declaración —contestó Frederick—. Si me lo permite alteza, creo que lo que lo que más ha impactado al pueblo no es que le regale unos zapatos caros, sino que para hacerlo ella ha caminado descalza y eso ha hecho que la gente la vea mucho más humana a la vez que cercana.

—La adoran... —susurré y una especie de emoción arrolladora me abrumó insólitamente.

Y pensar que solo ha necesitado un día para actuar como futura princesa ante el pueblo de Liechtenstein para que todos vean lo increíble que era.

—Si —afirmó Frederick—. La gente ya se refiere a ella como su princesa, alteza —admitió con cierta sonrisa cómplice y eso me agrado en sobremanera.

Había deseado que la quisieran, que la adorasen para que llegado el momento las cosas para ella fueran más fáciles, pero ni tan siquiera había sido necesario un plan de estrategia, ella sola se había encargado de hacerle ver al mundo lo valiosa que era.

—Gracias Frederick —dije devolviéndole el iPad y deseando que aquel día terminase para demostrarle a esa mujer cuanto la apreciaba.

En cuanto se abrieron las puertas de palacio y me adentré en este, fui directo hacia mis aposentos, pero fue imposible esquivar la figura de la reina Margoret que parecía estar esperándome de brazos cruzados y con el rostro lo suficientemente enfadado para comprender que aquella conversación no sería fácil.

—¡Hasta que apareces! —exclamó plantándose frente a mi y resoplé porque no me apetecía mantener esa conversación.

—A diferencia de ti madre, tengo una agenda extremadamente apretada que cumplir por si no lo recuerda. Estoy cansado, a menos que sea algo urgente le agradecería que lo discutiéramos mañana.

No estaba cansado, pero ansiaba llegar a mi habitación por dos cosas; la primera es que quería besar y transmitirle el orgullo que sentía a esa mujer que me esperaba y la segunda es que aún tenía muy presente la tentación viviente de ese masaje erótico que me aguardaba.

—¡Por supuesto que es urgente!, ¿Por qué crees que estaría esperando en medio de este pasillo si no fuese algo urgente?

Me crucé de brazos y alcé la vista para mirarla fijamente.

—Está bien, ¿De qué se trata? —dije metiéndome las manos en los bolsillos y aunando toda la paciencia que me había sido otorgada.

—¿De verdad necesitas preguntarlo?, ¿Es que no has visto el ridículo al que nos ha expuesto esa campesina que tanto te empeñas en defender? —exclamó con los ojos llenos de ira—. ¡Te lo dije Bohdan!, ¡Te dije que seríamos el hazmerreír de todas las familias monárquicas!

—Lo único que sé es que todos parecen adorarla —aclaré tranquilamente—. Muy al contrario de lo que usted parece pensar, el efecto que ha causado su acto de bondad la ha convertido en alguien cercana y la aclaman como su princesa.

—¡Tonterías!, ¡Todo el mundo la ha visto caminar descalza por el amor de Dios!, ¡Es una vergüenza! —gritó como si el resto de repercusión no le importara.

—Creo que la única avergonzada es usted, madre. El pueblo no opina lo mismo, la prensa no opina lo mismo y desde luego yo no opino lo mismo, si no es capaz de ver eso, es que tiene un serio problema —indiqué mientras pensé que esa conversación estaba finalizada y avancé sin esperar una respuesta.

—¿Crees que no se que has pagado una cantidad elevada por esos zapatos para que la gente hable bien de ella?, ¿Piensas que con dinero arreglarás cada bochornoso suceso que ella cometa? —inquirió cuando pasaba por su lado y sonreí de lado pensando que por más que lo intentase, no iba a aceptar a Celeste fácilmente.

Creí que en algún momento cambiaría, se daría cuenta del valor que Celeste tenía, pero ni tan siquiera salvándole la vida a mi padre había logrado que contemplara la posibilidad de que se quedase. Tenía muy clara cual era mi elección si tenía que elegir, de hecho, ya la había hecho hacía bastante tiempo, aunque no me lo hubiera planteado.

—Para su información no he sido yo —aclaré sin mirarla—, pero sé que, aunque se lo reitere no me creería así que no perderé el tiempo en intentar convencerla, solo le haré una recomendación y si no quiere escucharme, no lo haga —advertí con cierto pesar—. Si continua por este camino terminará quedándose sola, así que usted decide como desea que acabe esta historia.

No obtuve respuesta, aunque tampoco la esperaba, sino que me dirigí directamente hacia mi habitación anhelando encontrar a esa mujer de ojos celestes, a mi mujer, a mi esposa, a mi amante.... A mi princesa.

Entré con tanto ímpetu que empujé la puerta sin medir la fuerza ejercida y escuché tras de mi un sonoro portazo. No me importaba... yo solo quería besarla.

—Puedo explicarl....

No la dejé hablar. Acogí aquel rostro entre mis manos y la besé con tanta fuerza, que el acopio de sentimientos que revoloteaba dentro de mi salió de golpe dejándose avasallar por lo que ella me transmitía respondiendo de la misma forma la demanda de mis labios, completamente embriagados por su esencia.

—¿No estás enfadado? —preguntó en cuanto fui consciente de que ni tan siquiera la había saludado, sino que me había dejado llevar por aquel cúmulo de sensaciones que emergían desde lo más profundo de mi ser.

—¿Enfadado? —pregunté sinceramente contrariado, ¿Por qué debería estarlo?—. No... siento muchas cosas, pero enfado no es precisamente una de ellas —admití ahora contemplándola, viendo aquel rostro dulce, suave y claro en contraste con su cabello del color oscuro.

—Creo que no te han contado lo que ha pasado, que yo tampoco sé porque le dan tanta importancia a unos simples zapatos, entiendo que te haya decepcionado y que quieras que me...

—Cssh —susurré colocando uno de mis dedos en sus labios para silenciarla. ¿Cómo podía creer que algo así podría llegar a decepcionarme?—. Te advertí que nunca me decepcionas y desde luego no lo has hecho —asegué firmemente.

—¿No? —Por su voz podía percibir cierto estupor de sorpresa.

—No podría estar más orgulloso de ti, preciosa —afirmé sonriente—. Aunque ahora tendré que ir con cuidado y regalarte muchos zapatos, puesto que te has convertido en la adoración de todas las niñas de Liechtenstein —admití mientras mis manos recorrían su cuerpo bajando por su cintura hasta llegar a sus nalgas y apretarlas suavemente para atraerla hacia mi.

De algún modo me excitaba incontroladamente, quizá fuera un conjunto de toda ella, pero vibraba por cada poro de su succulenta piel apasionadamente.

—¿Hoy no estás cansado? —escuché su voz lo suficientemente adorable para saber que ya no parecía estar preocupada.

—No... y eso me recuerda a que me debes algo, ¿Cierto? —pregunté alejándome lo suficiente para ver sus chispeantes ojos celestes.

—¿Ah sí? —exclamó ingenuamente—. No se, creo que no lo recuerdo...

Podía percibir por el brillo de sus ojos que parecía ponerme a prueba, así que comencé a hacerle cosquillas mientras su cuerpo se retorció entre mis manos.

—¿Seguro que no lo recuerdas? —pregunté mientras observaba como trataba de alejarse.

—¡Ay no! —exclamó—. ¡Para! —gritó riéndose a la vez que se encogía para esquivarme.

—Solo estoy refrescándote la memoria —admití sin evitar reírme con ella.

—¡Está bien! —dijo finalmente—. Me rindo... lo confieso; te debo un masaje —admitió levantando las manos en señal de rendición.

Era tan hermosa, excitante y apasionada al mismo tiempo que mis ganas de tomarla allí mismo eran apabullantes.

—Lo cierto es que tengo tantas ganas de ti, que no sé si podré resistirme hasta el final —admití acercándome tanto a ella que me rocé con su muslo para que percibiera la protuberancia de mi entrepierna y vi como se mordía el labio de forma inconsciente provocándome una oleada de excitación frenética—. Me matas cuando haces eso —confesé acercándome a sus labios y apoderándome de ellos sin evitarlo.

Sentí como sus manos me apretaban contra ella y jadeé mientras comenzaba a deshacerme de su ropa al mismo tiempo que ella desabrochaba mi camisa y la arranqué prácticamente de mi cuerpo sintiendo que toda mi ropa me sobraba en ese preciso momento. Rodé con ella por la cama y se colocó a horcajadas en mi pecho, verla en aquella posición de dominancia casi desnuda me embriagaba.

—Como me gusta que hagas eso... —gemí intentando robarle un beso, pero en su lugar me encontré silenciado por sus dedos.

—No, no, no —negó sin dejar de mirarme—, te toca sufrir un poquito...

—¿Sufrir? —pregunté sin evitar que la voz saliera de mis labios—. ¿Por qué? —insistí sin comprender.

Celeste se fue inclinando lentamente hasta quedar lo suficientemente cerca de mis labios que sabía que podría robarle un beso de inmediato, pero torció el gesto acercándose a mi oído y aspiré toda la esencia de su perfume floral con notas de violeta al que comenzaba a considerarme adicto.

—Para que tu placer sea infinito —susurró y cerré los ojos porque de lo contrario sentí que iba a deshacerme en pedazos.

Percibí que me ataba algo a las manos y cuando incliné la cabeza hacia atrás para verlo comprobé que no era ni más ni menos que una de sus prendas íntimas con la que precisamente acababa de dejarme a la vista sus pechos.

—No sé si estoy más excitado o asustado —admití entre risas por la oportuna ocurrencia de usar esa prenda en lugar de alguna cuerda.

—¿Tiene miedo su excelencia? —exclamó mirándome fijamente y podría perderme en aquel laberinto que era su cuerpo, solo que jamás pretendería encontrar la salida, sino que me abandonaría al abismo de por vida.

—¿Debo tenerlo? —pregunté intrigado, aunque lo cierto es que no tenía ningún temor a su lado, por muy insensato que pudiera parecer, confiaba plenamente en ella.

—Si —admitió en voz baja mientras sus dedos comenzaban a acariciar mi pecho—. Voy a hacerle sufrir lentamente, hasta que agonices de puro placer.

Dudaba mucho que resistiera un solo minuto más si tenía en cuenta que iba a explotar con solo tocarme...

En cuanto sus dedos tocaron mi piel me estremecí sin evitar cerrar los ojos mientras mi pelvis buscaba su contacto incesantemente.

—Voy a vendarte los ojos —escuché y repentinamente los abrí como si fuera la última vez que la viera en mi regazo.

Vi como se inclinaba sobre mi rostro y sus pechos casi me rozaban, en ese momento lo que menos me apetecía era precisamente perder el sentido de la vista.

—¿De verdad es necesario? —advertí sin perder un solo movimiento de su cuerpo—. Porque te aseguro que me encanta lo que tengo delante.

No me importaba admitirlo, es más, sería un necio si no lo hacía porque era más que evidente que me gustaba lo que veía.

—¿Te encanta? —exclamó con cierto énfasis en su tono de voz que me agradaba demasiado.

—Uff... ni te imaginas cuanto —afirmé, pero a pesar de ello me colocó la funda de la almohada que acababa de sacar cegándome por completo.

—Si te portas bien, te la quitaré pronto —oí suavemente en el oído al mismo tiempo que sus labios rozaban la piel demasiado sensible tras escuchar su delicado sonido.

—Cuando se trata de ti junto a una cama, creo que portarme bien no entra en mis planes, pero lo intentaré —admití siendo consciente que me había hecho perder dos sentidos. No podía tocarla, tampoco verla, así que todo mi cuerpo estaba expectante a cada movimiento o estremecimiento que ella me proporcionase.

—Entonces tu premio será ser todo lo malo que desees.

¡Joder! Si la intención era ponerme excitado hasta niveles insostenibles, desde luego no había logrado.

Tras decir aquello sentí un líquido no muy frío cayendo en mi pecho y eso me hizo estar en alerta.

—Relájate —escuché suavemente mientras aquellos dedos comenzaban a masajear mi piel ascendiendo hacia el cuello, deslizándose hasta los hombros y volviendo al centro de mi esternón.

¿Relajarme?, ¿Cómo hacerlo si sabía que ella yacía desnuda sobre mi acariciándome con su cuerpo y me había prometido la fruta prohibida tras acabar aquello?

«Desde luego relajarme era en lo último que pensaba en ese momento» admití en mis adentros.

—No sé cómo quieres que me relaje si te tengo desnuda encima de mí —dije finalmente.

—Dedícate solo a disfrutar, no pienses en nada más...

Quería hacerlo y aunque no estaba seguro de lograrlo, al menos no podría decir que no lo había intentado. Inspiré profundamente y traté concentrarme en aquellos dedos que recorrían mi cuerpo sin pensar en la dueña de esas manos prodigiosas, la relajación se acabó en el momento en que en lugar de sus manos eran sus pechos los que masajearan.

¡Dios santo!, ¡Eso era una auténtica agonía! Pensé mientras me costaba respirar sin arrancarme aquella cosa que me sujetaba las muñecas y hacerla mía.

Sentí repentinamente su boca en mi oreja, apresando el lóbulo con suavidad y después la tenue brisa que creó el contraste provocándome oleadas de una sensación placentera hasta ahora desconocida, a la vez que sus manos bajaban lentamente hasta rozar el borde del pantalón que aún llevaba puesto.

Como si hubiera leído mi mente sentí como me desnudaba completamente y segundos después algo suave y delicado comenzaba a rozar mi piel. ¿Qué era? La verdad es que me importaba poco lo que fuera, porque ya estaba lo suficientemente excitado para sentir que me moría.

—Me vas a matar... —gemí sufriendo de verdad.

Cuando sentí como deslizaba aquel preservativo creí que mis súplicas habían sido escuchadas y esperé a sentir como me hundía en ella, como su carne apresaba la mía para convertirse en una sola. No lo soportaba más. No aguantaba más. La necesitaba como si ella fuera el último aliento de mi vida.

—No... desde luego que no —sentí su voz tan cerca de mis labios que supe que estaba sobre mi.

—Ven aquí —susurré apresando su boca y cuando mis labios se unieron a los suyos supe que estaba donde deseaba, así que deslicé mis brazos entre su cintura desde arriba no importándome tener las muñecas atadas hasta que llegué a sus nalgas y la alcé contra mi, empujándola hacia mi, buscando la apertura de su cuerpo. ,

Oí su jadeo conforme me adentraba en ella y una fuerza arrolladora se apoderó del resto de mis sentidos. Sentía esa necesidad recorrer mis entrañas con cada embestida que me hacía hundirme completamente en ella, rozar delicadamente el paraíso y perderme entre aquel mar de sensaciones que hacían que levitara. Era único, indescriptible y al mismo tiempo tan primitivo que yo mismo era incapaz de oírme jadear por cada encuentro con el que ella salía a recibirme. Definitivamente aquella era una diosa nacida del agua... sus ojos así lo aclamaban y su cuerpo solo era la fuente por la que yo ansiaba beber el néctar que ella me brindaba. Pude percibir como aquella diosa alcanzaba el éxtasis y me abandoné al abismo arrastrándome junto a ella, dejando que todo ese placer explotara.

Quizá fue un instante o varios segundos, tal vez algunos minutos, pero sentí como me quitaba aquel trozo de tela que tapaba mi vista y contemple su hermoso rostro observándome. Era la mujer más preciosa que había conocido y aquellas mejillas sonrosadas bajo sus largas y oscuras pestañas la convertían en un ser delicado sacado de un cuento de hadas.

Fui consciente de la serie de coincidencias que habían debido ocurrir para que aquella noche, en aquel momento exacto, nuestras vidas se cruzaran. Podría haber sido cualquier otra, pero la realidad es que era ella y por primera vez creí que no solo era el destino, sino que habíamos nacido para encontrarnos porque de otro modo no podría haber sido.

Sonreí y ambos comenzamos a reír sin saber exactamente porqué lo hacíamos.

—Creo que te pediré más masajes como ese a partir de ahora —admití siendo consciente de lo que había disfrutado.

—Así que te ha gustado después de todo —contestó en voz baja mientras notaba como sus dedos acariciaban mi pelo.

—¿Gustarme? —exclamé—. No, desde luego que no me ha gustado, simplemente me ha encantado, sobre todo el final —añadí puntual.

—Recuérdame que la próxima vez te torture más —dijo con cierto énfasis jovial.

—Um —afirmé pensativo—. Con que haya una próxima vez, tortúrame todo lo que desees, princesa.

En aquel momento sentí que se tensaba ligeramente y aunque no había perdido su sonrisa, su mirada se dirigió hacia otra parte en lugar de seguir fija en mis ojos.

—Eso ha sonado a promesa, excelencia —mencionó con el mismo aire jovial, pero podía percibir tensión en su cuerpo.

¿Tal vez podría ponerle nerviosa el hecho de marcharse?, ¿Habría alguna posibilidad de que quisiera quedarse? Si era así necesitaba saberlo, tenía que saber si algo en ella había cambiado, si sentía algo por mí por más mínimo que fuera.

—Mírame —dije de pronto más serio de lo que me habría gustado sonar.

—¿Sí? —preguntó volviendo su vista hacia mi y mi garganta se reseco por completo.

Tenía tanto miedo de hacer esa pregunta como de escuchar la respuesta, pero necesitaba saberlo, tenía que saberlo porque podría cambiar el curso de toda nuestra historia.

—¿Sientes algo por mi? —exclamé finalmente sin dejar de mirar aquellos orbes celestes como si me anticiparan de algún modo su respuesta.

Su rostro parecía serio y no sabía si anticiparme o no al momento, pero ya había realizado la pregunta, me gustase o no su respuesta solo esperaba que arrojara algo de luz a mis sentimientos.

Supe que titubeaba como si no se atreviera a responder, ¿Tan difícil era?, ¿Quizá no quería herirme al decirme que para ella todo aquello solo era un simple pasatiempo pero que deseaba volver a su vida normal? Empezaba a arrepentirme de haberle hecho aquella pregunta cuando noté como sus dedos se enredaban en mi cabello de forma suave y aquello tranquilizó parcialmente mi nerviosismo.

—Lo cierto... —comenzó a decir conforme su mirada se perdía en mi nuca y a pesar de mirar aquellos ojos celestes comprobé que evitaba mirarme directamente. ¿Por qué?, ¿Tal vez estaba nerviosa?—, es que siento una profunda, desmesurada e inevitable atracción sexual por usted, excelencia —agregó con una sonrisa y cierto tono de ironía por el que supuse que aquella afirmación era puramente evidente tras lo que acababa de suceder hacía solo unos minutos.

No era la respuesta que deseaba escuchar, pero tampoco lo había negado y aunque aquella confesión no evocara ningún sentimiento de amor si que había dicho algo que martilleaba mi conciencia; inevitable, ¿Quería eso decir que había luchado contra aquellos impulsos y había perdido la batalla? No podría juzgarla por ello porque yo mismo perdí desde el primer momento.

—En ese caso siento lo mismo, princesa —admití en voz baja mientras me alzaba arrastrándola conmigo.

Sentía mucho más que aquello, pero hasta yo mismo podía saber que no era el momento de admitirlo y eso me llevaba a la confirmación de que aún no estaba preparada para oírlo. Tenía que lograr que se quedase, necesitaba encontrar las razones para ganar tiempo hasta que estuviera seguro de sus sentimientos.

—¿Dónde vamos? —oí mientras sentía que se aferraba a mi cuerpo.

—A tomar una ducha larga y desmesuradamente placentera, señorita Abrantes.

Escuché su risa conforme le daba al agua y ambos nos perdíamos entre caricias siendo consciente de que nadie podría robarme aquellos momentos junto a ella, ni tan siquiera el porvenir incierto que tuviese que afrontar en algún momento.

Todo estaba previsto para la llegada de los padres de Celeste en su visita a palacio, si algo bueno debía tener aquello, es que ayudaría a que se sintiera un poco más en casa con la cercanía de sus familiares. En aquellas semanas su agenda había acumulado los suficientes actos y presentaciones para que el pueblo tomase conciencia de quien sería su próxima princesa. La prensa solo hablaba de ella haciendo comunicados a diario y aunque mi madre no había vuelto a pronunciarse al respecto tras la conversación que había mantenido seriamente con ella, lo cierto es que percibía que no le hacía ninguna gracia que la imagen de Celeste cogiera cada vez con mayor fervor empatía hacia el pueblo.

Aquella noche tenía que asistir a una cena de gala bastante importante, lo cierto es que asistía en lugar de mi padre y en ella se conmemoraba el aniversario de la monarquía parlamentaria. Era una fecha importante y por eso debía acudir con el uniforme oficial como jefe de estado, a pesar de serlo solamente en funciones debido a la ausencia de mi padre. Justo tenía una reunión con él a primera hora de la mañana para darle los detalles de aquella cena, aunque si Celeste no salía de

aquel baño llegaríamos tarde.

—¿Estás lista? —pregunté mientras me paseaba por la habitación y comprobando que solo faltaban veinte minutos para que diera comienzo oficialmente la cena, aunque en teoría no comenzarían hasta que llegásemos.

—¡Sí!, ¡Ya salgo! —oí y supliqué porque fuera verdad y no una simple contestación a mi desespero.

—Eso espero, porque si no llegaremos tarde —dije apresuradamente mientras estiraba de los puños de la chaqueta y comprobaba que estaba en su sitio.

Pocas veces lucía el uniforme oficial de gala y me sentía bastante extraño cuando lo hacía. Sentí como la puerta se abrió y el destello rojo acaparó mi atención.

¡Dios bendito!, ¿De donde había sacado ese vestido? No solo estaba preciosa, sino absolutamente sexy, radiante y excitante al mismo tiempo. Aquella prenda se ajustaba a cada una de sus curvas de forma tan arrolladora que sentía como perdía el aliento, mi garganta se reseca y mis neuronas se atrofiaban sin razonar absolutamente nada.

Celeste mencionó algo en español y solo fui capaz de retener la palabra *madre* entre mi poca coherencia en esos momentos porque incluso estaba seguro de estar babeando en aquel instante.

—Creo... —comencé a decir solo para que no creyera que me había vuelto idiota—... creo que viene mañana —admití finalmente pensando que había mencionado algo sobre su familia o concretamente su madre.

—¿Qué? —preguntó como si no hubiera entendido nada y me aclaré la garganta. ¿Qué demonios me pasaba? Parecía un adolescente con las hormonas revolucionadas, pero no era para menos, tenía ante mi una obra de arte embutida en un precioso vestido rojo que solo me hacía querer pecar con mis cinco sentidos.

—Digo que tu madre viene mañana —dije finalmente y casi apremiándome a dar una frase coherente.

—¡Ah sí!, ¡Sí! —exclamó y se dio la vuelta para dejarme a la vista la desnudez completa de su espalda.

¡Santo cielo!, ¿Es que quería torturarme? Sentí el estirón de mi entrepierna y como la sangre comenzaba a hervir por mi cuerpo alterándome hasta el último rincón de mi conciencia.

—¿Quién ha elegido ese vestido? —pregunté sin ser del todo consciente que no dejaba de acercarme a ella como si el hecho de no tocarla me quemase.

Necesitaba sentir su piel, su aroma y sobre todo, arrancarle ese vestido, hacerla mía y saciar aquel apetito incontrolable.

—Pues... en parte lo elegí yo de todas las opciones que me dieron, ¿Por qué?, ¿No es apropiado? —contestó dubitativa e inclinando su mirada hacia abajo como si estuviera evaluando la prenda.

—Para lo único que no es apropiado es para mi propio juicio mental —admití—. Porque lo que menos me apetece ahora mismo es salir por esa puerta.

En lo que menos pensaba ahora era en asistir a una cena de gala por más importante que fuera. Ella me cegada hasta ese límite.

—¿No decías que llegábamos tarde? —dijo mordiendo aquellos labios de un rojo intenso y supe que estaba perdido.

«Tocado y hundido» admití paseando una mano por su cintura mientras tocaba su piel para atraerla hacia mi.

—Al infierno la puntualidad —dije antes de besarla y mordisquear aquellos labios de color

prohibido.

—¿No te preocupa lo que puedan pensar? —dijo separándose unos milímetros.

—Lo único que me preocupa ahora, eres tú —confirmé volviéndola a besar y pensando que me importaba muy poco llegar tarde a aquella cena.

Era el príncipe, futuro soberano de mi país, si yo no podía llegar tarde ¿Quién lo haría? Aunque siempre me habían inculcado que la puntualidad era la mayor disciplina, en aquel momento solo me importaba una cosa; perderme entre los pliegues de aquel vestido rojo y hacer gritar de pasión a la mujer que lo llevaba.





---

---

## VEINTIOCHO

---

---



Aquella mañana me dirigí hacia las estancias de mi padre, su descanso le obligaba a estar recluido en sus aposentos la mayor parte del tiempo hasta que los médicos dijeran lo contrario. Tendría que pasarle un informe referente a la cena pasada y debía ser conciso porque la familia de Celeste llegaría en un par de horas.

—Buenos días, padre —dije en cuanto divisé su figura en una de sus butacas favoritas mientras leía el periódico.

—Buenos días, hijo, ¿Has leído hoy el periódico? Al parecer tu presentación de ayer fue magnífica según indica la prensa, cualquiera diría que no me necesitas para llevar el reino —contestó con cierta ironía y sonreí vagamente mientras me acercaba a él para sentarme en la otra butaca vacía que había a su lado.

—Solo intento estar a su altura —admití humildemente—. ¿Qué tal se encuentra hoy? Apenas hemos podido hablar estos días sin que madre esté presente, ¿Cómo la has convencido para que te deje libre unas horas? —exclamé divertido.

—Le dije que era una reunión privada y la convencí de que sería buena idea retocarse el pelo para la llegada de nuestros invitados —admitió y aquello me causo cierta gracia.

—Buena excusa —dije sonriente mientras me reclinaba para acoger una posición más cómoda mientras comenzaba a relatarle los detalles de la noche pasada sin mencionar que llegué tarde por culpa de cierta mujer apasionada.

Me di cuenta de que conforme iba hablando, me encontraba cómodo y relajado en aquella posición. Hice un breve resumen de mi vida pasada en los últimos años y era consciente de que siempre había deseado estar a la altura de las circunstancias, ¿Qué había cambiado para que ahora no fuera mi mayor ambición?

—¿Ocurre algo, hijo? —escuché la voz profunda de mi padre y concreté que yo mismo me había ausentado de la conversación que estábamos manteniendo.

—¿Qué? —pregunté por inercia, pero en realidad había oído la pregunta—. No, no es nada —admití con una vaga sonrisa porque sin pretenderlo ella se había convertido en mi única y verdadera prioridad.

—Si lo te preocupa que tu madre no esté a la altura del recibimiento hacia nuestros invitados, no te preocupes... mantuve unas palabras con ella y no hará nada desapropiado —admitió con un vago pesar y en cierto modo se lo agradecí, aunque esa conversación ya la había mantenido yo

mismo con ella.

—Se lo agradezco padre, aunque en realidad no es eso lo que me preocupa, ya mantuve una seria conversación con ella al respecto —admití finalmente.

—¿Y entonces que es? Por los rumores que corren por palacio diría que tu relación con esa joven va muy bien para disgusto de tu propia madre —mencionó con cierto tono de ironía—. ¿Es la presión por adquirir mis funciones momentáneamente? —inquirió de forma apresurada y con preocupación en su rostro.

—Puedo asumir sus funciones padre —contesté rápidamente—. Verá... no sé ni como comenzar esta historia —admití levantándome y frotándome las manos. No podía confesarle lo que había hecho sin sentir que me juzgaba vilmente, pero necesitaba aclararle la situación porque mis ideas se estaban agotando y no sabía que podía hacer para retener más tiempo a Celeste.

—Estás comenzando a preocuparme seriamente —oí a mi espalda y me giré para ver que mi padre tenía el ceño fruncido.

—Hice algo de lo que no me siento orgulloso —admití finalmente—, pero eso no importa, la cuestión es que...

—Amas a esa joven —dijo de pronto mi padre robándome las palabras de mis propios labios.

—Sí —admití bajando los ojos admitiéndolo por primera vez a alguien de mi familia—. Es la única mujer que he amado realmente y no contemplo una vida si ella no está a mi lado.

—¿Y ella? —preguntó—. Porque no creo que tu preocupación sea que me oponga a vuestra unión.

—No estoy seguro si me quiere —admití derrotado—, quiero creer que siente algo y al mismo tiempo pienso que jamás aceptaría la vida que yo le puedo ofrecer si aceptara estar a mi lado. Necesito que vea como el pueblo la adora, que éste es su lugar, que su sitio es estar a mi lado para que me acepte incondicionalmente como yo la acepto a ella—. Observé como mi padre parecía meditar mi respuesta y eso me llevó a sentarme de nuevo frente a él mientras me llevaba las manos a la cabeza—. Supongo que solo necesitaba desahogarme, quizá solo sean mis anhelos los que hablan por mí y jamás me aceptaría como príncipe —admití frente a su silencio.

No esperaba que me dijera nada, lo cierto es que me bastaba solo con que me escuchara, aunque agradecería que me diera su opinión al respecto pues él había sido príncipe antes de rey y aunque su matrimonio con mi madre fue prácticamente acordado, lo cierto es que ellos llegaron a quererse de verdad.

—Quizás te acepte como rey —contestó provocando que le mirase algo confuso—. Dicen que a un rey jamás se le niega nada —respondió con una vaga sonrisa y no comprendí nada.

¿Estaba bromeando?, ¿Yo le revelaba mis sentimientos y él se burlaba de mí? Aquello no me encajaba, solo esperaba que aquel reposo no le estuviera haciendo perder la cabeza.

—¿Se encuentra bien, padre? —admití finalmente.

—Verás hijo mío, llevo días meditando mi decisión y lo cierto es que al escucharte he tenido aún más clara mi postura. Sé que tarde o temprano iba a llegar el día en el que heredaras la corona y yo solo quería retrasar ese día todo lo posible para que pudieras prepararte, que pudieras asimilar lo que eso significa, pero no me había dado cuenta de que ya naciste preparado. Aunque tu madre jamás lo admitiera, de todos mis hijos tú siempre has sido el más responsable, capacitado y entregado a la corona a pesar de que no fueras quien la heredaría. Eres un digno sucesor del reino de Liechtenstein y por ello voy a abdicar en tu nombre.

En aquel momento me quedé sin habla. ¿Abdicar?, ¿Padre había dicho abdicar en mi nombre?

«Rey... vas a ser rey» me dije a mí mismo para creerlo.

—¿Está seguro? —pregunté a pesar de que era consciente que los médicos habían recomendado que llevase una vida tranquila y su regreso a la corona con todas las funciones que ello implicaría no era lo más aconsejado.

—Completamente —admitió sin ningún atisbo de duda.

Aunque desde que acepté el cargo de príncipe de Liechtenstein había sabido que algún día llegaría ese momento, siempre lo había asociado a otra muerte y aún esperaba que faltaran muchos años para que esta irrumpiera en nuestras vidas. No había pensado en la abdicación, no la había contemplado porque ningún antecesor nuestro la había evocado a pesar de que en su día mi padre dijese que él renunciaría al trono cuando ya no se sintiera capacitado. Alcé la vista para contemplar el rostro de mi padre que parecía esperar una respuesta por mi parte, no sabía que decir, pero también sabía que si había dicho aquello es porque él mismo lo necesitaba. Ya no se veía capaz de afrontar ese reto y saber que confiaba en mí para hacerlo me llenaba de orgullo.

—Será todo un honor para mí ser su sucesor, padre. Confío en que será mi guía en los momentos difíciles —admití finalmente convenciéndome a mí mismo de que era un regalo contar con su apoyo una vez asumido el cargo.

—Por supuesto hijo. Cuentas con mi bendición como rey vigente y como padre, precisamente como éste último déjame darte un consejo; no dejes que nadie te aparte de esa preciosa joven con la que te has casado, ella saca lo mejor de ti, Bohdan y aunque tu madre no sea capaz de verlo, lo terminará comprendiendo.

—Lo sé padre —afirmé sonriente—. No existe nadie como ella y si me acepta no dejaré que nada ni nadie nos separe —admití comprobando que no era el único al que le agradaba que Celeste fuera parte de nuestra vida.

Me levanté con la intención de marcharme dando por concluida nuestra reunión y antes de dirigirme hacia la puerta su voz me retuvo.

—Una cosa más, hijo —dijo llamando mi atención—. Ella deberá permanecer en palacio hasta tu coronación —mencionó sutilmente—. Imagino que eso era lo que realmente te inquietaba, así que el resto depende de ti.

En aquel momento me quedé sin habla, sin saber que responder o decir... ¿Cómo podía saber exactamente lo que necesitaba si no lo había admitido abiertamente? Me quedé observando y vi como cogía de nuevo el periódico y supe que desde un principio sabía cuál era mi inquietud, así como también supe que estaba renunciando al trono en mi beneficio y no en el suyo.

—Gracias, padre —dije a pesar de que no me estaba observando—. Es justo lo que necesitaba.

—Me alegro, porque espero haber pagado diez mil euros por unos zapatos de la futura reina de Liechtenstein.

En aquel momento comprendí que había sido él. ¡Mi padre era quien se había adelantado para adquirir aquellos zapatos que Celeste ofreció a esa pobre niña!

—¿Fue usted? —pregunté pensando que lo habría hecho para acallar rumores que pudiera suscitar la prensa.

—Me gustaban esos zapatos —afirmó mientras simulaba leer el periódico—. Y su gesto fue muy honorable, solo me limité a compensarlo adecuadamente.

No pude evitar reírme mientras abría la puerta para marcharme.

—Al parecer no soy el único que ha sucumbido a su encanto —dije antes de salir con una sonrisa en los labios.

Celeste parecía más impaciente de lo normal y supuse que era por la inquietud de que su familia viniera a visitarla y quizás, solo quizás por el hecho de que su visita haría nuestra historia

mucho más real y verídica.

—¿Seguro que no se habrán perdido? —preguntó y vi como cierto nerviosismo la atormentaba.

—No te preocupes, no han estado solos en ningún momento —afirmé con una vaga sonrisa porque me era imposible no ver cierta diversión en su impaciencia.

Estaban a punto de llegar y lo más probable es que hubiera algo de tráfico en la ciudad por lo que era más que aceptable unos cuantos minutos de retraso, pero el avión había llegado a la hora prevista y el coche les había recogido en el aeropuerto privado sin ningún tipo de contraindicación según acababan de informarme.

En cuanto contesté, el coche oficial hizo entrada en el camino de acceso al palacio así que tendí la mano para ayudarla a bajar la gran escalinata como tantas veces había visto a mi padre hacerlo con su esposa.

—Señora Efigenia —dije llamando la atención de la madre de Celeste tras escuchar que mantenía unas palabras con su hija y parecía absorta con el lugar.

No comprendí su respuesta, pero sí percibí como alzaba las manos con gestos para que la saludara de una forma más cercana así que me agaché a su altura para darle dos besos mientras estrechaba después la mano del que podía considerar oficialmente mi suegro.

Realmente solo hacía unas semanas desde nuestra visita a España, pero esperaba de buen agrado que su estancia fuese más que placentera no solo porque quería agradar a la que era la familia de mi esposa, sino porque deseaba que ellos mismos comprobaran que su hija estaba en las mejores manos, sobre todo porque mi intención era que se quedase a mi lado.

—¿Han pasado bien su viaje? —dirigiéndome hacia ellos y rezando porque me entendieran conforme nos adentrábamos en el palacio.

Por la euforia que percibía en sus rostros y que posteriormente Celeste ayudó a traducir supe que habían tenido un vuelo agradable.

Hicimos un breve recorrido por palacio para dirigirnos hacia el salón habitual que usábamos cuando teníamos invitados en casa. De forma general la familia solía utilizar uno de menor tamaño y más privado, pero al ser presentadas formalmente ambas familias, la situación requería el uso de un salón más acorde al momento.

Mis padres no habían llegado aún y mi pequeña hermana parecía que llegaría junto a ellos ya que allí solo se encontraba Annabelle. No entendía porqué seguía en palacio a pesar de que mi padre ya se encontrase estable y casi recuperado, pero imaginaba que su presencia allí se debía exclusivamente a mi madre.

—¡Oh, veo que ya han llegado! —exclamó observándome con una sonrisa y vi como la madre de Celeste la saludaba, pero Annabelle no parecía prestarle atención a ninguno de nuestros invitados.

¿Dónde estaba su supuesta educación?

—Annabelle, ¿Te importaría saludar? —repliqué llamando su atención.

Lo hizo, aunque de una forma tan despectiva que fue lo suficientemente evidente para no pasar desapercibida.

Estaba junto a Celeste y pude escuchar como hablaba en voz baja junto a su madre en su idioma. No comprendí todo, pero sí lo suficiente para saber que estaban juzgando a mi no tan apreciada prima lejana. No la culpaba por ello, pero ciertamente miré hacia atrás y vi la pequeña sonrisa de uno de los camareros.

—Celeste —dije llamando su atención para tocar su hombro.

—¿Sí?

—Los sirvientes que tienes detrás hablan tu idioma —Vi su cara de absoluto desconcierto y tuve que morderme el labio para no reírme de su expresión avergonzada.

—¡Ah qué bien! —exclamó tratado de parecer alegre, así que le guiñé un ojo indicando que todo estaba bien, nadie del personal se atrevería a decir nada fuera de aquellos muros puesto que todos firmaban un contrato de confidencialidad para trabajar en palacio.

Mis padres aparecieron junto a mi hermana y me adelanté para saludarles y hacer las debidas presentaciones. Tuve que reconocer que había temido aquel momento, sobre todo porque no sabía si mi madre haría algún comentario malintencionado o descortés, pero quizá mis palabras habían ahondado en su fuero interno y probablemente las de mi padre también porque mantuvo en todo momento un comportamiento respetable.

Al parecer los padres de Celeste habían traído varias viandas propias de su país y aunque mi madre reaccionó con uno de sus comentarios poco locuaces diciendo si no sería peligroso, padre supo ponerla en su lugar para que nuestros invitados no se sintieran ofendidos e incluso incitó a que los sirvieran en la mesa para degustarlos.

Todos tomamos asiento y los alimentos comenzaron a llegar creando temas de conversación en aquella mesa que había sido dispuesta para que mi padre se sentara a la cabecera y tuviera a un lado al padre de Celeste y al otro a mi madre. Junto a esta se encontraba Annabelle y frente a mi prima la madre de Celeste. A su lado estaba ella frente a mi y por último nuestras hermanas. De esta forma a un lado de la mesa quedaba Liechtenstein y en la otra España, pero a mi solo me importaba la belleza genuina que tenía delante de mis ojos sin que ningún jarrón floral me entorpeciera la vista.

En un momento dado pude comprobar que todos parecían hablar de un modo u otro con la ayuda de los camareros que nos atendían y al mismo tiempo traducían conforme servían el vino o cambiaban el plato, me di cuenta de que aquel choque de cultura y nacionalidad lo habíamos creado nosotros y que era posible, que alguien con un pasado corriente y otro nacido en una cuna noble podían coexistir del mismo modo.

Esperé pacientemente a que el almuerzo acabara y tanto Celeste como yo acompañamos personalmente a su familia hasta sus aposentos en la mejor ala de palacio con vistas al jardín. Necesitaba hablar urgentemente con ella, plantearle la situación de mi futura coronación y sobre todo decirle que no podría marcharse, sino que tendría que quedarse más tiempo. No tenía la menor idea de como reaccionaría, pero en mi fuero más interno deseaba que hubiera algo en ella que me relatase que ese era su deseo.

—Espero que se acomoden y sean de su agrado las habitaciones que les han asignado —mencioné a la familia de Celeste—, esta tarde les harán una visita guiada por el resto del palacio y los jardines. Si me disculpan, debo ausentarme hasta la hora de la cena, puesto que tengo que tratar algunos asuntos referentes a la corona —advertí disculpándome por no pudiendo posponer mi agenda para esa tarde.

—Por supuesto, tú no te preocupes por nosotros hijo mío —escuché por parte de la señora Efigenia y sonreí vagamente porque aquella mujer era verdaderamente un encanto que tenía mil cosas que me recordaban a Celeste, aunque sin duda no tenía lo que más admiraba en ella; sus ojos.

—Celeste, ¿Me acompañas? —pregunté ahora dirigiéndome hacia mi bella princesa y vi como esta asentía sin ningún atisbo de duda.

Cogí su mano y entrelacé sus dedos con los míos como si necesitara sentirla, afianzar esa confianza de la que carecía en situaciones como aquella y que verdaderamente necesitaba. Podía

percibir el calor que me embriagaba con su simple contacto y me sentí sinceramente el hombre más afortunado. En cuanto entramos en mi despacho cerré la puerta suavemente y me coloqué frente a ella sin demorar mucho más la espera, sin decirle que se sentara o sencillamente tomar asiento para digerir lo que tendría que decirle y que yo aun mismo no terminaba de creer que ocurriera.

—Ha surgido un pequeño cambio de planes —dije sin llegar a mirarla directamente como si pudiera ver en mis ojos que escondía algo más de lo que iba a contarle.

—¿Cambio de planes?, ¿A qué te refieres?, ¿No podrás estar con nosotros mientras mi familia esté aquí? —objetó y debí imaginar que sería algo así lo que primero pensase.

—No... no es eso, aunque quizá deba ausentarme en algunas ocasiones como ahora —corroboré—. Me refiero a que ha surgido algo que quizá retrase tu vuelta a España y debas permanecer aquí más tiempo.

«Ya está. Lo había dicho» pensé tratando de ver su reacción.

—¿Cómo? —exclamó y percibí su agitación, su confusión y no sabía interpretar que conclusión debía sacar de aquello, pero tampoco había mencionado que no fuera posible o que debía marcharse.

—Verás... —comencé a decir en voz baja como si creyera que alguien fuer a oírme cuando la noticia no era pública, ni lo sería por el momento—. Mi padre me ha comunicado que abdicará del trono.

—¿Qué? —exclamó en un tono de voz mucho más alto que el mío como si aquello la sorprendiera—. Eso... eso quiere decir...

—Que voy a ser rey.

Concluí su frase esperando ver como le afectaba la noticia, si veía o no el pánico en sus ojos, aunque lo único que podía percibir era un absoluto desconcierto por lo que le acababa de decir y no sabía si eso podía ser bueno o malo.

—Pero... pero... pero...

Supuse que era incapaz de finalizar aquella frase porque aquello daba un giro drástico a nuestra situación y lo que menos deseaba es que ella se asustara y por consecuencia se marchara.

—A mi también me ha sorprendido, pero al parecer es una decisión firme y muy meditada —dije tratando de parecer convincente.

En realidad no era ni firme, ni meditada —al menos no del todo—, pero sabía que cuando mi padre tomaba decisiones las llevaba hasta el final sin echarse atrás.

—¿Entonces es definitivo? —preguntó—. ¿Cuándo se supone que lo hará?

Ahí estaba la pregunta, tenía que retrasar su partida todo lo posible o mejor dicho: tenía que lograr que se quedase hasta la boda y si todo salía como esperaba, se celebraría dicho matrimonio.

—Lo anunciará dentro de tres semanas para que la coronación sea después, es decir; a finales de septiembre, antes de la supuesta boda —dije tratando de ser cauto, no queriendo que mi exaltación me delatase.

—Entiendo.

Aquello era más de lo que podría esperar teniendo en cuenta la paciencia y el interés que había mostrado hacia la corona cuando no tenía porqué hacerlo.

—Como comprenderás, no puedo coronarme justo después de romper un compromiso, así que debemos posponer la ruptura para después de la coronación, aunque eso no nos deje mucho tiempo de margen.

Realmente no quería tener que admitir que habría una ruptura, pero muy a mi pesar creía que era lo que ella estaba esperando escuchar.

—Por mí no hay problema —contestó inesperadamente mientras formaba una sonrisa en sus labios.

La estaba literalmente presionando para quedarse, llevaba meses en un país en el que no eran sus costumbres, ni su lengua, ni mucho menos sus raíces y a pesar de todo allí estaba su buen humor, su buen hacer, su buen carácter y su buena predisposición para ayudarme, porque eso era lo que ella creía que estaba haciendo; ayudarme, cuando en realidad yo solo la quería a mi lado porque ya no sabía vivir sin ella, porque la necesitaba y porque no veía mi futuro si no estaba allí presente.

—No sé como agradecerte tu paciencia Celeste, prometo compensarte algún día por todo lo que estás debiendo soportar —dije sin evitar tocarla.

No me bastaría una vida para compensar cada buena acción que ella ejercía y ciertamente tanto si elegía quedarse como si no, pensaba agradecerse del mismo modo. Vi como me observó directamente a los ojos y casi podría jurar que vi un destello diferente en ellos, era como si... como si brillaran de una forma especial.

—No es necesario, sé que tú harías lo mismo por mí si estuviera en tu lugar.

Aquellas palabras ahondaron en mi alma, sobre todo porque tuviera esa consideración de mí cuando yo me sentía la persona más falsa y pueril por haberle mentado en un principio al necesitarla y ahora porque me pesaba más el miedo a su partida que enfrentar su ausencia si se marchaba.

—¿De verdad lo crees? —pregunté y percibí que mi voz sonaba dulce, ella era sincera y poseía una gentileza enorme.

—Claro que si —aseguró firmemente.

—¿Crees de verdad que soy una buena persona? —pregunté para saber que percepción tenía de mí.

—No lo creo, lo sé —contestó rápidamente y aquello me dolió porque no me consideraba bueno. No había sido bueno lo que le había hecho a ella y esa carga tendría que soportarla siempre, era como un lastre que no me dejaba vivir, que me ahogaba, me apretaba porque sabía que en el fondo ella no me lo perdonaría, aunque en su corazón había bondad, jamás podría perdonar algo así.

—No estés tan segura de ello Celeste —admití sin poder enfrentarme a ella.

—¿Por qué dices eso? —oí a mi espalda.

—He hecho cosas de las que no me siento orgulloso —admití apretando los puños.

—Estoy segura de que tendrías tus razones Bohdan. No creo que debas martirizarte por ello.

¿Razones?, ¿De verdad eran esas razones motivo suficiente para hacer lo que hice?, ¿Para aprovecharme de la situación solo porque creía que no había otra salida?, ¿Aprovecharme de alguien por una acción egoísta? No. Definitivamente esa no era una razón para hacer lo que hice.

—¿Y si no las tuviera? —exclamó con gran pesar—. ¿Y si solo las hice por egoísmo?

Necesitaba saber si ella sería capaz de perdonar algo así, quería saber cuál era su opinión sobre una acción así.

—En ese caso estoy segura de que era lo adecuado en ese momento —contestó segundos después y tuve un pequeño atisbo de esperanza.

—¿De verdad? —pregunté—. ¿Serías capaz de perdonar a alguien que te hubiera mentado en su propio beneficio? —insistí como si aquello fuera un acto premeditado de mi confesión.

—No lo sé. Nunca he soportado las mentiras, pero supongo que tendría que sopesar las razones por las que lo hizo... —susurró pensativa y supe que aquel no era el momento de confesar, aunque me doliera en el alma saber que no me perdonaría, algún día se lo diría, algún día confesaría cada uno de mis pecados.

—Si... claro... desde luego —admití en voz baja mientras yo solo podía pensar que no quería que llegase ese momento.

—Tal vez debas hablar con esa persona y de esa forma dejar de atormentarte por ello si tan preocupado estás —advirtió y casi sentí pena de mi mismo porque precisamente era ella esa persona.

—Quizá —admití tratando de sonreír—. Tal vez lo haga —añadí colocando una mano en su mentón para acercarme a ella.

—Te prometo que lo haré, pero no por ahora amada mía —susurré en mi lengua antigua con una voz tan débil que supuse que casi no habría percibido. Antes de que ella pudiera preguntar que significaban aquellas palabras, mis labios acortaron los suyos para saborear aquella dulce fragancia—. He de irme —dije separándome levemente de ella porque sabía que me estaban esperando—. Intentaré volver para la hora de la cena, mientras tanto disfruta de tu familia porque te deseo para mí esta noche —advertí muriéndome de ganas por volver a tenerla entre mis brazos.

—¿Para ti?

—Solo para mi, preciosa.

Porque no existía el día si se trataba de Celeste Abrantes, solo la noche... el momento en el que ella al fin era mía.





---

---

VEINTINUEVE

---

---



La conversación que acababa de tener con Celeste no se me iba de la cabeza por más que trataba de concentrarme en la reunión que teníamos en aquel instante. No dejaba de darle vueltas a lo mismo una y otra vez porque ansiaba encontrar el modo, la razón o simplemente una explicación que pudiera hacer que ella me perdonase. El problema residía en que siendo sincero conmigo mismo aquello era imperdonable y solo podía jugar con el destino y esperar que todo lo sucedido entre nosotros después, lo compensara hasta el punto de que llegase a plantear la posibilidad de perdonarme.

Sería el hombre más feliz sobre la faz de la tierra si tras saberlo ella me brindaba una oportunidad de redimirme, de hacerle ver que yo no era así y que en aquel momento solo era un hombre desesperado en busca de una salida. Ella era sensata, bondadosa y estaba seguro de que me escucharía, así que a pesar de mis profundos miedos se lo diría, fuera cual fuera su respuesta, confesaría tras la coronación para que ella decidiese si finalmente se casaba conmigo o no el próximo veinte de octubre.

Tenía poco más de dos meses para que ella eligiera quedarse, para que decidiera elegirme y para que aceptara pasar el resto de su vida a mi lado. Eran ocho semanas para saber si lo nuestro funcionaba, si ella podría llegar a amarme casi tanto como yo la amaba a ella y con aquella certeza solo esperaba que el tiempo pasara lentamente para disfrutar cada uno de los días, de las horas y de cada instante por si finalmente me rechazase tras confesarlo todo.

—Excelencia, ¿Acepta entonces la propuesta? —inquirió un miembro de la cámara de lores llamando mi atención sobre aquella extensa mesa.

El debate sobre la privatización de un sector agrario no era un tema que verdaderamente me atrajera en ese momento, así que estaba más distraído en mis pensamientos que en el tema principal a debatir allí mismo.

—He estudiado la propuesta y parece viable, así que se acepta —argumenté dando por finalizada aquella sesión y por primera vez en días volvería algo más temprano a casa, algo que tiempo atrás no consideraría tan de buen agrado como ahora que sabía que tendría compañía.

Observé como Frederick se acercaba para recoger los documentos que tenía en la mesa mientras saludaba a todos los miembros antes de marcharme y cuando emprendí camino hacia la salida, éste se situó a mi lado apresuradamente con el ceño fruncido como si no supiese como comenzar una conversación embarazosa.

—¿Qué ocurre Frederick? —pregunté viendo como este parecía sorprenderse.

—¡Oh excelencia! Es que no deseaba importunarle con este tema, pero es algo delicado y finalmente tengo que ponerle al tanto al tratarse de la familia de su prometida.

¿La familia de Celeste?, ¿Es que ocurría algo?

—¿Ha pasado algo en mi ausencia en palacio?, ¿Están todos bien? —pregunté ahora preocupado por si habrían tenido un accidente o algo similar y frenando en seco mi paso en medio de aquella galería con techos altos abovedados.

—No, no, no excelencia —se apresuró a negar—. No se trata de un tema de salud, sino más bien de un conflicto de intereses —mencionó provocando mi confusión total hasta el punto de mirarle fijamente—. Al parecer una prima de su prometida ha vertido ciertos rumores de que entre ella y usted ha tenido lugar un romance. Como es habitual hemos frenado hasta ahora cualquier divulgación que no sea solamente eso; rumores, pero al tratarse de un pariente directo con la fecha tan cercana de la boda, algunos medios de comunicación tienen interés en la historia.

No puede ser ¡Lo que faltaba! Estaba casi seguro de quien era ese pariente cercano que mencionaba, sin duda tenía que ser esa prima que trató de insinuarse en aquella comida en casa de los abuelos de Celeste, ni siquiera recordaba su nombre.

—Haz lo que sea para que esa supuesta historia no salga en la prensa, lo que menos necesito ahora es que empañen la veracidad del compromiso o que Celeste sienta culpabilidad por ser alguien de su familia. —No estaba furioso, al menos no más de lo normal porque estaba acostumbrado a la existencia de gente oportunista como debía ser aquella mujer, pero en aquella ocasión estaba más preocupado porque Celeste lo tomara mal que por la noticia en sí—. Paga lo que sea necesario a la cadena para que no lo emitan e investiga a esa mujer para restarle credibilidad a su historia.

—Está bien, desde casa real estaban procediendo a frenar cualquier tipo de divulgación, así que continuarán haciéndolo, solo quería informarle de ello excelencia.

Suspiré relajadamente sabiendo que ellos hacían bien su trabajo, así que me calmé.

—Gracias Frederick —dije colocándole la mano en el hombro y apretándola sutilmente en agradecimiento.

Cuando llegué a palacio y entré en la habitación comprobé que Celeste no estaba, así que aproveché para darme una ducha mientras ella llegaba, imaginaba que con sus padres presentes se habría entretenido en charlar con ellos ya que estarían pocos días y debería aprovechar el momento. En cuanto salí envolviéndome en una toalla y secándome el pelo mientras tanto con otra, escuché el portazo en la habitación conforme salía del baño y vi su agitación, además de aquel rostro que indicaba cierto desasosiego.

—¡Eh!, ¿Ocurre algo? —pregunté inquieto al ver que parecía alterada por algo. Alzó la vista para verme y vi como salió corriendo hacia mi para abalanzarse sobre mi cuerpo, eso me preocupó aún más—. ¿Te ha pasado algo? —pregunté

—Te echaba de menos —escuché que dijo y sentí como se aferraba fuertemente a mi cuerpo sintiendo una increíble sensación de bienestar solo por saber que ella me echaba en falta de aquel modo tan intenso.

Ese sin duda era un grandioso comienzo para un gran final.

—Entonces le pondré remedio a eso —dije inclinándome hacia ella y probando aquellos labios que me martirizaban hasta límites estratosféricos.

Sus labios clamaban más pasión de la que en un inicio le ofrecía y mi fuero interno ardía por complacerla, así que fui deshaciéndome de cada una de las prendas que llevaba puesta mientras

devoraba aquellos labios con frenesí.

—Tan solo hace unas horas que me ausenté y aún así estaba deseando regresar de nuevo para verte —admití con una leve sonrisa.

—Es que soy bruja —jadeó—. Te he hecho un conjuro para que no te olvides de mí —añadió y la alcé contra mi cuerpo apresándole sus nalgas y recorriendo cada palmo de su cuerpo con mis manos.

Adoraba su piel, hasta el punto de excitarme con solo olerla.

—Pues te garantizo que funciona —dije subiendo una de mis manos por su cintura hasta rozar el sujetador de encaje que llevaba puesto y apresar fuertemente uno de sus pechos.

Eran como dos melocotones maduros que anhelaba probar y sentir el dulce elixir que prometían.

—Lo único que quiero que me garantices es que no pares —escuché antes de sentir como sus manos se enredaban en mi pelo atrayéndome hacia ella y acogí aquellos labios con tanto ímpetu en un beso devastador del que podría emanar fuego.

Sentía aquella ansia quemarme lentamente y la urgente necesidad de adentrarme en ella casi tanto que ahogaba. No lograba comprender que tenía para extasiarme hasta ese punto, pero desde luego no me importaba, yo solo quería más de aquel elixir que ella me proporcionaba.

Deshice el broche de aquella prenda de encaje que llevaba para liberar esos ingentes pechos sin dejar de besarla. Ella me había pedido que no parase y desde luego era lo último que se me ocurriría hacer en aquel instante.

—No te preocupes —dije sintiendo como me costaba hablar en aquellos momentos dado que la pasión me cegaba y ver aquellos labios rojos por mis besos, sus ojos azules cargados de erotismo y la sensualidad que desprendían en toda su esencia, no ayudaba—. No pienso hacerlo —afirmé antes de lanzarme de nuevo apresando aquella boca mientras jugueteaba mordisqueando sus labios.

Noté como enroscaba sus piernas alrededor de mi cintura y no lo resistí más, no podía soportarlo un solo segundo más, así que aparté su ropa interior con mis dedos para abrirme paso y comprobé lo húmeda que estaba para recibirme.

—Definitivamente me vuelves loco —jadeé antes de sentir como me adentraba entre los pliegues de su cavidad interna que me daban la bienvenida al paraíso. Escuché su gemido de placer y eso solo hizo que aumentara el mío propio.

Si. Ella me volvía definitivamente loco porque aquello no era ni normal, pero ciertamente ansiaba no ser normal para poder sentir todas las sensaciones que ella me proporcionaba.

Sentía su entrega en cada una de mis embestidas, su pasión arrolladora cada vez que me adentraba profundamente y como se movía al compás haciéndome sentir que vibraba con la misma pasión que a ambos nos consumía. Cuando clavó sus uñas en mi espalda, no pude soportarlo y me dejé arrastrar por aquella sensación arrolladora y sublime hasta que fui consciente y abrí los ojos para comprobar que ella lo había gozado del mismo modo.

Contemplarla de esa forma tan íntima personal solo me hacía sentirla aún más cercana y mía que nunca.

—Eres tan hermosa... —dije acariciando su rostro en cuanto abrió los ojos y su mirada dulce completó aquel hermoso cuadro.

—Si me lo dices así voy a creerlo de verdad —contestó y observé como se mordía el labio inconscientemente como si fuera un tic nervioso

En ese momento rodé para que no soportara mi peso y la atraje hacia mí.

—Créetelo —dije mirándola a los ojos para que viera la verdad en ellos—. ¿Qué tal has pasado la tarde con tus padres? Lamento no haber llegado a tiempo a la cena —admití porque sin duda alguna no quería dejarla sola en aquella tesitura, pero mis obligaciones me habían impedido asistir para no variar.

—Bien, todo ha ido bien —admitió—. Aunque necesito contarte algo.

Su tono de voz parecía serio y cuando apartó la mirada supe que parecía dudar, como si algo hubiera sucedido... con rapidez pensé en que probablemente mi madre habría sido la causante.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté alertado.

—Puede que sí —contestó lo suficiente ambigua para que no supiera interpretar su respuesta—. Realmente no lo tengo claro, pero sin querer escuché algo.

—¿A qué te refieres? —pregunté ahora con la firme creencia de que no debía ser algo que hubiera sucedido en la cena.

¿Tal vez escuchó algún comentario malintencionado que no había sido pronunciado en voz alta?

—Escuché una conversación entre Annabelle y Dietrich —comenzó a decir y aquello lejos de preocuparme, me pareció de lo más normal—. Yo solo pasaba por allí buscando a mi madre, no pretendía... —Vi que volvía a apartar la mirada, así que coloqué un dedo en su mentón para que no perdiera el contacto—. Dietrich oculta algo grave y ella lo sabe —concluyó finalmente.

—¿Algo grave? —exclamé pensando que podría ocultar Dietrich.

Mi primo podría ser arrogante, pesado y demasiado persistente, pero solo era un adulator con ínfulas de hacerse notar, en él no existía nada más que el ego y las ganas de presumir que era el mejor.

—Sí, esa ha sido la razón por la que sedujo a tus exnovias para que te engañaran, Annabelle le incitó a que lo hiciera para sacarlas de tu vida —advirtió Celeste y eso hizo que mis alarmas se pusieran en alerta.

¿Annabelle?, ¿Ella detrás de todo ese juego que se traía Dietrich con mis novias? Era imposible.

—¿Estás segura de eso? —pregunté porque sin duda debió oír mal la conversación.

—Tan segura como que le ha vuelto a amenazar para que haga lo mismo conmigo y si no accedo, utilice los medios necesarios para conseguirlo —ratificó y eso me confundió todavía más, pero es que me resultaba imposible creerlo. Annabelle jamás haría algo así, ella podía ser bastante pesada y persistente, pero nada más.

—No puede ser... —admití llevándome las manos a la cabeza como si necesitara pensar—. Admito que Annabelle no es que sea la mujer más buena del mundo, pero dudo que haga algo así.

Definitivamente Celeste habría escuchado algo, pero seguramente por el idioma habría sacado las cosas fuera de contexto a pesar de que lo dominaba con fluidez.

—¡Te estoy diciendo que lo escuché! —gritó como si quisiera que la oyera.

—Probablemente escuchaste mal —advertí—. Dietrich solo se acostó con mis exnovias porque ha buscado esa rivalidad y competitividad desde siempre, ya te dije que lo hacía con mi hermano también. Dudo que Annabelle tenga algo que ver en ello.

Dietrich no necesitaba que Annabelle le obligara, era más que obvio que él buscaba esa rivalidad desde hacía años... así que sin duda lo que Celeste habría escuchado estaba fuera de contexto.

—¿Entonces no me crees? —preguntó con un claro signo de ofensa.

—Te creo —admití observándola directamente—, pero más bien tiendo a pensar que debiste interpretar mal esa conversación.

No podía ser de otra forma. Dietrich no obedecía a nadie y menos aún lo haría con mi prima lejana. Sin duda debió existir una conversación entre esos dos, pero ni de lejos sería lo que Celeste afirmaba haber escuchado porque era absurdo tal y como conocía a ambos. Había estudiado a Dietrich tiempo atrás y podía decir muchas cosas sobre él, pero incapaz de hacerle daño a alguien o cometer algún acto ilegal. Su juego se basaba mas bien en lo inmoral.

Atisbé a ver que Celeste no parecía satisfecha del todo con la respuesta, pero no dijo nada para rebatirme o decir lo contrario, así que supuse que aceptó que efectivamente habría malinterpretado aquella conversación.

Realmente no le di más importancia de la que tenía, así que no volví a pensar en ello durante los siguientes días, sino en disfrutar de cada segundo junto a ella como el hecho de que en tan solo unos días sería su cumpleaños y deseaba sorprenderla.

A pesar de mi apretada agenda, conseguí volver a tiempo para la fiesta sorpresa del vigésimo noveno cumpleaños de Celeste. Era el primero que pasaba a su lado y esperaba que no fuera el último, así que había encargado a mi asistente preparar una celebración privada donde no faltase de nada, pero al mismo tiempo estuviera lo que ella más adoraba; esa crema de chocolate y su familia. Quería regalarle algo que no pudiera olvidar con facilidad así que encargué hacer un colgante con forma de estrella de diamantes especialmente para ella.

La fiesta había terminado y eran casi las dos de la madrugada, todos se habían marchado a sus respectivas estancias, pero había conseguido persuadirla un rato más para asegurarme de que nos quedásemos a solas y nadie nos molestara.

—¿Estás cansada? —pregunté poco después de que sus padres se marcharan.

—Aún no... ha sido fantástico, aunque me habría conformado con soplar una simple magdalena y pedir un deseo —contestó sonriente y podía percibir que estaba demasiado alegre, probablemente por las copas de champán que había tomado.

Aquella pequeña fiesta era lo menos que podía hacer por ella, aunque para mi la verdadera fiesta comenzase justo ahora.

—¿Y que deseo pedirías? —pregunté ávido de curiosidad.

—Si lo dijera jamás se cumpliría, así que no puedo decirlo —respondió sonriente y observé su mirada intensa, con ese brillo especial que conseguía paralizar mis pulmones.

—Es cierto, pero tal vez podrías darme una pequeña pista...

—Tranquilo, si se cumple serás el primero en saberlo —contestó con tanta avidez que no pude evitar sonreír.

—¿Es que tu deseo tiene algo que ver conmigo? —mencioné solo por jugar con ella.

—¿Es que te gustaría que lo fuera? —contestó en el mismo tono y sonreí aún más.

—A mi me gusta todo lo que tenga que ver contigo... —admití sacando un pequeño antifaz de raso del bolsillo interior de la chaqueta... comenzando por tus ojos —admití deslizándolo por su cabeza y ocultándole la visión—. Y terminando por tus labios —dije robándole un fugaz beso antes de empujar de su mano y arrastrarla detrás de mi conforme escuchaba sus risas.

—¿Dónde vamos?, ¿Es algún lugar secreto? —preguntó tratando de quitarse aquel antifaz, pero le impedí hacerlo.

—Pronto lo descubrirás —dije caminando hacia la torre de astronomía y en el último tramo para que no tropezase con las escaleras la acogí en brazos sintiendo

Por suerte casi habíamos llegado, así que aprovechando su desconcierto la alcé en brazos para agilizar el recorrido y subí las escaleras que llevaban hasta la torre rápidamente mientras se aferraba a mi cuello para no caerse.

Cuando la dejé en el suelo, comprobé que permaneció quieta y expectante, como si esperase que yo diera el primer paso de aquel juego. Tras cerrar la puerta me acerqué a ella y le quité el antifaz que llevaba puesto.

—En realidad no es un lugar secreto, pero tiene algo mágico que no sabría explicar —dije conforme ella recorría la vista para ver el lugar. No había que encender ninguna luz, ya que el manto estrellado iluminaba parcialmente aquella estancia y esa precisamente era la intención, que nada iluminara aquel lugar salvo el cielo.

—¿Y porqué me has traído? —preguntó buscándome con la mirada.

—Porque creo que era el mejor lugar para darte esto —contesté sacando la pequeña cajita del bolsillo izquierdo y ofreciéndosela—. Feliz cumpleaños, Celeste.

Pude ver parcialmente su cara de desconcierto, quizá había pensado que la fiesta había sido su regalo, pero en realidad no había querido darle aquel pequeño presente frente a todos, sino a solas... porque no quería que nadie más fuese testigo de ese momento. Observé como deshizo el minúsculo lazo y abrió la pequeña cajita de terciopelo rojo. El diamante que oscilaba en medio de la estrella brilló con luz propia como lo hacía su ahora dueña.

—Es precioso... —susurró mientras lo sacaba de la pequeña caja y vi que se colocaba el cabello a un lado con la intención de ponérselo, así que le ayudé a hacerlo.

—Me alegra que te guste —mencioné rozando los dedos de su cuello—. Si alguna vez sientes que te has perdido, solo tienes que seguir tu estrella para que te lleve de allí donde quieres llegar —admití pensando que ella era mi estrella y el lugar en el que deseaba estar.

—Ahora mismo no existe otro lugar donde quiera estar salvo aquí, ahora y en este preciso instante —dijo antes de colocarse de puntillas para alcanzar mis labios y aferré su cintura para alzarla y devorar su boca libremente.

Eso era cuanto necesitaba escuchar para saber que ella quería estar allí conmigo y que al menos en ese preciso instante no deseaba marcharse. Aquella noche no solo fue especial, sino que sentí más que nunca la conexión que había entre nosotros y la pasión que desbordaba su cuerpo unido al mío como uno solo.

Conforme fueron pasando los días, era cada vez más consciente de que la coronación sería un hecho y que iba a proclamarme rey en tan solo unas semanas. Siempre había creído que cuando llegase el momento estaría preparado, que de algún modo inexplicable habría adquirido el conocimiento y capacidad necesaria para asumir esa responsabilidad. Ahora me daba cuenta de que no era así y de que ningún monarca lo estaba cuando llegaba su momento, solo podía aspirar a hacerlo lo mejor posible para mi pueblo.

Regresaba a casa agotado, pero si había algo que había aprendido en esos días era la importancia que tenía la persona que residía a tu lado. No habría sido lo mismo sin ella y desde luego jamás lo sería si se marchaba, aunque sentía que el tiempo volaba entre mis dedos, de algún modo presentía que ese era el camino correcto, o al menos así lo creía hasta que abrí la puerta de mi habitación y los celos me consumieron.

—¿Qué está pasando aquí? —grité mientras imágenes del pasado venían a mi por más que no quisiera evocarlas—. ¿Qué hace él aquí? —insistí exigiendo una respuesta y comprobando que Dietrich estaba sentado en aquella butaca mientras Celeste permanecía de pie frente a él.

—Pasa que tu primo ha intentado drogarme y que le ha salido el tiro por la culata —contestó Celeste cruzándose de brazos mientras me observaba fijamente con el rostro serio y sin ninguna señal de que aquello fuese una broma de mal gusto.

Tardé varios segundos en tratar de procesar esa información, sobre todo porque no era la

respuesta que había esperado oír y a pesar de ello de mis labios solo salió un profundo “¿Qué?” porque seguía incrédulo a tener que admitir aquello, pero me acerqué a Dietrich para que él tratara de explicármelo, solo que permanecía callado, como si estuviera ausente por completo.

—Mira... sé que es complicado que tengas que creerme a mi que me conoces desde hace unos meses, antes que a alguien que lleva en tu vida desde que naciste, pero te aseguro que lo que escuché el otro día es tan cierto como que tu primo ha intentado drogarme esta noche y le cambié el vaso precisamente porque no me fiaba de él. —Celeste hablaba mientras yo no dejaba de observar a Dietrich cabizbajo, ¿De verdad era posible aquello?

—No puede ser... —dije llevándome una mano a la cabeza tratando de analizar la situación... ¿De verdad podría ir Dietrich tan lejos?, ¿Sería capaz de hacer algo así?

—Pregúntale tu mismo, porque no tengo ni idea de qué echó en la limonada, pero parece que no se trata de algo que te deja inconsciente —mencionó Celeste y entonces me dirigí a él a pesar de que pareciese ajeno a lo que allí ocurría.

—¿Has intentado drogarla Dietrich? —exclamé exigiendo una respuesta. Me parecía completamente absurdo preguntarle algo así, pero a pesar de su estado, pude escuchar su clara afirmación al respecto.—. ¡Te voy a matar mal nacido! —grité cogiéndole el cuello de la camisa con toda la intención de propinarle un puñetazo que le dejara la cara marcada de por vida.

¡No podía ser cierto!, ¡No era posible!, ¿Qué clase de mal nacido hacía algo así solo para acostarse con ella?, ¡Me daba asco!, ¡Era absolutamente repugnante! De solo pensar que Celeste podría haber sido víctima de él ¡Dioses!, ¡Ni tan siquiera en las Vegas donde supuestamente estaba bajo los efectos de alguna sustancia, ella había perdido su esencia o parecía tan ausente como en cambio lo estaba Dietrich, ¿Qué clase de droga era esa?

—¡Espera! —escuché que mencionó Celeste.

—¿Ha intentado drogarte para... —Ni siquiera podía admitirlo porque me daban ganas de matarle y arrojarlo a un puente—. ¿Y le defiendes?

—No le defiendo, lo que no quiero es que le dejes inconsciente y nos quedemos sin respuestas —advirtió y sentí como colocaba su mano sobre mi pecho. De algún modo eso me causó paz, era como si ella tuviera la capacidad de hacerme entrar en razón.

Celeste me lo había advertido y yo no le hice caso, esas estaban siendo las consecuencias por mi falta de atención, pero sobre todo, mi falta de confianza ciega en ella.

—¿Ha sido Annabelle la que te dijo que drogaras a Celeste? —pregunté para salir de dudas.

—Si... —oí su voz mascada, como si le costara tener que admitirlo.

—¿Por qué? —pregunté apretando aún más su cuello de pura rabia.

—Bohdan, no es consciente de sus actos, así que no creo que necesites ahogarle para que confiese, creo que es un tipo de droga que te hace perder la voluntad y hacer todo lo que te dicen —advirtió Celeste y de forma inmediata dejé de apretar para sujetarle firmemente.

—Responde —insistí con rabia.

—Porque debe irse del castillo —admitió finalmente.

—¿Por qué debe irse? —exclamé apretando los dientes y llenándome de ira.

—Para que Annabelle sea reina, tiene que irse... Annabelle, reina, Annabelle, reina, Annabelle tiene que casarse con Bohdan, Annabelle reina, Anab..

—¡Basta! —grité empujándole contra la silla.

—¿Qué temas que le cuente Annabelle a tu familia Dietrich?, ¿De qué tienes miedo? —preguntó Celeste justo cuando yo me di la vuelta no dando crédito a lo que estaba sucediendo en mi propia familia, con las personas que vivían incluso bajo mi mismo techo.

—Yo maté a su hijo —susurró—. Yo le maté...

Y en ese momento sentí un frío aterrador. No... aquello no podía ser cierto... ¡Adoph no pudo ser asesinado!





---

---

TREINTA

---

---



**E**ra como si el mayor de mis miedos cobrara vida. La muerte de mi hermano mayor fue un duro golpe para todos, pero saber que no fue un accidente, sino que era intencionado era como sentir una presión en el pecho que me ahogaba dejándome absolutamente conmocionado.

¿Por qué? Esa era la única pregunta que martilleaba mi conciencia. ¿Qué razones habría detrás de su asesinato? No podía ser la corona, yo heredaba el trono y nadie más que yo saldría beneficiado con su muerte, entonces, ¿Por qué?

La pregunta que temía salir de mis labios lo hizo en un sonido dulce por parte de Celeste.

—¿Mataste a Adolph? —oí y mi cuerpo permanecía completamente quieto, era como si temiera que en un movimiento pudiera no sentir su respuesta.

Aquello era doloroso, un dolor que hasta ahora no había experimentado y que al mismo tiempo era consciente de que tenía que llegar hasta el final, aunque no me gustara lo que descubriera en el camino.

—Si... —susurró—. Yo le hice competir, yo insistí para que corriera esa noche a pesar de saber lo peligroso que era, fue mi culpa, murió por mi culpa.

—¡Dios! —grité en cuanto sentí aquella confesión no pudiendo evitar llevarme un puño a la boca y morderlo de rabia contenida.

¡Lo había tenido delante de mis ojos todo ese tiempo y no lo había visto! Yo mismo le había preguntado y había confesado que no estuvo presente ese día en la competición. ¡Maldita sea!

—¿Tú le dijiste que participara en la carrera porque sabías que moriría? —oí de pronto y me giré rápidamente para encararle. Si decía que sí, yo mismo le ahogaría con mis propias manos por destrozar a mi familia.

—No, yo no sabía que iba a morir —Su voz sonaba tensa, como si en el fondo se resistiera a revelar aquello y estuviera luchando contra sí mismo—. Yo no quería, pero me pagaron mucho dinero para que participase.

¿Habían pagado para que participara Adolph?, ¿Significaba eso que quien estuviera detrás de dicho pago lo estaba también de su muerte? Una inquietante sensación me decía que era así y que tendría que descubrirlo.

—¿Quién? —exclamé con ímpetu—. ¿Quién te pago para que él corriera? —insistí esperando una respuesta. Un nombre de quien tirar de esa telaraña que parecía estar tejida a nuestro alrededor sin darnos cuenta mientras su veneno comenzaba a recorrer nuestras entrañas.

—No lo sé —admitió finalmente como un niño asustado—. No lo sé... —insistió mientras parecía lamentarse de ello y eso hizo que tuviera aún más rabia.

No me valían sus lamentaciones, ni su arrepentimiento si es que verdaderamente existía y menos aún que sintiera lo sucedido, aunque realmente no fuera consciente de lo que iba a suceder ese día. Había guardado esa información para sí mismo por miedo a que le repudiáramos, por temor a que la familia le diera la espalda o a posibles represalias. Para mí solo eran los actos de un cobarde sin escrúpulos que había vendido a mi hermano al mejor postor por unas pocas monedas.

Con esa rabia corriendo mis entrañas supe que no revelaría más información y aunque no consiguiera calmar mi inquietud, no soporté ni un solo segundo más ver su cara de fingida inocencia y arrepentimiento así que estampé el puño contra su mejilla importándome muy poco que Celeste me reprendiera.

—¿Estás bien? —Su voz parecía preocupada y no de reproche por mi nulo autocontrol en aquel momento.

En ese momento observé aquellos dulces rasgos y maldecí no haberla escuchado antes. Ella me había advertido, había acudido asustada buscando mi apoyo y en lugar de ofrecérselo me limité a darle la espalda. Aquello había sido un guantazo de realidad en la cara y no solo porque ella tenía razón, sino porque había mucho más detrás de aquello. Dietrich había tenido toda la intención de manipularla para hacerme creer que me engañaba y si ella no hubiera sido tan astuta ahora mismo estaría presenciando una escena muy diferente y seguiría totalmente ciego ante la muerte de mi hermano porque mi primo se habría llevado ese secreto a la tumba.

—¿Me preguntas si estoy bien después de todo lo que has debido pasar? —pregunté acercándome a ella y atrapéandola en un solo movimiento para sentir su cercanía. El miedo sobre lo que podría haber ocurrido me abrumó—. ¡Dios! —gemí—. No quiero ni pensar en lo que te habría podido hacer ese degenerado si hubiera conseguido su propósito —admití pensando lo peor.

Ya no reconocía a Dietrich, no sabía hasta donde era capaz de llegar o actuar para conseguir sus propósitos. ¡Santo Dios! ¡Había intentado drogarla solo para hacerme creer que se acostaba con ella! No quería ni pensar en lo que podría haber hecho si lo hubiera logrado.

—No me ha pasado nada Bohdah, estoy bien —contestó con voz calmada y saber que ella estaba tranquila me generó cierta paz, aunque me martirizara por no prestarle atención cuando me advirtió de los hechos.

—Soy un estúpido por no creerte, tengo ganas de abofetearme por no haberle dado la importancia que requería cuándo me lo dijiste —admití como si esa vocecilla interior me martirizara.

—Escúchame Bohdan —dijo de pronto y vi como me observaba con aquellos preciosos ojos—. Olvida eso ahora, es normal que no quisieras desconfiar de los que son tu familia, yo en tu lugar también hubiera hecho lo mismo, pero tienes que investigar la muerte de tu hermano, tienes que averiguar que fue lo que realmente paso porque...

—No fue un accidente —admití antes de que ella lo dijera.

—Yo tampoco creo que lo fuera —coincidió—. Pero también pienso que Dietrich solo es culpable de sentirse responsable por lo que ocurrió aquella noche.

A pesar de lo que había intentado hacer esa noche con ella, lo exculpaba. Ciertamente yo pensaba lo mismo al respecto tras su confesión, pero tenía ante mí a la mujer más valiente y generosa que jamás había conocido. Me incliné hasta unir mi frente con la suya y rocé sus labios

sintiendo el calor que de ellos emanaba.

—Llegaré hasta el fondo de este asunto —dije rozando sus labios—, pero no quiero ponerte en peligro Celeste, si te ocurriera algo, si por mi culpa tu... —No era capaz de terminar la frase porque mis pensamientos no podían aceptar que ella se apartara de mi lado por una u otra razón.

Había descubierto que mi vida giraba en torno a ella, que me completaba, que sin ella el día carecía de luz o alegría, ¡Joder!, ¡La quería más que a nada!

—No me ocurrirá nada —admitió finalmente y quise creer que así era—. Sé que a tu lado estaré segura —añadió y sentí que a pesar de todo confiaba en mí, que a pesar de no haberle prestado atención ella seguía confiando en mí y me juré a mí mismo que nunca, jamás de los jamases le fallaría, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

—Te prometo que no volveré a dudar jamás de tu palabra, por muy inverosímil que me parezca lo que me cuentes —advertí confiado.

—Gracias —contestó deleitándose con su sonrisa.

Cada vez era más consciente de que ella no había llegado a mi vida por simple casualidad, ni que todo había sucedido por simple azar. Era más consciente que nunca de que estábamos predestinados a encontrarnos.

—Celeste —dije llamando su atención y coloqué los dedos sobre su mentón para que me mirase directamente a los ojos—. A partir de ahora tú serás mi prioridad.

Antes de que pudiera contestar besé aquellos labios con suavidad, con ternura, con la delicadeza que se merecía la dueña de aquellos dulces labios.

Ella iba a ser mi única prioridad. Tenía claro que no podía, ni quería perderla. Si pensaba en el hecho de lo que podría haber ocurrido... No. Era mejor no pensarlo porque aún podía sentir la furia en mis entrañas hasta el punto de querer ahogarlo con mis propias manos.

Mi primo. Mi propio primo cuya misma sangre corría por nuestras venas había sido capaz de hacer aquello. ¿Hasta donde estaba dispuesto a llegar por guardar aquel secreto? Pensar que la muerte de Adolph no fuera un accidente tensaba todos mis músculos. Si había sido dolorosa su pérdida para todos, no podía imaginarme cuan sufrimiento podría traer conocer que aquello fue intencionado.

Tenía que pensar como debía actuar, aunque en primera instancia debía poner a Dietrich bajo vigilancia, aún no tenía claro que haría con él, pero ahora que conocía su secreto, por seguro que lo quería lejos de Celeste y de mi familia.

—¿Qué harás con él? —escuché tras de mí en cuanto Celeste y yo nos quedamos a solas.

Había dado órdenes específicas de que le mantuvieran vigilado. Ahora parecía dormido y daba la impresión de que había bebido, nadie sospecharía otra cosa hasta que el morado de su mejilla se hiciera visible. Él y yo mantendríamos una conversación privada cuando despertara, una que en aquellos momentos no me agradaba tener, pero que debía afrontar lo quisiera o no para dejarle muy claro que no sería bienvenido de nuevo a palacio, ni a Liechtenstein.

—Ahora mismo lo único que me apetece es rebanarle el cuello por lo que ha intentado hacerte o más bien hacernos —dije sintiendo la rabia aún dentro de mí.

Solo esperaba tener la cabeza fría cuando me enfrentase a él y fuese consciente de sus actos, porque en aquellos momentos me sentía descontrolado. ¡Había estado tan ciego!, ¿Cómo pude pensar que su competitividad no era peligrosa?, ¿Cómo pude llegar a creer que solo se trataba de un juego para él? Era evidente que no y debí haberlo visto mucho antes.

—¿Le contarás a tus padres lo que nos ha confesado? —Su voz sonaba tan suave que supe que lo hacía solo para tratar de calmarme.

—No —dije tratando de sonreír, aunque en aquellos momentos ninguna sonrisa era capaz de salir de mis labios—. No quiero causarles aún más dolor hasta investigar lo que realmente ocurrió. Saber que la muerte de mi hermano no fue un accidente implica que hay un culpable detrás, una o varias personas que por alguna razón querían ver muerto al heredero de la corona de Liechtenstein —dije pensando en mis padres y Margarita, en todo el dolor que aquella muerte había traído a mi familia. Si existía alguna posibilidad de que no hubiera sido un simple accidente, sabía que eso les destrozaría.

—¿Y si tú también estás en peligro Bohdan? —exclamó y quise creer que había cierta preocupación en su tono de voz—. ¿Quién podría desear que tu hermano muriese?

¿Alguien interesado en su muerte? Yo era quien saldría ganando si él moría.

—Nadie más que yo saldría beneficiado con su fallecimiento —admití honesto—, pero si yo muero, el siguiente en la línea sucesoria sería Dietrich salvo que se aprobara la ley sálica y ascendiera al trono mi hermana.

Algo que aún estaba en trámite de aprobarse y que mi padre pretendía abolir desde hacía años porque lo consideraba obsoleto en los tiempos que corrían. Él quería asegurar el linaje por si alguno de sus descendientes tenía solamente descendencia femenina.

—Pero él no fue... —meditó pensativa.

Si el interés no venía dado por la corona debía existir otro motivo por el que el príncipe de Liechtenstein fuera asesinado. En aquel momento me pregunté si de verdad conocía a mi hermano, si realmente era la persona que yo creía que era o si había algo turbio que podría esconder.

—Tal vez Adolph ocultaba algo, tal vez estaba metido en líos y yo no lo sabía —admití sintiendo que mi cabeza iba a estallar, que aquella situación me sobrepasaba y no era capaz de razonar debidamente.

No podía creer que estuviera admitiendo que fuese verdad. Era impensable que tuviera que investigar el hecho de que la muerte de Adolph no fuera casual.

—Quizá —oí la voz de Celeste cercana a mi y pronto sentí el roce de sus manos en mis brazos como si tratara de calmarme o darme ánimos—, pero debes tener cuidado y más aún si descubren que sabes que no se trató de un accidente y estás investigando.

Podía percibir su cercanía y pensé como aquella mujer podía ser tan valiente, ¿Por qué razón no huía?, ¿Qué motivos podía tener para quedarse después de descubrir lo que habían tratado de hacerle? Eso sin contar con el hecho de que mi madre no le había puesto las cosas nada fáciles y de que quizá estuviéramos buscando a un asesino en nuestro círculo de amistades.

—¿Te preocupa lo que me pueda ocurrir Celeste? —pregunté abriendo los ojos para observarla fijamente.

Allí estaba frente a mi. Sin aparente miedo. Sin escandalizarse. Sin montar una escena por lo sucedido. Sin alejarse. Sin pretender huir. Sin alejarse...

—Por supuesto que me preocupa —contestó de inmediato.

—¿Por qué? —pregunté conmovido sin entenderlo—. Solo te he traído problemas y complicaciones desde que viniste —afirmé sincero.

Nunca había pretendido que las cosas se dieran así y cuando al fin parecía que todo podría salir perfecto, sucedía esto. Imaginé desde el principio que mi madre no pondría las cosas relativamente fáciles y en un principio eso no me había importado porque egoístamente no había pensado en ella, creí que con recompensarla una vez pasado todo sería suficiente. Ahora me arrepentía de ello, me habría gustado hacer las cosas bien, de otro modo, de una forma correcta, pero no podía retroceder en el tiempo y desde luego no bastaba con arrepentirme de los hechos.

—No todos los días se ofrece la posibilidad de vivir en un palacio y convertirse en princesa —contestó sonriente y supe que aquello solo era una verdad a medias.

—A veces me pregunto porque no has salido huyendo de este lugar —dije acariciándole la mejilla.

«Y no puedes imaginar cuánto te lo agradezco» medité mientras no dejaba de observarla perdido en aquellos ojos brillantes.

—¿Y dejar que tu madre se salga con la suya?, ¡Ni hablar! —bufó con cierta diversión—. Además, si no me hubiera quedado tal vez nunca hubieras descubierto lo que esos dos tramaban en tu contra y lo que Dietrich escondía sobre tu hermano.

Ciertamente había estado ciego al respecto, es más, ella misma cuando me lo había mencionado no le di la importancia que requería y aquello hacía que me martirizase de nuevo.

—Si —admití siendo sincero—. Si no llega a ser por ti hubiera pasado el resto de mi vida cegado —afirmé sin dejar de mirarla. Era tan delicada como una flor, pero tan fuerte como el diamante más puro—, por no mencionar que mi padre no seguiría entre nosotros.

Le debía tantas cosas que ni siquiera sabría por donde comenzar. Ella había llegado a mi vida para revolucionarla por completo y ahora era incapaz de ver mis días sin su compañía.

—Me llevaré muy buenos recuerdos de aquí cuando tenga que marcharme —dijo en voz baja.

«Algo que espero que no suceda jamás» pensé observando su bello rostro redondeado hasta que mi vista se detuvo en aquellos carnosos labios.

—Aún falta mucho para eso —afirmé acercándome a ella hasta rozar sus labios—, mucho tiempo —reiteré tratando de profundizar aquel beso.

Aquella noche amé cada parte de su cuerpo delicadamente, como si deseara transmitirle que jamás permitiría que le ocurriera nada, era como si algo dentro de mi ser quisiera decirle que a mi lado estaba a salvo y que moriría antes de permitir que la tocaran. Quería que en ella no hubiera rastro de miedo alguno, ni de inquietud, le había fallado demasiadas veces y no volvería a hacerlo, no volvería a correr el riesgo de que se alejase de mi. Necesitaba sentir que ella era mía, que cada partícula de su ser me pertenecía en cuerpo y alma porque me castigaba a mi mismo diciéndome que no la merecía.

Fui consciente de cada segundo que tuvo aquella noche, como lo fui de no soltar ni un solo instante el cuerpo que tenía entre mis brazos conforme sentía el calor de su carne junto a la mía. Ella era perfecta y encajaba con cada curva de su espléndida figura. Me levanté en cuanto percibí los primeros rayos de sol y me vestí en la penumbra tratando de ser lo más silencioso posible para no perturbarla. Lo que menos deseaba en aquellos momentos era despertarla.

Cerré suavemente la puerta de mi habitación tras salir de ella y saludé con gesto afirmativo al guardia que custodiaba la entrada. Después de lo sucedido había pedido que alguien vigilara el acceso durante toda la noche. Realmente no lo hacía por mi seguridad, sino por la de ella y me iría más tranquilo sabiendo que no corría ningún tipo de peligro.

—Nadie puede entrar, ni salir de esta habitación. Si mi prometida pregunta por mí, le dirás que regresaré enseguida —mencioné en voz baja mientras esperaba regresar antes de que ella despertara.

—Por supuesto, excelencia.

No conocía al tipo, pero imaginaba que era alguien del cuerpo de seguridad de la corte real. No pensé en ello, sino que apresuré el paso hacia el lugar donde habían recluido a Dietrich por petición mía. En cuanto llegué a las habitaciones más alejadas y antiguas de palacio que nadie habitaba, encontré rápidamente en la que había sido instalado mi primo por las dos personas que

aguardaban la entrada.

—¿Ha intentado salir? —pregunté directamente siendo consciente de que ni tan siquiera había saludado, pero el solo hecho de recordar lo sucedido hacía que mi sangre hirviera de auténtica ira.

—Si excelencia. Ha despertado hace una hora y no deja de exigir que le liberen.

Por supuesto que gritaría para que le abrieran la puerta. Si recordaba lo sucedido tenía mucho por lo que temer.

—Muy bien, abran la puerta entonces, pero aseguraos de que él no escape si lo intenta — advertí firmemente y pude observar que aquel guardia de seguridad parecía confuso, aún así agradecí que simplemente asintiera sin preguntar exactamente que era lo que sucedía.

En cuanto la puerta se abrió, comprobé que Dietrich parecía ligeramente aliviado hasta que me vio avanzar hacia él. Entonces y solo entonces su cara pareció ensombrecerse ante el hecho de que me estuviera en aquella recámara que en algún momento había pertenecido a un pariente lejano de nuestro linaje y que aún permanecía con el mismo decorado de la época.

—Querido primo, ¿Se puede saber que es todo esto?

—Creo que sabes perfectamente de que va todo esto —dije alzando las manos sin dejar de observarle.

Aún tenía que abstenerme y convencerme a mi mismo de que ahogarle con mis propias manos no me liberaría de la furia que sentía, por más que quisiera creer que al menos me calmaría.

—¡Oh! —exclamó moviendo ligeramente la cabeza en señal negativa mientras alzaba el dedo índice para señalarme—. No sé que te habrá dicho esa mujer, pero no es la santa que aparenta ser...

—¡Pretendías drogarla! —grité—. Y todo para hacerme creer que se había acostado contigo. Hasta ahora podía tolerar tu insolencia, pero se acabó...

—¿Drogarla? —exclamó aturdido—. No creerás que sería capaz de hacer algo así, ¿Verdad? —insistió—. Piénsalo... soy tu primo, me conoces desde que éramos pequeños y a ella desde cuanto hace que la conoces, ¿Un par de meses? Fue ella quien me drogó a mi intencionadamente. ¡Es de ella de quien deberías dudar!

En aquel momento la ira traspasó mis límites y di dos zancadas hasta encararle de frente.

—Entregaría mi vida a esa mujer sin dudarlo y estaría dispuesto a morir por ella si fuera necesario —advertí observando fijamente aquellos ojos verdes que parecían asustados—. Sé lo que hiciste Dietrich. Conozco tu oscuro secreto por más que intentes ocultarlo, así que te daré dos opciones; actúa como un hombre y confiesa o seré yo mismo quien les diga a todos lo que le hiciste a mi hermano.

Vi la duda en sus ojos. Observé la palidez de su rostro como el de un pequeño ladrón al que acaban de cazar.

—Te diré lo que quieras saber, pero no les digas nada —admitió finalmente mientras inclinaba su mirada hasta fijarla en el suelo y apreté mis puños fuertemente para contener las ganas de clavarlos en su cara.

—Comienza desde el principio. Dime qué implicación tuviste en la muerte de mi hermano — advertí mientras daba un paso atrás y le daba la espalda.

Me parecía demasiado surrealista tener que hacer aquello, con mi propio primo por más diferencias que hubiéramos tenido.

—Yo solía organizar algunas carreras en las que él participaba, en aquella ocasión no estaba previsto que él lo hiciera, pero recibí una llamada de un patrocinador indicándome que recibiría

una suma elevada si conseguía que el futuro heredero a la corona participase. Creí que solo se trataba de obtener algunas fotos para la prensa y por eso pagaban asegurándose de que Adolph estuviera. No le di importancia, simplemente hice lo que solía hacer siempre; convencí a tu hermano de que era imposible que ganara la carrera y al final accedió a participar. Cuando tuvo el accidente me culpé de lo sucedido y yo mismo me pregunté si aquella llamada tendría algo que ver y si su muerte no fue un verdadero accidente.

—¿No se te ocurrió decírselo a nadie?, ¿Por qué razón ocultar eso durante años? —exclamé sin comprenderlo.

—¡Tenía miedo! —grité—. Cuando ocurrió no reaccioné, creí que se trataba de un accidente como todos, pero tras el funeral comencé a pensar que existía esa posibilidad, que quizá algo se ocultaba tras aquella llamada. En aquellos días yo estaba abstraído, apenas hablaba con nadie y por mi mente solo pasaba el pensamiento de que quizá de forma inconsciente había sido el culpable de la muerte de Adolph. No podía asumir eso, la carga ya era demasiado grande si tenía presente que yo fui quien le convenció de que corriera en la carrera, si a eso tenía que sumarle que la insistencia era para asesinarle... no. Yo no podría convivir con eso.

—Pues no tendrás más remedio que hacerlo, porque ya fuese un accidente o no, parte de la culpa de su muerte es tuya, sobre todo por callar durante todos estos años como un cobarde —advertí vehemente dirigiéndome hacia él—. Quiero saber porqué Annabelle conocía tu secreto y que es lo que saca ella con todo esto —advertí en primera instancia tratando de averiguar que papel tenía ella en el juego.

Percibí que él parecía confundido, pero aún así contestó.

—Yo se lo confesé. Ella comenzó a acercarse a mi, parecía afligida por la muerte de Adolph y por alguna razón comencé a confiar en ella. No sé porque decidí contárselo, supongo que la necesidad de liberarme de aquella carga y el hecho de que ella estaba siempre a mi lado fueron claves, pero me ha torturado todos estos años con revelar ese secreto si no hacía lo que ella me pedía. Tiene una ligera obsesión con deshacerse de todas tus parejas.

No hacía falta que preguntase si Annabelle tenía algo que ver en el hecho de que Dietrich se hubiera acostado con mis ex, era obvio que había sido ella quien se lo había ordenado. Estaba descubriendo que mi madre no era la única obsesionada con aquella unión.

—Lo lamento por ella —advertí—, pero le resultará difícil deshacerse de Celeste —dije más para mi mismo que para él.

—Nunca pretendí hacerle daño —confesó acercándose hasta mi y cogiéndome del brazo—. Tienes que creerme, jamás le habría puesto una mano encima sin su consentimiento, solo pretendía hacerte creer que si. Celeste es diferente al resto, ella no se merecía eso y traté de negarme, pero el hecho de ser repudiado por mi propia familia cegó mi voluntad. Lo lamento.

—Si quieres obtener un perdón por mi parte, lamento decirte que no lo vas a encontrar y te deseo la mejor de las suertes si logras perdonarte a ti mismo. Seré franco; no quiero volver a verte cerca de Celeste, de mi familia, ni de este palacio. Desde hoy, Dietrich Alarovic Francis de Hasburgo no eres bienvenido. Te irás a Australia, lo suficientemente lejos de Liechtenstein para expiar tu culpa.

No esperé que me contestara, sino que me marché de allí sin volver la vista atrás e indicando que se tomaran las medidas oportunas y necesarias para que mi petición fuera llevada a cabo. No quería volver a verlo. No deseaba volver a enfrentarlo, porque de hacerlo su lamento no sería ningún impedimento para que le partiera la cara a golpes por lo que había hecho.



---

---

## TREINTA Y UNO

---

---



La calma que sentí en cuanto me dejé caer en el sillón de mi alcoba fue plausible. Quizá la imagen que contemplaban mis ojos tenía algo que ver en ello y es que, aunque estuviera dormida y ajena a lo que pudiera suceder en aquellos momentos, su sola presencia me calmaba y sometía mis más inquietantes impulsos de violencia. Contemplé como se movía lentamente desperezándose, ver como esos ojos tan absolutamente preciosos se abrían al mundo era fascinante.

—Buenos días —dije sin dejar de observarla.

—Buenos días —respondió con evidente voz de dormida y eso la hacía aún más adorable.

—¿Has dormido bien después de lo que pasó ayer? —pregunté siendo consciente de que tardó bastante en conciliar el sueño, por eso no me preocupaba que se despertase algo tarde.

Seguía sin entender como era posible que hubiera decidido permanecer allí, a mi lado y no salir corriendo como haría cualquier otro ser humano.

—Si —afirmó algo somnolienta y despreocupada, tanto que incluso me sorprendía—. Tardé un poco en dormirme, pero no te preocupes por mi, estoy bien, Bohdan —admitió con tanta transparencia que supe que sería todo un lujo permanecer junto a ella.

—He hablado con Dietrich —le dije tratando de ser cauto. En el fondo necesitaba compartir esa información ya que de alguna forma estaba implicada y ciertamente solo confiaba en ella.

—¿Has ido a verle? —preguntó con evidente preocupación.

—Si —admití—. Me fui temprano, suponía que ya se habría pasado el efecto de la sustancia que había tomado y así era.

—¿Y qué ha ocurrido?, ¿Recordaba algo? —exclamó entre nerviosa y curiosa.

—Al principio negó todo, incluso fue tan mísero y ruin que te acusó de drogarle —dije recordando la conversación y observé como ella frunció el ceño y parecía enfadada.

—¡No me lo puedo creer! —gritó levantándose de la cama—. ¿Le has creído?, ¿Cómo me digas que has sido capaz de...

—Cssh —advertí y con un movimiento me acerqué a ella para atraparla entre mis brazos—. Por supuesto que no dudé un solo instante de que mentía para salvar su pellejo —dije calmándola—. Terminó confesando toda la verdad cuando le expuse lo que nos había confesado bajo los efectos de aquella droga que había intentado darte.

—¡Oh dios!, ¿Qué vas a hacer? —preguntó ahora exaltada.

—Si te refieres a Dietrich, se irá inmediatamente de palacio —contesté revelando mis



intenciones—. Le he enviado a Australia con un billete de ida sin retorno.

Y esperaba no volver a verlo durante los suficientes años para que aquello se me olvidara.

—¿Y con Annabelle?, ¿Has pensado que harás respecto a ella? Porque fue la causante de...

—Soy el primer interesado en tenerla lo más lejos posible de aquí, pero no puedo hacerlo. No sin tener las pruebas pertinentes que la culpabilicen de lo que ha hecho —advertí interrumpiéndola.

—Hizo todo esto por una razón Bohdan y no creo que cese en su hazaña de seguir intentándolo —me advertió.

—Lo sé —dije siendo consciente de lo que sucedía—, pero necesito que los demás también lo vean o quedará como una simple víctima ante ellos y ante mi madre que parece adorarla.

Ese era el problema, mi madre no creería una sola palabra de mi acusación o de la de Dietrich hacia ella. Para la reina Margoret, Annabelle sería la nuera perfecta y no vería nada malo a menos que le restregase los hechos con pruebas.

—Supongo que tienes razón —escuché a mi espalda.

—Lamento que tengas que seguir soportándola, intentaré hacer todo lo que esté en mi mano para que pases poco tiempo en palacio y así puedas evitarla —dije en un suspiro teniendo presente que yo también debería soportarla.

—Lo cierto es que te lo agradecería enormemente. —Me giré y contemplé su sonrisa, observé como se acercaba y colocaba su mano en mi pecho—. Hay algo más que tengo que decirte que no te va a gustar, pero esta vez no es referente a tu prima, sino a la mía.

—¿Qué ocurre? —pregunté deseando no tener más dramas familiares.

—Se trata de mi prima Olivia, no sé si la recordarás, bueno... eso no importa, la cuestión es que asegura que tuvo una aventura contigo y según tengo entendido está intentando vender la noticia a la prensa.

En aquel momento recordé que mi asistente había mencionado aquello, esperaba que de algún modo ella no se enterara.

—Lo sé —admití acariciándole la mejilla y sintiendo cierta nostalgia por el modo en que había tratado de decírmelo algo apenada.

—¿Y no te pareció conveniente decírmelo? —preguntó asombrada.

—No quería preocuparte —afirmé sincero y coloqué mis manos en sus brazos de forma cauta—. Es tu prima y pensé que te dolería que hiciera algo así...

—¡Me importaba más lo que tu pudieras pensar de mi por esa oportunista! —gritó bastante ofuscada.

—Sé que tú no tienes nada que ver con eso, pero no te preocupes, está controlado —advertí tratando de disipar su preocupación al respecto.

—Gracias —contestó observándome fijamente.

—¿Por qué? —pregunté confuso. No había nada por lo que darme las gracias, aquel asunto era algo que sucedía en la corte constantemente, que fuera un miembro de su familia no resultaba relevante.

—Por ser siempre un príncipe —dijo entonces sonriente y no supe comprender a que se refería exactamente con aquellas palabras.

Era un príncipe, ¿A que podía referirse con serlo siempre? Ver la expresión de felicidad en su rostro y la alegría que parecía irradiar de aquellos ojos me hicieron no desear preguntarle, sino simplemente acercarme a esos labios y perderme en ellos. Celeste tenía el poder de hacer que mis preocupaciones se disipasen.

La coronación sería en apenas unos días y a pesar de todo lo que ello implicaba, ciertamente no podía dejar de pensar en lo sucedido con Dietrich y si verdaderamente la muerte de Adolph no fue un accidente. Estaba lo suficientemente ensimismado para no ser consciente de la conversación que mantenían las damas en la mesa hasta que ésta subió de tono en cuanto mi hermana alzó la voz.

—¡Sí! —exclamó—. Yo quiero que venga, madre. Siempre me encantan tus vestidos... — agregó dirigiéndose hacia Celeste.

—Nuestra invitada no tiene ninguna noción de protocolo para saber que te conviene Margarita. Yo elegiré tu vestido como he hecho siempre —contestó mi madre y podía notarse la perspicacia en su forma de insultarla indirectamente.

—No. —La negativa de Margarita nos sobrecogió a todos, incluso presentí que hasta a mi propia madre, porque ella jamás se había negado a sus órdenes—. Soy lo suficientemente mayor para elegir que quiero ponerme o quién quiero que me ayude, así que iré con Celeste o no iré.

En aquel momento me sentí orgulloso de que al fin le plantara cara a madre.

—¡Soy tu madre y harás lo que yo diga! —vociferó la voz de la amargura.

En aquel momento pensé en intervenir, pero para mi fortuna lo hizo padre en mi lugar.

—Margarita. Lo que tu madre intenta decir es que ella cree que elegiré adecuadamente porque ya te conoce y sabe lo que será correcto para ti. —Su voz era prudente y evidenciaba que solo quería calmar la situación.

—El problema padre es que nunca me deja elegir a mí —contestó Margarita enfadada—. Y siempre tengo que ir con lo que ella quiera me guste o no. Tengo casi trece años y puedo elegir por mí misma, ya no soy una niña.

En eso tenía razón, solo que madre deseaba seguir controlando absolutamente todo.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —La voz de Celeste atrajo mi atención. Sonreía como si aquello fuera lo más divertido del mundo a pesar de que debía sentirse en una encrucijada—. Nosotras elegiremos un vestido y junto a tu madre elegirás otro, después será Bohdan quien decida cuál cree que es más conveniente para la ceremonia puesto que me consta que tiene muy buen gusto, ¿Qué te parece?

Quise reír ante la evidente salida triunfal que acababa de tener para calmar la situación. Margarita me miró y le guiñó un ojo en señal de complicidad, por lo que no me sorprendió que aceptara la propuesta.

—¿Y qué pasará con el vestido que no sea elegido? —intervino Annabelle—. Es absurdo desperdiciar así el dinero de la corona cuando...

—No te preocupes Annabelle —pronuncié antes de que siguiera hablando—. Habrá una boda después.

«Porque me aseguraré de que la haya y no precisamente contigo» pensé al mismo tiempo.

—¡Oh, claro! —exclamó y no supe exactamente porque se alegraba de este hecho, pero al menos no seguiría hablando al respecto.

Apenas llevaba una hora en mi despacho cuando me entregaron los informes que había solicitado hacía unas semanas. Al parecer habían tardado más de lo previsto en conseguirlos y realizar un seguimiento, así que en cuanto estuvieron en mis manos los abrí tratando de descifrar su contenido. Tenía ante mí, los extractos de la cuenta bancaria de Dietrich los días previos a la muerte de Adolph, pero no habían podido identificar aún el rastro de la cuenta desde la que se había realizado el pago.

Aquello se enredaba cada vez más, si hubiera sido la prensa lo habrían detectado fácilmente.

No tenía más tiempo de revisar aquellos informes, puesto que debía irme a una reunión urgente, así que regresé a mi habitación para cambiar mi traje por el uniforme oficial y dejé los documentos sobre mi mesilla para mirarlos con calma al final de la jornada.

Aún no podía creer que aquello fuera a suceder y que en solo unos días me convirtiera en el monarca de Liechtenstein. Parecía muy distinto pensarlo a largo plazo, que siendo algo que ocurriría en breve, pero sentía que era capaz de afrontarlo aunque no me sintiera del todo capacitado y por primera vez en mucho tiempo, sabía que estaba en el lugar que me correspondía a pesar de que no debía ser yo quien ocupara el trono. Muchos años sentí la responsabilidad de afrontar un destino que no me pertenecía, como si de algún modo fuera culpable de beneficiarme de la muerte de mi hermano y ahora que había llegado el momento sentía que realmente lo deseaba, que en realidad valía para ello, aunque parte de esa sensación se la debía sobre todo a Celeste, pues ella era quien me generaba ese deseo.

Pasé el resto del día alejado del castillo, pero afortunadamente regresé antes de lo que imaginaba y fui directamente hacia mis aposentos. Abrí la puerta despreocupadamente mientras comenzaba a desvestirme con la idea de darme una ducha que me despejara la mente antes de repasar de nuevo esos informes que me habían dado esa mañana sobre el ingreso en la cuenta de Dietrich, cuando escuché la voz de Celeste sorprendida. Fue como si no esperase verme, algo extraño teniendo en cuenta que dormíamos en la misma habitación.

—¡Estás aquí!

—Pues claro, ¿Dónde quieres que esté preciosa? —exclamé mientras le acariciaba el pelo con suavidad y me reconfortaba de esos pequeños gestos que había convertido en cotidianos.

—Recibí esto hace unos minutos —dijo ofreciéndome una nota que devoré apresuradamente  
*«Te espero en las mazmorras para darte una noche de placer»*

No estaba escrita a mano, ni firmada, pero era evidente que Celeste podría haber pensado que podría ser mía.

—¿Pensaste que era yo? —pregunté mirándola detenidamente.

—Al principio sí, pero después dudé de que fueras tú porque supe que la habrías escrito a mano y firmado con tu nombre.

«Chica lista» pensé rápidamente, aunque después de lo sucedido con Dietrich ya me había demostrado que nadie podría engañarla fácilmente y eso era un gran alivio, sobre todo porque ya estaba lo suficiente preocupado por la situación para agravarlo aún más.

—¿Quién lo ha traído? —pregunté tratando de averiguar porqué razón alguien deseaba a Celeste en las mazmorras, aunque tampoco estaba dirigida específicamente a ella.

—Uno de los sirvientes —dijo entonces y supe que de algún modo sí que debía ir dirigida a ella.

—Quédate aquí y cierra con llave en cuanto salga, voy a averiguar de qué va todo esto.

De ninguna de las maneras iba a permitir que ella fuera y menos con todo lo que estaba sucediendo y que hacía solo unas semanas atrás mi propio primo intentó drogarla. No sabía si esto podía ser una estratagema de Annabelle, pero precisamente si lo era tendría pruebas para desenmascararla si es que estaba tratando de hacer algo.

—¿Vas a ir solo? —Su voz denotaba preocupación—. ¿No es mejor que te acompañe?

—Si te estaban esperando a ti, no pienso ponerte en riesgo de ninguna forma —afirmé rotundamente y besé sus labios como si esa fuera la prueba evidente de que me importaba.

—Bohdan, ¿Y si te ocurre algo? Tengo miedo... —agudizó de pronto y sentí cierta congoja en su voz.

—No me pasará nada preciosa, volveré antes de que te des cuenta —No temía por mi, pero sí por ella—. No me iré hasta que escuche como cierras con llave —dije antes de cerrar la puerta y ver que ella asentía.

Efectivamente, hasta que no escuché como lo hacía no avancé por el pasillo y me perdí tras las escaleras que llevaban a los calabozos. Todo estaba en penumbra, no había señal alguna de que allí hubiera alguien esperando, ni tan siquiera algún posible admirador entre el servicio que pudiera haber quedado prendado de ella como pensé en un primer momento para no encontrarle dobles intenciones a esa nota.

—¿Hola?, ¿Hay alguien ahí? —pregunté tras esperar varios minutos en silencio tratando de oír el más leve ruido, pero sin escuchar nada.

Por toda respuesta solo obtuve silencio. Quizá sí existía un admirador, pero lo había espantado en cuanto me vio a mi en lugar de a ella, después de lo de Dietrich algo me hacía no juzgar de buen agrado aquella nota y sentir esa opresión en el pecho por querer protegerla era casi escalofriante.

¿En que momento pasé a temer tanto el hecho de perderla? En cuanto regresé a la habitación golpeé suavemente la puerta y sentí un fuerte golpe en respuesta. Me asusté. Literalmente morí de terror.

—¡Celeste!, ¿Estás bien?, ¿Qué está pasando? —grité y escuché como rápidamente abría la puerta.

—Alguien ha intentado entrar —sollozó tirándose a mis brazos—, estaban intentando forzar la puerta para entrar.

—¡Dios! —exclamé abrazándola y besando su frente para calmarla—. ¿No viste quien era?, ¿No escuchaste nada que le identificara? —pregunté pensando si podría averiguar quien demonios estaba detrás de aquello.

—No... —gimió—. No le vi, no llegó a entrar y creo que fue porque te debió escuchar llegar.

¿Sería posible? Si era así agradecía haber regresado a tiempo porque no podía ni pensar en la idea de alguien atacando a Celeste para hacerle daño.

—No había nadie en las mazmorras, absolutamente nadie —advertí pensando que evidentemente la querían a ella y eso me asustaba.

—¿Era una trampa? —exclamó—. ¿Y si solo era una excusa para entrar aquí?

¿Entrar en la habitación?, ¿Qué podría haber para generar ese interés? Las cosas de valor no se guardaban en nuestras habitaciones, y de pronto recordé el informe que esa misma mañana me habían entregado.

—Puede ser —admití sin descartar esa posibilidad—. Esta mañana me trajeron unos documentos que me habían entregado sobre los extractos de las cuentas bancarias de Dietrich en las fechas previas a la muerte de Adolph y las dejé aquí —afirmé pensando quien podría saber eso, ¿Quién sabía que me habían entregado esos informes?

—¿Crees que la persona que quería entrar lo sabe?

—O buscaba esos documentos, o te buscaba a ti Celeste —Sin duda era uno de ambos y no pensaba correr ningún riesgo si en lugar de los documentos la querían a ella. No podía ni respirar del simple hecho de pensar que le ocurriese cualquier cosa—. Mañana a primera hora pondré a dos guardias de seguridad para que te sigan a todas partes y aguarden en la puerta.

—¿Crees que sea necesario? —preguntó—. No sabemos si...

—Si te ocurriera algo jamás me lo perdonaría —admití—. Tu eres lo más importante para mi, lo único importante para mi.

«Lo eres todo para mi» jadeé mientras la abrazaba.

Y así permanecí durante el resto de la noche, reteniéndola contra mi cuerpo como si necesitara saber que no se desvanecería entre mis dedos.

Aquella mañana me levanté en cuanto las primeras luces del alba dejaron entrever un pequeño atisbo desde la ventana. Contemplé como Celeste parecía plácidamente dormida y eso me reconfortaba. Después del miedo que debió haber pasado la noche anterior, una de mis inquietudes sería que ni tan siquiera pudiera conciliar el sueño. La quería allí. La necesitaba allí y todo se tornaba de un modo extraño como si la alentase a huir. Una parte de mí sabía que su tenacidad a no huir era porque se compadecía de lo sucedido. Ese don inusual que tenía por ayudar a los demás y anteponer su propia seguridad era inaudito. Por esa misma razón marqué el teléfono de mi asistente esperando que ya estuviera despierto y le indiqué que necesitaba un cuerpo de seguridad para mi esposa.

Si. Porque ella era mi esposa y eso nadie podría discutirlo.

—Buenos días —escuché instantes más tarde, cuando vi su rostro ligeramente somnoliento comprendí que la había despertado.

—¿Te he despertado? Lo siento, es que estoy esperando que vengan a avisarme y temía no escuchar la puerta —admití disculpándome.

—Tranquilo —susurró mientras apoyaba su cabeza en la mano e hincaba el codo en la almohada sin dejar de observarme.

Podía ver como aquellos ojos celestes recorrían lentamente mi cuerpo y su gesto era más que lascivo, hasta el punto de excitarme.

—Si me miras así voy a creer que soy comestible —afirmé tratando de ser gracioso, pero en realidad lo único que me apetecía es lanzarme sobre aquel cuerpo semidesnudo.

—Envuelto en Nutella te aseguro que lo eres —dijo con esa misma intensidad.

—¿Envuelto en Nutella? —exclamé tratando de imaginar la situación.

Me imaginaba a Celeste envuelta en muchas cosas, pero no en Nutella precisamente.

—Un manjar de los dioses —insistió.

¿Hasta que punto le volvía loca esa manteca de chocolate?

—Empiezo a pensar que tienes una inclinación ferviente hacia esa crema de cacao —dije evocando una sonrisa para ponerla a prueba.

—Solo un poco —ironizó—. Nada importante —añadió tratando de evitarme y supe que mentía.

Era tan transparente que no podía evitar mantener la mirada cuando decía algo que no sentía.

—¿Entonces no pasaría nada si dejaran de fabricarla? —insté provocándola.

—¿Estás loco? —exclamó e incluso se levantó rápidamente de la cama—. ¡Eso sería más cruel que la muerte de la madre de Bambi!

En ese momento no pude evitar reírme ante la situación y su comparación. Definitivamente sí que le volvía loca esa crema de cacao. Me parecía tan dulce y adorable que tratara de resistirse que solo me causaba más gracia aquella situación.

—Así que estás verdaderamente enganchada a esa crema de chocolate... —susurré observándola aún conteniendo la risa.

—Lo confieso —admitió de mala gana—. Soy una pecadora —afirmó al fin y esta vez sí que me miró a los ojos donde vi la verdad en ellos.

Era tan guapa, tan hermosa, tan vibrante y llena de pequeños matices que la hacían ser deliciosa.

—Mientras seas una pecadora conmigo, no me importa cuando debas pecar —dije sintiendo como mi cuerpo vibraba por tocarla.

—¿Es que vas a dejar que te unte en Nutella todo el cuerpo? —preguntó sin dejar de mirarme.

¿Si me dejaría untar?

—Yo dejo que me untes en lo que quieras, preciosa —Me daba igual que fuera chocolate, mantequilla o nata con tal de que a ella le gustara.

Quería besarla. Quería poseerla. Quería absolutamente todo de ella, incluso su esencia. Podía percibir su ardor, su palpitación y esa sensación de que deseaba casi tanto como yo que la poseyera. Había dejado de ser una tentación para convertirse en una necesidad y sufría, sufría como un condenado cuando me sentía así y no la hacía mía.

El sonido de alguien llamando a la puerta hizo que saliera del trance en el que me encontraba, entonces fui consciente de que estaba esperando precisamente a que llegaran.

—Debe ser la persona que estaba esperando —dije caminando velozmente hasta la puerta sin importar como estaba.

Mi asistente me había indicado que enviaría al gerente del cuerpo de seguridad en cuanto llegase a palacio, un hombre de mediana edad que llevaba más de diez años en el cargo; Sergei. Le conocía lo suficiente para tratar con él directamente ya que organizaba toda la seguridad de palacio y de los miembros de la casa real.

—Excelencia. Su asistente me ha informado de su petición. Al parecer desea que se le ofrezca seguridad completa a su prometida, ¿No es así? —preguntó con tono calmado y agradable.

—Sí, veinticuatro horas —afirmé—. Uno aquí apostado en la puerta y otro que la siga a todas partes —añadí para dejar constancia de que no quería que estuviera ni un solo minuto sin vigilancia.

—Por supuesto. Así se hará. A partir de ahora la señorita Abrantes tendrá seguridad las veinticuatro horas del día, yo mismo me encargaré de ello, solo quería verificarlo con usted. Que tenga un buen día excelencia.

—Gracias e igualmente, Sergei —respondí algo más relajado y alegre cerrando la puerta—. Ya está todo arreglado —dije ahora mucho más sereno sabiendo que ella estaría siempre acompañada. Realmente era como si me hubiera quitado un gran peso.

—¿Cómo? —preguntó.

—Tu seguridad —dije conforme pasaba una mano por su cintura acercándola hasta mí—. Ya no estarás sola ni un solo segundo, te tendrán siempre vigilada y protegida, así podré estar tranquilo porque sé que no te ocurrirá nada.

Quizá así ella también se sintiera tranquila y segura para que permaneciera más tiempo en palacio conmigo.

—¿Qué pasaría si me ocurriera algo Bohdan? —preguntó repentinamente—. ¿Por qué te preocupas tanto por mí?

¿De verdad no era evidente?, ¿Acaso no podía percibir que por cada uno de mis poros emanaba una absoluta y palpable adoración hacia ella? La quería. La amaba. Y eso no hacía falta demostrarlo con palabras.

—¿De verdad necesitas que te lo diga?, ¿Es que no es evidente? —confesé con un evidente y ferviente deseo de poseerla. No lo soporté y me lancé a sus labios sintiendo como ella se derretía entre mis brazos.

Adoraba cada rincón de aquel cuerpo. Su respuesta a mis caricias y el modo en el que jadeaba en mi oído con cada movimiento que nos llevaba a terminar en un estrepitoso torbellino de

emociones adversas. Indiscutiblemente ese era el despertar que ansiaba cada mañana.

Salí de aquella habitación con esa sensación de plenitud y consciente de que cuando regresara ella estaría de nuevo, era realmente agradable. ¿Qué digo agradable?, ¡Era maravilloso! Sonreí evocando el recuerdo de aquel dulce rostro admitiendo que deliraba por aquella crema de chocolate y conforme avanzaba en el pasillo hacia el vehículo oficial que me esperaba en la puerta de palacio, vi pasar a uno de los mayordomos con una bandeja mientras parecía dirigirse hacia las cocinas.

—Jeffrey —dije llamando su atención al reconocerle.

—Si excelencia —respondió atentamente girándose hacia donde me encontraba.

Estaba improvisando y no sabía realmente muy bien que hacer, pero me palpé los bolsillos para ver si encontraba alguna tarjeta o papel en blanco y titubeé.

—Necesito que le lleve el desayuno a la señorita Abrantes —mencioné y observé como mi asistente me ofrecía una especie de tarjeta en blanco. Definitivamente era bueno en su trabajo—. Como a ella le gusta, con esa crema de chocolate llamada Nutella —admití mientras escribía rápidamente aquella nota—. Y también necesito que le coloque esto en la bandeja —dije entregándosela.

Si mi bella esposa adoraba aquel dulce, desde luego me aseguraría de que jamás le faltase y así se lo había indicado en aquella nota.

Durante todo el día traté de concentrarme en lo que hacía, la coronación sería en apenas cuatro días y casi todo estaba predispuesto. Aún tenía que repasar mi discurso, memorizar el juramento y los últimos retoques del traje oficial nuevo que debería lucir durante el acto. Solo cuatro días y sería el monarca de Liechtenstein. En cuatro días sería rey, y a pesar de ello en lo único que podía pensar era como iba a lograr que Celeste no se marchara. Si eso de por sí no complicaba mi situación, aquella misma tarde había llegado hasta mis oídos la petición de anulación de mi matrimonio ante las cortes. En algún momento debí haber previsto que mi madre no se conformaría con mi advertencia y aprovechando que todo estaba dispuesto para convertirme en el futuro rey del país, presentó ante las cortes la situación y posible disolución por no ser admitido en nuestro país.

Eso era justo lo que no necesitaba, porque si aquel matrimonio se disolvía, ¿Qué posibilidades tenía de que ella me aceptase? En los últimos días estaba plenamente convencido de que ella debía sentir algo, de que existía una posibilidad para nosotros y de repente todo mi mundo se tambaleaba ante la idea de que ella pudiera marcharse por no aceptar la única vida que yo podría ofrecerle. Quizá existía una posibilidad después de todo. Tal vez las cortes no disolvieran aquel matrimonio.

Entré en la habitación aquella noche con la certeza de que hallaría a Celeste relajada y despreocupada. Era algo tarde, sabía que ya estaba de regreso en el palacio puesto que mi asistente me informaba de su horario, incluso había sonreído cuando me enseñó una de las imágenes en las que ella caminaba del brazo de una anciana. Esa era Celeste, siempre ayudando a los demás y estaba seguro de que sería una gran soberana. La idea de pensar en Celeste como consorte y soberana de Liechtenstein me agradaba tanto que en realidad no podía imaginarme con otra mujer que no fuese ella. Cuando mis ojos dieron con la imagen que proyectaba aquel venerado cuerpo del deseo sobre mi cama, quise morir. Era imposible estar más arrebatadora y sexy. Su cuerpo desnudo apenas cubierto por un conjunto extraño turbaba mis sentidos, eso sin contar con que tenía un dedo metido en su boca lamiéndolo de un modo lascivo y absolutamente denigrante para mi autocontrol. La excitación que sentí en aquel instante era tan apabullante, que

podía notar como presionaba el pantalón.

—Todo lo que ves, puede comerse —agudizó y sentí un sudor extremo recorriendo mi espalda. ¿Hacía demasiado calor o solo era una sensación?

—¿Todo? —gemí abrumado. Definitivamente mis sentidos se habían quedado completamente expuestos ante semejante afirmación.

—Absolutamente todo —jadeó de un modo que me hizo vibrar completamente.

—Me alegro —admití—. Tengo tanta hambre que pasaré directamente al postre.

Estaba hambriento, pero de su cuerpo, de devorarla por completo y saciarme en cada parte de su ser. Observé como se acercaba hasta el filo de la cama lentamente y me dio a probar aquella crema de cacao de sus propios dedos. La devoré sin miramientos. Sin contemplaciones. Estaba absolutamente cohibido por aquella sensación de frenesí que ni tan siquiera era capaz de razonar adecuadamente. Sabía a gloria, pero aún más cuando se apresuró en retirar sus dedos y colocar sus labios en mi boca. La mezcla de ambos sabores era sumamente celestial.

—¡Oh dios de dioses! —exclamó apartándose

—¿Te refieres a Zeus? —pregunté descendiendo por su cuello mientras saboreaba cada parte de su piel.

—No... —susurró—, más bien otro.

Su voz sonaba lejana, ausente y me hacía pensar que disfrutaba de lo que le estaba haciendo conforme seguía bajando por su piel mientras mis manos jugueteaban con sus nalgas.

—¿Odín? —pregunté distrayéndola.

—Un día de estos te lo diré —afirmó justo antes de que apresara uno de sus pezones cubierto de lo que parecía ser chocolate y lo metí en mi boca succionándolo completamente hambriento. La sensación era colosal. No solo por el dulzor y aroma de lo que llevaba puesto, sino porque de su cuerpo todo era infinitamente más placentero.

—Me voy a morir... —escuché arqueándose para mí.

—Moriré contigo entonces —admití sin dejar de besarla. Devoré aquella prenda hasta que sus pechos quedaron completamente expuestos para mí. Estaban erguidos y ligeramente enrojecidos ante el fulgor de mis mordiscos. Percibí como ella trataba de hundir sus dedos en aquel bote de Nutella abierto y frené sus impulsos—. No preciosa... —La detuve conforme mi nariz se acercaba a su nuca para sentirla cerca y unté mis dedos en aquella crema para verterla sobre su columna vertebral formando una línea que atravesara su espalda. Lamí lentamente aquel rastro que yo mismo había creado y percibí su excitación, podía sentirla solo tocando su cuerpo.

—Se suponía que yo debía untarte en Nutella a ti —susurró con evidente placer.

—Lo estoy deseando —admití en su oído mientras me apartaba y la sentaba sobre mí a horcajadas para tener una apreciación de su cuerpo en todo su esplendor.

Metió sus dedos sin contemplación y los pasó sobre mi cuello. Aquello era una lenta y dolorosa tortura mientras veía aquella diosa semidesnuda sobre mi cuerpo, provocando unas palpitations que era incapaz de controlar por mucho que lo intentara. En cuanto vislumbré que su intención era seguir torturándome no lo soporté. Iba a explotar si no la poseía, así que cogí aquel tarro y lo volqué sobre nosotros. No iba a caer rápidamente, sino que lo haría de forma lenta y progresiva provocando que nos embadurnáramos en aquella dulce crema de cacao. Me importaba muy poco como nos quitaríamos aquello de encima, como si era a lametazos, en ese momento estaba fuera sí ante la pasión que veía en sus ojos.

Sonreí en el momento que ella abrió los ojos expectante y para mi absoluto asombro alzó la mano y la metió en aquel enorme bote para después darme un manotazo dejándome media cara



pringosa de aquella cosa, pero no esperé que inmediatamente después se lanzara en un beso tan apasionado que hacía que todo mereciera la pena.

Me abalancé sobre ella y arranqué aquella prenda interior que llevaba puesta si es que podía denominarse así. Descendí lentamente hasta que llegué al centro de venus de sus muslos y hundí mi lengua en aquel manjar que sabía a chocolate mezclado con ambrosía. La oí gritar, aullar y vibrar de absoluto deleite para mi.

—¡No lo soporto más! —exclamó y pude notar su agonía.

Yo tampoco lo soportaba, pero quería que me lo dijese. Lo quería oír de sus labios.

—¿Qué es lo que no soportas exactamente? —gemí en su oído mientras me inclinaba para coger uno de los preservativos.

—No tenerte —admitió.

—Lo cierto es que yo tampoco lo soporto —afirmé besándola.

La urgencia de hundirme en su interior hizo que el momento en el que lo hacía fuera extremadamente excitante. La sensación era tan plena que no podía dejar de pensar que no había una pizca de normalidad en esa clase de sentimiento arrollador y cautivador al mismo tiempo.

—No pares —susurró con los ojos entrecerrados.

—Nunca —admití aferrando sus dedos entrelazados en los míos y hundiéndome completamente en su cuerpo vibrante.

La sensación no solo era magia en estado puro, esa descripción se quedaba absolutamente corta. Era escalofriante, apabullante, enigmática y arrolladora al mismo tiempo. Perdía el control de mi mismo. Me abandonaba a un abismo inigualable donde solo éramos ella y yo junto a ese placer indescriptible. Sentí que moría de éxtasis y lo cierto es que era una muerte sumamente deliciosa. La posibilidad de perderla me oprimía el pecho y me ahogaba hasta tal punto que era incapaz de soportarlo. Necesitaba que ella se quedase y no porque estuviéramos casados, sino porque realmente quisiera hacerlo

—Quédate conmigo Celeste —dije poniendo voz a mis pensamientos—. Quédate aquí conmigo para siempre.

No era una pregunta, tal vez porque tenía miedo de hacerla, pero ante la incertidumbre de lo que pudiera pasar en las cortes sobre nuestro matrimonio, yo necesitaba saber que ella deseaba quedarse a mi lado.



---

---

## TREINTA Y DOS

---

---



Su respuesta tardaba en llegar demasiado para mi propia salud mental. Observé como sus ojos atrapaban los míos y percibí inquietud en ellos.

—¿Aquí?, ¿Contigo?

Desconocía si sus dudas hacían referencia a Liechtenstein o al palacio en sí, pero indudablemente la deseaba conmigo.

—Si —afirmé rápidamente—. A menos que...

—Quiero quedarme —agregó antes de que pudiera decirle que viviríamos donde ella quisiera, en cualquier parte de Liechtenstein, aunque para mi fortuna ella deseaba quedarse, ¡Quería permanecer conmigo!

En aquel momento sentí como la felicidad me invadía por completo.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso —dije mientras la abrazaba necesitando esa dosis de realidad para creer que verdaderamente estaba a un paso de lograr que ella fuese realmente mi esposa ante todos.

—Me gusta estar aquí... contigo.

Dudaba que más que a mi encontrarla a ella cada vez que regresaba de una intensa jornada de reuniones.

—Y a mi encontrarte en mi cama esperándome cada vez que vuelvo como esta noche —sonreí buscando su rostro embadurnado de chocolate—. Creo que me aseguraré de tener siempre un bote de esos bajo la cama.

Aquello me generaba diversión, estaba seguro de que mi vida a su lado no sería precisamente aburrida, ni plana, sino completamente atrevida y apasionada.

—En realidad hay nueve más como esos bajo la cama.

—¿Nueve? —Su risa era melodía para mis oídos—. Eso implica mucho más placer del que pensaba. —Tuve que admitir antes de alzarla en brazos y llevarnos a ambos hacia la ducha donde el agua arrastraría toda aquella manteca de cacao que nuestros cuerpos tenían.

Saber que ella se quedaría independientemente de lo que ocurriera había logrado que una paz se instalara en mi fuero interno. Estaba tranquilo y sereno, aunque el tema de confesar la verdad a Celeste aún lograba dejar un vacío en mi interior, pero ahora que sabía que tenía posibilidades al respecto, todo sucedía de una forma distinta. Esperaría a la coronación, necesitaba saber que es lo que sucedía para confesarle mis verdaderas intenciones respecto a nosotros y revelarle al fin la

verdad. Quería que ella eligiera nuestro destino cuando fuera consciente de todo, tal vez me rechazara, quizá me perdonara, pero fuera cuál fuera su respuesta; tendría que afrontarla.

Apreté su cintura contra mi cuerpo degustando la suavidad de su cuerpo mientras aspiraba aquel aroma que me volvía loco y embriagaba mis sentidos hasta lograr que conciliara el sueño.

—Bohdan —sentí mientras ella se colocaba amoldándose a mi pecho en aquella cama y la sensación era aún más placentera.

—¿Sí? —Apenas la sentía, definitivamente ella lograba dejarme tan exhausto que conciliaba pronto el sueño.

—Si me quedo, ¿Seguiré siendo tu esposa?, ¿O firmaremos el divorcio como estaba planeado?

No había esperado aquella pregunta, pero en realidad aún no sabía la respuesta hasta que el consejo no proclamara su sentencia. En cualquier modo no existiría tal divorcio o al menos esa era mi intención, pero no quería revelarle la situación en aquellos momentos. Si lo hacía, tendría que admitir que mis intenciones eran casarme realmente con ella y no sabía si estaba preparado para escuchar su respuesta.

—Ya lo veremos a su debido tiempo —admití sin ser concluyente, pero sin dar tampoco una respuesta afirmativa o negativa, en cualquier caso.

En cuanto desperté me quedé largo tiempo observando la figura que tenía al lado. Aún no podía creerme que ella hubiera aceptado quedarse y sonreí a pesar de que no fuera consciente. La luz que emitía su teléfono atrapó mi vista y me acerqué a él, parecía estar llamándole una amiga, insistió un par de veces, pero probablemente Celeste la llamaría en cuanto viera sus llamadas perdidas. Si fuera algo urgente o sobre su familia, casa real informaría de inmediato. Cogí aquel teléfono con la intención de meterlo en el cajón de la mesilla para que nadie la importunara mientras dormía y cuando lo tuve en mis manos sentí que independientemente de lo que ocurriera, para bien o para mal, ella tenía que abrir el sobre que le había entregado para comprobar que aquello era real. Sin pensarlo dos veces me metí en el calendario y marqué el día indicado colocando una alarma a primera hora de la mañana con el texto “Abrir sobre” esperando que ella lo entendiera.

Tal vez llegada esa fecha, ella ni tan siquiera prestaría atención a su móvil porque estaría ultimando los detalles para contraer matrimonio conmigo, quizá se riera porque yo mismo le indicara mucho antes que abriera ese sobre si finalmente me aceptaba y acababa perdonándome, pero si su respuesta no era afirmativa, quería de todos modos que ella supiera que para mi todo había sido real y que cada minuto que habíamos vivido, lo sentí verdaderamente.

Dejé de nuevo el teléfono sobre la mesilla, esta vez mirando hacia abajo y me incliné sobre ella para besar su mejilla.

—Solo espero que cuando abras ese sobre, te des cuenta de cuanto te quiero —susurré antes de perderme tras la puerta del baño y posteriormente iniciar mi día de trabajo.

Los días sucesivos pasaron bastante rápido, quizá lo fueran porque mi agenda estaba saturada con motivo de la coronación, debía supervisar los últimos detalles como príncipe de Liechtenstein antes de convertirme en soberano. Lo único bueno de aquello, es que tras el acto de sucesión tendría más tiempo para estar en palacio sin necesidad de viajar y por lo mismo podría ver con mayor frecuencia a Celeste, algo que en los últimos días apenas había hecho.

La tranquilidad de saber que constantemente estaba vigilada me daba seguridad. Aún no había logrado averiguar qué se escondía detrás de todo lo sucedido tras la muerte de Adolph, si realmente habría sido un accidente intencionado, pero cada vez tenía mayor certeza de que la pista se hallaba tras esos documentos de movimientos bancarios, solo que acceder a los permisos

necesarios para averiguar quien había depositado ese dinero estaba siendo un auténtico dolor de cabeza, por no decir que apenas me quedaba tiempo para supervisar ese tema tan delicado sin levantar sospechas.

Aquella sería mi última noche como heredero a la corona, la misma que tenía ante mis ojos y que mañana me colocarían en cuanto me designaran monarca de Liechtenstein en la misma capilla donde había sido bautizado. ¿Debería tener inquietud?, ¿Tendría que estar asustado por lo que se esperaba de mí? Ciertamente no lo estaba. Quizá no hubiera nacido con ese destino, pero me sentía preparado para afrontarlo, aunque solo había algo que verdaderamente me inquietara y era la decisión de las cortes. A pesar de que su valoración fuera invalidar mi matrimonio, tenía claro que aquello no cambiaría lo que sentía por ella, ni que la elegiría mi consorte. Tal vez mi madre pensara que, si ese matrimonio no existía, su proposición para contraer nupcias con Annabelle procedería, pero en tal caso ya sería rey, y como tal haría lo que creyera más conveniente.

Quizá por eso deseaba decir de algún modo que a pesar de lo que decidieran las cortes generales, la quería solo a ella. Necesitaba que cuando todos vieran a Celeste, se dieran cuenta de que la amaba, que ella sería la única que podría ascender al trono como mi reina. Y con ese pensamiento dirigí mi vista hacia la sección de tiaras que permanecían expuestas ordenadamente en sus vitrinas en la sección de joyas de la casa real. Había ido personalmente para asegurarme de que llevase esa tiara en concreto y no la confundieran con ninguna otra, así que cuando abrieron la vidriera, yo mismo la cogí entre mis manos observando el destello de los rubíes y la coloqué debidamente en su estuche de terciopelo rojo.

—La conservaré bajo llave en mi despacho —indiqué cerrando el estuche.

—Como desee excelencia, aunque estará más segura aquí y mañana podrá ser entregada a su prometida, como haremos con el resto de las joyas.

Si. Ese solía ser el protocolo a seguir, conservar las joyas hasta el último momento a buen recaudo, el problema es que no quería que nadie se pudiera atrever a escogerla a pesar de que ninguna mujer de la familia la había llevado por respeto a lo que representaba.

Esa tiara fue un regalo de matrimonio de mi bisabuelo Joseph III a su prometida, mi bisabuela Elisabeth como muestra del amor que sentía hacia ella. Él siguió los instintos de su corazón y decidió casarse con ella a pesar de que el pueblo no la recibiera con los brazos abiertos. No le importó, desafió a todos porque se negó a hacer lo que esperaban de él e hizo su propia elección.

Nadie se merecía llevar aquella tiara más que Celeste y deseaba que el mundo entero supiera que al igual que mi bisabuelo en su día, yo había hecho mi propia elección.

Tras guardar bajo llave el estuche de terciopelo y con la certeza de que al día siguiente me encargaría que alguien de mi total confianza se lo llevara cuando la estuvieran preparando para el acto de coronación. Empecé rumbo por los pasillos de palacio que a esas horas estaban desiertos y sin apenas luz hacia mi habitación, donde sabía que Celeste debía estar esperándome si no había sucumbido a los brazos de Morfeo.

Atravesé la penumbra siendo consciente de que aquella sería la última noche que lo haría como heredero y sabiendo que al día siguiente mi vida cambiaría para el resto de mis días, siendo el único responsable de cada decisión que tomase a pesar de que sus repercusiones afectasen a cientos de habitantes. Sentir esa responsabilidad sobre mis hombros podía parecer estremecedora, pero la calma interior que correspondía a la seguridad que sentía de saber que era capaz de hacerlo, me otorgaba la tranquilidad necesaria para afrontar mi destino.

Abrí la puerta de mi habitación con sigilo, no sabía si podría perturbarla, aunque su voz me indicó que se hallaba más que despierta cuando apenas hice acto de presencia.

—¿Es cierto que mañana las cortes deciden si se anula o no nuestro matrimonio, Bohdan?

¿Cómo era posible que ella lo supiera?, ¿Quién se lo había dicho? Había tratado de que ella no tuviera información al respecto, pero supuse que mi madre se habría encargado de que alguien se lo dijera. No supe que responder en primera instancia porque yo mismo no deseaba que nuestro matrimonio tuviera que someterse a ese juicio. No creía oportuno que las cortes tuvieran que decidir o no sobre mi vida, aunque la disolución no impidiera que pudiera casarme de nuevo con ella en un matrimonio que sí considerarían legal en el país. Aún así, esperaba fervientemente que no sucediera, que esa noche en las Vegas nos siguiera atando de por vida.

—Es cierto —constató antes de que las palabras emergieran de mi garganta. Imaginé que mi silencio me había delatado o quizá mi expresión al no sorprenderme su pregunta.

—Lo es —admití finalmente sin ningún tipo de entusiasmo.

A pesar de que ella me hubiera dicho que deseaba quedarse, no podía obviar el hecho de que con esa disolución ella sería libre para marcharse si quería, nada podría retenerla.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

Buena pregunta. ¿Por qué no quería darte motivos para que pudieras marcharte? En un principio había creído que aquello no trascendería, pero ahora que se aproximaba la fecha no estaba del todo seguro si lo rechazarían, más aún teniendo en cuenta que la fecha del compromiso sería poco después.

—Realmente no pensé que trascendiera.

Y era cierto, en un principio pensé que aquello solo sería una formalidad pasajera, pero después vi que se trataba de algo serio que estaban teniendo en cuenta.

—Entonces imagino que mañana todo habrá acabado, que esta aventura habrá finalizado.

¿Finalizar? Ni hablar, nuestra historia solo acababa de comenzar.

—No —negué rotundamente acercándome hasta ella. Si creía que la disolución de nuestro matrimonio acabaría con nosotros, estaba muy equivocada.

—¿No?

—No es tan sencillo que se anule —dije completamente convencido.

Tanto si seguíamos casados como si no, le revelaría la verdad después de la coronación. Le contaría realmente lo que sucedió aquella noche y dejaría que ella hiciera su elección, aunque el miedo a perderla fuera tan intenso como estremecedor.

—¿Y si es que sí?, ¿Deberé marcharme inmediatamente?

El hecho de que lo preguntara me hacía creer que realmente no deseaba marcharse, de hecho, ella misma había confesado que le gustaba estar allí y eso lograba despejar mis dudas y tener una esperanza de lograr que ella perdonara mis actos del pasado.

—No a menos que sea lo que deseas —aseguré mientras acariciaba su mejilla y apartaba el cabello de su rostro para apreciarla con mayor nitidez—. Pase lo que pase mañana, nada cambiará para mí.

Ningún decreto podría cambiar lo que sentía. Y por más que mi madre quisiera poner piedras en mi camino, yo hice mi elección en el momento que la había conocido.

Aquella noche la estreché entre mis brazos. La complacé. La hice mía con el pensamiento de que quizá sería la última vez que lo hiciera mientras ella era realmente mi esposa por más que esperase que no dejara de serlo y a la mañana siguiente me despedí de ella con un cálido beso sabiendo que con toda probabilidad no volvería a verla hasta la ceremonia de coronación, donde estaría increíblemente hermosa.

—¡Bohdan! —irrupió en mi despacho Margarita. Aún debía firmar unos documentos de

última hora y repasar el discurso antes de comenzar a prepararme, sabía que las damas tardaban horas en alicatarse y que a Celeste la habían ubicado en su antigua habitación para que el equipo de maquillaje y peluquería no me perturbase.

Alcé la vista hacia mi pequeña hermana y vi que parecía algo alterada a juzgar por sus mejillas sonrojadas.

—¿Ocurre algo? —pregunté preocupado.

—¡Por supuesto que ocurre algo!, ¡Madre insiste en que me ponga su vestido en lugar del que eligió Celeste! Sinceramente prefiero el de Celeste, es mucho más bonito, por eso tienes que decírselo tú, así no insistirá.

—Ponte el que ha elegido madre —contesté sin siquiera ver alguno de los vestidos.

—¿Por qué? —exclamó exasperada—. ¡Yo quiero el otro! Además, ¡Ni siquiera los has visto!

—No me hace falta verlos —aseguré—. A Celeste le hará más ilusión que lleves el vestido que ella te ayudó a elegir en nuestra boda —afirmé con la absoluta convicción de que existiría esa boda.

En ese momento vi a mi hermana agrandar la boca y sonreír de felicidad mientras daba la vuelta y comenzaba a corretear a lo que supuse sería su habitación.

—¡Cierra la puerta! —grité antes de que saliera.

—¡Si!, ¡Su majestad! —contestó burlona y en aquel preciso instante fui consciente de que, a partir de ese día, todos se dirigirían hacia mi con esa designación de tratamiento.

«Majestad» repetí en mi cabeza como si necesitara cerciorarme que iba a ser así.

El despliegue del equipo que supervisaba al milímetro que mi uniforme estuviera perfecto, que cumpliéramos con el horario previsto y que ni un solo pelo de mi cabeza estuviera fuera de su sitio, era realmente impresionante. Mucho más que cualquier otro acontecimiento al que hubiera asistido. Imaginaba que la situación lo requería y por ello casi me fue imposible tener un momento para enviar junto a Jeffrey el cofre que guardaba la tiara que debía llevar Celeste mientras me coronaban.

El orden del programa era tener una reunión abierta con mi padre, donde solo estaban los monarcas, la prensa y asistentes de la cámara para la abdicación y sucesión del rey. Posteriormente se celebraría la misa donde tendría que aceptar todas mis funciones como rey, aunque finalmente debería asistir una vez nombrado al juramento y toma de posesión ante las cortes generales y todos los miembros del senado.

—Perdone la interrupción excelencia, pero ha llegado esto para usted.

Alcé la vista mientras me terminaban de cepillar la chaqueta de color rojo vibrante que tenía el uniforme lleno de condecoraciones y vi a Frederick, su rostro era neutro y no sabía determinar exactamente que debía ser tan importante para que me ofreciera aquella misiva. Estudié su rostro y como trataba de evitar mirarme, después me concentré en la bandeja de plata que sostenía en su mano y me di cuenta de que estaba sellada por las cortes.

Ya habían tomado una decisión, habían decidido si mi matrimonio con Celeste era aceptado o no.

Cogí rápidamente el sobre y rompí el sello que lo cerraba para sacar el contenido mientras lo devoraba rápidamente. Después de una enorme lista de procedimientos, causas y leyes, habían decidido anular el matrimonio por no considerarse legal en el país según el artículo cuatro punto tres punto uno de la declaración de Liechtenstein, donde un miembro de la casa real no podía contraer matrimonio fuera del país sin el consentimiento previo de las cortes.

¡Joder!, ¡Se había salido con la suya! No tenía la menor idea de si ese artículo cuatro punto tres

punto uno existía de verdad o era una invención de última hora, pero lo cierto es que no me importaba, si ellos habían disuelto mi matrimonio por no considerarlo legal en el país, me casaría de nuevo con ella en Liechtenstein, donde nada ni nadie podría impedir que siguiera siendo mi mujer.

A pesar de ello, me fue imposible no arrugar el papel y devolverlo hecho una bola a la bandeja. Pude percibir que Frederick ya sabía el contenido del sobre porque no pareció inmutarse cuando hice aquello. Sabía que poseía fuentes de información en todas partes, por lo que era obvio que él sabía antes que yo lo que había sucedido en las cortes. Tal vez la noticia hiciera feliz a madre, pero suponía que tendría muy clara mi postura cuando viera la tiara que esa tarde luciría Celeste y lo que eso suponía.

—Quémala, destrúyela, haz lo que sea, pero quítala de mi vista —advertí de mala gana.

—Lo haré excelencia, aunque eso no cambia la decisión que han determinado.

—Lo sé, pero no quiero volver a leerla.

No quería que esa noticia me afectara en lo que ahora me acontecía. Iba a ser coronado rey, tenía que prestar juramento y tomar cargo de mi nueva posición en tan solo unas horas. Ya tendría tiempo de establecer un plan estratégico, debía contarle a Celeste finalmente lo sucedido, aunque estuviera muerto de miedo, pero debía confiar en que ella de un modo que no comprendía ahora mismo, lo aceptara y me perdonara en consecuencia.

Mientras mi padre me cedía el cargo y me colocaba su cinturón oficial de soberano del país estableciendo así la abdicación en mi nombre, le abracé dándole las gracias y prometiéndole hacerlo lo mejor posible. Tras aquello, un vehículo oficial me llevó hasta las proximidades de la ciudad donde debía recorrer las calles hasta la iglesia a caballo, mientras mis padres lo harían en coche para llegar primero. Podía escuchar el clamor mientras paseaba y saludaba a todos los asistentes cortejado por varios caballos de seguridad que me custodiaban a la distancia. En cuanto vi las puertas de la iglesia que me había visto crecer y había dado cabida a muchísimas etapas de mi vida; desde mi bautizo hasta la propia muerte de mi hermano, cedí la montura al personal que se acercó para asistirme y que me esperaría toda la ceremonia. Me quité el sombrero para llevarlo a un costado y comencé a subir la escalinata donde mis padres aguardaban en la entrada, en cuanto llegué hasta ellos hicieron su entrada perdiéndose tras las puertas del enorme edificio. Aguardé solo unos instantes antes de que la música me precediera y tuviera que entrar tras ellos.

La multitud llenaba cada bancada a lo ancho y largo de la catedral. Esa misma que esperaba visitar en breve, mientras era yo el que esperaba junto al altar. Pude ver como todos se inclinaban levemente dando la bienvenida al nuevo monarca y el destello rojo que atisbé al final del pasillo junto a mi hermana, me hizo comprender que ella estaba allí, en primera fila aguardando como lo que era; la primera dama.

Saber eso me congratuló, quizá ya no pudiera llamarla esposa legalmente o al menos momentáneamente, pero ella sería mi consorte, la reina de Liechtenstein, porque sería ella o no lo sería ninguna.

El asiento frente al altar estaba preparado para que aguardase frente al sacerdote mientras oficiaba la misa de coronación. Aquello solo era un mero acto religioso por pura tradición, en realidad solo se hacía para evocar antiguos ritos, puesto que la prestación de juramento y firma se realizaría posteriormente. Aún así, debía aceptar los cargos y comprometerme como el futuro soberano de mi país, al igual que lo hizo mi padre, mi abuelo y el abuelo de éste. En el momento que pronuncié las palabras de juramento ante toda la catedral repleta y me colocaron la corona real, no pude evitar pensar en mi hermano, en que habría sido él quien estuviera llevándola de no

haberse apagado su vida. Era extraño que después de pasar más de media vida creyendo que él proclamaría ese juramento algún día coronándose como rey, fuese yo quien lo hiciera.

Me giré para que todos pudieran contemplar al nuevo monarca y no pude evitar buscar a la dueña de mi corazón, como si de algún modo necesitara su aprobación. Ver como se inclinaba ante mi no provocó ninguna satisfacción, podría ser el protocolo, pero no deseaba que ella se inclinara, lo que realmente quería es que fuera mi igual, ni consorte y mi reina. Aunque hubiera querido ir hasta ella y decirle que no me hiciera ningún tipo de reverencia, me debía al programa establecido, por lo que más tarde tendría tiempo para verla. No sabía si habría sido informada de que nuestro matrimonio había sido anulado, pero debía dejarle claro que eso no cambiaba nada. Salí de la catedral montando de nuevo sobre el caballo en el que había llegado y me dirigí hacia el edificio donde debía prestar juramento, donde realmente dejaría la firma en la que juraba el cargo y asumía las responsabilidades como rey.

Tras pronunciar mi discurso frente a todos los miembros de las cortes generales que conformaban los dirigentes de mi país, presté juramento y firmé el mandato. Justo después devolví la corona para que estuviera debidamente protegida mientras regresaba a palacio en uno de los vehículos oficiales junto a mis padres para dar el convite de celebración con todos los familiares y miembros importantes de Liechtenstein.

—Querido, ahora que han disuelto ese matrimonio poco ortodoxo, será conveniente que anuncies la ruptura de tu compromiso de inmediato. Liechtenstein se merece una consorte digna de su rey, por lo que deberías aprovechar la fecha prevista para...

—Ya basta Margoret —pronunció mi padre antes de que yo mismo lo hiciera.

Desde que había abierto sus labios para comenzar aquella parrafada de barbaridades, tuve que apretar los puños porque en realidad deseaba apretar su garganta solo para no escuchar su voz.

¿Cuánto había tardado?, ¿Dos minutos? Quizá menos, ese era el tiempo que había esperado para recalcarle que se había salido con la suya y mi matrimonio ya no existía.

—Yo solo estaba diciendo...

—Así fuera la última mujer que quedase sobre la faz de la tierra, no me casaré con Annabelle, ¿Lo entiende? Ni dentro de dos semanas, ni dos meses, ni dos años, ni dos mil décadas. ¡No voy a casarme con ella! —bramé harto de su empeño.

—¡Maximiliano!, ¡Dile ahora mismo a tu hijo que no se dirija de ese modo a su madre! —gritó algo histérica.

—Es el rey ahora Margoret, y ni tú, ni yo, le vamos a decir lo que debe hacer si eso es lo que te molesta.

Percibí como inclinaba el gesto de forma altiva y aparentemente disgustada.

—Voy a tomar como esposa a Celeste Abrantes si ella me acepta, así que ya puede hacerse a la idea de que ella será la única reina que tendrá Liechtenstein, porque si no es ella, no lo será ninguna otra.

Tras decir aquello observé como abría los ojos atónita y su rostro pasaba a ser de un color violáceo tornando a rojizo.

—¡Jamás lo aceptaré! —gritó.

—Por suerte, no necesito que lo acepte. Me basta y me sobra con lo que lo haga ella.

No me importaba su opinión, ni como le afectase y menos aún lo que pudiera hacer o decir para tomar represalias, ya había llegado demasiado lejos en su empeño por imponerme una mujer que no deseaba. Esa misma noche me declararía a Celeste, le pediría que me aceptase y rogaría porque me perdonase, pero sobre todo le diría que era la única mujer que había amado y que



amaría hasta mi muerte.



---

## TREINTA Y TRES

---



**E**n cuanto llegamos a palacio, todo estaba predispuesto para el banquete de gala que se ofrecería a los comensales, la gran mayoría de ellos ya estaban sentados en sus correspondientes mesas, así que en cuanto divisé que mi hermana estaba en la entrada saludando a los invitados, supuse que Celeste estaría cerca, efectivamente, ella se encontraba al otro lado por lo que me acerqué y le ofrecí el brazo como me correspondía hacerlo para acompañarla y que se sentara a mi lado.

No quería que el malestar que me había generado mi madre hacía unos instantes me influyera a la hora de actuar hacia ella, pero era estaba molesto. Avancé por el pasillo que se había creado entre las mesas de los invitados en dirección a la nuestra a la cabecera del gran salón y situé a Celeste a mi izquierda, en el lugar donde le correspondía estar.

—¿Está todo bien? —La pregunta llegó segundos después de sentarnos, comprendí que mi expresión me había delatado y no quería mentirle, no a ella cuando después de todo lo sabría tarde o temprano.

—No todo lo bien que me gustaría que estuviera —admití algo serio. Por más que quisiera restarle importancia, lo cierto es que sentía rabia al saber que estaba en esa situación por culpa de mi progenitora.

—Ya no estamos casados, ¿Verdad? —Su pregunta me provocó un fuerte aguijónazo en el pecho.

—No —afirmé sin poder mirarla, porque no podría soportar ver en sus ojos algo que no fuera lo que yo mismo sentía—. Ya no.

Un silencio prolongado me desarmó. Tal vez necesitaba escuchar de ella que no pasaba nada, que todo estaría bien y que se quedaría en palacio tal como habíamos acordado si esto sucedía, pero no podía evitar pensar que ahora ella sería libre para marcharse si así lo quería y más que nunca, sentí esa fragilidad que me dictaba mi conciencia cuando confesara lo que sucedió realmente en las Vegas.

No perdería el tiempo, esa misma noche se lo diría, le revelaría toda la verdad y esperaría que amarla del modo en que lo hacía fuese suficiente para que me perdonase. Aún así, ese temor porque no lo hiciera era el que me tenía en vilo, porque ahora era consciente que, de no hacerlo; se marcharía para siempre.

—Creo que iré un momento a refrescarme —mencionó y alcé la vista para ver su rostro.

No supe si eran imaginaciones mías, pero quise ver cierto brillo en sus ojos, ¿Quizás eran unas

lágrimas que atenazaban con salir?, ¿De verdad no quería que aquel matrimonio terminara?, ¿Podría ser cierto lo que mi corazón deseaba sentir y ella me amaba?

—¿Necesitas que te acompañe? —pregunté porque en realidad necesitaba estar a solas con ella, tal vez así pudiera confesarme que sentía al saber que nuestro matrimonio había sido anulado y si le afectaba del mismo modo que a mi.

—No. Volveré enseguida —A pesar de querer contradecirla y acompañarla solo por tener la excusa de estar a solas junto a ella, pensé que quizá necesitaba ese momento para ella.

Asentí conforme vi que abandonaba la mesa y una parte de mi se iba con ella, pero pensé que tendría todo el tiempo del mundo para aclarar nuestra situación una vez se acabada la velada. Si, debía confesar que temía su reacción, pero tarde o temprano debía enfrentarme a ello y había llegado el momento de hacerlo.

Comenzaron a servir los entrantes y el hueco a mi lado seguía vacío, no quería preocuparme, quizá Celeste solo necesitaba respirar un poco de aire fresco antes de volver, pero sentía que algo no iba bien.

—Jeffrey, ¿Puedes comprobar si la señorita Abrantes se encuentra en el lavabo o por los alrededores del salón? —ordené en voz baja para que nadie pudiera escucharme y vislumbé como asentía antes de servir el coctel de marisco que llevaba en la bandeja para después retirarse.

Probablemente solo fueron quince minutos los que tardó en regresar, pero se me hicieron eternos a pesar de que mi padre, —situado a mi derecha—, no dejara de entablar conversación conmigo recordando como fue su coronación hace casi cuarenta años atrás.

—Excelencia —oí cerca de mi oído y presté atención—. No encuentran a la señorita Abrantes por ninguna parte y me temo que le ha podido suceder algo.

Aquellas palabras provocaron que una sensación de congojo se apoderase de todo mi cuerpo, un temor a lo desconocido porque no podía concebir que a ella le ocurriese algo.

—¿Por qué lo decís? —inquirí.

Si Jeffrey hacía una afirmación de ese tipo es que habían debido encontrar algo, tener alguna sospecha por mínima que fuera, un indicio...

«Por favor que no sea nada» pensé temiendo lo peor. Una caída... un accidente... ¡Dios!, ¿Dónde estaban sus guardias de seguridad?

Alcé la vista para buscarlos, debían estar en la entrada, así que divisé la principal y al ver que allí no se encontraban giré el rostro hacia el mismo lugar por el que había desaparecido Celeste minutos antes. El destello azul del vestido de Annabelle llamó mi atención, era extraño que ella se marchara del gran salón abandonado la mesa en la que estaba sentada junto a sus padres, cuando miró hacia atrás, la impresión de que quería asegurarse que nadie la estaba viendo, confirmó mis sospechas.

Me quité la servilleta sobre el regazo dejándola sobre la mesa y me levanté dispuesto a buscarla yo mismo si era necesario.

—¿Dónde vas? —oí a mi padre y parecía extrañado de que abandonase el gran salón teniendo en cuenta que aquella fiesta era en mi honor.

—Enseguida vuelvo —admití no queriendo preocuparle—. Tengo que verificar algo —admití porque realmente tenía una corazonada.

En cuanto crucé el umbral seguido por Jeffrey, este confesó la verdad de lo sucedido esa misma mañana sobre la amenaza de muerte que había recibido Celeste junto al gato muerto de madre en su habitación. Maldije porque nadie me hubiera avisado de ello, importándome muy poco mostrar

un lado oscuro de mi persona que jamás dejaba salir a la luz.

—¡Porqué no me avisaste de ello!, ¡Es que no ves el peligro que puede estar corriendo ahora mismo!, ¡Si le sucede algo será por tu culpa! —bramé asustado de verdad, pero no fui capaz de decirlo en voz alta para que Annabelle no pudiera escucharme conforme la seguíamos.

No podía perderla. A ella no. No podía vivir sin ella.

—La señorita Abrantes insistió en que no lo hiciera, ahora sé que no debí hacerle caso, pero en esos momentos... yo... —admitió cabizbajo.

—¡Basta! —Advertí provocando que así guardara silencio—. Ahora solo me importa encontrarla y saber que ella está bien.

No tenía la menor idea si Annabelle podía estar implicada en la desaparición momentánea de Celeste, pero si era así, lo averiguaría tarde o temprano, probablemente había establecido una nueva estrategia para lograr que así, ella se marchara de palacio. Después de saber que había coaccionado a Dietrich para provocar la ruptura de mis anteriores parejas, podría esperarme cualquier cosa de esa mujer.

En cuanto la vi perderse por la entrada que conducía a las mazmorras, un frío estremecedor recorrió mi nuca. No me gustaba. Aquello no me gustaba absolutamente nada.

—Necesito que ordenes que busquen a Celeste por todo el palacio y los exteriores —ordené a Jeffrey de forma directa.

Esperaba que ella se encontrara paseando en los jardines, que por alguna inusual razón hubiera decidido salir de palacio eludiendo a su cuerpo de seguridad y estuviera en alguna parte escondida, deseaba fervientemente que el hecho de que mi prima se hubiera adentrado en las mazmorras no tuviera nada que ver con la desaparición momentánea de mi preciosa chica de ojos celestes.

—Por supuesto excelencia —afirmó Jeffrey.

—Y también necesito que envíes a la guardia real a las mazmorras si no regreso en media hora —advertí pensando que ese sería tiempo más que suficiente para averiguar lo que estaba tramando.

—No dude en que así será —apuntó Jeffrey observando el reloj de su muñeca y comprobando la hora exacta.

No sabía que iba a encontrar allí abajo, pero esperaba que al menos pudiera desenmascarar a la verdadera Annabelle que se escondía bajo esa piel de supuesta gentileza.

Bajé aquellas escaleras con cuidado de no hacer el más mínimo ruido y para asegurarme de ello, me quité los zapatos, no quería que mis pasos pudieran advertirla. No tenía la menor idea de a qué iba a enfrentarme o qué encontraría en aquellos sótanos que tanto horror habían vivido hace cientos de años, pero quizá podría descubrir quien qué era tan importante para que mi prima hubiera abandonado el gran salón y se adentrase en las mazmorras.

Algo dentro de mi quería pensar que quizá solo se trataba de un encuentro con algún amante, pero después de la frialdad con la que había coaccionado a Dietrich, podía esperar cualquier cosa por parte de la sobrina de mi madre. Las mazmorras de palacio estaban llenas de pasadizo y eran tan grandes que cubrían prácticamente toda la superficie del palacio, así que cerré los ojos, esperando escuchar el más leve ruido, Annabelle había bajado hacía solo unos instantes, por lo que era imposible que hubiera llegado demasiado lejos. Comprobé que en la lejanía se podía escuchar un leve murmullo. Me acerqué lentamente hacia donde me guiaba el sonido, aquellas voces procedían de la zona más antigua de las mazmorras, las que nadie visitaba porque olían a humedad, estaban llenas de grietas e incluso se filtraba agua en ellas. A esas alturas tenía claro

que se había encontrado con alguien allí abajo y que lo había hecho en un lugar del que era obvio que no quería que nadie la viese. Aquel sitio solo desprendía escalofríos, por lo que cada vez pensaba peor de aquella situación, ¿Y si ese alguien habría retenido a Celeste en contra de su voluntad?, ¿Y si la habían drogado para hacerme creer que me engañaba como pretendió hacer Dietrich? Mi pulso se aceleraba conforme me acercaba y aquellas voces eran más perceptibles a pesar de no comprender lo que decían. Mi paso se hizo cada vez más lento y sigiloso, lo último que deseaba era delatarme, hasta que me acerqué lo suficiente para reconocer que se trataban de voces femeninas las que hablaban y entonces la oí... era ella, ¡Estaba allí!, ¡Era Celeste! La increíble sensación de satisfacción que me recorrió al saber que estaba viva provocó que mi adrenalina se disparase.

—¿Y si Bohdan se niega a casarse contigo? —pronunció Celeste y me detuve a solo diez pasos de la celda donde parecían encontrarse, lo suficientemente lejos para que la oscuridad del pasillo me ocultara, pero al mismo tiempo tan cerca que podía oírlas claramente.

—Le mataré como maté a su hermano cuando me dijo que jamás se casaría conmigo. —La confesión de Annabelle me heló la sangre, no podía reaccionar, no podía pensar, sino quedarme completamente estático sin dejar de repetir una y otra vez esa misma frase en mi mente.

Le había matado. Ella acababa de asegurar que lo había asesinado. No, simplemente no podía ser cierto. No podía haber convivido con la asesina de mi propio hermano todo este tiempo sin saberlo. Había comido a su lado, incluso había intentado forzar una relación que desde luego no se había dado, mi madre la adoraba y la consideraba una nuera perfecta. No. No podía habernos engañado a todos de ese modo.

—Bohdan ya investiga la muerte de su hermano, creo que lo sabes perfectamente, es cuestión de tiempo que finalmente de con la persona que lo hizo.

No sabía como Celeste era capaz de mantener la cordura en esos momentos y no ser presa del pánico. Yo mismo sentía como me temblaba el pulso y mi corazón estaba al borde del colapso tras saber aquello, pero una vez más estaba demostrando su valentía, su tenacidad, su coraje, se estaba enfrentando a ella y estaba siendo lo suficientemente inteligente para no dejar que el miedo la consumiera como haría en cualquier otra persona.

—No lo hará —La voz de Annabelle mostraba seguridad, incluso rozaba el cinismo—. Nadie lo hará porque no hay forma alguna de demostrar que no fue un accidente.

Algo en mi explotó tras oír aquello, me daba igual lo que me sucediera, pero no pensaba dejar que ella saliera indemne de aquello y menos aún que pudiera dañar a Celeste en su loco intento por convertirse en reina. Si había matado a Adolph para lograrlo, era capaz de cualquier cosa por tal de ostentar la maldita corona como me acababa de quedar claro.

—¡En eso te equivocas! —grité al mismo tiempo que desenfundé la espada que llevaba a la cintura, agradeciendo eternamente que el uniforme me obligase a llevarla. Me posicioné en el umbral de aquella habitación y comprobé que efectivamente Annabelle no estaba sola, allí había un tipo vestido con el uniforme de servicio, incluso le había visto en alguna ocasión rondar por los pasillos que conducían a mi habitación. Sin duda ese debía ser su cómplice, así que le apunté firmemente con la espada rozando su pecho y provocando que este alzara las manos en señal de paz para que no le hiciera nada.

Al menos el efecto sorpresa había surtido efecto.

—¡Bohdan! —Podía ver la conmoción de Annabelle en su rostro, era evidente que yo era la última persona que había deseado ver allí.

No podía ver a Celeste, solo el tejido rojo de su vestido esparcido por el suelo. Estaba

maniatada a una silla, tirada en el suelo y Dios sabe que más le podrían haber hecho, pero no quise dejarme arrastrar por esa emoción y perder el control de la situación.

—Celeste, ¿Estás bien? —pregunté inquieto.

—Si —advirtió y eso me tranquilizó, era lo único que me importaba.

Avancé un paso provocando que aquel tipo retrocediera adentrándose en la celda. Apenas había luz y la poca que existía provenía de una vieja bombilla antigua que a veces parpadeaba. Ahora estaba seguro de que habían elegido ese lugar porque estaba alejado de la entrada y porque sería muy difícil que alguien diera con ellos. Muy a mi pesar, tuve que admitir que las intenciones de Annabelle no eran otras que las de deshacerse de Celeste y no de cualquier forma, sino matándola como había hecho con mi hermano Adolph.

—Bohdan, esto no es lo que parece... —pronunció Annabelle en un tono tan dulce que comprendí porqué razón mi madre estaba absolutamente prendada de ella.

Era una actriz digna de un Óscar.

—Creo que es exactamente lo que parece —afirmé sin ningún atisbo de duda.

Había escuchado lo suficiente para no concebir la menor duda.

—¡Ella iba robar la corona! —exclamó repentinamente—. ¡Jonás solo intentaba hacer su deber deteniéndola y la trajo hasta aquí para no formar un escándalo delante de todos los invitados!, ¡Es una farsante!, ¡Una ladrona!

Tenía que reconocer que trataba de ser convincente y que para el poco tiempo que había tenido de improvisación, alguien como mi madre la creería sin el menor atisbo de incertidumbre culpando así a Celeste de los hechos por los que la incriminaba.

—¡Desátame! —gritó Celeste—. ¡Desátame porque juro que la ahogo! —Intuía que las graves acusaciones de Annabelle contra ella provocaban aquella reacción más que justificada, sobre todo porque yo mismo deseaba ahogarla con mis propias manos al querer revertir la situación a su favor para volver a salir indemne de nuevo.

No. Esta vez no lo haría.

—Se acabaron tus mentiras Annabelle, el juego se ha terminado para ti —advertí mirándola fijamente—, pecaste de ambición y te salió mal tu última jugada —añadí para dejarle claro que no pensaba creer ni una sola de sus palabras.

Pensé que lo siguiente sería rogar perdón, que por alguna razón suplicaría clemencia para que nadie se enterase de lo sucedido, pero jamás esperé que riera a carcajadas como si no se encontrase en una encrucijada y aquello le causara gracia. ¿Quién era realmente esa mujer y como había podido mantener tanto tiempo esa máscara de falsedad?

—Yo nunca pierdo querido primo —advirtió y metió la mano en su bolso para sacar un arma.

Cuando divisé aquella pequeña pistola apuntándome, fui consciente de que aquella mujer llegaría hasta el final a pesar de las consecuencias solo con tal de obtener lo que quería.

—Si nos matas, nadie creerá que fue un accidente y no dejarán de buscarnos hasta que se sepa la verdad —afirmé sin ninguna duda.

Era consciente de que no tardarían en llegar, de hecho, me preguntaba cuanto tiempo habría pasado desde que me adentré en las mazmorras y si Jeffrey habría dado la señal de aviso para que la guardia real llegase en cualquier momento..

—Todo lo contrario, querido Bohdan, será un magnífico final para un trágico amor, incluso escribirán sobre ello —aseguró completamente convencida—. Ya lo estoy viendo en los periódicos; Joven rey que asesina a su prometida porque las cortes generales no aprueban su matrimonio y posteriormente se suicida —mencionó mirándome fijamente, completamente segura

de que sería así, de que si ella lo decía nadie más lo sospecharía—. El pobre de Dietrich será mucho más manipulable que tu, tenía tanto miedo de que la reina Margoret se enterase de que fue él quien convenció a Adolph para competir en aquella carrera, que accedía a todo lo que le pedía, incluso hasta el hecho de acostarse con tus exnovias.

No podía creer la satisfacción que veía en su rostro tras decir aquello, lo absolutamente frío que me dejaba saber que era una persona carente de sentimientos. ¿Cómo era posible que nos hubiera engañado de ese modo a todos?

—Estas podrida, muñeca maldita—advirtió Celeste—, pero para tu desgracia no vas a salirte con la tuya.

—¡Cállate estúpida! —gritó y observé como dejaba de apuntarme a mi, para hacerlo ahora a Celeste—. ¡Nunca debiste existir!, ¡No he aguantado todo este tiempo para ahora quedarme sin nada!, ¡No pienso permitir que nadie se entrometa en el camino entre mi trono y yo, así tenga que deshacerme de todos y cada uno de los herederos para conseguirlo!

El miedo me embriagó, no podía dejar que aquella mujer obsesionada y trastornada pudiera disparar a Celeste, debía hacer que volviera a poner su atención en mí, que volviera a apuntarme a mí, si aquella arma se disparaba, debía hacerlo únicamente conmigo.

—¿Y cómo piensas justificar que utilizara esa arma que no es mía? —dije llamando su atención

—Simplemente diré que me la pediste prestada porque temías por la vida de tu prometida, todo el mundo lo creerá cuando confirmen que había recibido amenazas de muerte —confesó sonriendo demostrando que había sido ella quien había enviado esas amenazas.

—Definitivamente la silicona llegó hasta tu cerebro si crees que vas a salir impoluta de esto —atenazó Celeste encarándola, provocando más odio aún en ella y eso no me facilitaba las cosas—. Tu confesión no solo la hemos escuchado nosotros.

En aquel momento miré a Celeste y sonreía, ¿Era cierto o solo se trataba de una estrategia para ganar tiempo? Fuera como fuese, bendita sea la hora en que lo dijo, porque provocó que Annabelle se pusiera nerviosa y dudase si aquello era cierto.

—¡Jonás!, ¡Asegúrate de que no hay nadie! —gritó al tipo que era su cómplice y al que yo tenía apuntando con la espada—. Suelta la espada —me advirtió—. ¡Suéltala o la mato ahora mismo!

Dejé que saliera y en cuanto cruzó la puerta supe que esa sería la única oportunidad de la que dispondría o Celeste y yo no saldríamos de allí con vida. No lo pensé, solo estaba seguro de que un golpe rápido y limpio haría que no pudiese apretar el gatillo, así que alcé la espada y vertí toda la fuerza junto a la rabia y el odio que sentía en ese momento por saber que aquella mujer era la culpable de la muerte de mi hermano. Arranqué literalmente la mano que sujetaba aquella arma de su brazo, provocando que cayera inerte y que la sangre bañara el suelo.

Los gritos de Annabelle ensordecían, pero aún así cogí la pistola de la mano que acababa de cortarle y apunté a la entrada de aquel habitáculo con la intención de apretar el gatillo si ese hombre volvía. Protegería con mi vida a Celeste así tuviera que pasarme el resto de la mía tras una celda. Liberé rápidamente las cuerdas que la maniataban y vi como se alzaba mientras maldecía el hecho de no poder ayudarla porque tenía la espada firmemente alzada hacia Annabelle y la pistola apuntando a la entrada con la otra mano. Estaba tenso, expectante de que algo sucediese en cualquier momento. Solo esperaba que la guardia real llegase de una maldita vez.

—Hay que salir de aquí —mencionó Celeste en cuanto logró levantarse.

—No hasta que confiese como le mató —afirmé.

No saldría de allí sin conocer la verdad, sin saber que fue exactamente lo que sucedió. Necesitaba saberlo, tenía que saberlo para lograr cerrar ese capítulo abierto en mi vida y poder

asimilar lo que de verdad sucedió aquel fatídico día. Di un paso hacia Annabelle, amenazándola con la espada de nuevo, haciéndola ser consciente de que podría rebanarle otro miembro de su cuerpo.

Por respuesta trató de escupirme, pero estaba lo suficientemente lejos para que no lograra alcanzarme. Ella permanecía agazapada en una de las esquinas, sujetándose el brazo del que no cesaba de salir sangre por doquier, pero que ella trataba de comprimir apretándolo contra su abdomen. Rocé con la espada su barbilla, obligándola a mirarme, que me dijese a los ojos que era lo que le había hecho a mi hermano y como era capaz de dormir por las noches sabiendo que era culpable de su muerte.

—No pienso confesar nada —dijo con un odio palpable en su mirada—. Te destituirán en cuanto sepan lo que me hiciste, diré que te aprovechaste de mi ingenuidad para violarme y me cortaste la mano para evitar que confesara. Nadie querrá a un sucesor que no tiene un historial impoluto.

Solo había veneno en aquella mujer. Era una víbora. Malvada. Peligrosa y perversa. Alguien así solo se merecía la muerte y ni eso podría ser castigo suficiente para compensar sus actos.

—Dame una buena razón para no matarla ahora mismo —admití alzando la vista hacia Celeste, porque verdaderamente necesitaba una razón para no cortarle el cuello en aquel preciso instante.

Por respuesta, Celeste cogió su teléfono y se lo llevó a la oreja, ¿Quién podría llamarla en aquel momento?, ¿Podría ser la seguridad de palacio?

—Sonia... —dijo mirándome y recordé que así se llamaba su amiga. No me parecía el momento más oportuno para mantener una conversación, pero por la expresión de Celeste, no parecía tratarse de una llamada normal—. Dice que no puedes matarla, que no será en defensa propia —mencionó sin que lo comprendiera en un principio, pero después supe que se refería a Annabelle.

¿Cómo era posible que una de sus amigas supiera lo que allí estaba pasando? No solo era inverosímil, sino absurdo hasta rozar lo imposible, pero dudaba que, en esos momentos, Celeste estuviera inventándose aquella llamada, sobre todo porque podía oírse la voz al otro lado del teléfono.

Antes de que pudiera decir algo al respecto, las pisadas que se acercaban en tropel hicieron que al fin mis ruegos hubieran sido escuchados, debía ser la guardia real y cuando se adentraron en aquel pequeño habitáculo respiré con tranquilidad.

—¡Me ha cortado una mano! —gritó Annabelle en cuanto se adentraron los primeros guardias—. ¡Ha intentado violarme y me ha cortado una mano mientras me defendía! —siguió diciendo.

—Majestad, puede soltar el arma, nosotros nos encargamos —pronunció Sergei, quien parecía haberse personificado al frente de toda la escolta que le acompañaba.

Agradecí infinitamente que él mismo hubiera venido, así que asentí y le entregué tanto el arma como la espada.

—Acompañen a la señorita Abrantes hasta mis aposentos —advertí sabiendo que yo no podría marcharme de allí—, que revisen a fondo la habitación y custodien la entrada para que nadie entre.

—Por supuesto, majestad —advirtió Sergei y ordenó a otros dos miembros que la acompañaran.

—Bohdan, ¡no! —gritó Celeste asustada.

—Yo iré en cuánto esto acabe —dije estudiando su rostro lo suficientemente sucio para saber lo mal que lo debía haber pasado—. Todo estará bien —añadí tratando de calmarla.



Por más que me hubiera gustado acompañarla, tenía que aclarar la situación y necesitaba averiguar la verdad. Tenía que saber que fue lo le sucedió a Adolph ese día o nunca hallaría la paz. Celeste se acercó hasta mi y supe que quería abrazarme, en cuanto lo hizo, su voz acarició mi oído suavemente.

—Toda su confesión está grabada, Bohdan —me advirtió y después me miró a los ojos infundiéndome esa sensación de seguridad inaudita. Una vez más, ella era mi ángel de la guarda, una vez más, ella había llegado a mi vida para poner cada cosa en su lugar y hacer que todo encajara. Y ahora, una vez más ella había conseguido que nadie pudiera dudar de lo que allí había ocurrido. No sabía como lo había logrado, pero ya no me sorprendía nada en aquella preciosa mujer. Cogí su mano y la besé con fervor, no solo por mantener su valía en todo momento, sino por demostrarme las razones por las que la amaba de ese modo.

—Por favor, ve con ellos —dije sabiendo que estaría más tranquilo sabiendo que ella estaba a salvo y custodiada en mi habitación.



---

---

## TREINTA Y CUATRO

---

---



La inquietud por lo ocurrido fue latente cuando me dejé caer completamente abatido una vez que Celeste abandonó aquella celda maloliente. Era como si de pronto la realidad de lo acontecido me hiciera flaquear las piernas por haber contenido ese temor en todo momento y aquel miedo plausible a perderla.

—Excelencia —pronunció Sergei, el jefe de seguridad de palacio se había presenciado personalmente y lo agradecía—. Será mejor que nos acompañe a una sala superior donde la señorita Villagnes reciba asistencia médica y nos cuente personalmente lo sucedido.

—¡No le crean! —gritó Annabelle—. ¡Les contará una sarta de mentiras sin fundamento!, ¡Me ha violado!, ¡Traté de resistirme, pero él abusó de mi! —añadió evocando un lamento acompañado de sollozos y lágrimas digno de una verdadera actriz que interpretaba su papel.

Ni tan siquiera podía creer que pudiera parecer tan creíble, imaginaba que por eso mi madre estaba absolutamente cegada por lo que aparentaba ante sus ojos. De intentar violarla ya había cambiado su versión a que la había violado, intuía que conforme pasara el tiempo sus acusaciones hacia mi persona se agravarían.

—Por supuesto —dije conteniéndome y tanto aquella mujer despiadada que seguía lamentándose de su infortunio por haber sido violada, como yo, fuimos escoltados hasta una sala apartada del gran salón donde se celebraba el banquete para realizar un interrogatorio exhaustivo.

—Necesito que avisen a la policía —dije refiriéndome a Sergei directamente—. Y que busquen a un hombre que era el cómplice de la señorita Villagnes —dije refiriéndome a mi prima —, seguramente trató de huir y responde al nombre de Jonás —advertí conforme entrábamos en la sala.

—Si se refiere a un individuo algo corpulento, de cabello castaño y ojos claros, le interceptamos en los pasillos de las mazmorras y permanece custodiado hasta aclarar esta situación —intervino Sergei y lo agradecí infinitamente.

—¡No hay nada que aclarar! —gritó Annabelle—. ¡Ya os he dicho lo que ha sucedido!, ¡Habéis visto como él me apuntaba con un arma y me amenazaba con una espada ¡Incluso me ha cortado una mano!, ¿Qué mas pruebas necesitan? —inquirió fuera de sí.

—Excelencia, ¿Puede contarme que ha sucedido realmente en las mazmorras y porqué advirtió a uno de los criados que enviase a la guardia real si no volvía? —preguntó Sergei directamente sin hacer caso alguno a la susodicha.

Agradecí que al menos alguien con la formalidad que aquel hombre tenía y que dirigía el departamento de seguridad de palacio desde hacía años, desconfiara de la palabra de Annabelle por más creíble que quisiera parecer.

—Seguí a la señorita Villagnes aquí presente —dije refiriéndome a Annabelle sin querer pronunciar su nombre y sin desear involucrarme en ella como pariente, desde luego rechazaba totalmente que entre esa mujer y yo existiera algún lazo sanguíneo— vi como se adentraba en los calabozos y advertí a uno de los criados antes de ir tras ella porque tenía sospechas de que ocultaba algo. Allí descubrí no solo que su intención era asesinar a mi prometida Celeste Abrantes —aseguré porque ella habría dejado de ser mi esposa, pero seguía siendo ante todos, mi prometida—, sino que confesó haber matado previamente a mi hermano Adolph.

—¡Mentiras!, ¡Calumnias! —irrumpió Annabelle exaltada—. ¡No pueden creer a este bastardo violador!, ¡Nadie más que él se beneficiaría con la muerte de su hermano!, ¡Fue él!, ¡Él le mató y quiere culparme a mi por ello!, ¡No le crean!, ¡Es un violador!, ¡Tienen que destituirle!

—Tengo su confesión —advertí entonces en un tono calmado y escuché como el silencio inundaba la sala.

—¿Posee una grabación donde la señorita Villagnes admite todo lo que usted ha dicho? —exclamó Sergei sorprendido.

—Así es —admití ahora con sumo placer—. Y no solo confesó haber matado a Adolph, sino que admitió las razones por las que lo hizo y que sus intenciones serían matarme a mi también.

En aquel momento alcé la vista para observar a Annabelle que parecía contrariada, como si jamás se hubiera esperado aquello.

—¿Tiene algo que decir al respecto señorita Villagnes? —exclamó Sergei interrogándola.

—Quiero un abogado. —Fue su única respuesta.

—Dinos cómo mataste a Adolph —dije dirigiéndome hacia ella con rencor.

—¡Quiero un abogado! —gritó ahora más fuerte—. ¡No pienso responder a nada!, ¡Que venga mi abogado!, ¡Tengo derecho a un abogado!

Suspiré y me llevé las manos a la cabeza, aquello era realmente exasperante ¿De verdad tendría que convivir sin saber lo que le sucedió a Adolph?

Solo veinte minutos más tarde la policía se presenció en palacio, a esas alturas supuse que mi padre debía sospechar algo cuando llevaba más de una hora ausente y pedí a Sergei que enviase a uno de sus hombres para traerle de inmediato. El banquete debía interrumpirse y hacer que los invitados se marcharan.

En cuanto vi el rostro de mi padre aparecer, no supe como iba a decirle aquello sin que sufriera otro ataque al corazón o algo aún peor.

—Hijo, ¿Qué ocurre? Se supone que la cena es en tu honor y todos se preguntan donde está el monarca de Liechtenstein.

Le miré aturdido. Sabía que iba a ser difícil de encajar esa noticia, pero de igual modo no podría esconderla y menos aún ocultarla. Sabía que aquello iba a cambiar nuestras vidas y sobre todo la percepción que hasta ahora teníamos de la familia.

—Ha ocurrido algo horrible —admití con pesar.

—Bohdan me estás asustando, ¿Qué es lo que ha pasado?, ¿Celeste está bien? Ella tampoco ha regresado al banquete...

—Celeste está bien. Afortunadamente llegué a tiempo y se encuentra bien —. Annabelle ha intentado asesinarla —admití.

—No, no puede ser cierto... debe haber alguna equivocación, tu prima no puede haber

pretendido hacer algo así —jadeó llevándose una mano a los labios en señal de aturdimiento.

—Eso no es todo, pero no puedo contárselo ahora, necesito que despida a los invitados alegando cualquier pretexto, aunque lo sabrán cuando salte la noticia a la prensa, todo el mundo sabrá lo que sucedió.

—Lo comprendo hijo, me inventaré cualquier cosa, pero no te preocupes, de algún modo detendremos a la prensa.

—Padre, que intentara asesinar a Celeste no es lo único que ha hecho —admití con un nudo en el estómago y vi como me estudiaba cuidadosamente, quizás intentase averiguar que le ocultaba—. Ella mató a Adolph.

Percibí como en aquel momento se llevaba una mano al pecho y daba pasos hacia atrás, así que le sostuve.

—Estoy bien. Estoy bien —dijo tratando de respirar hondamente, pero sabía que aquello se lo decía más a sí mismo que a mí—. ¿Estás seguro de ello Bohdan?, ¿Completamente seguro? —Indicó mi padre.

—No existe la menor duda, ella misma lo confesó a Celeste cuando pensaba que no la oía y todo está grabado —afirmé convincente—. No le diga nada a madre todavía, al menos hasta que los invitados se marchen, la policía tratará de sonsacarle lo sucedido, aún no ha confesado cómo o qué hizo para provocar el accidente.

—Averígualo —dijo volviendo a erguirse completamente—, haz lo que tengas que hacer, pero logra que lo confiese.

—Lo haré —advertí despidiéndome de él y entrando en la sala donde la policía interrogaba a Annabelle, pero ésta parecía ausente o, mejor dicho, como si las preguntas no se las hicieran a ella o aquello no fuera con ella.

Me acerqué a la otra sala donde la policía había comenzado a interrogar al cómplice de Annabelle, que parecía mucho más dispuesto que ella a revelar sus secretos cuando le dijeron que conseguiría una reducción de pena considerable si colaboraba con ellos.

Aquel tipo no solo admitió que había sido él quien llamó a Dietrich desde un número de prepago que después eliminó, sino que realizó la transferencia a través de varias cuentas suizas para no dejar registro. Además, confesó que Annabelle había estudiado la carrera al milímetro y le dijo donde debía situarse para tirar sobre el parabrisas del coche una sustancia que le hiciera perder la visibilidad completa del vehículo. Era una curva sin peligro, pero la cercanía al barranco la convertían en el mejor punto para que tras perder el control se precipitara como lo hizo. Sabía que allí no se colocaba gente para ver la carrera porque ella misma lo había comprobado en otras ocasiones, era el crimen perfecto porque nadie podría sospechar que no fue un accidente.

Cuando terminó aquella confesión casi no podía creerlo. No podía asumir que fue aquello no que había ocurrido. Me había preguntado tantas veces como Adolph había perdido el control del vehículo, como era posible que dada su experiencia se hubiera salido de aquella curva. Es cierto que sabíamos que había frenado repentinamente, pero ahora sabía porqué... ahora sabía exactamente lo que había sucedido y aunque eso no iba a lograr que conciliara mejor el sueño por la noche, se haría justicia a su muerte.

Acababan de informarme de que Annabelle no había confesado su incriminación en la muerte de Adolph, ni en ningún otro de los cargos que se le acusaban y que, en su estado, cualquier abogado alegaría enajenación mental para librarse de una condena. Haría todo cuanto fuera necesario para evitar que lograra salirse con la suya, porque no estaba dispuesto a dejar que se

librera de la cárcel. Con ese pensamiento, envié un mensaje a mi amigo Carlos para que se reuniera en mi despacho a primera hora de la mañana, necesitaba averiguar todo lo posible al respecto y saber como debía proceder teniendo en cuenta que él era abogado y conocería de primera mano ese tipo de situaciones.

Era pasada la una de la madrugada cuando entré en el pequeño saloncito donde mi madre aguardaba impaciente junto a mi padre. Probablemente estaban expectantes por respuestas, había sido una larga espera.

—¡Di que ha hecho ahora esa campesina malcriada para estropear tu homenaje como monarca! —exclamó como si estuviera esperando mi aparición para echármelo en cara.

—¿No le has dicho nada? —pregunté mirando a mi padre y éste negó contundente.

—No era capaz de hacerlo.

—¿Decirme qué? —exclamó cruzándose de brazos—. No esperabas que me tragara el cuento de que había surgido un contratiempo que requería tu presencia de forma urgente. ¡Por favor!, ¡Si entre los invitados estaban todos los dignatarios de Liechtenstein y parecían sorprendidos! Es evidente que se trata de esa... oportunista, ¡Porque ella tampoco estaba!, ¿Verdad?

Era la primera vez que no me importó que se desfagara de esa forma, sobre todo porque lo que le iba a contar iba a dolerle, iba a hacerle tanto daño que ni yo mismo era capaz de averiguar cuanto.

—Será mejor que se siente, madre —dije señalándole una de las butacas.

—¡Estoy muy bien así! —insistió.

—Margoret por favor, siéntate —contraindicó mi padre y lo agradecí, sobre todo porque le obedeció y tomó asiento.

—Lo que voy a contarle madre, es algo que ya está contrastado, verificado y absolutamente confirmado, por lo que no existe ningún tipo de duda al respecto —dije calmadamente mientras me sentaba frente a ella y sin saber porqué acogí sus manos entre las mías, tal vez de ese gesto la calmaría—. Hace unas horas durante el banquete, seguí a Annabelle hasta las mazmorras de palacio —dije comenzando por el principio para no precipitarme—, descubrí que Celeste había recibido algunas amenazas de muerte e inesperadamente había desaparecido. No solo descubrí que las intenciones de vuestra sobrina eran asesinarla para ocupar su lugar en el trono, sino que, gracias a ello, también confesó que había matado a Adolph porque él se negó a contraer matrimonio con ella y que, tras descubrirla, haría lo mismo conmigo.

—Eso es imposible. ¡Mientes! ¡Adolph murió en un accidente! —dijo conmovida—. Lo dijo la policía, ¡Fue un accidente! —insistió.

—No madre, hicieron creer que lo fue, su cómplice ha confesado que bajo las indicaciones de Annabelle vertió sobre el parabrisas una sustancia que provocó el inesperado frenazo y la posterior caída tras perder el control del vehículo.

—No puede ser... —comenzó a decir negando con la cabeza conforme veía que sus ojos se volvían brillantes y las lagrimas comenzaban a brotar inundando sus mejillas—. Mi niño, no puede haberlo matado... ella no... no puede ser verdad, no puede ser verdad, no puede ser verdad —comenzó a repetir en ciclo y su respiración empezó a fallar.

—Está teniendo un ataque de ansiedad —dijo mi padre acercándose a ella.

—Es mi culpa, todo es por mi culpa... —decía mientras hipaba porque era incapaz de respirar adecuadamente.

—Tranquila Margoret, todo está bien, yo estoy aquí, todo se va a solucionar —comenzó a decir mi padre conforme la sujetaba de una mano y la atraía hacia él.

Tardó varios minutos en tener una respiración controlada, supe que iba a ser duro recuperarse de algo así, pero no era el momento ni el lugar para hundir más el dedo en la herida. Quizá debía asimilar la noticia esa noche antes de darle más detalles al respecto.

—Será mejor que te vayas Bohdan, ve con Celeste, ella te necesitará en estos momentos después de todo lo que habrá tenido que vivir. Mañana hablaremos con calma de todo esto.

—Por supuesto, padre. —asentí mientras salía cerrando la puerta tras de mí. Me dirigí directamente hacia la habitación, sintiendo el peso de todo lo acontecido esa noche.

Sentía que había envejecido cinco años en apenas cinco horas. Había creído que perdía a Celeste, después yo mismo me enfrenté a la muerte, terminé desenmascarando a mi prima y finalmente había constatado que Adolph no tuvo un accidente, sino que lo habían asesinado y el motivo del porque lo habían hecho.

Saludé a los guardias apostados en la puerta custodiando la entrada y velando por la seguridad de Celeste que respondieron mi gesto antes de dejarme entrar. Ni tan siquiera había puesto un pie dentro cuando contemplé la pequeña figura de cabello azabache abalanzarse hacia mí. Supuse que estaba ávida por respuestas y sobre todo por saber que había sucedido desde que ella se había marchado de aquella celda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó apresuradamente antes de que pudiera saludar—. ¿No habrán creído a ese engendro del demonio?

Me dolía demasiado la cabeza, así que tuve que meditar profundamente lo que acababa de preguntar.

—No —negué y llevé una mano a mis sienes para masajearlas, eso parecía aliviarme—. Afortunadamente no —aseguré y percibí como me colocaba una mano en el brazo, probablemente para infundirme ánimos—, aunque imagino que vendrá muy bien esa grabación en el juicio pese a que lo más probable es que se declare mentalmente inestable para rebajar la condena.

Tuve que afirmar para mí maldita suerte, no sabía como iba a lograr llevar a cabo la investigación, pero no dejaría que se saliera con la suya.

—¡Definitivamente es más mala que un rayo! —dijo enfurecida.

—¿Estás bien? —Ella había padecido en primera persona la maldad de esa mujer. Observé su mejilla algo roja e imaginaba que debía haber recibido un golpe. Me maldije por no haber llegado antes, pero estaba tan agradecido porque ella hubiera salido de allí con vida después de todo el miedo que pasé, que solo daba gracias a Dios por tenerla delante de mí sana y salva—. Cuando Jeffrey me contó lo que había pasado esta mañana con el gato de mi madre y que no volvías me temí lo peor —dije acariciando sus mejillas y haciéndola participe de mis propios miedos.

—¿Cómo lograste encontrarme? —parecía sorprendida, como si no entendiera que podía haber ocurrido para saber donde debía encontrarla—. Puesto que ni siquiera me dio tiempo a gritar para pedir ayuda y dudaba que alguien hubiera visto algo teniendo en cuenta que todo parecía estar preparado.

Ciertamente habría llegado tarde si no hubiera sido por una corazonada en el momento justo y sobre todo por el aviso de Jeffrey en el momento preciso.

—Observé que Annabelle se escabullía del salón y decidí seguirla —admitió—. No creí que fuese capaz de hacer lo que tenía pensado, pero desde lo que ocurrió con Dietrich no me fiaba de ella y esta noche confirmé mis sospechas, aunque hice mucho más que confirmarlas.

Jamás había creído lo que descubriría cuando me adentré en las mazmorras para perseguir a esa horripilante mujer sin escrúpulos.

—Ni siquiera yo podía imaginar que era la culpable de la muerte de tu hermano o que

perpetrara un plan tan maquiavélico para deshacerse de mi sin pestañear.

—Todo por la maldita ambición a la corona —admití muy a mi pesar.

Yo la había colocado en esa tesitura, aunque nadie podría haber sospechado las verdaderas intenciones de Annabelle, aún así me culpaba de ello.

—Ni se te ocurra culparte de todo lo sucedido, Bohdan —dijo de pronto—. No puedes ser responsable de los actos que cometen los demás a tu espalda por muchas responsabilidades que ahora tengas, menos aún, de la muerte de tu hermano por esa muñeca maldita sin cerebro.

Que ella hablara de ese modo solo logró sacarme una sonrisa, además del insulto que le había propiciado. Saber que ella no me culpaba de nada era demasiado satisfactorio.

—Creo que el único consuelo que ahora tengo es que mi madre haya abierto por fin los ojos y aún está en estado de shock por saber quién era realmente su sobrina predilecta.

Si algo bueno —por decir bueno—, había tenido descubrir quien era realmente Annabelle, era que por fin la reina Margoret despertaría de su ceguera.

—¿Se lo has contado a tus padres?, ¿Qué ella fue quien mató a Adolph? —preguntó conmovida.

—Sí, no podía ocultárselo por más tiempo —afirmé recordando ese momento—. De hecho, he tardado un poco más porque mi madre sufrió un ataque de ansiedad tras comunicarle la noticia.

—¡Oh dios mío! —Que Celeste sufriera así por mi madre después de todo lo que ella le había dicho y hecho para mostrar lo poco que la deseaba en palacio, demostraba mucha empatía por su parte—. ¿Y ha confesado como le mató?

—Lo hizo su secuaz —contesté revelándole lo que había sucedido realmente—. Por eso no se detectó nada en su autopsia, ni tampoco en el coche que quedó completamente destrozado.

—Lo siento Bohdan —dijo acercándose a mí y podía notar la nostalgia en su voz—. Siento que hayas tenido que enterarte de esa forma.

Lo único que yo sentía en esos momentos es que ella hubiera tenido que pasar por todo aquello.

—Si te hubiera hecho algo, ¡Dios! —exclamé—. No puedes imaginarte todo lo que tuve que controlarme cuando escuché como amenazaba con matarte. Te juro que solo podía pensar en estrecharle el cuello hasta que dejara de respirar.

—Ya ha pasado todo —admitió abalanzándose sobre mí para abrazarme—. Al fin se ha sabido la verdad.

—Probablemente nadie olvidé como fue el final de mi coronación en años —me resigné sabiendo que la noticia llenaría todos los periódicos y con razón en cuanto se supiera lo que había sucedido realmente en la coronación. Ya veía los titulares; Una pariente de la familia real asesina al príncipe heredero y pretende hacer lo mismo con su sucesor para lograr ser reina, sino sería algo así, probablemente muy parecido a eso. Aunque por otro lado estaba la versión que ella contaba y que esperaba que jamás trascendiera.

—No lo olvidarán porque serás un gran rey —dijo de pronto y sentí tanto orgullo de que dijese aquello que solo pude acercarme a sus labios con la intención de que sus besos me apaciguaran como siempre lograba hacer.

La pasión y entrega de Celeste conseguía anular todos mis sentidos y también mis pensamientos por otra cosa que no fuera ella. En aquel momento y más que nunca, lo agradecía, así que la amé con cada célula de mi ser, sabiendo que ahora nada ni nadie podría separarnos.

Aquella misma mañana me levanté al alba. No podía dormir, después de todo lo sucedido me resultaba imposible hacerlo, además había tenido respuesta de Carlos por mensaje y decía que vendría lo más pronto posible a palacio para reunirnos. Agradecía enormemente que estuviera en

Liechtenstein por haber asistido a la coronación, de ese modo podía resultarme útil su ayuda como abogado en esas circunstancias cuando tenía tantas preguntas al respecto.

Llevaba media hora en mi nuevo despacho que hasta hacía solo unas horas pertenecía a mi padre, aunque él ya había retirado todos sus artilugios previamente, había dejado algunas cosas que le pertenecían y supuse que lo había hecho pensando que a mi me resultarían útiles. Habían transferido todos mis objetos personales y papeleo desde mi propio despacho hasta allí, aun así, no reconocía aquel sitio como mío, probablemente me debería acostumbrar a ello, pero me sentía extraño en el cargo y más aún tras lo ocurrido.

La interrupción de alguien llamando a la puerta me distrajo, comprobar que era mi propia madre hizo que me preguntase como habría averiguado que me encontraba allí, dudaba que estuviera buscando a mi padre.

—¿Puedo pasar? —preguntó con tacto.

—Por supuesto, adelante madre —dije levantándome mientras le ofrecía asiento.

Su rostro cansado, ojeroso y con evidentes signos de haber llorado la hacía no parecer ella misma, sino mucho más cerca y humana que de costumbre.

—No he podido dormir en toda la noche pensando en lo que nos dijiste, ¿Cómo es posible? Sé que me aseguraste que estaba confirmado, pero... necesito saberlo todo, creo que solo así lograré entenderlo —dijo bastante confusa y alterada.

Probablemente necesitaba saber cada detalle de lo ocurrido para creer la historia, porque tanto tiempo y años al lado de la persona que había causado su propia infelicidad debía estar siendo un auténtico martirio para ella.

Retrocedí en el tiempo hasta el momento en el que Celeste me confesó haber oído una conversación entre Annabelle y Dietrich, le advertí de lo que mi propio primo intentó hacer con ella y como descubrimos que él estaba implicado sin saberlo, ahí descubrimos que era muy probable que la muerte de Adolph no se tratara de un accidente. Revelé las amenazas que sufrió posteriormente Celeste e incluso el asesinato de su gato para atemorizarla. Imaginé que en aquellos momentos la muerte de Sifus era el menor de sus problemas a pesar de que le tuviera estima a ese pobre animal. Finalmente le conté todo lo que sucedió en las mazmorras la pasada noche hasta que la policía se llevó a Annabelle a los calabozos.

—No puedo creer que todo este tiempo esa pobre muchacha haya tenido que sufrir toda clase de instigaciones contra ella, ¿Qué tal se encuentra después de lo ocurrido? —advirtió finalmente mi madre y me sorprendió que por primera vez hiciera una referencia a Celeste sin insultarla.

—Ella esta bien, afortunadamente no sufrió ningún percance —admití aliviado—. En realidad, debería agradecerle su valentía, sino hubiera actuado del modo en que lo hizo en cada una de esas ocasiones, probablemente hoy seguiríamos ciegos ante lo que representaba Annabelle, siendo inconscientes de que la cegaba el poder.

—Siento que de algún modo yo fomenté esa ceguedad —admitió a su pesar.

—Viene desde mucho antes de la muerte de Adolph, madre. Creo que más bien fue ella quien la hostigó a usted a que tuviera esa fijación por convertirla en reina. He visto como piensa y como actúa, estoy convencido de ello —aseguré—. Es una mala persona sin escrúpulos dispuesta a hacer lo que fuera necesario por alcanzar su objetivo.

De algún modo había conseguido que madre solo pensara que la única posible consorte para su hijo fuese ella.

—¿Cómo he podido estar tan ciega? —exclamó llevándose las manos a los ojos para apartar las lágrimas.



—No ha sido la única, para todos ha sido un auténtico horror descubrirlo y más en el modo en el que lo hemos hecho —advertí contrariado—. Aún no sé como vamos a contarle a Margarita todo esto, no sé como va a afectarle que Adolph fue asesinado.

—Tu padre acaba de hacerlo justo antes de que viniera a visitarte. No parecía sorprendida, aunque sí le conmocionó que hubiera intentado hacerle lo mismo a Celeste.

—Me alivia no tener que ser yo quien deba hacerlo —admití resignado. En aquel momento llamaron a la puerta para advertirme que mi amigo Carlos había llegado—. Lamento tener que pedirle que se marche madre, pedí a Carlos que viniera para plantearle la situación y que él me recomie como abogado qué nos conviene hacer en estos momentos.

—Por supuesto, no os molesto. Me gustaría bajar a desayunar para ver personalmente que tal se encuentra tu... bueno, Celeste —admitió finalmente y me sorprendió que casi hubiera estado a punto de mencionar que ella era algo mío.

—Si no le importa, ¿Podría decirle que se reúna conmigo cuando finalice el desayuno? Hay algo que me gustaría tratar con ella —advertí pensando que, tras todo aquello, no habíamos hablado de lo que realmente importaba, ni tan siquiera había podido confesarle como era mi intención, la verdad de lo ocurrido en las Vegas. Fuera como fuese, tenía que decirle que no podría marcharse tras lo sucedido, pero sobre todo debía confesarle la verdad y creer que, si había soportado intrigas y amenazas palaciegas, una pequeña mentira formulada por puro egoísmo, quizá no podrían significar nada para todo lo bueno que nos aguardaba.

—Por supuesto, se lo diré.

Tras abandonar el despacho, Carlos entró completamente intrigado por la premura con la que lo había citado. Cuando le expuse la situación, dejó a un lado la amistad que nos unía para volverse todo un abogado; serio, distante y preocupado por su cliente que en este caso era yo.

—La confesión será muy útil en el juicio, eso demostrará que existía móvil, que todo fue premeditado y que había calculado cada paso que debía recorrer antes de ejecutar su plan. Si de verdad intenta alegar enajenación mental, eso no servirá si existe premeditación, solo si consiguen demostrar que lo hizo en el momento sin un plan previo. Lo recomendable en estos casos es aunar el máximo posible de pruebas que la incriminen y lograr el juez acepte el mayor número posible para que no se admita la propuesta de la demandada —verificó Carlos sabiendo exactamente de lo que hablaba.

—¿Cómo consigo aunar el máximo posible de pruebas? —pregunté no sabiendo como empezar.

—Testigos, policías, guardias de seguridad —comenzó a mencionar—. Ellos podrán dar fiabilidad a lo sucedido ayer—. Además, te recomiendo contratar a varios detectives privados, te pasaré sus números ya que son muy buenos haciendo su trabajo, ellos lograrán repasar los escenarios y encontrar las pruebas incriminatorias que aún no has obtenido y que darán veracidad a la confesión. Te recomiendo buscar el mejor equipo de abogados en delitos de sangre, sabrán como llevar vuestro caso.

—Realmente te lo agradezco, creo que ahora tengo una visión más clara de lo que debo hacer —pensé apuntando en mi mente que debería llamar a Frederick esa misma mañana y pedirle que buscara al mejor bufete de abogados en casos criminales.

—No dudes en contar conmigo para lo que necesites, soy tu amigo, pero también soy tu abogado y te daré el mejor consejo en ambos sentidos.

—Lo sé —confirmé—, y agradezco tu ayuda tanto ahora como la última vez que nos vimos en las Vegas.

Ciertamente allí me había demostrado su valía redactando aquel contrato matrimonial, aunque

al final no hubiera servido para nada.

—Hablando de ese tema, me quedé esperando los papeles del divorcio, ¿Cuándo vas a enviármelos? Imagino que ahora que ya no necesitas estar casado, ni tampoco a la chica a pesar de que estaba buena, los recibiré pronto. Me debes una muy grande por pasarme dos horas redactando el contrato prematrimonial ese que parecía infinito.

De seguir vigente, podría morir esperando esos papeles de divorcio porque jamás los enviaría.

—Creo que ya no hará falta. Las cortes anulaban ayer el matrimonio afirmando que se concertó de manera improcedente —admití solo para zanjar el asunto.

—¡Vaya! Bueno... eso que te ahorras, seguro que te habría salido pidiendo una pequeña fortuna a cambio de hacerse pasar por tu prometida y no hablar del tema.

Estaba claro que no conocía a Celeste y que hablar de ella desde ese punto de vista era normal, de hecho, pensar así de cualquier mujer sería lo normal, por eso mismo redactó un contrato prenupcial casi infinito.

—En realidad no sabe exactamente lo que ocurrió —Y no sabía si era mejor o peor que lo supiera dado el caso.

—¿En serio no se lo has dicho? Menudo marrón cuando le pidas que se largue y se haya acostumbrado a la buena vida en palacio... —advirtió preocupado, solo que eso sería algo que jamás le pediría que hiciera.

—No puedo dejar que se vaya ahora... —admití.

No podía dejar que se fuera, la necesitaba, me faltaba el aire si ella no estaba. La quería en mi vida y no veía la hora en que ella pudiera aceptarme.

—¿Por qué? Ya no la necesitas, salvo para que testifique en el juicio contra tu prima, pero para eso puede venir de forma puntual. Lo mejor es que se lo digas cuanto antes ahora que tus problemas se han solucionado.

Probablemente mis problemas por la razón en la que tomé a Celeste como esposa se habrían solucionado, pero desde luego no era esa la razón por la que debía contarle realmente lo sucedido. Debí haberlo hecho anoche, solo que no tuve la oportunidad por lo sucedido, aunque algo de razón sí que tenía Carlos, lo mejor era que se lo dijera cuanto antes y me quitara aquel peso de encima para liberarme.

—Tienes razón —afirmé—. Esta noche se lo diré.

Y de esa noche no pasaría en que confesara a Celeste Abrantes que era la única mujer que amaba, que deseaba pasar el resto de mi vida a su lado y que de ella dependía que me perdonara.



---

## TREINTA Y CINCO

---



**T**ras despedirme de Carlos, estuve en mi despacho durante al menos tres horas mientras recibía llamadas y atendía algunos asuntos de estado a pesar de que la cabeza no me diera para ello en esos momentos. Había pasado tiempo más que suficiente para que Celeste se hubiera presenciado, intuí que madre no debió haberle dado bien el mensaje o quizás me habría buscado en mi antiguo despacho y al no encontrarme pensó que me habría marchado de palacio. Con esta idea me encaminé hacia la habitación, intuía que debía estar allí o dando un paseo por los jardines, quizá estuviera con Margarita hablando sobre lo sucedido o tal vez leyendo un libro en la biblioteca. Lo cierto es que pensar en ella estando en alguna parte de palacio me agradaba, deseaba que siempre fuera así cada vez que mis asuntos requirieran de mi presencia en casa.

Bajé las escaleras para dirigirme hacia mis aposentos, cuando vi que al fondo del pasillo Margarita parecía salir de una de las habitaciones llevando varios enseres en las manos.

—¿Dónde vas enana? —pregunté queriendo parecer jovial, como si la gravedad de lo sucedido no nos afectara.

—Madre me ha dejado salir al jardín para pintar.

¿De verdad? Probablemente lo ocurrido sí que tuviera un efecto palpable en ella a partir de ahora.

—Me alegro, ¿Has visto a Celeste? Se suponía que debía venir a mi despacho, pero no lo ha hecho —admití para saber si ella sabía algo o si madre realmente se lo había comunicado.

—¿No fue? Si yo misma la llevé hasta la biblioteca y le enseñé el pasadizo secreto para que no tuviera que aguardar tras la puerta, ¿Se habrá quedado encerrada? —exclamó con tanta palidez en su rostro que supe que lo decía en serio.

En aquel momento corrí como si mis piernas huyeran del mismísimo infierno y en cuanto abrí el pasadizo lo recorrí rápidamente gritando su nombre, pero no estaba, no había rastro alguno de ella. De pronto el horror me embriagó, ¿Podría ella haber oído algo de la conversación que había mantenido con Carlos? Cuando salí a la biblioteca de nuevo, Margarita estaba allí con evidentes señales de agitación.

—¿Cuándo la trajiste aquí Margarita?, ¿A qué hora fue? —exigí.

—No lo sé... —respondió aturdida—. Madre le mencionó que querías verla, yo la acompañé porque no conocía la ubicación de tu nuevo despacho y cuando vimos a los guardias, le hablé del pasadizo secreto, en ese momento pensé que te alegrarías de que te sorprendiera.

—¡Maldita sea! —grité alejándome de allí.

Tal vez no había escuchado nada, sino que se había marchado al descubrir que estaba reunido y solo estuviera vagando por alguna parte de palacio, pero de ser así ¿Por qué no había regresado durante aquellas tres horas? Algo me decía que algo iba mal, que lo quisiera aceptar o no, ella había podido oír la última parte de la conversación que había mantenido con Carlos y eso me inquietaba porque era muy probable que hubiera podido hacer suposiciones de lo ocurrido y considerar que era un mentiroso además de un cretino por engañarla.

Fui hasta la habitación y encontré que había un par de cajones revueltos, como si hubieran sido vaciados, giré la vista y vi el anillo de compromiso sobre su mesilla, lo había dejado allí y entonces lo comprendí, se había marchado. En ese momento el mundo se vino encima, no era posible, ella no se podía haber ido. Si esa había sido su intención, alguien la debía haber visto o ayudado, ella debía estar en alguna parte del castillo porque no la podía haber perdido.

Salí atropelladamente para ir directamente a la salida, si había atravesado las puertas de palacio ellos tendrían que haberla visto, pero antes de llegar la voz de mi padre detuvo mi paso.

—¡Bohdan! —bramó llamando mi atención.

—Ahora no puedo padre —dije alzando una mano y diciéndome que aquello que tuviera que contarme podía esperar, nada era más importante en aquel momento que Celeste.

—Ella no está. No vas a encontrarla —dijo provocando que me detuviera de golpe, como si me hubiera dado un mazazo y mi corazón se hubiese detenido.

No. Ella no podía haberse ido.

—Dígame que no ha permitido que se vaya... —advertí señalándole con el dedo y temiéndome lo peor.

—No tuve elección. Ni tú, ni yo podíamos retenerla si ese era su deseo.

Tal vez no pudiera detenerla, pero sí convencerla para que se quedara, ni tan siquiera sabía como había podido interpretar lo que había escuchado. ¡Dios! Seguro que estaba pensando que era el hombre mas hipócrita sobre la faz de la tierra. Yo mismo había mencionado en voz alta que ella no sabía lo que ocurrió en las Vegas.

—¿Le ha dicho porque se marchaba? —pregunté horrorizado ante la idea de que ella hubiera descubierto la verdad de ese modo.

—No y me pidió que no le preguntara, no quería dar sus razones —advirtió mi padre y me llevé las manos a la cabeza emitiendo un grito exasperado.

—Tengo que ir tras ella, quizá logre alcanzarla a tiempo o la buscaré donde haga falta, seguro que ha regresado a su apartamento... —comencé a balbucear conforme avanzaba hacia la salida no importándome hacia donde iba a dirigirme, sino que solo podía pensar en encontrarla.

—No sé lo que ha ocurrido entre vosotros, pero tú no irás a ninguna parte. Al menos no ahora y no en ese estado —advirtió mi padre de forma contundente—. Sé cuando una mujer está dolida y ella lo estaba, vas a tener que dejar sanar esa herida antes de hablar con ella, pero sobre todo vas a tener que demostrarle que te importa y cuanto más grave haya sido el daño, mayor tendrá que ser esa demostración.

En aquel momento me giré para observarle, era consciente que él la apreciaba lo suficiente para saber que me estaba hablando desde el conocimiento y la sabiduría que había aunado a lo largo de los años.

—Usted no lo comprende padre. Hice algo horrible... yo...

—¿Qué ocurre?, ¿Qué está pasando? —La voz de mi madre me hizo comprender que habíamos elevado la voz lo suficiente para llamar su atención.

—¿Porqué no entras y nos cuentas que es eso que hiciste? —exclamó mi padre señalando la pequeña biblioteca en la que solía pasar bastante tiempo las últimas semanas. Tanto mi madre como yo entramos y escuché como padre cerraba la puerta.

Mi conciencia me decía que no debía perder el tiempo allí, sino que necesitaba buscarla y encontrarla, aclararle lo que sucedió verdaderamente y revelarle mis sentimientos. Tenía que decirle que me había enamorado de ella y que era la única mujer con la que deseaba compartir el resto de mi vida. Notaba la presión en mi pecho por esa intranquilidad, por creer que en aquellos momentos Celeste estaba odiándome y pensando lo peor de mi.

—¿Alguien va a decirme que ocurre? —preguntó madre lo suficientemente alterada para acaparar mi atención—. Porque no sé si seré capaz de afrontar otra mala noticia.

—Celeste se ha marchado de palacio —aseguró mi padre—. Vino a pedirme expresamente que la ayudara y que no hiciera preguntas sobre los motivos de su partida.

—¿Por qué iba a querer irse ahora? Esta mañana no parecía alterada por lo ocurrido si ese hubiera sido el caso, quizá se sintió sobrepasada por lo que sucedió y deseaba regresar a su hogar, a nadie le sorprendería que así fuera.

—No se ha ido por esa razón —admití—. Soy el único responsable de su huida.

—¿Habéis discutido? —mencionó mi madre.

—Aunque me cueste tener que admitirlo, tal vez sea la única forma de acabar con todo esto —dije levantándome inquieto, necesitaba al menos sentir el movimiento de mis piernas para desfogar ese sentimiento—. Tomé a Celeste como esposa en las Vegas siendo plenamente consciente de mis actos —solté de pronto y vi como ambos me miraban anonadados—. Ella tomó por error una sustancia que potenció los efectos del alcohol en sangre y no era consciente de sus actos, me aproveché de ello en mi propio beneficio, sabía que madre persistiría en mi matrimonio con Annabelle y estaba desesperado —admití dirigiéndome a ella.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó aturdida y con cara de horror.

—Si madre, usted la llegó a culpar de haberse aprovechado de mi, cuando en realidad fui yo quien lo hizo —admití en esos momentos—. Pensé que solo serían un par de meses, quizás así conseguiría tiempo para disuadirla de su empeño, pero me enamoré de ella —afirmé dejándome caer en una de las librerías—. No conté con que me iba a enamorar perdidamente de ella —dije con una risa escéptica incapaz de controlar porque probablemente iba a amar a la única mujer que no me correspondería.

—¿Ella sabe todo esto? —preguntó mi padre sin mostrar algún tipo de acusación hacia mi persona o de indicarme que sentía decepción por los hechos.

—No estoy seguro —indiqué—, pero es muy probable que haya podido escuchar algo referente a ello y llegar a la conclusión de que la he engañado todo este tiempo.

—¡Todo esto es culpa mía!, ¡Si no me hubiera empeñado en que te casaras con...

—No madre. Es mi culpa —dije irrumpiendo su afirmación—. No debí buscar la salida más fácil para evadir mis propios problemas y aprovecharme de Celeste en su situación. Tal vez de no hacerlo, jamás hubiera tenido la oportunidad de conocerla y saber que ella es la mujer que deseo como esposa y con la que quiero compartir el resto de mis días, pero obré mal y ahora deberé pagar las consecuencias de mis actos, aunque me duela hacerlo.

—¿Ella te ama? —preguntó mi padre.

—No lo sé...

—¡Por supuesto que debe amarle! —exclamó entonces mi madre—. Ninguna mujer habría soportado todo lo que ella ha logrado si no le amase, ¡Hasta un ciego podría verlo! Puedo haber

cometido muchos errores, ahora me doy cuenta, pero sé cuando una mujer está enamorada y ella lo está.

Quería creer que eso era cierto, que ella debía quererme para haber afrontado cada uno de los retos que se habían interpuesto en su camino, pero quizá el amor no fuera suficiente para que lograra perdonarme.

—Esta tarde se dará un comunicado de prensa referente a lo sucedido ayer. Nadie cuestionará que se cancele la boda anunciada del monarca de Liechtenstein dentro de dos semanas dados los acontecimientos. ¿Qué quieres hacer Bohdan? —La pregunta de mi padre me sorprendía porque yo mismo no sabía que quería.

Nada de lo que había premeditado había salido como esperaba, todo se había ido al traste en cuestión de horas y mis primeros momentos como monarca habían sido un absoluto desastre, pero no pensaba cometer más errores, en esa ocasión haría las cosas bien y aunque me humillara ante el mundo entero si algo de razón tenía mi padre es que una ofensa debía estar a la altura del resarcimiento. Debía demostrarle a Celeste que la amaba y eso sería precisamente lo que haría.

—La boda no se cancela —afirmé rotundamente.

Tanto si me aceptaba como si no, iba a esperarla junto a ese altar con la convicción de que, por una vez en mi vida, las cosas debían salir bien. Ella me había hecho una promesa, me había prometido estar en el lugar y hora acordados de aquel sobre que le había dado. Me expondría ante el mundo entero a expensas de que ella me rechazara, pero si no lo hacía, sabría que era porque me amaba y albergaba en lo más profundo de mí ser que así fuera, porque sería el único modo de que me perdonara.

—¿Estás seguro, Bohdan? —preguntó mi madre—. ¿Y si ella te rechaza?

—Correré ese riesgo. Ella lo merece y vale la pena que lo haga.

Aunque me desviviera por ir tras ella, tenía que darle tiempo, que procesara lo que había escuchado y no se negase rotundamente a verme o a las explicaciones que pudiera darle. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer para demostrarle que nada de eso importaba, que había cometido un error imperdonable; sí, pero que la amaba... que la amaba profundamente y solo deseaba demostrárselo el resto de nuestra vida.

En cuanto el anuncio sobre la implicación de Annabelle salió en la prensa recibí una llamada al día siguiente de Egmont preocupado por lo sucedido. No pudiendo creer que mi prima pudiera cometer aquellos actos. Le conté todo, desafortunadamente su esposa estaba en el último tramo de gestación de su primer hijo y no podía abandonar Viena, por lo que comprendí que tendría que conformarme con aquella llamada telefónica.

—¿Ella se ha marchado y aún así seguirás adelante con la boda? —preguntó escéptico.

—Sí. Lo peor que puede ocurrir es que me rechace y si es así, me lo habré merecido.

—Sabes que, si ella te deja plantado o se niega, la prensa se cebará contigo, ¿Verdad? —insistió.

—No me importa —Asumí. ¿Qué podría ocurrir si añadía otro escándalo a mi espalda? Podría soportarlo, aunque una parte de mí fuera consciente de que eso podría suceder, estaba dispuesto a afrontarlo.

—Solo espero que ella comprenda que si haces todo esto es porque la quieres de verdad.

—Yo también, porque me está costando un infierno no ir en su búsqueda y decirle de verdad lo que siento.

Me había asegurado de que el sobre que le había dado no estaba por ninguna parte de la habitación, así que estaba completamente seguro de que ella se lo había llevado, aunque no sabía

si lo había abierto, tal vez lo había hecho, pero no había mostrado señales al respecto. Era consciente de todo eso, pero no pensaba dejar que aquello modificara mis planes, Celeste siempre cumplía su palabra y aquella ocasión no sería diferente, estaba plenamente convencido de que ella acudiría, aunque me rechazara delante de todo el mundo, ella vendría.

—Aguanta amigo, dicen que lo bueno se hace esperar...

Si. Celeste era lo mejor que me había pasado y estaba dispuesto a esperar toda la vida si era necesario.

Conforme iban pasando los días, mi desesperación era más plausible. La incertidumbre había hecho que padeciera una tensión constante, pero cada día me convencía más de que aquella era la decisión correcta. Los preparativos para el matrimonio estaban avanzando a pasos agigantados, la implicación de mi propia madre en ellos me había dejado completamente absorto, no solo se había encargado del vestido que llevaría Celeste si es que accedía como rogaba cada noche que me acostaba en aquella cama vacía, sino que había cuidado al milímetro cada detalle que ella llevaría.

Me tenían informado en todo momento de su situación, sabía que se encontraba en casa de sus padres y que apenas salía, no sabía si eso era una buena o mala señal, pero dentro de unas horas lo sabría.

—Majestad —dijo Frederick llamando mi atención—. El encargo que realizó a la joyería de casa real está listo, preguntan si desea ir personalmente o prefiere que envíen a alguien para dar su aprobación.

—Dígales que la suban —dije nervioso porque necesitaba que no tuviera ningún fallo, no había tiempo para errores.

Apenas tardaron veinte minutos en llegar hasta mi despacho dos hombres, uno de ellos portaba un estuche de terciopelo azul y cuando se acercó hasta mi mesa lo depositó frente a mi dejándome examinar la pieza que había encargado.

Abrí el cofre y el destello de las piedras azules me embriagó. Era tal y como esperaba, incluso aún mejor. Los zafiros brillaban engarzados en la tiara de plata con tanta majestuosidad que podía imaginar aquella joya luciendo con todo su esplendor en su dueña. No sabía si ella lograría comprender lo que significaba esa joya y la razón del porqué se la regalaba, pero esperaba que así fuera, quería demostrarle que era mi elegida, que esa tiara solo albergaba un significado; mi amor hacia ella.

—Todo está en orden, pueden marcharse —indiqué más que conforme con su trabajo.

—¿No desea que la custodiemos hasta su entrega? —preguntó formalmente.

—No será necesario, gracias.

Esa misma tarde partiría el avión privado hacia España, no correría el riesgo de ningún retraso, mañana a primera hora debían entregarle aquella tiara a la mujer para la que estaba predestinada.

En cuanto salieron de mi despacho me dirigí hacia Frederick.

¿Has confirmado los aviones que traerán a los invitados? —pregunté inquieto.

—Sí. Están confirmados al igual que el transporte hacia el aeropuerto y el personal encargado de avisarles. También he supervisado personalmente todos los preparativos de la ceremonia y solo hay un ligero contratiempo con las flores, pero nos han confirmado que llegarán a tiempo. La mansión donde está previsto que se aloje la futura reina ya está preparada y su madre me ha asegurado que el vestido estará listo antes de que ella aterrice.

—Está bien —afirmé satisfecho—. Haz que Jeffrey venga personalmente a mi despacho y

asegúrate de que todo está en orden para su partida dentro de tres horas. No se puede producir ningún retraso.

—Si majestad —contestó colocándose el auricular en su oreja y marcando un número de teléfono en su móvil.

En cuanto me quedé a solas, abrí el cajón y saqué una pequeña hoja en blanco, ¿Qué se supone que debía decirle? Imaginé la situación, el momento y supe que solo debía ser franco.

*Siempre has sido tú.*

*Tuyo por siempre, Bohdan Vasylyk*

Coloqué aquella nota dentro del cofre azul y lo cerré debidamente antes de que Jeffrey se personara en mi despacho.

Si alguien debía ir a por Celeste, tenía que ser una cara conocida y con la que ella se sintiera de algún modo identificada por todo el tiempo que había pasado en palacio. Pensé inicialmente en Margarita, pero era demasiado pequeña para viajar sola. Había dudado hasta la infinidad los últimos días preguntándome si no debía ser yo quien hiciera ese viaje, si no debía ser yo quien le entregara esa corona, pero el miedo a su rechazo me consumía. Tal vez errara en mi determinación, pero sentía que esa era la única forma de demostrarle que todo fue real para mi.

—Adelante Jeffrey —mencioné en cuanto escuché la puerta.

—Majestad —saludó inclinándose levemente.

—Necesito que te encargues de entregarle este estuche personalmente a la señorita Abrantes — dije señalando la caja azul.

—Por supuesto, no habrá ningún problema —advirtió.

Jeffrey ya estaba informado de su partida y de que escoltaría personalmente a Celeste hasta Liechtenstein.

—Tu cometido es escoltar a la futura reina de Liechtenstein al que será su hogar si ella acepta, pero bajo ningún concepto la obligue a que lo haga, deber ser ella quien decida acompañarle por voluntad propia.

—Así lo haré —contestó complacido.

—Su familia también deberá acompañarla —advertí solo para no albergar ninguna duda.

—No se preocupa majestad, su asistente me ha informado de todo lo que puedo y no puedo decir a la señorita Abrantes. Haré todo cuanto esté en mi mano para que ella regrese a Liechtenstein, es lo que deseamos todos —advirtió con una sonrisa y se acercó para recoger el cofre azul.

—Es lo único que deseo —confirmé no importándome revelar mis propios sentimientos.

Aquella noche fue demasiado angustiosa por la incertidumbre. ¿Vendría? Aunque una parte de mí me decía que sí, lo cierto es que otra no quería tener esas esperanzas arrolladoras en tan alta estima.

No cesaba de mirar el móvil constantemente cada diez segundos mientras mi impaciencia me hacía perder la cordura. Había tratado de dormir, de conciliar el sueño pensando en que pasaría lo que tuviera que pasar, pero lo cierto es que no dejaba de repetirme si habría actuado mal, si en lugar de haber proseguido con todo aquello no debería haber acudido personalmente a suplicar y rogar por mi forma de hacer las cosas.

—Majestad —irrumpió repentinamente Frederick en mi despacho y me sobresalté—. Ha accedido, la señorita Abrantes ha accedido a venir.



En aquel momento la sensación de alivio fue tan colosal, que di dos zancadas hasta acercarme a mi asistente y le abracé de puro entusiasmo.

—¿Estás seguro? —exclamé ahora sin poder creerlo con una sonrisa en los labios.

—¡Completamente majestad! —respondió sorprendido y sonriente—. Jeffrey acaba de llamar para informarnos, saldrán de inmediato, en apenas cuatro horas la futura reina de Liechtenstein habrá llegado.

Palmeé el hombro de Frederick entusiasmado. No podía creerlo, ¡Ella había accedido!, ¡Vendría! La mitad del camino estaba completado, ahora solo faltaba que ella me aceptase. Sabía que ella no faltaría a su palabra, era consciente de que Celeste llegaría hasta el final y mi intuición no quería dejarme ver más allá del hecho de que si ella había decidido venir, era porque de algún modo inconcebible, me amaba.

Tenía que amarme. Debía amarme. Necesitaba que me amase para que me perdonase.



---

---

## TREINTA Y SEIS

---

---



Todos los invitados habían llegado y estaban alojados, era informado de cada paso que tanto Celeste como su familia daban desde el mismo momento en que habían bajado del avión privado, todo estaba resultando conforme se había esperado y verdaderamente sentía que en cualquier momento algo no saldría según los planes establecidos, porque era imposible que todo fuese perfecto.

Aquella noche subí a la torre de astronomía, donde el manto de estrellas cubría toda la sala. Sabía que ella tendría mil y una preguntas sobre lo sucedido y yo no había dado respuesta a ninguna de ellas, pero lo haría, me aseguraría de hacerlo sin el menor atisbo de duda, solo necesitaba que ella me quisiera lo suficiente para dejar que nada más importara.

—Sé que estás en alguna parte, aunque probablemente solo esté hablando conmigo mismo — dije mirando al cielo—, por primera vez en mi vida tengo miedo hermano, tengo tanto miedo que soy incapaz de afrontarlo. Si estás en algún lugar, si de algún modo que desconozco puedes oírme, préstame tu valentía porque la necesito. Durante todo este tiempo me he preguntado si de algún modo inexplicable fuiste tú quien hizo que ella apareciera en mi vida, si eres la razón por la que nuestros caminos se cruzaran. Tal vez nunca pueda averiguarlo, pero no puedo evitar pensarlo, ella me recuerda a ti Adolph —suspiré mientras me dejé caer en uno de los marcos de la ventana—. Si de verdad fue así, si fuiste tú quien de algún modo intervino en nuestros destinos, solo puedo darte las gracias por dejarme descubrir lo que es el amor, por llenarme de vida y por hacer que la ilusión regresara de nuevo a mí tras tu partida. Independientemente de lo que ocurra mañana, no cambiaría estos últimos meses junto a ella. Estés donde estés querido hermano, mañana te llevaré a mi lado.

Salí de allí con la sensación de sentirme en paz conmigo mismo, de haber logrado desahogarme y afrontar lo que tuviera que suceder al día siguiente.

—Madre —No esperaba su visita en mis aposentos, sino que más bien la hacía preparándose para el acontecimiento.

—Venía a ver que tal te encontrabas, supuse que quizás necesitabas compañía —advirtió calmada.

—Probablemente no deje de estar tenso hasta que la vea caminando al altar —admití confesando mi mayor miedo.

—Lo hará y lucirá preciosa cuando lo haga —afirmó sorprendiéndome.

—¿Cuándo aceptó que Celeste se convirtiera en la futura reina de Liechtenstein? —pregunté deseando saber como había podido cambiar de parecer tan bruscamente.

Oí como suspiró y se acercó hasta el asiento que había bajo la ventana de mi habitación.

—Podría decir que solo me bastaría saber que es la mujer que mi hijo quiere y que tendría que respetar su elección, pero mentiría —afirmó alzando el mentón—. He tenido que descubrir de la peor forma que estaba equivocada y que desde el primer momento ella ha demostrado su valor. Quise creer que era una oportunista interesada, en cambio es la mujer más honesta que Liechtenstein ha conocido. Aunque me cueste aceptarlo, el pueblo la quiere y le tiene estima, creo que será una digna consorte y estará a la altura de las circunstancias.

Había esperado tanto tiempo oír aquello por parte de ella que simplemente no podía concebir lo que mis oídos escuchaban

—Me alegro de que piense así, madre —sonreí parcialmente y vi como ella respondía de igual modo.

—Solo lamento no haberme dado cuenta de ello antes —admitió irguiéndose en toda su figura —, pero nunca es tarde para darse cuenta de los errores, sé que estás en esta tesitura por mi culpa hijo, soy consciente y solo deseo que ella te perdone para que puedas ser feliz, nada me proporcionará mayor satisfacción que eso. En estas semanas he podido darme cuenta de que mi dolor ha provocado que mi propia familia se alejase de mi lado, me advertiste de ello y aún así no quería verlo, solo espero que no sea demasiado tarde para que me perdones por todo lo que hice.

—Me basta con saber que se ha dado cuenta y que volverá a ser la que era antes de la muerte de Adolph.

Sentí su abrazo reconfortándome y eso me generó cierta tranquilidad.

—Ella te aceptará Bohdan, sé que lo hará —dijo antes de alejarse y se marchó dejándome a solas.

Ojalá estuviera en lo cierto y me aceptara, pero una parte de mí quería estar preparado para afrontar su rechazo.

Cuando me adentré en el vehículo que me llevaría hasta la catedral, supe que el momento había llegado, podía percibir los sudores fríos en mis manos conforme el coche avanzaba.

—Carls —indiqué a mi chofer—, ¿Puedes bajar la temperatura? —Pedí expresamente.

—Tranquilo —apaciguó mi madre a mi lado.

Quería estarlo, pero estaba impaciente al mismo tiempo que nervioso porque la espera había terminado.

Todos los asistentes se encontraban dentro de la iglesia y las calles estaban abarrotadas de las gentes de Liechtenstein que habían salido para celebrarlo.

¿Y si ha sido un error? Dudé un instante de mí mismo y después lo negué conforme respiraba hondo cogiendo aire. No, aquello no era un error, sino que sería el día más feliz de mi vida, aunque aún no lo supiera.

La música nos recibió a la entrada de la iglesia y me adentré del brazo de mi madre comprobando que tanto padre como Margarita ya se encontraban presentes en la primera fila.

Los minutos se hicieron eternos mientras esperaba en solitario junto al altar, todos los asistentes murmuraban expectantes y con cada largo segundo me aseguraba a mí mismo que aquello era normal. Las campanas de la catedral comenzaron a repiquetear, la música que habían elegido para la ocasión era la canción favorita de Celeste para realizar su entrada o eso había indicado una de sus mejores amigas a mi asistente. Ella estaba allí, supe que estaba allí y sentí como la sensación de alivio recorría mis entrañas.

En cuanto el destello blanco de su vestido apareció ante mi, la visión anuló el resto de mis sentidos deleitándome con su belleza. No sabía cuanto la había echado de menos hasta ese instante, moría de ganas por abrazarle y decirle cuanto la amaba, la deseaba y la necesitaba en mi vida.

Recorrió el pasillo del brazo de su padre y cuando sus ojos se fijaron en los míos, sentí esa conexión, esa magia inaudita. Fue entonces y solo entonces cuando supe que nada podría salir mal, que en el brillo de sus ojos existía lo único que necesitaba para saber que ella de algún modo me correspondía.

Llevaba un vestido absolutamente precioso de manga larga digno de la futura reina de Liechtenstein, pero llevaba lo que era más importante para mi, la tiara de zafiros azul que le había regalado.

Di un paso hacia delante y sonreí conforme le ofrecía mi mano para que se apoyara, a partir de ahí sería yo quien la escoltara hasta el altar y quien pretendía hacerlo el resto de su vida. En cuanto sentí su piel sobre la mía, acogí delicadamente su mano llevándomela a los labios y ofreciéndole un delicado beso de bienvenida.

—Has venido... —susurré sin dejar de observarla.

—Te prometí que lo haría —confesó y ciertamente nunca dude que faltara a su promesa, aunque tuve mis momentos de flaqueza al respecto.

—Podrías no haberlo hecho... —aseguré.

Ciertamente se podría haber negado, pero en cambio estaba allí, con un precioso vestido de novia frente al altar para jurarnos ante todos amor eterno.

—Podría, pero necesitaba respuestas a muchas preguntas.

Era lógico que las tuviera después de lo que habría escuchado y que no dejó margen alguno para que pudiera responderlas antes de marcharse.

—Y prometo contestar a todas ellas, pero ahora subamos pues la ceremonia va a dar comienzo —respondí conforme le indicaba los peldaños que teníamos frente a nosotros y los asientos que nos aguardaban frente al altar.

Le respondería a cada una de sus demandas una vez finalizada aquella la ceremonia, una vez que supiera que ella me aceptaba a pesar de las dudas que tenía hacia mi persona.

—Acepto esperar para tener respuestas a todas mis preguntas salvo a una —dijo segura de sus palabras y temí que aquella pregunta pudiera poner en peligro el enlace, porque si algo tenía claro es que no pensaba mentirle—. ¿Por qué te quieres casar realmente conmigo?

Mis músculos se destensaron y sonreí cálidamente, ¿De verdad no se había dado cuenta?

—¿No es evidente? —dije acariciando su mano—. Eres la única mujer en el mundo con la que deseo compartir mi vida —confesé con tanta convicción y sinceridad que esperaba que le hubiese quedado suficientemente claro.

No hubo más preguntas, sino que aceptó subir conmigo hacia el altar y en cuanto la música cesó, el obispo y su séquito hicieron acto de presencia, fue entonces cuando tomamos asiento y la ceremonia dio comienzo.

Estaba sucediendo, verdaderamente estaba casándome con la mujer que amaba pese a que todo había comenzado con un acto de locura sin premeditación alguna. No podía creer que desde aquella noche hubieran sucedido tantas cosas y que me hubieran llevado hasta donde ahora me encontraba, al lado de esa mujer tan preciosa.

Ella parecía expectante, mantenía el rostro erguido y serio, justo como debía ser dada la importancia del acto, no sabía si sería consciente o no, pero en cuanto aquella misa finalizara, ella

sería oficialmente la reina de Liechtenstein.

—En nombre del padre, del hijo y del espíritu santo —mencionó el obispo conforme me santiguaba—. La paz esté con vosotros —cantó—. Hermanos. Nos hemos reunido en nombre del señor para celebrar la unión en santo matrimonio de su alteza serenísima don Bohdan Maximiliano Adam Nikolaus Gregoris Alais Vasylyk I, rey soberano de Liechstenstein, duque de Troppau, duque de Jamendorf, conde de Rutterg, señor del castillo de Vaduz y Celeste Abrantes. Aclamemos y demos gracias a Dios con el canto de gloria.

Nunca me habían apasionado las misas, las consideraba largas y tediosas, pero ahora más que nunca deseaba que llegase a la parte verdaderamente importante, la única parte que para mí sería valiosa y conforme el momento se acercaba me sentía más nervioso. Cuando el obispo se acercó hasta nosotros supe que había llegado la hora, el momento que más había temido en las últimas treinta horas desde que supe que ella había decidido venir.

—¿Su alteza serenísima don Bohdan Vasylyk rey de Liechtenstein y Celeste Abrantes, habéis venido libre y voluntariamente a contraer matrimonio?

Apreté su mano y la miré intensamente, necesitaba que ella respondiese.

—Si —afirmé y seguidamente ella también lo hizo.

Saber que su respuesta había sido igualmente afirmativa me serenó parcialmente.

—¿Estáis decididos a amaros y respetaros mutuamente durante toda la vida? —preguntó como procedía y sabía cuál era mi respuesta sin ninguna duda, pero no sabía si ella contestaría lo mismo.

—Si —dijimos al mismo tiempo y sentí un alivio inconcebible en mi pecho.

¿Lo habría dicho creyendo en aquellas palabras?, ¿Sería para toda la vida? Aunque tuviera dudas a mis preguntas, no era el momento de contestarlas.

—Ya pues, así que queréis contraer santo matrimonio, unid vuestras manos. —Acogí las manos de Celeste entre las mías sintiendo un crepitar en mi interior de absoluta emoción por lo que estaba sucediendo. Casi parecía irreal, casi me parecía un sueño que de verdad ella estuviera frente a mí después de desearlo tanto tiempo—. Su alteza serenísima don Bohdan Maximiliano Adam Nikolaus Gregoris Alais Vasylyk I, rey soberano de Liechstenstein, duque de Troppau, duque de Jamendorf, conde de Rutterg y señor del castillo de Vaduz, ¿Aceptáis a Celeste Abrantes como legítima esposa y prometéis serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de su vida?

—Acepto.

¿Acaso podría negarme a ese ser que se había adentrado tan profundamente en mi pecho?

—Celeste Abrantes, ¿Aceptáis a su alteza serenísima don Bohdan Maximiliano Adam Nikolaus Gregoris Alais Vasylyk I, rey soberano de Liechstenstein, duque de Troppau, duque de Jamendorf, conde de Rutterg y señor del castillo de Vaduz como legítimo esposo y prometéis serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de su vida?

—Acepto.

En cuanto aquella palabra minúscula de apenas tres sílabas salió de sus labios, supe que me entregaría a ella en cuerpo y alma el resto de mi vida para hacerla feliz hasta el último de mis días.

—Que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios que confirmó a nuestros padres en el paraíso confirme este consentimiento mutuo que habéis manifestado ante la iglesia y en Cristo os de su bendición, de forma que lo que Dios a unido, no lo separe el hombre

—pronunció con rotundidad aquel obispo mientras nos santiguaba.

Era mi esposa, aunque el resto solo fuera una formalidad, ella ya era mi esposa a los ojos de todo el mundo porque así lo había decidido.

—El señor bendiga estos anillos en señal de amor y fidelidad —mencionó el obispo conforme la bendecía la bandeja de plata que contenía los anillos que serían nuestras alianzas, donde nuestros nombres y la fecha del enlace habían sido previamente grabados y que representarían el amor que en ese día estábamos manifestando.

Cogí el anillo más pequeño sin soltar su mano, alcé la vista hasta contemplar los ojos más preciosos que había visto en mi vida y con más seguridad que nunca de que ella era mi destino.

—Celeste. Recibe este anillo como muestra de mi amor y fidelidad, declarando aquí, ahora y en este instante frente a todos los presentes que os amo profundamente. —Deslicé aquel anillo por su dedo y me acerqué ligeramente a ella porque no podía reprimir un segundo más lo que sentía. Quería que ella lo supiera—. Te amo —susurré cerca de su oído y vi como ella agrandaba los ojos ante aquella confesión inesperada.

Todo el mundo mantenía la atención puesta en ella, como si esperasen que cogiera el anillo y lo colocase en mi dedo, pero permanecía quieta, sin saber realmente que hacer y a pesar de ello no tuve ningún temor, ni impaciencia, estaba dispuesto a esperarla todo el tiempo que fuera necesario, así supusiera mi vida entera.

El obispo carraspeó llamando su atención y entonces la vi coger aquel anillo algo nerviosa, alzó la vista de nuevo para que pudiera deleitarme con sus ojos cristalinos y fui incapaz de embriagarme con cada uno de sus movimientos.

—Bohdan —Su voz fue contundente—. Recibe este anillo como muestra de mi amor y fidelidad hacia ti —declaró conforme deslizaba aquel anillo en mi dedo al igual que yo había hecho con ella—, declarando aquí, ahora y en este instante delante de todos los presentes que os amo profundamente.

El resto de la ceremonia no tuvo importancia, no para mi, porque yo solo podía pensar en una cosa; que Celeste era de nuevo mi esposa y esta vez podía gritarlo ante todos.

—Les declaro marido y mujer, pueden ir en paz.

Sentía un deseo ardiente por besarla, pero para mi estupor el protocolo no me lo permitía, aunque sí podía besar su frente como dictaminaban las normas. Acogí sus brazos acercándola hacia mi y le di un tierno y delicado beso como si necesitara darle las gracias por hacerme tan feliz. Quería abrazarla, besar esos labios llenos de pecado y perderme en los pliegues de su cuerpo una y mil veces alcanzando el firmamento.

—Esta vez para siempre —admití más para mi que para ella.

La música comenzó a sonar dando por finalizada la ceremonia, se acercaron a nosotros para con los documentos pertinentes para plasmar la firma oficial de matrimonio y las campanas de la catedral sonaban dando a entender que ya éramos marido y mujer. Salimos de la iglesia dirigiéndonos hacia el coche acristalado rodeado por un comité de seguridad custodiado que nos esperaba para recorrer las calles repletas de gente que deseaba saludarnos. La ayudé a entrar con aquel vestido y me senté a su lado, tenía tantas ganas de besarla que debía reprimirme sabiendo que tanto la gente que nos observaba como las cámaras que nos grababan podrían vernos.

—Nunca pensaste en anular esta ceremonia, ¿Verdad? —preguntó repentinamente en cuanto alguien cerró la puerta del vehículo y nos quedamos completamente a solas.

—No —confirmé rotundamente demostrando que había deseado esa ceremonia desde el principio—. Tenía la esperanza de que lograría convencerte para que me aceptaras.

Admití sin apartar mi vista de sus ojos para que no dudara de mi ni una sola palabra.

—¿Es cierto lo que has dicho ahí dentro?

No supe a que se refería exactamente, pero comprendí que debía ser al momento en que había confesado que la amaba. Había meditado tantas veces como iba a afrontar esa situación que quería escoger sabiamente mis palabras.

—Celeste, sé que mi comportamiento en el pasado no fue el más correcto de todos y que te he presionado para que aceptaras este matrimonio pensando que si finalmente vendrías era porque en el fondo te importaba, porque albergaba la esperanza de que pudieras llegar a amarme como yo te amo, porque sí, cada una de las palabras que he mencionado ahí dentro solo eran la voz de mi alma. Te amo. Te amo tanto que siento como mi corazón se desboca cada vez que estás a mi lado. Quiero pasar cada día del resto de mi vida junto a ti porque no deseo nada, absolutamente nada si no te tengo a ti.

Ya está. Lo había confesado. Lo había dicho. Al fin había revelado lo que tanto tiempo llevaba guardando.

—Esto es un sueño, ¿Verdad? —exclamó aturrida y comenzó a mirar hacia todas partes—. Seguro que ahora es ese momento en el que alguien me despierta y mi cuento feliz se acaba...

La forma en la que lo dijo con su rostro de absoluto desconcierto provocó que me riese a carcajadas, de todas sus posibles respuestas a mi declaración, la que menos había previsto era esa.

—Si fuera un sueño, no desearía despertar con tal de permanecer a tu lado para siempre, Celeste —afirmé contundente.

—¿Por qué no me lo dijiste?, ¿Por qué no me lo confesaste lo que sentías? —Comprendí que había exigencia en aquella demanda y yo mismo me había preguntado en más de una ocasión porque no lo había hecho antes de que ella se marchara.

—Al principio me sentía culpable por haber actuado contigo de una forma en la que no me sentía honorable y después no quise condicionarte. No quería obligarte a que te quedaras solo por mis sentimientos, deseaba que lo hicieras por voluntad propia, porque hubieras llegado a amarme, aunque solo fuera una décima parte de lo que yo lo hacía —admití confesándole mis miedos.

—No me habrías obligado... —admitió—. Porque yo solamente quería permanecer a tu lado Bohdan, pero siempre creí que no sería suficiente para ti, que jamás estaría a tu altura.

En aquel momento quise besarla, en cambio roce con la mano su mejilla acariciándola porque necesitaba su contacto. ¿Cómo podía sentirse insignificante si ella lo era todo para mí?

—Soy yo quien no está a tu altura. Soy yo quien te lo debe todo, tú me rescataste del abismo en el que me hallaba Celeste, fuiste tú quien me devolvió las ganas de vivir, de respirar, de ser una mejor persona. Quiero hacer honor a mi título, quiero gobernar mi país con sabiduría, valentía y tenacidad, pero no lo haré si no estás a mi lado apoyándome, porque sé que solo contigo seré capaz de afrontar todas las adversidades y así lograrlo.

Había tanta verdad en mis palabras que solo necesitaba que ella las creyera y que emprendiera aquel camino a mi lado.

—Nunca quise ser princesa. Jamás deseé ser reina, pero si esa debe ser la consecuencia, soportaré con fortaleza cualquier prueba, obstáculo o penitencia con tal de estar junto a ti, Bohdan.

Saber aquello me hacía el hombre más feliz del mundo, así que apreté fuertemente sus manos con las mías lleno de gratitud.

—No puedes hacerte una idea de cuanto anhelo besar tus labios en este instante y del gran

autocontrol que estoy teniendo para no lanzarme ahora mismo y poseerte.

—¿Qué son unas horas cuando tenemos toda la noche por delante? —recitó evocando un viejo recuerdo que solo era nuestro en la noche del baile del bicentenario.

—Creo que no podré conformarme solo con esta noche. Después de pasar diez días alejada de mi, necesitaré mucho más que una noche para verme recompensado por tu ausencia —Mi voz denotaba el deseo que sentía por ella—, aunque antes necesito oír de tus propios labios que me has perdonado.

No viviría tranquilo hasta que no escuchara el perdón de sus labios.

—Primero necesito conocer la verdad sobre lo que sucedió realmente esa noche en las Vegas. —Que admitiera aquello era constatar que había escuchado la conversación entre Carlos y yo en mi despacho como había supuesto.

Suspiré porque debía confesar aquella historia desde el inicio para que comprendiera las razones que me llevaron a hacer lo que hice, esa noche que cambió nuestras vidas.

—Debí haber confesado esto mucho antes, soy consciente de que me faltó valor para hacerlo porque simplemente tuve miedo de que te marcharas si lo hacía o peor aún, de que jamás me dieras una oportunidad para que me conocieras realmente, pero me pudo la agonía por tu ausencia que enfrentarme a las consecuencias si te lo confesaba... —Respiré hondo y me preparé para lo que sucediera, para afrontar su odio o su perdón a partes iguales—. La historia se remonta unos cuantos meses atrás de esa noche en la que nos conocimos. Mi madre estaba absolutamente empeñada en que debía contraer matrimonio con Annabelle, es más, su obstinación me llevó a intentar tener una relación con ella, pero no se puede forzar un sentimiento que simplemente no existe por lo que decidí terminar con esa relación que apenas podía llamarse de ese modo a pesar de que la prensa y todos los medios creyeran otra cosa porque la propia Annabelle así lo filtraba. Sabía que la insistencia de mi madre al respecto me terminaría oprimiendo y finalmente aceptando lo que ella deseaba, era tanta la presión que sentía que no sabía como escapar de ella libremente, por lo que aquella noche cuando recibí la llamada de uno de mis amigos de la Universidad que estaban reunidos en las Vegas, acudí simplemente para despejarme. No había esperado encontrarte en aquella discoteca y aún menos sentir esa atracción innegable con tan solo una mirada, pero jamás se me habría ocurrido intentar aprovecharme de ti o hacer algo que te perjudicara, aunque lo hice, muy a mi pesar lo hice...

Su expresión denotaba incredulidad, como si no creyese lo que le estaba contando, como si no pudiera albergar la posibilidad de que me aprovechara de ella.

—No puede ser tan malo... —susurró y me congratuló que al menos no me hubiera soltado la mano.

—Lo es. Para mi lo fue —confesé—. Mis amigos sabían la situación de desesperación en la que me encontraba porque no sabía como escapar de esa presión social que me empujaba hacia una mujer que no amaba y que mi propia madre insistía. Casi podía ver como todos me alentaban hacia ella y me negaba a pasar una vida de resignación, uno de mis amigos echó algo en su bebida y la tomaste por error, provocando que aquello potenciara los efectos del alcohol y sugiriendo que casándome esa noche contigo, me salvaría del complot que mi madre y Annabelle ejercían cuando la prensa se hiciera eco de la noticia.

—No... —negó aturdida sin poder creerlo.

—Te juro que al principio me negué. Me pareció una auténtica locura y desfachatez aquella simple mención, pero cuanto más te observaba y me deleitaba con esos preciosos ojos de color celeste, la idea dejaba de resultarme tan descabellada y comenzó a volverse mi única opción—



aseguré en contra de mis propios principios—. Y lo hice, aún sabiendo que no tenías pleno conocimiento sobre lo que estaba sucediendo, te hice firmar aquel maldito documento sintiéndome el ser más despreciable del universo por más que me jurase recompensarte algún día por haber irrumpido de esa forma en tu vida, pero que al mismo tiempo me brindó la oportunidad de tenerte a mi lado, de conocerte profundamente y enamorarme de esa preciosa mujer que se había convertido en mi esposa —admití terminando aquella confesión y sintiendo una pequeña liberación al revelar por fin lo que había sucedido.

No sabía como iba a reaccionar, probablemente aquel fuese el fin de nuestro breve matrimonio, pero una parte de mi quería soñar y albergar la posibilidad de que ella pudiera contemplar el perdón en su corazón.

—Si no hubiera vivido la situación como lo hice todo este tiempo, quizá no habría podido comprender tu tesitura como ahora puedo entenderla. Admito que no me agrada en absoluto lo que hiciste porque fue un acto egoísta sin pensar en las consecuencias que tendría renunciar a la vida que tenía, pero reconozco que lo que más me duele al saberlo es que no confiaras en mí para contármelo, que no me hubieras confesado la verdad y esperaras hasta ahora para hacerlo —admitió y vi el dolor de haberla defraudado en sus ojos.

—Lo intenté, pero tenía demasiado miedo —confesé—. Pensé que en cuanto te lo dijera me odiarías, me apartarías de tu vida y jamás podría tener una oportunidad a tu lado. Fui un cobarde, lo sé... por eso necesito que perdones mis actos y no me juzgues mal a pesar de merecerlo.

Porque no lo merecía, realmente no me merecía que ella me perdonase y eligiese aquella vida para permanecer a mi lado, pero la quería, la quería tanto que dolía.

—Bohdan... —susurró y sentí su cercanía lo suficientemente plausible para percibir ese perfume embriagador que me consumía—. Mi amor por ti es más fuerte que cualquier obstáculo que pudiera interponerse entre nosotros —admitió—. Sé que no será fácil aceptar como fueron las cosas, entre otras cosas porque nadie me preguntó si era lo que deseaba y tampoco puedo decir cuál habría sido mi reacción en ese momento si me lo hubieran preguntado, pero también sé que no estaría aquí frente a ti si aquella noche hubieras razonado debidamente. Así que, aunque me pese tener que reconocerlo, ese acto nos dio una oportunidad a ambos, la oportunidad de conocer el amor verdadero y a mí personalmente, de encontrar a la persona con quien deseo compartir mi vida, porque no podría amar a alguien más de lo que te amo. No puedo juzgarte por lo que hiciste cuando yo misma he podido ver con mis ojos en la tesitura que has estado y desde aquel instante me has demostrado que eres un hombre verdaderamente honorable con cada acto.

No lo resistí, me abalancé sobre sus labios importándome muy poco el protocolo real y que todos los espectadores pudieran vernos. Si se rumoreaba que el rey de Lichtenstein no había podido evitar lanzarse sobre su esposa, que lo dijeran porque era la pura realidad. No podía resistirme ni un solo segundo más para poseerla.

Era tal y como recordaba, suave, tierna, delicada y al mismo tiempo deliciosa.

—No solo eres la mujer más absolutamente bella, radiante y preciosa que he conocido en mi vida —dije separándome levemente de ella—, sino que eres tan gentil que no te merezco.

Saber que ella era capaz de perdonar lo que le hice, me demostraba su grandeza. Ella me quería y saberlo me convertía en el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

—¿Sabes que nos hemos casado en dos ocasiones y en ninguna de ellas me has preguntado si quería hacerlo? —exclamó con cierta diversión.

—En realidad sí que te lo pregunté aquella noche en las Vegas. Sentí que estaba en la obligación de preguntártelo a pesar de que no tuviera seguro de que pudieras recordarlo —admití

recordando aquella noche en el vehículo alquilado donde solo estábamos mis amigos y ella buscando una de las capillas donde celebraban bodas rápidas en las Vegas.

—¿De verdad? —preguntó extrañada.

—Sí —sonreí—. Y tu respuesta fue...

—Donde hay que firmar...

¿Cómo podía saberlo? Ella no había recordado nada durante todo ese tiempo.

—Sí... dijiste exactamente eso —confirmé observando su rostro parecía aturdido, como si le extrañara de lo que había dicho.

—Lo recuerdo, íbamos en un vehículo apenas iluminado, ¿Es posible que pueda recordarlo?

—Quizá tu mente esté desbloqueando esos recuerdos al tener constancia de qué sucedió —Regan había mencionado que seguramente no recordaría nada porque había ingerido bastante alcohol, pero era posible que pudiera tener recuerdos.

—Lo recuerdo... —dijo de pronto y su sonrisa me contrarió—. Dejaste que creyera que nos habíamos acostado esa noche cuando realmente no sucedió nada —dijo mientras reía como si la situación le hiciera gracia.

Recordarlo podría ser divertido, pero aquella noche fue un autentico tormento para mí. Aquella noche sufrí como un condenado por sus insinuaciones y por querer hacerla mía, pero desde luego que no iba a aprovecharme de ella de ese modo.

—Creía que haciéndote creer que yo tampoco recordaba nada de esa noche, sería más fácil para ti aceptar la situación. No estaba dispuesto a tomarte sin estar seguro de que no pudieras recordarlo, quería que en el momento que te hiciese mía, tuvieras plena conciencia de ello.

—¡Dejaste que creyera que podría estar embarazada sin decirme que no había ocurrido nada! —exclamó ofendida.

—Lo sé, pero lo que dije era cierto, de haberlo estado me habría hecho responsable de ese pequeño. Aunque he de confesar que enloquecí cuando mi madre me comunicó tu posible embarazo al saber que ese hijo no era mío. ¡Deseaba que fuera mío! —admití recordando la angustia que había pasado aquellos días y la impotencia que sentí en esos momentos.

—Así que deseabas que ese hijo inexistente fuera tuyo... —Su voz denotaba deseo, anhelo y una sensación de placer recorrió mis entrañas.

—No concibo otra madre para mis hijos que no seas tú. —confirmé dándole un beso en la mano y mirándola fijamente constatando que ardía en deseos por hacerla mía—. Quizá sea tarde para preguntarlo puesto que ya me has aceptado y reconozco que no fui detrás de ti para pedirte cuando te marchaste por temor a ser rechazado una vez confesara todo, básicamente te condicioné a venir hasta aquí con el presentimiento de que negarte iba a resultarte más difícil frente a miles de personas, pero que confesarte mi amor ante todo el mundo, también haría que me perdonaras. Por eso te lo pregunto ahora, sabiendo cuales son mis pecados, conociendo mis profundos sentimientos de amor hacia ti y admitiendo que deseo pasar el resto de mi vida a tu lado—dije preparado para formular al fin, siendo ella plenamente consciente esa pregunta que tantas veces había deseado decir—. Celeste Abrantes ¿Aceptarías el honor de ser mi reina, aunque eso implique ser también la reina de Liechtenstein?

Necesitaba saber su respuesta porque si aceptaba, constataría que ella me quería tal y como era.

—Sí. Acepto ser tu reina —afirmó observándome y contemplé que en sus ojos no había duda alguna. Fue entonces cuando saqué el anillo que desde el momento que había deslizado por su dedo ya le había pertenecido. Era suyo. Únicamente de ella.

—Este anillo posee un zafiro único y especial, como su dueña. Era tuyo desde el instante en que lo coloqué sobre tu dedo y jamás debió abandonar ese lugar, pero ahora que ha vuelto a ti quiero que cada vez que lo mires tengas presente que lo nuestro sí fue real, porque para mi lo fue cada segundo que compartí a tu lado —dije deslizándolo en el mismo dedo donde yacía ahora su alianza matrimonial.

—Te prometo que jamás me lo volveré a quitar —confirmó mientras nuestras miradas se mezclaban y sentía esa complicidad que siempre nos había inundado a ambos proporcionándonos de una magia especial.

Celeste al fin estaba conmigo. Al fin era mía y al fin comenzaba nuestra vida, esta vez de verdad, sin engaños, sin rencores y, sobre todo; sin intrigas palaciegas que pudieran peligrar nuestra más absoluta felicidad.



---

---

## TREINTA Y SIETE

---

---



Todo había sido debidamente preparado para la recepción en palacio del banquete nupcial. Uno de los salones más antiguo y mejor conservado había sido decorado para la celebración. Los tonos pasteles mezclados con dorados encajaban con las molduras blancas y doradas que adornaban la sala. Las grandes vidrieras permitían pasar la leve luz del atardecer y las lámparas de araña que caían de los altos techos iluminaban majestuosamente el gran salón.

Todos los invitados ya se encontraban en sus mesas cuando Celeste y yo llegamos a palacio haciendo la apertura del banquete, no solamente se encontraba mi familia y amigos, sino también los suyos, algo que a ella pareció sorprenderle gratamente, por lo que me alegraba que ninguno de ellos se hubiera negado a asistir dado el poco tiempo de margen que les habíamos ofrecido.

Saludé a algunos de mis amigos y busqué con la mirada donde se encontraba ella, no fue difícil porque estaba rodeada por su círculo de amigas más cercano.

—¿Qué es eso de lo que no quieres escapar? —dije en su idioma tras oír la última frase que mencionó a sus amigas.

Había pasado todas y cada una de las noches practicando su idioma solo para complacerla, ciertamente había avanzado bastante refrescando las nociones que casi había creído perdidas de su lengua materna.

—¿Desde cuando pronuncias tan bien el castellano? —preguntó sorprendida.

—Desde que comprendí que, si iba a pasar el resto de mi vida a tu lado tendría que hablar correctamente el idioma de mi esposa para saber comunicarme con sus seres queridos —confesé esperando complacerla.

Noté que sonreía, así que supe que mi respuesta le había agradado, por lo que le ofrecí mi brazo y la acompañé hasta la mesa nupcial donde se encontraban nuestros padres ya sentados.

Las felicitaciones por parte de ellos no se hicieron esperar y más aún la efusividad por parte de la madre de Celeste que parecía muy feliz por nuestro enlace.

—No sabes lo feliz que me hace ver de nuevo la alegría en tus ojos —mencionó mi madre dándome un cálido abrazo—. Ahora no tardéis en hacerme abuela, quiero tener nietos pronto.

Me sorprendía gratamente su cambio de actitud y sonreí tras meditar su petición, la que hasta hacía unos días solo quería ver a Celeste lejos de allí, ahora decía que anhelaba que le diera nietos pronto, pero no dejó que contestara, sino que se acercó a Celeste para felicitarla. Pude ver

como mantenía unas palabras con mi ahora esposa, en otras circunstancias podría haber intervenido en aquella conversación, pero ahora no me preocupaba, no sabía que era lo que tendría que decirle, pero todos habíamos podido ver como había vuelto a ser la mujer que era antaño.

Cada miembro de la mesa nupcial disponía de un sirviente personal así que cuando nos acercamos, retiraron la silla para que pudiéramos tomar asiento.

—¿Todo bien? —pregunté refiriéndome a la conversación que parecía haber mantenido con mi madre y que parecía haberla dejado bastante desconcertada.

—Sí —afirmó algo sorprendida—. Solo estoy tratando de procesar que tu madre parece complacida con nuestro matrimonio.

—Lo está —aseguré—. Incluso ha manifestado su deseo por ser abuela y ha insistido en que no tardemos mucho en ello —aseguré igualmente sorprendido.

—¿Y estás de acuerdo? —No había esperado su pregunta, pero ciertamente era algo que había pensado y que me congratulaba bastante cada vez que imaginaba un diminuto ser fruto de nuestro amor y pasión al mismo tiempo.

—Por primera vez en mucho tiempo, coincido con su manifiesto —admití en un claro deseo por lo que ello implicaba y apreté su cintura para manifestarlo de ese modo—, pero sabré esperar hasta que lo estimes conveniente.

No iba a presionarla hasta que ella estuviera realmente preparada y fuera quien decidiera tomar ese paso.

—Me alegra escuchar eso, aunque tendrás que descubrir por ti mismo cuál es mi opinión al respecto —dijo cogiendo la copa de vino y dando un sorbo de ella.

¿Descubrirlo?, ¿Cómo exactamente iba a tener que descubrirlo? La picardía en sus ojos evidenció lo que imaginaba y sonreí ante la expectación que suponía su respuesta. Ardía en deseos de descubrirlo y contaba las horas hasta poder hacerlo.

—Por la mujer más maravillosa que he tenido la oportunidad de conocer y que para mi fortuna ha aceptado ser mi esposa —dije cogiendo mi copa y chocándola con la suya en un brindis privado.

Todo fue como había imaginado, algunos amigos realizaron algunas sorpresas inesperadas, recibimos regalos de todo tipo a pesar de que en las invitaciones no había lista de regalos, sino que todo el dinero recaudado se ofrecería a una fundación benéfica, —si había algo que no necesitábamos era precisamente dinero o presentes—, aún así, más de un miembro de la familia nos obsequió con algunos presentes, de hecho pude ver el rostro de Celeste cuando descubrió que nos habían regalado un juego de sartenes. Jamás olvidaría esa cara de absoluto desconcierto como si jamás hubiera cocinado en su vida. Aunque lo que verdaderamente se quedaría grabado en mi retina es su rostro cuando la tarta nupcial hizo su entrada y pude ver como sonreía ante los siete pisos repletos de botecitos de Nutella adornando el pastel propiamente hecho con esa crema de cacao especialmente para ella.

—¡Me encanta! —gritó saltando de alegría y mirando a sus amigas que reían porque eran igualmente conscientes que yo de la debilidad que sentía por esa crema de chocolate. Supe que en el momento que le pedí a Frederick aquel encargo especial y me miró con cara de incredulidad, había merecido la pena.

—Me alegro, porque ya no concibo una vida sin esa crema de cacao desde que la probé de tu propio cuerpo... —aseguré rodeándola con mis brazos.

Recordar aquella noche no era bueno para mis sentidos en ese momento que estaban

absolutamente receptivos a cualquier movimiento.

Abrimos el baile nupcial una vez acabado el banquete ante la atenta mirada de todos los invitados. Celeste se deslizaba por la pista entre mis brazos y podía sentir que ambos flotábamos. No podía apartar la vista de su rostro, perdiéndome en el destello azul cristalino que desprendían sus ojos y en el palpitante deseo que me proporcionaba. Solo deseaba que acabase la velada para estar al fin a solas junto a ella y demostrarle cuanto la necesitaba.

Cuando algunos invitados ya se habían comenzado a marchar y en la pista solo que quedaban los más jóvenes, comprendí que si nos perdíamos nadie notaría nuestra ausencia.

—Ven conmigo —dije abrazándola mientras la arrastraba hacia mi cuerpo y ambos salíamos de allí.

—¿Dónde vamos? —preguntó siguiéndome, pero sin soltar mi mano conforme arrastraba de ella.

No contesté, sino que la llevé hasta el lugar que había sido preparado meticulosamente para ella si aceptaba ser mi reina. En cuanto llegamos abrí las dobles puertas en tonos blancos y dorados labrados a mano y encendí la luz para que inundase toda la habitación y así pudiera apreciarla. Antaño había sido la biblioteca personal de mi tatarabuela, pero había sido restaurada recientemente y se habían añadido algunos elementos como la mesa y varios enseres que decoraban el despacho. Era el lugar con más encanto de todo el palacio o al menos así lo creía yo y por esa misma razón había determinado que aquel sitio fuera para su uso personal.

—¿Te gusta? —pregunté cuando comenzó a deleitarse con la decoración.

Era mucho más hermoso de día, donde los grandes ventanales dejaban pasar la luz creando magia entre los estantes de los libros que adornaban la sala.

—¿Gustarme?, ¡Es precioso! —dijo estupefacta.

—Es tuyo —dije complacido por saber que le entusiasmaba.

—¿Cómo que mío?

—Este lugar te pertenece ahora y en él podrás hacer lo que te plazca —admití acercándome a ella y vi como se mordía el labio, adoraba que hiciera ese gesto a pesar de que me volviera absolutamente loco—. Nadie te molestará salvo que se trate de un asunto urgente... —advertí acercándome a sus labios peligrosamente.

—¿Tampoco tú?

—En realidad esperaba una invitación abierta que me diera el acceso cada vez que necesitara tu afecto —sugerí ahora besándolos conforme mis manos se ceñían a su cintura para acercarla hasta mi.

—Tal vez tengas que recordarme porqué sería conveniente tener una invitación abierta para que puedas venir cuando quieras...

Si aquello era una invitación para que la poseyera, desde luego que iba a tomarla al pie de la letra.

Devoré con voracidad aquellos labios deleitándome en su esencia, haciéndole sentir la falta de ellos en todo ese tiempo que me había privado de su néctar.

Fui deslizando mis dedos por los botones de aquel vestido conforme avanzaba hacia la mesa robusta que permanecía en medio de la estancia y deseaba fervientemente tocar su piel sin que ese tejido me lo impidiera. No podía abandonar sus labios, así que cuando el último de los botones dejó de ofrecerme resistencia, la alcé para librarla del pesado vestido de novia y vi el conjunto de ropa interior de encaje blanco que llevaba puesto.

Definitivamente era una diosa.

La dejé sobre aquella mesa y me abalancé sobre ella conforme me rodeaba con sus piernas.

—¿Te he dicho alguna vez que adoro tocar tu piel? —admití sin dejar de besarla conforme mis labios descendían adorando su cuerpo—. Es tan suave, delicada y deliciosamente exquisita como todo tu cuerpo —aseguré sin dejar de tocarla embriagándome de su piel.

Sus manos recorrieron mi torso conforme mi uniforme oficial desaparecía y podía percibir el deseo en su piel tan vibrante como el mío seduciéndome con su entrega. Sus dientes mordieron mi carne provocando que la deseara aún más si cabe, me moría de ganas por sentirla de nuevo, así que deslicé una mano bajo su ropa interior y comprobé que estaba más que preparada para recibirme, sobre todo cuando su jadeo de autentico placer me advertía de que era lo que más deseaba en aquel instante.

Alargué una mano para coger uno de los preservativos que conservaba en el bolsillo interior de mi chaqueta y en cuanto lo llevé a mis labios para rasgar el sobre ella me detuvo sorprendiéndome.

—No... —susurró—. Quiero sentirte completamente.

—¿Estás segura? —pregunté para cerciorarme, pero nada deseaba más en aquel momento que hacerla mía sin ningún impedimento.

—Completamente —afirmó—. No he estado de nada más segura que de querer formar una familia a tu lado.

En cuanto dijo aquello se abalanzó sobre mis labios y me acercó a su cuerpo de forma que me adentré en las profundidades de los pliegues de su carne sintiendo como me hundía por completo, dejándome avasallar por esa calidez de sensaciones.

Su entrega apasionada me deleitaba, provocando que me abandonase al abismo conforme la hacía mía. Cada embestida iba acompañada de su movimiento saliendo a mi encuentro para demostrarme que no era el único que sucumbía a ese placer inaudito que nos cegaba. En cuanto gritó mi nombre estallé no soportando contener un segundo más aquel infinito orgasmo, derramándome dentro de ella y esta vez siendo consciente de que nuestro acto de amor podría tener una bonita consecuencia.

Abrí los ojos y contemplé su cuerpo arqueado contra el mío, su cabeza echada hacia atrás señal de que ella también había alcanzado el éxtasis, me acerqué a ese cuello inmaculado y deposité un beso suave y tierno de agradecimiento. No podía sentirme más agradecido en aquellos momentos por hacerme tan feliz y cumplir cada uno de mis deseos. En primer lugar, me había aceptado y perdonado y segundo había renunciado a su vida por estar a mi lado para formar una maravillosa familia que estaba deseando que llegase.

—¿Te he dicho alguna vez lo absolutamente preciosa que eres? —dije sonriente sin dejar de abrazarla—. Soy el hombre más afortunado y seguramente el más envidiado por tenerte entre mis brazos, mi preciosa y dulce Celeste.

Observé como ella alzaba su vista para mirarme algo sorprendida, pero su sonrisa delató que parecían agradarle mis palabras.

—Probablemente no me canse de escucharlo —dijo al fin—. Eres mi apuesto príncipe perfecto.

¿Apuesto príncipe perfecto? Distaba mucho de ser perfecto, y ya había dejado de ser un príncipe.

—No sé si seré ese príncipe perfecto, pero te aseguro que me desviviré cada día durante el resto de mis días por demostrarte cuánto te quiero —afirmé acercando mis labios a los suyos y después volví a pronunciar las mismas palabras que tiempo atrás le dije en lengua antigua.

—¿Me vas a decir alguna vez qué significa lo que me dices en esa lengua?

Tiempo atrás había temido decírlas, pero ahora estaba preparada para oírlas.

—No voy a permitir que jamás te alejes de mi lado. Eres mía, soy tuyo. Por y para siempre — pronuncié de forma contundente.

No dejaría que nadad ni nadie nos separase, ni que ella se volviera a alejar de mi lado. A partir de ahora seríamos uno solo, hasta el final de nuestros días.

—Mi corazón es tuyo para siempre —dijo rozando mis labios y no me resistí a devorarlos con ansiedad sabiendo que ella me correspondía del mismo modo en que yo lo hacía.

Quizá el mundo de la monarquía nos pusiera trabas a lo largo del camino, pero nunca había estado más convencido de que a su lado podríamos afrontarlas juntos y que eso nos haría más fuertes. Ella me había aceptado y eso era lo único importante para mi, saber que la única mujer que había amado me correspondía era el mejor regalo que la vida me podría haber dado.

Durante un segundo pensé que mis súplicas la noche de antes habían sido escuchadas y ciertamente no sabía si Adolph de algún modo inexplicable habría sido el culpable de ello, pero ya fuera mi hermano o el destino, lo único cierto es que pensaba disfrutar cada instante como él estando con vida, lo hizo.



## CINCO AÑOS DESPUÉS

Mi chofer de toda la vida acababa de recogerme en el aeropuerto conforme regresaba de uno de mis viajes obligados, por suerte desde que me había convertido en rey eran menos frecuentes y largos. Lo agradecía, sobre todo porque ansiaba pasar cada vez más tiempo en casa junto a mi preciosa mujer y mis tres hijos; Adolph el primogénito, Elisabeth la segunda y siempre sonriente y el último retoño que había llegado a nuestras vidas hacía solo unas semanas; Catalina, la única de los tres que había sacado los ojos de su madre y que precisamente fue concebida en la misma playa que lo fue ella.

Desconocía si esas aguas poseían ese don mágico o si simplemente había heredado el color de Celeste, pero adoraba que al menos una de mis hijas se pareciera tanto a ella, aunque quería a los tres con todo mi ser.

Carls me abrió la puerta una vez que nos adentramos en los muros de palacio, subí las escaleras rápidamente y a mi encuentro salieron mis dos hijos mayores que correteaban por los pasillos. Debían saber que llegaba hoy y no había nada que me diera más alegría que escuchar sus risas, sobre todo después de lo que había ocurrido.

El juicio por la muerte de Adolph había sido largo y tedioso, pero finalmente la verdad había ganado y Annabelle cumplía una de las máximas condenas en base a su crimen en una cárcel de Noruega. Intuía que tras la conmoción pública se había ganado el odio de todos los ciudadanos y nos pareció adecuado enviarla lejos de allí. Por otro lado, Dietrich parecía haber formado su vida en Australia y era feliz, se había casado recientemente y estaba seguro de que pronto formaría una familia. Aquello nos había traído paz, no solo a mi, sino también a mis padres que disfrutaban cada día de sus nietos viéndolos crecer. Margarita se había ido a estudiar a Londres, al fin era una chica feliz y con la libertad que no había podido tener en todos los años que había debido pasar tras los muros de palacio. La echaba de menos, pero solía venir con frecuencia, sobre todo para demostrarle a madre que aún seguía siendo su hija predilecta.

—¡Papá!, ¡Papá!, ¡Papá! —gritó Adolph conforme se adelantaba a su hermana.

—¿Dónde están nuestros regalos? —preguntó Elisabeth en su lengua infantil medio alemán, medio español. El hecho de que Celeste les hablara en su idioma y yo en el mío provocaba cierta confusión en ellos durante los primeros años hasta que finalmente lograban diferenciar ambas lenguas.

—¿Así que solo me buscáis por los regalos eh? —dije mientras les hacía cosquillas y jugaba un poco con ellos.

Les echaba tanto de menos cuando me ausentaba, aunque solo fueran pocos días como aquella vez. Era como si me estuviera perdiendo parte de sus vidas. Finalmente cedí y le di sus pequeños obsequios conforme los acogía en mis brazos y avanzaba por el pasillo hasta que la visión de aquella preciosa mujer se postró ante mí.

Permanecía sentada con nuestra pequeña en sus brazos, que parecía dormir plácidamente.

Aunque ya era el tercero de nuestros hijos, adoraba verla en ese modo maternal, la hacía tan deseable y tierna al mismo tiempo que me consumía no estar todo el tiempo junto a ella.

—¿Qué tal se ha portado la pequeña Catalina en mi ausencia? —pregunté acercándome a ella para darle un cálido y fugaz beso.

—Sorprendentemente bien. Es demasiado buena —admitió sonriente y eso me tranquilizó.

Observé el dulce rostro de Catalina dormida, era adorable y preciosa como su madre. Incluso era la única de nuestros hijos que poseía el cabello casi tan oscuro como ella, suponía que por eso tenía cierta empatía sabiendo que era casi un clon de mi adorada mujer. Adolph y Elisabeth en cambio, habían sacado por completo mis rasgos, los rasgos que definían a los Vasylyk; rubios con los ojos de un azul profundo y aunque eso me llenaba de satisfacción porque nadie podría dudar de que eran mis hijos, Catalina era mi debilidad.

—Esto es para ella —dije tras dejar a mis hijos en el suelo y ofrecerle un pequeño obsequio para la pequeña.

Se trataba de un sonajero de plata con sus iniciales que había tenido tiempo de comprar.

—Es precioso, ¿Y para mi?, ¿No hay regalo? —preguntó con cierto énfasis y la observé de un modo lascivo porque ciertamente sí que había pensado en ella, pero desde luego se trataba de algo mucho más personal e íntimo.

Me acerqué de nuevo para que ninguno de nuestros hijos pudiera escucharme y casi rocé sus labios solo para deleitarme antes de torcer el gesto y acercarme a su oído.

—Te espera en nuestra habitación, aunque es para uso privado.

No veía la hora en que al fin no encontráramos solos y pudiera hacer uso de ello. Aunque llevásemos cinco años casados, seguía adorando a esa mujer como el primer día. Me deleitaba en su esencia, en sus curvas, en sus ojos, en su sonrisa, pero sobre todo había aprendido a amarla en todas sus facetas, sorprendiéndome en su espontaneidad, generosidad y honestidad durante cada día desde que había decidido aceptarme.

—Eso suena demasiado tentador para tener que esperar —admitió muy a mi pesar.

Podría raptarla y llevármela a rastras hasta nuestra habitación para hacerla mía, ganas no me faltaban, pero no era el momento ni el lugar, así que agradecí la interrupción más que oportuna o habría buscado cualquier excusa para desaparecer de allí junto a ella.

—Excelencia. Ha llegado esto para usted como misiva urgente —irrumpió la voz de Jeffrey entrando en aquella sala y saludando formalmente.

A pesar de agradecer la interrupción, no me apetecía más contratiempos, por lo que suspiré conforme abría aquel sobre y me sorprendía el contenido de este hasta el punto de considerar que se trataba de una broma. No podía ser cierto.

*«Rey de Bélgica casado en secreto con la hermana de la reina de Liechtenstein».*

¿La hermana de Celeste casada con mi primo?, ¿En secreto? Aquello debía ser un montaje, pero entonces vi la misiva que acompañaba al periódico con ese titular y en la que Alexandre me informaba personalmente según pude apreciar por la firma, que la noticia saldría en todos los periódicos al día siguiente. Nos pedía estar preparados para afrontar a la prensa porque nos convocarían para un anuncio oficial en el que deberíamos confirmar la noticia.

Leí rápidamente el artículo del periódico y aseguraba que se habían casado en secreto hacía cinco años, ¿No hacía cinco años que se conocían?, ¿No se habían conocido precisamente en nuestra boda?

—¿Es algo grave? —mencionó la voz de Celeste me volví hacia ella.

No sabía como iba a reaccionar a esa noticia, pero dudaba que lo hiciera de buen agrado.

—Será mejor que me des a Catalina —dije dejando el periódico sobre la mesa.

—¿Qué ocurre?, ¿Tan grave es? —preguntó ahora exaltada y bastante confusa.

—Tú dame a la pequeña... —insistí acercándome a ella y me la entregó despacio para que no se despertara. En cuanto la niña estuvo segura en mis brazos, se fue hacia la mesa para coger el periódico y pude ver la conmoción en su rostro.

—¡No! —gritó llamando la atención de todos y después se pronunció el silencio, supuse que porque estaba leyendo el artículo donde relataba más información sobre la noticia—. Dime que no es verdad —dijo agitando el periódico de malas formas como si así fuese menos real—. Dime que se trata de una broma de mal gusto o de algo sacado completamente de contexto.

—Es verdad —afirmé siendo igualmente reticente a creerlo—. Ese solo es un periódico local y junto a él venía una carta firmada por el propio Alexandre avisándonos de que mañana se hará eco en toda la prensa internacional. Simplemente nos comunica la noticia para que estemos preparados porque querrán que hagamos un comunicado oficial.

—¡Joder!, ¡Era menor de edad! —gritó conmocionada como si siguiera incrédula por la noticia—. Me va a oír cuando la pille... ¡Hasta en Pekín me van a oír cuando le tire de las orejas por no contármelo siquiera!, ¡A mí!, ¡A su hermana!, ¡Si soy como una segunda madre para ella!, ¡Y tuvo la santa caradura de estar aquí hace dos meses con mis padres sin decir ni pío!, ¡Tan fresca como una lechuga! Tan campante que estaba paseándose por aquí con los niños como si nada... ¡Y estaba casada con tu primo!, ¡Que es rey!

Supuse que debía ser normal tener ese tipo de reacción dado que Adriana era su única hermana y bastante menor que ella, de hecho, se llevaba once años con mi primo Alexandre el rey de Bélgica. Ciertamente la historia me intrigaba, pero imaginaba que ellos mismos nos darían los detalles, aunque no podía evitar pensar en cierta forma se parecía a nuestra historia, solo que dudaba que mi primo Alexandre se hubiera casado sin estar realmente seguro. Tras las infructíferas llamadas de Celeste a su hermana, terminó desistiendo, era probable que en aquellos momentos ninguno de los dos pudiera atender el teléfono porque todo el mundo querría contrastar la noticia. Seguramente al día siguiente obtendría las respuestas que tanto anhelaba.

Aquella noche esperé pacientemente en la torre de astronomía a que Celeste llegara, le había dejado una nota junto al regalo sobre la cama que esperaba que luciese cuando se reuniera conmigo.

Me habían ayudado a traer una de las camas de las habitaciones de invitados hasta allí y había colocado una cantidad ingente de velas que iluminasen toda la estancia. Me apetecía sorprenderla aquella noche, sobre todo porque tenía un regalo aún más especial para ella.

Cuando atravesó la puerta vi que parecía expectante por lo que allí pudiera encontrar y en cuanto la observé, ella se dejó caer conforme se quitaba aquella bata que cubría su cuerpo para revelarme el conjunto azul que le había regalado.

Había imaginado como quedaría en su cuerpo, pero siempre era mucho mejor cuando mis ojos lo devoraban con ansia como hacía en esos momentos. A pesar de haber dado a luz hacía cinco semanas, su cuerpo era un suculento pecado en el que deseaba perderme.

—Veo que te ha gustado el regalo... —aseguré sin dejar de recorrer su cuerpo.

—Creo que me va a gustar más en el momento que me lo quites —dijo mordiéndose al labio con delicadeza para provocarme, sabiendo que aquel gesto me mataba.

Atravesé rápidamente la distancia que nos separaba y apreté su boca con mía de auténtica desesperación. El fulgor con el que me respondía resultaba abrumador, convirtiendo mi cuerpo en gelatina ante su roce. Probablemente jamás dejara de sentirme así de vulnerable en su presencia,

pero ella convertía en único cada momento que pasaba a su lado. La llevé hasta la cama y devoré con mis labios su piel, recorriendo su cuello, bajando por su garganta, su esternón, llegando a su vientre y perdiéndome en el centro de su esencia conforme ella gritaba de placer.

—Creo que no voy a quitártelo, me gusta demasiado —admití conforme apartaba con los dedos la prenda para hundir mi boca en el centro de su ser.

Sentí como se estremecía aferrándose a las sabanas, retorciéndose de puro placer.

—Hazme tuya —rogó ardientemente.

—Nada me complace más que cumplir tus deseos —gemí antes de adentrarme completamente en ella y volver a sentirme lleno de nuevo.

Su pasión era cegadora, arrolladora y me llevaba hasta el límite de mi mismo provocando que perdiera la cordura en un vaivén de sentimientos incontrolados hasta que finalmente explotaban en mi interior. Así era cada vez que poseía a Celeste, cada vez que la hacía mía y cada vez que se entregaba en cuerpo y alma como siempre hacía.

Apagué cada una de las velas para que la oscuridad inundara la habitación y regresé de nuevo a aquella cama donde ella me esperaba, arrastrándola hacia mi para sentir su cuerpo junto al mío.

En cuanto lo hice, ambos pudimos observar como el cielo estrellado se iluminaba ante nosotros y me detuve unos instantes contemplando todas aquellas constelaciones, buscando concretamente una de ellas, hasta que la localicé.

—Mira, esa es la constelación de Casiopea, ¿La ves? —dije señalándola con el dedo para orientarla.

—Si, más abajo está Perseo —contestó viéndola en seguida.

El que a ambos nos gustaran las constelaciones era algo que podíamos compartir en ocasiones como aquella.

—¿Y ves la estrella que brilla con más intensidad entre Casiopea y Perseo? Está justo en el medio... —mencioné para ver si era capaz de verla.

—Si, ¿Cómo se llama?

—Celeste —confirmé—. Se llama Celeste porque ahora lleva tu nombre.

Noté como se alzaba para mirarme a pesar de la oscuridad del lugar, pero aún así podía ver el brillo en sus ojos.

—¿Qué has hecho? —preguntó atónita.

—El universo puede estar plagado de estrellas, pero ninguna brillará con más intensidad que el fulgor que hay en tus ojos. Por eso quería que cada vez que tuviera que estar lejos de ti, pudiera evocar tu rostro solo con mirar al cielo para saber que cuando regrese a casa tendré una estrella que brilla más que la que hay en el propio cielo. —Llevaba tiempo deseando hacer aquello, solo que hasta ahora no había encontrado el momento, pero a partir de ahora cada vez que mirase el firmamento, la encontraría a ella brillando con luz propia.

—Ahora yo también tendré que buscarla en el cielo cuando estés lejos de mi, para tener presente que regresarás siempre a mi lado —contestó acercándose a mis labios y besándolos con ternura.

—Nada ni nadie podrían separarme de tu lado —aseguré uniendo mi frente a la suya—. Me robaste el corazón en el mismo instante en que esos ojos celestes se posaron sobre los míos. Me robaste la cordura en el preciso momento en que reconocí que ejercías una atracción irrefrenable a la que era incapaz de ser inmune. Y me robaste el alma en el segundo exacto en que me di cuenta de no deseaba apartarme de tu lado —confesé atrapándola entre mis brazos.

—Te amo tanto Bohdan...

—Te amo como jamás pensé que podría amar a alguien, Celeste. Me has dado más de cuanto podía llegar a imaginar y mi felicidad solo reside junto a la familia que hemos creado juntos — afirmé sabiendo que aquello era lo único que necesitaba para ser feliz. Adolph, Elisabeth y Catalina eran la prueba viviente de cuánto nos amábamos y de que ese amor era infinito.

Nunca podría saber que fue lo hizo que aquella noche ella apareciera en mi camino, pero sí podía saber que lo había cambiado para siempre, porque solo tuve que mirar aquellos ojos de color celeste, para saber que mi corazón había dejado de pertenecerme para siempre.

Ahora era suyo y sería su príncipe perfecto.

SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA, TAMBIÉN TE GUSTARÁ ...



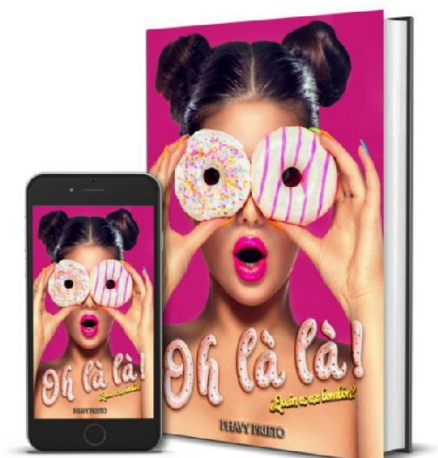
#### BESOS CON SABOR A FRESAS

María es contable y su vida gira entorno a los números. Todo lo analiza, tiene que estar controlado, organizado y previsto en su milimétrica agenda, incluso la hora a la que debe lavarse los dientes, ver la tele o tener sexo.

¿Que pasara cuando esa agenda llegue a las manos de alguien no tan organizado pero que resulta sumamente atractivo para ella?

Para recuperarla deberá lanzarse al caos del delirio que inspira ese hombre y tal vez lo imprevisible no esté tan mal después de todo...

Descubre la historia que te hará reír, suspirar y emocionarte desde la primera hasta la última de sus páginas.



## Oh là là! ¿Quién es ese bombón?

Olivia ama a su abuela.

Olivia siente predilección por los donuts de fresa.

Olivia anhela un sueño.

Olivia desea ser diseñadora de moda.

Olivia adora París porque sabe que es la cuna del diseño.

Y gracias a su abuela, intentará dejar de fantasear despierta para perseguir sus metas.

Solo hay un problema; no tiene ni puñetera idea de hablar francés, pero quizá poniendo una è final funcione, ¿no?

Aunque ese es el menor de sus problemas cuando cierto bombón nórdico hace acto de presencia.

Ama, siente anhela, desea y adora junto a Olivia cada una de sus emociones. Descubre como esta pueblerina divertida, ocurrente e ingenua por naturaleza se enfrentará a sus propias inseguridades para perseguir su sueño mientras su corazón se ve envuelto en una vorágine de sentimientos.

## AGRADECIMIENTOS

Le doy las gracias a mi marido, mi príncipe azul sardo y la persona que siempre me saca una sonrisa a pesar de que tenga un mal día.

Gracias a mi familia, por estar siempre ahí como fieles lectores constantes animándome en este camino.

Le doy las infinitas gracias a Aaron Brueckner por ser el rostro de ese príncipe perfecto, creo que la historia no hubiera sido tan fascinante sin tu ayuda.

Eternas gracias a mis bellas florecillas que han estado día tras día esperando pacientemente hasta llegar al final de esta historia. Sin vosotras nada de todo esto sería posible.

Y gracias a ti lector, por elegirme y dejar que una pequeña parte de mi imaginación ahora también forme parte de la tuya.



## ACERCA DE LA AUTORA

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, a esta joven andaluza siempre le han apasionado los libros.

En 2017 decidió probarse a sí misma en una plataforma de lectura, comenzando a publicar sus obras de diversos géneros y adquiriendo un público que hoy día supera los doscientos cincuenta mil seguidores.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, destacando "La novena hija del conde" o "El séptimo pecado". Entre sus últimas publicaciones como "La Perla rusa" de género erótico u "¡Oh là là!" de humor, ha conseguido posicionarse como el libro más vendido entre las listas de Amazon, situándose como una de las escritoras emergentes del momento.

Actualmente está felizmente casada y reside en Sardeña; Italia, donde se inspira para sus próximos lanzamientos y deleitar a sus fanáticos lectores.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras; síguela en sus redes sociales



[phavyprieto](https://www.instagram.com/phavyprieto)



[Phavy Prieto](https://www.facebook.com/PhavyPrieto)



[www.phavyprieto.com](http://www.phavyprieto.com)